
ECHALE
EL
LAZO
ROSE GATE

DEDICATORIA

Para **Sergi**, por animarme a escribir este género.
Que tu camino esté siempre lleno de amor, libertad y orgullo.
Que nadie limite nunca la persona que estás destinada a ser.

Y a ti que sientes que tu vida no te pertenece, coge
las riendas y galopa directo a tu felicidad.

Todos merecemos amar y ser amados
en completa libertad

Rose Gate


ÉCHALE EL LE
PATISFACTION
LAZO
ROSE GATE

©Octubre 2024

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado

o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro.
Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Rose Gate & H. Kramer
Corrección: Noni García

ÍNDICE

Agradecimientos
PLAY LIST
Introducción
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
EPÍLOGO

ANEXO
La Autora
Bibliografía

AGRADECIMIENTOS

Si algo tengo claro, es que Saint Valentine Falls se ha vuelto un lugar al que siempre querré volver-

Aquello que empezó siendo una historia divertida de San Valentin, desplegó mis alas y mi imaginación.

Jodido Cupido me abrió las puertas a la familia Wallace y caí rendida porque me atravesaron con sus flechas.

Regresé al pueblo con Lola para conocer a sus primos en Déjate de Rodeos y allí, Mount y Jim, se abrieron paso en mi corazón.

¿Qué si puedes leerte esta historia sin haber leído los otros libros?

Por supuesto, no obstante sé que si les das una oportunidad, te van a enamorar tanto como a mí.

Creo que esta es la historia más romántica y sentimental de las tres, aunque ya sabes que cuando te cruzas con un Wallace, no puede faltar el humor.

Si te gustan los *BL*, estás de suerte y si no te gustan, dales una oportunidad a estos chicos, en definitiva lo importante del amor no es quien lo profese, sino que se entregue sin restricciones. Por que todos merecemos amar y ser amados a quién nos dé la gana.

Sé que este libro ha sido complicado para algunas de mis cero, que no han podido seguir el ritmo, aun así quiero que sepáis que os adoro a todas y cada una de vosotras:

Nani, Vane, Irene. Mi cero infiltrado: Sergi y por supuesto mis cero divinas Noe, Maca y Lau. Gracias por este esfuerzo titánico y a los que no habéis podido, no os preocupéis, los chicos os esperan en el rancho.

A Noni, Marisa, Sonia y nuestra nueva incorporación al equipo de águilas, Marieta. Gracias por ser los ojos que todo lo ven y lo corrigen.

A Kramer por su generosidad y su magia.

A Tania que espero que la goce muchísimo con este libro.

A Christian @surfeandolibros, Sandra @libro_ven_a_mi, Ángeles, Adriana @mrs.svetacherry Marcos @booksandmark, Henar @clubdelecturaentrelibros, Luisa @literaliabooks, Andrea @andreabooks, Yole @el_rincon_dela_yole, y todos los bookstagramers con los que hablo que tanto me aportáis y que siempre sumáis.

A Judit y Bea que son las reinas de los Tik Tok más molones de todas las redes.

Mari Hoyos, Adriana Freixa, Rocío, Mada, Edurne Salgado, Eva Suarez, Bronte Rochester, Piedi Lectora, Elysbooks, Maca (@macaoremor), Saray (@everlasting_reader), Vero (@vdevero), Akara Wind, Helen Rytkönen, @Merypoppins750, Lionela23, lisette, Marta (@martamadizz), Montse Muñoz, Olivia Pantoja, Rafi Lechuga, Teresa (@tetebooks), Yolanda Pedraza, Ana Gil

(@somoslibros), Merce1890, Beatriz Ballesteros. Silvia Mateos, Arancha Eseverri, Paulina Morant, Mireia Roldán, Garbiñe Valera, Silvia Mateos, Ana Planas, Celeste Rubio, Tamara Caballero, Toñi, Tamara.

A todos los grupos de Facebook que me permiten publicitar mis libros, que ceden sus espacios desinteresadamente para que los indies tengamos un lugar donde spamear. Muchas gracias.

A todos aquellos lectores que siempre dejáis vuestro nombre bajo el post de Facebook o Instagram:

@letrasteychocolate,Volvoreta Tximeleta, noee_albatros, @gema_morenas, Cat Rod, @_my.reading.diary_, Elizabeth Caravaca, Laura Bcn, @dary_r_h dary_r_h, proyectandocamino, @Elenasinh_books, Ángela del Río Rodriguez, kristina.kar, Jennifer @paseandoentrelibros, eva_y_suslocuras, @asc_ortega, @mundociruelita, nosoysergi.books, Juani Rodríguez Pelayo, @lecturas_mily, nina_reus, kade_leonese, lourdes.andresgarcia, inmabl, @vanu_sa_ms, Vane Ayora Bonavila y Tamy Cano Vélez, Mirna, Judith @ju_neverstopdreaming, @magema_78, @Mirnita_Coni, Irene Moya-Angeler, Mpm76,Virhur, Salomé, Magema_78, Cristina Garcia Felix, Mis_Lekturas, Carmen Brandariz, Lilyfreitasm, Elisabet Caballol, @Llegirpersomiar, @Jessie.Eel, Wicanna9, Ana Moreno Jiménez, @Ganadorademipropiavida, Mayka

Ventura Perez, Marimarmartintarin, Mar Mt, María, Arantxa Vilches, @Eclairmontserrat, Carolina Fernández San José, Viki Hernández, Lupita.Rios.127, Ana Yanci Diaz, @Cris_Lectora_21, Luzanayansivaldes, Mesumerjoentrelibros, Maryambergirl, Alejandra Pino, Laslecturasdelanore, Carolina Venegoni, Hollie Deschanel, Vanesa Barbero, Ana Flores Garin, Sonia Barrionuevo, Patry, Ana Juan, Kira Montero @Kira.1480, Gema López Uceda, @Lsr212121, Marta /Mined, Sara Ávila E Irene Caracuel,

@Vanesafuentesfernandez, @Nataliaaxtscrap. Bookadictisima, @Anams666, Lourdes González, Triowood21, Andrea_Fdzre, Adriana_Roman2, Maria Martín Martis, @Magema_78, Ortegalisbet, Maru Arias, Idoia: Lilith_Lectora.

A todos los que me leéis y me dais una oportunidad, y a mis Rose Gate Adictas, que siempre estáis listas para sumaros a cualquier historia e iniciativa que tomamos.

Lucía Soto, Zaraida Méndez, Laura (mowobooks), Mónica (elrincondeleyna), eli.p.r, Lucía Moreno, Isabel García, María Marques, Cati Domenech, @booksbyclau, Nieves Nuria, @sara_cazadoradelibros, Maria Amparo Lorente Navarro, Sandra Ruiz, Evelyn Lima, Ana, y cruzando los dedos, Manuela Molina, Inma Bretones, Lory G, @leerconverynia, Meghan Salvador Ibáñez, Mina, Pilisanchezurena, yudith.hernandezdeyepez, Kevin Fuertes, Josep Fibla, María Victoria Lucena Peña, Gloria Cano, Nieves Muñoz, María Rubio, Gemma Pastor, @luciaanddogs, Mireia tintaypluma, Ana Moreno, Desi, Flori, 6lanca, Athene_mc, Tere Lafuente, Marijopove, Ana Paula Sahagun, Toñy Gómez, Isabel Guineton, Jennifer Escarez, Teresini, marianitacolon, Laura @7days7books, Gema Guerrero, Beatriz Maldonado Perona, Lucía Ruiz, Vanesa Rodríguez, Mariana Colón, Sylvia, Cris Bea López, Ana M.M., Beatriz Sánchez, Diana García, Yaizza Jiménez, Edurne Ruiz, Nira (lecturasdenira), Laura071180,

Betsabe, Mery (elrinconcitode_mery), belloisamary04, Liletty, Menchu, Fimedinai, Sonia p. Rivero, Isabel Guardia, Cecilia, @irenita19mm, @cris.bealopez, @angela_fp16 Anuska, Valeria, Luz, Alicia Barrios, Mónica Rodrigues, Martina Figueroa, Nurha Samhan, Stephanie Lara, Sandra Rodriguez, Luz Anayansi Muñoz. Reme Moreno, Kathy Pantoja y al Aquelarre de Rose: Jessica Adilene Rodríguez, Beatriz Gómez Prieto, Gabi Morabito, Cristy Lozano, Morrigan Aisha, Melissa Arias, Vero López. Eva P. Valencia, Jessica Adilene Rodríguez, Gabi Morabito, Cristy Lozano, Morrigan Aisha,
Melissa Arias, Vero López, Ainy Alonso, Ana Torres, Alejandra Vargas Reyes, Beatriz Sánchez, Alexandra Rueda, Almudena Valera, Cristina Tapia, May Fg, Andrea Bernardino Muñoz, Flori Gil, Lucia
Pastor, Ana María Pereira Glez, Amelia Sánchez, Amelia Segura, Ana Cecilia Gutierrez, stylo barrio, Elena Perez, Ana de la Cruz, Ana Farfan Tejero, Kayla Rasquera Ruiz, Dolors ArtauAna FL y su página Palabra de pantera, Ana García, Ana Gracía Jiménez, Ana Guerra, Ana Laura Villalba, Ana María Manzanera, Ana Maria Padilla, Ana Moraño,
Ana Planas, Ana Vanesa María, Anabel Raya, Ángela Martínez, Ale Osuna, Alicia Barrios, Amparo Godoy, Amparo Pastor, Ana Cecilia, Ana Cecy, Ana de la Cruz Peña, Ana Maria Aranda, Ana María Botezatu, Ana Maria Catalán, Ana María Manzanera, Ana Plana, Anabel Jiménez, Andy García, Ángela Ruminot, Angustias Martin, Arancha Álvarez, Arancha Chaparro, Arancha Eseverri, Ascensión Sánchez, Ángeles Merino Olías, Daniela Mariana Lungu, Angustias Martin, Asun Ganga, Aurora Reglero, Beatriz Carceller, Beatriz Maldonado, Beatriz Ortiz, Beatriz Sierra Ponce, Bertha Alicia Fonseca, Beatriz Sierra, Begoña Llorens, Berenice Sánchez, Bethany Rose, Brenda González, Carmen Framil, Carmen Lorente, Carmen Rojas, Carmen Sánchez, Carola Rivera, Catherine Johanna Uscátegui, Cielo Blanco, Clara Hernández, Claudia Sánchez, Cristina Martin, Crusi Sánchez Méndez, Chari Guerrero, Charo Valero, Carmen Alemany, Carmen Framil, Carmen Pérez, Carmen Pintos, Carmen Sánchez, Catherinne Johana Uscátegui, Claudia Cecilia Pedraza, Claudia Meza, Consuelo Ortiz, Crazy Raider, Cristi PB, Cristina Diez, Chari Horno, Chari Horno Hens, Chari Llamas, Chon Tornero, D. Marulanda, Daniela Ibarra, Daniela Mariana Lungu Moagher, Daikis Ramírez, Dayana Lupu, Deborah Reyes, Delia Arzola, Elena Escobar, Eli Lidiniz, Elisenda Fuentes, Emirsha Waleska Santillana, Erika Villegas, Estefanía Soto, Elena Belmonte, Eli Mendoza, Elisabeth Rodríguez, Eluanny García, Emi Herrera, Enri Verdú, Estefanía Cr, Estela Rojas, Esther Barreiro, Esther García, Eva Acosta, Eva Lozano, Eva Montoya, Eva Suarez Sillero, Fati Reimundez, Fina Vidal, Flor Salazar, Fabiola Melissa, Flor Buen Aroma, Flor Salazar, Fontcalda Alcoverro, Gabriela Andrea Solis, Gemma Maria Párraga, Gael Obrayan, Garbiñe Valera, Gema María Parraga , Gemma Arco, Giséle Gillanes, Gloria Garvizo, Herenia Lorente Valverde, Inma Ferreres, Inma Valmaña, Irene Bueno, Irene Ga Go, Isabel Lee, Isabel Martin Urrea, Itziar Martínez , Inés Costas, Isabel Lee, Itziar Martínez López, Jenny López, Juana Sánchez Martínez, Jarroa Torres, Josefina Mayol Salas,
Juana Sánchez, Juana Sánchez Martínez, Juani Egea, Juani Martínez Moreno, Karito López, Karla CA, Karen Ardila, Kris Martin, Karmen Campello, Kika DZ, Laura Ortiz Ramos, Linda

Méndez, Lola Aranzueque, Lola Bach, Lola Luque, Lorena de la Fuente, Lourdes Gómez, Luce Wd Teller, Luci Carrillo, Lucre Espinoza, Lupe Berzosa, Luz Marina Miguel, Las Cukis, Lau Ureña, Laura Albarracin, Laura Mendoza, Leyre Picaza, Lidia Tort, Liliana Freitas, Lola Guerra, Lola Gurrea, Lola Muñoz, Lorena Losón, Lorena Velasco, Magda Santaella,
Maggie Chávez, Mai Del Valle, Maite Sánchez, Mar Pérez, Mari Angeles Montes, María Ángeles Muñoz, María Dolores Garcia, M Constancia Hinojosa, Maite Bernabé, Maite Sánchez, Maite Sánchez Moreno, Manuela Guimerá Pastor, Mar A B Marcela Martínez, Mari Ángeles Montes, Mari Carmen Agüera, Mari Carmen Lozano, María Camús, María Carmen Reyes, María Cristina Conde Gómez, María Cruz Muñoz, María del Mar Cortina, María Elena Justo Murillo, María Fátima González, María García , María Giraldo , María González , María González Obregón, Maria José Estreder , María José Felix Solis , Maria José Gómez Oliva , María Victoria Alcobendas , Mariló Bermúdez , Marilo Jurad, Marimar Pintor, Marisol Calva , Marisol Zaragoza, Marta Cb, Marta Hernández, Martha Cecilia Mazuera, Maru Rasia, Mary Andrés, Mary Paz Garrido, Mary Pérez, Mary Rossenia Arguello Flete, Mary RZ, Massiel Caraballo, May Del Valle, Mencía Yano, Mercedes Angulo, Mercedes Castilla, Mercedes Liébana, Milagros Rodríguez, Mireia Loarte Roldán, Miryam Hurtado, Mº Carmen Fernández Muñiz, Mónica Fernández de Cañete , Montse Carballar, Mónica Martínez, Montse Elsel, Montserrat Palomares, Myrna de Jesús, María Eugenia Nuñez, María Jesús Palma, María Lujan Machado, María Pérez, María Valencia, Mariangela Padrón, Maribel Diaz, Maribel Martínez Alcázar, Marilu Mateos, Marisol Barbosa, Marta Gómez, Mercedes Toledo, Moni Pérez, Monika González, Monika Tort, Nadine Arzola, Nieves López, Noelia Frutos, Noelia Gonzalez, Núria Quintanilla, Nuria Relaño, Nat Gm, Nayfel Quesada, Nelly, Nicole Briones, Nines Rodríguez, Ñequis Carmen García, Oihane Mas, Opic Feliz, Oana Simona, Pamela Zurita, Paola Muñoz, Paqui Gómez Cárdenas, Paqui López Nuñez, Paulina Morant, Pepi Delgado, Peta Zetas, Pilar Boria, Pilar Sanabria, Pili Doria, Paqui Gómez, Paqui Torres, Prados Blazquez, Rachel Bere, Raquel Morante, Rebeca Aymerich, Rebeca Gutiérrez, Rocío Martínez, Rosa Freites, Ruth Godos, Rebeca Catalá, Rocío Ortiz, Rocío Pérez Rojo , Rocío Pzms, Rosa Arias Nuñez , Rosario Esther Torcuato, Rosi Molina, Rouse Mary Eslo, Roxana-Andreea Stegeran, Salud Lpz, Sandra Arévalo, Sara Lozano, Sara Sánchez, Sara Sánchez Irala, Sonia Gallardo, Sylvia Ocaña, Sabrina Edo, Sandra Solano, Sara Sánchez, Sheila Majlin, Sheila Palomo, Shirley Solano, Silvia Loureiro, Silvia Gallardo, Sonia Cullen, Sonia Huanca, Sonia Rodríguez, Sony González, Susan Marilyn Pérez, Tamara Rivera, Toñi Gonce , Tania Castro Allo, Tania Iglesias, Toñi Jiménez Ruiz, Verónica Cuadrado, Valle Torres Julia, Vanesa Campos, Vanessa Barbeito, Vanessa Díaz , Vilma Damgelo, Virginia Lara, Virginia Medina, Wilkeylis Ruiz, Yojanni Doroteo, Yvonne Mendoza, Yassnalí Peña, Yiny Charry, Yohana Tellez, Yolanda Sempere, Yvonne Pérez, Montse Suarez, Chary Horno, Daikis Ramirez, Victoria Amez, Noe Saez, Sandra Arizmendi, Ana Vanesa Martin, Rosa Cortes, Krystyna Lopez, Nelia Avila Castaño, Amalia Sanchez, Klert Guasch Negrín, Elena Lomeli, Ana Vendrell, Alejandra Lara Rico, Liliana Marisa Scapino, Sonia Mateos, Nadia Arano, Setefilla Benitez Rodriguez, Monica Herrera Godoy, Toñi Aguilar Luna, Raquel Espelt Heras, Flor Guillen, Luz Gil Villa, Maite Bernabé Pérez, Mari Segura Coca,

Raquel Martínez Ruiz, Maribel Castillo Murcia, Carmen Nuñez Córdoba, Sonia Ramirez Cortes, Antonia Salcedo, Ester Trigo Ruiz, Yoli Gil, Fernanda Vergara Perez, Inma Villares, Narad Asenav, Alicia Olmedo Rodrigo, Elisabet Masip Barba, Yolanda Quiles Ceada, Mercedes Fernandez, Ester Prieto Navarro, María Ángeles Caballero Medina, Vicky Gomez De Garcia, Vanessa Zalazar, Kuki Pontis Sarmiento, Lola Cayuela Lloret, Merche Silla Villena, Belén Romero Fuentes, Sandrita Martinez M, Britos Angy Beltrán, Noelia Mellado Zapata, Cristina Colomar, Elena Escobar Llorente, Nadine Arzola Almenara, Elizah Encarnacion, Jésica Milla Roldán, Ana Maria Manzanera, Brenda Cota, Mariló Bermúdez González, María Cruz Muñoz Pablo, Lidia Rodriguez Almazan, Maria Cristina Conde Gomez, Meztli Josz Alcántara, Maria Garabaya Budis, Maria Cristina Conde Gomez , Osiris Rodriguez Sañudo , Brenda Espinola, Vanessa Alvarez, Sandra Solano, Gilbierca María, Chanty Garay Soto, Vane Vega, María Moreno Bautista, Moraima selene valero López, Dalya Mendaña Benavides, Mercedes Pastrana, Johanna Opic Feliz, María Santos Enrique, Candela Carmona, Ana Moraño Dieguez, Marita Salom, Lidia Abrante, Aradia Maria Curbelo Vega, Gabriela Arroyo, Berenice Sanchez, Emirsha Waleska Santillana, Luz Marina Miguel Martin, Montse Suarez, Ana Cecy, Maria Isabel Hernandez Gutierrez, Sandra Gómez Vanessa Lopez Sarmiento, Melisa Catania, Chari Martines, Noelia Bazan, Laura Garcia Garcia, Alejandra Lara Rico, Sakya Lisseth Mendes Abarca , Sandra Arizmendi Salas , Yolanda Mascarell, Lidia Madueño, Rut Débora PJ, Giséle Gillanes , Malu Fernandez , Veronica Ramon Romero, Shirley Solano Padilla , Oscary Lissette, Maria Luisa Gómez Yepes, Silvia Tapari , Jess GR , Carmen Marin Varela, Rouse Mary Eslo, Cruella De Vill, Virginia Fernandez Gomez, Paola Videla, Loles Saura, Bioledy Galeano, Brenda Espinola,Carmen Cimas Benitez, Vanessa Lopez Sarmiento, Monica Hernando, Sonia Sanchez Garcia, Judith Gutierrez, Oliva Garcia Rojo, Mery Martín Pérez, Pili Ramos, Babi PM, Daniela Ibarra, Cristina Garcia Fernandez, Maribel Macia Lazaro, Meztli Josz Alcántara, Maria Cristina Conde Gomez, Bea Franco, Ernesto Manuel Ferrandiz Mantecón. Brenda Cota, Mary Izan, Andrea Books Butterfly, Luciene Borges, Mar Llamas, Valenda_entreplumas, Joselin Caro Oregon, Raisy Gamboa, Anita Valle, M.Eugenia, Lectoraenverso_26, Mari Segura Coca, Rosa Serrano, almu040670.-almusaez, Tereferbal, Adriana Stip, Mireia Alin, Rosana Sanz, turka120, Yoly y Tere, LauFreytes, Piedi Fernández, Ana Abellán, ElenaCM, Eva María DS, Marianela Rojas, Verónica N.CH, Mario Suarez, Lorena Carrasco G, Sandra Lucía Gómez, Mariam Ruiz Anton, Vanessa López Sarmiento, Melisa Catania, Chari Martines, Noelia Bazan, Laura Garcia Garcia, Maria Jose Gomez Oliva, Pepi Ramirez Martinez, Mari Cruz Sanchez Esteban, Silvia Brils, Ascension Sanchez Pelegrin, Flor Salazar, Yani Navarta Miranda, Rosa Cortes, M Carmen Romero Rubio, Gema Maria Párraga de las Morenas, Vicen Parraga De Las Morenas, Mary Carmen Carrasco, Annie Pagan Santos, Dayami Damidavidestef, Raquel García Diaz, Lucia Paun, Mari Mari, Yolanda Benitez Infante, Elena Belmonte Martinez, Marta Carvalho, Mara Marin, Maria Santana, Inma Diaz León, Marysol Baldovino Valdez, Fátima Lores, Fina Vidal Garcia, Moonnew78, Angustias Martín, Denise Rodríguez, Verónica Ramón, Taty Nufu, Yolanda Romero, Virginia Fernández, Aradia Maria Curbelo, Verónica Muñoz, Encarna Prieto, Monika Tort, Nanda Caballero, Klert Guash, Fontcalda Alcoverro, Ana MªLaso, Cari Mila,

Carmen Estraigas, Sandra Román, Carmen Molina, Ely del Carmen, Laura García, Isabel Bautista, MªAngeles Blazquez Gil, Yolanda Fernández, Saray Carbonell, MªCarmen Peinado, Juani López, Yen Cordoba, Emelymar N Rivas, Daniela Ibarra, Felisa Ballestero, Beatriz Gómez, Fernanda Vergara, Dolors Artau, María Palazón, Elena Fuentes, Esther Salvador, Bárbara Martín, Rocío LG, Sonia Ramos, Patrícia Benítez, Miriam Adanero, MªTeresa Mata, Eva Corpadi, Raquel Ocampos, Ana Mª Padilla, Carmen Sánchez, Sonia Sánchez, Maribel Macía, Annie Pagan, Miriam Villalobos, Josy Sola, Azu Ruiz, Toño Fuertes, Marisol Barbosa, Fernanda Mercado, Pili Ramos, MªCarmen Lozano, Melani Estefan Benancio, Liliana Marisa Scarpino, Laura Mendoza, Yasmina Sierra, Fabiola Martínez, Mª José Corti Acosta, Verónica Guzman, Dary Urrea, Jarimsay López, Kiria Bonaga, Mónica Sánchez, Teresa González, Vanesa Aznar, MªCarmen Romero, Tania Lillo, Anne Redheart, Soraya Escobedo, Laluna Nada, Mª Ángeles Garcia, Paqui Gómez, Rita Vila, Mercedes Fernández, Carmen Cimas, Rosario Esther Torcuato, Mariangeles Ferrandiz, Ana Martín, Encarni Pascual, Natalia Artero, María Camús, Geral Sora, Oihane Sanz, Olga Capitán, MªJosé Aquino, Sonia Arcas, Opic Feliz, Sonia Caballero, Montse Caballero, María Vidal, Tatiana Rodríguez, Vanessa Santana, Abril Flores, Helga Gironés,Cristina Puig, María Pérez, Natalia Zgza, Carolina Pérez, Olga Montoya, Tony Fdez, Raquel Martínez, Rosana Chans, Yazmin Morales, Patri Pg, Llanos Martínez, @amamosleer_uy, @theartofbooks8, Eva Maria Saladrigas, Cristina Domínguez González (@leyendo_entre_historia), @krmenplata, Mireia Soriano (@la_estanteria_de_mire), Estíbaliz Molina, @unlibroesmagia, Vanesa Sariego, Wendy Reales, Ana Belén Heras, Elisabet Cuesta, Laura Serrano, Ana Julia Valle, Nicole Bastrate, Valerie Figueroa, Isabel María Vilches, Nila Nielsen, Olatz Mira, @marta_83_girona, Sonia García, Vanesa Villa, Ana Locura de lectura, 2mislibrosmisbebes, Isabel Santana, @deli_grey.anastacia11, Andrea Pavía, Eva M. Pinto, Nuria Daza, Beatriz Zamora, Carla ML, Cristina P Blanco (@sintiendosuspaginas), @amatxu_kiss, @yenc_2019, Gabriela Patricio, Lola Cayuela, Sheila Prieto, Manoli Jodar, Verónica Torres, Mariadelape @peñadelbros, Yohimely Méndez, Saray de Sabadell, @littleroger2014, @mariosuarez1877, @morenaxula40, Lorena Álvarez, Laura Castro, Madali Sánchez, Ana Piedra, Elena Navarro, Candela Carmona, Sandra Moreno, Victoria Amez, Angustias Martin, Mariló Bermúdez, Maria Luisa Gómez, María Abellán, Maite Sánchez, Mercedes Pastrana, Ines Ruiz, Merche Silla, Lolin García, Rosa Irene Cue, Yen Córdoba, Yolanda Pedraza, Estefanías Cr, Ana Mejido, Beatriz Maldonado, Liliana Marisa Scarpino, Ana Maria Manzanera, Joselin Caro, Yeni Anguiano, María Ayora, Elsa Martínez, Eugenia Da Silva, Susana Gutierrez, Maripaz Garrido, Lupe Berzosa, Ángeles delgado, Cris Fernández Crespo, Marta Olmos, Marisol, Sonia Torres, Jéssica Garrido, @laurabooksblogger, Cristina León, Ana Vendrell, M Pulido, Constans, Yeimi Guzman, Lucía Pastor, Aura Tuy, Elena Bermúdez, Montse Cañellas, Natali Navarro, Cynthia Cerveaux, Marisa Busta, Beatriz Sánchez, Fatima (@lecturas de faty), Cristina Leon, Verónica Calvo, Cristina Molero, @lola.lolita.loliya, Mª Isabel Hernández, May Hernández, @isamvilches, May Siurell, Beatriz Millán, @Rosariocfe65, Dorina Bala, Marta Lanza, Ana Belén Tomás, Ana García, Selma, Luisa Alonso, Mónica Agüero, Pau Cruz, Nayra Bravo, Lore Garnero, Begikat2, Raquel Martínez, Anabel Morales, Amaia Pascual, Mabel Sposito, Pitu Katu,

Vanessa Ayuso, Elena Cabrerizo, Antonia Vives, Cinthia Irazaval, Marimar Molinero, Ingrid Fuertes, Yaiza Jimenez, Ángela García, Jenifer G. S, Marina Toiran, Mónica Prats, Alba Carrasco, Denise Bailón (@amorliteral), Elena Martínez, Bárbara Torres, Alexandra álverez, @Silvinadg9, Silvia Montes, Josefina García, Estela Muñoz, Gloria Herreros, @Mnsgomezig, @sassenach_pol, Raquelita @locasdelmundo, Leti Leizagoyen, Soledad Díaz, Frank Jirón, Keilan.Setuto, @annadriel Anna Martin, Ivelise Rodríguez, Olga Tutiven, María del Mar, Yolanda Faura, Inma Oller, Milagros Paricanaza, Belén Pérez, Esther Vidal, Pepi Armario, Suhail Niochet, Roxana Capote, Ines Ruiz, Rocío Lg, Silvia Torres, Sandra Pérez, Concha Arroyo, Irene Bueno, Leticia Rodríguez, Cristina Simón, Alexia Gonzalex, María José Aquino, Elsa Hernandez, Toñi Gayoso, Yasmina Piñar, Patricia Puente, Esther Vidal, Yudys de Avila, Belén Pérez, Melisa Sierra, Cristi Hernando, Maribel Torres, Silvia A Barrientos, Mary Titos, Kairelys Zamora, Miriam C Camacho, Ana Guti, Soledad Camacho, Cristina Campos, Oana Simona, María Isabel Sepúlveda, Beatriz Campos, Mari Loli Criado Arcrlajo, Monica Montero, Jovir Yol LoGar Yeisy Panyaleón, Yarisbey Hodelin, Itxaso Bd, Karla Serrano, Gemma Díaz, Sandra Blanca Rivero, Carolina Quiles, Sandra Rodríguez, Carmen Cimas, Mey Martín, Mayte Domingo, Nieves León, Vane de Cuellar, Reyes Gil, Elena Guzmán, Fernanda Cuadra, Rachel Bere, Vane Ayora, Diosi Sánchez, @tengolibrospendientes, @divina_lectura_paty, María José Claus, Claudia Obregón, Yexi Oropeza, Bea Suarez, @Victorialba67, @lady.books7, valeska m.r., Raquel Attard @missattard, @lola_lectora, Marisol, @lecturasdefaty, Lola Toro, Cati Domenech, Chari García, Lisbeth de Cuba, Vanesha, Cris, Oropeza, Montserrat Castañeda, Alicia Cecilio, Estrella, Susana Ruiz,Rosa González, Noelia, _saray89_, Mercè Munch, Maite Pacheco, Cris E, María del Carmen, Adriana Román, Arantxa_yomisma, inmamp18, @nerea_y_los_libros, Pris, Martita, Gema Gerrero, Gisela,MariVega,CristinaPinos,@josune1981,m.jaresav,caroo_gallardoo,@beccaescribe,@rosem Tami, @elicaballol, Maruajose, Paloma Osorio, Thris, Lorena Royo, @flor.s.ramirez, Mar Llamas, @starin8, AguedaYohana Téllez, Maria Belén Martínez, @lalylloret, Mayte Ramírez, Camino Combalina, María Isabel Salazar, Teresa Hernández, Mari Titis, Paula Hernández, Valeska Miranda, María Victoria Lucena, Daniela, Cecilia, Karina García, Olga Lucía Devia, Miryam Hurtado, Susy Gómez Chinarro, Amaya Gisela, María Barbosa, Sandra Rodriguez, Montse Domingo y Elia Company, Kristibell73, ros_g.c, majomartinez_43, CamiKaze 🔥, Mery Martín Pérez y Vanessa Martin Perez, zirim11, Desirée Mora, Isabel San Martín, Paky González, Maggie Chávez, Damasa, Jenny Morató, Camila Montañez, Lodeandru, Sagrario Espada, Jessica Espinoza, Davinia Mengual, Blanca Nuñez, @ crisbetesponce, Orly Puente, Carmen Pacheco, Yovana Yagüe, Genuca15, Lidia GM, Lidia Verano, Judith Olivan, Elenagmailcom, Elena Carranza,Deli, Belloisamary04, Andru, Silvia Barrera, Begoña Fraga, María Isabel Epalza, María Escobosa, @cristinaadan4256, Verónica Vélez, Carolina Cieri, Sandra Salinas, MariCarmen Romero Maroto y Mayte Gallego, Michelle Llanten, Maria Jose Cortia, Miss_carmens, Ángela García, Esmeralda Rubio, Encarni Pascual, Rocítri69, Kenelys Duran, Isabel Guerra.

PLAY LIST

Échale El Lazo

Introducción





¿Eres de los que te gusta empezar los libros por el final?

Porque, si es así, estás de suerte; seguramente, este sea el mío, y no era porque mi maldito caballo estaba a puntito de traspasar la velocidad de la luz.

Clavé las botas en sus flancos y la espoleé para que galopara más rápido todavía; si fuera cierto que Red Bull le diera alas, le habría servido uno en el rancho antes de salir, porque en ese instante las hubiese necesitado.

¡Mierda! ¿Quién había puesto un maldito tronco en mitad del camino?

Frenar no era una posibilidad, así que me preparé para el salto.

—Vamos, chica, demuéstrame lo que eres capaz de hacer —susurré en el oído de mi yegua.

Cinamom era especialista en superar escollos y responder ante imprevistos, como solía ocurrir con la mayoría de mujeres, o a estas alturas estaría llamando a la puerta de San Pedro con el cuello partido y la cabeza descolgada. Cayó sobre sus cascos con total gracilidad y yo me sentí orgulloso de ella y de no haber muerto a los treinta.

—Buena chica —la felicité, ofreciéndole una carantoña rápida—. Te prometo que si llegamos a tiempo, llamaré al primo Elías para que te dé un masaje de patas con ese aceite que tanto te gusta.

La última vez que tuve la sensación de ir tan rápido fue con diez años, mi hermanita acababa de romperse un brazo y yo me había buscado un problema monumental.

En mi defensa diré que no fue mi culpa, por lo menos, no del todo. River estaba al mando, debería habernos llevado a montar, en lugar de montárselo con la pedorra de Sarah Meyers en el granero.

¡Odiaba que no cumpliera sus promesas y que por su culpa Sun hiciera pucheros!

¡Él era a quien le quedaban dos meses para ser mayor de edad! ¡Debería haber entendido que éramos su prioridad!

En vistas de que no, que desoyó mis reclamos mientras su apestoso culo desnudo empujaba entre los fardos del granero, fui a por Lady Pompón Caramelo, el regalo que Papá Noel nos trajo por Navidad, y ayudé a mi hermanita a subir.

¡Que le dieran a Riv, yo la llevaría de paseo!

Estaba demasiado entretenido haciéndome el nuevo hermano mayor como para darme cuenta de que iba directo a un zarzal.

Lo supe cuando nuestro pony se puso a agitarse, hacer cabriolas y dar coces provocando que Sunny se escurriera y cayera de manera violenta sobre su brazo, llenándose de rasguños; no me dio tiempo de cogerla y casi pude oír el crac.

Me llevé un buen susto, aunque lo peor fue el sentimiento de culpa y la regañina cuando llegamos al rancho y ella tenía el brazo del revés. Nunca había visto a River tan blanco.

Por aquel entonces, no tenía ni idea del poder de las hormonas, de que un día salen de su

hibernación y pasas del caca, culo, pedo, pis, a acogotar al ganso —como diría Papá Enzo—, o querer hundir tu rabo entre la paja con la compañía adecuada.

Hablando de compañía… Apreté los dientes al recordar lo burro que me ponía el culo de Jim Brock enfundado en aquellos malditos vaqueros azules.

¡Maldito hijo del pastor! ¡Solo me había complicado la vida, con lo fácil que era la mía!

Y ahí estaba yendo a por él, a contrarreloj, cuando se suponía que ya estaría recorriendo el camino al altar.

Estaba convencido de que poco importaba si hacía la entrada más triunfal de todos los tiempos a su maldita iglesia, o que me presentara a lomos de un corcel. ¿O has visto algún cuento de hadas que termine con el príncipe liado con el mozo de cuadras proclamando eso de «y fueron felices…»?

Pues eso, que estaba claro que si Disney no lo creía posible, yo no lo iba a conseguir, y más teniendo en cuenta la comunidad a la que Jim pertenecía.

Aspiré con fuerza, el polvo que se elevaba por encima de mi cabeza me hizo estornudar y un rayo zigzagueó en el cielo, precedido por el fuerte estruendo de un trueno que me dejó sin aliento.

El cielo de octubre se teñía de un color tan amenazante como la silueta de la iglesia del pastor Brock, que se alzaba ante mis ojos.

Cerré los puños e intenté sosegar mi errática respiración.

Si mi primo Trav estuviera delante, te diría que la culpa de que estuviese cabalgando como un kamikaze hacia una muerte anunciada fue de aquel juego tonto que nos llevó a Jim y a mí a bañarnos en la fuente del pueblo para demostrarle que el rumor que se cernía sobre ella era una memez.

Se decía que todo aquel que probaba su agua terminaba ensartado en cada una de sus malditas flechas y el daño era irreversible.

Palpé la cuerda que empleaba con el ganado, suspendida en el lateral de la silla, y la apreté con fuerza, con el corazón en la boca.

Estaba dispuesto a echarle el lazo a ese idiota para que no cometiera la mayor estupidez de nuestras vidas, pero lo justo, para que juzgues y decidas si quieres ver cómo termina, es que conozcas toda nuestra historia.

CAPÍTULO 1



Tres años y nueve meses antes.

Si alguna vez te has preguntado qué pasa por la mente de unos padres cuando deciden llamar a sus hijos Mountain, River y Sunny, te aseguro que no estás solo.

En el pueblo, a algunos idiotas les dio por llamarnos «los hermanos paisaje».

La culpa fue del bocachancla de Miles Buckanan, al escuchar que a mi hermana le habían puesto Sun.

El sobrenombre no duró mucho, digamos que se topó con el puño de River y la persecución de mis primos mayores, además del inseparable de Cole Carter, y tras el acoso y derribo, aprendió la lección, nadie se mete con un Wallace y sale indemne de ello, sobre todo, desde que crecimos y mi prima es la *sheriff*.

Si les preguntas a mis padres, podrían darte dos versiones, la apta para todos los públicos en la que se afianzarían como unos devotos de la naturaleza, o la que prefería mamá, que se jactaba de saber en qué momento fuimos concebidos cada uno de nosotros.

River en un tórrido chapuzón en el río Missouri. Yo, en su aniversario, que celebraron en una acampada a los pies del Monte Rainier, en Washington. Y en el caso de Sunny, porque estaban a pleno sol, mi madre siempre ha dicho que sus rayos calientan algo más que su piel, y coincidió

que era uno de los días más calurosos del año.

Mi hermano se ponía malo cada vez que ella sacaba el tema a relucir, nunca ha llevado bien que nuestros padres fueran tres, en lugar de dos, y no me refiero a que hubiera un divorcio de por medio.

Teníamos una familia distinta, en la que nunca había faltado el amor, al contrario.

Papá Enzo llegó a nuestras tierras en busca de trabajo y se encontró con un matrimonio de recién casados que le hicieron hueco tanto en su rancho como en su cama.

No fue fácil para ellos admitir que las arduas jornadas de trabajo, las risas compartidas, los obstáculos escalados, las cenas a la luz de las velas y los posteriores baños nocturnos en el lago por las altas temperaturas solo las aumentaron.

Poco a poco, se abrieron a una posibilidad que, en un principio, ninguno se había planteado y que terminó con un trío consolidado que se amaba con locura.

Mis padres adoraban la tierra que nos rodeaba y el pueblo que no los hizo distintos por creer en el poliamor.

Así que teníamos que dar gracias de que mi madre hubiera optado por nomenclaturas que tuvieran que ver con la naturaleza, porque si se hubieran inspirado en el pueblo, podríamos haber terminado llamándonos Arco, Flecha y Corazón.

La primera vez que los foráneos ponían los pies en estas tierras decían que el amor no flotaba en el aire, sino que formaba parte de él.

Cada rincón estaba relacionado con el sentimiento más poderoso del universo, una forma de vida para los habitantes de Saint Valentine Falls.

El rosa fue el color elegido para pintar las fachadas de las casas y los negocios, nada escapaba a él.

Desde la panadería Amor a Primera Hogaza hasta la floristería Rosas y Besos. El ayuntamiento o el edificio de la radio, donde la mejor amiga de mi prima, Stacey, lideraba la audiencia de las mañanas con su programa Radio Cupido, no eran una excepción.

Aunque el lugar más visitado, incluso más que el lago con forma de corazón, era la fuente que presidía la plaza del pueblo, en la que aquel querubín regordete apuntaba con sus flechas a todos los que bebieran, uniéndolos para siempre, como marcaba la tradición.

En el mes de febrero, duplicábamos la población gracias a nuestro famoso festival dedicado a San Valentín, incluso algunos se atrevían a participar en los concursos que tan buena acogida tenían, sobre todo, el de las cartas de amor, o el de tiro con arco a caballo, ese último casi siempre lo ganaban mis primos. Travis y Jane eran un portento en esa disciplina.

Me gustaba mi pueblo, aunque mi parte favorita era el rancho.

Nací y crecí en una familia dedicada en cuerpo y alma a la cría de ganado, en concreto, de toros y caballos.

Siempre supieron hacernos sentir felices y bien cuidados, que lo más importante era que fuéramos nosotros mismos, que debíamos pelear por nuestros sueños y no importarnos ser distintos.

Es algo por lo que siempre les estaré agradecido y crecer con una familia como ellos fue muy liberador.

Nunca tuve que vivir eso que muchos llaman salir del armario, crecí viendo a Papá Enzo y a Papá Bradley besarse en los labios, entre ellos y con mi madre, supieron educar mi mirada y mi corazón, por eso, cuando traje a mi primer novio a casa, a nadie le sorprendió.

Mi hermano mayor, River, era montador de toros profesional, y gracias a él y sus aportes

económicos, tanto Sunny como yo pudimos ir a la universidad.

Desde pequeño, supe que quería seguir los pasos de mi familia, pero también quería llevar el rancho a nuevas alturas. Así que, después de mucho esfuerzo y sacrificio, logré estudiar Ingeniería Agrónoma y Zootecnista en Columbia. No fue fácil para mi familia asumir que ya no nos veríamos a diario, salvo en verano, que los pasaba íntegros en casa.

Aun así, siempre me apoyaron, también cuando les planteé la posibilidad de hacer un máster que terminaron siendo dos, uno en Economía y Gestión de Explotaciones Agrícolas y Ganaderas, y el segundo en Tecnología de Producción Animal.

Sí, aunque no lo parezca por mi aspecto, según mi hermano salido de una revista de Men's and Health, soy un poco *nerd*, un friki de todo lo que tenga que ver con mejorar la producción del rancho y, por supuesto, de los animales, sobre todo, los caballos, pero alguien tenía que serlo, ¿no?

Saint Valentine Falls podía parecer un lugar sacado de un cuento, pero dejarse engañar por su fachada era un error. Aquí, el amor podía ser tan complicado como en cualquier otra parte, eso sí, las cosas nunca eran aburridas.

¡Por fin volvía a casa, y esa vez era para quedarme!

Regresaba después de las últimas prácticas en King Ranch, uno de los ranchos más grandes y famosos de Estados Unidos, que no solo contaba con una vasta extensión de tierra, sino que también era pionero en la cría de ganado y caballos, venía cargadísimo de ideas que poder importar y poder sacar provecho, además de…

Sonreí, no solo por estar llegando al pueblo en el bus que me traía del aeropuerto, sino por la *fotopolla* que acababa de recibir por parte de Andy.

«Joder, ¡qué puta preciosidad!».

Había algunos tíos que sabían sacarle mucho partido al *zoom* del iPhone, además de jugar con las perspectivas, a Andrew no le hacía falta. En la imagen se apreciaba a la perfección un grueso glande húmedo, rojizo y excitado bajo el cual se leía el texto:

Ya llora tu ausencia.

Me relamí sin poder evitarlo. No entraba en mis planes liarme con nadie, y mucho menos allí, pero es que Andrew estaba muy bueno, y desde aquel cruce de miradas que tuvimos cuando nos presentaron, supe que el placer no tenía por qué estar reñido con el trabajo.

Tecleé un rápido: *Después hacemos videollamada*. A ver, no sería lo mismo una paja, pero a nadie le amarga un poco de *sexting*.

—¿A quién le pertenece esa sonrisa? —preguntó Papá Enzo, alzando sus cejas oscuras.

Guardé el móvil.

—A mis ganas de volver a casa.

—¿Seguro? —cuestionó con su marcado acento argentino.

Con él hablábamos en su lengua y con Papá Bradley en inglés, así podíamos charlar en ambos idiomas.

—No lo dudes, ¿qué tal está el rancho? —pregunté mientras él negaba sabiendo que algo le ocultaba.

—Prácticamente como cuando te fuiste, te espera con los brazos abiertos para que te pongas al frente.

—Bueno, para eso está Papá Brad, yo solo aportaré ideas y trabajaré duro para que saquemos el máximo beneficio.

No sé si fue el modo en que frunció el ceño, o que apretaba demasiado el volante, o quizá esa

vena que palpitaba en su sien cuando le preocupaba algo, lo que hizo saltar las alarmas.

—¿Qué ocurre? —pregunté, bajando un poco la ventanilla, el calor del mes de junio empezaba a hacer estragos.

—Nada.

—Tu cara no es de nada.

—Mi cara es de que el pelotudo de mi hijo ha vuelto a casa y estoy *refeliz*.

—Te palpita la vena del cuello —anuncié, cruzándome de brazos.

—Y a ti la bragueta después de la foto que te han enviado.

—¡¿Me cotilleas el móvil?!

—Pero si la tenía tan gorda que, si hubiera sido una imagen 3D, habría roto la pantalla. —Puse cara de ofendido, pero se me escapó la risa—. ¿Es tu novio?

—Un amigo.

—¿Vendrá al rancho?

—Quizá cuando le den unos días libres. ¿Te parece mal?

—Ya sabes que no. Tu felicidad siempre va a ser la nuestra, Mount. Tenía un glande muy bonito —agitó las cejas espesas, puse cara de ofendido.

—¡¿Le has mirado la polla a mi amigo?!

—¿Qué quieres que te diga? Se me fueron los ojos cuando fui a cambiar las marchas. —Éramos de los pocos que no teníamos una *pick up* automática, conservábamos aquella antigualla del abuelo que a Papá Enzo le flipaba—. Si te hubiera mandado otra parte de su anatomía, podría alabar el color de sus ojos, o el brillo de su sonrisa. Pretendía que fuera un cumplido.

—Como comprenderás, no voy a decirle que a mi padre le parece bonito su glande. Y tú tampoco se lo dirás cuando lo conozcas…

—¿Por quién me tomas? Yo no soy tu madre, mis labios están sellados.

De mis tres progenitores, Papá Enzo era el que podía parecer más serio, aunque no lo fuera.

Mis padres eran divertidos, desenfadados y llamaban a las cosas por su nombre.

Por fin llegamos a nuestra propiedad y, como dijo papá, todo parecía seguir igual, lo que me llenó de una paz absoluta y muchísima emoción de poder aportar mis conocimientos.

Mi sonrisa se amplió al ver el comité de bienvenida.

Mi hermana había hecho un cartel tipo se busca con mi foto en el que, en lugar de «*Wanted*», rezaba «*Wellcome*».

Globos de colores decoraban el porche de madera, y bajo él estaban cobijados algunos de mis primos, mis hermanos y, por supuesto, mis otros progenitores.

En cuanto bajé del vehículo, una avalancha humana vino a estrujarme y yo me derretí como una loncha de queso en la calzada debido a la marea Wallace.

¡Por fin estaba en casa!

CAPÍTULO 2





—¡Bienvenido a casa! —Los amorosos brazos de mi madre me apretaron con fuerza. Yo la alcé del suelo y le di una vuelta que la hizo reír.

Estaba tan guapa como siempre, con el pelo rubio como el trigo flotando alrededor de su rostro. Se lo había cortado unos centímetros, seguramente en la peluquería de nuestra tía.

—Gracias, mamá. Es bueno estar de vuelta, estás más guapa que nunca.

Planté los labios en su mejilla mientras mi hermano negaba con la cabeza y susurraba un «pelota» que no pasaba desapercibido para nadie.

Miré de reojo a mi hermano al tiempo que frotaba la cabeza de Rosie y Pancho, que no habían dejado de dar ladridos y reclamar mi atención.

—A ti lo que te pasa es que no sabes apreciar la belleza, las únicas que te hacen caso son las vacas porque apestas a toro.

—Y tú a flor de cerezo, no te jode.

Me aproximé a River con una sonrisa en los labios, lo estreché hacia mi cuerpo, y cuando no lo esperaba, pasé mi lengua por parte de su barba.

—¡¿Qué cojones haces?!

—Beeeso de Vaca —canturreamos mi hermanita y yo al unísono.

Sun ya estaba en el otro lado lista para atacar el peludo rostro de mi hermano y llenarlo de babas.

—¡Queréis hacer el favor de respetarme y parar!

Nos apartó disgustado y yo me puse a escupir.

—¿Qué mierda te has echado en la cara? ¿Estiércol?

Arrastré mis papilas por la manga de la camisa.

—Eso te pasa por chupar pelambrera ajena —se carcajeó Elías.

—Como si no lo hiciera —farfulló Papá Enzo, quien se granjeó un palmotazo por parte de mi madre.

Mi primo era el joven ayudante del veterinario, en septiembre reemprendería de nuevo la carrera cuyas prácticas hacía en Saint Valentine Falls. Compartíamos cierto gusto por los tíos de pelo en pecho, aunque él era más de rubios y yo de morenos, así que nos complementábamos a la perfección.

—A Riv le ha dado por visitar al nuevo barbero del pueblo, les pone no sé qué que qué se yo para que tengan el pelo menos crespo. Suavidad no sé si les dará, de lo que sí estoy segura es de que Radio Cupido está llenita de quejas de las mujeres que ostentan un barbudo en su vida, todas coinciden en que besarlos da asco —comentó Stacey.

Mi prima Jane se echó a reír.

—Quizá sea un asesino en serie de matrimonios con barba, ¡que alguien llame a la *sheriff*! —proclamó Jake, su hermano mayor.

—¡Cállate, imbécil!

Mi prima le dio un codazo en la tripa que lo hizo gruñir un poco, los Wallace éramos de pasta dura.

—Hijo, ¿te importa que luego lleve la furgoneta al taller? —le preguntó Papá Enzo a Jake, quien era mecánico—. Mildred necesita una puesta a punto.

—Será un placer.

—Lo que necesita esa chatarra es que la jubilen —mascullé. Tenía demasiados años y se calentaba cada dos por tres. En eso nos parecíamos.

River bufó.

—Habló el ricachón del pueblo, como tú no has tenido que mover un dedo para pagarte la carrera…

—Oye, que yo nunca he pedido…

Papá Bradley intervino.

—Haya paz entre los dos.

Todo el mundo decía que él y yo éramos dos gotas de agua, tal vez por el color de ojos y el pelo, que también podrían ser de mi madre. Tanto Sunny como nosotros tres éramos rubios de ojos azules. Riv era más parecido a Papá Enzo, moreno de ojos castaños. Mi madre nunca quiso hacernos pruebas de paternidad para discernir quién plantó la semilla, para ellos todos éramos sus hijos, daba igual a quién perteneciera el espermatozoide ganador.

Papá Bradley me dio una palmada conciliadora en la espalda.

—Yo solo quería decir… —murmuré algo avergonzado por mi falta de tacto.

—Todos sabemos lo que querías decir, no hace falta que te disculpes, pero River tiene razón en que tanto tus estudios como los de Sunny no han sido baratos, si a eso le añadimos que hemos tenido algunos gastos extra en la propiedad, vuestras carreras han sido financiadas por tu hermano.

—Lo siento —mascullé mirándolo. Él hizo un gesto con la mano restándole importancia.

—Me lo pienso cobrar. Siempre he dicho que sois mi puta inversión y que, cuando deis vuestros frutos, voy a dejar de partirme los huevos encima de un toro rabioso para tumbarme a la bartola en la hamaca del porche y dedicarme a vivir.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —espetó Papá Enzo con una sonrisa burlona en los labios—. Eres carne de rodeo —aseveró, ganándose la sonrisa cómplice de mi hermano—. Un *bull rider* de pura cepa y vas a ser el próximo campeón del mundo, si no es este año, será el que viene, y yo lo celebraré. Lo llevas en la sangre.

Si River era *bull rider* era, en parte, por él. Le transmitió su amor por los toros, de hecho, mi padre fue montador profesional hasta que una lesión lo apartó de la arena, fue por eso que decidió emigrar y encontró trabajo en el rancho del abuelo.

—¿Qué tal las prácticas, hijo? ¿Aprendiste algo útil? —cuestionó papá Bradley.

—Sí, fue una experiencia increíble. El King Ranch es enorme y tienen unas técnicas de producción animal muy avanzadas, espero poder poner en práctica lo aprendido, me muero de ganas.

Mi hermana Sunny, siempre curiosa, se acercó con una sonrisa.

—¿Y qué tal los caballos? ¿Viste alguna técnica nueva que podamos usar aquí?

Tanto a ella como a mí nos apasionaban los equinos. Su sueño era poder tener el día de mañana una pequeña escuela en nuestras tierras y hacer terapia con ellos.

—Sí, Rayito de Sol. —Pasé el nudillo por su nariz—. Aprendí un montón de cosas que podríamos implementar en el rancho. Pero ¿qué hay de ti? ¿Lista para tu máster?

Sus labios se estiraron en una sonrisa cegadora que calentaba el corazón de cualquiera.

—¡Totalmente! —respondió ella, emocionada—. No puedo esperar a que empiece, va a ser alucinante.

—Lo que va a ser alucinante es lo que voy a tener que apoquinar —farfulló River.

—¿Y para qué quieres toda esa cantidad infame de dinero? No nos engañemos, en lo tuyo se gana una buena pasta. Los Wallace siempre hemos sido generosos con los nuestros, de nada te sirve que acumules para ser el hombre más rico del cementerio —apuntó Jane con la claridad que la caracterizaba.

—Pues estaría bien tener un mínimo ahorrado que me permitiera hacerme unas buenas vacaciones.

—¿A quién pretendes engañar? Tú no sabes lo que es eso. —Mi hermano siempre estaba entrenando o compitiendo—. Mejor invertir en la familia que en una de esas siliconadas adictas al bisturí y a los rodeos. ¿A cuántas has montado este año? —pregunté.

—¿Y tú en Texas? ¿Algún rabo interesante? —contraatacó Riv. Nunca se había dejado amedrentar.

Papá Enzo carraspeó y, antes de que pudiera responder, mi primo Elías intervino.

—Eso, cuéntanos, primo. Seguro que dejaste a más de uno con el corazón roto.

—O puede que el glande —farfulló mi padre por lo bajo.

—¿Cómo dices? —cuestionó mi madre con la mirada puesta en Papá Enzo.

—Que puede que encontrara un corazón grande, a veces me falla la erre y se me va la lengua.

Todos se quedaron en silencio, mirándome con curiosidad. Me sonrojé un poco, pero intenté mantener la compostura.

—Alguien hay, pero no es nada serio, solo un amigo con el que me divierto.

Mi primo Elías se rio.

—¡Claro, solo un amigo! —dijo, guiñándome un ojo.

—Dejad de agobiarlo —intervino Jake—. Hay que celebrar el regreso del primo por todo lo alto. ¿Noche de Wallace-Guarida?

—Estamos a mediodía, faltan bastantes horas para que anochezca y mi niño ha pasado demasiado tiempo fuera —aseveró mi madre.

—Seguro que necesita darse una ducha y pasar por el cuarto —añadió cómplice Papá Enzo con un brillo travieso en la mirada.

Yo hice rodar los ojos por dentro, «el que era de tener la boca callada».

—Lo primero es lo primero —asumí, dándole parte de razón a mi madre—. Lo que no quita que más tarde hagamos una Wallace-Guarida.

—¡Di que sí, primo!

La mano de Jake encontró mi espalda para festejar la decisión. La de Elías alborotó mi pelo y aprovechó para susurrar en mi oído que le tenía que contar lo del texano y, finalmente, Jane comentó que no iba a poder ir porque sus padres no podían quedarse con su hijo Levi.

—Puedes dejarlo aquí, ya sabes lo que le gusta el rancho —se ofreció mi madre—, además, mañana es sábado. Salid todos y disfrutad, nunca se sabe cuándo la vida puede dar un cambio y apartarte de la familia.

Vi que la mayoría de las miradas se dirigieron a mis padres, fue un segundo, igual que en el coche con Papá Enzo, tuve la sensación de que algo callaban.

—¿Qué ocurre? —inquirí.

—Que apestas a mofeta y tienes que ponerte en remojo antes de sentarte a la mesa —me pinchó River.

—Yo tengo que volver a comisaría, que tengo a Dax solo, y también debo acercar a Stace. Nos vemos esta tarde cuando aproxime a Lev —masculló Jane, dándome un apretón.

—¿Me puedes acercar a mí también? La clínica está hasta arriba de pacientes y no pienso perderme la noche Wallace ni muerto.

—Dile a Ripley que no te explote tanto —le aconsejó Papá Bradley.

—Ya sabes que con los animales no hay horarios, además, aspiro a que me rente su clínica cuando se jubile.

—Eso es tener una buena planificación, que tengas ambición y planes de futuro es bueno. Es el único Wallace por parte de nuestra familia que ha salido universitario, nos sentimos orgullosos del pequeñín —festejó su hermano mayor.

Elías era trillizo junto con Luke y Brandon, la otra parte de la tríada se dedicaba a las reformas y tenían intención de montar una empresa tarde o temprano.

Jane aceptó y los tres se marcharon en el coche patrulla.

—¿Tú te quedas a comer, Jake? —lo invitó mi madre.

—Debo regresar a casa, Susy Sue me habrá preparado uno de sus guisos y ya sabéis el tiempo que emplea para realizarlos, no quiero dejarla en la estacada, pero gracias por la invitación.

—Dale recuerdos al señor Wyatt de nuestra parte y dile que mañana me paso para hablar de esos potros que me ofreció —le comentó Papá Bradley.

—Por supuesto.

Con mis primos fuera de la ecuación, llevé la maleta a mi antiguo cuarto. La madera crujió bajo mis pies y las bisagras me recordaron que hacía tiempo que no pasaba por él. Por lo demás, seguía con las paredes cubiertas de pósteres de caballos y las medallas que había ganado.

Lancé un suspiro, era como si el tiempo no pasara en la propiedad.

Me di una ducha rápida, y cuando bajé a la cocina, todos callaron clavando los ojos en mí.

—Vale, o sois unos alienígenas que habéis poseído el cuerpo de mi familia, o hay algo que me estáis ocultando. A no ser que tengáis aparcada la nave nodriza en el tejado… Desembuchad.

Una mirada cómplice que me excluía sobrevoló la estancia, mi madre asintió y Papá Bradley abrió la boca.

—Nos mudamos a Los Cayos.

CAPÍTULO 3





Todavía seguía dándole vueltas a la noticia de que mis padres se mudaban.

Que Papá Bradley siempre había tenido EPOC (Enfermedad Pulmonar Obstructiva Crónica) no era ningún misterio, pero que tras una visita al doctor le recomendara que la mejor opción para él fuera mudarse, cuanto antes mejor, a un lugar más húmedo y cálido, como era Florida, sí.

Según me contaron en la cena, fue una decisión muy meditada y estaban esperando a que regresara para dar el paso y dejar el rancho en nuestras manos.

Yo pasaría a dirigirlo y mis padres se quedarían como usufructuarios, llevándose una parte de los beneficios anuales, para poder subsistir.

La noticia me había pillado tan de sopetón que no había conseguido asimilarlo todavía.

—¿Sigues dándole vueltas a lo de nuestros padres? —me preguntó River con una cerveza en la mano.

La Guarida era el bar del pueblo en el que podías encontrar algo de vida. Todos los que querían algo de diversión acudían allí en tropel. Estaba recubierto de madera, con una bonita barra de asientos hechos con sillas de montar.

Contaba con una zona de billares, una zona de dardos, una pequeña pista de baile con música en directo algunas noches y las mejores pintas de Saint Valentine Falls.

Además, Miles, el camarero y propietario, era de los más rápidos sirviendo detrás de la barra.

—Es que me parece increíble que no me dijeras nada de lo de la arritmia —bufé.

—A mí no me culpes, fueron nuestros padres quienes decidieron eso, sabes que es un efecto secundario de la enfermedad, y según el médico, lo único que podía recomendarle a papá era descansar.

—¡Tendría que haber estado aquí, echando una mano, y no en Texas!

—No te fustigues, Papá Enzo dobló la espalda más que nunca y contratamos a Ryan para que fueran más desahogados y que tú pudieras terminar. Te necesitamos al cien por cien, Mount.

Solté el aire que había estado conteniendo.

—No sé si estaré a la altura. No me esperaba tomar las riendas del rancho y que toda la responsabilidad recayera sobre mí tan rápido —confesé.

—Chaval, tienes veintiséis años y suficientes pelos en los huevos como para estar trabajando. Te has preparado al máximo, dudo que haya un tío mejor cualificado para el puesto, tú mismo lo dijiste; además, conoces el rancho como la palma de tu mano, has ayudado y trabajado en él desde que empezaste a andar, sé que asusta, pero no vas a estar solo, y papá cada vez respira con mayor dificultad.

—No me hagas sentir peor de lo que ya me siento. Debería haberme preocupado más por ellos.

—No te tortures, lo importante es que ahora estás, todavía faltan unos meses para que se marchen, así que exprime al máximo todo lo que nuestros padres puedan contarte, tienes el tiempo suficiente como para aclimatarte, y lo que no sepas puedes preguntarlo, que para eso está el teléfono o Skype.

Estaba sudando.

Una cosa era que tuviera los conocimientos y otra muy distinta que todas las decisiones importantes recayeran sobre mí, me dio vértigo.

—¡Venga ya! Los ataques de pánico no están hechos para los Wallace —protestó River, haciéndole un gesto a Miles.

Este me sirvió un chupito de tequila que bebí sin respirar.

—¡Habla por ti! Yo estoy acojonado —reconocí.

—Se te pasará.

—¿Cómo de grave fue lo de la arritmia?

Por mucho que pregunté, le restaron importancia, no obstante, la incertidumbre me carcomía por dentro.

—Ya sabes cómo es Papá Bradley, no le gusta parecer débil ante nadie, fue un susto y ya está, aunque es cierto que en este año está más cansado y ha sufrido más dificultades respiratorias, por eso, tras mucho meditarlo, han decidido tomar la decisión de mudarse. —Asentí preocupado—. No te agobies, según el doctor, en cuanto estén en su nueva vivienda con un margarita en la mano, mejorará. Así que ponte las pilas, chaval, tienes tres meses para hacerte con el rancho.

Me pincé el puente de la nariz un pelín agobiado.

River se separó de mí y fue hacia la mesa de billar, donde estaban mis primos mayores.

Me sentía culpable de no haber estado más pendiente, de que, tal vez, por culpa de mis másteres, Papá Bradley hubiera trabajado en exceso y su corazón se hubiera resentido. Pensar en ello me ahogaba por dentro.

Sentí una mano estrujándome el hombro. Elías se aposentó en el taburete que había dejado vacío mi hermano tomando el relevo.

—¿Y esa cara?

—¿Sabes lo de mis padres? —pregunté de sopetón. No hizo falta que respondiera, lo vi en sus ojos, la familia Wallace se lo contaba todo—. ¿Por qué me habéis mantenido al margen?

—Creo que tus padres querían que terminaras los estudios y las prácticas, nos pidieron a todos que no te dijéramos nada. Querían lo mejor para ti y, palabras de ellos, era que acabaras lo que empezaste, no puedes culparlos por eso. Además, según tengo entendido, no era un asunto de vida o muerte, todos arrimaron el hombro para que tío Bradley currara menos.

—Soy un mal hijo.

Desplomé mi frente contra la madera.

—Voy a por el látigo de pinchos, seguro que, si te atizas con él hasta que sangras, te sientes mejor. —Lo miré mal y él bufó—. ¡Venga ya! ¡Tú no sabías nada y ellos lo decidieron así! Lo importante es que ya estás de vuelta y vas a hacer cosas increíbles en tus tierras. El rancho será la hostia a tu cargo.

—¿De verdad lo piensas?

—¡Por supuesto! —respondió entusiasmado.

De los trillizos, Elías era con el que mejor me llevaba y era mucho más maduro que los otros dos. Luke y Brandon estaban al lado de la diana, con los dardos en las manos, pero en lugar de apuntar al centro, se los estaban tirando entre ellos.

—Ese par terminará en urgencias —espeté al ver clavarse uno en la nalga de Luke. Elías rio.

—Ya están acostumbrados. ¡Alegra esa cara y cuéntame tu rollo con el texano!

Forcé una sonrisa, desconectar un rato me haría bien, así que lo puse al día.

Le expliqué cómo nos conocimos, lo bien que congenié con Andrew y, en fin, que ambos decidimos que lo que nos unía era amistad con buen sexo sin compromiso. Ni Andy quería largarse de Texas, ni yo de Missouri, y en ese momento mucho menos.

—Entonces, ¿no estáis enamorados o saliendo? —Negué.

—A ver, nos llevamos bien y en la cama genial, pero no tildaría de amor lo que nos une.

—Bueno, nunca se sabe, igual ahora que estáis lejos os dais cuenta de que no podéis estar el uno sin el otro y que sois el amor de la vida del otro.

—Tú ves demasiadas novelas con tu madre. —Él rio por lo bajito, sobre todo, porque sabía que era cierto—. ¿Qué me cuentas de ti? ¿Algún chico en el horizonte?

—Estoy centrado en la carrera y en tirarme a todo lo que se menea en las fiestas de las hermandades. Soy muy joven, necesito experimentar antes de sentar la cabeza.

—Estoy de acuerdo.

Alguien ocupó el asiento vacío que quedaba al fondo de la barra, en la otra punta de donde nosotros estábamos.

Mi corazón dio un tumbo, ¿o era mi bragueta? Quizá el corazón hubiera utilizado mis intestinos a modo de tirolina y hubiera bajado hasta ella.

—¿Y esa cara?

Elías se giró para clavar sus ojos en aquel espécimen que no había visto en la vida pero que reunía todas las características que hacían que mi polla se clavara en la pretina de mi pantalón. Mi primo rio.

—Ese está pillado.

—¿Lo conoces? —pregunté.

—El otro día fui a ver a sus ovejas después del incendio que sufrió su granja, sus padres estaban preocupados.

—¡¿Qué incendio?!

No había visto nunca a aquel tipo, o lo recordaría.

Tenía el pelo castaño oscuro, no muy bien arreglado, aunque se veía limpio. La barba era incluso más oscura, recortada como la de River, quizá compartieran al *serial killer* del barbero.

Pensé en ella raspándome los muslos y mi nabo se encargó de hacer el resto, colocando esa boca a su alrededor, ciñéndose como un maldito lazo atrapando a un caballo pura sangre.

Era todo lo que me gustaba en un tío. Rasgos muy varoniles, estructura ancha, piernas como troncos, brazos fuertes y una estatura similar a la mía, quizá un centímetro o dos más bajo.

Era como un queso de esos que se funden con rapidez.

—Te lo estás comiendo…

—Qué más querría —repliqué con total desvergüenza. No había hecho la llamada con Andrew, le mandé un mensaje de audio postergándola para otro momento en el que me sintiera de mejor humor.

—¿Y qué me dices de Andy?

—Ya te he explicado lo que hay, él puede tirarse a quien quiera y yo también.

—Salvo que ese de ahí no va a querer.

—Porque tú lo digas, los tíos que parecen más heteros fantasean con un buen rabo entre las nalgas, te lo dice el experto, árboles más altos han caído y ese tiene aspecto de tenerla como un tronco.

Mi primo volvió a reír.

—Es Jim Brock. ¿Te suena? —Negué.

—¿Y si te digo… Pastor Brock?

Abrí mucho los ojos.

—¡No jodas!

—Es su hijo menor.

No es que conociera a esa familia, no obstante, Saint Valentine Falls era pequeño, así que sí lo hacía de oídas.

Los Brock pertenecían a una iglesia derivada de los Amish llamada Nuevo Amanecer.

Vivían en unos terrenos colindantes al pueblo, a las afueras.

Eran una pequeña comunidad que se centraba en sus propias leyes y valores. Subsistían gracias a su propia cosecha y los animales, los recursos que obtenían eran limitados, aunque a la vista estaba que les sentaban de maravilla.

Era difícil verlos en el pueblo, aunque no imposible.

Los niños estudiaban en casa, por lo que no se mezclaban con nosotros en la escuela. Mis padres decían que tenían miedo a ser contaminados.

Tenían su propio médico, cultivaban la tierra y cuidaban de su propio ganado.

—¿Y qué hace Brock en el pueblo? —cuestioné con la boca seca—. ¿Se les permite beber alcohol e ir a bares?

—No tengo idea de sus normas, pero, de vez en cuando, él y su hermano sí que bajan. Los he visto en más de una ocasión ir a la tienda, lo que no pueden crear ellos tienen que comprarlo.

—¿Te refieres a los condones? Pensaba que usarían tripas de oveja.

Elías soltó una carcajada que tronó por encima de la música, lo cual llamó la atención de Jim Brock, cuyos ojos se encontraron con los míos por unos segundos.

Apreté los puños, esa cara era para comérsela. Fue él quien no aguantó la intensidad con la que lo contemplaba y la desvió primero. Miles le preguntó qué tomaba y él respondió algo que no alcancé a leer.

—Esa gente no usa condones, tienen los hijos que Dios les manda y además llegan vírgenes al matrimonio. ¿Puedes creerte que tienen prohibidas las pajas?

—¡¿En serio?! ¡¿Qué tipo de religión prohíbe que te masturbes?!

—La suya —cabeceó.

—Pues entonces, cuando eyacule por primera vez, le saldrá cuajada.

—Puaj, no digas eso, que la venden en la feria. —Los dos reímos.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de conocer a Jim Brock y preguntarle por sus ovejas.

—¿Hablas en serio?

—¿No me dirás que no te pica la curiosidad?

—A ti lo que te pica es otra cosa —apuntó a mi bragueta abultada. No lo iba a negar—. A ese tío le gustan las mujeres.

—Tú deséame suerte.

Golpeé la barra con los nudillos y me acerqué a Jim Brock por detrás. Tenía un culo redondo espectacular, aunque la ropa que llevaba no le hiciera justicia, mataría por verlo con unos vaqueros y una camisa a cuadros.

La suya era gris, algo desgastada, y el pantalón parecía de sarga.

Justo en el instante en que Miles le daba una cerveza de raíz, acerqué mi cara a su oreja.

—Hola —lo saludé ronco.

Olía bien, no a perfume, más bien a hombre y jabón de romero.

Él se giró despacio, a cámara lenta, lo que incrementó mis ganas de verlo frente a frente, hasta que su cara quedó a unos centímetros de la mía y pensé que ganaba puntos de cerca.

Tenía un par de cejas pobladas que apretaba con fuerza. El cuello también era amplio y su mirada podría ser una mezcla entre amenazante y desconfiada.

Al ver que no respondía, seguí.

—¿Me das un poco? —pregunté, mirando el botellín.

—¿Disculpa?

—Que si me das.

Si estuviera en un bar de ambiente gay, el tipo que tenía delante sabría muy bien qué responder. Seguramente, me llevaría a rastras a un lugar oscuro en el que nuestras lenguas se enredarían, me bajaría los pantalones y…

—¿Nadie te ha dicho que no aceptes nada de extraños?

Vaya, así que tenía algunas respuestas que dar.

—Mount Wallace —me presenté, alargando la mano. Él no me la cogió y yo la dejé caer sin darle importancia—. Según me han dicho, tú eres Jim Brock, así que ya no somos desconocidos.

Sin que lo esperara, le arrebaté la cerveza y di un trago largo.

Alcé la barbilla para exhibir la nuez para él. Andy decía que la tenía preciosa, muy *sexy*, le encantaba morderla y lamerla a la menor oportunidad.

—Pero ¡¿qué haces?! —espetó.

—Tranquilo, solo es un trago, tenía mucha sed. ¿No tenéis entre vuestros mandamientos el de dar de beber al sediento y de comer al hambriento? —Mi voz se volvió más ronca todavía mientras deslizaba la mirada sobre él.

Relamí mis labios y sus ojos oscilaron por encima de mi lengua.

Apretó su boca convirtiéndola en una línea fina oculta por el vello. No añadió nada. Quizá Elías tuviera razón y el hijo del pastor no estuviera por la labor de que alguien corrompiera su

alma. Lástima.

—Ten —le devolví el botellín.

—Puedes quedártelo —gruñó. Salió de su encierro pasándome por el lado, al parecer, lo había ofendido con mis modales. No debía estar habituado a que le entraran.

—Eh, oye, ¡espera! Perdona, no quería incomodarte —me disculpé.

Demasiado tarde, Jim Brock desoyó mi disculpa y se largó por donde había venido.

¡Ni siquiera me gustaba la cerveza de raíz! Miré el botellín y lo dejé encima de la barra para regresar al lado de Elías, quien se estaba descojonando.

—Te lo advertí. Tu «mira y aprende» te ha salido rana.

—¡Cierra el pico, Wallace!

—Venga, echemos una a los dardos antes de que mis hermanos pierdan un ojo con sus gilipolleces.

Desvié la vista hacia la puerta por la que Jim Brock se había esfumado y negué con la cabeza.

Los de Nuevo Amanecer podían estar muy buenos, pero eran raros de cojones.

CAPÍTULO 4





Salí del La Guarida con el corazón latiendo a mil por hora y una sensación iracunda que no reconocía.

El aire cálido de junio me envolvía, pero no era suficiente para calmar la confusión que aquel tipo me había hecho vivir.

Pero ¿qué se creía quitándome mi cerveza de raíz?

Jamás me había ocurrido algo parecido, que un desconocido me asaltara, me robara mi bebida e intentara entablar conversación.

No supe reaccionar, en primer lugar porque en la comunidad nos enseñaban a evitar el conflicto y no sabía si la intención del tal Mount Wallace era liarse conmigo a puñetazos.

Una cosa era que viviéramos aislados y otra que no conociéramos ciertos rumores que ponían a esa familia en el punto de mira. Les gustaba liarla entre los hermanos y los primos, y no sería la primera vez que se partieran la cara en La Guarida.

No era conveniente meterse con ellos, sobre todo, porque la mismísima *sheriff* pertenecía a esa familia.

¿Qué le había pasado por la cabeza a ese loco para querer acercarse a mí? ¿Sería una apuesta para ver si conseguía provocarme? Pues no iba a lograrlo.

Era lo único que se me ocurrió al ver su actitud burlesca y retadora.

La gente tendía a evitarnos, éramos los raritos que vivían en las lindes de Saint Valentine Falls, los que detestaban los acercamientos con las personas ajenas a la Comunidad. Algunos nos miraban como si fuéramos apestados que pudiéramos pegarles nuestra fe o nuestro modo de vida. Por eso solía sortear el contacto con los habitantes del pueblo, lo que no significaba que me generaran curiosidad y me llamaran la atención.

Monté en mi bicicleta, una vieja y confiable compañera de aventuras que me llevaba a todas partes. Pedaleé con fuerza intentando eliminar el malhumor que había causado en mí su interrupción.

Tenía un buen trecho para sosegarme y volver a casa.

Me gustaba la quietud de la noche, el murmullo de las hojas al balancearse, el camino iluminado por la luz de la luna, el canto de las cigarras nocturnas, pero también la música que tocaban en directo en el bar, por eso iba a veces, me relajaba, la utilizaba para pensar, desconectar de mi ambiente mientras me entretenía viendo vidas tan distintas a la mía.

Decidí bajar al pueblo para despejarme, respirar otro ambiente después de la decisión que mis padres tomaron por mí y asimilarlo.

Era el único de mis hermanos que no estaba casado y ya se acercaba el momento. Los veinticuatro era la edad máxima permitida para los hombres antes de anunciar la intencionalidad del cortejo. En las mujeres eran los veintiuno.

Había llegado el momento de iniciar el mío, con la persona designada por mis progenitores como la idónea para mí: Mary Kate Adams.

Después de que anunciáramos la noticia delante de los amanecienses, tocarían los seis meses de cortejo, los cuales implicaban citas cortas, paseos, almuerzos, siempre acompañados por una persona de nuestras familias.

Tras ello empezaría la etapa del compromiso, la duración mínima era de un año, la máxima de tres, era lo que se estimaba para que una pareja pudiera conocerse lo suficiente y asumir si la decisión de sus padres había sido la correcta.

Pasado ese plazo, tocaba decidir; o la pareja se casaba y formaba una familia respetable, o se rompía y eran expulsados de Nuevo Amanecer.

No conocía ningún caso de desertores, es más, pocos eran los que alargaban el compromiso, la mayoría se ponía rápido a tener hijos porque premiar a la Comunidad con una familia numerosa era una bendición de Dios.

Mary Kate y yo nos conocíamos desde pequeños, se la consideraba una chica bonita, dulce, amable, generosa, tímida, humilde, pacífica y devota. En resumen, perfecta para ser la madre de mis hijos.

Esa misma tarde mis padres me sentaron en un banco de la parroquia para anunciármelo.

Mi madre me miraba sonriente al informarme sobre la decisión que habían tomado y el nombre de mi futura esposa. Su rostro esperanzado estaba cargado de emoción.

Se agarraba a las manos de mi padre, que celebraba la bendición de la familia Adams.

—E-entonces, ¿han aceptado? —pregunté con un nudo en las cuerdas vocales.

—Sí, hijo, esta tarde nos reunimos con los Adams y dieron su aprobación —musitó mi padre comedido—. Son una muy buena familia, confío en que vuestra unión sea muy fructífera.

—¿Estás contento? —inquirió mi madre buscando la felicidad que debería estar sintiendo en mi rostro.

—Sí, madre —asumí.

¿Qué iba a decirle? ¿Que no?

Mary Kate era la chica más bonita y buena en edad casadera, debería tener miles de fuegos artificiales estallando en mi alma. Lo lógico era que me sintiera honrado, en lugar de vacío y ansioso.

Me dije que era fruto de los nervios, y al ver que no se me pasaban, cuando mis padres se retiraron a dormir, salí fuera, tomé la bici y me bajé al pueblo.

Pedaleé lentamente, intentando procesar lo que supondrían los próximos meses cuando una piedra en el camino me hizo trastabillar.

Mordí el exabrupto que estuvo a punto de salir de mis labios. Ser malhablado no era de buen amaneciense, lo que me llevó directamente a recrearme de nuevo en mi interacción con Mount Wallace.

Su nombre resonó en mi cabeza. Había entrado en el bar solo para tomar una cerveza de raíz y despejarme un poco.

Además de hacerme a la idea de mi nueva realidad, estaba esa otra en la que nos encontrábamos inmersos. La situación en casa era desesperante. El incendio había destruido casi todo lo que teníamos, y aunque la comunidad nos ayudaba, no era suficiente. Necesitábamos más recursos, más manos, más esperanza.

Small Town Boy Like Me estaba siendo interpretada por el grupo Missouri Voice, con un ritmo pausado que invitaba a la reflexión, o mantener una charla agradable, como hacían muchos, y entonces apareció Mount, el tipo que había visto clavándome los ojos al final de la barra.

Al principio, pensé que me miraba por lo mismo que todo el mundo, hasta que escuché su voz pegándose a mi oído.

Era rubio, de ojos como un cielo despejado, con una sonrisa desenfadada y socarrona de las que anunciaban peligro.

Estaba seguro de que mi padre me diría que no era una buena compañía. No lo había visto nunca, por lo que supuse que era uno de los Wallace del rancho, el que estudiaba fuera.

Nunca había mantenido una conversación más absurda que, para colmo, terminó con mi botellín en su boca.

Un sudor frío descendió por mi columna pegándome la camisa a la espalda. Aunque corriera la brisa, hacía calor, y pedalear cuesta arriba, sin marchas, no ayudaba.

Tragué con fuerza. No supe cómo reaccionar ante aquel sinvergüenza. Nadie me había tratado así antes. En mi comunidad, todo era tan... predecible. Sabía lo que se esperaba de mí: trabajar en la granja, ayudar a mi familia, y ser el hijo que mis padres deseaban, alguien que los honrara con sus decisiones.

Los ojos entrecerrados de Mount Wallace volvieron a aparecer, me tendía el botellín, como si lo fuera a coger después de que hubiera vertido en él sus babas.

—Pero ¡¿qué haces?! —le pregunté nervioso.

No podía posar mi boca en el lugar en el que había estado la suya, había contaminado mi bebida y un hormigueo de frustración se retorció en mis tripas. Estaba enfadado, mi economía no me permitía malgastar y pedirme otra.

—Tranquilo, solo es un trago, tenía mucha sed. ¿No tenéis entre vuestros mandamientos el de

dar de beber al sediento y de comer al hambriento? —Sonrió y sus dientes blancos mordieron un poco su labio inferior mientras me repasaba con descaro.

¡No, no, no! Eso no estaba bien. Me dieron ganas de borrarle esa expresión de un puñetazo, solo que yo no empleaba los puños ni la fuerza bruta, entonces supe que tenía que ser eso lo que andaba buscando, meterse conmigo para que reaccionara mal.

Lo mejor era omitir mi respuesta, aplacarla y marcharme por donde había entrado. Eso fue lo que hice, obviar el impulso que me empujaba a atizarle, algo que tampoco me había pasado demasiadas veces.

Pedaleé con más fuerza queriendo liquidar a Mount Wallace de mi cabeza y mientras lo hacía sentí como aumentaba todavía más el calor, tenía que aflojar el ritmo o me estallarían las piernas.

Estábamos atravesando una etapa de mala suerte, hacía solo una semana que el fuego había arrasado con una parte importante de nuestra pequeña propiedad. Varias ovejas, nuestras hortalizas y todo por lo que trabajábamos tan duro sufrieron las consecuencias.

La noche estaba cerrada cuando el aroma acre del humo me despertó.

Fue una suerte que llenara mis pulmones porque, de no hacerlo, hubiéramos lamentado mucho más, tal vez la pérdida de nuestras vidas.

El ambiente se volvió sofocante en cuestión de minutos, el viento jugó en nuestra contra, propagó las llamas con facilidad y la luz anaranjada que se filtraba por la ventana hizo que saltara de la cama.

Corrí en dirección a la puerta, gritando «¡fuego!» para despertar a mis padres. Lo hicieron algo aturdidos, mamá no podía dejar de toser, estaba desorientada, los ayudé a que salieran al exterior.

Mi madre tenía lágrimas en los ojos, intentaba mantener la calma mientras mi padre buscaba desesperadamente una manera de contener el fuego y me gritaba que lo ayudara.

Cogimos unos baldes y fuimos hacia la bomba de agua, de fondo se oían los alaridos de mi madre pidiendo ayuda.

Nuestros vecinos se volcaron. En cuestión de minutos, los amanecienses llegaron con cubos, mantas y herramientas, todos trabajaron duramente para poder sofocarlo. Al terminar, todos estábamos cubiertos de hollín, rendidos y agradecidos del esfuerzo común, sobre todo, por estar vivos. Si no me hubiera despertado a tiempo, no tendríamos nada que reconstruir.

Parte de la casa se había malogrado y por ello estábamos viviendo en la parroquia mientras la comunidad nos ayudaba a levantar parte de lo destruido.

Había llegado al claro del camino, el que marcaba la mitad del trayecto. Me detuve, mirando hacia el cielo estrellado, y repasé mentalmente los principios fundamentales de Nuevo Amanecer.

A veces lo hacía solo para recordarme lo que representaba ser un amaneciense.

La base era la austeridad y la simplicidad.

Creíamos en que la verdadera felicidad, la paz más absoluta, se encontraba en las cosas simples, la ostentación y el alarde quedaban descartados. La conexión con la naturaleza era lo único que necesitábamos, no nos gustaba acumular sin necesidad.

Para nosotros era importante vivir con nuestros propios recursos, no abusar, ser autosuficientes, cultivar los alimentos que la madre tierra quisiera darnos y no criar animales en demasía.

Muchos de los habitantes de Saint Valentine Falls pensaban que renunciar a la tecnología para

mantener nuestro estilo de vida simple y evitar distracciones era un calvario. Pero como mi padre decía, la televisión o la telefonía móvil solo te apartaban del camino, te distanciaban de tus seres queridos; si te fijabas un poco, veías a las familias en silencio, pegadas a sus pantallas porque habían perdido la necesidad de hablar entre ellos, no tenían nada que decirse.

Era mejor conectar con nuestros allegados, preocuparnos, conocernos y apoyarnos mutuamente. La cooperación era esencial para nuestra supervivencia y el bienestar en general. Tal y como nos demostró el incendio.

Padre dijo que era una prueba en su último sermón, que Nuestro Señor quería mostrarnos nuestro poder frente la adversidad.

Tomé aire y pensé en ellos, en sus responsabilidades, una de las más importantes era el día que les tocaba escoger con quién debían casarse sus hijos.

Las enseñanzas nos decían que recaía sobre ellos porque eran más sabios, nos conocían mejor que nadie y entendían cuáles eran nuestras necesidades. Y lo más importante, eran capaces de separar la lujuria del amor. Las pruebas a sortear para ser un buen amaneciense eran varias; como padre decía, el maligno ponía distintos escollos en el camino para alejarnos de la bondad de Dios, la debilidad de la carne, del ser humano, era la peor.

Respiré un poco más aliviado.

Si la elegida había sido Mary Kate, obedecería y sería feliz a su lado.

Tenía que dar ejemplo, mi padre era el responsable de enseñar y mantener los principios de la fe, así como de resolver conflictos y tomar decisiones importantes. Que yo tuviera un próspero matrimonio era una de ellas.

Por fin empezaba a sentir la calma, reemprendí el camino mucho más aliviado. Al llegar a nuestro improvisado hogar, intenté no hacer ruido. Me acerqué a la que designamos como zona de aseo, me desnudé y empleé el cubo con agua limpia y una pastilla de jabón para eliminar el aroma a La Guarida. Tendría que bastar hasta que al día siguiente pudiera darme un buen baño en el arroyo.

Tras lavarme los dientes y secarme, me puse el camisón y me tumbé en el colchón bocarriba, con la mirada clavada en el techo, en unas horas empezaría con el cortejo a Mary Kate y les demostraría a mis padres que era un buen hijo.

Lo último que vi antes de caer en el sueño fueron un par de ojos claros de mirada burlona.

CAPÍTULO 5



Habían pasado cinco días desde que mis padres me dieron la noticia de que se iban, miré de soslayo a Papá Bradley porque me pareció que hacía una mueca extraña con la cara. El corazón se me aceleró y la sensación de agobio me oprimió el pecho.

—¿Seguro que estás bien?

—Como me lo vuelvas a preguntar, te doy una patada en el culo que te mando de regreso a Texas. ¿Ves por qué no quería decirte nada? —cuestionó, intentando disolver mi cara de preocupación.

—¡Has sufrido una arritmia! —espeté.

Parecía que nadie le daba importancia salvo yo.

—Eso es porque mi corazón estaba decidido a recordarme que tiene ritmo, siempre he sido de latido rápido cuando alguien me gusta, como tú.

Me guiñó un ojo y se ajustó el sombrero de manera desenfadada.

Nos encontrábamos en la zona de adiestramiento de los caballos, subidos al cercado. El cielo estaba salpicado de algunas nubes esponjosas y los rayos de sol incidían en el lomo de Spirit, nuestra nueva adquisición.

El nuevo potrillo, procedente del rancho Wyatt, daba vueltas aclimatándose a su entorno.

Los caballos solían comenzar su adiestramiento desde que eran potros, cuando tenían de uno a dos años. Con esa edad se podía empezar con el manejo básico y la socialización. Era imprescindible enseñarles a acostumbrarse a la presencia humana, a ser dirigidos, cepillados, manipulados y, sobre todo, a responder las órdenes básicas.

No podíamos empezar el adiestramiento montado, que incluía llevar silla y jinete, hasta los tres o cuatro años, cuando el desarrollo físico del animal era óptimo para soportar el peso y la presión de una persona adulta, así nos asegurábamos de que el caballo se desarrollara de la manera más saludable posible y estuviera bien preparado para sus futuras actividades.

—Eh, mírame. —Chasqueó los dedos frente a mis ojos—. Estoy bien, pero te aseguro que cuando esté en Los Cayos, bajo una de esas palmeras repletas de cocos, con un cóctel en la mano y sin jadear como un perro porque el aire de Missouri se me resiste, estaré mejor.

—Te recuerdo que ciento cincuenta personas mueren al año por cocazos en la cabeza.

—Vale, buscaré una palmera que no los tenga, deja ya de preocuparte por mi vida y enfócate en esto —desplegó sus manos para que yo mirara a nuestro alrededor.

Clavé los ojos en el potrillo, que todavía parecía algo desorientado, igual que me sentía yo.

¿Cómo hacerle entender que no se trataba de eso? ¿Que cuando llegué a la propiedad estaba tan seguro de todo lo que quería hacer que podría haberme comido el rancho con patatas? Fue la noticia sobre su salud lo que me desequilibró. Mis padres eran un pilar fundamental para mí y no estaba listo para perderlos. Tal vez nunca lo estuviera.

—Lo harás bien, Mount. —Apretó su mano callosa contra mi muslo.

—Es que esperaba tener más tiempo, estar con vosotros empapándome codo con codo del manejo de la propiedad, aportando pero con supervisión. —Mi padre rio por lo bajo.

—Sé lo que esperabas, el problema es que la vida, a veces, tiene otros planes. Lo que no significa que no sean buenos o que no podamos sacar una bonita historia de ello —murmuró, cabeceando hacia mi madre y Papá Enzo.

Estaban frente al granero, descargando unos fardos de paja con los guantes puestos. Papá Enzo los bajaba y ella los apilaba con una mirada pícara en dirección a los músculos de su torso desnudo.

El trabajo duro mantenía a mis padres en una forma óptima.

—¿Piensas que cuando él se cruzó en nuestras vidas alguien nos había preparado para lo que vivimos?

—Imagino que no —afirmé.

—Tu abuelo acababa de fallecer, estábamos ahogados por la pena y la desesperación de que la persona que se encargaba de prácticamente todo nos hubiera dejado sin avisar. A tu abuelo nunca le gustó delegar, y el infarto se lo llevó tan de golpe que no nos dio tiempo a encajarlo. —Eso me hizo tragar con fuerza, conocía la historia, por eso mismo me había asustado tanto con lo de la arritmia. Los ojos le brillaron cuando los clavó en Papá Enzo—. Y entonces apareció tu otro padre, con su acento musical, aquellas ganas de engullir el mundo y la confianza que a nosotros nos faltaba. Fue como un soplo de aire fresco que se convirtió en huracán. Arrasó con todo; nuestras creencias, nuestro concepto de que el amor era cosa de dos… —Papá Enzo flexionó su cuerpo moreno en dirección a mi madre cuando descargó el último fardo y la besó. Ella se apretó contra su cuerpo dándole la bienvenida, ajena a nuestras miradas, aunque tampoco es que le hubiera importado—. Enzo derrumbó los cimientos de una educación que preconcebía que el amor de pareja no podía abrirse a más personas, nadie nos había preparado para amarlo y, sin embargo, ocurrió. Yo pensaba que era imposible que un hombre me pudiera gustar, que pudiera

acostarme con uno o llegar a compartir a mi mujer, y no solo hice eso, sino que construí una familia a su lado, y te juro que no la cambiaría por nada del mundo. —Entendía lo que me quería decir.

—Te prometo que lo haré lo mejor que pueda, aunque te pienso petar el teléfono, sobre todo, al comienzo.

—No esperaba menos.

—Y necesitaré otras manos para suplir las suyas… —cabeceé hacia Papá Enzo.

—Por eso mismo hoy vendrá alguien que necesita el trabajo tanto como tu otro padre en su momento.

—Dime que tiene experiencia con el trabajo de rancho.

—Más o menos. Lo que tiene es necesidad y un par de manos, eso es lo más importante, la actitud. —Bufé.

—¿A quién demonios has contratado? ¿A un malabarista jubilado?

Mi padre sonrió y descendió de un salto.

—No juzgues si no quieres ser juzgado. —Esa era una de sus frases favoritas—. Lo hará bien, además, confío en que mi hijo, el gran adiestrador de caballos, con una carrera universitaria, un par de másteres y las prácticas realizadas en el rancho más próspero de Texas, sabrá enseñarlo.

—¡Fantástico! Tu respuesta apesta a que mi refuerzo es un novato.

—Quéjate menos y trabaja más, Mount Wallace, nadie nació enseñado y está bien dar oportunidades a los demás, no lo olvides.

—¿Y a qué hora vendrá la joya de la corona? —Papá miró su reloj.

—De aquí a una hora. Voy a echarles una mano a ese par.

Se alejó en dirección a mis otros padres y estos le dieron la bienvenida.

Volví a centrarme en el trabajo.

Media hora más tarde estaba en la caballeriza lavando al potrillo, pasando las manos enjabonadas por el pelaje tostado.

Los caballos eran mis animales favoritos, igual que le pasaba a mi hermana. Había crecido rodeado de ellos, aprendiendo a montar antes de poder caminar correctamente.

Mis padres siempre decían que tenía un don natural para entender a los caballos, y yo sentía que ellos también me entendían a mí. Había algo en su mirada, en la forma en que sus orejas se movían al escuchar mi voz, que me hacía sentir una conexión profunda y sincera.

Spirit era joven y lleno de energía, pero también mostraba signos de la nobleza y la gracia que caracterizaban a su raza. Mientras lo lavaba, podía sentir cómo se relajaba bajo mis manos, confiando en mí completamente. Esa confianza era algo que nunca daba por sentado. Sabía que los caballos, como las personas, necesitaban tiempo y paciencia para construir una relación de confianza.

Quería convertir nuestro rancho en el lugar de cría y adiestramiento de referencia de los Missouri Fox Trotter.

Estos caballos habían sido criados en las montañas Ozark, no muy lejos de donde me encontraba. Tenían un andar suave y seguro, el famoso «*fox trot*», que permitía a los jinetes recorrer largas distancias sin cansarse.

Eran fuertes y resistentes, perfectos para el trabajo en el rancho, ya fuera para arar los campos o arrear el ganado, y además poseían una gracia natural que los hacía destacar en cualquier desfile o competición.

Mi madre me contó que el abuelo se sentía muy orgulloso de ellos, decía que eran parte de

nuestra herencia y habían acompañado a los Wallace en los buenos y malos tiempos, siempre habían demostrado ser compañeros leales y fiables.

Por si fuera poco, su temperamento era tranquilo y amigable, lo que los hacía ideales para los principiantes y para aquellos que buscaban un caballo de compañía, incluso los niños o las personas con discapacidades, por eso eran perfectos para la escuela de equitación con equinoterapia que quería Sun.

Metí a Spirit en su box y salí fuera con una cuerda, tenía ganas de practicar con el lazo.

Ser hábil en su manejo hacía mucho más fácil la tarea del arreo del ganado, era fundamental para capturar y controlar a los toros, especialmente cuando se necesitaba separar a un animal del grupo.

Por el momento, estábamos dedicados a los Hereford, una raza bovina especialmente utilizada para la producción de carne, que se adaptaba a todos los suelos y climas, lo cual era una gran ventaja.

Ese año sería el último al que acudiría con mis padres a las subastas ganaderas de Ozark Empire y a la de Missouri State. No solo suponían oportunidades muy interesantes para la compra y venta de ganado, sino también para que los ganaderos pudieran reunirse, compartir conocimientos y celebrar la cultura agrícola de Missouri.

Me quité la camisa y me quedé con la camiseta interior para ejercitarme frente a los postes.

Puede que estuviera un pelín oxidado, sin embargo, a la media hora ya me sentía como siempre.

Sudaba profusamente.

El sol brillaba en su máximo esplendor cuando escuché el particular silbido de mi padre.

Estaba a tan solo unos metros, acompañado de un hombre que me daba la espalda.

Fruncí el ceño, la ropa me recordaba a la del tipo del bar, el de la comunidad de frikis que habitaban a unas millas, poco amantes del sexo y de las pajas.

Me sequé el sudor de la frente y pincé mis lagrimales para sacar el que probablemente emborronaba mi visión.

—Hijo, ¡ven! ¡Deja que te presente a tu nuevo ayudante!

No fastidies que mi padre me iba a encasquetar a un amaneciense…

Llevaba un ridículo sombrero de paja encajado en la cabeza y aquella ropa de manga larga que solo con verla me entraban sarpullidos.

El tipo empezó a girarse al mismo tiempo que yo avanzaba y, en cuanto vi su perfil, frené en seco.

«¡Joder! ¡No podía ser el fan de la cerveza de raíz!».

Completó los 180º quedándose frente a mí y mis pies, que se empeñaban en no seguir el camino marcado.

—Vamos, Mount, ¡acércate!

Él no parecía sorprendido, pero sí más tieso que uno de los postes de la cerca.

—¡Cuidado! —clamó la voz de mi hermana precedida por el estruendo de unos cascos.

Uno de los caballos nuevos se le debía de haber escapado.

—Mount, ¡échale el lazo! —rugió mi padre.

Actué por inercia, moví la cuerda con la que había estado entrenando, la lancé lo más deprisa que pude, atrapé a mi objetivo y tiré con todas mis fuerzas.

CAPÍTULO 6





—¡¿Qué haces?! —voceé, sintiéndome atrapado por la cuerda y las manos del hombre que me robó la cerveza de raíz.

El corazón me iba a mil, lo sentía retumbar en mi garganta, en los oídos y bajo la camisa, en el mismo punto que sus manos me agarraban.

Estaba demasiado pegado al cuerpo de ese hombre, que olía a sudor limpio y estaba empapado.

Nuestros ojos quedaban a la misma altura y la punta de nuestras narices casi se rozaban.

—Intentar que no termines bajo los cascos de un caballo.

—¡Suéltame! —protesté nervioso.

—Si es tu voluntad…

Me empujó alejándome al instante. No lo esperaba, tampoco es que lo hiciera muy fuerte, es que tropecé con una piedra y caí de culo. Instintivamente, me cubrí la cabeza al escuchar los cascos cada vez más cerca, pensé que el animal podría aplastarme si quisiera.

—¡¿Te has vuelto loco, Mount?! —gruñó el señor Wallace, acercándose a mí. Me tendió las manos para que pudiera levantarme. No desprecié su ayuda, aunque el sentimiento de agarrar un puñado de polvo del suelo y lanzárselo a la cara al petulante de su hijo estaba ahí.

Me contuve, eso no era propio de mí.

—No pensé que con esos troncos de piernas se fuera a caer, además, quería que lo soltara.

—Lo siento muchísimo —se disculpó una chica rubia con cara de consternación. Todavía tenía la cuerda alrededor de mi cuerpo y el rubio no hacía nada para quitármela. En cuanto me puse en pie, intenté deshacerme de ella yo mismo sin mucho éxito.

El señor Wallace me ayudó a aflojar el nudo.

La chica siguió corriendo en pos del caballo y entonces sucedió algo inesperado. Mount Wallace se llevó los dedos a los labios para dar un chiflido contundente.

El caballo se detuvo en seco, al igual que la chica, que parecía enormemente sorprendida.

—¡¿Cómo has hecho eso?! —preguntó, girando el rostro hacia él.

—Se me dan bien los sementales —respondió con los ojos escudriñando los míos—. Debe haber olido que alguien cercano está en celo y muy necesitado de que lo monten. —Las manos me temblaron, ¿por qué me seguía mirando diciendo esas groserías? Buscaba provocarme. Aparté los ojos y el señor Wallace por fin me sacó la cuerda—. Hurricane —lo llamó en voz alta —, ven aquí, chico.

El caballo regresó con total docilidad, se puso a su lado y lanzó un relincho, era negro como la noche y bastante amenazante.

—Yo alucino —bufó la chica.

—Todavía tienes cosas que aprender, hermanita. —Mount golpeó el ala del sombrero de la rubia—. ¿Crees que lo podrás llevar tú sola de vuelta al establo?

—Mejor llévalo tú, Mount —dijo el señor Wallace—, y aséate un poco, apestas a sudor. Jim y yo te esperamos en la cocina, creo que, después del susto, le vendrá bien un vaso de agua.

—Quizá algo más fuerte, le gusta la cerveza de raíz. —Mi padre arrugó la nariz.

—Pues aquí solo la tenemos de cebada, ¿te sirve? —preguntó el señor Wallace.

—Un vaso de agua estará bien, señor, gracias.

—Puedes llamarme Bradley.

—Toma. —La hija del señor Wallace se había agachado para recoger mi sombrero del suelo, ni siquiera me había dado cuenta de que se me cayó.

—Gracias —respondí sin mirarla a los ojos, lo sacudí para quitarle la tierra.

—Oye, siento mucho el incidente, no esperaba que saliera del box así. Me llamo Sunny.

Era demasiado cercana, en la comunidad no nos dejaban socializar con las mujeres que no pertenecieran a Nuevo Amanecer, aunque si iba a trabajar en el rancho, tampoco podía no responder, no habría sido de buen amaneciense.

—Jim.

—Encantada de conocerte, Jim.

Mount recogió la cuerda y subió sin mayor dificultad a la bestia negra, que relinchó.

Me encogí por dentro al ver esos ojos que parecían de otro mundo.

En mi poblado había caballos, pero no se parecían en nada a ese, si hubiera tenido que acertar quién era su dueño, habría dicho que el diablo, quizá fuera así, teniendo en cuenta que el hombre que lo montaba despertaba en mí sensaciones muy violentas.

—¿Y a mí no me das las gracias por salvarte? —preguntó desde la grupa.

—A ti lo que te voy a dar yo es una patada en el culo como no espabiles —contraatacó su padre, arrebatándome la posibilidad de respuesta, tampoco es que quisiera hacerlo.

Mount hizo un chasquido con la boca, tiró de las riendas y clavó las botas en los flancos del animal para alejarse, con esa sonrisa desquiciante en los labios que me moría por borrar.

—Disculpa a mi hijo, a veces es un poquito intenso y bromista. —Podría catalogarlo de muchas cosas, pero bromista no era una de ellas—. Venga, vayamos dentro, así te sacudes el polvo y te llevas algo fresco a la garganta, que con este calor y esa bicicleta, debes estar sudando…

—Estoy acostumbrado, señor.

—Mejor, porque aquí vas a pasarte muchas horas al sol y nos vendrá bien alguien tan robusto como tú. Por cierto, si lo de llamarme Bradley te va a suponer un problema, no importa, ya me acostumbraré yo a señor, aunque me eche años encima y me haga pensar en el dueño de una plantación sureña, esclavista y explotador.

—No pretendía ofenderlo, se-señor… Bradley —dije entrecortado.

—Y no lo haces, chico, perdona si te he incomodado, aquí tenemos un sentido del humor de lo más desenfadado, ya te habituarás. Sunny, ve a ver qué necesita tu madre y échale una mano.

—Sí, papá, y lo siento de nuevo, Jim, bienvenido al rancho —repitió, alejándose con brío.

Una vez en el interior de la casa, el señor Wallace me indicó dónde estaba el baño y fui a refrescarme.

Miré mi reflejo, además del polvo, tenía un par de manchas de sudor bajo las axilas que no daban muy buena impresión. No iba a poder evitarlas teniendo en cuenta que mi medio de transporte era físico y estábamos en las horas máximas de radiación solar.

Me sacudí como pude, me lavé la cara y las manos.

Respiré hondo agarrado al mueble, quizá fue una pésima idea aceptar el trabajo, pero es que lo necesitábamos, mi familia apenas tenía nada y vivir en la parroquia era de lo más incómodo.

No tuve otra opción, además, fui yo quien convenció a mis padres para que me dejaran, teniendo en cuenta que no les hacía gracia alguna que compartiera ocho horas con habitantes del pueblo, no podía desperdiciar la oportunidad de hacerme con aquel sueldo que nos permitiría volver a reconstruir parte de lo que perdimos.

Además, no era el primero en hacerlo, las normas de la comunidad permitían «mezclarse», laboralmente hablando, hasta estar casado. Algunos lo hacían para ahorrar. Los huracanes, las tormentas, las malas cosechas o los incendios, como el que arrasó nuestra propiedad, creaban situaciones excepcionales por las que los amanecienses, siempre y cuando fueran solteros, pedían un permiso especial para contribuir mediante empleo ajeno.

No incumplía ninguna norma. Cerré los ojos por un instante rememorando cómo habían sido las cosas.

Todo fue gracias a Elías, el ayudante del veterinario, que se pasó para dar el seguimiento a nuestras ovejas.

Aunque disponíamos de médico propio, no teníamos veterinario, por lo que, en ocasiones excepcionales, el señor Ripley nos visitaba, actuaba según nuestros preceptos, teniendo en cuenta la prohibición de usar sustancias químicas, no naturales, tanto para curar nuestras enfermedades como las del ganado.

Mis padres estaban hablando cuando él llegó.

—No sé cómo vamos a salir de esta, Laura —dijo mi padre, su voz cargada de desesperación—. Hemos perdido casi todo, y la comunidad no tiene suficiente dinero para ayudarnos a recuperarlo. Además, se ha dañado toda la cosecha y hemos perdido el 25 % de las ovejas y un 15 % sufren quemaduras.

—Lo sé, John —respondió mi madre con un tono igual de acongojado—. No tenemos los

recursos para reconstruir por nuestra cuenta y, encima, nos hemos comprometido con los Adams, Jim tiene que poder ser proveedor de su hogar, por lo que no podemos emplear el dinero que teníamos destinado a levantar su casa.

—Pero si no lo hacemos… —mi padre calló.

Sentí un nudo en el estómago. Sabía que las cosas estaban mal, pero escuchar a mis padres tan desesperados me hizo sentir impotente. Quería ayudar, necesitaba hacerlo, solo que no sabía cómo.

—Estaría la opción de… —susurró mi madre.

—Ni lo menciones.

—Pe-pero es que, si no va a trabajar fuera, no podremos…

—Encontraremos otra solución que no implique que Jim tenga que ir al pueblo.

Se me encendió una bombilla. ¡Claro! ¡Esa era la solución! No era algo que se nos recalcara mucho cuando nos bautizaban, pero sí lo mentaban.

Éramos ordenados amanecienses a los dieciocho años, mediante el rito del bautismo en el arroyo, se nos recordaban los mandamientos, los deberes y lo que suponía ser un miembro de la comunidad.

Era el momento de decidir libremente si seguir en Nuevo Amanecer o ser un desterrado.

Estaba a punto de salir a hablar con mis padres cuando vi a Elías acercándose. Por la cara que tenía, parecía que también había escuchado parte de la conversación.

—Hola, Jim —me saludó—. ¿Puedo hablar contigo un momento? —me dijo en voz baja para no alertarlos.

—¿Es por las ovejas? —Él negó. Nos alejamos lo suficiente para que no nos escucharan.

—Siento si voy a meterme en algo que no me corresponde, pero, lo creas o no, lamento mucho lo que le ha pasado a tu familia, he oído lo que decían tus padres —dijo Elías con una expresión comedida—, y, si quieres, yo os puedo ayudar.

—¿El veterinario necesita otro ayudante? —pregunté, con una mezcla de esperanza y escepticismo.

—Em, no, además, ese viejo cascarrabias no paga. —Arrugué la expresión—. Pero mis tíos se van a mudar del rancho a Florida por problemas de salud y necesitan a alguien que trabaje allí, creo que tú podrías ser la persona perfecta para el trabajo. Eres joven, estás fuerte y tienes experiencia con animales.

Me quedé en silencio, procesando lo que acababa de decir. Trabajar en el rancho Wallace significaría dejar a mi familia y a la comunidad, pero también podría ser la solución que necesitábamos.

—No sé, Elías… —dije, dudando—. Nunca he trabajado fuera y los únicos animales que he cuidado son las ovejas. No sé si estoy preparado para eso.

—A ver, tampoco sé si mis tíos te darían el empleo, pero si te soy franco, si les cuento tu caso, sé que la balanza se inclinará a tu favor, son muy buena gente. ¿Qué me dices? —Me pasé la mano por el cuello, sentía la presión de los problemas agolpándose en mis trapecios—. Piensa en tu familia. Necesitan ayuda, y esta podría ser una oportunidad para ganar el dinero que necesitáis. Además, podrías aprender mucho y traer esos conocimientos de vuelta aquí.

Eso me gustaba, quizá sí que pudiera aprender algunas cosas.

Miré a Elías, viendo la sinceridad en sus ojos. Sabía que tenía razón. Si quería ayudar a mi familia, tenía que considerar todas las opciones, incluso las más difíciles.

—Está bien —dije finalmente—. Hablaré con mis padres y veré qué piensan. Gracias, Elías.

De verdad.

—No hay de qué, Jim, a los Wallace nos gusta echar una mano.

Con un último apretón de manos, Elías se fue, dejándome solo con mis pensamientos. Sabía que la conversación con mis padres no sería fácil, pero tenía que intentarlo. Por el bien de mi familia, estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario.

Después de que Elías hablara con mis padres sobre el estado de las ovejas, les pedí si podíamos hablar un momento.

Sus rostros estaban marcados por la congoja. Sabía que lo que estaba a punto de decir podría cambiarlo todo.

—Padre, madre, necesito comentarles algo —dije, tratando de mantener la calma.

Mi madre levantó la vista, sus ojos llenos de tristeza.

—¿Qué pasa, Jim?

Me senté frente a ellos en un banco.

—He estado hablando con Elías, y él cree que podría haber una solución para nuestros problemas.

Mi padre frunció el ceño, escéptico.

—¿Has hablado con él de nuestros problemas? —Negué.

—Les escuchó antes y quiso ofrecerme una solución.

Respiré hondo y les conté sobre la propuesta de Elías. Les expliqué que los Wallace necesitaban a alguien que trabajara en su rancho y que podría ser una oportunidad para ganar el dinero que necesitábamos para alzar nuestra propiedad de nuevo.

Cuando terminé, el silencio llenó la deslucida parroquia. Mis padres se miraron el uno al otro, procesando lo que acababa de decir.

—Jim, eso significaría permanecer fuera de la comunidad muchas horas —dijo mi madre con la voz temblorosa—. ¿Estás seguro de que quieres hacer eso?

—No es que quiera, madre, pero necesitamos ayuda, y esta podría ser nuestra única oportunidad. Además, podría aprender mucho y traer esos conocimientos de vuelta aquí.

Ese era el mejor argumento que podía blandir.

Mi padre se pasó una mano por el cabello, se podía ver el conflicto en su mirada.

—No estoy seguro de esto, hijo. Alejarte de nuestra forma de vida no es algo que se deba tomar a la ligera, además, vas a empezar el cortejo con Mary Kate, apenas tendrás tiempo para ella.

—Le juro que lo sacaré de debajo de las piedras. Sabe que necesitaré dinero para mi nuevo hogar y no puedo permitir que guardemos el que tengo cuando han perdido el suyo.

— ¿Y si no funciona? ¿Y si te pasa algo?

Sentí un nudo en el estómago, pero sabía que tenía que ser fuerte.

—Padre, entiendo su preocupación. Pero si no hacemos algo, podríamos perderlo todo y no ser capaces de remontar.

Mi padre negó con la cabeza, todavía dudando.

—No sé, Jim. Es un riesgo muy grande. Esa gente es la peor... Viven en pecado, son polígamos, podrían contaminarte, apartarte del sendero de Dios.

Yo también había escuchado lo que se decía de los Wallace del rancho.

—Escúcheme, padre, no corro ningún peligro porque usted me ha educado, mi fe es fuerte y no quiero apartarme del camino. Esto solo ayudará a afianzarme como amaneciense, quizá sea

la voluntad de Nuestro Señor que pase por esta prueba para hacerme más fuerte. El incendio nos dejó casi sin nada, la comunidad ha hecho todo lo posible, pero no es suficiente. Necesitamos una solución a largo plazo, y esta podría ser nuestra mejor opción.

Mi madre, con lágrimas en los ojos, miró a mi padre.

—John, Jim tiene razón. No podemos seguir así. Si él está dispuesto a intentarlo, es un buen hijo y estoy segura de que debemos apoyarlo.

Mi padre suspiró profundamente, su resistencia comenzaba a ceder.

—Jim, si decides hacer esto, quiero que sepas que deberás mostrarte férreo ante la tentación del maligno, si te alejas de la comunidad, sus obstáculos se harán más presentes que nunca, debes avisarme si eso ocurre para que te pueda ayudar.

Sentí una oleada de alivio y determinación.

—Tranquilo, padre, lo haré.

—El oscuro tocará tus puntos más débiles, solo un alma fuerte y pura podrá batallar contra él.

—Me ha educado el hombre más fuerte y devoto que conozco, podré con él, se lo demostraré.

Mis padres se levantaron y me abrazaron emocionados, sus lágrimas se mezclaron con las mías. Sabía que sería difícil, pero también que era lo correcto.

—Estamos orgullosos de ti, Jim —dijo mi padre con la voz quebrada—. Te apoyaremos, y la comunidad también lo hará.

Me sentí más decidido que nunca. Sabía que el camino sería duro, pero que, con mi familia a mi lado, estaría listo para enfrentar cualquier desafío.

Elías vino al día siguiente, me comentó que su tío estaba dispuesto a darme el trabajo, que solo tenía que ir a verle el viernes y que me enseñaría el rancho.

Y ahí estaba, y no iba a decepcionar a mi familia, por mucho que el señorito de Mount Wallace estuviera dispuesto a ridiculizarme.

Respiré varias veces antes de salir.

CAPÍTULO 7



Me di una ducha rápida. Cuando bajé, Jim estaba de pie junto a mi padre, que le enseñaba parte del terreno que se vislumbraba a través de la ventana y le explicaba dónde quedaba la zona en la que nuestros toros pastaban a sus anchas.

—Son unos ejemplares preciosos que dan una carne excepcional.

—Y con unos cuernos muy largos y afilados que les encanta clavar —me sumé.

Vi cómo la espalda de Jim se ponía rígida al instante, Papá Bradley me miró mal.

—No le hagas caso a mi hijo, como te dije antes de que bajara, es un bromista, puede que al principio te cueste un poco pillarlo. —Se cruzó de brazos para contemplarme con el ceño fruncido—. Y tú, haz el favor de comportarte, Jim es amaneciense, lo cual debería decirte que tiene un sentido del decoro muy distinto al nuestro, lo estás incomodando y no es nada agradable sentirse así en tu nuevo lugar de trabajo, pareces el matón del colegio.

—Yo no pretendía…

—Pues si no lo pretendías, no lo hagas, discúlpate.

No recordaba cuándo fue la última vez que mi padre me dio una regañina en público, no obstante, igual me la merecía al ver la reacción de profunda incomodidad de Jim.

Mis mejillas se encendieron.

—No es necesario que… —comenzó Jim, y entonces me di cuenta de lo fuerte que apretaba los puños, había sido un capullo al pensar que entraría en mi juego.

—Lo siento —lo corté—, no he sido consciente de que mi forma de ser podría incomodarte, acepta mis disculpas.

Me miró desconfiado y rehuyó mi mirada a los dos segundos. Todas las veces que nuestros ojos habían conectado los apartaba al poco tiempo, quizá no estaba bien visto en Nuevo Amanecer fijar la mirada en alguien. Una vez vi en un reportaje que los japoneses lo consideraban de mala educación.

—Acepto las disculpas, no eran necesarias.

—Sí lo eran —corroboró mi padre—, para empezar con buen pie, tienes que sentirte bien, seguro. Mount te enseñará todo lo necesario sobre el rancho, supervisará tus tareas y te mostrará todo lo que debas aprender, es importante que conozca tus límites y te respete, aquí tratamos bien al personal, solo así conseguimos trabajadores que mimen el rancho tanto como nosotros. ¿Verdad, hijo?

—Así es —respondí un poco avergonzado. Me pasé la mano por la nuca, que seguía algo húmeda.

Había tratado a Jim como lo haría con cualquier tío que me gustara, al cual quería entrar de manera desvergonzada y buscar algún tipo de respuesta que me indicara que le molaban mis avances. Estaba claro que no era así, tenía que comportarme.

Aunque la atracción que sentía por él me lo pusiera difícil.

Podría haber sido un clon del Jovencito Frankenstein en lugar de uno de los protagonistas de Pasión de Gavilanes. Esa novela latina había hecho furor en mi madre, que la empleó para mejorar su español con Papá Enzo.

Necesitaba centrarme, si iba a tener que enseñarle desde cero, no podía estar pensando con el rabo en lugar de con el cerebro. Mis padres se largaban en poco tiempo, así que tenía que acelerar.

Me puse a su lado.

—¿Te parece si empezamos de nuevo? —le pregunté, amigablemente, extendiendo la mano —. Soy Mount Wallace.

Él miró mi mano receloso.

—Tranquilo, acabo de salir de la ducha y te garantizo que no me he tocado la chorra sin la toalla.

Jim parpadeó incrédulo ante la gilipollez que acababa de soltar y mi padre no pudo contener el sonido de exasperación

—¡Perdón, perdón! —repetí—. ¡Es broma! No me digas que en tu comunidad no las gastáis.

—No de ese tipo.

—Hijo… —suspiró mi padre.

—¿Qué? No puedes reñirme por algo que tú también habrías dicho.

Mi padre y yo teníamos un humor bastante parecido.

No esperaba el contacto y fue como si me alcanzara un rayo.

Jim, sin previo aviso, estrechó mi mano, que seguía esperando un apretón. Lo hizo con fuerza, dejándome sin aliento.

Tenía unas manos cuidadas, grandes, bonitas, salpicadas de vello oscuro. Su palma era tan áspera como la mía, se notaba que trabajaba en el campo, aunque no fuera en lo mismo que yo.

«Dios, ¡no me culpes por imaginarla alrededor de mi polla!».

—Jim Brock —se presentó con voz grave y aterciopelada.

Soltó el agarre tan rápido que apenas me dio tiempo a saborear el contacto.

Carraspeé para aclarar mi garganta.

—Muy bien, Jim Brock, creo que lo primero que deberíamos hacer es que te enseñe la propiedad, ¿montas a caballo? —Él me miró espantado, imaginé que por el altercado con Hurricane.

—En bicicleta. —Reí por lo bajo.

—Ya, bueno, eso no está mal, pero en un rancho es imprescindible que lo hagas sobre la grupa de un animal. No nos gusta meter vehículos por las zonas de pasto, los caballos son menos invasivos, no asustan a los toros y pueden pasar por lugares estrechos.

—No sé montar.

—Eso no supone ningún problema —intentó aliviarlo mi padre—. Mount y mi hija Sunny te pueden enseñar. —Él puso cara de susto—. ¿Ocurre algo? —Tenía la frente perlada de sudor, apretó los labios—. Dilo, hijo.

—No puedo mantener contacto con mujeres que no sean de la comunidad, las normas nos lo impiden, puedo saludar, pero poco más.

—Comprendo, tampoco es que debas hacerlo, Sun se irá a finales de agosto para cursar su máster en la universidad. Nosotros nos marcharemos un par de semanas después, así que prácticamente estarás solo con Mount, bueno, con él y los otros trabajadores, claro.

—Yo puedo enseñarte, con esas piernas no va a ser difícil que te agarres bien a la montura, será coser y montar.

—Pe-pero ese caballo negro… —Reí.

—Oh, no, Hurricane no es el más indicado para aprender, todavía lo estoy adiestrando, será para River, que le van las emociones fuertes, buscaremos uno más dócil para ti.

—Por el momento, lo más sencillo es que compartas montura con mi hijo, cuando terminéis vuestra jornada, te puede dar una clase, ¿te parece?

Jim respondió dubitativo.

—Em… Sí.

—Tranquilo, colega, soy bueno introduciendo a las personas en experiencias que no han tenido nunca, los novatos se me dan de miedo…

No creía que hubiera pillado mi doble sentido porque no dijo nada al respecto, en esa ocasión, mi padre tampoco.

—Por cierto, ¿tu religión te impide vestir de otra manera? Me refiero a que esa ropa seguro que está genial para Nuevo Amanecer, pero para el rancho será incómoda, ¿podemos darte algo más adecuado?

—¿Un uniforme? —preguntó.

—Algo así…

—Supongo que sí.

—Yo me ocupo —asumió mi padre—. Bajaré al pueblo a por unas cuantas camisetas, pantalones, camisas, un par de botas y un sombrero. Cuando llegues, te podrás cambiar aquí con tranquilidad, nosotros nos ocuparemos de lavarla con la de los demás, solo necesito tus tallas.

—Gracias, señor Wallace, pero no sé la que tengo, mi madre cose mi ropa y el zapatero de la comunidad nos hace el calzado y lo repara cuando se estropea.

—Bueno, aquí somos cuatro hombres y los de mayor tamaño son River y Enzo, podríamos hacernos una idea dejándote algo de ellos. Mount, súbelo y dale algo para que se lo pruebe,

después bajaré al pueblo.

—Claro, ven conmigo, Jim.

Sus pasos hicieron crujir la madera en algunos puntos donde los tablones estaban sueltos.

—Si queréis, puedo arreglarlos, se me da bien la madera —sugirió, fijándose en lo mismo que yo.

—Más adelante no te digo que no.

Al llegar a la segunda planta, entré sin llamar a la habitación de River. Mi hermano no estaba, salió con Jerry, su mejor amigo, que también era su preparador físico.

Saqueé la cajonera y el armario, dispuse en una silla unos vaqueros, una camiseta interior blanca y una camisa de cuadros de algodón de manga corta.

—Empieza por esto, ahí están las botas —señalé—. Imagino que no necesitas calzoncillos y ahí debajo llevas algo que te cubre las pelotas, ¿no?

—Llevo ropa interior, gracias —respondió seco.

—No te ofendas, es que me va a costar reprimir mis salidas, forman parte de mi personalidad, estoy acostumbrado a que a la gente no le molesten, no es algo personal.

—Quizá te haría bien ir a la iglesia y rezar.

Solté una carcajada.

—Un lugar en el que ponerse de rodillas dentro de un confesionario oscuro, con un tío misterioso que viste sotana al otro lado, solo desataría en mí pensamientos impuros. —Jim hizo una mueca—. Aunque teniendo en cuenta que la iglesia del pueblo la dirige el reverendo Sheldon, un señor mayor entrado en años, quizá no fueran tan impuros después de todo. Venga, te dejo cambiarte con tranquilidad, que voy a por algo de Papá Enzo.

Juro que después de soltar todo eso me regañé, intentaba comportarme, poner límites a mi boca deslenguada, pero ese hombre era tan transparente, tan expresivo y con ese tamaño tan bestia, que era incapaz de contenerme. Jim Brock me daba mucho morbo, solo esperaba no asustarlo demasiado o su padre vendría a por mí para quemarme en la pira de los pecadores.

Cogí las mismas prendas del armario de mi padre, y cuando regresé al cuarto, sufrí una erección instantánea.

Jim solo había tenido tiempo de desnudarse, ordenar perfectamente su ropa encima de la cama y se estaba poniendo la camiseta de tirantes.

Se me secó la boca al ver aquel pecho amplio salpicado por vello oscuro que descendía por unos abultados abdominales hasta perderse en un calzoncillo ancho. Su bonita cara desprovista del sombrero de paja se asomaba con el pelo desordenado por el agujero de la camiseta.

Y esas fabulosas y enormes piernas… ¡Era para comérselo!

Lo vi bajar la camiseta con apuro, seguro que mi mirada reflejaba todo lo que estaba sintiendo al contemplarlo.

—¿No te enseñaron a llamar a la puerta? —preguntó visiblemente incómodo.

—Perdona, pensaba que esas cosas no eran necesarias entre tíos, salvo que la persona del otro lado se estuviera haciendo una paja, y por lo que me han contado, lo prohíbe vuestra religión. —Él lanzó un gruñido—. Tranquilo, oso pardo, no quería despertarte de tu hibernación, te dejo aquí el otro conjunto de la colección primavera-verano rancho Wallace y te lo pruebas, si necesitas que opine sobre cómo se ajusta a tu…

—¡Fuera! —rugió.

Había sido incapaz de dejar de mirarlo y detenerme en su entrepierna, ojalá le fuera a juego con las dos columnas que la rodeaban.

—Ya me voy.

Cerré la puerta, tenía la respiración alterada y muchísimas ganas de hacer una mamada y de que me la hicieran. Me apoyé contra la pared y pensé en realizar mi videollamada pendiente en cuanto esa montaña de músculos y carne se fuera.

Saqué el móvil del bolsillo trasero de mi vaquero y le tecleé a Andrew:

A las ocho vídeollamada, te quiero desnudo, en la cama y con un bote inmenso de lubricante.

La puerta del cuarto se abrió y la tentación hecha hombre emergió en el vano. Con el pantalón y la camisa desabrochados porque le faltaba tela, aunque a mí me pareciera perfecto.

—Creo que necesito que sea más grande —me comentó apurado. La camiseta le marcaba todos los pectorales y me daban ganas de arrancársela a mordiscos.

—Desde luego, eres un tío enorme… —suspiré.

—Las botas me van bien.

—Le diré a mi padre que necesitas un par de tallas más y que tienes un 12,5 de pie.

Él asintió y volvió a cerrar la puerta para cambiarse.

Iba a ser un día demasiado largo y plagado de estímulos.

CAPÍTULO 8





Le divertía tomarme el pelo y verme apurado.

Esa era la conclusión que había sacado después de estar soportando ese tira y afloja al que me sometía Mount Wallace, como cuando entró en la habitación sin avisar y me recorrió con los ojos como si lo que viera le gustara en demasía.

Las tripas se me contrajeron cuando no salió y se recreó en ciertas partes de mi cuerpo, además, dijo eso del padre Sheldon…

¿Le gustaban los hombres?

Ser homosexual estaba prohibido en la comunidad, mi padre decía que iba contra natura, que Dios creó al hombre para la mujer y la mujer para el hombre, por eso solo éramos capaces de reproducirnos con el género opuesto, que si fuera la voluntad de Dios que los hombres pudieran estar con sus homónimos, seríamos capaces de quedarnos embarazados.

—¿Qué ocurriría si todos fuéramos homosexuales? —preguntó padre en la clase del buen amaneciense.

—Que la raza humana se extinguiría, pastor Brock —respondió Jonas Simons.

—Exacto, buena respuesta, Jonas.

—¿Qué ocurre si hay atracción y relaciones entre personas del mismo género, Jim? —buscó

mi rostro entre los demás niños.

—Que son una abominación, culpa del maligno y sus ganas de destruir todo lo concebido por Dios, pastor Brock. —No podía llamarlo padre en clase.

—Así es. La lujuria, el vicio y el desenfreno es lo único que motiva la unión entre dos hombres o dos mujeres, no lo olvidéis, si sentís atracción por ello, debéis venir a verme de inmediato, yo os ayudaré.

Mi padre nunca me explicó qué tipo de ayuda ofrecía o si lo había hecho alguna vez. Uno de los mayores miedos de los amanecienses era que sus hijos pudieran ser tentados por el maligno.

Por eso mi padre no quería que trabajara en el rancho Wallace, su presencia era palpable, incluso estaba presente en los caballos.

Después de que Mount determinara que necesitaba un par de tallas más, volví a cambiarme y me llevó a dar una vuelta por las inmediaciones de la casa.

Visitamos el granero, donde se amontonaban los fardos de paja y River tenía su propia zona de entrenamiento.

Muy cerca estaba el corral, contaba con cuarenta gallinas y un par de gallos que empleaban para consumo propio, igual que el pequeño huerto que tenían al lado y que era el entretenimiento de la señora Wallace.

—¿Tenéis ovejas? —pregunté esperanzado.

—No, ¿por qué? ¿Te gustan?

—Se me dan bien —respondí avergonzado.

—Lo tendré en cuenta por si algún día queremos tener más animales. —Asentí—. Tuvo que ser jodido lo del incendio.

—Lo fue, todavía huelo a carne y lana quemada —me encogí.

—Si les pasara a mis caballos, habría enloquecido, ¿cómo se produjo? —Me encogí de hombros.

—No lo sé.

—¿Un cortocircuito? —Negué.

—No tenemos luz eléctrica, solo empleamos generadores solares para algunas cosas.

—Entonces igual fue una vela, un candil, o alguien que se estaba fumando un cigarrillo a escondidas.

—Los amanecienses no fumamos, las actividades que van en contra de la salud están prohibidas.

—¿Hay algo que os dejen hacer? No te ofendas, pero no estoy a favor de la represión, cuando privas a alguien de que haga lo que le apetece, lo único que consigues es que tenga más ganas de saltarse las reglas.

—Eso es porque no comprenden que las reglas están por un bien común, no para penalizar a nadie. Hay que trabajar la fortaleza de espíritu, el maligno aprovecha la debilidad.

—¿El maligno?

—Aquel que nos aparta del sendero marcado por Dios mediante la tentación.

—Entonces, ¿a ti no hay nada que te tiente?

—Todos somos proclives a ser tentados, lo importante es no dejarse llevar.

—A mí me encanta dejarme llevar, no sería un buen amaneciense.

—Entonces terminarías desterrado y en el infierno.

—Probablemente, aunque siempre he sido de climas cálidos —intentó bromear—. Fíjate, ahí

están las porquerizas.

—No son muy grandes.

—No, nos pasa como con las gallinas, los cerdos los aprovechamos para comer nosotros, a veces vendemos alguno a vecinos o allegados, no en subastas o ferias. A Papá Enzo le encanta hacer asados e invitar a medio pueblo, es por eso que decidimos criarlos, los argentinos son muy fans de los asados, el mate y el dulce de leche, por no hablar de los alfajores, los de mi padre están de escándalo.

—Entonces, ¿cuál es la principal fuente de ingresos del rancho?

—Los toros, los caballos y el cultivo de trigo. Para el trigo, tenemos hombres que se encargan de ello y están pendientes de la siembra y la recolección. Así obtenemos la paja para los caballos.

—Comprendo.

—Muy bien, pues ahora toca ir a por una montura e ir al prado, acompáñame a los establos.

Lo hice un poco renuente, aunque Mount me aseguró que cogeríamos a uno dócil, nunca me había subido a uno.

En la comunidad se empleaban como animales de tiro, pero nunca para montarlos.

Contemplé las caballerizas con los ojos muy abiertos, eran enormes y estaban muy cuidadas. Mount me las mostró orgulloso.

Había un montón de boxes y casi todos estaban llenos.

—Hola, preciosa —murmuró Mount al llegar a un animal de color canela con una mancha blanca en la frente que asomaba la cabeza. Le dio unas cuantas carantoñas en el hocico y el caballo respondió dándole efusivamente con el morro en la cara—. Me echabas de menos, ¿eh? —La voz de Mount sonaba más dulce que cuando hablaba conmigo—. Hoy he venido a presentarte a un amigo nuevo. —El término me pareció demasiado como para catalogar una relación de jefe-empleado, aunque no iba a contradecirlo—. Acércate, Jim, déjale que olisquee tu mano.

—¿Y si me muerde?

—No lo hará, Cinamom es mi chica y solo te arrancará la extremidad cuando yo se lo ordene.

Fruncí el ceño poco convencido de acercarle un maldito dedo. Mount sonrió.

—Es broma… Es un caballo, no un perro, no tiene que olisquearte. Ahora voy a abrir —prosiguió calmado—, no ocurrirá nada, solo sigue mis instrucciones. Es importante que, cuando nos acerquemos a cualquier animal, nuestro estado emocional transmita tranquilidad. ¿Te ves capaz?

—No demasiado.

—Haz unas respiraciones profundas, mira, así. —Mount se puso a coger aire por la nariz y soltarlo despacio por la boca.—. Ahora tú.

—Este lugar no huele a flores, precisamente…

Mount volvió a reír, daba la impresión de que ese era su estado natural, siempre con una sonrisa en los labios.

—Imagino que tus ovejas tampoco huelen a rosas. —Negué—. Pues eso, respira y serénate.

Obedecí, y cuando estuve un poco más calmado, Mount me hizo entrar con él en el habitáculo del caballo.

—Muy bien, voy a hacer la presentación oficial. Jim, esta es Cinamom; Cinamom, este es Jim, va a trabajar en el rancho y cuidará de ti tan bien como hago yo —giró el rostro hacia mí—. Acércate desde el frente y en diagonal para que pueda verte bien. Así, muy bien, lo estás haciendo fenomenal.

Respiré hondo y di otro paso adelante. Cinamom levantó la cabeza y me miró con curiosidad. Recordé las palabras de Mount y traté de mantener una presencia tranquila. Hablé en voz baja, más para tranquilizarme a mí mismo que a ella.

—Hola, chica —murmuré, extendiendo una mano temblorosa—. Soy Jim y no me gustan los bocados o las coces, pórtate bien conmigo y yo haré lo mismo por ti. —Oí una risa suave a mis espaldas que ignoré—. Vamos a ser amigos, ¿*ok*?

Una mano masculina se cernió en mi hombro. Su boca volvía a estar demasiado cerca de mi oreja, igual que ocurrió en La Guarida.

—Muy bien, Jim —me felicitó ronco—. Ahora que ya has asentado las bases de vuestra relación, acaríciale el cuello suavemente, igual que te gustaría que te hicieran a ti. Evita la cabeza y las patas hasta que se sienta más cómoda contigo. Es importante que creéis un vínculo especial y solo toques las zonas con las que ella se sienta cómoda.

Seguí sus instrucciones, Mount no apartó la mano, seguía en contacto conmigo, supuse que pretendía transmitirme confianza, que entendiera que él estaba ahí.

Pasé la palma por el suave pelaje y, para mi sorpresa, Cinamom no se apartó. Sentí su piel cálida bajo mis dedos y, poco a poco, mi miedo comenzó a disiparse.

Mount asentía con una sonrisa de aprobación.

—Lo estás haciendo genial, Jim. Cinamom es una buena yegua y tú pareces un buen hombre. Confía en ella y ella confiará en ti.

Tragué con fuerza y dejé de acariciarla. Mount apartó su mano.

—Vamos a ensillarla, mira, ¿ves esa zona de ahí? —señaló una especie de habitación.

—Sí.

—Ve, escoge una silla y una manta. Es importante fijarse bien en que la montura que vayamos a ponerle esté limpia y en buen estado, carente de polvo o suciedad. Solemos limpiarlas después de usarlas, aun así, a veces ocurren despistes. Tienes un estante con paños justo al lado, pásale uno y asegúrate de que esté inmaculada.

CAPÍTULO 9





Me dirigí a la zona de las monturas y, tras echarles un vistazo, elegí la que me pareció más cómoda. Estaba hecha de cuero suave y se notaba que ya llevaba unos cuantos usos. Imaginé que las sillas serían como un par de zapatos, que se volvían más cómodas a medida que te subías encima.

Una vez me hube asegurado que estaba perfecta, me la llevé junto a una manta estampada bastante mullida.

Mount le estaba susurrando a su yegua y esta parecía embelesada.

—Ya está —murmuré.

—Buena elección, esa silla me encanta. —Se hizo con la manta y la colocó sobre el lomo de Cinamom—. Esto es para proteger su piel y hacer que la silla sea más cómoda de llevar.

Observé atentamente mientras Mount la levantaba y colocaba con cuidado sobre el animal.

—Asegúrate de que esté bien centrada, —dijo, ajustando la posición del asiento—. Una silla mal colocada puede causar molestias al caballo.

Me gustaba que le diera importancia a eso, las personas que mostraban que les importaban los animales, los respetaban y los cuidaban, siempre me habían parecido mejores.

Mount me explicó cómo ajustar la correa que la mantenía en su lugar.

—Pasa la cincha por debajo del vientre de Cinamom y ajústala firmemente, pero no demasiado apretada. Debe estar lo suficientemente ajustada para que no se mueva, pero no tanto como para incomodarla. Prueba.

Intenté hacerlo bien y, antes de atarla, las manos de Mount cubrieron las mías.

—Fíjate. —Metió un dedo para ver el espacio que quedaba entre el vientre y la correa—. Esto es excesivo, no queremos caernos del caballo, así que ajústalo un poco más.

Estaba tan cerca, tan pegado a mí, que me recorrió un temblor por dentro.

Supuse que era fruto de los nervios por querer hacer las cosas bien y no equivocarme.

—Perfecto, así mucho mejor, ahora toca la parte divertida, montar e ir a ver a los toros. Como eres un principiante, es más seguro que montes detrás, así podré tener el control total sobre el caballo. Te iré dando indicaciones de lo que hago para que puedas ir aprendiendo desde que estés en la grupa. Debes fijarte en cómo muevo las riendas y me comunico con Cinamom. —Mount debió ver mi cara de preocupación—. No es la primera vez que hago esto, me aseguraré de que todo vaya bien y llegues sano y salvo a tu casa. ¿Listo?

¿Tenía otra opción? Asentí.

Mount subió con la gracilidad del que ha ejecutado aquellos movimientos cientos de veces, se notaba en su confianza y lo rápido que se acomodó. Colocó el pie en el estribo y se impulsó hacia arriba, ocupando su lugar.

—Tu turno. Escúchame bien, es fácil y no debería costarte porque eres un hombre fuerte. Solo tienes que seguir mis instrucciones al pie de la letra —murmuró con un tono tranquilizador que pretendía infundirme valor. No tenía nada que ver con el Mount jocoso de hacía una hora, ese exudaba seguridad y confort—. Acércate a este lado —señaló—, coloca tu pie izquierdo en el estribo, igual que yo lo hice. Usa tus manos para agarrarte y, cuando estés listo, impúlsate hacia arriba, tienes los suficientes músculos como para hacerlo del tirón.

«Puedes hacerlo, Jim», me di aliento.

«Vale, vamos a ver, planta del pie en el estribo, cógete con firmeza al cuero suave y… ¡Arriba!».

Me impulsé sintiendo cómo Cinamom se mantenía tranquila debajo de mí. Mount extendió una mano para ayudar a que me estabilizara mientras me acomodaba detrás de él.

—Lo has hecho de diez, Jim. Ahora, siéntate lo más cerca posible de mí, puedes elegir, o te agarras a mi cintura, o a la parte trasera de la silla —dijo Mount, girando ligeramente para asegurarse de que estaba bien posicionado—. Cédeme los estribos y trata de relajarte, es importante que disfrutes, sobre todo, la primera vez, yo te enseñaré a que le cojas el tranquillo y sientas el mismo placer que yo. ¿Listo?

—Todo lo que se puede estar.

Me así al asiento mientras Mount nos hacía salir de los establos a campo abierto.

Estaba tan pendiente de no caerme que casi no pude disfrutar del recorrido, encima, estaba totalmente pegado a él y no podía recular.

Su cuello estaba muy cerca de mi nariz, olía a algo fresco, frutal y con un ligero olor a madera.

—¿Te gusta?

—¿E-el qué? —pregunté dubitativo de si me preguntaba por el perfume. ¿Habría notado que lo olisqueaba?

—Montar, el paisaje, ¿qué va a ser?

Me había fijado poco en lo que nos envolvía, la verdad. Estaba sudando, hacía muchísimo

calor y el vaivén del caballo solo hacía que mi entrepierna se rozara contra su trasero.

La fricción estaba causando en mí cierto hormigueo inflamado que levantaba algo que debería estar más que relajado.

Carraspeé intentando tomar un poco de distancia.

—Em, s-sí —respondí sibilante.

—Cuidado, te estás escurriendo —murmuró Mount, moviendo una de sus manos hacia atrás para acercarme de nuevo a él. Gruñí mortificado—. Así, bien pegadito a mí… No te vayas a caer.

Cuando llegamos a la zona de los toros, la molestia que sentía en la entrepierna y la desazón que me recorría el cuerpo no me permitían respirar con facilidad.

Mount parecía ajeno a lo que me ocurría, no debía notar lo dura que se me había puesto, lo cual era un alivio.

Apreté los ojos, tenía los nudillos blancos de la presión que estaba ejerciendo.

—Mira, Brock, ahí están mis chicos, son bonitos, ¿eh?

Los toros, de pelaje rojizo, tenían el rostro y el pecho blanco, pastaban ajenos a nuestra presencia, como si no les importáramos.

—Son bastante grandes.

—Me gusta todo lo grande —masculló con un leve movimiento que rozó mi sexo.

«No lo ha hecho adrede— me dije—. Respira, Jim, es el maligno el que te pone así».

Intenté entender lo que me ocurría, a veces me levantaba con la entrepierna rígida, mi padre decía que eso podía ser por dos motivos, uno por el pis y el segundo porque el maligno hubiera entrado a través del sueño para llevarme a él, por eso era importante bañarse con agua fría nada más levantarse y no tocarse. Tocarse fuera del matrimonio era pecado, sobre todo, derramar nuestra simiente, que estaba pensada para concebir. La eyaculación le pertenecía a Dios, hacerlo sin su permiso nos alejaba de él, del buen camino, para arrastrarnos hacia la lujuria, uno de los pecados capitales más temidos por los amanecienses.

Intenté centrarme en lo que Mount me contaba.

—Los toros son una parte crucial de nuestro rancho, nuestro trabajo es asegurarnos de que estén bien cuidados y saludables. —Mount descendió, acercándose al alambrado —. Baja —me invitó.

—Prefiero quedarme aquí, si no te importa. —Él se humedeció los labios y asintió.

—Como quieras.

Necesitaba estar un rato sin que nada ni nadie me rozara, además, si bajaba, sería muy difícil ocultar el estado de mi entrepierna.

—¿Qué tipo de cuidados necesitan? —pregunté, buscando distraer mi mente y aprender más sobre mi nuevo trabajo.

—Bueno, hay varias cosas que debemos hacer. Primero, asegurarnos de que siempre tengan acceso a agua fresca y suficiente pasto. También es importante revisar su salud regularmente, buscando signos de enfermedad o lesiones.

Mount continuó explicando mientras me pedía que me sentara mejor y tiraba de las riendas de Cinamom para caminar rodeando a los toros.

—Es importante controlar su reproducción para mantener una buena genética en el rebaño. Esto incluye seleccionar los mejores toros y vacas para la cría y asegurarnos de que los terneros nazcan en condiciones seguras.

—¿Eso aprendiste en Texas? Tu padre me dijo en la cocina que estuviste en un rancho muy importante.

—Más o menos, digamos que aprendí nuevas técnicas que pueden ayudarnos.

—¿Y qué más? —pregunté, queriendo saber todos los detalles. Mount rio.

—Me gusta que seas entusiasta y que quieras aprender, eso dice mucho de ti. —Noté cierto calor ascendiendo por mi pecho que nada tenía que ver con el del sol—. Por muy grandes que sean, también pueden convertirse en presas, debemos protegerlos de depredadores, asegurarnos de que las cercas estén en buen estado para evitar que se escapen y, por supuesto, debemos estar atentos a las condiciones climáticas. En invierno, por ejemplo, deben tener un refugio y suficiente alimento para mantenerse calientes. Al final es lo que todos queremos, ¿no? Un techo sobre nuestras cabezas, comida y calor… —lo dijo de un modo que me estremeció, aunque no añadí nada—. Ser un buen ranchero requiere dedicación y atención a los detalles. —Se notaba que le gustaba su trabajo—. Es duro, pero muy gratificante, yo adoro la vida en el campo y me gusta ver a estos animales prosperar gracias a nuestros cuidados, es una de las mejores sensaciones que se pueden experimentar.

—Seguro que sí.

Mount acarició a Cinamom.

—Vamos a regresar, a mi madre no le gusta que lleguemos tarde si la mesa está puesta, después te daré tu primera clase de equitación.

Bajé al suelo de un salto.

—¿Qué haces?

—Necesito estirar las piernas, ¿te importa que vaya andando? —Mount alzó las cejas.

—Hemos recorrido un buen trecho.

—No importa, estoy acostumbrado, si no, después no podré subirme de nuevo. Necesito destensar.

—Destensar…, ¿eh? —preguntó suspicaz.

No quería decirle que me agobiaba pensar en que se me volviera a poner dura en el viaje de vuelta.

—Como quieras, regresemos.

CAPÍTULO 10





—¿Qué tal vas con tu nuevo ayudante? —preguntó Papá Enzo, observando a Jim, que arreglaba unas maderas descolgadas de la zona de entrenamiento.

Yo estaba dentro, haciendo unos cuantos ejercicios con Spirit.

—Em, bien, poco a poco le está pillando el tranquillo. —Mi padre asintió.

—El otro día lo vi montando, cada vez se le ve más suelto sobre el caballo, y eso es gracias a ti, tiene un buen maestro. —Le sonreí mientras mi padre se acomodaba contra una de las maderas del cercado.

Jim había resultado ser un alumno muy eficiente y, aunque algunas veces era tosco en los movimientos, se le veía seguro a lomos de Swiper.

—Eficiente, moreno y guapo, muy de tu estilo…, ¿no crees? —me chinchó.

—Papá, no empieces…

—No soy yo el que se lo come con los ojos cada vez que aparece. ¿O piensas que no me he dado cuenta?

—Bueno, a nadie le amarga un tío como él, es como uno de esos cuadros de los museos, puedes deleitarte mirándolo, pero sabes que nunca estará colgado en tu salón.

—¿Y eso por qué? Torres más altas han caído —masculló, centrando la mirada en Papá

Bradley, que hablaba con los hombres encargados de la cosecha.

—¿Me vas a comparar lo nuestro con lo vuestro? ¡Es distinto! —Suspiré. Spirit hizo una cabriola y centré la atención en él para corregirlo.

—¿Porque es el hijo del pastor Brock y pertenece a otra religión?

—Y hetero —apostillé—, Elías dice que está comprometido desde hace poco.

—Bueno, yo me enamoré de un casado y míranos. Te aseguro que Brad no estaba muy por la labor de que entrara en la ecuación.

—¿Cómo que no? —Papá Enzo negó apoyado de manera desenfadada.

Siempre nos dijeron que se habían enamorado, que fue imprevisible, fulminante y no pudieron hacer nada al respecto, no que hubiera habido contratiempos por parte de Papá Bradley.

Estábamos en el lado opuesto de Jim, por lo que entre el ruido de los cascos y lo flojo que hablábamos, no podía oírnos. Mi padre comenzó a relatar su historia desde un punto de vista desconocido tanto para mí como para mis hermanos.

—Verás, hijo, cuando llegué al rancho, me topé con un joven matrimonio que acababa de perder a alguien importante.

—El abuelo.

—Eso es, Bradley estaba devastado, lo quería muchísimo, igual que tu madre, su dolor era palpable por todos, sin embargo, también estaban decididos a sacar el rancho adelante y había muchísimo trabajo. Digamos que, cuando puse un pie en estas tierras, estaban bastante desorientados, tu abuelo no era muy de delegar. —Eso sí que lo había oído, por eso a nosotros nos criaron de manera distinta, haciéndonos partícipes de todo—. Te aseguro que no tenía ni idea de que mi vida cambiaría para siempre en cuanto los viera. Fue un flechazo. Hay muchas personas que no creen en ellos, pero no puedo catalogar de otra manera lo que me sucedió. Me bastó una mirada, poner los ojos sobre ellos, para sentirme profundamente atraído por los dos. Siempre supe que era distinto, ese fue otro de los motivos por los que me fui de Argentina, pensaba que en un lugar más libre podría ser por fin yo y descubrir mi verdadera esencia.

Hizo una pausa, como si estuviera recordando aquellos días.

—Al principio, Bradley y yo apenas hablábamos. Él estaba muy centrado en su trabajo, en cuidar de su esposa y que las cosas se pusieran en su lugar. Pero poco a poco, empezamos a conocernos, a trabajar juntos, como tú y Jim. —Desvié la mirada hacia él, que sujetaba un clavo entre los labios mientras aporreaba otro con el martillo, se puso de espaldas y casi me derretí al ver ese culo enfundado en los vaqueros azules que le trajo mi padre, le sentaban de vicio. Papá Enzo prosiguió ajeno a mi mirada encendida—. Yo le ayudaba en lo que podía y él me enseñaba sobre el rancho. Fue entonces cuando me di cuenta de que me estaba enamorando de él.

Me quedé en silencio, escuchando atentamente.

—¿Y qué hiciste? —pregunté, intrigado.

Él sonrió, como si estuviera reviviendo aquellos momentos.

—No fue fácil, Bradley estaba muy enamorado de su esposa y yo no quería interferir en su matrimonio. Pero no podía evitar lo que sentía. Así que decidí ser su amigo, estar ahí para él en los momentos difíciles. Con el tiempo, nuestra amistad se fue fortaleciendo y, sin darnos cuenta, empezamos a sentir algo más el uno por el otro.

»Notaba su mirada cuando él creía que no me daba cuenta, y yo lo provocaba quitándome la camiseta, o aprovechando el calor para darnos un chapuzón desnudos en el río, con la excusa de rebajar la temperatura. Al salir del agua, nos tumbábamos para que nos secara el sol y nuestras miradas se encendían en silencio.

»Después estaban las ferias, siempre dormíamos en la misma habitación, una vez incluso en la misma cama, y tu padre se despertó con una erección de caballo. Todavía recuerdo su mirada de estupor cuando nos vio desnudos y con su polla en mi culo. Habíamos bebido mucho la noche anterior, y ninguno de los dos recordaba demasiado. A veces echo mucho de menos esos días en los que la expectación y las ganas apretaban mi pecho haciendo que me costara respirar —suspiró.

—¿Y mamá? —pregunté, sin poder contener mi curiosidad.

—Ella fue la clave de todo —respondió Enzo, con una sonrisa nostálgica—. Siempre ha sido más lista que nadie y una increíble, fuerte, preciosa, generosa y comprensiva mujer. Se dio cuenta de lo que estaba pasando entre Bradley y yo antes de que él mismo lo intuyera. Un día, me llamó y me dijo que sabía lo que sentía por su marido. Estaba tan bonita.

—No solo me siento atraído por Brad, tú también me gustas, Debbie —le confesé.

—Lo sé —admitió risueña—, y tú a mí también.

Nunca me había latido el corazón tan rápido y con tanta fuerza ante la confesión.

—¿En serio?

—Mucho, y no me refiero solo al físico, me encanta cómo eres; trabajador, respetuoso y muy sexy.

—¿Y qué quieres hacer? —inquirí encendido.

—Creo que el amor no siempre sigue las mismas reglas y está claro que nos atraemos los tres. Tengo algo pensado, necesito que pongamos a Brad entre la espada y la pared, a veces los gestos valen más que las palabras e intuyo que solo necesita un empujón para caer.

—Te apoyaré en lo que decidas.

Me quedé boquiabierto. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Y, entonces, ¿qué pasó? —insistí.

—Tu madre preparó un pícnic nocturno. Era una noche cálida de verano cerca de la poza del río a la que solíamos llevaros de pequeños.

—Vuestro lugar favorito.

—Así es, bebimos, reímos, volvimos a beber y, bastante achispados, tu madre se puso de pie, frente a ambos, lo recuerdo como si fuera ayer, llevaba un bonito vestido de tirantes, de falda acampanada. Ni corta ni perezosa, deslizó el vestido hasta que cayó a sus pies, solo llevaba puestas las bragas —dijo Papá Enzo, con los ojos brillantes.

—¡No fastidies!

—¡Oh, sí! Recuerdo que pensé que era la perfección hecha mujer, con la luna incidiendo en su perfecta piel.

—¿Y qué dijo Papá Bradley de que su mujer estuviera despelotándose delante de los dos?

—Al principio no daba crédito, dijo algo así como «Debbie, ¿qué diablos estás haciendo?». Y ella respondió, humedeciéndose los labios, «lo que los tres estamos deseando, vamos al agua, que hace mucho calor, ¿o es que vosotros dos no os bañáis desnudos cada dos por tres?». Tu padre se sorprendió muchísimo ante la revelación, ella se bajó las bragas con sus ojos claros puestos en mí y después correteó hasta hundirse en el agua y emerger. La lanzaba por todas partes mientras solo estaba cubierta de cintura para abajo.

—Vamos, chicos, está deliciosa. —Sus pechos desnudos eran un espectáculo. Fui el primero en ponerme en pie.

—Ni se te ocurra —dijo Bradley con la respiración consternada al ver que desabrochaba la hebilla de mi cinturón.

—Intenta impedírmelo —lo provoqué. Me bajé la prenda junto al calzoncillo mostrándole mi erección.

Ayudó que los tres estuviéramos descalzos y nos quitáramos las botas antes de cenar.

—¿Te gusta mi mujer? —cuestionó alterado.

—Y tú también —respondí—. Ella lo sabe y está de acuerdo, quiero estar con los dos —afirmé sin tapujos. Era hora de que alguien llamara a las cosas por su nombre.

Terminé de desnudarme y entré en el agua para ponerme a jugar como un crío con Debbie. Bajo la atenta mirada de Brad, que seguía sin saber qué hacer.

—¡Vamos, cariño, ven! —gritó ella invitándolo.

Le costó, pero finalmente se quitó la ropa y se unió a nosotros.

Pasamos a rozar nuestros cuerpos mientras reíamos, a hacer ahogadillas, hasta que al final, casi sin aliento, Debbie nos cogió a ambos, para besar primero a su esposo y después a mí. Mientras lo hacía, no despegaba los ojos del otro.

Sabía a algodón de azúcar y a manzana de caramelo.

Después de nuestro tórrido primer beso, se separó y nos miró a ambos.

—Vuestro turno.

Estábamos tan encendidos, o por lo menos yo. Cogí a Bradley por la nuca y hundí mi lengua en su boca desesperado, tenía tantas ganas de probarlo. Nuestros cuerpos empezaron a pegarse sin remedio y, al sentirlo duro contra mi carne, supe que no había marcha atrás.

—¡Joder! —mascullé con la boca seca.

—Voy a ahorrarte los detalles de lo que hicimos, pero aquella fue nuestra primera noche juntos, y no voy a mentirte, fue un proceso largo y complicado, porque no solo dependíamos de nosotros, también de la opinión de los demás, los trabajadores del rancho, nuestras familias, los habitantes del pueblo… Pero al final, logramos formar esta familia que tienes hoy y de la que todos nos sentimos tan orgullosos, así que si Jim te gusta, quizá debas empezar por el principio y no desesperarte.

Me quedé en silencio, asimilando todo lo que me había contado. Nunca había imaginado que la historia de mis padres fuera tan compleja y hermosa.

—Gracias por contarme esto, papá —dije finalmente, conmovido.

Enzo me dio una palmada en la espalda y se levantó.

—Siempre es bueno recordar de dónde venimos, hijo. Ahora, volvamos al trabajo. Ese potrillo no se va a entrenar solo.

A la hora de comer, mi madre siempre reunía a los trabajadores con la familia, le gustaba cocinar para todos porque decía que aquellos hombres eran parte fundamental del rancho y sin su trabajo las cosas no irían tan bien.

A Jim le seguía costando dirigirse a ella o a mi hermana, por mucho que yo traté de explicarle que aquí no era un amaneciense, solo Jim, mi ayudante, y que podía comportarse como quisiera, que nadie iría a chivárselo a su padre.

Clavó el tenedor en las verduras mientras los hombres hablaban de la cosecha.

—Este año la cosecha de trigo ha sido excelente —comentó uno de los trabajadores—. Si el clima sigue así, tendremos una buena producción.

—Sí, pero necesitamos asegurarnos de que todo esté bien almacenado antes de que lleguen las lluvias de otoño —añadió otro.

—Estoy de acuerdo —se sumó Papá Bradley—. No podemos permitirnos perder ni un grano. Este año ha sido especialmente bueno, pero eso también significa que tenemos más trabajo por delante.

—¿Qué planes tenemos para el almacenamiento? —pregunté, queriendo estar al tanto de todo. Mi padre sonrió porque le gustaba que me mostrara activo en todo lo que sucedía.

—Vamos a utilizar los silos grandes y asegurarnos de que estén bien sellados —respondió aclarándomelo—. Además, hemos contratado a un par de trabajadores adicionales para ayudarnos con el proceso. Necesitamos que todo esté listo antes de que empiecen las lluvias.

—¿Y si las lluvias llegan antes de lo previsto? —cuestionó Jim. Me gustaba que poco a poco participara más, y a mi padre también le gustó la pregunta.

—Entonces tendremos que trabajar más rápido —dijo Enzo con determinación—. No podemos permitirnos perder esta cosecha. Es crucial para el rancho.

Bradley asintió. Enzo nos miró de soslayo a mí y a Jim.

—Chicos, este año queremos que los dos vengáis a la subasta de ganado que hay la semana que viene, la Ozark Empire, en Springfield. —Jim dejó de comer—. Es importante que os acostumbréis a estas cosas para cuando nosotros no estemos.

—Principalmente se subasta ganado bovino —añadió Papá Bradley—, pero también hay subastas de caballos y otros animales de granja. Es un evento muy completo y educativo.

Papá Enzo intervino con una sonrisa.

—Y no solo es trabajo, Jim. También hay espacio para la diversión. La subasta incluye distintas actividades agrícolas, competiciones y demostraciones. Podéis tomarlo como un premio por el esfuerzo de estos días, también es importante relajarse y disfrutar un poco.

Jim se tensó visiblemente.

—No sé cómo se lo tomará mi padre —dijo en voz baja—. No está muy de acuerdo con que participe en estas cosas, y Springfield no está aquí al lado.

Enzo, que había estado escuchando en silencio, me lanzó una mirada cómplice y luego se dirigió a Jim.

—Dile que forma parte de tu trabajo, Jim. Estoy seguro de que lo comprenderá.

Jim asintió, aunque todavía parecía preocupado.

—Supongo que será una buena experiencia —dijo, tratando de convencerse a sí mismo.

Enzo le dio una palmada en la espalda.

—Lo será, Jim. Estamos aquí para apoyarte y que aprendas.

—¿Cuánto tiempo estaremos fuera? —preguntó, queriendo tener una idea clara de los planes.

—Unos tres días —respondió Bradley—. La subasta dura dos, pero necesitamos tiempo para viajar y prepararnos. Será una experiencia intensa y muy valiosa, seguro que mi hijo quiere hacerse con alguna pieza nueva.

Yo reí.

Y Jim volvió a hundir el tenedor en el plato para seguir cenando.

—Ey —susurré—, si quieres, puedo acompañarte y hablar con tu padre. —Dejó de comer en seco y me miró preocupado.

—No, yo me encargo.

—Como quieras, pero a mí no me cuesta nada.

—Gracias por la oferta, pero es mejor que te mantengas al margen.

Moví la cabeza afirmativamente, tampoco es que quisiera ponerlo en un aprieto.

La conversación continuó, con todos aportando ideas y sugerencias mientras Jim seguía en silencio, rumiando, a la vez que prestaba atención a cada detalle.

Quizá Springfield nos acercara un poco más.

Nota de la autora:

Esto no lo esperabas, ¿eh? Una nota mía en este punto, ¿qué querrá decirme esta loca ahora?

Fácil, sé que te has quedado con las mismas ganas que yo de leer esa escena entre Brad, Enzo y Debbie, ¿me equivoco? Y como yo soy muy complaciente, si quieres leerla, solo debes dirigirte al **ANEXO I**, después de los epílogos. Tú decides si quieres leerla ahora, o después 😈😂😈.

CAPÍTULO 11





Pedaleaba de vuelta a Nuevo Amanecer, como de costumbre, sintiendo el calor sofocante de la noche de julio en Missouri. El sudor me corría por la frente y la camisa gris se me pegaba a la espalda, no era tan fresca como la que empleaba en el rancho Wallace, ya me había acostumbrado a la ropa que me proporcionaban y no me hacía sentir tan incómodo como al principio.

En tan solo un mes y medio trabajando habían cambiado ciertas cosas, como la percepción del entorno. Al principio, fue un poco complicado adaptarme a unas costumbres tan diferentes a las nuestras, a no sentirme sorprendido por cosas que a los demás les parecían básicas.

No es que me hubiera criado en una burbuja, mis bajadas al pueblo hicieron que no me desconectara del todo de la realidad, sin embargo, a veces me sentía un marciano, como esa noche, antes de irme, cuando vi a Mount con el teléfono móvil en la cocina. Estaba cerca del fregadero, pasando su dedo por la pantalla.

Me acerqué porque quería un vaso de agua y él parecía muy entretenido con lo que estaba haciendo. Miré por encima de su hombro, me asaltó la curiosidad por lo que estaría haciendo. Aparecían fotos de hombres, él las desplazaba a izquierda y a derecha, algunas imágenes eran bastante indecorosas.

No comprendía del todo cómo podía hacer eso y por qué si le daba hacia la derecha y después a la izquierda no aparecía el tío anterior, siempre eran diferentes. ¿Qué brujería era esa? No me di cuenta de que Mount me estaba viendo por el reflejo de la ventana y me contemplaba divertido.

—¿Quieres ver con qué tíos hago match?

—¿Qué? —la pregunta me pilló de improviso.

Mis ojos se encontraron con los suyos en el cristal y me sentí abochornado al ver esa expresión petulante, la misma que ponía cuando quería tomarme el pelo y hacerme sentir incómodo.

Estaba sudado, había acabado de limpiar la caballeriza y me moría de ganas por beber agua fresca y darme una ducha.

—Match —repitió, girándose para cruzar los brazos sobre su pecho. Él ya estaba limpio, llevaba una simple camiseta azul de manga corta que se ceñía a su musculatura, mucho más fina y estilizada que la mía.

Tragué con fuerza.

—No entiendo.

—Ah, claro, que los amanecienses no tenéis teléfono, y seguro que vuestra religión os prohíbe quedar con desconocidos para aliviar el dolor de huevos. —Su mirada se había oscurecido y yo cada vez tenía más sed—. Es una aplicación de citas, seleccionas a los que te gustan, y si hay match por parte de los dos, puedes pasar una noche prometedora y divertida.

—Lo siento, no debí preguntar. Necesito beber.

Fui a coger un vaso, pero Mount se interpuso en mi camino.

La respiración se me aceleró, fruncí el ceño.

—¿Qué haces? —Me provocaba abiertamente, como siempre.

—Darte de beber —susurró, acercando su boca a mi oído.

La piel se me erizó por la cercanía. Seguro que olía como un apestado, aunque él no hizo ningún comentario al respecto.

Me rozó al pasar por mi lado y arrugué los dedos de los pies ante la fricción. Me sentí mareado, sería por el calor y que tenía hambre.

Mount fue hasta la nevera, extrajo algo de ella, me di la vuelta para verlo mejor y reconocí el envase de la cerveza de raíz que me robó en La Guarida.

Se pasó por el cuello el botellín emitiendo un ruidito de placer y después la llevó a su boca para abrirla, sin apartar su mirada velada de la mía.

—Extrafría, espero que esta compense la que te tomé prestada. —La clavó en mi pecho. La cogí por inercia y nuestros dedos se tocaron. Su lengua trazó los labios definidos—. Esta no la he chupado, no tiene mi saliva, puedes beber tranquilo que no te pegaré mi falta de fe o te haré pensar en mis citas. Que disfrutes de tu vuelta a casa, yo voy a seguir con la selección, que necesito aliviar mi falta de control. No atropelles a ningún conejito de camino a casa. —Me guiñó un ojo y se marchó.

Me quedé en la cocina solo y acalorado.

Vacié el contenido de la botella del tirón, y cuando me metí en la ducha, al enjabonar mi cuerpo, mi entrepierna reaccionó con el simple roce de la espuma.

¡Maldito Mount y sus palabras!

Bajé de golpe la temperatura del agua, el maligno no soportaba el helor, me daba igual si

sentía cientos de agujas perforándome la piel, necesitaba apartar aquellos pensamientos extraños de mi cabeza.

Me sequé con vigor, me vestí lo más rápido que pude y me monté en la bicicleta sin mirar atrás.

Odiaba que las bromas de Mount Wallace me hicieran sentir extraño, sobre todo, cuando me miraba con esa intensidad que me confundía. Los hombres no deberían mirar así a otros hombres, estaba prohibido.

Mi estómago se retorció como si hubiera recibido una descarga en las tripas, ¿habría quedado con alguno de aquellos hombres? ¡¿Y qué más daba?! Eso no me debería importar.

Me puse de pie y pedaleé con ganas, la peor parte era el tramo que te llevaba a las cuestas de Nuevo Amanecer, tenía que emplearme a fondo y, después de mi jornada laboral, era bastante agotador.

Había descubierto que prefería montar a caballo. Mount me había enseñado y cada vez se me daba mejor, era de lo más agradable recorrer la propiedad a lomos del que me habían asignado.

Aprendí a lavarlo, cepillarlo, darle de comer y cuál era su premio favorito.

Mount me dijo que se notaba la conexión entre nosotros y, aunque no quise reconocerlo frente a él porque me daba vergüenza, yo también la sentía.

Temía llegar a casa porque sabía que lo siguiente que debería hacer era hablar con mi padre sobre ir a Springfield para la subasta de ganado, pero no sabía cómo enfocarlo. Mi padre siempre había sido estricto con nuestras tradiciones y costumbres. ¿Cómo podría convencerlo de que eso era importante para mi trabajo?

Sabía lo que me diría, que si me iba, no podría cortejar correctamente a Mary Kate, que no estaba poniendo todo de mi parte para que nos conociéramos bien y era cierto porque, por el momento, lo único que me sucedía cuando la miraba era que me parecía una chica agradable. ¿No se suponía que después de un mes tendría que querer más?

Mary Kate era una buena chica, guapa, con un cuerpo curvilíneo que solía ser del gusto de los hombres, pero, a pesar de nuestros encuentros y conversaciones, no había sentido ese amor o esa atracción que se suponía debía sentir, como le pasó a mi hermano Jacob. ¿Era normal? ¿O había algo mal en mí?

El debate interno me consumía mientras pedaleaba. ¿Estaba traicionando mi fe y mis valores al sentirme así? ¿Cómo podría enfrentar a mi padre con el batiburrillo emocional que tenía? No me apetecía hablar con él sobre lo que ocurría con la chica Adams, seguro que lo achacaría a mi trabajo en el rancho Wallace.

Finalmente, llegué a casa. Aparqué la bicicleta y lo primero que hice fue asearme de nuevo, antes de ir a la mesa de la cocina.

Con las pagas semanales, pudimos comprar materiales y volver a casa. La reconstrucción no estaba completa, pero había avanzado bastante, lo suficiente como para poder dormir en ella en lugar de en la iglesia.

Fui directo a la cocina, mis padres ya habían cenado, pero me esperaban para que lo hiciera yo y darme conversación.

Mi madre me miró con una mezcla de preocupación y curiosidad.

—Jim, ¿cómo te fue en el rancho hoy? ¿Estás bien? Tienes mala cara.

—Bien, mamá, es solo el calor. —Ella asintió y me acercó la crema de verdura fría.

—Come, hijo, necesitas vitaminas.

—Antes necesito que hablemos de un asunto —comenté, mirándolos a ambos—. Mi padre permanecía erguido con las manos cruzadas.

—Tú dirás, ¿qué te atormenta, hijo?

—Nada grave —musité, tomando aire antes de continuar—. Los dueños del rancho Wallace quieren que vaya a la subasta de ganado Ozark Empire con ellos y su hijo. Es una gran oportunidad para aprender y crecer en mi trabajo, apenas serán tres días y me pagarán un dinero extra. Iré con los gastos pagados y todas las dietas.

Mi padre frunció el ceño de inmediato.

—¿Una subasta de ganado en Springfield? —repitió, claramente disgustado—. No creo que sea una buena idea, Jim. Sabes que una cosa es que vayas al rancho Wallace y otra muy distinta que te alejes tanto y pases las noches fuera. No lo veo.

—Pero será casi como estar aquí, es la semana que viene de jueves a sábado, apenas se darán cuenta de que no estoy.

Mi madre, aunque más calmada, también parecía preocupada.

—Jim, justo esos días es el pícnic de la comunidad. Deberías acudir con tu prometida. Seguro que Mary Kate se desilusionará muchísimo si no vas con ella.

Sentí un nudo en el estómago. Sabía que sería difícil, pero no esperaba tanta resistencia.

—Padre, madre, entiendo sus preocupaciones, pero esto es importante para mi trabajo. Bradley y Enzo confían en mí y quieren que aprenda, ellos se marcharán a finales de verano y yo seré la mano derecha de su hijo, tengo que aprender cómo funciona todo. Además, no estaré solo.

Mi padre negó con la cabeza, su expresión severa.

—Eso es lo que más me preocupa, sabes que esa familia le pertenece al maligno, los padres de Mount Wallace se acuestan con la misma mujer y probablemente entre ellos. —Mi madre se santiguó—. Y, por lo que he oído, su hijo puede haber sido tentado y tener la misma desviación. No puedo permitirlo, sería exponerte demasiado. Nuestra comunidad tiene reglas y debemos seguirlas. No quiero que te alejes de nuestros valores.

Intenté mantener la calma, buscando las palabras adecuadas.

—Papá, esto no significa que esté abandonando nuestros valores. Solo es una oportunidad para aprender y mejorar en mi trabajo. Jamás haré nada que vaya en contra de nuestras creencias. Estoy prometido, les estoy demostrando que soy fuerte, que han educado a un hijo que puede con cualquier tentación.

Mi madre intervino, su voz suave pero firme.

—Y nos sentimos muy orgullosos de ello, Jim, pero también debes pensar en Mary Kate. Ella cuenta contigo para el pícnic. Es un evento importante para nuestra comunidad y para vosotros como pareja. ¿Cómo crees que se tomará que la dejes plantada por esos desviados?

Sabía que tenían razón en parte, pero también sabía que los Wallace contaban conmigo, no quería dejarlos en la estacada.

—Lo sé, mamá. Pero Mary Kate entenderá que lo hago por nosotros, tendremos una casa preciosa, tal vez la más grande de la comunidad, para llenarla de niños. Hablaré con ella y le explicaré la situación.

—¡Basta! —rugió mi padre, dando un puñetazo sobre la mesa—, ¿te estás oyendo, Jim? ¿La más grande de la comunidad? ¿Eso es lo que te hemos enseñado? ¿Dónde quedan la austeridad y la falta de codicia?

—No me he expresado bien, me refería a que…

Mi padre se levantó de la mesa, su expresión aún más dura.

—No, Jim, te has expresado a la perfección. No voy a cambiar de opinión. No irás a esa subasta. Punto final.

Sentí una oleada de frustración, sabía que seguir discutiendo no serviría de nada, así que no tuve más remedio que asentir lentamente, tratando de ocultar mi decepción.

—Entiendo, padre. Haré lo que mandes.

Mi madre acarició mi mano por encima de la mesa.

—Eres un buen hijo, ahora cena.

Hundí la cuchara en el plato con la sensación de que estaba atrapado entre dos mundos. Tendría que encontrar una manera de equilibrar mis responsabilidades en el rancho con las expectativas de mi familia y mi comunidad.

CAPÍTULO 12





Al final, no pude ir a la feria, tenía una pequeña esperanza, pese a que la conversación con mis padres había sido más difícil de lo que esperaba. Intenté retomarla al día siguiente, convencerlos de todas las formas posibles, pero mi padre no dio su brazo a torcer. Me sentí frustrado y decepcionado, sabía que no tenía otra posibilidad que aceptar su decisión, así que, con el sombrero arrugado entre los dedos, me presenté frente a Bradley y Enzo, no sabía cómo se lo tomarían.

Me acerqué a ellos mientras estaban revisando el cercado y les conté lo que había pasado.

—Señores Wallace, lo siento mucho, pero no podré ir a la subasta de ganado —dije, tratando de mantener la calma—. Mis padres no están de acuerdo con la idea de que abandone la comunidad tantos días, además, es el pícnic anual de Nuevo Amanecer, y ahora que estoy prometido, estaría muy mal visto que no acudiera el sábado con Mary Kate, lamento decirles esto, pero no puedo desobedecerlos.

Bradley me miró con comprensión y asintió lentamente.

—Entendemos, Jim. Sabíamos que acudir con nosotros podría ser difícil para ti —dijo con una sonrisa amable—. No te preocupes, haz lo que debas.

Enzo se acercó y me dio una palmada en el hombro.

—Hijo, tus padres solo necesitan tiempo para acostumbrarse a la idea. A medida que vean que estás bien aquí, que el rancho no supone ningún peligro para vuestros principios, irán confiando más. Dales tiempo y disfruta de ese pícnic.

Sentí un alivio inmenso al escuchar sus palabras. No me habían juzgado ni se habían enfadado conmigo. En cambio, me ofrecieron su apoyo y comprensión.

—Gracias, de verdad. Haré todo lo posible para demostrarles que, en su ausencia, puedo manejar esto —respondí, sintiéndome un poco más seguro—, y quizá sea como ustedes dicen, que para la próxima subasta me dejen.

Bradley sonrió y asintió.

—Esa es la actitud, sabemos que lo harás, y cuando llegue el momento adecuado, podrás ir a la subasta con Mount. Por ahora, concéntrate en lo que has dicho, que nada ocurra a los animales en nuestra ausencia. Disfruta con tu prometida, el sábado tendrás el día libre para hacer feliz a tu chica y que tus padres no nos consideren unos tiranos.

—Así lo haré —respondí aliviado—. Gracias de nuevo por su comprensión.

—No hay de qué, hijo —musitó Enzo—, ve a buscar a Mount, que te haga una lista de tus tareas durante nuestra ausencia.

Asentí, estaba más tranquilo al saber que tenía su apoyo, lo que no restaba que estuviera un tanto nervioso por cómo se lo tomara Mount.

Para variar, fue bastante diferente a sus padres, frunció el ceño, se cruzó de brazos y me dijo que tenía veinticuatro años, que era mayor de edad para tomar mis propias decisiones, o que por lo menos debería ser así. Estaba muy contrariado, aunque finalmente alzó las manos y dijo algo como: «Es tu vida, si a ti te gusta, no soy quién para decidir por ti». En efecto, no era quién, sin embargo, no quitaba que sintiera una especie de pinchazo en el pecho porque en realidad yo sí que quería ir.

Los días siguientes trabajamos muy duro para que su ausencia se notara lo menos posible, tendría más trabajo que de costumbre, aunque no importaba, quería que se sintieran orgullosos y demostrarles que no se habían equivocado al contratarme.

El jueves se fueron antes del alba y yo puse todo mi empeño en hacer los mandados lo mejor posible hasta el viernes.

Cuando terminé mi jornada, me sentía orgulloso, incluso la señora Wallace me felicitó.

Sunny me echó una mano con los caballos, y yo intenté no ser tan seco como debería por las normas de Nuevo Amanecer.

Era una chica divertida y agradable, que no me puso en ningún aprieto como su hermano, se mostró comprensiva y quiso hacerme las cosas fáciles, al igual que su madre, lo cual fue un alivio.

Llegó el sábado y con él el pícnic de la comunidad.

Era uno de los eventos más esperados del año. Los amanecienses nos reuníamos en el prado grande que quedaba en la linde de nuestros terrenos. Allí se colocaban mesas largas llenas de comida casera. Había juegos para los niños, se cantaban himnos religiosos, mi padre daba un sermón y tenían lugar muchas conversaciones sobre la vida en la comunidad, su prosperidad y lo que se esperaba en los próximos años.

Como era costumbre, me encontré allí con Mary Kate. Ella me ofreció una sonrisa tímida al verme.

No podíamos permanecer solos en ningún momento. Siempre había alguien con nosotros, actuando como carabina. Era una de las reglas más estrictas de nuestra comunidad, y aunque la

entendía, a veces, me resultaba frustrante.

Tras saludar a sus padres como era debido, dimos un paseo corto, seguidos de cerca bajo la mirada atenta de nuestras madres, y ocupamos una de las mesas.

Ellas se sentaron a una distancia prudente para darnos cierta intimidad sin apartar su mirada de nosotros. Era importante seguir la ley del decoro.

Mary Kate, como siempre, se mostraba cohibida y recatada. Llevaba un vestido sencillo pero bonito, era el único día que se nos permitía llevar algo diferente a la ropa de diario. De algodón, color crema, con minúsculas flores rosas y completamente abotonado.

Su cabello color trigo estaba recogido en un moño perfecto, en lugar de un par de trenzas, eran los dos únicos peinados permitidos, y el que se hubiera hecho moño simbolizaba que era una mujer comprometida.

Era, sin duda, la chica más bonita de la comunidad, con sus mejillas redondas sonrosadas por el sol y unos ojos que variaban del gris al azul, dependiendo de la luz o su estado anímico.

A pesar de todo, no sentía ninguna atracción hacia ella, y debería estar ahí, era consciente de ello.

—¿Te gusta la fiesta? —le pregunté.

Traté de iniciar una conversación, para eso estábamos sentados juntos, para intimar.

—Sí, es agradable ver a todos reunidos —respondió con una sonrisa tímida.

—¿Qué es lo que más te gusta de estos eventos? —insistí, buscando conocerla mejor.

—Me gusta la comida y los juegos para los niños. Es bonito verlos tan felices —dijo, mirando a los pequeños que corrían y jugaban cerca de nosotros.

Se notaba que algún día sería una buena madre, no porque a las mujeres las criaran para ello; el cuidado de la familia, de los niños, cocinar, coser…, sino porque le brillaban los ojos con especial alegría al mirarlos, ella tenía hermanos más pequeños y casi siempre estaban a su cargo.

Asentí, aunque sentía que la conversación no estaba yendo a ninguna parte.

—¿Y qué piensas sobre nuestro futuro? —pregunté, sabiendo que era un tema delicado pero necesario.

Mary Kate bajó la mirada, claramente incómoda.

—Yo-yo no lo sé, Jim —musitó claramente dubitativa—. Supongo que haremos lo que nuestros padres esperan de nosotros, ser unos buenos esposos y… formar una bonita familia con los hijos que Dios quiera mandarnos. —Su voz bajó un tono. Se había ruborizado—. Y por supuesto que seguiremos las tradiciones de nuestra comunidad, me siento bendecida por haber sido la elegida por tus padres.

Por fin me miró, fue solo una fracción de segundo, se suponía que debería ser así y a mí complacerme por la muestra de su recato, sin embargo, no lo fue, me estaba acostumbrando demasiado rápido a las miradas intensas de Mount Wallace.

Al pensar en él, tuve un hormigueo en las tripas, seguro que lo estaba pasando en grande mientras yo…

Suspiré para mis adentros, yo debía pasarlo bien.

Seguí hablando con mi prometida, intentando conectar. No había pasión ni emoción en sus respuestas, solo una aceptación resignada de su destino.

¿Era eso lo que nos esperaba? Resignación.

—¿Y tú estás contento con tu trabajo en el rancho? —Debía ser comedido con mi respuesta.

—No está mal, es duro, pero nos dará el dinero que necesitamos. Tras el incendio, la economía familiar se ha visto resentida, así que necesito poder aportar casi todo mi sueldo para la

reconstrucción y poder ahorrar para nuestra futura casa.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo—. Mis padres nos podrían ayudar… —sugirió.

—El techo es cosa del hombre, no quiero que hagamos las cosas mal.

—Por supuesto —movió la cabeza afirmativamente.

Nuestros familiares se sentaron en la mesa que ocupábamos dando fin a la conversación. El tiempo solos había concluido, todos nos miraban orgullosos y yo trataba de ocultar mi frustración.

No podía evitar sentirme atrapado y desconectado. Sabía que tenía que encontrar una manera de reconciliar mis sentimientos y mis responsabilidades, pero todo parecía demasiado complejo en ese momento.

La ropa empezaba a molestarme. El calor sofocante de julio hacía que la camisa de sarga y los pantalones del mismo tejido se pegaran a mi piel. Tuve que limpiarme varias veces las gotas que pendían bajo el gorro de paja y se deslizaban por mis sienes. Deseaba con todas mis fuerzas estar en el rancho, con mi camisa de cuadros y mis vaqueros. Montar a caballo, sentir el viento en la cara, trabajar con mis manos… Todo eso parecía tan lejano en ese instante.

Intenté concentrarme en la conversación, participar cuando hablaba Mary Kate, pero mis pensamientos seguían desviándose. Imaginaba cómo sería estar en la subasta de ganado con Mount. La idea de estar allí, aprendiendo y creciendo en mi trabajo, me hacía sentir mejor que el pícnic, sobre todo, cuando mi padre se alzó dispuesto a dar el sermón sobre lo que suponía ser un buen amaneciense.

Pensé en cómo habría sido ir a la subasta y compartir cuarto con Mount. Mi columna se tensó al pensar en los comentarios descarados a los que seguramente me habría sometido y me descubrí sonriendo.

¿Por qué prefería estar compartiendo cuarto con él que imaginar mi vida conyugal con Mary Kate?

La pregunta me pilló desprevenido. ¿Cómo podía sentirme así? Mount era solo mi compañero de trabajo, alguien que me desconcertaba con sus bromas y su mirada intensa. Pero, de alguna manera, la idea de estar con él me hacía sentir más cómodo y deseoso que estar con Mary Kate.

Sentí una oleada de culpa y confusión.

¿Qué significaba todo eso? ¿Estaba traicionando mis valores y mi fe al sentirme así? «Mary Kate, Mary Kate, debes centrarte en Mary Kate», me reñí.

Tenía responsabilidades, expectativas que cumplir, y lo estaba fastidiando por culpa de mi mala cabeza. Intenté respirar hondo y calmarme.

El sermón había terminado y todos brindaban.

Mi madre me miró, notando mi distracción.

—¿Estás bien, Jim? —preguntó con preocupación.

Asentí, forzando una sonrisa.

—Sí, solo estoy un poco cansado —mentí, tratando de ocultar mis verdaderos sentimientos—. Estos días sin los Wallace han sido más duros que de costumbre.

Ella asintió con aceptación intentando integrarme en la conversación, mientras los ojos volátiles de Mary Kate seguían centrados en el juego de los niños.

Sería una buena esposa, me dije, mi mujer, e iba a hacer lo necesario para que la idea me llenara de dicha.

CAPÍTULO 13



Devoré su boca con ansia mientras él reía y tiraba de mi camisa para acercarme.

—Eres insaciable, Wallace.

—Y tú estás demasiado bueno, Torrence.

Volví a atacar sus labios con apetito.

Lo que menos podría haber imaginado era que Andrew y yo coincidiríamos en la subasta de Ozark, el muy capullo sabía que yo iría con mis padres porque se lo dije en nuestra última videollamada de alivio mutuo y se calló como un cabrón porque quería sorprenderme.

Los dueños del King Ranch tenían de baja a su responsable de coordinación de subastas y, cómo no, mandaron a su mejor experto para suplir a Brad. Andy era especialista en ganado bobino, concretamente en cría y reproducción, pero tenía mucho palique y visión de negocio, lo que lo hacía perfecto para acudir a ferias.

—Nos van a pillar, Torrence —murmuré mientras él me sacaba el bajo de la camisa de los pantalones y ascendía sus manos por mi torso.

—Como si eso no le añadiera más emoción —gruñó, mordisqueándome la mandíbula—. A ti te flipan los juegos, y a mí jugar contigo.

Como mis padres me advirtieron, tuvimos tiempo para todo en la subasta, nos hicimos con un

buen par de sementales, que llegarían en los próximos días, y yo tuve mi ración con el mío cortesía de Andrew Torrence.

Mi amante también acudiría a la Missouri State, en Sedalia, quedaban tan solo cinco días. El superjefazo le dijo que le daba unos días de vacaciones pagadas, porque era tontería que regresara para tener que volver, y mis padres, en cuanto lo conocieron, conectaron con su carácter chispeante. Eran unos hospitalarios de manual, así que insistieron en que se viniera al rancho, total, nosotros también acudiríamos y Papá Enzo no paraba de chincharme con la *fotopolla* que me pilló el día que regresaba a casa.

—Mount, ¿podrías…? —la voz calló de golpe.

No había visto a Jim desde que volvimos la noche anterior, estaba agotado y mis padres decidieron dejarnos dormir después de una intensa maratón de sexo desenfrenado con la que, al parecer, no habíamos tenido suficiente.

—Lo-lo siento —musitó Jim, apartando la mirada de inmediato.

Se retiró de la entrada del establo *ipso facto*.

—¡Joder! —espeté, apartando las manos de Andrew—. Te dije que iban a pillarnos.

El rio por lo bajo.

—Tampoco ha sido tan grave —me mordió el cuello antes de apartarse y que yo pudiera recolocarme la ropa—. ¿Quién era?

—Mi ayudante —respondí, sintiendo una mezcla de nerviosismo y agobio.

Andrew levantó una ceja y me miró con interés.

—¿Solo tu ayudante en el rancho, o tu ayuda va más allá?

Toqueteó mi entrepierna inflamada.

—No digas tonterías, si lo conocieras, sabrías que es imposible, pertenece a la Comunidad de la Santa Castidad y además está comprometido. —Andy seguía acariciando mi polla, que crecía bajo la basta tela del vaquero—. Para de sobarme o no se me bajará la erección. Tengo que hablar con él.

Salí del establo y fui en busca de Jim. Lo encontré al lado del cercado, con una expresión preocupada en el rostro.

—Ey, ¿qué pasa? ¿Por qué me buscabas? —le pregunté, tratando de sonar tranquilo. Seguía arremetiéndome la camisa en la parte posterior de los pantalones. Él se había dirigido hacia su caballo, que estaba atado a un poste.

—No, no quería interrumpir…

—Tranquilo, he sido yo quien debería haberme cortado un poco.

Se le veía claramente incómodo, ni siquiera podía mirarme a los ojos.

«¡Mierda!».

Oí las pisadas detrás de mí. Andrew se unió a nosotros y no tuve otra opción que presentarlos. Jim alzó un poco la barbilla ante la presencia de mi invitado. Tenía los labios apretados y un gesto de disgusto que le costaba disimular.

Lo que vio debió perturbar demasiado su fe.

—Jim —carraspeé—, este es Andrew. Nos encontramos en la feria. Trabajamos juntos en el King Ranch de Texas. Él es su mejor responsable de gestión del ganado, en el último mes terminó siendo mi supervisor, porque lo ascendieron.

—Y lo supervisé muy bien —añadió Andy divertido—. Mount tiene muchísimas virtudes, como ya sabrás. Es incansable, curioso, jamás tiene suficiente si le gusta lo que está haciendo y puede pasarse horas dale que te pego.

—Andy… —farfullé con tono de advertencia por las connotaciones que tenía todo eso, él rio por debajo de la nariz.

Teníamos un humor muy similar, por eso sabía que entre nosotros nunca podría haber nada más que sexo, éramos demasiado parecidos.

—Me refería al trabajo, no sé en qué estarías pensando tú, mente sucia.

—No le hagas caso, su humor es como el mío, ha venido a pasar unos días como invitado, acudirá a la feria de Sedalia y mis padres decidieron que estaría bien que conociera la propiedad.

Jim asintió, seguía pareciendo incómodo ante la presencia de Andrew.

—Encantado de conocerte —dijo, tratando de ser cortés.

—Igualmente, muy encantado de conocerte —respondió mi amigo con una sonrisa lobuna.

Se lo comió con los ojos. No era de extrañar, mi ayudante estaba demasiado apetecible como para pasarlo por alto, era un festín que pocos querrían perderse. Un desafío teniendo en cuenta lo que le conté a Andrew.

Me volví hacia Jim, esperando no haberla cagado demasiado. Quería saber qué lo había trastornado.

—Entonces, ¿qué ha ocurrido? Parecía urgente —cuestioné, tratando de aliviar la tensión.

Sus ojos se detuvieron una fracción de segundo en mi bragueta, que no se había relajado del todo. Apretó los puños y subió hasta mi mirada atenta, respondió más serio que de costumbre.

—Salí temprano para revisar el ganado, tenemos un problema con los toros. Uno de ellos se ha escapado del cercado y está causando estragos en el campo. Necesitamos atraparlo antes de que haga más daño.

Sentí una oleada de preocupación. Los toros podían ser peligrosos si no se manejaban correctamente. No podía pedirle a Jim que se ocupara solo, no estaba preparado.

—¿Dónde está ahora? —pregunté, tratando de evaluar la situación.

—Está cerca del río, pero se está moviendo rápido. Necesitamos actuar lo antes posible —respondió con la voz llena de urgencia.

Andrew, que había estado escuchando en silencio, intervino.

—Puedo ayudar. Tengo experiencia manejando ganado en situaciones difíciles.

Asentí, agradecido por su apoyo.

—Vamos, no hay tiempo que perder —dije, yendo de nuevo a los establos para ensillar un par de caballos y coger cuerdas.

Nos dirigimos rápidamente hacia el río, donde Jim había visto al toro por última vez. La adrenalina corría por mis venas mientras cabalgábamos a toda velocidad. Andrew y Jim estaban a mi lado, y podía sentir la tensión en el aire. Sabíamos que teníamos que actuar rápido para evitar que el toro causara más daños o se lastimara.

Veinte minutos después, estábamos oteando el río, mi hermana había ido a las caballerizas para visitar al potrillo y le dije que fuera a por Papá Enzo, para que él pudiera solucionar el problema del cercado, mientras íbamos a por el toro.

Caía un sol de justicia, los nervios que tenía me hacían sudar profusamente.

Andy parecía maravillado con el paisaje, lo comentó en un par de ocasiones, no obstante, yo estaba demasiado concentrado buscando al animal para ser partícipe de su emoción.

—¿Dónde demonios se ha metido? —farfullé.

Todos teníamos puesta la mirada entre la maleza, estaba demasiado alta, deberíamos desbrozarla un poco. Lo anoté para hacerlo en cuanto pudiéramos, en esa época del año, cuanto más despejado estuviera todo, mejor, o podría incendiarse.

—Ahí está —dijo Jim, señalando un punto alejado.

El toro estaba cerca de la orilla, agitado y nervioso, tras unos matorrales. El animal estaba claramente fuera de control, y cualquier movimiento en falso podría empeorar la situación.

—Tenemos que acercarnos con sigilo —sugerí.

—Estaría bien que lo rodeáramos —apostilló Andy—. Jim, cruza el río por ahí y sitúate frente a él. Yo iré por detrás. Mount, ¿piensas que Cinamom podrá ir por el agua?

—Sí, esta zona es poco profunda… —Miré de soslayo a Jim.

—Oye, si piensas que no puedes…

—Puedo —zanjó, irritado, poniéndose en marcha.

—¡Recuerda lo que te dije sobre los toros! —dije más alto de lo normal para que me escuchara—. Mantén la calma y no hagas movimientos bruscos. Si el toro se pone nervioso, retrocede lentamente y dale espacio. No lo pierdas de vista y asegúrate de que no tenga una ruta de escape río arriba.

Andrew estaba evaluando la situación.

—¿Listo? —le pregunté, y él asintió.

Metí a Cinamom en el agua mientras Andy iba por detrás. Mi atención estaba dividida entre el animal y Jim, que era quien menos experiencia tenía.

—Vamos, bonita —le dije a mi yegua, que avanzaba intentando no llamar la atención del toro.

Era importante hacerlo lentamente, tratando de no asustar al animal.

Tragué con fuerza al ver que el caballo de Jim hacía una cabriola, se movió con brusquedad haciéndolo perder el equilibrio. Lo vi volar y caer de su montura, al otro lado del río, llamando la atención del toro.

«¡Joder! ¡Encima lleva la puta camisa roja!», maldije para mis adentros.

El animal bufó, yo espoleé a Cinamom en vistas de que el toro no apartaba la mirada de mi ayudante.

—¡Jim! —grité, viendo cómo se levantaba ileso con rapidez, pero claramente asustado.

Sin pensarlo dos veces, saqué mi lazo, aumenté la velocidad a la que iba y me preparé para usarlo. El toro estaba demasiado alterado, si no actuaba rápido, podría cruzar y embestir a Jim, que intentaba caminar hacia atrás con lentitud, siguiendo mis consejos.

Su caballo relinchó y fue el pistoletazo de salida para el animal embravecido que no dudó en correr hacia delante blandiendo sus pitones largos.

—¡Andrew! —grité para que me escuchara, no necesitaba mis indicaciones, sabía lo que tenía que hacer.

El pulso me iba a mil. Tenía el corazón en la garganta. Cinamom resbaló y me dio miedo que pudiera torcerse una pata, aquella zona era demasiado resbaladiza.

Estaba muy cerca.

Sin pensarlo dos veces, le pedí que se detuviera, salté de la montura y moví la cuerda para arrojarla por encima de mi cabeza, crucé los dedos para acertar y respiré al verla introducirse por el robusto cuerpo de Jim.

En lo único que podía pensar era en apartarlo del peligro.

La cuerda se cerró alrededor de su cintura y tiré con todas mis fuerzas justo en el momento en el que el toro apuntaba listo para herir.

Me importó una mierda el dolor que sentí en el cuerpo ante el esfuerzo.

El lazo de Andrew también voló buscando al animal enfurecido, le fue imposible cambiar de

dirección al minuto gracias al terreno resbaladizo. Mi amigo emitía sonidos para calmarlo e intentar mantenerlo en su lugar sin que se lastimara, mientras que yo tiraba de Jim para abrazarlo.

Nos miramos a los ojos, con la respiración visiblemente alterada, demasiado juntos, mojados. Tragué con fuerza.

—Al final voy a pensar que lo único que buscas es que termine echándote el lazo —murmuré. Él resollaba—. ¿Estás bien? —pregunté más asustado que nunca.

Su expresión era aterrada, había estado a nada de ser atravesado por un asta, no quería ni pensarlo.

—S-sí —susurró sin moverse.

Sus manos estaban apoyadas en mi torso, le temblaban ligeramente bajo el latido furioso de mi corazón.

Asentí con ganas de besar su boca entreabierta, que exhalaba con dificultad, saborear su lengua, sin embargo, ni era el momento, ni él querría que lo hiciera.

—¡Mount! ¡Te necesito! —voceó Andrew.

¡Casi me había olvidado de él!

—No te muevas —le dije a Jim, quitándole la cuerda para volver a lomos de mi caballo y ayudarlo.

Salí del agua, llevé a Cinamom a tierra firme al otro lado del río y le eché el lazo al toro atrapándolo por el cuello.

—¡Lo tenemos! —grité, sintiendo la tensión en la cuerda mientras el animal luchaba por liberarse.

Andrew me dedicó una mirada cómplice.

La adrenalina corría por nuestras venas mientras luchábamos por mantenerlo lo más tranquilo posible y alejado de Jim.

—Mount, ¡tira con fuerza! —espetó Andrew, tratando de mantener su equilibrio.

—¡Estoy en ello!

Oí los cascos de otros caballos acercándose a toda velocidad, Papá Bradley nos había localizado y venía con refuerzos. Me sentí aliviado.

Entre todos logramos apartar al toro de la orilla del río y controlar la situación.

Lo más importante era que nadie salió herido, Jim solo se llevó un buen golpe fruto de la caída, por fortuna, nada serio, a lo sumo le saldrían algunos moratones.

—Buen trabajo, chicos —nos felicitó mi padre una vez tuvimos al animal de regreso al interior del cercado.

—Al final, el invitado ha pasado a ser trabajador en lugar de pasar unos días de descanso —anotó Papá Enzo.

Se había sumado a nosotros después de reparar la rotura que facilitó el escape del animal.

—No ha sido nada, señor Wallace, siempre va bien algo de acción para no entumecerse. —Todos rieron.

—Pues si alguna vez quieres dejar el King Ranch, por uno más pequeño y familiar, aquí siempre tendrás las puertas abiertas.

Jim los miró con preocupación y yo me mordí el labio acercándome a él, quizá sentía miedo por las palabras de mi padre, quería asegurarme de que entendiera que su puesto no estaba en juego.

—Tranquilo, no vas a perder tu trabajo. —No dijo nada, estaba cabizbajo y cabreado—. Todo

ha salido bien, no te preocupes.

—No gracias a mí.

—Al contrario, si no me hubieras avisado, podría haber sido peor, el toro podría haber atacado a alguien o dañarse. Has hecho un buen trabajo.

—Si tú lo dices —masculló alejándose. Suspiré, quizá necesitaba un poco de espacio.

—Esta noche tendremos que celebrarlo en La Guarida —festejó Papá Bradley palmeando la espalda de Andy.

—¿Sirven cerveza fría? —preguntó mi amigo descarado.

—De la mejor.

—¡Pues invitación aceptada!

—Ey, Jim, ¡tú también estás invitado! —gritó mi padre, queriendo hacer partícipe a mi ayudante al ver que se alejaba.

Si lo oyó, no dio muestras de ello, y yo me sentí apenado por su reacción.

Tenía que hacerlo sentir mejor después de lo ocurrido, lo había puesto en peligro pidiéndole que se ubicara delante del animal, debería haber ido yo. Lo que pasó fue responsabilidad mía, ¿qué podía hacer para que lo comprendiera?

Ya se me ocurriría algo, mientras, acepté sumarme al buen humor colectivo disfrutando del trabajo bien hecho.

CAPÍTULO 14





Regresé a casa después de un día agotador en el rancho, sintiendo que había metido la pata hasta el fondo, que mi inexperiencia y mi nerviosismo, frente a alguien tan preparado como Andrew, se hizo palpable a los ojos de Mount.

Quedé como un idiota, un memo al no ser capaz de aguantar el equilibrio, la cabriola de mi caballo al ponerse de pie me pilló desprevenido, estaba tan pendiente del toro que me descuidé y aquel despiste tonto casi me costó la vida.

Si no hubiera sido por Mount, aquel morlaco me habría embestido sin piedad y podría haber muerto.

Y encima de ser el tío más torpe, los Wallace querían que me quedara a cenar, que bajara con ellos al pueblo a celebrar que todo había salido bien pese a mí. No estaba de humor, la verdad, y tampoco creía que a mis padres les entusiasmara la idea de que no llegara, no les podía avisar, en Nuevo Amanecer no existían los teléfonos.

Cogí la bici al mismo tiempo que mi jefe y su amigo se iban a dar un paseo a caballo al atardecer, para explorar el rancho y vete a saber qué hacer.

Apreté los puños.

Sabía que no debía molestarme, que no tenía ningún sentido. Tampoco lo tenía que el pillarlos

dándose el lote en el establo debiera haberme afectado y, sin embargo, lo hizo.

Me masajeé las sienes.

Llegué un poco más pronto que de costumbre, la cena estaba casi lista, así que fui a lavarme.

Mis padres estaban visiblemente contentos, y en cuanto me senté, padre bendijo la mesa y la conversación se centró en lo que había ocurrido en la comunidad a lo largo del día. Mi mente permanecía alejada, me daba igual si a la señora Randolph las gallinas le habían puesto menos huevos o que el cultivo de los Bryan hubiera sufrido una plaga de pulgón. No debería ser así, tendría que interesarme todo aquello que afectara a mis vecinos, sin embargo, no lo era, me limitaba a asentir como un autómata hundiendo la cuchara en la sopa agripicante de rábano.

Madre me sonrió explicándome que había visitado a la de Mary Kate, que estaba entusiasmada por lo bien que fue el pícnic.

Tuve una náusea. Era incapaz de encontrar una explicación a mi malestar, salvo que el maligno me estuviera poniendo a prueba.

Encerrado ya en la tranquilidad de mi habitación, caminaba de un lado a otro, incapaz de encontrar paz. La frustración y la confusión me consumían.

Mi mente voló a la propiedad de los Wallace, cuando vi mi vida pasar frente al toro y volví a notar ese fuerte tirón que me llevó directo a los brazos de Mount, mojado, duro, percibiendo aquella cara de preocupación que hablaba por sí sola.

Mis manos encontraron el camino directo a su pecho y se quedaron ahí, con las palmas hundidas en el algodón fresco, empapado en agua y sudor.

El contacto físico, aunque breve, había despertado algo en mí que no entendía, que me llenaba de desazón. No era nada parecido a lo que me ocurría cuando estaba al lado de Mary Kate. Con ella, todo era tranquilo y predecible, sin embargo, con Mount, cada toque, cada mirada, desataba una tormenta de emociones prohibidas que no deberían estar ahí.

¿Por qué le miré la boca? ¿Por qué sentí curiosidad por saber cómo sería rozar los labios de un hombre? Hundir la lengua en su boca y…

«¡No, no, no, no!», me reñí agitado.

«Me pasa solo porque los vi besándose y el maligno utiliza esa visión para entrar en mí, yo no soy así, no me gustan los hombres», traté de justificarme.

Me dejé caer en la cama, agobiado, incapaz de pegar ojo, mis padres ya hacía rato que dormían en su habitación, lo sabía por la quietud ahogante que reinaba en la casa.

Llevé la almohada a mi rostro y aspiré con fuerza, buscando conciliar un sueño que no llegaba.

Cada vez que cerraba los ojos, las imágenes y los sentimientos volvían con más fuerza. No podía quedarme, necesitaba salir, necesitaba aire, necesitaba pensar, necesitaba…

Mordí las palabras y mis pies se movieron por voluntad propia. Me cambié de nuevo y salí al fresco de la noche, no había un alma, todos estarían durmiendo.

El aroma a naturaleza, madera y cultivos me invadió. Fui a por la bicicleta bajo el ulular de una lechuza y me puse a pedalear.

La bajada al pueblo siempre era mucho más rápida y agradable que el regreso a Nuevo Amanecer, como si alejarme fuera lo más fácil y volver un camino tortuoso.

Mi padre solía decir que era porque ser un amaneciense requería de un alma fuerte y una actitud que pocos hombres lograban mantener. Que dejarse llevar por el libre albedrío y el pecado era menos complejo. Ser puro era un trabajo duro y la única manera de acercarte a Dios.

El camino estaba desierto, dejé que la brisa nocturna enfriara mi piel y despejara mi mente,

busqué intencionadamente dejarla en blanco y centrarme en las sombras que me ofrecía el paisaje, sin que nada me alterara.

Los tejados rojos y las chimeneas negras anunciaron mi llegada, tomé la calle principal, pasé por delante de la iluminada fuente de Cupido y aparqué en la calle paralela a la del bar en que los Wallace estarían de celebración.

Podría haber ido al lago, a dar un paseo por el bosque, pero no, ahí estaba, no había otro negocio abierto a esas horas salvo el hotel y la comisaría, y esa última no podía ser considerada negocio.

Me había detenido ahí porque quería respuestas, las necesitaba para entender esa desazón que no me abandonaba.

Caminé con lentitud hacia la puerta de entrada, pero un sonido y una sombra en movimiento, en el callejón lateral, llamaron mi atención.

Me asomé, estaba iluminado por la tenue luz de la salida de emergencia de La Guarida.

Los contenedores se movieron, había alguien.

Escuché gruñidos y jadeos.

¿Sería algún borracho? ¿Y si era alguien que necesitaba ayuda porque se había sentido indispuesto y había empleado aquella vía de escape?

Avancé un poco y reconocí las voces.

—Joder, Andy, ¡me vuelves loco!

—Y a mí tu polla —murmuró Andrew.

Sentí otra náusea al oírlos, tenía que irme, no podía seguir andando, no podía asomarme por mucho que me ocultara el contenedor, no podía…

Pero lo hice.

Andrew estaba arrodillado sobre el asfalto. Mount se apoyaba en la pared desnudo de cintura para abajo, mientras su amigo lamía una erección larga y suculenta que brillaba fruto de la luz artificial y la saliva de Andrew. Sus dedos se enredaban en el pelo castaño mientras movía las caderas en un vaivén caliente con los ojos cerrados.

Andy pasaba su lengua como si fuera un helado, con pasadas lentas desde la punta hasta la base, hasta alcanzar sus pelotas y recrearse en ellas buscando metérselas en la boca. Las mías se contrajeron. Mount jadeó. Andrew sonrió pagado de sí mismo por lo que provocaba y besó la punta del glande.

—Quiero que te corras en mi boca, quiero que me alimentes como si fuera tu querido ayudante necesitado de revelación vital.

La frase me dejó sin aire.

Mount entreabrió los ojos y miró a Andy con los párpados pesados.

—No juegues con eso…

—¿Por? Los dos sabemos que lo deseas, que Jim te la pone tan dura que te duele. Hoy he visto cómo lo miras —susurró jugueteando, bajando y subiendo piel—, reconozco el deseo en ti. Tu querido ayudante te la pone como una roca, hoy en el río casi le comes la boca y a mí no me habría disgustado veros en acción. Si él quisiera, podría unirse...

Mount tiró de su pelo hacia atrás, alejándolo de su miembro, poniéndolo en una actitud forzada, tensa, casi violenta.

Tenía la garganta seca y el corazón a mil.

—Ya te dije antes que te olvidaras de él.

—Y me olvido, pero sé que tú no puedes, yo tampoco podría si tuviera que convivir con él a

diario, por eso te ofrezco esto. —Alargó la lengua y esta se encontró con su hendidura—. Una boca es una boca, te la ofrezco para que me la llenes como harías con Jim. Cierra los ojos y piensa en él.

—Tú lo has querido —gruñó.

El glande rosado se hundió sin miramientos, Mount la encajó de una estocada que estaba convencido alcanzó el fondo de la garganta masculina, dejándome sin respiración.

¿Eso era lo que Mount quería hacerme? ¿Me veía a mí en lugar de a él?

No sabía cómo sentirme al respecto, debería aborrecer lo que estaba viendo y escuchando, no obstante, mi polla hormigueó, comenzó a endurecerse a medida que contemplaba cómo mi jefe se hundía en la boca de Andrew y este emitía sonidos inconexos, sin apartar los ojos del rubio, que empujaba sin piedad.

—¿Te gusta? ¿Quieres sentir mi deseo más profundo y prohibido? —preguntó Mount.

Las manos de Andrew buscaron el trasero desnudo, los pantalones vaqueros y los calzoncillos estaban encajados en los tobillos masculinos controlando su movimiento. Los muslos fibrados, salpicados por vello rubio, estaban tensos y acompasaban cada envite.

—¡Dios! —murmuró, cerrando los ojos—. Jim, me voy a correr en tu boca.

Oír mi nombre, rasposo, roto, anhelante, seguido de sus intenciones, me hizo tomar conciencia de lo que estaba haciendo, de lo que estaba viendo, del estado de mi entrepierna y el feroz latido de mi corazón. No podía, no debía…

Trastabillé y tropecé con un botellín abandonado que cayó al suelo rompiendo mi huida.

Me maldije para mis adentros. Mount rugió como un animal, un sonido devastador que nacía desde sus entrañas y perforaba cada poro de mi piel, tenía que ser el maligno, tenía que huir de él.

Corrí como nunca.

Me subí a la bici desesperado, con el miembro hinchado y los testículos dolientes.

«¡Está mal, está muy mal!», me grité con ganas de golpearme.

Pedaleé con tanta intensidad que me quedé sin aire en varias ocasiones, las piernas me hervían casi tanto como el corazón. Estaba al límite. Podría estallarme de un momento a otro, colapsar, sufrir un infarto.

Un rayo cruzó el cielo seguido de un trueno ensordecedor.

Las gotas cayeron despiadadas sobre mí, como si el cielo se hubiera abierto para que sintiera la ira de Dios, para lavar mis pecados y disolverlos en la lluvia.

Acepté el castigo y seguí, poniendo mis músculos y mis pulmones al límite.

Me sentía sucio, indigno, incapaz de dejar de reproducir las imágenes, los gemidos, la escena. El aire me faltaba cada vez que Mount pronunciaba mi nombre de aquella manera tan gutural, agonizante. ¿Habría derramado su simiente en la boca de Andy? ¿Se la habría bebido?

El pensamiento debería haberme asqueado, un buen amaneciense se llenaría de repulsión ante la posibilidad, y sin embargo, yo lo único que podía percibir era curiosidad. Estaba enfermo, poseído por el maligno, tenía que depurarme y solo conocía una manera para hacerlo, estaba recogido en el gran libro de Nuevo Amanecer.

«Y el río se llevará tus pecados, los disolverá en sus aguas arrastrando al maligno en él, sumérgete en sus aguas, hasta que los pensamientos desciendan en su corriente, hasta que tu cuerpo se sacuda y él abandone tu alma».

Fui directo al río, me despojé de la ropa y me sumergí en agua helada, mientras la corriente subía y la lluvia me golpeaba.

Alcé mi rostro al cielo y supliqué, recé a Dios para que me perdonara, para que me librara y me curara, para que arrastrara cualquier pensamiento y actitud ilógica de mí.

Me obligué a quedarme ahí, sin importarme que algunas ramas me golpearan, que me estuviera quedando helado, o sufriera diversos cortes en la piel fruto de las cañas que eran barridas río abajo.

Necesitaba limpiarme, que la ferocidad del río se llevara todas las impurezas que habitaban en mí, que Dios arrojara al maligno fuera de mi organismo para siempre.

Soporté y aguanté hasta que la tormenta amainó, hasta que me llené de temblores fruto del frío y no del deseo. Hasta que dejé de sentir, de pensar, de anhelar, de preguntar.

No sé si estuve una hora o dos, pero sí sé que, cuando salí, me dolía todo el cuerpo, como si me hubieran dado una paliza, tanto por fuera como por dentro.

Era la señal que buscaba, limpiarse y que el maligno saliera de ti siempre era doloroso.

Me puse la ropa y volví a casa arrastrando la bicicleta, sin darme cuenta de que alguien veía el estado en el que alcanzaba la puerta de la entrada.

Entré sigiloso, subí los peldaños hacia mi cuarto, me puse el camisón con el pelo chorreando y me tumbé en el austero colchón.

Cerré los ojos, esperé a que mi respiración se hiciera regular y me dejé llevar por el sueño, no iba a volver a ocurrir, había desterrado todo lo impuro incrustado en mí, a partir de mañana volvería a ser el abnegado hijo del pastor y Mount Wallace solo sería mi jefe.

CAPÍTULO 15



Tres años antes.

Nueve meses, el mismo tiempo que duraba un embarazo, era el que llevaba Jim en el rancho.

Hacía medio año desde que mis padres se marcharon dejando la gestión del negocio en mis manos.

Creo que jamás había hecho tantas videollamadas en mi vida, incluso diría que el primer mes había hablado más con ellos por teléfono que en persona en el último año, y habría seguido siendo así si mi madre no hubiera colgado una de nuestras «videoconferencias».

Según ella, decidir si les cambiaba el tipo de forraje a los caballos o no, no era una emergencia, que ya era hora de cortar el cordón *umbilicolaboral* y que tomara ese tipo de resoluciones yo solito, que si no era capaz de manejarme, buscarían a alguien que sí fuera capaz de llevar el rancho y no los interrumpiera en la noche de mojitos.

El ultimátum funcionó y comencé a asumir que, fueran buenas o malas, eran mis decisiones las que harían funcionar la propiedad.

Sunny se había ido a estudiar una semana antes de que se fueran mis padres y River seguía cosechando éxitos montando toros por el mundo en compañía de su inseparable amigo Jerry.

—Como jodas mi dinero, te meteré por el culo cada maldito error, ¿estamos?

Aquellas fueron las amables palabras que me dedicó antes de irse.

En parte lo entendía, se jugaba el cuello montado en aquellas bestias para que el rancho pudiera convertirse en lo que todos queríamos y hacerse cargo de mis estudios y los de Sun.

Mi hermano era tan gruñón como sacrificado, y bajo aquella capa de hombre irritable latía un corazón generoso que se preocupaba en demasía por las personas que le importaban.

No tuve más remedio que apretar los huevos y apegarme a mis hombres y a Jim.

Jim, Jim, Jim, Jim… Cada vez que paladeaba su nombre, se me aceleraba el corazón y se me engrosaba la entrepierna.

¿Cómo catalogar nuestra relación?

Evidentemente, como laboral. Su actitud dejaba más claro que nada que lo único que deseaba de mí era su jornal.

¿Lo asumí?

Debería, el problema era que estaba un pelín obsesionado.

Jim era ese pastelito prohibido que tu madre se negaba a que probaras porque sabía que, una vez lo hubieras hecho, estarías perdido para siempre, que no dejarías de pedirlo buscando una sobredosis de aquel glaseado tan tentador por el que pasar la lengua.

¡Dios! Pensar en ello solo aumentaba mis ganas.

Había días que lo mío podría considerarse acoso laboral, que si un roce de dedos al pasarle el martillo, que si trabajar sin camiseta en pleno diciembre, con los pezones tan congelados que amenazaban con romperse a pedazos al mínimo soplido. Que si salir de la ducha con una toalla anudada a la cintura y fingir que se me caía antes de que él entrara a darse la suya…

¿Podía caer más bajo?

Seguramente.

Porque había días, cuando estábamos pastando en campo abierto con los toros, que lo pillaba con alguna que otra mirada poco propia de Jim, como si no fuera el único que había sido atravesado por la flecha del deseo y algo abrasador cruzara como un rayo sus pupilas oscuras.

Me aferraba a esos instantes con fuerza. Eran un fenómeno raro y escaso, como una lluvia de estrellas fugaces, sin embargo, ocurrían, y cuando pasaban, se me olvidaban las promesas que me hacía a mí mismo de olvidarlo, de dejarlo en paz y no recrearme en el vello que escapaba por el cuello de su camisa o lo bien que se ceñían los vaqueros a sus muslos.

Pensé en la mirada que me echó antes de ayer, que casi hizo que me cayera del caballo, estábamos en el prado con los toros. El sol comenzaba a ponerse y el cielo se teñía de tonos naranjas y rosados.

Jim estaba todo el tiempo concentrado en su trabajo, hasta que ocurrió. Fue como si sintiera un fogonazo que me atravesaba de cabeza a pies, aquella mirada que me hacía cuestionarlo todo. Intensa, oscura, caliente, como si estuviera tratando de decirme algo que no podía decir, pero que estaba ahí, latiendo en su interior.

—*Jimy, ¿todo bien?* —le pregunté, tratando de romper el silencio que opacaba mis pulsaciones. Él abrió y cerró los labios, como un pez fuera del agua, sacudió la cabeza y apartó los ojos.

—*Sí, todo bien* —respondió incómodo, volviendo a concentrarse en los toros.

Yo sabía que no, que no eran imaginaciones mías.

Llamémoslo intuición, sexto sentido o que mi polla se había adueñado de la parte cuerda del cerebro para colonizarlo con pensamientos impuros hacia mi ayudante.

Había algo en aquella mirada, en la forma en que sus ojos se encontraban con los míos, que

me decía que estaba luchando con algo tan profundo que yo no alcanzaba a entenderlo.

Tenía que ser difícil ser el hijo del pastor y vivir en Nuevo Amanecer, con su moral estricta y aquellas normas arcaicas que te hacían recordar lo que debió ser vivir en una época muy muy pasada.

Daba gracias por haber nacido en una familia que me educó pensando que el valor más importante era ser feliz, que me enseñó a ser consecuente conmigo mismo, con mis deseos, mis anhelos. Les bastaba con que fuera una buena persona y ayudara a los demás. Honrarnos a nosotros mismos era más importante que honrar a un Dios castigador.

Quería acercarme, decirle que no tenía que seguir viviendo en Nuevo Amanecer si su voluntad era tener una vida distinta, que el rancho podría convertirse en su refugio y, si me diera una oportunidad, quizá pudiera enseñarle lo que se le había negado desde la cuna. Que los muros mentales que le alzaron sus padres se podían demoler y había una luz nueva fuera de aquellos límites.

En mi fuero interno, sabía que si le decía algo así, solo conseguiría que no regresara a la propiedad. Jim no estaba preparado para enfrentarse a otra realidad que no fuera la aprendida. No quería presionarlo más de lo que ya lo estaba, así que me limité a darle su espacio, su tempo.

Formábamos un buen equipo, nos compenetrábamos. Tuvimos que lidiar con tormentas inesperadas que dañaron parte de las cercas, y apechugar con un brote de enfermedad que sacudió al ganado a principios de año. A pesar de todo, logramos salir adelante, codo con codo, esfuerzo con esfuerzo.

Él era una pieza clave en mi gestión, aprendía rápido, estaba acostumbrado a optimizar los recursos, por lo que me veía debatiendo con él cualquier tema concerniente al rancho. No sabría qué hacer si me faltara.

Mi padre no erró al elegirlo y reconozco que cada vez que yo lo veía subido a lomos de su caballo, con aquella seguridad adquirida que le había dado el tiempo, me derretía por dentro, además de ser incapaz de apartar la mirada de su culo.

Que estuviera felizmente comprometido y con planes de boda no era impedimento para que en la soledad de la ducha, con la mano llena de espuma, fantaseara con él.

Me había topado en contadas ocasiones con Mary Kate, en el pueblo, acompañada de sus padres, para llevar el queso y la mantequilla que producían en su casa y que eran de los mejores. Los llevaban a la tienda de productos artesanales y mi primo se los compraba para su restaurante, eran de los mejores de la comarca.

¿Qué pensaría ella si supiera que el jefe de su prometido se mataba a pajas pensando en él? Mejor no saberlo, no me sentía demasiado bien al respecto.

Me recordaba un poco a Sunny, debían ser de una edad cercana, con el pelo dorado, el gorrito en lo alto de la cabeza y aquel aspecto saludable.

Cuando la veía, pensaba en que seguramente se daba besos a escondidas con Jim, que esas mejillas redondeadas se teñían de rojo y su boca se entreabría jadeante fruto de las ganas que se tenían.

Quería darme de cabezazos. ¿Estaba mal querer ser la hija de los Adams cuando de besos se trataba?

A veces, cuando la noche se cernía sobre el rancho y estaba solo en mi habitación, planteaba una realidad alternativa. Una en la que Jim Brock traspasaba la puerta de mi cuarto suplicando que lo ayudara a alejarse de los estrictos patrones mentales impuestos por su comunidad, de las ataduras sobre qué era correcto y qué no.

Yo le pedía que se desnudara, no solo el cuerpo, también el alma. Él me confesaba que siempre se había sentido atraído por mí y que deseaba permitirse ser feliz de un modo más libre, más humano, no condicionado por el género.

Después nos besábamos y acabábamos enredados en mi colchón, desnudos, felices, saciados.

Aunque quién era yo para decidir su felicidad, si no quisiera estar con Mary Kate Adams, no estaría, ¿no?

Ese día era el cumpleaños de mi primo Jake y en una semana sería el de Jim.

Estaba en el supermercado para ir en busca de algunas botellas que llevar a la hacienda Wyatt, porque los Wyatt no tenían un rancho, sino una hacienda.

Muchos no distinguían lo uno de lo otro, la diferencia radicaba, como en la gran mayoría de cosas mesurables, en el tamaño.

Un rancho era una propiedad de tamaño pequeño a mediano, utilizada principalmente para actividades ganaderas o agrícolas a menor escala, mientras que los Wyatt tenían mucho más terreno, más trabajadores y unas tierras más amplias que lo convertían en un latifundio.

Estaba leyendo la etiqueta de la botella que sostenía, como si pudiera determinar si el aroma a pera y los aromas a barrica harían de ese vino una buena opción, cuando un codo puntiagudo se hundió en mi costado.

—¿Qué cojones haces? —pregunté, haciendo equilibrios para que el cristal no se me deslizara y me cobraran por algo que no iba a consumir.

—Tío bueno a las doce en punto, pasillo tres, con una caja de condones entre los dedos XXL Extrasensitive. ¡Y es forastero! —apostilló Elías.

Alargué el cuello, las novedades siempre eran bienvenidas, sobre todo, desde que Andrew y yo dejamos las videollamadas guarras porque se había echado novio y no era de compartir.

—Falsa alarma —murmuré al ver la chica morena que lo abrazaba por detrás y le susurraba alguna maldad al oído que lo impulsaba a coger dos cajas en lugar de una.

—A esa le ha tocado el premio gordo —asumió mi primo

Elías llegó el viernes, había venido solo para celebrar el cumpleaños de su hermano, al día siguiente regresaba a la universidad, porque solo se trataba de una visita exprés.

—No te quejes que tú te hinchas —gruñí, sintiéndome en la más absoluta sequía.

—No me puedo quejar —rio—. ¿Y qué hay de ti con el hijo del pastor? ¿Ha caído en la tentación?

Negué.

—Solo tiene ojos para su prometida.

—Menuda pérdida para la comunidad gay. —Los dos reímos—. Hablando del rey de Roma… Joder, ¡qué bueno está! Nunca había visto a un tío que le sentara tan bien la ropa fea. ¿Soy yo, o tiene más espalda que en verano?

Jim acababa de pasar empujando un carrito. Incluso los amanecienses pasaban por el pequeño supermercado para hacerse con productos imposibles de obtener por otros medios.

—La tiene, se llama trabajo duro, puede que quieras probar…

—Ni hablar, pero a tu colega le sienta de vicio, yo me estaría matando a pajas si compartiera ocho o diez horas al día con ese semental.

Puse cara de circunstancias y él rio.

—Ya decía yo, ¡te las haces! Eres un jefe que se hace pajotes con su empleado. ¿Y él sabe que te la pelas como un mandril a su costa?

—¡Haz el favor de hablar más bajo!

—No te culpo, está como para terminar con la polla gangrenada. Aunque no sé yo si a su Dios le caerás muy bien.

Hice rodar los ojos.

—¿Quieres ayudarme con el vino de una maldita vez y nos largamos? Ya te he dicho que con Jim no hay nada que hacer.

—Eso tengo que verlo yo, no me fío de tu criterio.

Elías se evaporó y volvió con una bolsa cargada de vegetales, después tiró de mí con premura.

—¡¿Qué haces?! ¡Todavía me faltan un par de botellas para completar la compra!

—Tú sígueme el rollo.

Puso mi carro en velocidad turbo.

Jim estaba en la zona de congelados agachado sobre la nevera, cuando Elías pasó en modo bólido y soltó la bolsa de verduras colocándola en su carro.

—¡¿Te has vuelto loco?!

—¿No has visto la forma nueva de ligar en los supermercados? Estás un pelín desconectado, hay que poner frutas o verduras en el carro de la persona que nos interesa, es un mensaje velado, el nuevo código morse del *match*. En teoría, es una piña puesta del revés, pero con Jim tenemos que ser menos sutiles, más directos, seguro que al ver el huerto que le he propuesto pilla el mensaje.

—¿Y eso de dónde lo has sacado?

—De donde se saca todo ahora, de TikTok.

—¿Y cómo piensas que Jim Brock va a ver TikTok si ni siquiera tiene móvil?

Mi ayudante se levantó con una bolsa de merluza congelada y, al ir a ponerla en su carro, frunció el ceño al ver el despliegue de berenjenas, calabacines y puerros que se agitaban por el golpe de cadera que le había dado.

Eran los más grandes que había visto en la vida. Pero ¿qué fertilizante empleaban? ¿El de Jack y las habichuelas mágicas?

Alzó la cabeza intentando entender qué había llevado al reino de las verduras fálicas y extragordas a su carrito de la compra.

Estábamos de espaldas a él, como si los cangrejos y los gambones pudieran salvarme.

—¿Mount? —preguntó. Me di la vuelta despacio sujetando el carrito que odiaría cualquier integrante de alcohólicos anónimos.

—Jim —carraspeé sorprendido—. No te había visto, e-estaba decidiendo con qué acompañar… —Señalé el arsenal.

Él alzó las cejas. La excusa era mala, pero aseverar que no lo había reconocido no se tragaba ni con toda esa cantidad indecente de vino.

—¿Tú no sabrás cómo han ido a parar todas estas verduras a mi carro? —preguntó incrédulo.

Iba a matar a Elías, que nos miraba como si no tuviera nada que ver.

—¿Yo? No, qué va… —Podría haber intentado colgarle el muerto a otro, solo que en nuestro pasillo solo estábamos nosotros—. Recuerdas a mi primo, ¿verdad?

Cómo no iba a recordarlo si le había ayudado con las ovejas y conseguido el trabajo.

—Claro, hola, Elías —lo saludó mientras este hacía un gesto con la barbilla y miraba con fascinación lo que él mismo había depositado.

—¡Madre mía, Brock! ¡Si ahí dentro está el festival del porno-gay vegetal! ¿Habías visto unos calabacines tan enormes, unos puerros así de largos y unas berenjenas más orondas, Mount? —«Tierra, traga a mi primo y escúpelo en cualquier parte carente de hortalizas»—. Cualquiera

pensaría, Brock, que has sido tentado por el cuarto oscuro.

La cara de Jim era un poema y la mía ni te cuento.

—¿Es una de tus bromas? —preguntó mi ayudante, cargándome el muerto a mí.

—Sabes que no es mi estilo, yo soy más de palabrería barata que de hortalizas gigantes.

Entonces pasó mi ángel de la guarda en formato ancianita con el carro cargado hasta del mismo surtido que Elías había preparado para él.

—Debe haber sido la señora Holloway, a su edad todos sufrimos despistes. La soledad es muy mala y, desde que perdió a su marido, necesita abastecerse con lo que le pilla más a mano.

Los tres la observamos cuando pasó entre nosotros. Ella nos ofreció una sonrisa afable, y cuando vio el contenido del carro de Jim, alzó la vista con las cejas grises elevadas y una sonrisa coqueta.

—Tú sí que sabes elegir, te has quedado con los de mejor tamaño.

Mi ayudante estaba mortificado, aun así, ni corto ni perezoso, recogió la colección y la puso junto a la compra de la anciana.

—Tenga, para usted —murmuró Jim. Ella suspiró.

—Qué joven tan guapo y amable. Que Dios te bendiga, hijo, muchas gracias —suspiró coqueta.

—Le has alegrado la noche a esa mujer —rio Elías por lo bajo—, seguro que hace muy buen uso de tus berenjenas.

—¡Cállate, Wallace! Sé que esto ha sido cosa vuestra.

Jim nos dedicó una mirada de auténtico mosqueo.

—Uf, gana muchísimo cuando se cabrea, le hubiera arrancado esa camisa sin dudarlo, y eso que los rudos, con pinta de gladiador a punto de ensartarte en su espada, no son lo mío.

—Salvo Brad Pitt en *Troya* —aclaré.

—Eso son palabras mayores, lo que me hubiera gustado encarnar el papel de Patroclo y hacerle una limpieza profunda a su arma. —Hizo un gesto obsceno.

—¿Puedes parar de hacer el idiota y que terminemos de comprar las botellas que nos faltan? Está visto que no se puede confiar en ti para nada, tu código *match* ha sido una basura.

—Vale, pero que sepas que cuentas con mi bendición para arrancarle cada botón de esa fea camisa a Jim Brock y mostrarle el placer de las hortalizas Wallace.

—Dudo que la idea le gustara, arreando —lo empujé mientras Elías se descojonaba.

CAPÍTULO 16





No estaba enfadado.

Puede que sorprendido y un poco ofuscado por la insinuación de Elías sobre lo que hacían aquellas gigantescas hortalizas en mi carrito, unas que yo no había metido y, por la cara mortificada que tenía Mount, el rey de las canalladas, tampoco.

Así que todo apuntaba a uno de los trillizos Wallace, esa familia era conocida en todo el condado por sus bromas y putadas, entre ellos o a los demás. Solo hacía falta ver la cantidad inhumana que llevaba Mount de alcohol como para saber que estaban de fiesta, además, él me había dicho que era el cumpleaños de su primo y que lo celebrarían en el rancho Wyatt.

—*Si quieres, puedes venir* —sugirió.

Yo negué porque cada vez me costaba más frenar los impulsos que me llevaban a caer.

Me monté en la bicicleta, con la compra en la cesta, dispuesto a regresar a Nuevo Amanecer.

Cuando iba montado en ella, era mi momento de reflexión, lo empleaba para pensar, y últimamente pensaba demasiado en él.

Llevaba nueve meses soportando los ataques del maligno, mis baños en el río eran cada vez más frecuentes, y eso que, en invierno, el agua bajaba helada.

La piel me hormigueaba cuando accidentalmente nuestros dedos se rozaban, me descubría

imaginando cómo sería estar de nuevo entre sus brazos, pero con menos ropa que las veces anteriores. Tenía demasiadas imágenes almacenadas de mi jefe saliendo de la ducha, con el pelo húmedo y aquellas deliciosas gotas desplazándose por el pecho musculado y sus tetillas fruncidas.

La entrepierna me palpitaba con una violencia sobrehumana cada vez que montábamos los dos solos y veía su silueta recortada a lomos de Cinamom al atardecer.

El regreso solía ser una tortura.

Había llegado a tener pensamientos y sueños tan impuros que solo pude hacer una cosa al respecto, y no fue tocarme. Besé a Mary Kate.

Era lo único que me pasó por la cabeza, necesitaba una vivencia correcta, algo lo suficientemente potente para que me reseteara por dentro y me empujara al sendero de Dios de nuevo.

Sabía que no estaba bien visto, que los besos en la boca estaban prohibidos hasta el matrimonio, pero muchos jóvenes eran incapaces de llevar aquella prueba a término.

Lo sabía porque los había visto ir a confesarse ruborizados, mientras mi padre les daba la penitencia a seguir.

Un beso no estaba tan mal visto como el acto sexual en sí, formaba parte del arrebato del amor, aunque si ese arrebato llevaba a mayores, desembocando en actos de lujuria, como tocamientos u otras cosas, entonces sí que era sujeto a un castigo mucho más severo.

La había besado en mi día de descanso, hacía justo una semana.

Su madre invitó a la mía a que fuéramos a merendar, estaríamos prácticamente solos, así que seguramente se daría la oportunidad.

Aproveché un instante en el que mi madre estaba hablando con la señora Adams, me excusé alegando que iba al baño cuando en realidad iba en busca de mi prometida, que se hallaba en la cocina, sirviendo los pastelitos de la merienda y preparando el té que los acompañaría.

Se encontraba de espaldas a la puerta, su silueta de reloj de arena se balanceaba con suavidad. Olía a almendra, canela e infusión de manzanilla.

Estaba nervioso, nunca había hecho nada por el estilo y me sentía torpe.

No escuchó mis pisadas, estaba tarareando una cancioncilla que les enseñaban a los niños en la escuela. Llevé las manos a su cintura asaltándola por detrás, ella dio un brinco y sonó una nota más aguda de lo normal, aunque no gritó.

No tuvo tiempo, porque en cuanto la giré, con la sorpresa instalada en sus ojos del color de las tormentas, presioné mis labios contra los suyos, con suavidad pero con firmeza. Los dos seguíamos con los ojos muy abiertos; en mi caso, aguardando a ver si se obraba el milagro, en el suyo, imagino, que sin entender qué mosca me habría picado.

Presioné un poco más moviéndolos sobre los suyos, como había visto hacerlo a los Wallace. No es que los padres de Mount se cortaran mucho.

Nada. ¿Eso era lo que se suponía que tenía que sentir al besarla? ¿Ningún hormigueo? ¿Cero reacción en mi entrepierna? Quizá fuese porque se trataba de un beso demasiado casto, tenía que ir a la segunda base. Intenté meter lengua.

Ella estaba muy rígida, intentó soltar aire y, en cuanto abrió compuertas, la encajé. Acción-reacción. Ante la invasión, Mary Kate cerró compuertas y me dio un mordisco de órdago.

Di un salto atrás, el sabor a sangre invadió mis papilas. Emití un quejido ronco que traté de ocultar para no llamar la atención de nuestras madres.

Ella estaba muy sonrojada y nerviosa.

—Ay, lo-lo siento, yo no, yo… —quiso excusarse. Alcé la mano y la frené. Ella buscó algo en el cajón y me lo tendió—. Toma, e-está limpio, lo he recogido yo misma esta mañana del tendedero. —Me dio un paño suave que llevé a la boca—. De verdad que lo lamento, es solo que…

—Tranquila —farfullé, cubriendo la lengua—, no debí besarte, me salté las normas. Perdóname.

Ella me contemplaba asustada, miró la puerta que quedaba a mis espaldas y, por un instante, temí lo peor.

Me di la vuelta, pero no había nadie. Suspiré aliviado.

—Voy al baño, no quiero ponerte en un compromiso. Lo siento mucho, Mary Kate, no estuve bien, debería haberme contenido.

Ella no respondió, se limitó a ver cómo me marchaba, temblorosa.

¿Cómo se me ocurría tal arrebato de pasión? Era una amaneciense, una buena chica, la había atacado vulnerando su castidad.

—Jim —su voz dulce me alcanzó por la espalda antes de que me alejara. Giré sobre mí mismo. Mi prometida se cogía el bajo del delantal con fuerza—. Yo no debí morderte, fue instintivo y… —Los dientes blancos atraparon el labio carnoso—. Y reconozco que también sentía curiosidad y me había planteado qué sentiría al ser besada por ti, pe-pero me puse nerviosa al notar tu lengua y…

—¿Mary Kate? —la voz de la señora Adams sonó en el pasillo. Los dos giramos la cabeza acobardados. Debió lanzar la pregunta desde el salón.

—¡Ya-ya voy madre! —Me miró con cara de culpa—. ¿Me perdonas?

—En todo caso, deberías perdonarme tú a mí, he sido muy poco delicado y nada considerado. —Ella me sonrió comedida.

—La próxima vez nos besaremos mejor —sentenció para desaparecer rumbo a la cocina.

¿Próxima vez? ¿En serio pensaba que podríamos besarnos mejor?

Yo lo dudaba, estaba perdiendo la fe a marchas forzadas.

Me metí en el baño maldiciéndome para mis adentros. Sí, eso también lo estaba haciendo mal, pero de perdidos…, al río, que era donde iba a terminar, y no porque estuviera excitado o sintiera ganas de tocarla, como me ocurría con Mount.

Llené mis manos de agua y las pasé por mi cara, la nuca y la barba.

Abandoné el paño en el cesto de la ropa sucia e hice algunas gárgaras. Escupí hasta que se hubo cortado la pequeña hemorragia, no dolía, había sido más escandaloso que otra cosa.

Necesité algunos segundos para calmarme antes de poder salir y enfrentarme a las miradas de aquellas tres mujeres.

Les había fallado, no por el beso en sí, sino por las consecuencias, por lo que no había sentido y sabía que ocurría cuando dos personas que se atraían lo hacían.

Frené en seco, agitado, un pequeño conejo había cruzado y casi lo había atropellado.

Aproveché para hacer un alto en el camino y tomar aire. Me quité el sombrero y pasé la manga de mi camisa por la frente llenándola de sudor.

Tenía los nudillos blancos, había estado apretando con demasiada fuerza el manillar de la bicicleta.

Llevaba días dándole vueltas a si seguir trabajando en el rancho era buena idea. Había

conseguido ahorrar una buena suma y, aunque no me diera para la mejor casa de Nuevo Amanecer, podría arrancar con una más modesta.

Tal vez mi padre tuviera razón y alejarme de la comunidad me hubiera llevado hacia un sendero para el que no estaba preparado, mostrándome la debilidad de mi espíritu.

No era lógico que mi corazón aleteara de alegría cada vez que cerraba la puerta de casa para ir al rancho y se llenara de pesar cuando volvía.

No era lógico que mi miembro se hinchara cada vez que mi jefe se quitaba la camiseta, ni las ganas acuciantes de pasar la lengua ante las primeras gotitas de sudor.

No era lógico que cada vez me pasara más tiempo mirándolo, deseando experimentar lo que aquel día vi en el callejón.

El maligno había encontrado una brecha en mí por la que colaba cantidades industriales de pecado. Daba igual la de veces que intentara eliminarlo, lo notaba en mi interior devorándome sin piedad, como haría una bacteria con un trozo de carne putrefacta.

Reemprendí el camino y, al llegar a casa, me topé con la visita de Jeremiah Olsen.

Había ido conmigo al colegio, tuvimos una época en la que fuimos bastante amigos, pero terminó alejándose. Su hermana era la mejor amiga de Mary Kate, se llamaba Bethy.

—Hola —me saludó afable.

—Jeremiah.

—Hace mucho que no hablamos y pensé que igual te apetecería que nos pusiéramos al día. —La propuesta me pilló de sorpresa.

Hacía mucho que no compartía una charla con él que fuera más allá de una de cortesía.

Quizá me viniese bien para despejar la mente.

—Sí, claro, deja que meta esto en casa.

Él asintió y me esperó fuera. Al salir, le comenté que tenía que llevar a pastar a las ovejas y cambiarles el agua. Se ofreció a ayudarme.

—Así me entretengo —admitió—, y entre dos es mucho más fácil.

Fuimos al pozo y nos turnamos para cargar los cubos, en quince minutos teníamos llenos los abrevaderos y sacamos a los animales a pastar.

Nos acomodamos bajo un árbol, faltaba poco para el atardecer y en una hora estaría lista la cena.

—Los animales siempre se te dieron genial —apuntó, enredando los dedos en los tallos verdes.

—Me gustan —respondí, encogiendo las rodillas hacia mi pecho para abrazarlas.

—Supongo que por eso te dieron trabajo en el rancho Wallace.

No me gustaba hablar de ellos con los habitantes de Nuevo Amanecer. Aunque callaran por educación, podía leer lo que opinaban de ellos.

—¿Cómo es? —insistió.

—¿El qué?

—Trabajar allí, ya sabes, yo no soy de habladurías, pero…

—Pues ahórratelas —zanjé, alargando el brazo para arrancar una brizna de hierba.

—Disculpa, no pretendía ofenderte, solo quería buscar un tema de conversación. En otra época éramos muy amigos.

—Tú lo has dicho, en otra época. No me gusta que la gente hable mal de lo desconocido, no es de buen amaneciense meterse con los demás.

—No pretendía eso —respondió atribulado.

—¿Y qué pretendías? —pregunté inquisidor.

—¿Entablar conversación interesante? ¿Recuperar lo que tuvimos? Ya sabes que mi hermana es la mejor amiga de tu prometida y puede que nosotros podamos volver a ser…

—¿Nosotros? —pregunté nervioso.

—Sí, ni siquiera recuerdo por qué nos alejamos, ¿tú sí?

Puede que fuera porque Jeremiah empezó a juntarse con Samuel, un recién llegado que tenía la casa más bonita de Nuevo Amanecer, pero no se lo dije, era absurdo. Me mantuve en silencio observando el rebaño.

—Bethy me dijo que besaste a Mary Kate.

Lo miré consternado y él entrecerraba los ojos con prudencia, sin enfocar directamente a los míos.

—No se lo voy a decir a nadie, mis labios están sellados, os comprendo, es lógico que sintierais necesidad, somos jóvenes. —Yo seguía callado, decidiendo qué responder, tampoco es que pudiera mentir, eso era pecado—. Mi hermana dice que te mordió —lo dijo con una sonrisa en los labios y yo le respondí con otra, apoyando la mano detrás de la cabeza para acomodarme.

—Me lo merecí.

—Yo también lo habría intentado —murmuró con una risita tonta—. Mary Kate es muy especial, la más bonita de por aquí, además de mi hermana, y ya lleváis mucho tiempo juntos. ¿Le pedirás que se case contigo al finalizar el año?

—Primero necesito el dinero para edificar nuestra casa.

—¿Ya lo has reunido? —se interesó estirando las piernas.

—No todo el que me gustaría, la reparación ha sido cara y perdimos parte del ganado, no obstante, podría ponerme con algo más sencillo.

—¿Y eso por qué? A ver, si yo estuviera en tu lugar, aguantaría un poco más y construiría una casa más bonita, Mary Kate lo merece y tus arrebatos de pasión seguro que os dan muchos hijos, es mejor un par de habitaciones más que menos. —Cogió un puñado de hierba y me la lanzó—. Me he fijado que últimamente vas mucho al río y te pasas mucho rato allí. —Su confesión me pilló desprevenido—. No te culpo, tenemos una edad que es lógico ir.

—¿Me has visto? —pregunté tenso—. ¿Me espías?

Su carcajada resonó.

—No, amigo mío. Digamos que no eres el único que necesita expiar de vez en cuando —murmuró cómplice—, y no te ofendas, pero prefiero el agua helada que los sermones de tu padre. —Lo miré sorprendido y él me sonrió ladeado—. ¿Qué? ¿Pensabas que eras el único tentado por el maligno?

—¿A ti te tienta? —Jeremiah rio, el sombrero se le había torcido un poco y las comisuras de sus ojos se arrugaban risueñas.

—Te sorprendería. —Puede que fuera una tontería, pero sentí alivio al escucharlo—. Quizá algún día te cuente mis pecados… Por ahora, me vale con retomar nuestra amistad. ¿Te parece?

—Me parece.

Fue un rato agradable que me dio un poco de aire, restó opresión a mis pulmones y el aire entró en mí de manera distinta.

Quizá Jeremiah tuviera razón y Mary Kate se mereciera una casa mejor, podía alargar mi decisión de dejar el rancho unos meses más.

CAPÍTULO 17



La fiesta de Jake fue descomunal, habían pasado cuatro días y parecía incapaz de que la resaca me abandonara por completo. Encima, Elías estuvo un buen rato metiéndose conmigo, apostillando que lo que a Jim le ocurría era que quería un calabacín más orgánico, y para orgánico, el mío.

Por fortuna, me dejó en paz cuando le presentaron a Derek, el nuevo profesor de música recién llegado al instituto ese mismo año. Tenía el pelo rubio oscuro, gafitas que le daban un rollo intelectual y una sonrisa que le fundió los fusibles a mi primo en cuanto se estrecharon la mano.

No se despegaron en toda la noche, y a la mañana siguiente, mi primo me mandó una foto de dos pares de pies desnudos envueltos en una sábana blanca con un montón de fueguitos.

¡Si es que algunos tenían una suerte!

Estaba con Jim en el granero. El sol se filtraba por las rendijas de la madera, creando patrones de luz y sombra en el suelo de tierra. Mi ayudante y yo estábamos trabajando en silencio, cada uno inmerso en sus pensamientos.

Todavía no me había disculpado con Jim por lo ocurrido en el súper y quería hacerlo.

—Oye —comencé, rompiendo el silencio mientras apilaba pacas de heno. Él giró el rostro

hacia mí—. Me preguntaba si tienes planes para el jueves, me refiero a que no me has pedido el día libre ni nada y sé que es tu cumpleaños.

Jim levantó la vista del forraje que estaba moviendo y me miró con curiosidad.

—No lo necesito, no tengo planes —respondió, mientras ajustaba la cuerda que aseguraba el fardo.

Lo miré extrañado.

—¿No vas a celebrar tu cumpleaños con Mary Kate o tu familia? —inquirí curioso.

Jim suspiró y dejó caer la paca para empezar una nueva pila de almacenaje.

—En Nuevo Amanecer no hay tradición —explicó—. Los regalos y las fiestas no están bien vistas —aclaró al ver mi cara de desconcierto—, no hacemos gala de la ostentación y lo material cuando alguien nace. Es un momento íntimo, familiar, en el cual se da las gracias a Dios por la bendición que entrega a través de uno de sus hijos. Es distinto —se encogió de hombros.

—Puedo entender eso, pero ¿ni siquiera vas a soplar las velas del pastel?

Una pequeña sonrisa tensó sus labios, esas eran muy caras de ver.

—No hay pastel.

Negó quitándose momentáneamente los guantes de protección. Puso el sombrero a un lado y pasó los dedos por su pelo oscuro.

Se notaba que la primavera estaba al llegar y el calor empezaba a despuntar.

—¿No hay tarta ni velas? —¡Menuda tristeza!

—Puede que mi madre se esmere un poco más con la cena, pero ya está.

—Bueno —dije, tratando de animarlo mientras revisaba los suministros de grano—, supongo que si es a lo que te acostumbras de pequeño, no está mal, es solo que me parece extraño.

—¿Porque no necesitamos ir al supermercado a agotar las existencias de vino? —Sonreí.

—Créeme, eso no es lo mejor de los cumpleaños, se puede hacer algo más pequeño y sin necesidad de terminar sumido en un coma etílico. Por cierto, disculpa a Elías, a veces hace cosas más absurdas que yo.

Jim hizo un aspaviento con la mano y se volvió a colocar el sombrero.

—Está olvidado, sé cómo se las gastan los Wallace con las bromas, sobre todo, los hijos de tus tíos.

—Sí, son unos capullos, pero los adoro por muchas gilipolleces que cometan.

—¿Y qué es lo mejor según tú de un cumpleaños? —preguntó, sentándose sobre el fardo para beber un poco de agua.

Una pequeña gota escapó de la comisura de su boca y descendió por la piel del cuello hasta que el tejido de la camisa la absorbió. Salivé.

—Que alguien te demuestre que le importas, que está contento de que formes parte de su vida y pasar un año más a tu lado —dije tomado por la emoción. Pensé en mi padre, aunque supiera que estaba bien, los primeros meses después de enterarme de que sufrió una arritmia estuve muy preocupado.

Sus ojos oscuros buscaron los míos. Ya no rehuía tanto mis miradas, quizá Jim no se diera cuenta del cambio, pero yo sí. Pasó la lengua por la humedad que dejó el agua en su labio inferior y mi entrepierna se resintió. Carraspeé.

—¿Qué te parece si hiciéramos algo especial juntos? Solos tú y yo.

Jim se tensó ante la sugerencia.

¿Había sido demasiado directo?

Lo más probable era que fuera así.

Daba igual que Jim no dejara de emitir esas señales contradictorias de las que no era consciente y que me indicaban que podría haber un interés por su parte en mí.

Seguramente, en su comunidad no quisieran decir lo mismo, pero cada vez que los percibía, mis hormonas se revolucionaban por completo.

—No creo que sea una buena idea, Mount —dijo finalmente, con los ojos puestos en las punteras de sus botas.

—¿Por qué no? Te aseguro que no muerdo y que fuera del rancho puedo ser… ¿Tu amigo? —Él alzó la barbilla con el ceño fruncido—. No quiero decir que aquí, mientras trabajamos, no lo sea, es solo que quizá piensas que nuestra relación es únicamente de jefe empleado y quiero que sepas que yo no lo siento de esa forma. —Las aletas de su nariz se dispararon. Aparqué mi tarea y avancé despacio hacia él. Jim tragó con fuerza a cada paso que daba y yo seguí hablando—. No te negaré que somos distintos, que tus creencias son opuestas a las mías, lo que no significa que no las respete o que no te considere un buen hombre. —Me planté frente a él—. Tienes muchísimos valores, Jim Brock, unos maravillosos que van más allá de ser un gran trabajador que se implica en cada uno de los mandados que le asigno. Eres amable, atento, cariñoso con los animales —enumeré—, emprendedor, listo… —A cada elogio, veía como la zona de su cara desprovista de barba cambiaba de color, a uno mucho más intenso, que lo hacía adorable y muy besable—. Y te has convertido en alguien indispensable para mí. Me gusta mucho estar en tu compañía, me siento bien, a gusto, incluso cuando ni siquiera hablamos. Creo que necesitas escuchar que te necesito y no solo como ayudante.

La boca se me había secado. Estaba tan cerca que nuestras rodillas se tocaban. Me incliné un poco y le sonreí acercándome a su rostro, que permanecía sorprendido.

Agarré la botella de agua que había depositado en el suelo y me aseguré de beber por el mismo punto donde habían estado sus labios, fue casi como besarlo a través del plástico.

Jim emitió un sonido que me puso bastante burro. Teniendo en cuenta que mi bragueta quedaba a la altura de sus ojos y no era estúpido, era plenamente consciente de lo que suponía para mí su cercanía.

Devolví el botellín a su lugar, relamiéndome frente a su boca. Su mirada se desplazó por mis labios y separó los suyos instintivamente. Tenía las pupilas dilatadas y juraría que la respiración superficial no era fruto del esfuerzo por estar sentado.

A esas señales me refería, parecía estar excitado.

—Vamos, Jim —insistí. Con las pupilas puestas en las suyas, apoyando las manos en mis rodillas sin romper el contacto visual ni la cercanía—. Te mereces un premio por todo el trabajo duro de estos meses. No te robaré mucho tiempo, te prometo que será divertido y no haremos nada que no desees.

Jim dudó, y por un momento pensé que aceptaría. Pero luego sacudió la cabeza, claramente incómodo.

—No, de verdad, no puedo. —Dio la vuelta por encima del fardo para darme la espalda y ponerse de pie, recogió los guantes, se los puso y se ajustó mejor el sombrero—. Volvamos al trabajo, que hay mucho que hacer y mis padres se ponen nerviosos si llego tarde.

—Como desees —volví a repetir el verbo desear sin perderme cómo se le tensaba la mandíbula y apretaba los puños.

No podía estar tan equivocado, cada vez estaba más seguro de que Jim luchaba contra ciertos impulsos que podrían arrastrarlo hacia mí y, si era así, no pensaba desfallecer en el intento.

Pasé por su lado y rocé su mano con la mía intencionadamente. Él miró el punto en que

nuestros guantes se tocaron y después a mí.

—Si cambias de opinión, házmelo saber —musité.

Volvimos a trabajar en silencio hasta que llegamos al final de la jornada y lo invité a tomar una de esas cervezas que antecedían a la ducha, y que solo compraba para él, aceptó.

Fue al baño a lavarse las manos, volvió con el sombrero quitado y una brizna de heno enredada en el pelo castaño. No debió verla porque quedaba en la parte posterior de su oreja.

Jim anduvo hasta la encimera, se asomó a la ventana mientras yo abría la nevera. Se dio la vuelta al oír que abría la botella. Estaba apoyado en la piedra, de manera desenfadada, sin la rigidez que lo caracterizaba, cuando se la acerqué.

Me gustaba muchísimo cuando estaba tan exhausto que perdía un poco los papeles. Sudado, con algún que otro resto de suciedad fruto del trabajo duro y con el leve aroma a jabón de manos natural, que Sunny y mi madre hacían cada verano, suspendido en el aire.

—Toma —me aproximé.

—Gracias —agarró el botellín y, como la mayoría de veces, nuestros dedos hicieron contacto.

Contuvimos la respiración al mismo tiempo, el aire se volvió un tanto pesado. Solté la cerveza y le sonreí.

—Espera, tienes algo justo aquí.

Alcé la mano izquierda y pasé las yemas por las hebras húmedas.

Todos los músculos de Jim se pusieron rígidos al instante.

—No te muevas, ya casi estoy, está un poco enredado y no quiero dañarte.

Pegué un poco más mi cuerpo al suyo y nuestras entrepiernas se tocaron. Él cerró los ojos sin poder evitarlo. Mi nivel de lujuria ascendió hasta las nubes.

El calor que emanábamos traspasaba el tejido y juraría que estaba tan inflamado como yo.

Su boca volvió a abrirse, incapaz de absorber oxígeno.

Le quité la hebra y pasé el índice por la parte trasera de su cuello, donde el pelo se rizaba un poco fruto del sudor, directamente sobre su piel.

Jim emitió un sonido torturado.

En silencio desplacé la mano para que el pulgar delineara su mandíbula, cubierta por la barba, con lentitud.

Era incapaz de hablar por miedo a que se rompiera la conexión.

Los párpados de Jim se abrieron con pesadez descubriéndome ante él.

Me humedecí la boca dispuesto a arriesgar y saborear la suya, quizá me llevara un puñetazo bien merecido, o quizá, quizá…

Fui descendiendo sin prisa, devolviendo la palma áspera a su nuca, con el pulso desatado y su mano en mi pecho.

Ni me había dado cuenta de cuándo la había puesto ahí.

Torcí un poco el cuello, paladeando el momento previo al beso, dejando que su aliento se adueñara del mío. Jim volvió a cerrar los ojos.

No podía creer que hubiera consentimiento y que por fin fuera a probarlo.

Asomé la punta de la lengua, dispuesto a recorrer su labio inferior, no quería prisas, Jim Brock era un festín.

—¡Disculpe, jefe!

La voz precipitada llegaba de la entrada de la cocina.

Jim abrió los ojos muy asustado y la cerveza cayó al suelo en un fuerte estrépito.

«¡Mierda!».

Entendía el pavor que debía estar sintiendo Jim, necesitaba protegerlo, actuar…

Me di la vuelta recuperando el control. No es que mi envergadura pudiera tapar la suya, el hombre que quedaba al otro extremo de la cocina sabía perfectamente quién me acompañaba.

—¿Qué quieres, Price? Estaba quitándole una astilla a Brock de la barba, esas cabronas se meten entre el pelo que da gusto y no hay quien las encuentre.

Mi trabajador no dijo nada respecto a mi excusa.

—Tenemos un problema con la sembradora, si pudiera venir…

—Ahora mismo.

Él asintió captando el mensaje y se marchó por donde había venido, yo me di la vuelta de inmediato.

Por suerte, la botella no se había roto, solo había empapado el suelo y Jim estaba acuclillado, a su lado, incapaz de levantar la mirada del líquido derramado.

—Jim, ¿estás bien? —Parecía estar sintiendo un fuerte dolor y muchísima vergüenza—. ¿Jim?

Se alzó con la botella en la mano y, sin mirarme, la puso en el cubo de reciclaje.

—Voy a limpiar este estropicio —respondió resollante—. Deberías ir a ver qué le pasa a la máquina.

—La sembradora puede esperar —murmuré, tomándolo de la muñeca. Él se soltó de inmediato, como si abrasara—. Tenemos que hablar sobre lo que ha pasado.

—No ha pasado nada—farfulló hostil—. Tú mismo lo has dicho, me has quitado una astilla.

Respiraba pesadamente y era incapaz de mirarme. Pillé el mensaje de inmediato, había perdido la conexión de la peor de las maneras.

—Como quieras —terminé accediendo.

Me maldije para mis adentros, íbamos tan bien…

Mi hombre me esperaba en el porche, lo acompañé hasta el campo, estábamos en plena época de siembra, que se daba entre marzo y mayo.

Era importante que todo fuera a tiempo para que el trigo pudiera cosecharse en junio o julio.

Tras revisarla, me di cuenta de que el problema radicaba en los cojinetes, estaban bastante desgastados, lo que provocaba un mal funcionamiento de las partes móviles de la máquina.

—Mañana iré a Branson a por unos de repuesto, a estas horas no se puede hacer nada más. Dejadlo por hoy —les ordené a mis hombres—, habéis avanzado mucho y mañana podréis seguir con las manuales hasta que traiga las piezas nuevas. Pasad por la cocina a beber algo.

—Gracias —musitaron—. Dios se lo pague, jefe.

Price y su cuadrilla se pusieron a recoger mientras yo regresaba a la casa, con un poco de suerte, pillaría a Jim al salir de la ducha.

Cuando llegué al porche, su bicicleta ya no estaba.

CAPÍTULO 18





Salí del río más torturado que nunca.

¿Cómo había estado a punto de besarlo? Y lo peor de todo… ¡¿Por qué lo había deseado con todas mis fuerzas?!

Su aroma, su proximidad, el roce de nuestras entrepiernas, sus dedos en mi nuca, el latido alborotado de su corazón bajo las yemas de mis dedos. Su boca, su maldita boca, y aquellos ojos del color del cielo de verano.

No recordaba haber querido algo tanto jamás y eso sí que era un problema, uno muy grave que no sabía cómo zanjar.

Grité con furia subido a la bicicleta, ni siquiera me había duchado en el rancho, en lo único que pude pensar fue en alejarme lo más rápido posible.

Price nos había pillado en un casi beso que no debería haber ocurrido.

Lo maldije por interrumpirnos, por arrebatarme la oportunidad de aliviar la curiosidad que sentía. ¿Me ocurriría lo mismo que al besar a Mary Kate? Y segundos después, cuando entendí la gravedad de mis pensamientos, llegó la vergüenza, la culpa, la turbación.

Me faltó el aire al entender que lo habría besado y me enfadaba la interrupción.

Ni siquiera podía mirar a Mount a la cara, me sentía sucio, indigno, desubicado y con ganas

de salir huyendo para no volver nunca.

Que fue lo que hice en cuanto mi jefe —«mi jefe», me recordé— se marchó a ver el problema de la cosechadora.

Al llegar a casa, me excusé, le dije a mi madre que tenía el estómago revuelto, que no me sentía bien e iba al río a asearme, que obvié la ducha en el rancho por el malestar.

Sudaba profusamente, ella se asustó, quiso llevarme al médico por si tenía fiebre. Le dije que solo necesitaba un baño largo para regular mi temperatura corporal y quitarme la mugre de encima

Mi padre me miró de soslayo, pensativo.

—¿Seguro que solo se trata de eso, Jim?

Lo dijo de un modo que hizo que mi respiración fallara.

¿Era posible que notara mi desazón? ¿Que hubiera percibido al maligno en mí?

—¿Qué otra cosa podría ser, padre? —Él me observó unos segundos más y después me dio su permiso.

—Está bien, ve entonces.

Busqué la zona en la que el río bajaba con mayor fuerza, me quité la ropa y me sumergí sin pensarlo. Me cubría hasta el pecho, quería sentir todo su vigor, que me costara mantenerme en pie para castigar mi cuerpo al máximo.

Seguía resollando cuando me metí, la imagen de Mount acercándose a mi boca había necrosado parte de mi cerebro y, pese al agua helada, sentía un hormigueo en mi centro que era incapaz de erradicar.

Golpeé el agua con furia.

—¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?! —proclamé en voz alta. Hundiendo los puños castigador.

La violencia física estaba prohibida en la comunidad, así como las palabras malsonantes que pugnaban por salir de mi boca. Golpeé el río hasta que los brazos me dolieron y después me sumergí en él. Una rama me hizo un raspón en la mejilla. Aun así, aguanté, hasta que mis pulmones dijeron basta, hasta que amenazaron con hacerme desfallecer.

Emergí profiriendo un rugido sordo que podría haberse confundido con el de un animal herido, con el pelo chorreando y la sensación de que tenía los ojos inyectados en sangre.

Mi pecho subía y bajaba amenazador, la frustración me recorría sin tregua, amarga, dañina.

Me pasé las manos por el pelo y miré al cielo dominado por la luna.

—¡¿Por qué me haces esto, Señor?! ¡¿Se trata de algún tipo de prueba?!

Como era lógico, nadie respondió y volví a quedarme ahí, hasta que el frío hizo estragos en mi musculatura y apenas me mantenía en pie. Solo entonces salí y me dejé caer de rodillas al suelo. Rompí y lloré.

No recordaba cuándo fue la última vez que lo hice, las lágrimas eran señal de debilidad, por lo que solo se les permitían a las mujeres, que eran más vulnerables.

Yo lo estaba haciendo, sacudiéndome sin control, apretando con furia la tierra bajo mis dedos, sintiendo que era el peor engendro del mundo. Un fraude, un mal hijo, un mal prometido, un mal hombre, pese a que Mount opinara lo contrario.

Nadie me había dicho cosas como las que él me dijo en el granero, ni siquiera mis padres, por eso quizá bajé los muros que tanto me costó alzar. El maligno percibió la debilidad y abrió una brecha por la que se coló aquel deseo feroz con sabor a pecado.

Lo seguía sintiendo en mí y no tenía ni idea de cómo librarme de él.

—Jim… —alcé la barbilla asustado.

Delante de mí estaba Jeremiah, con una toalla entre las manos.

Se acercó con cautela y puso la prenda sobre mis hombros, los dientes me castañeteaban.

—Tranquilo, ya pasó —murmuró, frotándome con vigor.

No tenía ni idea de lo que decía. Mis mejillas estaban surcadas por torrentes imparables de lágrimas que se mezclaban con el agua del río.

—A veces enfrentarnos al maligno puede resultar muy duro, lo sé por experiencia propia, pero lo has hecho muy bien y estoy aquí para sostenerte, amigo.

—¿Me-me has visto? —cuestioné abochornado.

—Ya te dije que no eres el único que echa mano del río. Vi cómo llegaste a Nuevo Amanecer, parecías muy agobiado, me preocupé, quise ir a visitarte, y entonces saliste de nuevo. Ni siquiera te diste cuenta de que estaba ahí, en la esquina. —Tragué con dureza—. La posibilidad de que me necesitaras cruzó por mi cabeza, así que fui a casa a por una toalla de las que teníamos tendidas fuera y vine.

»No me fue difícil encontrarte, oí tus gritos, supe que necesitabas intimidad, así que esperé, en silencio, ahí, en aquella piedra. Recé por ti, para que encontraras el camino de vuelta a Dios.

—Gracias… —musité abatido.

No habían servido de mucho sus ruegos, pero contar con su soporte me consolaba.

—Te dije que quería recuperar nuestra amistad y considero que es lo que haría un amigo. Vamos, vístete.

Me ayudó a levantarme y se dio la vuelta para darme intimidad. Yo me cubrí lo más deprisa que pude, la desnudez no era algo bien visto, ni siquiera en el matrimonio, el acto reproductivo se hacía con camisón, dejando al aire los órganos sexuales para la penetración.

—¿Necesitas hablar? —me preguntó una vez estuve cubierto—. No te estoy obligando a ello, solo es por si te apetece.

Lo pensé, necesitaba desahogarme, aunque fuera solo un poco.

—A veces se me hace muy cuesta arriba ser el hijo del pastor, el amaneciense perfecto.

Jeremiah movió la cabeza afirmativamente.

—Te comprendo, el camino es muy duro y está lleno de obstáculos que, a veces, nos ponen las cosas terriblemente difíciles.

—¿Cómo lo haces tú? —inquirí curioso.

—¿El qué?

—No caer, que el maligno no te atrape, no dejarte llevar.

Jeremiah suspiró, se acercó a un tronco caído y se sentó golpeando con la palma de la mano la corteza desconchada. Acepté la invitación.

—¿Cuento con tu silencio y tu discreción? —preguntó.

—Por supuesto.

—He caído en más de una ocasión, no me siento orgulloso de ello, intento expiarme cada vez que él viene en mi busca, es lo único que puedo hacer.

—¿Él?

El corazón me latió muy deprisa, ¿era posible que Jeremiah fuera…?

—El maligno —me aclaró, llenándome de decepción.

—Entonces, tú…

—He pecado, no me siento orgulloso de ello, pero ¿qué puedo hacer? No todos tenemos la misma fortaleza de espíritu y estoy seguro de que Dios acepta mi arrepentimiento, al fin y al

cabo, ¿él no predica el amor? ¿El perdón?

—Sí, pero las escrituras dicen que el pecado reiterado…

—Sé lo que dicen, Jim, voy a misa cada domingo, escucho los sermones de tu padre y rezo muchísimo para ser tan fuerte como tú y no caer. Porque tú no has caído, ¿no?

—Besé a Mary Kate —farfullé—, y tengo pensamientos muy impuros.

Jeremiah rio.

—Esos son pecados menores, no serías humano si no los tuvieras, yo he ido más allá, he cruzado líneas graves.

—¿Has…? —No hacía falta que terminara la pregunta porque lo vi en sus ojos.

—Sí y una vez lo pruebas, una vez te dejas ir y sientes ese placer recorriéndote el cuerpo —masculló con frustración—, es muy difícil la contención.

—¿Y por qué no te casas?

—*Verboten*. —Lo miré con los ojos muy abiertos, era el término que empleábamos en la comunidad para designar a alguien prohibido.

Lo cual quería decir que el amante de Jeremiah era un hombre, una mujer casada o estaba comprometida.

—No sé qué decir…

—No digas nada.

Nos quedamos un rato en silencio, acunados por el sonido del bosque, por la oscuridad de la noche, el murmullo del agua y la comprensión mutua.

Puede que no le hubiera contado lo que me llevó al río, pero después de escuchar a Jeremiah, de saber que era posible equivocarse y seguir adelante, me sentía más aliviado.

—¿Tú has soplado alguna vez las velas de una tarta? —le pregunté. Él me miró de soslayo y asintió con una sonrisa cómplice—. ¿En serio?

—Una vez, bajé al pueblo, compré un dulce y me lo llevé a escondidas a casa. Me habían dicho que si lo hacías el día de tu cumpleaños y formulabas un deseo antes de soplar, este se cumplía.

—¿Y se cumplió?

—Ya lo creo, aunque quizá fuera porque no encontraba las velas y le puse el cirio de mi bautismo.

Los dos nos echamos a reír.

Pasamos un rato más hablando sobre las líneas que Jeremiah había cruzado y a cada anécdota me sentía más ligero.

—¿Te sientes mejor?

—Sí.

—Me alegro. Por cierto, felicidades, mañana es tu cumpleaños, ¿no? —Asentí—. Deberías probar lo de soplar la vela.

—Quizá lo haga. —Los dos volvimos a sonreír—. Creo que es hora de volver o mis padres se preocuparán.

—Yo también. —Ambos nos pusimos en pie.

—¿Amigos? —pregunté, y él me premió con una sonrisa franca.

—Amigos.

Cuando me metí en la cama, estaba mucho más aliviado, como si alguien hubiera aligerado el peso de mi culpa. Quizá, después de todo, Jeremiah tuviera razón y Dios fuera capaz de perdonar si se pedía con el corazón.

Hundido en el colchón, recé y le pedí a Dios que me guiara, que me llevara de la mano hacia la salvación. No recuerdo quedarme dormido.

CAPÍTULO 19





Estaba siendo un día extraño.

Jim actuaba algo esquivo, como si la tarde anterior no hubiese pasado nada entre nosotros. Llegó a la misma hora de siempre y nos pusimos a trabajar hasta la hora de comer.

Sobre las tres y media, tras cuatro horas con los caballos y limpiando las caballerizas, le dije que íbamos a hacer una pausa.

Fuimos a la cocina, le di una de sus cervezas favoritas, que siempre tenía en la nevera solo para él, y aproveché para sacar una pequeña tarta de color azul turquesa.

En el centro se elevaba el número veinticinco, formado por un par de velas.

Le pedí el favor a mi prima Jane, que debió venir a lo largo de la mañana para dejarla. La puerta del rancho siempre estaba abierta, y si no lo hubiese estado, recursos no le faltaban.

Era de la pastelería de Patty Sheldon, la Blueberry Kiss, a base de arándanos, nata teñida con colorante azul y bizcocho emborrachado en licor de mora.

Encendí las velas con una sonrisa en los labios antes de darme la vuelta. La expresión incrédula de Jim no tenía desperdicio, sobre todo, cuando me puse a entonar el *Cumpleaños Feliz*.

Terminé frente a él, que había dejado el botellín en la encimera y la apretaba con fuerza.

—Feliz Cumpleaños, grandullón. Ahora cierra los ojos, pide un deseo y sopla.

Pensaba que no lo haría y terminaría con la cara aplastada contra el pastel, sin embargo, volvió a sorprenderme apretando los párpados con suavidad durante unos segundos, como si le costara decidirse, y finalmente frunció los labios y sopló.

Casi podía saborear su felicidad, juraría que le había hecho mucha ilusión.

—Espero que lo que hayas pedido se cumpla —musité.

La parte alta de sus mejillas volvía a estar encendida, como el día anterior.

Imaginé que llevaba un dedo a la cobertura para depositar una buena cantidad de nata en él, lo acercaba a esa boca que tan loco me volvía, él separaba los labios y succionaba. Mi entrepierna dio un respingo.

Estaba claro que, si lo llevaba a cabo, lo más probable era que terminara con el índice partido, por lo que aparté el dulce de su rostro, lo apoyé en la mesa, le quité las velas, tomé un par de cucharillas del cajón y le ofrecí una.

Nos sentamos y la comimos en silencio. Jim la devoró en un santiamén, poniendo cara de puro placer cada vez que un pedazo alcanzaba sus papilas. Un poco de crema manchó parte de su barba.

Cogí una servilleta, en lugar de pasarle la lengua como deseaba.

—Toma, límpiate ahí —señalé. Jim no se molestó y la pasó por el punto exacto.

Me miró con muchísima alegría.

—¡Estaba increíble!

—Lo sé, es mi favorita, Patty es una artista del azúcar y esta es un vicio —murmuré, llevándome el último bocado a los labios.

Sus ojos volaron a mi boca, lo que me llevó a marcarme un «duque de los Bridgerton» al lamerla más de lo necesario.

Jim alzó la cerveza con nerviosismo y le dio un trago.

Yo me puse en pie y recogí.

—Gracias —murmuró flojito, poniéndose detrás de mí, mientras acababa de limpiar lo ensuciado.

Me hubiese encantado que me abrazara por la espalda, sentir su entrepierna inflamada, que me girara y me besara con apetito, pero tuve que conformarme con aquel pequeño acercamiento.

—No hay de qué.

Me di la vuelta secándome las manos con el trapo. No estábamos tan cerca como la vez anterior, pero la distancia entre nuestros cuerpos era corta.

—Nadie me había hecho un regalo.

—¿Nadie? —pregunté—. ¿Ni en tu cumpleaños?

—En Nuevo Amanecer no nos hacemos regalos.

—No te lo tomes a mal, pero menuda mierda es vivir en tu comunidad, te exprimen las ganas de vivir, solo normas y ninguna diversión.

Lejos de ofenderse, sonrió por debajo de la nariz.

—Venga, date una ducha y ponte ropa limpia. —Él me observó sin comprender.

—¿Cómo?

—Nos vamos.

—¿Dónde?

—A Branson, necesito unas piezas para reparar la sembradora y te vienes conmigo. Por eso hemos ido tan a destajo. El tipo de la tienda agrícola me dijo que tendría los repuestos que le encargué esta mañana antes de echar el cierre, y los hombres van muy retrasados con la manual.

Arrugó la expresión.

—Pe-pero… Branson está a treinta y una millas.

—No voy a hacerte ir en bici, iremos en la ranchera.

—Yo no monto en vehículos a motor.

—Ay, Jimy, ¿debo recordarte que aquí no eres el hijo del pastor? Por esa regla de tres, tampoco podrías darle al interruptor de la luz del baño cuando meas y los dos sabemos que lo haces; tras pasar mi kit de meones sin barreras, las pruebas de ADN no mostraron restos de salpicaduras tuyas fuera del váter. —Él puso expresión de mortificación—. No pongas esa cara, como bien has dicho, son pocas millas, serán unos cuarenta minutos de ida y otros tantos de vuelta, antes de lo que crees, estaremos en casa.

Jim mostró cierta reticencia, no obstante, terminó accediendo. Veinte minutos después, estábamos en el interior del vehículo rumbo a Branson.

Sonreí al verlo subir y no saber qué hacer con el cinturón, y cuando lo espoleé a que pusiera la radio…, su expresión no tenía precio.

—Es increíble que suene así aquí dentro.

Life With You, de Kelsey Hart, sonaba haciéndolo reír. Mis dedos tamborileaban en el volante mientras Jim se convertía en un niño que descubría el mundo por primera vez.

Le mostré el aire acondicionado, que, aunque no fuera del todo bien, lo maravilló. Que el asiento era reclinable y se movía, todo a sus ojos era increíble, y a los míos, lo que era increíble era él.

Branson no era una población enorme, tenía alrededor de unos quince mil habitantes, pero el señor Perkins dirigía su tienda de repuestos y maquinaria agrícola con muchísima diligencia.

Todo lo necesario estaba en ella, y si no lo tenía, se ocupaba de pedirlo para que llegara lo antes posible. Solo un hombre que había dedicado parte de su vida al campo entendía la importancia de lo que era quedarte varios días sin una máquina indispensable.

Al abrir la puerta, sonó la campanilla de su establecimiento, Jim contuvo el aliento, no había un negocio tan grande en todo Saint Valentine Falls.

—Tranquilo —le rocé el dedo con el mío. No se apartó, solo me contempló con su mirada intensa y asintió.

Hicimos un poco de cola, mi ayudante se entretuvo oteándolo todo con una curiosidad que me daban ganas de atraparle la cara y no dejar de besarlo nunca.

Me estaba pillando. No quería hacerlo, normalmente no me pasaba porque lo único que buscaba era sexo y diversión, con Jim estaba descartado el sexo y la diversión era bastante escasa, por lo que solo me quedaba conocerlo, profundizar, entenderlo, disfrutar de su compañía, de los momentos compartidos, de los escollos atravesados. Quizá fue eso lo que le ocurrió a Papá Bradley con Papá Enzo, y por eso no se pudo resistir.

—¡Buenas tardes, joven Wallace! —Me sonrió el señor Perkins con amabilidad.

—Buenas tardes, he venido a por los…

—Cojinetes —terminó por mí con sus comisuras elevadas.

—Así es.

—Lamento decirte que todavía no ha llegado el camión, hubo un accidente en la carretera y ya sabes que la comunicación en esta zona a veces no es tan buena como quisiéramos, pero tranquilo, que no pienso moverme de aquí hasta que lleguen.

Miré el reloj.

—¿Y sabe cuándo será eso?

—Por el lugar en el que estaba atascado, sumando la retención… Debería estar aquí en un par de horas, a lo sumo tres.

—¿Tres? —preguntó Jim atragantado.

Lo habitual era que su jornada terminara sobre las cinco y media, para llegar a la comunidad a las seis.

—Lo importante, joven amigo del señor Wallace, es que lleguen y la sembradora pueda estar en funcionamiento mañana, ¿no crees?

Jim asintió y pude ver un poco de vergüenza ante la regañina del hombre.

—Podríais dar un paseo por el pueblo, o aprovechar e ir al autocine nuevo que queda al final de la calle, no sé qué película pondrán esta semana, pero casi siempre son de *cowboys*.

—¿Te apetece ver una peli y así hacemos tiempo? —le pregunté a Jim.

—Nunca he visto una.

—Pues razón de más —aseveró el señor Perkins—. En el *food track* del autocine hacen unas palomitas de caramelo fantásticas y las de mantequilla son un vicio, a mis hijas les encantan.

—Tomamos nota —comenté.

—Cuando haya llegado el camión, os llamo, no os preocupéis.

—Muchísimas gracias por su amabilidad, señor Perkins.

—No hay de qué, joven Wallace, ya sabes que somos tu tienda de confianza.

—Y lo seguirá siendo.

—Disfrutad.

Al salir de la tienda, miré a Jim, que se metió las manos en los bolsillos con preocupación.

—Oye, si quieres que volvamos al rancho, yo puedo regresar.

—No, no, tranquilo, es solo que mis padres se preocupan si llego tarde, pero por un día no pasa nada, ya les dije que podría ocurrir.

—Quizá el camión llegue antes de lo previsto, esas cosas nunca se saben. ¿Prefieres que demos una vuelta en lugar de ir al autocine?

—¿Es como la que ponen en Saint Valentine en verano? Escuché que lo hacían cerca del lago para que los que tenían coche pudieran ver una película desde el vehículo.

—Vaya, para ser un amaneciense, sabes muchas cosas…

—Sentí curiosidad, la vi de lejos.

—¿Y no saciaste tu inquietud? Estoy seguro que habrías querido mirar.

—Tenemos prohibido…

—Tenéis demasiadas prohibiciones. La curiosidad es buena, es lo que nos abre las miras y provoca que aprendamos cosas, que evolucionemos, no tienes que avergonzarte por sentirla.

Subimos a la furgoneta y arranqué el motor, llegamos a un descampado al final de la calle donde estaba ubicado nuestro objetivo. Preguntamos y nos dijeron que no empezaba hasta las cinco y media, que abrirían sobre las cinco, así que decidimos ir a tomar un café.

Fue agradable sentarme en una cafetería con Jim alejados del rancho, de Saint Valentine, de la opresión de su comunidad.

Hablamos de muchas cosas y en último término sobre nuestros amigos. Me explicó que hacía poco había retomado una amistad que creía perdida y se sentía bien por ello.

—A veces nos dejamos amigos por el camino por capullos, por enfados absurdos que transcurren en la adolescencia o, simplemente, porque nos apetece estar con otra gente que entra nueva en nuestras vidas. Me parece genial que tú y Jeremiah hayáis aproximado posiciones, todo se puede solucionar hablando.

—Sí, yo también lo creo.

Nos miramos a los ojos y vi un brillo en ellos que me calentó el pecho.

—¿Te gusta ser el hijo del pastor? —pregunté con la nueva confianza que se había establecido entre nosotros—. Me refiero a… ¿No es mucha presión?

—Lo es, todos los ojos están puestos en mí, se supone que al ser su hijo debo dar ejemplo y no errar.

—Será como ser el hijo del presidente.

—Algo así —sonrió—. ¿Y cómo es ser hijo de unos padres como los tuyos?

No había ofensa en su pregunta.

—¡La puta hostia!

Jim soltó una carcajada, una genuina que provocó otra de mi parte.

—Perdona.

—No hay nada que perdonar.

—Es que tu vida es tan distinta a la mía…

—Lo que me lleva a querer saber, ¿a veces no te gustaría ser más libre? Me refiero a, no sé, poder decidir, no tener miedo a que cualquier acto tenga consecuencias terribles.

—¿Es que cada acción no la tiene en tu mundo?

—Sí, pero de una forma muy diferente. Me da la impresión de que convives a diario con la culpa y la represión, no son dos emociones demasiado positivas o que me gustaría acarrear a diario.

—Entonces, ¿piensas que es mejor el libre albedrío y dejarse llevar?

—Bueno, los extremos nunca fueron buenos, prefiero una equidad. Lo más importante es que mis decisiones no dañen a las personas que quiero.

—¿Y si las dañaran? —cuestionó inquisitivo. Podía intuir por dónde iba su pregunta, así que reflexioné muy bien mi respuesta.

—En ese caso, tendría que elegir dónde está mi felicidad, así me lo enseñaron mis padres.

Jim se quedó pensativo y después miró su muñeca.

—Si quieres que veamos la película…

—Tienes razón, vamos.

Pagué el café, montamos en Mildred y fuimos a por las palomitas. Finalmente, cogí un bol grande de las de mantequilla y un par de refrescos XXL.

Jim no había probado nunca la Coca-Cola, y yo quería llenarlo de nuevas experiencias. La mía era de vainilla y la suya de cereza.

Cogimos un buen sitio.

Cuando el título de lo que íbamos a ver emergió ante mis ojos, no daba crédito.

—*Brokeback Mountain* —leyó en voz alta Jim. Casi me atraganté. Nos habíamos desabrochado los cinturones de seguridad para estar más cómodos y ya había pagado para ver la peli—. ¿La has visto? —Carraspeé.

—Ahora mismo no recuerdo.

—¡Es alucinante! ¡La pantalla es enorme! —Señaló hacia delante.

«Lo que va a ser enorme será la erección que tendré en los pantalones en cuanto la cosa se ponga interesante».

El cielo ya se había teñido de naranjas azules profundos y violetas. En media hora, más o menos, se habría puesto el sol.

Respiré hondo y miré de reojo a Jim, que estaba hundiendo la mano en el bol de las palomitas

para meterlas en su boca y ponerse a masticar con suma diversión.

Ojalá le durara toda la película, o mejor todavía, ojalá se llenara de excitación. En un rato lo sabría.

CAPÍTULO 20





Estaba disfrutando como nunca, tanto que ni siquiera miré una vez el reloj después de que arrancara la peli.

Sonreí unas cuantas veces al reconocer el carácter de los de los vaqueros de Wyoming en los protagonistas.

Eran un par de hombres forzados a buscar trabajo fuera de sus hogares por falta de recursos, como le ocurrió a muchas personas en 1963. Y como me había pasado a mí.

A los protagonistas les ofrecieron cuidar ovejas en la montaña de Brokeback, durante la época de pastoreo.

El sonido envolvente, las imágenes, era todo tan real que me ponía el vello de punta.

Mi padre estaba tan equivocado, ¿qué podía haber de malo en ver películas? Esa era un reflejo de lo que muchas familias habían vivido.

—¿Te gusta? —preguntó Mount en voz baja. No porque pudiera oírlo alguien, sino para no desconcentrarme. Yo asentí con fervor.

—Es alucinante, es como si estuviera ahí dentro.

—Lo estás viviendo. —Volví a mover la cabeza afirmativamente.

—Ellos podríamos ser tú y yo, ¿no crees? —murmuró. Yo reí.

—¿Porque uno es rubio y el otro moreno?

—Bueno, y porque se complementan, fíjate… —Mount bebió de su refresco y sentí calor—. ¿Quieres probar el mío? —preguntó mientras yo lo imitaba y daba un trago del vaso.

Dudé, pero finalmente accedí.

Estar en un espacio tan reducido, solos, me debería haber resultado incómodo tras lo ocurrido la última vez. No fue así, quizá contribuyó el hecho de que Mount no sacó el tema, lo cual agradecí.

Sin soltar el vaso, atrapé con los labios su pajita y él hizo lo mismo con la mía. En otro momento, me habría negado, pero no, era un día especial, él lo estaba haciendo especial.

Ambos bebimos sin dejar de mirarnos, se me aceleró el pulso al pensar en que mi boca sorbía del mismo lugar en el que había estado la suya y a la inversa.

Su refresco tenía un punto dulce que recordaba al pastel que me trajo. Dejé de beber y la pajita me salpicó.

—Espera —murmuró, pasándome el pulgar por la barba para limpiarme.

Se me secó la boca, y eso que acababa de llenarla de refresco.

Hubo un estruendo fuera, el sonido procedía de la película. Aparté mi atención de Mount y pude volver a centrarme en la pantalla.

Era una buena forma de no pensar en todo lo que se removía en mi interior.

Llevábamos casi media hora ahí metidos. Ennis y Jack, los protas, se habían pillado una buena cogorza. El primero insistía en dormir junto a la hoguera, pese a que era invierno y hacía un frío de mil demonios, no quería que los depredadores atacaran a las ovejas, desoyó la insistencia de Ennis, que avanzaba hacia la tienda dando tumbos.

Pensé en qué habría hecho yo en aquella situación, seguramente lo mismo, el espacio era ridículo como para albergar a dos personas, eso hubiera supuesto dormir pegado a Mount.

Mi entrepierna hormigueó al pensar en ello y coloqué el vaso de hielo justo encima, para que no reaccionara más de lo debido.

Avanzó un minuto, quizá dos. Jack se despertó por los sonidos de frío que emitía su compañero y le gritó para que entrara porque no lo dejaba dormir. Ennis se levantó, se llevó el saco y se acurrucó en la tienda, boca arriba, mientras que su amigo estaba de lado.

No podía apartar los ojos de lo que estaba sucediendo, sobre todo, cuando en un momento de la noche, Jack cogió a Ennis del brazo para que este lo abrazara, pegándolo a él.

Creo que dejé de respirar en el instante exacto en que su compañero despertó y se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Se apartó de manera abrupta.

Jack también se incorporó, Ennis reculó, parecía que fueran a atizarse, empezó una especie de tira y afloja físico, que terminó con sus narices pegadas y ellos agarrándose por la nuca con ferocidad. La posición era un casi beso que me tenía sin resuello.

Jack se quitó la chaqueta y se tumbó, yo creía que Ennis se iría, pero, en lugar de eso, comenzó a desabrocharse el cinturón, ¿le daría correazos?

Abrí mucho los ojos cuando no lo golpeó, más bien se intuía que se había bajado el pantalón y la ropa interior.

En la siguiente escena, Jack se encontraba a cuatro patas y Ennis lo cogía empujando en su… Di un manotazo a mi bebida sin querer. Me faltaba el aire, tenía el miembro tan duro que podría haber perforado la gruesa tela de la bragueta.

Mount me estaba mirando con fijeza, cazó mi bebida al vuelo antes de que esta cayera y me empapara por completo.

No parecía sorprendido, sin embargo, yo…

—Tranquilo, no pasa nada, es una película, no está pasando de verdad, son actores, fingen.

Quiso tranquilizarme. Pero yo no podía, las imágenes eran demasiado intensas y se entremezclaban con las que tenía almacenadas en la cabeza.

Mount en el callejón, Andrew instándolo a penetrar su boca fingiendo ser yo. Su boca acercándose a la mía, su mano en mi pelo, su aliento en mi nariz. Bajé la mirada y vi que su entrepierna estaba tan abultada como la mía.

No podía, no debía…

—Shhh —susurró, llevando su mano a mi muslo—. Respira, todo está bien, solo es tu cuerpo reaccionando al estímulo visual, es normal excitarse.

Tenía los dedos tan cerca, los deseaba tanto en aquel lugar que me apretaba desconsolado.

—Jimy… Escucha…—Los dedos largos volvieron a amasar mi muslo y un sonido ahogado escapó de mis cuerdas vocales—. ¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor? Dímelo y lo haré.

Tenía el pulso a mil, se estaba acercando peligrosamente al punto más duro de mi anatomía, lo notaba crecer tanto que dolía. Separé los labios, el aire no me llegaba, cerré los ojos.

—Háblame, no voy a actuar de nuevo sin que tú me des permiso. Mírame, Jim, aunque te hayan hecho creer que no, esto está bien.

—¿E-el qué? —conseguí articular, volviendo a separar los párpados.

—Lo que ellos hacen. Tú, yo, lo que anhelas con tanta fuerza que te hace temblar.

¿Estaba bien? ¿Cómo iba a estarlo?

Miré de reojo a la pantalla, la escena ya había terminado, había amanecido y Ennis se levantaba como si nada hubiera ocurrido, subiéndose los pantalones para salir de su refugio con Jack.

¿Así funcionaba? ¿Y si lo que hubiera pasado entre ellos se quedara en aquella tienda y ya está? ¿Pasaría lo mismo con la furgoneta?

Cerré de nuevo los ojos, avergonzado por lo que se me pasaba por la cabeza. Me ocurrió lo mismo cuando Mount me dijo que pidiera un deseo.

Debería haber dicho algo así como ser un buen hijo, que mi familia estuviera orgullosa de mí o reunir el dinero para poder casarme lo antes posible con Mary Kate, pero en lugar de eso, pensé en su boca, en su cuerpo, en cómo sería besarme con él, en que Dios pudiera perdonarme por ello y después volver a mi vida como si nada hubiera sucedido.

Me sentía mareado, ahogado.

—Jimy —volvió a insistir con voz rasposa.

Todo estaba oscuro a nuestro alrededor, salvo la luz que desprendía la pantalla. El pecho de Mount subía y bajaba pesado, sus pupilas estaban dilatadas y me observaba con apetito voraz.

—Yo…

—Dilo, di lo que sea… Es tu cumpleaños, puedo concederte lo que quieras.

«Lo que quiera, lo que quiera, ¿y qué pasa si te quiero a ti?», me pregunté sin verbalizarlo.

Y entonces sonó el móvil de Mount.

Este no hizo caso.

—Está sonando.

—No importa, Jim, di lo que deseas —insistió, vi una sombra a mi derecha. Era alguien pasando por el lado de la camioneta, con un bol de palomitas, y entré en pánico.

¿Y si nos hubiéramos besado y nos hubiera visto?

—Que respondas —contesté, apartándole la mano.

Abrí la puerta de mi lado y salí al exterior de un salto.

Hice unas cuantas inhalaciones para serenarme, apoyé las manos en mis rodillas queriendo tener el río a mano para poder sumergirme.

No era el caso, así que tendría que lidiar con el dolor de entrepierna hasta que se me bajara solo.

Escuché la voz de Mount, aunque con el sonido de la película había perdido un poco el hilo.

Miré de nuevo a la pantalla, Jack y Ennis parecían enfadados, uno estaba en el interior de la tienda, sin camiseta, y el otro al lado de la fogata. A los dos se les veía pensativos. ¿Sería porque se habrían arrepentido?

Pero, entonces, Ennis se levantaba del tronco en el que estaba meditando y ponía rumbo hacia aquel lugar mágico. Abrió la lona, con el sombrero agarrado entre las manos y expresión triste.

Jack se incorporó, le arrebató el sombrero que hacía de barrera entre ellos y… Lo besó.

—¡Jim! —me llamó Mount, estirando el cuerpo para que lo oyera—. El camión ha llegado, ya tienen los repuestos, podemos irnos cuando quieras.

Estupendo, porque esos dos ya volvían a estar dale que te pego.

Regresé al interior del vehículo, me abroché el cinturón muy serio, mientras en la gran pantalla Ennis y Jack jugueteaban sin camiseta, ajenos a que el hombre que les había dado el trabajo los espiaba con unos prismáticos.

Ese podría haber sido perfectamente Dios, o mi padre.

CAPÍTULO 21





Con los cojinetes en nuestro poder, reemprendimos el camino de regreso.

En la radio sonaba *Glad to Exist*, de Dan y Shay.

No es que yo los conociera, lo había dicho el tipo de la emisora antes de que sonara la canción.

El tema giraba en torno a alguien que se sentía agradecido por la existencia de otra persona, por compartir con él el tiempo y el espacio, que no necesitaba a nadie más para ser feliz.

Mount permanecía en silencio, con los ojos puestos en la carretera.

Iba un poco más rápido de lo normal. Eran las seis y media pasadas, todavía faltaba un cuarto de hora para llegar al rancho, y si a ello le sumábamos mi vuelta en bicicleta, me situaba en Nuevo Amanecer una hora después de lo previsto.

Tampoco es que fuera un drama.

Al pensar en que aquella sería mi parada final, mi pecho se encogió, mis tripas se retorcieron y pensé que no era así como quería que terminara el día, sin dirigirnos la palabra, solo porque mis emociones fueran confusas e incapaz de entender lo que deseaba.

Si me ceñía a los mensajes que me mandaba mi cuerpo, tenía claro que mi jefe me llamaba en un sentido muy distinto al que debería, intentaba desoírlo, pero aun así las señales estaban ahí, pugnando por ser escuchadas.

Pensé en Jeremiah, en lo que me contó, en su particular manera de afrontar las cosas. ¿Y si yo podía hacer lo mismo? Aunque fuera solo una vez. Volví a mirar a Mount, estaba tan guapo, tan concentrado, había sido tan amable y encima me había regalado el mejor día de mi vida.

No había insistido en retomar nada, ni con lo ocurrido el día anterior ni hacía un rato, y sabía que no lo haría porque, como había dicho, me dejaba el peso de la decisión a mí, no daría un paso sin que yo lo deseara.

Y lo deseaba, negarlo era negarme a mí mismo. Supe que, por una vez, como Jeremiah, quería estar al otro lado.

—Puedes parar, por favor. —Le pedí con el corazón en la garganta.

—¿Es por las curvas? ¿Te mareas? ¿Necesitas que reduzca la velocidad?

—No, necesito que pares, te lo ruego —murmuré tembloroso. Él asintió.

—Está bien, deja que encuentre un sitio para que no nos maten.

Tardó una milla en dar con un camino secundario que llevaba a un área de descanso natural. Era una pequeña explanada vacía y sombría, iluminada por una solitaria farola. Había un banco de piedra, una papelera y poco más.

—¿Quieres vomitar? —Solté el anclaje del cinturón de seguridad y Mount abrió la ventanilla para que entrara aire fresco—. Quizá ha sido culpa de la mezcla de palomitas con refresco, no estás acostumbrado, debería haberlo pensado.

Antes de que me arrepintiera por lo que iba a hacer, me giré hacia él, tomé a Mount por la cara y lo besé.

La sensación fue tan abrumadora que dudé en si Dios me estaba castigando y el éxtasis que sentía sería capaz de hacerme estallar hasta la muerte.

Mount solo tardó dos segundos en responder y contrarrestó mi torpeza separando los labios, agarrando mi rostro con determinación y suplió mi falta de práctica con su experiencia.

No hubo mordiscos, o por lo menos no unos que me hicieran sangrar.

Enredó su lengua a la mía y yo gemí con fuerza.

Noté cómo su mano descendía para soltar su cinturón y ahondar más en la posesión de mi boca con comodidad.

Ahora entendía tan bien a Jack y a Ennis.

No podía soltarlo, no quería hacerlo, estaba loco de deseo por todo lo que estaba sintiendo.

Mi entrepierna volvió a ganar rigidez. Mount cambió de asiento y se puso encima de mis muslos para seguir perpetrando su asalto.

Tenía los labios tan hinchados que iban a juego con la parte que empujaba la pretina del pantalón y se frotaba contra la suya.

—Me vuelves loco, Jimy.

Su voz ronca me hizo jadear. Volví a buscar su boca enfebrecido porque no tenía bastante, necesitaba más.

Se escuchaban sonidos inconexos, me daba igual lo que sonara en la radio porque mi canción favorita eran sus besos.

Ardientes, húmedos, infinitos…

No tenían nada que ver con los de Mary Kate, ni por cómo me hacía sentir, ni por lo que desataba en mí, aquella necesidad extrema capaz de consumirme.

Acaricié su nuca, su cara, su pecho, y cuando descendí por su abdomen, Mount gimió. Dejó mi boca para mordisquear mi mandíbula cubierta por la barba.

—No te haces una idea de las veces que he pensado en esto. Toca todo lo que quieras, sacia tu

curiosidad conmigo, haré lo que me pidas, me vuelves loco, Jim. —Casi no podía respirar, me dolían los labios de besarlo tanto, mi pulso se aceleró al escuchar su confesión. Se movió contra mi erección. La fricción me hizo gruñir—. Te tengo tantas ganas. —Mordió mi boca y después mi oreja—. Si lo prefieres, podríamos ir al rancho y seguir, a estas horas no hay nadie, yo podría ser tu Ennis, Jack.

Me enfrenté a su mirada y comprendí lo que quería decir cuando volvió a balancearse.

Lo miré a los ojos, procesándolo todo.

¿Qué acababa de hacer? ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar? ¿Ser mi Ennis? ¿Ser su Jack? ¿El rancho? ¿Él y yo?

La imagen de Ennis empujando entre los cachetes de Jack me sobrevino.

Un rayo cruzó el cielo, seguido de un trueno.

«Y la ira de Dios desatará la peor de las tormentas cuando caigáis en el pecado, arrastrará al maligno de vosotros con la furia de la lluvia, lo apedreará con ira helada, hasta expiar el mal de vuestros cuerpos».

—Jimy —murmuró Mount, buscando mi boca de nuevo—, si lo prefieres, podemos seguir aquí, en la parte de atrás, aquí también podemos…

—¡No! —exclamé nervioso, pasándome las manos por la cara.

—Vale, solo besos, iremos despacio, no te asustes.

—¡No, no, no! ¡Vuelve a tu asiento!

—¿Qué?

—¡Que te quites de encima!

—Ey… —Me cogió con tiento de la cara. Me sentía perdido, agobiado, ¿qué estaba haciendo?

—¡Ha sido un error! ¡Esa película! El maligno ha entrado en mí a través de ella. ¡No debería haber soplado esa estúpida vela, ni subir al coche, ni bajar contigo a Brenan o ir al cine!

—Tranquilízate, es normal que te veas subyugado por lo que hemos sentido. Que no entiendas que esto puede ocurrir entre personas del mismo sexo, la educación que has recibido ha sido demasiado estricta, pero te garantizo que esto no es obra de ningún maligno.

—¡Tú y yo no tenemos nada! —voceé—. ¡Aparta! ¡Quítate! ¡Eres mi jefe! ¡Nada más! ¡Llévame al rancho! O si no, ¡me voy andando! ¡Quizá sea lo mejor!

—No vas a ir a pie, no seas estúpido, va a llover.

—Pues o me llevas, o me bajo.

Mount resopló, se notaba que no sabía qué más decir para tranquilizarme.

Yo tampoco sabía qué hacer para librarme de todas las emociones que me avasallaban y los pensamientos nocivos que me dejaban sin aire. Quería darme de cabezazos contra el salpicadero.

—Muy bien, como quieras —farfulló.

Mount volvió a su asiento, se abrochó el cinturón, hizo una maniobra para regresar a la carretera y pisó a fondo el acelerador.

Cuando entraba en un estado como ese, no había vuelta atrás, necesitaba llegar a su propiedad, a la bici, al río, a mi hogar.

Al llegar al rancho, caía una tormenta de órdago, quiso llevarme a casa, pero me negué, a cabezota no me ganaba nadie.

No quería estar solo con él, así que ni siquiera entré a por mi ropa, pedaleé con el viento azotándome y el granizo apedreando mi cuerpo, volvía a llorar y a desear aquello que no podía tener, aquello que no podía ser.

Tomé una vía alternativa para entrar en la comunidad y me planté en la parte posterior de la

casa de Jeremiah, sin que nadie me viera, con la que caía y las horas que eran, no fue difícil pasar inadvertido.

Cogí una piedra y golpeé su ventana, no acerté a la primera, pero sí a la segunda. La luz de su habitación estaba encendida.

Él se asomó, y en cuanto abrió, puso cara de sorpresa, miró a un lado y a otro nervioso, imagino que no me esperaba con esas pintas.

—¡Coge la escalera! ¡La escalera! —me gritó, señalando el lateral. Había una de mano, larga.

La asenté en la fachada y ascendí hasta su cuarto lo más deprisa que pude.

Con el cuerpo chorreando, me planté en el alfeizar.

—Vamos, entra —me ayudó. Era lógico que no quisiera que nos vieran y dar explicaciones que no le correspondían.

Lo hice temblando, no era el frío lo que me llevaba a aquellas sacudidas violentas, sino la sensación de haberme dejado llevar hasta un punto de no retorno, de haberlo querido con todas mis fuerzas.

Yo fui quien dio el paso, yo besé su boca, yo quise todo lo que nos hicimos, yo, yo, yo.

—No te muevas, bueno, sí, quítate esa ropa antes de que alguien te vea —murmuró, saliendo de su cuarto para ir a por una toalla y algo que ponerme.

Me quité las prendas empapadas. Solo me dejé el calzoncillo, para no ofender la mirada de Jeremiah.

En cuanto volvió, me sequé con vigor.

—Te he traído ropa de mi padre, que es más de tu tamaño. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué vistes así? —Negué—. Vale, nada de preguntas.

Que todos usáramos las mismas prendas en Nuevo Amanecer era una ventaja, con un poco de suerte, mi madre no se enteraría.

—Tengo que volver a casa. ¿Tienes algo para que guarde esa ropa? Te prometo que mañana te traigo la que me has dejado.

—Tranquilo, esos pantalones le van justos a padre y apenas se los pone. Ahí tengo una bolsa, espera.

Fue a por ella y puso en su interior las prendas mojadas.

—Te debo una, mis padres no entenderían que deba vestir así para trabajar en el rancho, hoy se ha retrasado todo, no he podido cambiarme y… —Callé, ¿qué iba a decirle más?

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo. Lo que sea por un amigo, vuelve a casa, Jim, seguro que el pastor está preocupado.

—Gracias, amigo.

Volví a bajar por la escalera, y aunque me seguía calando y sintiéndome indigno, parecía que lo era menos cubriendo al lobo con la piel de las ovejas.

Después de tranquilizar a mis padres, ya iría al río.

Lo que había pasado ese día no se volvería a repetir.

CAPÍTULO 22





—¿Quién se te ha meado en los cereales? —preguntó Elías, asomando su cabeza por la puerta del granero mientras yo me desquitaba con un fardo que se me había caído de las manos. Alcé la cabeza y lo miré con el ceño apretado, acababa de pillarme pateándolo enfurecido—. Uh, cambio meada en los cereales por oclusión intestinal, debes comer más nabo, que tiene mucha fibra y desatasca las cañerías.

—¡Cállate y échame una mano! ¿Quieres?

Él rio por lo bajito y entró para hacerlo.

—Vale, pero solo si me cuentas por qué tienes aspecto de haber sufrido una abducción vikinga, por un instante dudé si eras tú o tu hermano River.

—¿Por el color del pelo? —River y yo no podíamos tenerlo más distinto—. ¿O por la barba? —Toqué mi mandíbula carente de vello facial.

—Por el palo que asoma por tu culo, ¿o es el mango del rastrillo? Te lo he dicho mil veces, no se folla con las herramientas, que luego se te atraviesan.

—Muy gracioso, ¿te has comido un humorista?

—¿Y tú al tío del abono? Porque, chico, menudo carácter de mierda que te gastas. —Bufé.

Tenía razón, estaba supercabreado. Jim no se había presentado a trabajar y solo podía pensar que el problema había sido dar y recibir el mejor puto beso que me había dado en la vida, y no

me refiero a la calidad, seamos francos, al chico le faltaba un poco de experiencia, sobre todo, al inicio. En un par de ocasiones, pensé que moriría atragantado por tanto que me metía la lengua o por falta de oxígeno. Pero una vez pasados los tres minutos iniciales, todo mejoró. Jim era un alumno aplicado que consiguió aprender rápido y amoldarse al ritmo y la profundidad adecuados. Cuando se habituó a mí, todo fue como la seda.

Su polla estaba durísima bajo la mía, no podía creer que hubiera sido capaz de ser él quien diera el paso, de tocarme como lo estaba haciendo, de gemir entre mis labios.

Fue como si me licuaran el cerebro y me lo dieran de cena, solo podía sentir, dejarme llevar. Quería más, deseaba más y, en lugar de dejar que todo sucediera de forma espontánea y natural, en el interior de Mildred, mi puta alma romántica decidió que para su primera vez merecía algo más que una furgoneta. Por cómo se sucedieron las cosas, no había duda de que la cagué.

Hablé y la fastidié, rompí el hechizo que lo llevaba a jadear bajo mi cuerpo, a hundir sus dedos en mi piel. Se asustó tanto que me pidió que me quitara de encima y lo llevara de vuelta.

No voy a mentir, me sentó como el culo, porque cuando bates, cocinas y saboreas un par de huevos revueltos al punto, aspiras a comerte el plato entero.

Hice de tripas corazón, un acto de contención titánico, y pisé a fondo el acelerador. La lluvia restaba visibilidad, pero, por fortuna, me conocía a la perfección el camino de vuelta a casa.

En cuanto llegamos a la propiedad, se negó a que lo llevara a Nuevo Amanecer, le dio igual el diluvio, ni fue a por su ropa, pilló la bici y si te he visto no me acuerdo.

Lo peor de todo era que yo, como un imbécil, después de que se largara, me di una ducha caliente, me tumbé en la cama y me pegué a su puta ropa de enterrador de palomas, y sí, reconozco que me hice una paja, porque estaba tan cachondo y tenso que tenía miedo a morir por colapso de esperma.

—¿Me lo cuentas? —preguntó Elías en cuanto la paja estuvo en su lugar. Me quité los guantes y, como de costumbre, cuando éramos pequeños y él venía con sus hermanos a jugar, subí por la escalera que llevaba a la parte alta del pajar y me tumbé sobre el heno. No hizo falta que le dijera que me siguiera, él solito se dejó caer a mi lado.

—Jim no ha venido hoy a trabajar.

—¡Oh, Dios mío! Ahora lo entiendo todo, ¡menudo drama! —exclamó, llevándose una mano al pecho. Yo le lancé un montón de paja seca—. ¿Qué pasa, que ahora tus trabajadores no pueden ponerse enfermos?

—¿Jim está enfermo? —me preocupé.

—Y yo que sé, acabo de llegar a Saint Valentine Falls, pero voy a revelarte un secreto, el motivo mayoritario de ausencia laboral es la enfermedad.

—O pegarte el lote con tu jefe en mitad de la carretera que lleva a Branson después de ver *Brokeback Mountain* en el autocine. Bueno, solo la primera media hora, que no nos dio tiempo a más.

—¡¿Qué?! —gritó, eufórico, poniéndose de lado—. ¡¿Llevaste al hijo del pastor a un nido de pecado, saqueaste su boca y después te planteas por qué no ha venido al rancho?! ¡*Vade retro*, Satanás! —Hizo una cruz con los dedos—. Al hijo del pastor no se le enseña el rabo. Por cierto, la primera media hora es lo mejor de la película, ufff, esa tienda de campaña… ¿Dónde la visteis? Creo que voy a llevar a Derek, a ver si le causa el mismo efecto.

—¿El de que no quiera volver a verte después de que fuera él quien te besara? Y, para tu información, no le enseñé el rabo, solo se lo restregué, y no sé quién de los dos lo tenía más duro.

—Esto mejora por momentos. ¿Por qué no me escribiste de inmediato para contármelo?

—Apuntito estuve de hacerte una videollamada. Pero ¿qué te crees, que esto es *Granjero busca esposa*?

—Más bien *Ranchero busca rabo*.

Desoí su pulla.

—Estaba demasiado cabreado por cómo sucedieron las cosas. Se asustó y me pidió que lo trajera de vuelta, estaba tan agobiado que ni siquiera se cambió, y hoy no ha vuelto al rancho.

—Uf, entonces puede tratarse de otra cosa, *miss* intensidad.

—¿A qué te refieres? —le pregunté con el ceño fruncido.

—Tú no has estado nunca en Nuevo Amanecer, ¿verdad? Son tremendamente estrictos, si Jim llegó vestido de vaquero, igual su padre lo ha castigado sin volver al rancho.

—Por el amor de Dios, ¡tiene veinticinco años!

—¿Y? Allí lo de la mayoría de edad no existe, los padres tienen potestad sobre los hijos hasta que se casan, y una vez se han casado y volado del nido, deben responder ante la comunidad y su máximo líder, ¿que es…?

—El padre, el pastor Brock.

—Premio para el señorito Wallace.

Ni siquiera me había parado a pensar que podía tratarse de algo así. ¿Y si había tenido problemas?

—Joder.

—No te tortures. Lo máximo que le ha podido pasar es que lo hayan atado en el poste de la entrada de la iglesia y le den cien latigazos desnudo por no llevar la ropa adecuada.

—¡¿Cómo?! —pregunté horrorizado.

Salté por el hueco que daba a un montón de paja en el suelo. Ese era nuestro entretenimiento favorito de pequeños, subir al altillo del granero y tirarnos para hacer las mejores caídas.

—¡Eh, espera! ¡Que era broma! —Elías me siguió.

—Sea broma o no, necesito saber si está bien —respondí más preocupado que cabreado.

Me sacudí las briznas de paja de encima.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Presentarte en Nuevo Amanecer?

—Bueno, no ha venido a trabajar y se dejó la ropa, puedo usarlo como excusa y ver si está bien.

—No me parece una buena idea, esa gente es… de otra época.

—Como si son del Ku Klux Klan y me reciben con capirotes y antorchas, pienso ir de todas formas.

—¿Te acompaño? Había pensado en invitarte a cenar al restaurante de Trav y después ir a La Guarida.

—¿Y Derek?

—Se sumará después, su madre está de visita, vino el miércoles y se marcha mañana por la mañana.

—¿Por eso has vuelto este finde en lugar de quedarte en la universidad?

—¿Tú que crees? —preguntó risueño—. Desde la fiesta de James, no hemos dejado de hablar, es tan mono —suspiró.

—Vale, pues hagamos una cosa, ve pidiendo mesa que yo no tardo nada, solo quiero asegurarme de que Jim está bien. ¿Te parece?

—Como quieras, pero tu visita a «tierra hostil» solo puede empeorar las cosas.

—No pienso hacer nada, ni atacar a nadie, solo voy en calidad de jefe para preocuparme por

un trabajador.

—Vale, jefe Wallace, tú sabrás. Voy diciéndole a mi hermano que congele un par de jarras tamaño industrial, me da a mí que las vas a necesitar.

Hice rodar los ojos.

—Largo. —Le pateé el culo.

Elías se marchó.

Fui al interior de la casa, llené los cuencos de comida de Rosie y Pancho, que me miraban tristes, golpeando con sus patitas delanteras contra el metal, como si fueran un par de presidiarios esperando su única comida del día.

—Aquí tenéis, cualquiera diría que os mato de hambre —musité mientras ellos hundían sus hocicos hambrientos.

Me di una ducha breve, metí la ropa de Jim en una bolsa y fui a por el coche.

No tardé casi nada en llegar a la comunidad, eso sí, pensé en Jim, porque el camino era todo cuesta arriba y plagado de curvas sinuosas, recorrerlo en bici después de una ardua jornada en el rancho no debía ser fácil.

Cuando vi el letrero de Nuevo Amanecer, tenía el corazón en un puño.

El lugar solo podía definirse como austero, casi desolador. Las casas eran simples, de madera sin pintar, y todo parecía estar en perfecto orden. La gente que me cruzaba me miraba con desconfianza, sus miradas eran penetrantes. Todos vestían de gris; los hombres con sombreros de paja y barbas bien cuidadas, las mujeres con camisas de cuello abotonado, faldas largas, delantales y cofias en la cabeza. Era como si el tiempo se hubiera detenido en ese rincón del mundo.

Me acerqué a un hombre mayor que estaba cortando leña.

—Disculpe —le dije—, ¿podría indicarme dónde está la casa del pastor?

Sabía que no eran horas, faltaba poco para la cena, así que igual los pillaba en mal momento.

El hombre me miró de arriba abajo antes de señalar con la cabeza hacia una casa más grande al final del camino.

—Allí —dijo con voz grave.

—Gracias.

Me dirigí hacia la casa. Cada paso que daba me hacía sentir más nervioso. Cuando llegué, respiré hondo y llamé a la puerta. No tardó mucho en abrirse, y me encontré cara a cara con la madre de Jim. Su expresión era severa, pero contenida.

—Buenas tardes, señora —comencé, tratando de sonar lo más respetuoso posible. Me quité el sombrero y ella arrugó la nariz—. Soy Mount Wallace, el jefe de Jim en el rancho. Quería disculparme porque ayer Jim tuviera que quedarse más de lo debido y regresar en bici bajo el aguacero. Con las prisas de llegar a casa y la tormenta, se dejó su ropa. —Le tendí la bolsa y ella la agarró como si viniera cargada por la semilla del diablo—. Sé que no tienen teléfono y me he preocupado al ver que su hijo no ha venido hoy. ¿Está enfermo?

Ella me miró con una mezcla de desdén y preocupación.

—¿Por qué tuvo que quedarse tan tarde? —preguntó, su tono cortante, pero sin perder la compostura.

—Hubo un problema con la sembradora, yo tuve que ir a Branson a por unos recambios y le pedí a su hijo que se quedara al mando hasta que regresara, es un gran trabajador y le tengo en muy alta estima. —Dudaba que su hijo les hubiera dicho que había venido conmigo. Crucé los dedos para que así fuera.

—Gracias por traer su ropa, ¿desea algo más?

—E-em bueno, como le he dicho, quería saber si su hijo estaba enfermo o…

—Jim está descansando. No necesita preocuparse por él. Como bien ha dicho, llegó muy tarde y calado hasta los huesos. Su prometida está cuidando de él, cuando se encuentre mejor, ya se lo hará saber. Por favor, no vuelva a llamar a esta casa.

Asentí, sabiendo que no sacaría más información de ella.

—Gracias por su tiempo —dije, dando un paso atrás—. Si necesita algo, por favor, hágamelo saber y dígale a su hijo que… —No pude terminar la frase porque me cerró la puerta en las narices—. He venido a ver cómo estaba —farfullé.

Desde luego que la amabilidad no era su fuerte, por muy esposa del pastor que fuera.

Me quedé allí un momento, sintiendo el peso de la situación. Miré hacia arriba, había una luz encendida, ¿sería la habitación de Jim? No podía arriesgarme, por las miradas hostiles que me llegaban de todas partes quizá Elías tuviera razón y no hubiese sido una gran idea presentarme allí.

¿Estaría Jim enfermo, o castigado? Y, sobre todo, ¿qué podía hacer yo para ayudarlo?

Quizá lo más sensato era que no hiciera nada y esperar a que regresara.

Me ajusté el sombrero y reemprendí el camino de regreso a la ranchera, al fin y al cabo, Jim tenía libre el día siguiente, seguramente iría a trabajar el domingo.

CAPÍTULO 23





Mount.

Mount.

Mount.

Cada latido de mi corazón parecía arrastrar su maldito nombre.

Tenía que llamarse Mountain, no existía otro nombre más perfecto para él porque era justo como yo lo sentía, un lugar al que querer ascender, coronar, que me dejaba sin aliento por sus vistas incontrolables, y bajar por sus laderas me aceleraba el pulso más que cualquier trayecto en bicicleta.

Me asomé a la ventana justo a tiempo para verlo alejarse, con aquel porte relajado, que poco tenía que ver con la rigidez que solía acompasar el mío.

Había escuchado que llamaban a la puerta, pensé que sería algún vecino, pero al ver que mi madre tardaba en cerrar, me dio por asomarme.

Los vi hablando, él le entregaba algo, mi corazón rebotó, protestó y me obligué a pegar la espalda a la pared para deslizar mi cuerpo por ella hasta llevar las rodillas al pecho y abrazarlas.

Nunca habría pensado que él vendría a Nuevo Amanecer, que cruzaría la línea, que si no aparecía, sería él quien viniera.

Mi respiración se volvió errática mientras mis entrañas se retorcían en señal de protesta.

La puerta volvió a cerrarse y con ella las expectativas de volver a verlo.

Me obligué a ponerme en pie y tardé varios segundos en reunir el valor suficiente como para asomarme. Cuando lo logré, apreté la palma contra el frío cristal, mi corazón dio un vuelco al verlo marchar.

Lo que sucedió entre nosotros me torturaba sumándose a lo ya vivido. Lo que empezó como una simple salida a Branson para recoger unos cojinetes terminó siendo una noche que jamás olvidaría y que me pasaría factura para siempre.

Mount arrancó el vehículo en el que nuestros labios se besaron, el mismo lugar en el que toqué su cuerpo, sentí el deseo crecer en el interior de nuestra ropa y cerré el puño, como si fuera capaz de capturarlo en él y guardarlo para siempre junto a mí.

Era un idiota.

Volví a la cama y me dejé caer en ella, recordando lo sucedido cuando por fin llegué a casa con la ropa que me prestó Jeremiah.

Mis padres estaban en la sala, esperándome.

La expresión de padre era excesivamente severa, mientras que una nube de preocupación arrugaba la de madre. Movía los dedos de aquella manera tan especial, que significaba que estaba crispado.

El agua caía por mi pelo y goteaba hasta el suelo.

Poco importaba que mi amigo me dejara ropa seca porque ya estaba empapada.

Empecé con una disculpa.

—Lo lamento muchísimo —empecé—. He tenido que quedarme más tiempo en el rancho, había una máquina rota y todo se ha retrasado.

No mencioné nada sobre el autocine ni sobre lo que había ocurrido en el camino de regreso.

—¿Piensas que eso me importa? —cuestionó mi padre con voz grave—. Sabes perfectamente cuál es la hora de llegada a la comunidad.

—Lo sé y lo lamento muchísimo, padre, hoy ha sido excepcional, no podía dejarlos tirados, nunca me había retrasado hasta hoy.

—E-eso es cierto, John —murmuró ella temblorosa.

—¡¿Y crees que eso me importa?! ¡¿Por qué me miras a los ojos?!

Bajé la mirada de manera abrupta y apreté los labios.

—Lo siento.

—No… No lo sientes… Lo percibo, el mal está haciendo mella en ti.

—¡No, padre, se lo juro!

—¡Jurar en vano es pecado, Jim! ¿O es que ya has olvidado los preceptos de nuestro libro sagrado? —Negué—. Soy tu padre, tu pastor y tu líder, y voy a decirte algo que compartimos los tres, no queremos que sigas trabajando en ese lugar.

Contuve el aire y me llené de horror, pese a habérmelo planteado, el que él alzara aquella petición significaba no poder decidir.

El ahogo empezó a cerrar mis vías respiratorias y cada vez me costaba más que entrara aire en mis pulmones.

Madre me miraba de soslayo. Vi que sus ojos se detenían en mi ropa y apretaba el delantal entre sus manos, el gesto me dijo que reconoció que no era mía, aunque no dijo nada. Era lógico que se diera cuenta, al fin y al cabo, era quien la lavaba y la zurcía.

—Vas a dejar el trabajo en el rancho Wallace —prosiguió mi padre—, ese lugar es un nido de perdición y mi hijo no debería estar en él. Fue mala idea desde el principio.

—Padre, sabe que si estoy ahí es por las pérdidas que sufrimos en el incendio.

—Ya nos hemos repuesto de ellas.

—Y para ahorrar. Quería poder ofrecerle a Mary Kate la casa que desea.

—Desear más de lo que uno se puede permitir es pecado —me reprendió. Pecado, prohibición, culpa, desobediencia. Las palabras se amotinaban en mi cabeza como campanadas que reverberaban en mi cuerpo—. Si Mary Kate Adams va a convertirse en tu mujer, tendrá que aprender que la avaricia nunca ha formado parte de esta familia.

—Por supuesto, padre.

—Lo que necesitas es estar aquí, con tu familia, tu comunidad, ocuparte de las ovejas y llevar a cabo el cortejo. Ese trabajo tuyo te está alejando de nosotros, lo noto.

El problema era que yo también lo notaba y, en cierto modo, deseaba alejarme.

Tenía ganas de gritar, aullar, necesitaba ir al río, sin embargo, permanecí ahí, de pie, combatiendo mis demonios.

Mi padre era el ejemplo de virtud, rectitud, saber hacer, el líder de la congregación.

Yo debería ser su reflejo, ser su orgullo, no su mayor defecto. Seguir su camino me acercaba a Dios, y sin embargo, en lo único que pensaba era en tomar el camino contrario.

Mi pecho se oprimía cada vez que me vestía de gris y se relajaba con los vaqueros y las camisas de cuadros.

Se oprimía cada vez que me sentaba en el banco de la iglesia a escuchar su sermón y se relajaba con la risa de Mount montando a caballo.

Se oprimía al hablar de mi compromiso con Mary Kate, de la vida que me esperaría en Nuevo Amanecer, de todo lo que me era negado, y se relajaba entre los brazos de Mount, en su boca, compartiendo su espacio.

—John —intervino mi madre, tratando de calmar la situación—, Jim solo estaba tratando de hacer lo correcto.

—¿Hacer lo correcto? —Mi padre se volvió hacia ella, su expresión dura—. ¿Llamas hacer lo correcto a llegar después del toque de queda con una ropa que no le pertenece? Míralo, ¡esa no es suya! ¡¿Qué más está haciendo que no sabemos?!

Sentí un nudo en la garganta. No creí que él se diera cuenta, pero se había fijado al igual que les pasó a Jack y a Ennis con el jefe. ¿Qué más sabría mi padre? ¿En qué otras cosas me habría pillado?

A mi madre le temblaron las manos.

—Padre, tiene una explicación —dije, con voz ahogada—. Retomé mi amistad con Jeremiah y este me dio estas prendas, a su padre ya no le van, me dijo que me las quedara. —No era una mentira, me autoconvencí—. Como ahora tengo que cambiarme tanto de ropa al ir y venir del rancho, y sudo mucho en el trabajo, creí que sería buena idea llevar algo de repuesto, así madre tiene menos que lavar. Solo quiero ayudar.

Me había salido todo con demasiada facilidad, y eso me asustó. ¿Desde cuándo podía decirles cosas a mis padres que no eran verdad? ¿En qué me estaba convirtiendo? ¿Era eso lo que deseaba? ¿Engañarlos? ¿Minar nuestra relación a base de mentiras? ¿Quería renunciar a todo lo que conocía? ¿Y si lo único que me pasaba era que había sido un débil? ¿Y si el maligno supo cómo sacarme del sendero marcado? ¿Quería ser un paria? Ese era mi hogar, todas las personas que quería estaban allí, mis hermanos, mis amigos, mi comunidad…

«Mount», reprodujo mi cerebro sin permiso.

—Si no estás haciendo nada malo, deja el rancho Wallace, hoy —insistió mi padre—. Demuéstrame que eres capaz de honrar a tu familia.

—No puedo desaparecer de la noche a la mañana.

—Puedes y debes, si no lo haces, ya sabes que las puertas de Nuevo Amanecer se abren para aquellos que quieran irse. Medita bien tu decisión, hijo, no te estoy hablando como padre, sino como líder.

Mi madre me miró con tristeza, pero no añadió nada más. Sabía que no podía contradecir a mi padre en eso o cualquier otra cuestión. Las mujeres eran educadas para obedecer y no contradecir, la palabra de sus padres y maridos siempre estaría por encima de su criterio, porque eran criaturas que debían ser protegidas y su criterio se podía ver comprometido por sus blandos sentimientos.

Eso era lo que se nos enseñaba en Nuevo Amanecer, no lo que yo viví en el rancho Wallace, donde Sunny y su madre tenían tanta voz o poder de decisión como cualquiera. ¡Incluso la sheriff *de Saint Valentine era mujer y también la alcaldesa!*

Madre se levantó en pos de él y, antes de seguirlo, me tomó de la mano.

—Jim, por favor, escúchalo —dijo—, quizá creas que no nos hemos dado cuenta de tus cambios, pero están ahí, tantas visitas al río durante estos meses… —calló—. No es bueno para ti, reflexiona, tómate un día para pensarlo y… —su voz era apenas un susurro—. Elige, hazlo bien, por ti, por nosotros, por Mary Kate y tus hermanos. Sé que harás lo correcto.

Asentí, sintiéndome derrotado.

—Lo siento mucho, madre.

—Lo sé, hijo, tienes que ser fuerte.

Escuché los pasos suaves de mi madre en la escalera y luego el ligero golpe en mi puerta.

—Jim, ¿puedo entrar? —susurró. Padre estaba en la iglesia porque tenía una reunión con los cabezas de familia, siempre tenía lugar los sábados antes de cenar. Estaría al caer.

—Sí, madre —respondí, tratando de sonar tranquilo.

Ella entró y cerró la puerta detrás de ella. Se acercó a la cama donde yo estaba sentado y se sentó a mi lado.

—Tu jefe vino a traerte tu ropa —dijo, su tono era neutral, pero sus ojos estaban llenos de preocupación—. Me contó lo que pasó ayer, que te dejó al cargo del rancho y por eso tardaste, pero ese chico hablaba de una manera que… Jim, ¿qué está pasando? —preguntó, su voz temblaba ligeramente—. Sé que los gustos de ese Wallace son…

—No lo diga —la callé, porque sabía que para ella era difícil expresarlo.

—Tu padre está muy preocupado, y yo también. No es propio de ti tu conducta de estos últimos días.

Suspiré, sintiendo el peso de sus palabras.

—Madre, no es nada. No tiene de qué preocuparse.

Ella me miró fijamente, como si intentara ver más allá de mis palabras.

—Jim, sabes que puedes confiar en mí. Si hay algo más, por favor, dímelo y haremos todo lo que esté en nuestras manos para salvar tu alma.

Sentí un nudo en la garganta. Quería contarle todo, pero el miedo me paralizaba, mi madre no soportaría la verdad, no podía contársela, la destruiría.

—No hay nada más, madre —mentí, mi voz era apenas un susurro.

Ella suspiró y me tomó la mano.

—¿Vas a dejar ese trabajo? ¿Entendiste que te necesitamos? ¿Que queremos que estés aquí, con nosotros? Tu padre solo quiere lo mejor para ti.

—¿Y usted, madre? —pregunté, mirándola a los ojos—. ¿Qué quiere usted?

Ella me miró con tristeza y apartó la vista de inmediato.

—Quiero que seas feliz, Jim. Pero también quiero que sigas el camino correcto. ¿Cuál es tu camino correcto, hijo?

Juro que quise responder que Nuevo Amanecer, pero se me atascaron las palabras. Un par de lágrimas escaparon de sus ojos, se las enjugó.

—La cena estará en cinco minutos, tu padre está a punto de llegar.

—Lo sé, ahora bajo.

—Eres un buen hijo, Jim, no lo olvides.

Sentía el peso de mis decisiones y mis sentimientos aplastándome contra el colchón. No sabía qué hacer, pero una cosa era segura: nada volvería a ser igual.

Apenas había puesto los pies en el suelo, escuché un grito desgarrador procedente de la planta de abajo.

CAPÍTULO 24



Llevaba dos meses sacando la lengua, dos meses trabajando como un cabrón porque me negaba ante la idea de que no fuera a volver.

«Mañana, seguro que mañana estará aquí y escucharé el sonido de esa estúpida bicicleta que parece que se vaya a partir de un momento a otro porque no soporta a alguien de su envergadura».

El problema radicaba en que ese supuesto mañana se estaba alargando en el tiempo. Las ojeras que se planteaban debajo de mis ojos daban fe del nivel de cansancio que sobrellevaba por una ilusión que, quizá, no llegara a cumplirse nunca.

River y mis padres insistían en que lo reemplazara, que necesitaba sustituir a Jim, y yo echaba balones fuera, intentando que creyeran que me bastaba y me sobraba.

Riv

¿Piensas que nacimos ayer, hermanito?

Por una vez que no quiero sablearte el dinero…

Riv

¿De qué me servirá si el responsable del rancho cae enfermo?

Vosotros id a beber mojitos debajo de esas palmeras que tanto os gustan y dejadme a mí.
¿No decíais que confiabais en mi criterio?

Papá E.

Tu hermano tiene razón, necesitas otro par de manos.

Papá B.

Opino lo mismo.

Riv

Según Elías, tu criterio puede haberse ensombrecido…

¿Ahora hablas con mi primo a mis espaldas? 😟

Riv

Te recuerdo que es **nuestro** primo y que es lógico que se muestre preocupado por ti.

Mamá

Cariño, si necesitas que vayamos…

Sunny

Yo estuve la última semana de marzo y no lo vi tan mal…

¿Lo veis?, sois unos exagerados, ya os he dicho que estoy bien, y que si Jim no vuelve, contrataré a alguien, dadle solo un mes más de margen.

Mi hermana siempre se postulaba de mi lado. Era cierto que vino para las vacaciones que le dieron en la universidad y me ayudó todo lo que pudo con los caballos.

Sunny

Si no, yo trabajaré con Mount en junio o buscaremos a alguien más.

Riv

Haced lo que os dé la gana, pero como el rancho se resienta o la cosecha…

No se va a resentir, os dejo que tengo que ir a inseminar a Cloudy.

Deseadme suerte .

Todos me mandaron emoticonos de dedos cruzados y salí del chat familiar.

Mientras me alejaba, pensé en cómo se habían podido torcer las cosas tanto.

El pastor Brock sufrió un ictus la noche en que fui a devolverle la ropa a Jim.

Según me contó él mismo, fue minutos después de que yo me marchara, su padre llegó a casa tras la reunión en la iglesia, entró tambaleante. Le dijo a su mujer que se sentía muy débil. Hablaba con dificultad y parecía no enfocar bien. Ella fue a ayudarlo, pero este se desplomó en el suelo y se puso a convulsionar. La señora Brock dio un grito ensordecedor.

Jim corrió escaleras abajo y se encontró a su padre en el suelo, Laura era incapaz de dejar de llorar.

Él le pidió a su madre que fuera a buscar al médico, pero parecía paralizada, así que en cuanto puso a su padre en la cama, salió corriendo para hacerlo él mismo.

Como en Nuevo Amanecer estaba prohibida la medicina moderna, era difícil que les diera un diagnóstico fiable o las atenciones adecuadas.

Si fue un ictus, John Brock estaba tocado por la mano de Dios al no haber muerto en aquel acto, las consecuencias de no llevarlo a un hospital podrían haber sido funestas.

Esa misma noche, antes de que despuntara el alba, Jim apareció en mi casa chorreando.

No había dejado de llover en toda la maldita noche.

Nunca cerraba la puerta, en casa no tenía nada de valor suficiente como para que alguien viniera a robarnos y la gran mayoría sabía que meterse con un Wallace no era una idea de lo más brillante.

Subió las escaleras dejando un reguero de agua a su paso y entró en mi cuarto, sin llamar.

—Mount… —escuché el murmullo de su voz en un sueño velado.

No era como mi hermano River, que dormía a pierna suelta y necesitaba un obús para despertar. Separé los párpados sin entender muy bien cómo era posible.

Me incorporé en la cama, froté mis ojos y entonces lo vi.

En la puerta, temblando, con la expresión desencajada.

—¿Jim? —dudé de si estaba en mitad de un sueño o no, un rayo atravesó el cielo iluminando su rostro—. Eh, ¿qué pasa? ¿Qué haces aquí? —Encendí la luz de la lamparita que tenía sobre la mesita de noche.

Tenía los ojos rojos y una expresión de desazón que no había visto jamás.

Estaba calado hasta los huesos, el agua caía formando un charco a sus pies.

Aparté las sábanas y me levanté, lo vi contraer el gesto y retirar los ojos de inmediato.

Dormía desnudo, siempre me gustó la sensación de piel desnuda contra las sábanas frescas. Daba igual si era invierno o verano. En los meses más fríos, añadía más mantas y listo.

—Perdona… —murmuré, buscando un pantalón de deporte—. Ya puedes mirar —musité con él puesto.

Él alzó el rostro, estaba llorando y no podía sentirme peor.

¿Habría tomado la decisión de abandonar la comunidad y por eso estaba así?

Mi corazón golpeó con fuerza ante la posibilidad.

Me acerqué con tiento y le acaricié la parte alta de las mejillas, donde las lágrimas se mezclaban con la lluvia.

—Sea lo que sea, lo solucionaremos. —Él negó—. ¿Qué ocurre?

—Es mi padre, es mi culpa.

—¿Tu culpa? —pregunté sin entender—. ¿Te ha echado? —era lo único en lo que podía pensar.

—No. Ha sido Dios quien me ha castigado por lo que hice.

Me apartó las manos y yo lo contemplé sin entender.

—¡Ha sufrido un ictus! Llegó a casa y se desmayó. El médico ha hecho lo que ha podido, pero… —Su voz se quebró.

Lo abracé con fuerza. Sabía el miedo que debía estar sintiendo, yo mismo tuve ese pavor por Papá Bradley.

—Oh, Jimy, lo siento. Te juro que lo lamento muchísimo.

Él se abrazó a mí como si fuera su tabla salvavidas. Me dio igual que me empapara o rompiera a llorar sobre mi hombro, solo quería consolarlo, que no se odiara por algo que, con total claridad, no era responsabilidad suya.

—¿Lo has llevado al hospital?

—La comunidad lo prohíbe.

—A la mierda la comunidad, hay que llevarlo a… —Me agarró las muñecas.

—No —su expresión era implorante.

Me sentía lleno de rabia, no podía comprender, como tantas muchas cosas de Nuevo

Amanecer, cómo podían negarse a que los atendieran con los medios adecuados.

—Pero…

—No. —Volvió a repetir recomponiéndose un poco—. Tienes que respetarnos.

—Como quieras —respondí resignado—. Estás helado, deja que te traiga algo de ropa seca y te prepare una infusión, pondremos a secar esta y después te acerco, cuando estés un poco mejor.

Por una vez, no se quejó, se le veía tan vulnerable, tan destrozado.

Había algo conmovedor en ver a alguien de su tamaño, tan viril y parco, con aquella fragilidad a flor de piel. En eso se parecía a mi hermano River, los dos parecían inquebrantables, aunque yo sabía que no era así, que bajo aquella coraza latía un corazón tan humano como el de cualquiera.

Fui hasta la habitación de mi padre. Pillé un pijama de franela, una toalla del baño y lo llevé a mi cuarto.

Jim ni siquiera se había movido. Temblaba como una hoja, apenas podía desabrochar los botones de su camisa.

—Déjame a mí —musité.

Bajó los brazos sin fuerza, derrotado, cabizbajo.

No era momento de disfrutar de aquello, aunque no negaré que tenerlo por fin desnudo ante mí y pasar la toalla por cada parte de su anatomí, me hizo salivar.

Parecía tallado en piedra.

Hice que alzara los pies para ponerle el pantalón y pasé la parte de arriba por su cabeza.

—¿Mejor?

—No.

Claro que no, en un momento así no podía estar bien, aunque yo le ofreciera mi consuelo y lo hiciera entrar en calor.

Que hubiera venido al rancho me llenaba de emoción, vino a buscar consuelo en mí, tenía que significar algo.

—Bajemos a la cocina.

Lo cogí de la mano y él entrelazó los dedos con los míos suplicante.

—¿Y si muere? Si lo hace, yo no…

Quizá no debí acercarme, quizá no debí tomarlo de la nuca y fijar los ojos en los suyos. Quizá no debí decirle que no lo haría para después besarlo.

No debí dejar que nuestras lenguas se enredaran, apoyarlo contra la pared hasta oírlo gemir, hasta que nuestras entrepiernas volvieron a ponerse rígidas y sentí la tortura de lo que era desear lo prohibido.

Mientras él me devoraba con ansia.

Bajé la mano y lo palpé. Un gruñido sordo, animal, agónico, reverberó en el cielo de mi boca.

—No-no puedo —murmuró apretado en mi palma.

Ni era el lugar, ni era el momento. ¿En qué narices pensaba?

—Lo sé, lo siento, no debí dejarme llevar, perdona.

Le di otro beso dulce y me separé con el pulso acelerado.

Bajamos las escaleras y preparé dos tilas aderezadas con un buen chorro de coñac.

Jim se había dejado caer pesadamente en una de las sillas y hundía la cabeza entre sus manos. Rosie y Pancho, como si advirtieran que algo no iba bien, se habían puesto a sus pies

para ofrecerle consuelo.

—No puedo volver aquí, Mount —susurró mientras yo le ofrecía la infusión caliente.

—¿A qué te refieres?

—A que no puedo —musitó crispado.

—A ver, entiendo que con lo que ha pasado vas a necesitar un tiempo, sobre todo, hasta que tu padre se recupere y podáis evaluar cómo está, pero…

Él negó.

—Él no quería que volviera, me dijo que tenía que elegir, que si seguía aquí, tendría que abandonar Nuevo Amanecer —fruncí el ceño y agarré su mano por encima de la mesa.

—¿Por qué?

—Dicen que estoy cambiando, que esto no es bueno para mí, y yo… Yo no me siento, estoy totalmente perdido, prácticamente voy a diario al río para expiar la culpa que siento por todo lo que se me cruza en el cerebro. No se equivocan, Mount, estoy cambiando, ¡te he besado dos veces, joder! —En cuanto soltó el improperio, puso cara de horror—. ¡¿Lo ves?! Incluso suelto palabrotas. Ni siquiera he sido capaz de negarme hace un rato, es más, lo he deseado, y no está bien. ¡Mi padre podría morir y yo estoy aquí!

—Jim…

Su desconcierto era palpable, no me gustaba verlo tan angustiado.

—Quizá hemos ido demasiado deprisa y necesites más tiempo, más espacio.

Negó.

—No, tú no lo entiendes, lo que me pasa contigo no está bien, no en mi mundo.

—Puedes cambiar de mundo —pronuncié con la boca pequeña y cierta esperanza oscilando en mi interior.

—No.

—¿No quieres?

—Acabo de decirte que mi padre ha sufrido un ictus. Que Dios…

—Dios no tiene nada que ver con esto y esa no es la respuesta a mi pregunta.

—Nunca me vas a entender —bufó—, piensas que solo hay una verdad, que es la tuya, y no te importan mis creencias.

—Te equivocas.

—Me lo acabas de demostrar. Soy un estúpido, no sé qué esperaba viniendo aquí.

—Yo sí lo sé, Jim, has venido aquí porque sabes que yo no te juzgo, que aquí siempre podrás ser escuchado sin poner tus actos en tela de juicio. Da igual que no comparta tu fe, respetaré tus decisiones, sean las que sean. —Cogí sus manos por encima de la mesa—. Te lo dije ayer y te lo repito ahora, por encima de todo, soy tu amigo, me alegraré de tus alegrías y permaneceré a tu lado en tus penas, no hay nada que no hiciese por ti.

Jim tragó con fuerza.

—¿Nada? —cuestionó con esfuerzo.

—Nada.

—Pues entonces aléjate, no vuelvas a Nuevo Amanecer, respeta mi decisión de querer ser el buen hijo que mi padre quiere. —Fui a abrir la boca—. Por favor, Mount, no empeores las cosas, necesito recuperar mi vida, mi fe, mi relación, y si sigo en el rancho… —exhaló un suspiro.

—No puedes tomar una decisión así en un momento como este, ni tú ni nadie puede. Bebe un poco. —Se acercó la taza a los labios, sopló y sorbió.

Jim necesitaba tiempo, todo lo que estaba viviendo era demasiado nuevo, demasiado intenso y entendía que contradecía todo lo que le habían enseñado, que podía ser abrumador.

Nos mantuvimos en silencio, con el murmullo de la lluvia golpeando los cristales, él sumido en sus pensamientos y yo intentando encontrar la fórmula mágica que no lo apartara de mí.

La secadora pitó anunciando que su ropa ya estaba lista. La tormenta era mucho menos violenta que cuando llegó.

—Es hora de que me marche —murmuró.

—Te acerco. Deja que vaya a por una cosa y así puedes ir cambiándote mientras. Ya sabes dónde está el cuarto de la colada.

Llevaba el tiempo suficiente como para conocer todos los rincones de la propiedad y a mí me gustaba que fuera así, sentirlo parte de mi casa.

Subí los escalones de dos en dos hasta llegar a mi mesita de noche. Era su regalo de cumpleaños, no me había dado tiempo a dárselo después de que se marchara de aquella manera tan precipitada. Golpeé con la caja la palma de mi mano.

Pensé que no estaría de más que tuviera un móvil, tenía una tarjeta prepago, estaba cargado y listo para su uso.

Aunque en Nuevo Amanecer no tuvieran luz eléctrica, le había comprado un cargador solar inalámbrico que le permitiera hacerlo siempre que quisiera.

Solo quería estar seguro de que, si me necesitaba, que si le pasaba cualquier cosa, le bastaría con pulsar la tecla de marcación rápida para que fuera a buscarlo.

Cuando bajé de nuevo, ya estaba vestido, le di el paquete con nerviosismo y él me miró con el ceño fruncido sin abrirlo.

—¿Qué es esto?

—Escucha, antes de tirármelo a la cabeza, es tu regalo, pensé que no estaría de más que tuvieras un móvil —soltó el paquete encima de la mesa como si quemara.

—Sabes que no…

—Lo sé, sé que no os permiten utilizarlos. Solo es por si tienes una emergencia, hay veces que ocurren cosas impensables y los necesitamos, aunque no lo creas. Es muy fácil, sé que me has visto cientos de veces emplear el mío y que te has fijado cada una de ellas. Los dos sabemos que sabes cómo hacerlo. Ese es el mismo modelo que el mío. Tiene los mismos botones y en la agenda está grabado mi número, el de mi prima Jane, el del veterinario y el médico del pueblo. Te he instalado WhatsApp, ya sabes, el botón verde con un círculo blanco y un auricular de teléfono en el centro. La aplicación que uso para mensajearme con mis padres, mandarles vídeos chorras a mis primos y los audios a mis hermanos.

—No voy a…

—Me da igual si no lo usas nunca, pero, por favor, guárdalo. Me quedaré mucho más tranquilo si en caso de necesidad puedes comunicarte conmigo, o con quien lo necesites si tu padre se pusiera peor. Y no con ello quiero decir que te saltes tu religión, solo quiero que tengas el poder de decidir.

»No es un elemento que cargue el diablo, solo es por seguridad. No lo rechaces, por favor. Puedes tenerlo apagado para siempre, y si decides usarlo, lleva un cargador solar para que no tengas que enchufarlo a la corriente. Bastará con que pongas el cargador al sol hasta que se encienda el piloto verde, después lo apartes de cualquier fuente de calor y pones el terminal encima para completar la carga.

Lo volví a poner entre sus manos y nuestros dedos se rozaron.

—No creo que sea una buena idea.

—Te lo vuelvo a repetir, quizá no te haga falta nunca. Concédeme por lo menos esto.

Pasamos unos segundos así, con nuestros dedos tocándose y los ojos cargados de lo que no podía ser.

—Vale, pero no lo usaré.

—Como quieras. Venga, que te llevo, que seguro que quieres estar con tu familia.

No llegué hasta Nuevo Amanecer, Jim hizo que me parara una milla antes, para que nadie nos viera juntos.

Detuve la pick up *y él se desató el cinturón de seguridad.*

—Si necesitas cualquier cosa, ven al rancho, aunque solo sea para hablar, sabes que tu puesto te estará esperando si quieres regresar, y, por favor, dime cómo está tu padre.

Rocé su mano con mi nudillo, con ganas de hacer mucho más.

Sus pupilas se pararon en ese punto y después forzó una sonrisa que no le llegó a sus ojos oscuros. Se veían más apagados que nunca, sumidos en un silencioso adiós que no buscábamos ninguno de los dos.

—Gracias por todo, Mount.

Tenía ganas de besarlo, de decirle tantas cosas que tuve que callarlas todas. Engullí cada una de las frases que me ahogaban y lo vi bajar, montarse en su bicicleta y desaparecer montaña arriba.

Golpeé con violencia el volante preguntándome por qué a veces la vida era tan injusta.

CAPÍTULO 25



—Solo a ti se te podía ocurrir que fuéramos a hacer tirolina para levantarle la moral —farfulló Jane malhumorada mientras Sherry, la camarera principal del restaurante que regentaba mi primo, nos servía unas cervezas bien frías en la mejor mesa con vistas al lago.

—No lo has hecho tan mal, Jane, tu vuelo ha sido como si una ardilla voladora lanuda estuviera copulando en el aire con una hurraca.

—¡Muy gracioso, Elías! —Mi primo Travis se estaba riendo por lo bajo cuando ella le clavó su mirada más feroz—. Y tú, ya puedes ir borrando esa sonrisa victoriosa de la cara porque voy a meterte todas esas bolas de acero que tanto te gustan por el culo, y sin vaselina —voceó mientras este se alejaba haciéndole una peineta en dirección a la cocina.

La alcaldesa había instalado una nueva atracción en el pueblo, una tirolina que cruzaba el lago por el aire y les ofrecía, a los más valientes, unas vistas sin igual del valle.

Ese era el día de la inauguración y prueba gratuita para todos los habitantes de Saint Valentine Falls.

Como era lógico, la mitad del pueblo con edad suficiente como para probarla se había aglutinado en una cola bastante larga, para el bautizado como: «Vuelo de Cupido».

Por fortuna, no había que ponerse esas ridículas alas que casi aprobaron en el consejo.

Stacey cubría la noticia entrevistando a algunos de los valerosos que querían surcar el cielo

sobre las frías aguas del Heartly.

Dax, el ayudante de la *sheriff* y marido de Stace, ponía orden para que todo el mundo respetara su turno y no hubiera trifulcas vecinales.

Jane tenía el día libre, pero su hijo Levi, que ya tenía los catorce, la edad mínima permitida para tirarse por el cordón de acero con la consiguiente autorización materna, estaba deseoso de ser uno de los primeros en arrojarse junto a sus amigos de clase.

La cosa es que me liaron, decidieron hacer de la actividad una especie de salida de primos con comida en el restaurante de Trav porque Elías les fue con el cuento de que estaba de bajón, que apenas respiraba ni me tomaba un día libre en el rancho y al final iba a estallar.

Casi me secuestraron, vinieron a por mí a primera hora de la mañana. Elías, Jane y Levi se presentaron en el rancho sin previo aviso y con mucha alevosía.

Intenté explicarles que el trabajo no se hacía solo, pero venían con las armas cargadas, Elías me prometió que si iba con ellos, Derek y él me echarían una mano después de comer.

—¿Y qué va a hacer tu novio, que es profesor de música, en el rancho? —pregunté, ganándome un chasquido de lengua por su parte.

—¿No has oído eso de que la música amansa a las fieras? Hay un estudio, don ingeniero agrónomo —añadió con retintín—, que asocia una mejora de producción de leche en las vacas y una mayor felicidad si oyen música clásica.

—Te recuerdo que lo nuestro son los caballos y los Hereford, la leche que dan les sale por el rabo.

—Vale, pues cambio felicidad por fertilidad, puede tocarles la flauta a los toros.

—Al único toro que Derek le toca la flauta es a ti, Wallace.

—Lo mío es un trombón, Wallace.

—Lo tuyo no llega ni a clarinete.

—¿Quieres que te la enseñe? Me la has visto poco en estos últimos años.

—No quiero tener pesadillas con minúsculos instrumentos de viento y toros empalmados.

—Del uno al diez, tengo un trece.

—¿Un trece?

—¡Agárramela que me crece! —proclamó, saltando en mi espalda como un primate para tomarme la mano y que lo palpara.

Sacudí la mano como si me muriera del asco.

—Baja de ahí, Chita, que ni yo soy tu Tarzán, ni quiero agarrarte la liana.

Los dos terminamos riéndonos como idiotas, mientras Jane, que se mantenía al lado del coche patrulla, negaba cruzada de brazos. Levi se partía la caja.

—¡¿Podéis dejar de hacer los primates?! —proclamó—. ¡Menudo ejemplo que sois para mi hijo!

—Le dijo la sartén a los cazos, señorita Calamidad. —Ella alzó las cejas en cuanto empleé el mote por el que era conocida.

—Entonces, ¿dices que vienes por propia voluntad, o tengo que esposarte? —preguntó, dándole al botón para que se encendieran las luces del coche patrulla.

—Si fueras un tío, igual elegía la segunda opción, como eres tú… ¿Tengo otro remedio?

—Vamos, primo Mount, ¡no seas un rajado! —me provocó Levi, brabucón, asomado a la ventanilla.

—¿Rajado? Esa palabra no se ha inventado para los Wallace, chaval. —Él me ofreció una

sonrisa espléndida que brilló en sus ojos azules.

Mi prima era madre soltera y había criado sola a su hijo, con la ayuda de mis tíos y todos sus hermanos. Puede que Levi no tuviera un padre, pero no es que le faltaran cuidados o figuras masculinas para que tomara ejemplo.

Además, Calamity Jane era una mujer de armas tomar.

Les pedí unos minutos para dar un par de órdenes a los chicos y me fui con ellos.

La verdad era que me vendría bien tomarme un respiro y dejar de pensar en Jim.

Hacía buen tiempo y eso que en las noticias anunciaban inestabilidad por culpa de los tornados, la primavera era la época y Missouri una zona proclive a ellos, aunque nueve de cada diez avisos no llegaban a término.

El camino al pueblo se hizo corto, entre las pullas que nos lanzábamos y Levi contándome su sueño de ser el próximo Cole Carter, llegamos bastante rápido.

El tipo al que hacía referencia había sido el vecino de enfrente de mis primos, el mejor amigo de Travis, el ejemplo del sueño americano. Se largó de Missouri con una beca de fútbol y era la estrella de los Giants de Nueva York. En el pueblo era toda una leyenda.

—Tú lo que tienes es que centrarte y estudiar, los jugadores de la NFL terminan idiotas de tantos golpes en la cabeza, aunque algunos, como en el caso de Cole, no le hicieran falta, ya le venía de serie —farfulló su madre por lo bajito.

—Mamá odia el fútbol —protestó Levi.

—Yo recuerdo otra época en la que… Aaah —gritó agudo Elías, que iba montado al lado de su hermana y recibió un pellizco en el muslo.

—Tú no recuerdas nada. —Mi primo se frotó la pierna.

—Tu madre odia demasiadas cosas.

—Cuando naciste, debí ahogarte con el cordón umbilical.

—¿Lo dices porque no te salió bien lo de asfixiarnos con el cojín?

Elías hablaba en plural porque a Jane no le sentó demasiado bien la llegada de los trillizos.

Travis la torturaba diciéndole que iba a pasar a ser la mediana y que sus padres se olvidarían de ella, así que puede que en una guerra de cojines Wallace le pusiera demasiado entusiasmo tumbándose encima de sus tres cabezas sobre la cama.

—Está claro que la privación de oxígeno os pasó factura —bufó ella.

—Por eso a ti te dieron la pistola y las esposas y yo curo a ovejas, debería haberte pedido daños colaterales y que terminaras con tu culo flaco en la cárcel.

Casi pude ver cómo Jane hacía rodar los ojos, pero tenía una pequeña sonrisa en los labios que no podía disimular.

Mi prima podía ser bastante Grinch, pero en el fondo era buena tía.

En el pódium de los cascarrabias Wallace, el asunto estaba bastante reñido entre ella, Travis y River.

Depende de a quién le preguntaras, los ordenaría de un modo u otro, lo cierto era que estaban bastante empatados.

Menos mal que los demás compensábamos y éramos mayoría.

En cuanto llegamos al lago, una pequeña multitud estaba siendo amenazada por Dax para que no se colaran, la fila estaba perfectamente ordenada bajo el árbol en el que se encontraba instalada la plataforma para tirarse.

El ayudante de Jane estaba sudando la gota gorda al lado de la alcaldesa, que vestía un traje chaqueta color durazno y tenía todo el aspecto de haber pasado por la peluquería de mi tía.

La señora Carmichael no nos tenía en muy alta estima después de que su única hija se divorciara de Travis.

Todos pensaban que la reina del baile terminaría con el SuspiraCole, como se apodaba a Cole Carter, en lugar de con su mejor amigo, pero este se casó con el deporte y a Bethany no le quedó más remedio que quedarse con el que años después tildaría de premio de consolación.

La alcaldesa miraba a Jane como si se tratara de un sarpullido, nunca había sido santo de su devoción, sin embargo, que no le cayera bien no significaba que le restara mérito. En su trabajo era intachable y el índice de criminalidad de Saint Valentine era prácticamente nulo gracias a mi prima.

—Ya era hora —protestó cuando Jane se puso a su lado.

—Disculpe, alcaldesa, tenía unas diligencias que hacer y le recuerdo que hoy no estoy aquí como sheriff, sino como madre de mi hijo, que hoy es mi día libre.

—El deber nunca descansa en puestos como el tuyo o como el mío, deberías saberlo —rezongó la señora Carmichael, lo suficiente bajo como para que los demás no la escucharan.

Le pidió a Stacey que le pasara el micro, el técnico de sonido de Radio Cupido era el encargado de amenizar el día pinchando música y había preparado el set para que la alcaldesa pudiera dar su discurso inaugural y se la escuchara en varias millas a la redonda.

Esta se acercó el micrófono a la boca y un pitido ensordecedor retumbó por los altavoces.

Joey pidió perdón y reguló el sintetizador, o como diablos se llamara el aparato, para que no se acoplara.

—Ya verás, ahora la voz le sonará como si fuera Darth Vader. Al final siempre le sale su verdadero yo —murmuró Elías en mi oído, haciéndome reír por debajo de la nariz.

Derek lo abrazó por la espalda y el resto de mis primos se reunieron con nosotros.

Por fin la alcaldesa pudo arrancar.

—Queridos habitantes de Saint Valentine Falls. Es un honor dirigirme a todos vosotros en este día tan especial. Quiero expresar mi más sincera gratitud por vuestra presencia en la inauguración de la nueva tirolina del valle, y la generosa aportación económica que la ha hecho posible.

»Gracias al señor Wyatt, la señora Sheldon, el señor Phillips, la asociación de comerciantes de Saint Valentine y, cómo no, a la empresa de reformas de los hermanos Wallace, Luke y Brandon, que han ayudado para que este proyecto sea tan atractivo como sostenible.

Todos aplaudimos y dimos algún que otro silbido.

—Ha sido un esfuerzo conjunto que hoy da sus frutos y por ello queremos que todos gocéis y seáis partícipes. La tirolina Vuelo de Cupido no solo es una nueva atracción para el uso y disfrute de aquellos que viven aquí todo el año, también se convertirá en un importante reclamo turístico. Queremos que los veraneantes descubran lo maravilloso que es nuestro pueblo, más allá de la famosa feria de San Valentín.

»Agradezco profundamente el esfuerzo y dedicación de todos los que cuidan y embellecen nuestra población día a día, los que deciden quedarse y seguir apostando por un lugar tocado por las flechas del amor.

»Gracias a todos vosotros, Saint Valentine Falls se está convirtiendo en un lugar cada vez más conocido y apreciado, así que os invito a que sigamos trabajando juntos para hacer de nuestro hogar un lugar aún más especial.

»¡Disfrutad de esta novedad y de todo lo que nuestro querido pueblo tiene que ofrecer!

Todos se pusieron a aplaudir. Stace iba a quitarle el micro, pero la alcaldesa retomó un

segundo el discurso añadiendo una coletilla final.

—Ah, y por supuesto, como la edad, el traje y mi ciática no me lo permiten, nuestra queridísima e intrépida sheriff Wallace será quien haga en mi nombre el vuelo inaugural. ¡Quién mejor para evaluar la maravillosa y segura construcción de sus hermanos! —dijo con cierto retintín—. Muchas gracias a todos y feliz aterrizaje, Jane.

Mi prima apretó los puños, dejando claro que eso no estaba previsto y fue una emboscada, aunque por supuesto ella jamás despreciaría un desafío. Y mucho menos bajo la atenta y brillante mirada de su hijo.

—¡Vamos, mamá! —proclamó Levi con toda la admiración del mundo.

Ella nos contempló a mí, a Elías y a la alcaldesa como si fuéramos el colmo de todos sus males y, finalmente, subió por los peldaños de madera hasta la plataforma, donde el monitor encargado del vuelo le colocaría el arnés de seguridad.

Todos estábamos muy expectantes, Stacey retransmitía lo que estaba ocurriendo con muchísima emoción.

Apenas faltaban unos anclajes para que Jane se lanzara al vacío. Le habían colocado un casco con una Go Pro para emplearlo en el vídeo de la página web del ayuntamiento.

Todo debería haber salido rodado si no fuera porque, cuando iba a dar el salto, algo pareció impactar contra su pierna.

Mi prima hizo cierto gesto de dolor, se agachó, pisó en falso, fuera de la plataforma, y al ver que perdía el equilibrio, se agarró a lo primero que pilló, que resultó ser el pantalón del pobre tipo que le puso el arnés.

Fue el claro ejemplo de la importancia de llevar cinturón.

El pantalón era de una talla superior, por lo que, en un santiamén, el tejido cedió, se le escurrió caderas abajo hasta sus rodillas mostrando unos calzoncillos dignos del dios del amor en su visita a una caja de ahorros.

Los llevaba blancos, ajustados, de corazones rojos y bastante por debajo de donde debería. Tal fue así que te daban ganas de lanzarle monedas.

Los dedos de mi prima eran como tenazas, no soltó al hombre que palmoteaba en el aire hasta que se topó con su raja del culo emergente, entonces emitió un graznido, salió propulsada valle abajo y el hombre se despeñó por el árbol, menos mal que llevaba puesta una cuerda a la cintura.

Quedó suspendido de la plataforma, con los pantalones por los tobillos y el calvo a medio hacer.

Creo que el vídeo sigue circulando por redes sociales. La gente no paraba de grabar y hacer fotografías bajo el grito amenazante de Jane de «si alguien publica esto, lo llevo al calabozo».

Creo que nunca me había reído tanto.

En cuanto Jane tocó suelo, puso la directa en dirección a mi primo Travis, que se descojonaba guardando a su espalda el tirachinas que llevaba en la mano. Se largó al restaurante antes de que mi prima lo alcanzara.

No cabía duda de que el responsable del vuelo fallido era él.

Fue una mañana divertida, y la comida que nos pusieron estaba para chuparse los dedos, me dio la impresión de ver a Mary Kate cuando iba hacia el baño y no pude evitar acercarme, seguro que había ido a llevarle queso y mantequilla a Travis.

—Hola —la saludé.

A ella se le encendieron las mejillas y desvió la mirada con rapidez. Iba completamente de gris, con un par de trenzas y la cofia blanca en lo alto de la cabeza.

—Hola.

—Pe-perdona, solo quería saber cómo estaban el pastor y Jim, sé que no se os permite hablar mucho con las personas que no pertenecen a Nuevo Amanecer. —Ella alzó la cabeza un tanto preocupada—. Tranquila, no nos ha visto nadie, están demasiado ocupados con la nueva atracción.

Sus ojos se iluminaron.

—¿C-cómo es? —preguntó sin poder evitarlo. Era lógico, era una chica joven y seguro que sentía curiosidad por toda esa cantidad de cosas que le prohibían sin sentido.

—Divertido, deberías probar. —Su rostro se contrajo—. No se enchufa, ni es un móvil, ni nada que os pueda llevar a la tentación… No creo que un vuelo en tirolina sea pecado.

Su boca se curvó en una sonrisa, parecía maja, no podía quitarme la idea de que me recordaba a mi hermanita.

Sentí lástima por ella, se la veía con tantas ganas de probar cosas.

—No creo que al pastor le gustara, pero quién sabe, quizá algún día. A su pregunta, está mejorando, Jim está muy volcado en ello, gracias por preocuparse.

—Es un gran trabajador, en el rancho lo echamos de menos. —«Yo lo echo de menos».

—Gracias por interesarse, le diré que le he visto y me ha preguntado.

—No quiero meterte en problemas.

—Mi prometido no es como la mayoría —exhaló.

—No, no lo es. Encantado de conocerte, Mary Kate, si algún día necesitáis algo, venid a verme.

—Gracias, señor Wallace.

—Mount.

—Mount —respondió con las mejillas enrojecidas.

Sherry vino a traerle su dinero y ella se marchó.

Lo último que hizo antes de salir fue enviar otra mirada soñadora al exterior, desde la cristalera que daba a la terraza se podían apreciar a los jóvenes volar sobre el valle.

CAPÍTULO 26





—Hola, ¿cómo está el pastor?

Mary Kate vino a visitarnos, como casi cada día, desde que a mi padre le dio el ictus.

Habían pasado dos meses desde entonces, mi vida dio un giro, no podía decir que de 180º, aunque sí lo sentía así.

Lo cierto es que me sentía como en la casilla de salida, la misma en la que me encontraba antes de poner un pie en el rancho Wallace, pero habiéndolo puesto, y ello lo cambiaba todo, todo.

Ahora, además de ocuparme de las ovejas, me responsabilizaba de parte del cuidado y la rehabilitación de mi padre.

Podría haber delegado esa parte en mi madre, salvo que no me parecía justo, ella ya hacía bastante ocupándose de la casa, lavándolo y soportando que la enfermedad lo tuviera más malhumorado que nunca.

Cuando nadie la escuchaba, yo la oía llorar y me planteaba cuanto tiempo llevaba así, si era desde la enfermedad de mi padre u ocurría desde antes, solo que yo no me había percatado.

¿Alguien en esa casa era feliz?

A padre le quedaron secuelas, tanto en el habla como en la movilidad.

El tratamiento que le puso el médico de la comunidad, el hermano Samuel, era bastante más lento que si lo hubiéramos llevado a un hospital tradicional, pero como padre decía, su curación era voluntad de Dios.

Según él, debíamos tener paciencia, ser constantes y orar mucho, para que padre se recuperara lo antes posible.

Apenas podía dar unos pasos sin cansarse, se apoyaba siempre en mí, o en mi madre. Los Adams le trajeron un bastón y, aunque lo utilizaba, no nos fiábamos de que se pudiera caer.

Cada mañana, después de atender a las ovejas, realizábamos sus ejercicios de rehabilitación.

Empezábamos con los de movilidad, para fortalecer la musculatura de brazos y piernas, eran esenciales para evitar que se atrofiasen.

Después, pasábamos a los de habla. Le leía en voz alta pasajes de nuestro libro sagrado, era de los pocos que se nos permitía leer, y le pedía que, tras escucharme, repitiera las palabras conmigo.

A veces, se frustraba cuando no podía hacerlo correctamente, cuando se le cruzaban los términos y no le salían. Daba manotazos agobiado, o golpeaba cosas con el mango del bastón, que solía pulverizar el vaso de agua que le ponía en la mesita.

La frustración lo arrastraba a cierta violencia con la que le costaba lidiar y que mi madre no asumía.

Yo trataba de mantener la calma y animarlo a seguir intentándolo, a disolver el mal genio.

Cuando se lo comenté al hermano Samuel, nos dijo que Dios estaba poniendo a nuestra familia a prueba, acercándola a valores como la paciencia, la resiliencia, la resignación y la fuerza de voluntad.

—La curación del pastor es un proceso lento y doloroso, pero no podéis perder la fe, dadle los masajes, las infusiones y rezad.

El ginkgo biloba y el jengibre formaban parte de nuestra nueva despensa, los necesitaba para mejorar su circulación.

Después de la ducha, yo pasaba las manos por su cuerpo, en las zonas afectadas por falta de movilidad, con un ungüento de árnica para aliviar el dolor y la inflamación.

Cuanto más tiempo pasaba a su lado, más convencido estaba de que el castigo había sido por mi culpa, por descarrilar y salirme del camino.

Dios había tomado una decisión drástica atacando directamente a mi familia para que regresara al redil, y me convirtió en los brazos, las piernas e incluso la voz del pastor.

Mientras él no pudiera dar misa, yo subía al púlpito para hablarle a la congregación en su nombre, con él a mi lado, supervisando cada palabra que salía de mi boca.

Los veía mirarme con adoración, asintiendo mientras a mí me devoraban las náuseas. Cuanto más hablaba, leía o predicaba, peor me sentía, como si fuera un impostor.

La semana anterior, en una de las visitas de mi futura suegra, la escuché hablando con mi madre sobre lo que nos deparaba el futuro y lo que ella opinaba de lo que le había pasado a mi padre.

—¿Y si el señor os ha puesto este escollo para que Jim sea quien siga el camino de John? ¿Te imaginas? Qué gran honra que tu hijo siguiera los pasos de su padre y Mary Kate fuera la esposa del futuro pastor. Por supuesto, cuando tu marido ya no pueda ejercer.

¿Yo? ¿Predicando con el evangelio de Nuevo Amanecer?

Al escucharlas, la bilis ascendió por mi garganta y tuve que ir al baño a vomitar.

No me sentía capaz, no cuando cada noche, cada vez que me metía en la cama, pensaba en

Mount en lugar de en mi prometida.

Quería besar su boca, compartir sus sonrisas, enrojecer con sus provocaciones, fijarme en su silueta a lomos de Cinamom al atardecer.

Anhelaba volver a sentir que cualquier cosa era posible a su lado, como si lo nuestro no fuera una abominación fruto del maligno.

Alargaba el brazo y sacaba de mi escondite la cajita del móvil que tenía oculta bajo una lama de madera. Pasaba los dedos por ella sintiendo cierto hormigueo en las yemas, me moría de ganas por llamarlo, por verlo, por volver a tenerlo sentado sobre mis caderas con su aliento golpeando el mío.

Algunas noches pedaleaba hasta el rancho y me quedaba ahí, con la mirada puesta en la luz de su habitación, aguardaba hasta que se apagaba planteándome si estaría igual que yo. Soñaba con volver a entrar, a subir aquellos peldaños que crujían en ciertas partes, a llamarlo por su nombre para que despertara y él me atravesara con el azul de sus ojos, observándome como si fuera un puto sueño.

Que sus manos memorizaran mi cuerpo, que me estrechara y me dijera que todo era posible a su lado, que si lo deseaba con la fuerza suficiente, que no había nada malo en que fuera a él a quien sintiera bajo mi piel, en cada latido.

Después caía de nuevo en el pozo de realidad que era la comunidad y me ahogaba.

Era absurdo pensar en imposibles, en llevar a mi mente al borde del abismo.

Mis visitas al río eran diarias, la ponzoña de la semilla del maligno había sido sembrada, la notaba fluyendo en mi torrente sanguíneo, esa ansia enfermiza por volver a verlo.

Ni las charlas con Jeremiah, ni las visitas de Mary Kate, ni todas las veces que leía y releía los pasajes del evangelio conseguían arrancármelo de la piel, y eso que mi prometida era una presencia constante y diaria.

Apreciaba que viniese, era una buena chica, salvo que no podía evitar sentirme sofocado cada vez que me miraba la boca con una súplica en sus ojos. No había vuelto a besarla, no obstante, sabía que ella quería repetir y quizá debería, quizá si lo intentaba con más fe, llegaría a gustarme y a funcionar.

Ella era amable y dedicada y en ese momento me estaba mirando de esa manera...

Oteé a un lado y a otro.

Madre había ido a la despensa para preparar el té, padre no podía salir del salón y yo estaba en la puerta mientras ella aguardaba mi respuesta.

Tiré de ella y la llevé a un rincón para hundir mi boca en la suya.

Esa vez no hubo mordisco y, tras la sorpresa inicial, Mary Kate separó los labios y dejó que hundiera la lengua sin reticencias.

Puse toda la intención, juro que le supliqué a Dios sentir una cuarta parte de la pasión que desataba en mí Mount, bajé las manos a su trasero y lo amasé mientras metía una pierna entre sus muslos y ella jadeaba al sentir mi rodilla.

Seguí ahondando en su boca sin éxito.

Nada, nada, na-da.

Di fin al beso frustrado. Ella parpadeó sonrojada y me sonrió, lamió los restos de mi saliva y todavía me sentí peor.

—Lo-lo siento, no debí. —Me aparté como si quemara, ella me cogió de las manos en un acto de valentía, sonriente.

—Sí, sí debiste. Me-me ha gustado.

«¡¿Y por qué a mí no?!».

—¿En serio? —pregunté dubitativo.

—Em, sí, bueno, no es que tenga mucha experiencia, pero ha ido mejor, ¿no?

«Si tú lo dices…».

—Quizá si practicáramos un poco…—sugirió.

—¡No! —espeté, separándome rápido del contacto, apenas me soportaba por lo que había hecho.

Sus mejillas se encendieron todavía más. Abrió y cerró la boca como un pez.

—Lo-lo lamento —desvió la cabeza para mirar las puntas de sus pies—, debes pensar que soy una descarriada al decir algo así.

—Yo no pienso eso, es solo que no debemos, no está bien. Perdona por haberte hecho ceder a mis bajos instintos. —Ella elevó un poco las pestañas.

—Yo también lo deseaba.

—Eso da igual, no volverá a ocurrir, no hasta que nos casemos.

Mary Kate asintió, parecía avergonzada, vulnerable. Era un patán.

Me moví nervioso, extendí la mano sin saber qué hacer o qué decir.

—Pasa, por favor, soy un desconsiderado.

Antes de que avanzáramos, ella habló.

—Hoy he bajado al pueblo y he visto a Mount Wallace.

Me faltó el aire de inmediato, como si alguien me hubiera arrojado por un precipicio. ¿Cómo iba a esperar escuchar su nombre en los labios de Mary Kate?

—Fue muy amable —prosiguió—, hablamos un poco.

—¡¿Qué te dijo?! —espeté, agarrándola con fuerza de las muñecas.

Ella malinterpretó el gesto.

—Te-te juro que no fue nada impropio, ¡de verdad! Solo se interesó por ti y por tu padre, me dijo que te echaba de menos en el rancho.

La solté de inmediato. Las fosas de mi nariz se dilataron y mi corazón pasó de acelerarse a sonar pesado.

Mount.

Mount.

Mount.

Allí estaba, en cada maldito latido.

—¿Qué más te dijo? —pregunté sin poder mirarla a los ojos.

—Nada más, te lo prometo, solo fue un segundo, cuando fui a llevar el queso y la mantequilla al restaurante del hotel. Fuera me esperaba mi padre con el carruaje, yo estaba en la barra y él se acercó para hablar conmigo. No pensé que te pudieras enfadar.

La familia de Mary Kate era de las pocas que disponían de un vehículo.

—No me he enfadado, perdona, no quise ser brusco.

Lo que me pasaba era que tenía tantas preguntas que hacerle que me dolía que fuera ella quien hubiese estado con él.

Quería saber cómo estaba, si seguía igual, si aquel mechón rebelde continuaba cayendo sobre su frente cuando se quitaba el sombrero, si seguía sin llevar barba y el azul de sus ojos parecía un trocito de cielo.

—¿Quién era, Jim? —preguntó mi madre desde el salón.

—Es Mary Kate, madre.

—¡Pues dile que entre y no la dejes en la puerta!

—Pasa, por favor.

—Gracias —dijo, llevándose las manos a las mejillas, que seguían un poco enrojecidas.

Estuvimos toda la tarde charlando con tranquilidad, los cuatro juntos. Mi prometida era muy dulce y paciente con padre y mi madre la contemplaba con adoración, era la nuera perfecta, qué lástima que no pudiera sentir nada por ella, ojalá el tiempo me lo permitiera.

Era casi la hora de cenar cuando madre me sugirió que la acompañara a casa. El cielo estaba bastante negro y azotaba un viento que apenas nos dejaba avanzar sin que se volara el sombrero.

Los caballos relinchaban.

Jeremiah corrió hacia nosotros.

—Hay alerta por tornado, necesitamos poner todo el ganado a refugio, he llamado a las casas, todo el mundo está avisado.

—¿Tornado? —inquirí.

Mi amigo asintió.

—Sí, y uno muy bestia, he bajado al pueblo y estaban haciendo sonar las alarmas. Hay una buena montada, casi no me dejan regresar. Han enviado a todo el mundo a sus refugios y a quien no tuviera al de la biblioteca. Nadie puede entrar o salir de Saint Valentine por miedo a lo que pueda ocurrir.

—¿Puedes acompañar a Mary Kate a su casa? Necesito salvaguardar a las ovejas.

—Sí, claro. —Ella me miró asustada. Sabía que los Adams tenían un buen refugio.

—Jim…

—Tranquila, estaremos bien, ve con Jeremiah. —Ella asintió, no me podía contradecir, mi voz siempre se alzaría por encima de la suya por ley.

Mi hermano había salido a la calle y nos cruzamos en el camino.

—Venía a ayudarte con las ovejas. Podemos meterlas en mi granero, es el lugar más seguro.

—Me parece bien.

Los dos fuimos hasta el cercado para trasladarlas, nos aseguramos de que tuvieran comida y agua suficiente.

En cuanto tuve las puertas y las ventanas afianzadas, fuimos a por mis padres. Su casa era más nueva, el sótano más grande y estarían mejor protegidos.

—¿Dónde vamos? —preguntó mi madre nerviosa.

—A casa de Paul, madre, es mejor que pasen la noche allí, estarán más seguros.

—¿Pasemos? ¿Y tú?

—Yo necesito asegurar nuestra casa y que no sufra más daños de los que ya ha recibido.

—Pero, hijo…

—No discutamos por esto, madre, se lo ruego, ya perdimos demasiado y me he esforzado mucho para que pudiéramos reconstruirlo.

Ella asintió.

—Vale, pero métete en el refugio —me acarició la cara y me dio un beso.

—Descuide.

Volví a nuestro hogar, clavé varias maderas para proteger las ventanas lo mejor que pude. Solo me quedaba bajar al sótano, con algunos víveres, salvo que no lo hice porque pensé en Mount.

Jeremiah había dicho que no dejaban entrar y salir a nadie del pueblo, a esas horas los trabajadores ya no estaban en el rancho, por lo que estaría solo con todo.

¡No podía! ¡Era imposible proteger a todos los animales! ¡Tenía que ayudarlo!
Ni siquiera lo pensé.
Atranqué la puerta principal, me subí a la bicicleta y me puse a pedalear como un loco.

CAPÍTULO 27



El rancho estaba inquietantemente silencioso cuando recibí la llamada de mi prima Jane. Su voz temblaba al otro lado de la línea, y no era para menos.

Elías y Derek habían estado conmigo hasta hacía un par de horas, y el resto de trabajadores se marcharon a sus horas.

—Mount, escúchame, es grave.

—¿La alcaldesa ha decidido montarse en la tirolina y con esta ventolera ha salido volando sin necesidad de pedirle el paraguas prestado a Mary Poppins?

—No estoy para bromas, hay una formada de la hostia, el servicio de meteorología ha emitido una alerta de tornado además de la tormenta eléctrica que va a azotarnos, es un EF5, uno de los más peligrosos, puede hacer volar casas enteras, así que tienes poco menos de una hora para hacer lo que puedas y ponerte a salvo.

—Si esta es una de tus bromas, te advierto que no tiene un ápice de gracia.

—¡No lo es, joder! ¡Pon las noticias si no me crees! ¡No puedo mandarte a nadie! Estoy ocupándome de que todo el mundo se meta en los refugios.

—¡Mierda! —mascullé cuando puse el televisor y vi que lo que me contaba mi prima era cierto. Estaba sentado en la mesa de la cocina, listo para abrirme una lata y calentarla en el

microondas porque no me apetecía cocinar, estaba exhausto.

Pues más que lo iba a estar.

El corazón me dio un vuelco. Estaba solo, jodidamente solo, y no iba a tener tiempo para todo.

—Te cuelgo.

—Ten cuid…

Bip, bip, bip, bip.

Pensé rápido.

Mientras iba a los establos, ordené mis prioridades, los caballos estaban todos metidos en sus boxes, la cosechadora estaba en el campo y los toros en la pradera.

Hice un cálculo mental rápido, que la máquina saliera volando sería una putada, pero terminar con mi ganado en Kentucky, poco hechos y sin parrilla, era todavía peor.

«A por los toros».

El viento comenzaba a arremolinarse con fuerza, y el cielo se oscurecía rápidamente.

Fui a toda prisa al establo, los caballos relinchaban inquietos, incluso Cinamom movía las patas como si quisiera salir huyendo.

—Vamos, preciosa, hoy estamos tú y yo solos contra el mundo, no estropees la cita. —La acaricié—. ¿Qué te parece si te convierto en heroína y me acompañas a salvar a tus amiguitos con astas?

Le puse la manta y la silla lo más rápido que pude, subí de un salto y clavé los talones en sus flancos.

Salimos en estampida.

Todos los sonidos y movimientos que emitía estaban pensados para que corriera al máximo, debía llegar a la pradera lo antes posible.

Parecía sentir mi tensión, sus pasos eran rápidos y decididos, como si entendiera la gravedad de la situación. Mientras cabalgábamos, mi mente no dejaba de pensar en los toros, en cómo podrían asustarse y dispersarse si no llegaba a tiempo. La responsabilidad pesaba sobre mis hombros, y cada segundo contaba.

No me había equivocado, al llegar a la zona en la que pastaban, los astados estaban inquietos, sintiendo el cambio en el aire.

Intenté guiarlos hacia el refugio, pero se resistían, asustados por el ruido y la tensión en el ambiente. La faena se me estaba complicando más de lo previsto.

Habíamos conseguido unos ejemplares grandes y poderosos que iban a causar sensación en la feria de ese año, eso si no salían volando.

Aparté la idea de mi mente, tenía que centrarme en que se movieran y hacerlo solo no era tarea fácil, por lo menos, si Jim estuviera…

¡Joder! Incluso en ese momento lo echaba de menos, esperaba que se hubiera podido refugiar con sus padres.

Utilicé un bastón de manejo para dirigir a los toros, golpeando con suavidad el suelo para guiarlos en la dirección correcta. Los llamaba por sus nombres, tratando de mantener mi voz serena para no asustarlos más de lo que ya estaban. Poco a poco, logré que se movieran hacia el refugio subterráneo que habíamos construido precisamente para situaciones como esa.

Estaba ubicado en una parte más baja del terreno, protegido por gruesas paredes de cemento. Era lo suficiente grande para albergar a todos los toros, con espacio para que se movieran sin sentirse demasiado confinados y unos respiraderos para que no les faltara el aire.

Abrí las puertas del refugio y comencé a guiarlos uno por uno hacia adentro. Algunos se resistían, nerviosos por el ruido del viento y los relámpagos que iluminaban el cielo, pero con paciencia y firmeza, estaba consiguiendo que entraran.

La lluvia caía sin piedad, me importaba una mierda terminar calado hasta los huesos, lo importante era no perderlos.

Me estaba costando más tiempo del esperado y no me lo podía permitir. El sudor se arremolinaba en la espalda y sentía la tensión por todo el cuerpo.

Escuché un relincho, conocía a la perfección el de todos mis caballos y sabía que no era Cinamom, la cual había atado a un árbol. No podía haber pasado el tornado por el establo, ¿verdad?

Jane dijo una hora, y solo habían pasado cuarenta minutos.

Me giré hacia el sonido y entonces lo vi. Sumergido en aquella cortina de agua.

Lo reconocería en cualquier parte, aquel era Jim, montado a lomos de su caballo, galopando hacia mí vestido de gris. No podía creerlo.

—¡Jim! —grité, aliviado y sorprendido a la vez. Él desmontó con rapidez—. ¿Qué haces aquí? —No podía sentirme más eufórico al verlo.

—Jeremiah me dijo lo del aviso, era incapaz de dejarte solo. Vine tan rápido como pude para echarte una mano con los animales, me imaginé que estarías aquí.

Nunca había tenido más ganas de besarlo, había venido por mí, desoyendo todo aquello que lo apartaba y lo empujaba a alejarse.

Le sonreí.

—No voy a negarme a que te quedes, ni a pedirte que te marches.

—Pobre de ti que lo hagas. ¡Venga, vamos al lío!

Juntos, trabajamos para guiar a los toros restantes hacia el refugio.

Jim ya no era el mismo hombre que se quedó pasmado meses atrás ante aquel toro enfurecido en el río, ahora parecía tener un don para calmarlos como si fuera su igual y formara parte de la manada.

Lo reconocieron y, poco a poco, logramos que entraran. El viento rugía a nuestro alrededor, la lluvia te perforaba la piel y la presión en el aire era casi insoportable.

Cerré la compuerta.

—Vamos, Jim, ¡tenemos que ponernos a salvo! —grité. Mi voz era apenas audible.

Asintió, montamos a lo bestia, metimos los caballos en el establo, los desensillamos y aseguramos las puertas.

Apenas podíamos caminar. Me detuve un instante, viendo cómo aquella pavorosa espiral se acercaba hacia nosotros.

Jim me tomó de la mano y tiró de mí con fuerza, entrelazamos los dedos y avanzamos hasta alcanzar la casa.

Llamé a voces a Pancho y Rosie y los bajé con nosotros al refugio. Era bastante grande, lo reformamos hacía solo un año y lo equipamos a conciencia, con un baño completo, colchones y una buena despensa.

Me permití el lujo de pillar dos cervezas antes de bajar, si teníamos que salir volando, no lo haríamos con la garganta seca.

Encendí la luz, aunque lo más probable era que nos quedáramos a oscuras, así que rebusqué en uno de los cajones la linterna.

—¿Qué hago? —preguntó Jim.

—Pon de beber a los perros, hay un bol ahí, el grifo tiene agua corriente.

Había una mini cocina, un hornillo y un fregadero, lo justo e imprescindible.

Rosie y Pancho se acurrucaron en un rincón haciendo sonidos lastimeros.

—Tranquilos, chicos, todo va a salir bien —les dijo con voz calmada.

Como me temía, la luz falló, pero teníamos la linterna.

—Ahí hay algunas velas y cerillas —le indiqué alumbrándolo.

Jim las encendió.

Los dos estábamos mojados hasta el tuétano, el frío se me había metido en los huesos y, sin embargo, me daba igual, porque Jim estaba conmigo.

La casa crujió. Me acerqué a él, si tenía que morir, lo haría en la mejor compañía.

Sus ojos buscaron los míos. Todo el miedo y la tensión se desvanecieron. Estábamos juntos y eso era lo único que importaba.

—Gracias por haber venido —musité, quitándole el sombrero.

—Es lo que haría un buen amigo.

Las sombras y las luces se arremolinaban sobre su apuesto rostro salpicado de lluvia.

—¿Y qué más haría un buen amigo? —Alcé las cejas.

—Puede que abrazarte si te dan miedo las tormentas y los tornados.

—Empiezo a sentir pavor.

Me acerqué instándolo a que fuera él quien sellara sus brazos a mi alrededor.

Lo hizo, me sentí en la gloria, seguía oliendo como siempre, un aroma natural, sin aderezos, a bosque, hierbas aromáticas, madera y algo profundamente masculino.

Solo con aquel apretón sostenido era como si me estuviera besando el alma.

Un sonido de bronco placer atravesó mi garganta.

—Mount… —susurró cerca de mi oído. Su aliento cálido erizó el vello de mis brazos.

—No digas nada, solo quédate así, conmigo, hasta que esto pase, deja que pueda atesorar por lo menos esto entre nosotros.

Calló y nos vimos envueltos por los sonidos de la inclemencia del tiempo.

—Así suena la furia de Dios —masculló muy pegado a mí.

—Así suena un puto tornado categoría EF5. Si así se cabrea tu Dios, no quiero pensar lo que hace cuando tiene un buen día, igual te provoca un melanoma.

Su risa ronca reverberó en mi pecho.

Todo crujió.

—Joder, parece que vayamos a ser arrancados y escupidos en cualquier parte del mundo —protesté.

—Puestos a elegir, que sea en un sitio con playa, nunca he ido.

—¿En serio?

—Sí —respondió sin despegarse de mí ni un milímetro.

Mis manos acariciaban cada punto que abarcaban.

—Pues a mí que me escupa en cualquier sitio, pero contigo. Si quieres arena en el culo y en las pelotas, no seré yo quien te contradiga.

—Mount… —Otra vez ese tono agónico.

—Me callo.

Nos quedamos así hasta que la nada fue el todo, apenas se filtraban sonidos.

—Creo que lo peor ya ha pasado —admitió a desgana.

—Yo no estoy tan seguro, igual le han gustado mis tierras y está girando a nuestro alrededor

como una peonza.

Jim volvió a reír. Podría quedarme a vivir en ese sonido.

—Eso es imposible.

—Ni hablar, la furia de tu Dios es inconmensurable y yo creo que lo tenemos montando guardia.

—¿Y qué propones?

—Que te quedes esta noche conmigo, solo por si acaso, no me gustaría que el tornado te pillara montando en bici y terminaras como E.T. pero en Arkansas, ahí no hay playa.

—Sabes que no puedo quedarme.

No era el único que acariciaba su espalda, sus dedos también se movían en círculos, reticentes a soltarme.

—Lo sé, pero me gusta imaginar que puede ser.

Se apartó lo justo para observarme torturado, si una mirada pudiera besar, sería la suya.

Rompió totalmente el contacto y sentí el frío de su pérdida.

—¿Puedo invitarte por lo menos a una cerveza? Nos la merecemos.

—Nos la merecemos —sentenció.

Abrí los botellines sin demasiado esfuerzo, le di a él la de raíz y me quedé con una nueva de importación que Derek y Elías habían traído esa misma tarde.

Entrechocamos los botellines.

—Por los amigos que aparecen cuando más los necesitas y te mueres porque te hagan una visita.

—Por los amigos que, aunque no los puedas ver, los sientes en cada puto pensamiento, en cada puto latido.

Después de que sus palabras me atravesaran, sonreí.

—¿Has dicho puto?

—¿Yo? ¡Qué va! —Casi se atragantó al beber. Mi sonrisa se hizo más amplia.

—Has dicho puto y lo has hecho dos veces.

—Anda, bebe, que los vientos huracanados te han dejado medio sordo y entiendes lo que quieres.

Lo hicimos ambos con una sonrisa en los labios, como si compartiéramos una trastada común.

Veinte minutos más tarde, intentamos abrir la trampilla. Y digo intentamos porque la hija de puta no cedía.

—Lo siento, no se mueve —me disculpé.

—A ver, déjame a mí.

Estaba casi seguro de que no me creía.

Jim empujó, golpeó y casi pateó la cerradura si no fuera porque le pillaba a una altura digna de Daniel Larusso en *Karate Kid*.

—No se abre.

—Ya te lo he dicho, y aquí abajo no hay herramientas.

—Pues usa tu móvil.

Lo saqué del bolsillo trasero del pantalón y lo agité frente a sus ojos.

—Tampoco hay cobertura y dudo que alguien viniera a rescatarnos de inmediato tal y como debe estar el panorama.

—¿Y qué hacemos? —cuestionó nervioso.

—Esperar, no hay otra. —Él bufó—. No te sulfures, mis primos vendrán en cuanto puedan al

ver que no contesto, solo serán unas horas, ya lo verás.

Jim volvió a su cruzada contra la compuerta, hasta que tuvo los nudillos enrojecidos y empezó a resollar.

Yo, mientras, empecé a quitarme la ropa, llevaba demasiado tiempo con ella puesta e iba a pillar una pulmonía.

—¡¿Qué haces?! —me preguntó, abriendo mucho los ojos.

—Se llama desnudarse, suele hacerse cuando estás helado y con la ropa empapada y sirve para entrar en calor, deberías probar.

—Muy gracioso.

—Lo sé.

No dejé una sola prenda sobre mi cuerpo. Jim intentaba no mirar y seguía manipulando el cierre.

—Te recuerdo que es a prueba de tornados y, por muy cachas que estés, me da a mí que no tienes su fuerza.

Cogí unas sábanas y una manta del armario, las sacudí un poco por si habían cogido polvo y enfundé con ellas uno de los colchones.

Sin prestar atención a Jim, abrí el cobertor y me tumbé en el interior, arropado hasta el pecho.

Agarré el móvil y busqué la carpeta con los archivos de música, siempre tenía una lista, porque había veces que mientras estaba en el campo no había cobertura y me gustaba entretenerme oyendo algo más que la naturaleza.

—¿En serio pones música ahora?

—Es mejor que tus porrazos y tus alaridos. Tu banda sonora no me gusta.

—Es preferible quedarse como Dios te trajo al mundo y meterse en una cama.

—Por lo menos, aquí se está calentito, ¿por qué no pruebas?

—Paso.

—Tú mismo, pero así como estás, no te auguro un buen final, no creo que a tu padre le convenga que enfermes.

Jim me contempló de soslayo desconfiado.

—No voy a tocarte, si es lo que temes —insistí.

—Ya…

—¿Alguna vez he faltado a mi palabra? Ya has estado desnudo conmigo y no ha pasado nada.

Lo vi rumiar y rebuscar en su banco de imágenes, hasta que al final exhaló un tanto desesperado.

—Que conste que solo lo hago porque lo que le faltaría a mi familia es que cayera malo.

—Por supuesto.

Solo se desabrochó un par de botones y se sacó la camisa por la cabeza, justo como imaginaba que se desnudaría, sin ninguna delicadeza, colocándola en el respaldo de la única silla de la estancia.

Annie Bosko y Dwight Yoakam acompasaban con su tema *Heart Burn* todo aquel despliegue de masculinidad.

Había escogido el tema adrede, porque cada vez que lo oía era incapaz de no pensar en lo que sentía cuando tenía cerca a Jim.

Luna llena en llamas,
derritiendo mi corazón.

Trato de no caer,
me estoy desmoronando.
Oooh, soy como una polilla lunar ante una llama.
Te tengo corriendo como whisky *por mis venas.*

Haces arder mi corazón.
Haces que mi alma anhele.
Haces que me duelan los huesos.
Cuando te hayas ido, es posible que se rompan
dentro de mi pecho.
Los besos me dejan indefenso.

Sabía que lo estaba mirando y esa vez no parecía avergonzarse.

Estaba tan fuerte que su pecho era una coraza salpicada de vello oscuro, el mismo que descendía hasta perderse en la cinturilla.

Se quitó el calzado, los calcetines, el pantalón y los calzoncillos.

Yo ya tenía una erección de caballo y su polla gruesa mostraba cierto estado de excitación.

Había algo en él poderoso, rudo, primitivo y salvaje que me llamaba como decía Annie, como una polilla a la llama.

Aparté un poco la sábana, mostrándole exactamente lo que a él le apetecía ver, y cuando se tumbó a mi lado, boca arriba, lo tapé.

Oooh, estás poniendo tus manos en mi cicatriz más profunda.
Oooh, estás encendiendo cerillas en la oscuridad.

—Tampoco ha sido tan difícil, ¿no?

—No te haces una idea.

CAPÍTULO 28





Me quedé muy quieto, podía decirse que estaba casi rígido, mientras Mount canturreaba la letra de la siguiente canción que era casi tan evocadora como la primera.

Si eso era una prueba de Dios, la estaba perdiendo, mi entrepierna se endurecía sin remedio al notar su calor, captar su olor y el roce de su brazo.

No es que el colchón fuera enorme, y si era sincero conmigo mismo, quizá no estuviese lo suficiente alejado como debería.

Me había resistido con todas mis fuerzas, hice lo posible para salvaguardarme de la tentación y, sin embargo, ahí estaba, en cueros y al lado del hombre que más deseaba sobre la faz de la tierra.

Necesitaba pensar en otra cosa.

—¿Estás preocupado por los animales? ¿Por tu familia? —Mount calló y se puso de lado para mirarme a los ojos.

El codo estaba apoyado sobre el colchón y su apuesto rostro sobre la palma de su mano, con aquel pelo díscolo cayendo desordenado sobre su frente. Lo sabía porque lo miraba de reojo mientras contaba hasta diez para no apartárselo.

—Si te dijera que no, mentiría, y si te dijera que sí, también lo haría. —Fruncí el ceño sin

comprender.

Giré el rostro hacia él, apenas nos separaban unos centímetros, si se dejara caer, su boca impactaría contra la mía, lo cual me convertía en un nudo de nervios.

—¿A qué te refieres?

—A que me preocupa todo lo que haya podido ocurrir, pero se me hace muy difícil pensar en otra cosa que no seas tú y todo lo que me apetecería hacerte. Que no te toque no significa que no lo piense. Mi mente no es tan bondadosa como la tuya.

«¿Y tú qué sabrás? Bondad no es un término con el que definirme ahora mismo». Apreté los labios antes de responder algo de lo que me arrepintiera después.

—Dime, ¿también os prohíben hablar de sexo, además de practicarlo?

—No está bien visto hacerlo, salvo que tenga que ver con Dios, dudo mucho que se parezca a lo que tú haces.

—Um… ¿Y qué sabes de lo que yo hago? —Me encogí de hombros—. Ya veo… ¿Nadie te ha dicho que no se puede opinar sin saber? Quizá te convenga aguzar el oído y escuchar antes de juzgar —musitó ronco.

Su mirada se había entrecerrado y el cobertor se desplazó mostrando un torso fibrado, sin apenas vello, de piel más blanca que la mía.

—Si tu religión no prohibiera el disfrute, estaría deslizando esta sábana con suavidad sobre tu cuerpo, para que sintieras su roce sobre tu piel, en una sutil caricia que acompañarían mis ojos.

»Tus labios no tardarían en secarse sedientos de los míos, pero no te besaría, me limitaría a echar mi aliento cálido en tu boca entreabierta y lamería muy despacio tu labio inferior.

De golpe, mi garganta se llenó de aridez.

—Tu polla empezaría a crecer contra el tejido con un ansia desconocida, apremiante, tratando de llamar mi atención.

Dua Lipa cantaba que «no debías ser tan cauteloso, si practicabas lo que predicabas», y no podría estar más de acuerdo, el problema radicaba en que quizá me hubiera cansado de ello.

La canción *High* acompañaba las palabras de Mount, acelerando mis pulsaciones, acrecentando mi necesidad por él.

—Mis ojos se detendrían en tu abultada entrepierna y podrías sentir la presión de mi mirada en ella con tanta fiereza que tu glande comenzaría a humedecerse, implorando ser probado.

Me relamí sin poder evitarlo y Mount sonrió.

—Tus pezones se pondrían muy tensos cuando trazara círculos a su alrededor, tirando del vello que los circunda, deseosos de ser mordidos y succionados sin piedad mientras mi mano trazaría la línea divisoria de tus abdominales hasta alcanzar el ombligo.

»No tienes ni idea de lo jodidamente *sexy* que es que alguien te lo chupe mientras te mira a los ojos y sopla con suavidad en él. Porque tu mente lo asocia a otro orificio, mucho más tenso, oculto, cerrado y hermético, que anhelaría ser invadido.

Mi pecho subía y bajaba alterado, hipnotizado por sus palabras, su voz sensual y aquel rostro de ángel acunado por la música.

—Movería la sábana un poco más hasta exponer tu necesidad, tan inflamada como la mía, tu polla sollozaría exhausta si no es que lo está haciendo ya. Suplicaría por ser tocada, mimada y besada tal y como merece.

»Acercaría mi palma caliente a tu muslo, desplazándola hacia arriba sin hacer contacto con tu rigidez, leería la súplica muda que gritarían tus ojos oscuros, y me detendría en el vello crespo de tu pubis, para tirar de él y provocar un gemido sordo, agónico y sincero.

»Aguardaría a que fuera tu mano quien me guiara a tu entrepierna deseosa de alivio. A tu permiso tácito para moverla arriba y abajo, arriba y abajo, pasando el pulgar por la húmeda hendidura de tu glande, moviéndola con el ritmo y la presión adecuados para que se te cerraran los ojos y pensaras que el paraíso no está en el cielo, como te habían vendido, sino en el calor de mi boca cuando me la metiera hasta el fondo.

»Tus jadeos serían tan sonoros que agradecerías estar en este refugio, conmigo, los dos solos, sabiendo que si tu Dios te había empujado a estar aquí y era tan bueno lo que sentías, era imposible que fuera pecado.

»Entenderías que lo que ocurriera entre estas paredes, sobre este colchón, contigo y conmigo como únicos testigos, quedaría entre tú y yo. Porque a nadie más le importa salvo a nosotros dos, igual que les ocurrió a Jack y a Ennis.

»Sabrías lo que es volar sin alas, lo que es la palabra liberación, lo que es sentir sin ser juzgado.

»Aunque eso no va a ocurrir, porque ni yo voy a mover un solo dedo, ni tú vas a mover tu mano para que lo haga. ¿Verdad?

Era incapaz de hablar o de moverme, si tiraba de la sábana una sola vez podía estallar con el simple roce, ahora comprendía a lo que se refería mi padre con el poder de las palabras. Mount Wallace sería un gran pastor porque yo lo seguiría a cualquier parte.

—Que descanses, Jim Brock —sonrió pérfido. Mi pecho subía y bajaba de manera irregular, nada calmaría la comezón que se instaló en mi entrepierna y tensaba mis pelotas.

Iba a darse la vuelta, pero lo detuve resollante.

—Sé lo que intentas.

—¿Y funciona? —Apreté los párpados con fuerza.

Notaba las venas de mi cuello hinchándose y una bola en el esófago que no me dejaba respirar.

—Sí —confesé incapaz de mentirle—, funciona.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—Sabes que no pued… —Llevó su dedo a mis labios.

—Una noche, solo una, solo para que puedas saber a lo que te niegas, solo para que puedas entender por ti mismo, no por lo que te han implantado en el cerebro, si de verdad esto es lo que tanto detestas.

»Tienes mi palabra de que nadie lo sabrá jamás, que una vez amanezca, lo ocurrido en este refugio se disolverá igual que la tormenta y no te sacaré el tema, desapareceré por completo de tu vida si es lo que deseas. ¿Qué me dices?

«¿Qué le decía?», me quedé en silencio, incapaz de dar voz a mis deseos. Una noche, una única noche y después todo volvería a ser como antes.

—La ausencia de respuesta es un no en mi tierra, así que buenas noches, Jimy, intenta descansar.

Me dio la espalda, alargó la mano para ir a parar el móvil y que no sonara el siguiente tema. Puse mi cuerpo de lado, rogué a Dios que me mandara una señal para impedirme lo que ansiaba y en lugar de ello leí por encima del hombro de Mount: *All Mine*, de Plaza.

«Todo mío».

Si esa era la señal, que Dios me perdonara.

CAPÍTULO 29





Pegué mi cuerpo a su espalda y estiré la mano para detenerlo.

—No lo hagas —supliqué, a sabiendas de que no podía ocultar la excitación de mi entrepierna.

Bajó la mano y se quedó quieto.

Acerqué la nariz a su cuello e inspiré.

Quería absorber su olor y que se quedara grabado en mi cerebro para siempre.

Mi barba lo raspó y él se estremeció.

Tenía tantas ganas de saborearlo que pasé mi lengua despacio por la vena palpitante de su cuello, perdiéndome en el sonido que estrangulaba sus cuerdas vocales.

—Jim…

Me encantaba su modo de pronunciar aquellas tres letras, como si fuera lo más preciado que tuviera en el mundo.

Pasé la palma callosa por su brazo y presioné su pecho para darle la vuelta. No se resistió, quedó tendido bocarriba esperando mi siguiente movimiento.

—No sé si… —arranqué, pero al mirar su boca supe que era una batalla perdida.

—¿No sabes si quieres esto?

Presionó mi cuello para acercar mi cara a la suya y lamió mi labio como había prometido.

—¿O esto?

Subió el dedo índice y trazó la circunferencia de mi tetilla para terminar tirando del vello.

—¿O puede que se trate de esto?

Cambió de posición para poder atrapar el pezón y succionarlo con avidez.

Me quedé sin aire, creí poder estallar.

—¿Paro, Jim?

—No.

—¿Seguro? —Buscó la otra tetilla y la lamió sin apartar los ojos de los míos.

—No —respondí más firme que antes—. Necesito… Yo…

—Shhh, tranquilo, yo me ocupo, solo quería tu consentimiento para seguir, saber que estabas seguro.

—Te necesito, Mount.

—Y yo a ti. Ahora túmbate.

Lo hice. Mount apartó la sábana de golpe y me expuso ante sus ojos, más excitado que nunca.

—Eres tan perfecto, te deseo tanto, desde hace tanto tiempo…

Atrajo mi rostro al suyo y me besó.

Mount era voraz, no había otra palabra que lo describiera mejor y yo adoraba esa forma posesiva de arrojarse contra mi boca como si estuviera en plena doma.

Te arrollaba con su energía, con su pasión, y lo único que podías hacer era crecer con él, engullirlo y sentirte afortunado porque te hiciera partícipe de su entrega.

Sus manos se desplazaron por mi torso, siguió excitando cada átomo de piel, tal y como prometió.

Recorrió mi cuerpo con sus labios, imprimiéndolos en todos los rincones, y yo enredé los dedos en las sábanas dejándome hacer. Anhelando cada mordisco, cada succión, cada mirada incendiaria.

—Eres jodidamente perfecto, míranos —musitó, hundiendo la lengua en mi ombligo.

Sin saber por qué, empujé las caderas, quizá por la imagen que había implantado en mi cerebro minutos antes, aquella en la que abría la posibilidad a una zona desconocida.

—Eso es, cariño, deséalo. —Siguió bajando y llegó al vello que precedía mi erección, tiró de él como prometió—. Me pones muy cachondo.

—Y tú a mí —respondí entrecortado.

—¿Cuánto? —tiró con más fuerza y mi polla se tensó a más no poder.

—Cada día tengo que acudir al río a expiar mis pecados al imaginarnos, al recrear nuestros roces, nuestros besos, cada día pienso en ti y te deseo.

—Me alegro, porque yo no paro de meneármela como un puto primate. Voy a darte material para que tus baños expiatorios se vuelvan de lo más interesantes.

Y entonces descendió todavía más y pasó su lengua desde la base de mi erección hasta la punta, para incidir en la parte de la hendidura que emanaba un líquido transparente.

Todo el aire abandonó mis pulmones.

—Pero qué bien sabes, ¡joder! La tienes enorme.

Dejó caer bastante saliva desde lo alto, atrapó la parte baja con su mano dejando que se ungiera y, en cuanto esta se desplazó moviendo la piel y apoyó los labios en la parte alta para hundirme en su garganta, fui incapaz de soportarlo.

El sonido que escapó de mi garganta fue brutal, a la altura de la sensación de ser mamado por primera vez.

No entendía cómo le cabía, cómo no se atragantaba, cómo podía dejarse caer en picado para ascender otra vez. Tenía ganas de moverme, pero no estaba seguro de si lo dañaría al hacerlo.

Mount agarró mi mano a tientas y la llevó a su cabeza. Me sacó totalmente de su boca y me sonrió.

—No me voy a romper, fóllame, grandullón, quiero sentirte en el fondo de la garganta.

—¿Y si te hago daño?

—No me lo harás, confía. Hazme tuyo, quiero ser tuyo, que me sientas tuyo.

Tuyo.

Tuyo.

Tuyo.

Agarré su pelo.

Mount rodeó mi glande con los labios y me dejé llevar, hundí su cabeza hacia abajo a la par que mis caderas se propulsaban hacia arriba.

—¡Ah! —jadeé incapaz de contenerme, y él se dejaba manejar.

¡Qué maldita locura! Las fosas de mi nariz se dilataban, al igual que mis pupilas, todo mi cuerpo se estremecía y llenaba de sonidos inconexos.

Fui aumentando la profundidad a medida que ganaba confianza y veía que él también lo disfrutaba.

Lo que estábamos haciendo tenía poco que ver con lo que nos hablaban en clase de preparación al matrimonio.

Tampoco se parecía a lo que vi en la película. Era mucho mejor y lo estaba haciendo con Mount.

Su saliva se escurría, goteaba empapándome los huevos, llenándome de lujuria. Mount movió una mano para acariciarla, mientras sus dedos se clavaban en mi muslo.

No cabía en mí de tanto placer. Mis embates cada vez se volvían más violentos.

Su mano soltó mi polla, era todo garganta, y se puso a explorar la fina piel que separaba el escroto de mi ano, presionándola, acariciándola.

Los testículos se me pusieron más duros que nunca.

Estaba sudando y a cada movimiento me sentía más cerca del éxtasis.

Mount aprovechó su propia saliva para trazar círculos en mi «segundo ombligo», empujando un poquito de vez en cuando, provocando que quisiera aquella invasión y todo lo que le diera la gana entregarme.

Lo desconocido se abría paso en mí y ya no estaba seguro de nada, solo de que no podía ni quería detenerme.

Mount consiguió que relajara aquella zona fruncida y fue enterrándose hasta tocar un punto que me dejó sin aire.

No lo vi venir, no sabía que aquella opresión, que aquella subida sin frenos, daría paso a un estallido para el que nadie me preparó.

Grité con tanta fuerza, empujé su cara contra mi entrepierna con tanta fiereza, que si no lo asfixié en aquel instante fue por pura casualidad.

Noté cómo mi simiente salía propulsada sin control y él la recibía sin queja, su dedo seguía moviéndose de aquella forma que me hizo perder la cabeza y no dejó de hacerlo hasta que dejé de gritar.

Mi cuerpo cayó exhausto, aflojé el agarre de su pelo y entonces me di cuenta de lo que había hecho.

—¡Dios Mío! ¡Mount! ¿Estás vivo?

Una sonrisa preciosa afloró en sus labios enrojecidos.

—Habría sido una bonita forma de morir, con un dedo en tu culo y asfixiado por tu semen. ¡Qué bien sabes, cabrón! Mucho mejor de lo que imaginaba.

Paseó la lengua por lo que quedaba de mi erección. Y después fue subiendo hasta tumbarse sobre mi cuerpo y besarme.

Fue extraño probar mi sabor envuelto por su lengua, pero nada desagradable.

Recordé la vez que lo vi correrse en la boca de su amante diciendo mi nombre y entonces me fijé en su dureza. Él no se había corrido, ¿cómo iba a hacerlo si ni siquiera lo había tocado? Me sentí avergonzado.

—Tú no… Quieres que… Bueno, ¿que yo haga lo mismo que tú? ¿O tengo que ponerme como Jack en la película?

Mount rio audiblemente, no como si se riera de mí, era una risa natural sin maldad.

—No, cariño, ni lo uno ni lo otro. Esto era para ti.

—Pero…

—No hay peros, no es que no me apetezca, es que no tengo condones ni lubricante. Una cosa es que te desee y otra que no sea una persona responsable. Te he hecho sexo oral y sin protección porque sabía que nunca habías estado con nadie con anterioridad. Yo sí y, aunque me cuido mucho, prefiero no arriesgar.

—Entonces, ¿no vas a correrte?

—Ya lo creo que sí, voy a enseñarte a hacerme la puta paja de mi vida, y Jimy, te prometo que la voy a disfrutar mucho. Ven, siéntate y apóyate en la pared.

Me acomodé, Mount hizo que separara las piernas, las flexionara apoyando las plantas de los pies en el colchón. Él ocupó el espacio entre ellas, dejando caer su espalda en mi pecho, adoptando la misma postura que yo.

—Mmm, eres de lo más cómodo, grandullón. ¿Estás bien?

—Sí. —Me gustaba sentirlo pegado a mi piel.

—Vale, esto va a ser rápido, porque me has puesto muy cachondo, tu actitud primitiva es de lo más excitante, así que no te agobies si eyaculo a la primera caricia. Te dejo que sacies tu curiosidad antes de llegar a mi polla, evítala si no quieres que esto termine antes de lo que ha empezado. Así no me harás sentir como un adolescente en su primera paja gay.

—¿Puedo tocarte como tú a mí antes?

—Puedes hacerme lo que quieras, soy tuyo, Jimy, ya te lo he dicho antes, juega conmigo a tu antojo, explórame.

Mount no tenía ni idea de lo que aquellas palabras me causaban.

Empecé mordiéndole y besándole el cuello, había descubierto que eso lo estremecía y que le gustaba el roce de mi barba.

Fui descubriendo su anatomía con las palmas endurecidas, pellizqué sus pezones, los retorcí granjeándome más de un gemido que me hizo ganar confianza, mientras Mount me alentaba y sugería que le diera más o menos presión.

Me enseñó lo que le gustaba y me felicitó por ser un alumno aventajado.

—Siempre dije que eras un chico listo y que aprendías rápido, mira cómo me tienes. —Me hizo mirarle la polla y me sentí henchido de orgullo—. Todo esto es por ti, Jimy, me vuelves loco.

—Y tú a mí —susurré en su oído.

—¿Cuánto?

—Muchísimo.

Quizá no debería haberlo dicho, pero lo hice.

—Demuéstramelo, escupe en tu mano y acaríciame la polla, tu saliva hará de lubricante y todo será más agradable para ambos.

—¿Cuánta cantidad?

—Sin miedo, Jim, me encantan los fluidos corporales, y si son tuyos, más.

Agarró mi mano y pasó su lengua, escupió con fuerza y me dio vía libre para que lo imitara.

Cuando tomé su erección, tenía la mano empapada, Mount movió las caderas hacia arriba.

—¡Hostia qué puta maravilla! Sin miedo, Jimy, que esta no se rompe.

Puso su mano sobre la mía y me mostró como moverla, en los puntos en los que le gustaba que presionara más, o menos. Me enseñó distintas combinaciones con rotación que provocaban que sus jadeos atravesaran mi pecho.

Estaba poniéndome duro otra vez, y eso que decía que no iba a durar.

Mount cerró los ojos y yo escupí desde arriba varias veces, cada vez que lo hacía, él jadeaba.

Me dejó solo ante la paja, llevó sus manos a mi nuca mientras yo mordía, besaba y lamía aquella pequeña porción de piel de cuello en la que su latido corría desbocado.

—Sigue, cariño, así, así, joder, me voy a correr, así, más rápido, me vuelves loco… —Aumenté el ritmo—. Mírame, Jim, mírame.

Dejé de besarlo para fijarme en su expresión en el momento exacto que mi nombre estalló en sus labios y aquel líquido caliente y espeso brotó de su cuerpo para manchar mi mano, su pecho y su abdomen.

Nunca había visto una expresión más bonita y entregada, un placer tan excelso brillando en las pupilas de alguien.

¿Cómo aquel acto de absoluta entrega y goce podía ser pecado?

Mount dejó de moverse, de gritar mi nombre, me sonrió y le devolví el gesto para después besarlo con aquella devoción arrolladora que me sacudía por dentro.

—Gracias, Jimy, voy a atesorar esta noche para siempre.

«Y yo», pensé, diciéndoselo a través de más besos.

CAPÍTULO 30



Desperté con el sonido de voces apagadas. Me tomó un momento recordar dónde estaba. La noche anterior había sido una mezcla de emociones intensas y agotamiento físico.

Jim y yo habíamos logrado poner a salvo a los toros y pasamos la noche juntos. En el fondo sabía que, si en algún momento llegábamos a pasar de la primera base y alcanzar la segunda, sería especial. Pero ni en mis mejores sueños esperaba todo lo que llegué a sentir al oírlo gemir, estremecerse y correrse en mi boca. Y mucho menos cuando fue él quien exploró, reconoció y jugó con mi cuerpo por voluntad propia hasta que estallé en un orgasmo épico.

Sus movimientos eran algo hoscos, temerosos al principio y poco fluidos, pero como en todo lo que hacía, a medida que fuimos avanzando, se fue relajando, sintiéndose más cómodo, más libre y yo diría que incluso feliz.

Miré su rostro, todavía dormido, estaba laxo y su pecho subía y bajaba con placidez, mostrando una paz que rara vez se veía en él.

Quizá los demás no lo percibieran, pero Jim era como un niño grande que esperaba ser constantemente regañado por todo, esa cautela extrema lo hacía comportarse de forma rígida, calculada, como si cada error fuera una tremenda decepción.

Nadie podía vivir así, por eso, en parte, me fastidiaba que hubiera dejado de venir a trabajar al

rancho, porque cuando llegaba aquí, se quitaba esa ropa gris y el sombrero de paja para enfundarse en el atuendo de ranchero. Todo se llenaba de color y respiraba con menos pesadumbre, con el rostro mucho menos contraído por la preocupación, incluso llegaba a sonreír de vez en cuando.

Pasé uno de mis dedos por su barba suave.

Recordé cómo jugué con él para despertar el órgano sexual más poderoso del universo, el cerebro, él se puso muy cachondo y yo ni te cuento al susurrarle todas las guarradas que le quería hacer.

Presioné las teclas adecuadas, Jim aceptó y, aunque sabía que me arrepentiría después por prometerle que no lo molestaría tras nuestra única noche juntos, iba a cumplir mi palabra. Sabía que estaba atrapado en una jaula, y que por muchas veces que yo abriera la puerta, él tenía que estar dispuesto a salir, no solo a aventurarse fuera de ella, sino a dejarla atrás, y dudaba que eso estuviera pasando por su cabeza.

Fue tan tierno y sucio a la vez, un momento de conexión profunda, algo que ambos necesitábamos desesperadamente.

Las voces afuera se hicieron más claras, y escuché golpes en la puerta de casa.

Pancho y Rosie se pusieron a ladrar.

Mierda, ¡lo iban a despertar!

—¡Mount! ¿Estás ahí? —reconocí la voz de mi prima Jane, sonaba preocupada.

—Jim, despierta —susurré, sacudiéndolo suavemente y ganándome un ronquido seguido de un abrazo de oso que me hizo sonreír.

—Solo un poquito más, Mount.

—Cariño, me quedaría toda la vida bajo tierra, contigo, aunque eso me supusiera convertirme en un puto trol, pero dudo que persuadiéramos a mis primos de que no nos siguieran buscando hasta dar con nosotros. Están aquí.

Jim abrió los ojos de golpe y se incorporó rápidamente.

—¿Dónde? ¿Qué? ¿Cómo que están aquí? —preguntó, su voz llena de alarma para tirar de la sábana.

—Tranquilo, grandullón. La puerta está atrancada, te da tiempo a vestirte mientras yo grito para decirles que no se preocupen. Les costará un rato forzarla.

Jim se tensó al escuchar las voces.

—Mount, si descubren lo que pasó anoche...

Lo miré a los ojos, cogí su rostro adormilado y traté de transmitirle calma.

—¿Anoche? No tengo idea de lo que me hablas… —Él hizo una mueca—. Te prometí que lo que ocurrió entre nosotros se quedaría entre nosotros y así será. Nuestra coartada es sólida. Viniste a ayudarme y nos quedamos atrapados aquí por el tornado, punto pelota. Vamos, vístete. —Presioné mis labios sobre los suyos. No rechazó el beso fugaz cuya intención era simplemente tranquilizarlo.

Jim asintió, aunque todavía parecía nervioso.

—Está bien —dijo, tomando una respiración profunda—. Confío en ti.

Jane por fin dio con la puerta correcta y se puso a aporrearla.

—Chicos, aquí está el refugio, pero parece atrancado.

—Necesitamos herramientas —añadió Elías.

—Voy a buscar alguna palanca —respondió Derek.

—¡Trae también herramientas! —proclamó Jane—. ¡Mount, ¿estás ahí?! —espetó aporreando

el metal.

—Sí, estamos aquí, la puerta se atrancó y no pudimos salir. —Los ladridos de Rosie y Pancho me corearon.

—Vale, no os preocupéis, estoy aquí con Elías, Derek ha ido a por algo para sacaros.

—¿Todos estáis bien? —quise saber, pensando de golpe en mi familia.

—Sí, hay algunos destrozos en el pueblo pero son materiales. No hemos lamentado ninguna vida, que es lo importante —voceó al otro lado.

—¿El establo sigue en pie? —cuestioné con la boca pequeña.

—Eso parece, aunque no puedo decir lo mismo del granero, lo siento.

Solté el aire con pesadumbre, si el granero estaba afectado significaba que habríamos perdido parte de la cosecha o quizá toda. Bajé las escaleras contrito.

Jim se plantó delante de mí arremetiendo la camisa por el interior de los pantalones. Forcé una sonrisa que no llegó a mis ojos.

—Lo siento. —Como era lógico, él también había oído las palabras de Jane. Negué.

—Lo más importante es que no haya habido víctimas, este año tendremos que apretarnos el cinturón y reconstruir, nada que estas dos manos no puedan hacer. —Él las contempló y por un instante me dio la sensación de que pensaba en lo que hicieron sobre su cuerpo, pero apartó el pensamiento y siguió cambiándose.

—Voy a vestirme yo también.

Los golpes continuaron, y finalmente, después de lo que pareció una eternidad, la puerta comenzó a ceder.

La luz del día se filtró por la abertura, cegándonos por completo.

Cuando mis ojos se ajustaron, vi a mis primos asomándose por el hueco y mirándome con alivio.

Rosie y Pancho fueron los primeros en emerger ganándose las carantoñas de Derek y Elías.

El chico de mi primo les abrió la puerta principal para que pudieran salir a hacer sus necesidades.

—¡Gracias al cielo! —exclamó Jane, abrazándome con fuerza—. Estábamos tan preocupados. No respondías al móvil.

—Lo siento —dije, sintiéndome culpable—. Este refugio soportaría una bomba nuclear, pero no tiene un ápice de cobertura. Nos quedamos atrapados y no pudimos comunicarnos.

—Pues no estaría mal que tuvieras unos *walkies*, te regalaré unos para Navidad.

—Bien pensado —aseveré, contemplando el alivio que inundaba su cara.

Elías me miró con una mezcla de preocupación y curiosidad al ver a Jim precediendo mis pasos.

—¿Estás bien? —Asentí—. ¿Y tú, Jim?

—Estamos bien —respondí con una mirada de advertencia que pedía silencio y respeto por su parte.

—Hola, Elías —lo saludó—. Derek, Jane.

—Jim se presentó mientras estaba guardando a los toros, si no llega a ser por él, habría perdido parte del ganado.

—Buen trabajo, Brock —musitó mi prima.

Él intentó mantener la compostura, aunque sabía que por dentro las dudas de lo que pudieran interpretar los demás lo estarían devorando.

Jane nos miró con una expresión seria.

—Me alegra que no os pasara nada, fue una noche dura para todos. Mount, deberías hacer una videollamada en grupo con tus padres y tus hermanos, están que se muerden los muñones porque ya han arrasado con las uñas.

—Ahora mismo.

Había sido un maldito egoísta, yo disfrutando a tope con Jim y todo el mundo preocupado por mí.

Elías se acercó a Jim para darle una palmada en el hombro.

—Hiciste un buen trabajo poniendo a salvo a los animales. No todos hubieran tenido los huevos para venir hasta aquí y la calma para hacerlo. Que te arriesgaras dice mucho de ti, los Wallace te debemos una, tu heroicidad te convierte en uno más de la familia, podrás contar con nosotros para lo que quieras, siempre que lo necesites.

—No fue nada, de verdad.

—Sí lo fue —respondí antes de darle a la tecla de llamada—, no te quites mérito.

Nuestros ojos se encontraron y sentí esa conexión profunda oscilando entre nosotros. Ojalá pudiera abrazarlo justo como estaba haciendo Derek con Elías.

—Necesito evaluar los daños antes de llamar a mis padres.

Salimos al exterior, algunas cercas habían caído, la zona de entrenamiento de los caballos estaba afectada, pero los establos estaban intactos, lo cual me alivió, aunque al desviar la mirada para toparme con el granero, el panorama era desolador.

El tornado había dejado su marca, y estaba prácticamente en ruinas. Dos paredes estaban derrumbadas, el techo había volado y toda la cosecha estaba perdida. Sentí un nudo en el estómago al ver el estado de la comunidad.

—¡Joder! —Todos pusieron los ojos en él.

—Le he tomado fotos y se las he mandado a Brandon y Luke, van a tener mucho curro estos días, pero ya sabes que harán horas extra para ti.

—Hemos perdido la cosecha al completo —farfullé.

—¿El seguro no cubrirá la pérdida? —preguntó Derek con las manos en las caderas.

Suspiré, sabiendo que la respuesta no sería sencilla.

—Los seguros para granjas y ranchos son complicados —comencé a explicar—. En teoría, debería hacerse cargo de los daños causados por desastres naturales como tornados, pero hay muchas cláusulas y excepciones. A veces, las compañías intentan minimizar los pagos o buscan cualquier excusa para no ocuparse de todo.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —inquirió Elías, preocupado.

—Lo primero es documentar lo que hay —respondí—. Tomar fotos de los daños, hacer un inventario de lo que se ha perdido y presentar una reclamación lo antes posible. Pero incluso así, puede llevar tiempo y no siempre te dan lo suficiente.

»Un seguro estándar de propiedad agrícola generalmente cubre daños a la estructura de la granja y a los equipos. Esto incluye el granero, las cercas y otros edificios. También la pérdida de cosechas y ganado, pero solo hasta cierto punto. Por ejemplo, de la estructura podrían llegar a darnos el 80 % del valor de reconstrucción, mientras que la de los equipos o el ganado rondarían el 70 % del valor de reemplazo.

—¿Nunca es el cien? —se interesó Derek.

—La banca siempre gana, querido primo.

—¿Y la cosecha? —preguntó Jim.

—Alrededor de un 60 % o un 70 % con muchísima suerte.

—Entre todo suman bastantes pérdidas —exhaló Derek.

—Tocará hacer recortes, no hay más. El problema está en que tendré que renunciar a parte del personal, y si ya iba justo… Me tendré que duplicar.

—Yo te ayudaría, pero no puedo hasta que termine la universidad, no falta demasiado, puedo decirle al doctor Price que en lugar de hacer las prácticas finales en su clínica las haré aquí.

—Yo no paso de un aprobado raspado en perros y gatos, pero puedo aprender cuando terminen las clases.

—Yo te ayudaré —sentenció Jim, sorprendiéndonos a todos.

—Tú no puedes —musité.

—Tú me ayudaste cuando más lo necesitaba, me las apañaré para sacar algo de tiempo.

—Te lo agradezco, pero ni siquiera sabes cómo está Nuevo Amanecer. —Por mucho que me apeteciera, Jim tenía demasiado encima como para sobrecargarlo con más.

El móvil me sonó y tuve que interrumpir la conversación. Eran mis padres y mis hermanos.

Me aparté un poco y entré de nuevo a la casa para tranquilizarlos, aunque por dentro era un manojo de nervios.

Esperaba que River me echara la bronca por el desembolso que supondría la reparación, sin contar las pérdidas. Me equivoqué.

No hubo reproches, solo una mirada de alivio y palabras de ánimo al ver que estaba bien.

Era lo único que les importaba, que siguiera respirando, y yo no podía sentirme más afortunado de tener una familia como la mía.

Me emocioné y sentí las lágrimas aflorando de mis ojos. Empezaba a sentir que el cuerpo se me aflojaba, hasta entonces no me había percatado del peligro que había pasado, y todo había sido gracias a Jim.

Me acerqué de nuevo a la puerta y oteé el exterior, no lo encontré.

¿Dónde se había metido? Quizá estaba en los establos.

Regresé a la conversación para tranquilizar a los míos, y cuando conseguí prometerles que me tomaría las cosas con calma, volví al exterior con mis primos.

—¿Y Jim? —me dirigí a Elías. Jane estaba pegada a la radio del coche patrulla respondiendo llamadas de emergencia.

—Tenía que irse a Nuevo Amanecer, pero me ha pedido que te diga que volverá.

—¿Y cómo se ha ido?

—Guardó la bici en los establos. Oye, ¿tú y él…?

—Yo y él nada —zanjé la pregunta de mi primo.

—Ya... —Hizo el gesto de cerrar la boca con llave.

Mis tripas rugieron.

—Derek, ¿qué me dices siempre a la mañana siguiente de una noche de sexo?

—Que es mejor despertarte con una torre de tortitas porque el rugido de tus tripas amenaza con mi integridad física.

—Te contaré un secreto, eso nos pasa a todos los Wallace —respondió, mirándome de reojo.

—Lo mío se llama puto tornado de los cojones justo antes de llevarme algo a la boca.

—Pues yo juraría que algo si te llevaste a la boca. ¿Qué es eso reseco que te asoma por la comisura de tus labios?

—Una hostia con la mano abierta como no dejes de decir gilipolleces —murmuré, girándome para llevar el pulgar al punto indicado y limpiarme.

No había nada, salvo la risilla de sabelotodo de mi primo pasando por mi lado.

—Derek, ¡mi primo necesita tortitas!

—Chicos, ¡tengo que irme! —voceó Jane—. Si necesitáis lo que sea, llamadme, pero solo emergencias, que voy a estar muy ocupada —se ofreció.

—¿Llevarte a Elías detenido cuenta como emergencia?

Ella me sonrió y se metió en el coche, mientras mi primo y su chico ponían rumbo a la cocina.

—¡Gracias, Jane!

—Para eso está la familia, cuídate.

Me alejé en dirección a los establos para calmarlos, más tarde iría al refugio para liberar a los toros, pero antes tendría que comprobar el cercado. Iba a ser un día muy largo, así que lo mejor era que me llenara de tortitas para aliviar el agujero en el estómago que me había dejado Jim al irse.

CAPÍTULO 31





Pedaleaba con fuerza, sintiendo el viento en mi rostro mientras me acercaba a Nuevo Amanecer. Mi mente estaba en un torbellino, tratando de encontrar una excusa convincente para explicar por qué no había pasado la noche en casa. Sabía que mis padres ya estarían al tanto de mi ausencia. Mi padre no se lo tomaría nada bien. Puede que el ictus le hubiera dejado secuelas en la movilidad y el habla, pero su autoridad y severidad seguían intactas.

Al llegar a Nuevo Amanecer, el panorama era desolador. El tornado también había dejado su marca en nuestra comunidad. Varias casas estaban dañadas, algunas con techos arrancados y paredes derrumbadas. Los campos de cultivo estaban arrasados, y los árboles, que antes daban sombra y fruto, ahora yacían en el suelo, arrancados de raíz. La iglesia, el corazón de nuestra comunidad, había perdido parte de su campanario y las ventanas estaban destrozadas. La devastación era evidente en cada rincón. Si había pensado que podría echar horas extras en el rancho, en ese momento lo dudaba.

El nudo en mi estómago se apretaba más con cada pedalada. No podía dejar de pensar en la noche que había pasado con Mount. La conexión que habíamos compartido, los besos, la intimidad…

No lo cambiaría por nada en el mundo, pero la culpa me consumía. Sabía que lo que había

hecho estaba considerado un pecado en nuestra comunidad, aunque no lo sentí así esa noche, llegué a plantearme si el evangelio podía estar equivocado. Algo tan bonito, tan lleno de entrega y devoción, que te elevaba el cuerpo y el alma, no debería considerarse algo hecho por el maligno.

O quizá sí, quizá todos aquellos sentimientos eran una quimera que buscaran arrastrarte a él, ya no estaba seguro de nada.

Finalmente, llegué a la entrada de nuestra casa. Las miradas de los vecinos eran inquisitivas y desconfiadas.

Todos vestían de gris, con sus sombreros de paja y barbas bien cuidadas, los casados las llevaban más largas como signo de compromiso. Algunas de las mujeres con camisas de cuello abotonado, faldas largas, delantales y cofias en la cabeza lloraban silenciosas mientras intentaban limpiar los restos aglutinados de la catástrofe.

Sentí algunos de sus ojos clavados en mí mientras aparcaba la bicicleta.

No esperaba que la puerta se abriera, ni que mi madre apareciera en ella para arrastrarme al interior.

Su expresión era una mezcla de preocupación y desaprobación.

—Jim, ¿dónde estabas? —preguntó, su voz temblaba ligeramente.

—Lo-lo siento, madre —respondí, dudando sobre cuánto tiempo llevaba ahí. Por su expresión, diría que el suficiente para saber que no pasé la noche donde debería—. Me quedé atrapado en el rancho con Mount, pensé que a esas horas no quedaba ningún trabajador, que solo no podría hacerse cargo del ganado y, como buen hijo de Dios —añadí mordiéndome el interior del carrillo—, tuve que ir a ayudarlo, él lo hizo dándome trabajo cuando más lo necesitábamos. El tornado nos sorprendió y no pude regresar.

Mi madre frunció el ceño.

—Dios mío, ¡cómo se te ocurrió hacer eso! Tu padre no se lo tomará bien, sabes lo que piensa de ese lugar, y ahora mismo, en su estado de salud, no necesita más disgustos.

Asentí, sintiendo el peso de sus palabras.

—Lo sé, pero no tenía otra opción, no podía dejar a Mount en esas circunstancias tan adversas, Dios dice que ayudemos al necesitado.

—Dudo que Dios catalogara a la familia Wallace de necesitados, aunque admiro tu bondad.

—Tendrías que ver cómo terminó su granero, han perdido toda la cosecha.

—¿Y nosotros? ¿Has visto en el estado tan deplorable que ha quedado la comunidad? —Asentí sintiéndome culpable—. Escucha, tu padre no puede enterarse de que estuviste en el rancho, si lo hiciera, podría tener una recaída —dijo en un susurro urgente—. Y los habitantes de la comunidad podrían pensar cosas extrañas, conoces la tendencia de esa familia, seguro que malinterpretarían tu bondad. Tú y ese hombre durmiendo en el mismo espacio toda la noche.

«Dormir no es que durmiéramos demasiado». Si mi madre se enteraba de lo que hice, la mataría.

—Yo…

—Shhh, déjame pensar, ¿crees que Jeremiah podría decir que pasaste la noche en su casa? Sus padres están de viaje, han ido a visitar a su hermana en la comunidad de Arkansas. Ahora que volvéis a ser muy amigos, quizá podría ayudarte.

La mejor amiga de Mary Kate se casó el mes anterior y salieron con una partida de jóvenes dispuestos a formar una nueva comunidad con el pastor Ardolf en el estado vecino.

—Mentir es pecado, madre. —Ella estiró una sonrisa haciendo una mueca extraña.

—Bueno, dado que él también es muy propenso a ir al río, dudo que le pueda afectar. —Callé —. Os he visto volver juntos en más de una ocasión. Piensa en cómo podría perjudicarle esta noticia a tu padre, por una vez, antepón a tu familia en lugar de a los demás.

—Perdona, madre.

—Habla con Jeremiah y soluciona esto, y prométeme que se ha terminado eso de ir al rancho Wallace. —Me mordí el labio—. ¡Jim! —insistió, cogiéndome de las manos, instándome a responder algo que no quería.

Le había dicho a Mount que lo ayudaría, pero si lo hacía, mi familia…

—Está bien.

—Eres un buen hijo, Jim. No lo olvides.

Entramos en la casa, y allí estaba mi padre, sentado en su silla, con la mirada fija en mí. Sus ojos reflejaban una mezcla de ira y decepción.

—Jim —dijo con dificultad, su voz arrastrada por las secuelas del ictus—. ¿Dónde… estabas?

—En casa de Jeremiah, cuando aseguré la nuestra, fui hacia la suya, sabía que estaba solo y pensé que era mi deber hacerle compañía, por si le ocurría algo. Nos quedamos dormidos en el sótano —contesté, tratando de mantener la calma.

Mi madre sonrió orgullosa mientras que padre me miraba fijamente, con los ojos llenos de desconfianza.

—Hemos criado a un buen hijo, John, se preocupa de los demás.

Mi madre intervino, tratando de controlar la situación.

—Es la hora de los ejercicios, ayuda a tu padre con ellos. Necesita moverse, después puedes ir a echar una mano donde haga falta, Paul se está encargando de las ovejas.

—Sí, madre.

Me puse frente a mi padre para que estirara los brazos y hacerlos rotar.

—Así, muy bien —lo felicité mientras él se quejaba.

—Has… de… ir… ovejas.

—Madre me ha dicho que Paul se ocupaba de ellas, ahora lo importante eres tú, todos queremos que mejores cuanto antes. Venga, vamos a ponerte de pie.

Me acerqué a mi padre, ayudándolo a levantarse. Mientras lo guiaba a través de sus ejercicios, sentí la tensión en el aire. Cada movimiento era un recordatorio de mi responsabilidad y de la carga que llevaba. La culpa por lo que había hecho con Mount seguía presente, pero no podía cambiar lo que sentía. Sabía que estaba atrapado entre dos mundos, y no sabía cuánto tiempo más podría soportarlo.

Mientras ayudaba a mi padre, mi mente volvía una y otra vez a la noche anterior. La culpa me consumía, pero al mismo tiempo, no podía evitar recordar la conexión que había sentido con Mount. Era una mezcla de emociones que me desgarraba por dentro. Sabía que debía ser el hijo que mis padres querían, pero cada día que pasaba, esa carga se volvía más pesada.

Y ya que había probado estallar en un orgasmo, no estaba seguro de ser tan fuerte como para no querer ser arrollado por otro.

En cuanto terminé con padre, salí al exterior y me encaminé en dirección a Jeremiah, que estaba ayudando a los Abbarno.

—Hermanos —los saludé con una inclinación de sombrero—. Tienes un momento, Jeremiah.

—Sí, claro, ¿qué pasa?

Lo aparté hacia una zona poco concurrida.

—¿Es tu padre? ¿Está bien?

—Sí, no se trata de eso. —Pasé la mano por mi nuca, nervioso.

—Suéltalo.

—Si alguien te pregunta, ¿podrías decir que anoche estuve en tu casa? ¿Que me refugié contigo? —Jeremiah me miró con extrañeza.

—No te entiendo.

—No estuve en ella.

—Sí, bueno, eso ya me queda claro, pero ¿por qué necesitas que te encubra? —Guardé silencio—. No puedes pedirme que mienta sin darme el motivo.

Tenía razón, no podía hacerlo, así que decidí confiar en él y contarle la misma versión que le había dado a mi madre.

—Madre no quiere que vuelva por allí y le da miedo lo que puedan pensar los vecinos de que pasara la noche con Mount Wallace, ya sabes lo que opinan de los que son como él. —Me dolió referirme a Mount con aquellas palabras.

—Ya, bueno, tiene su lógica, el maligno podría haberte contaminado. —Tragué con fuerza—. ¿Lo hizo?

—¿El qué?

—Contaminarte. ¿Wallace intentó propasarse?

—¡No! Él jamás haría eso. —No mentía—. Mount es muy respetuoso, que tenga ciertas inclinaciones no significa que le gusten todos los hombres.

—Ya, claro, imagino, además, saliendo con alguien como Mary Kate, no importa cuánto te tiente el maligno, es demasiado guapa. He escuchado que su hermana se lo monta con hombres y mujeres a la vez. Esa familia es puro pecado, entiendo que tu madre quiera alejarte, aunque, bueno, con las veces que vas al río, igual no te apetezca tanto…

—¡¿Qué dices?! —Jeremiah se encogió de hombros.

—No sé, dímelo tú, vas al río por Mary Kate o por los Wallace.

—Lo que estás insinuando… —dije, apretando los puños.

—Tranquilo, sabes que yo también voy a expiar mis propios pecados, es solo que me gustaría que alguna vez confiaras lo suficiente en mí como para contarme lo que te lleva al agua, no solo para pedirme que mienta por ti.

Miré al suelo cabizbajo. Comprendía que a Jeremiah no le sentara bien que me guardara cosas, se suponía que era mi mejor amigo.

—Lo lamento.

—No pasa nada, espero que algún día nos podamos sincerar, hasta entonces… Ayer pasaste la noche en mi casa.

—Te lo agradezco.

—Me lo voy a cobrar porque vas a trabajar conmigo todo el día, holgazán. Hay mucho que reconstruir.

Y era cierto, Nuevo Amanecer iba a necesitarnos a todos para volver a ser lo que era.

Apenas tuve tiempo de descansar, después de cenar, estaba exhausto, les dije a mis padres que iba a ir al río porque el agua fría me venía bien para relajar la musculatura y mi madre se ofreció a ser ella quien le diera el masaje a padre antes de ir a dormir.

Me adentré en el agua helada como siempre y a la media hora escuché un crujido.

Giré el rostro y me encontré con Mount, mirándome con una preciosa sonrisa en los labios.

—¡¿Qué haces aquí?! ¿Te has vuelto loco? —pregunté al ver que se quitaba la ropa y entraba

en el agua para ponerse a mi lado.

—A mí también me apetecía un baño y, que yo sepa, el río no es propiedad privada.

—¡Podrían vernos!

—No hay nadie, Jim —susurró acercándose.

No podía dejar de otear a un lado y a otro por si a Jeremiah le apetecía interrumpirme esa noche.

—Así que aquí es donde disuelves tus pensamientos impuros…

—Mount… —murmuré suplicante.

—Dime que hoy no has pensado ni deseado una sola vez lo que ocurrió entre nosotros anoche y me iré.

Por supuesto que no podía decir algo que no era cierto. Añadiría otra mentira a mi larga lista. Su sonrisa se hizo más amplia, pero no se acercó. Los dos estábamos sumergidos hasta la cintura. Necesitaba sacarlo de aquel lugar, alejarnos de miradas ajenas.

—Ven conmigo, hay una pequeña zona ahí que pocos conocen, y no suele haber nadie.

Tomé su mano y lo llevé a unos metros. Entre unos matorrales altos había una poza de agua natural.

—¡Este sitio es la hostia! Aunque el agua esté como un jodido témpano y me deje la polla del tamaño de un anacardo.

Sonreí.

Era un lugar precioso, sobre todo, en su compañía.

La luna se reflejaba sobre el agua cristalina y había algunas rocas planas en las que poder tumbarse.

—Hoy ha sido un día de locos, necesitaba verte y desconectar.

—El paso del tornado ha sido muy agresivo, se ha cebado con mi comunidad. Hay muchísimos destrozos, más que en tu rancho, y mi madre sabe que pasé la noche allí, contigo. —Lo miré a los ojos—. No quiere que vuelva, sé que te dije que lo haría, que te ayudaría, pero…

—Shhh, cariño, tranquilo, lo entiendo.

Sus manos volaron a mi cara de aquella forma tan afectuosa con la que siempre me cogía, pasando los pulgares por mi barba con auténtica estima.

—Me llegaron rumores de que el tornado había sido muy cruel en vuestras tierras, y como sabía que tendrías el móvil apagado, y no deseaba causarte más problemas, vine para asegurarme de que tú y tu familia estuvierais bien. Necesitaba ver cómo estabas, si precisas lo que sea, lo haré. Gracias a ti, los toros están bien, te debo muchísimo, Jim. Haría lo que fuera por ti.

Asentí.

Era tan guapo, tan comprensivo, que el pecho me dolía, en lo único que podía pensar era en estar entre sus brazos.

—Siento no poder ir a trabajar para ti —murmuré.

—No hay nada que sentir, has hecho las cosas lo mejor que has podido y te estoy muy agradecido.

Como si intuyera exactamente lo que necesitaba, me apretó contra él y yo gemí al notar su cuerpo adosado al mío.

«Solo es un abrazo, nada más».

Pero nada era solo un abrazo con Mount.

Mis manos recorrieron ávidas los músculos alargados de su espalda, mi entrepierna reaccionó sin remedio ante la suya, que se endurecía pese al agua fría.

Lo necesitaba tanto que dolía.

Me puse a besar el lateral de su cuello, rescatando las pequeñas gotas de agua que se acumulaban sobre su piel. Mount bajó las manos para amasar mis nalgas.

—Si no quieres… —farfulló.

Con mi boca lo silencié.

Sabía lo que prometí, que no volvería a ocurrir, y pretendía cumplir con mi palabra, hasta que lo tuve de nuevo apretado contra mí.

En cuanto nuestras lenguas se enredaron, mi corazón latió como si le hubieran devuelto la vida.

—Jim —jadeó en mi boca.

Metí la mano bajo el agua y me puse a acariciarlo como me enseñó anoche, él hizo lo mismo buscando mi entrepierna y nos tocamos con agonía sin dejar que nuestras bocas hicieran otra cosa que no fuera gruñir, gemir o lamerse la una a la otra.

No aguanté mucho.

Estallé volviendo la paja que le estaba haciendo en algo errático que lo apretó con demasiada fuerza, pero no se quejó.

—Espera —murmuró, apartando mi mano.

Buscó una piedra plana, se sentó en ella y arrastró mi mano de nuevo a su erección.

—Me gusta más así, viendo cómo me la acaricias desde arriba, sigue, Jimy.

Tenía ganas de chupársela, me moría de ganas por sentir lo mismo que él cuando me tuvo entre sus labios, pero no lo hice.

Volví a escupirle como sabía que le gustaba y él entrecerró la mirada por puro placer.

—Eres tan perfecto… —jadeó entrecortado.

Seguí moviendo la mano, notando cómo corcoveaba en cada caricia arrastrada, perdido en sus sonidos, su contacto, la manera en que estiraba la espalda y clavaba la yema de los dedos en la roca.

Volví a dejar caer saliva y moví la palma con mayor vigor.

Mount rugió y su corrida llegó a mi pecho como ocurrió anoche con la suya contra su piel. Me gustaba sentirla en mi mano escurriéndose entre mis dedos.

Seguí hasta que se extinguió la última gota en él, y cuando ya no quedó nada, lo solté y pasé mi mano impregnada por mi torso, sediento de su esencia.

—Joder… Eres una puta locura, Jimy, ven aquí —acerqué mi boca a la suya y nos besamos con todo el amor que fluía sin esfuerzo entre nosotros.

Nada era forzado, con Mount nunca lo fue.

Nos bañamos un buen rato, besándonos, acariciándonos, jugando con el agua, hasta que las yemas de mis dedos arrugadas me indicaron que llevaba demasiado tiempo allí.

—Tengo que irme —musité a desgana.

—Imagino.

—No sé qué decir.

—Pues no digas nada, escucha, lo único que importa está aquí. —Puso su mano sobre mi pecho—. No tenemos por qué dejar de vernos, a no ser que tú quieras. Me conformo con lo que tenemos, no voy a pedirte que renuncies a nada y a nadie, lo que quieras entregarme para mí estará bien porque te q…

No lo dejé terminar la frase.

Volví a besarlo con ansia infinita, hasta que me dolió la boca y el alma de tanto que lo sentía.

—Este puede ser nuestro secreto, Jim.

¿Podía serlo?

—Necesito pensarlo.

Lo necesitaba de verdad, porque no tenía ni idea de si aceptaba hacia donde me podía llevar.

—Está bien. Lo comprendo. —Volví a besarlo y me alejé—. No te preocupes, esperaré unos minutos, aquí, en nuestra piscina privada, por si acaso.

Le sonreí. Mis ojos decían aquello que no podía formular con palabras.

Me alejé dedicándole una última mirada, me vestí y puse rumbo a casa con el corazón lleno de Mount Wallace.

CAPÍTULO 32





Mientras volvía a casa, no podía quitarme la sensación de que alguien podría habernos visto.

Era un miedo infundado, lo sabía, porque no se escuchó ni un solo ruido, tampoco vi movimientos extraños o alguien que nos increpara, sin embargo, estaba ahí, instalado en la boca del estómago mientras regresaba.

Quizá fuera porque en el fondo estaba haciendo algo que contradecía cada enseñanza recibida, porque no daba crédito a lo que sentía y necesitaba que algo o alguien lo estropeara para darme un baño de realidad y que despertara de aquel extraño sueño en el que Mount Wallace me proponía que esa piscina natural fuera nuestro refugio, lejos de las miradas indiscretas de la comunidad.

«Este puede ser nuestro secreto», me dijo, su voz suave y llena de comprensión. Lo vi en sus ojos, Mount sabía que no abandonaría mis creencias, a mi familia o a mi prometida, porque tomar esa decisión supondría hundirle la vida a todos quienes me importaban y una tacha imperdonable en el currículum de mi padre como líder.

Si no era capaz de guiar a su propio hijo en el sendero de Dios, la comunidad pondría en entredicho su papel como pastor, sería su destrucción, y eso no me lo perdonaría nunca, ni él, ni yo.

Por otra parte, me fue imposible decirle que no, básicamente porque estaba hecho un lío, sabía que lo que sentía por Mount era real, profundo y verdadero, que por mucho que quisiera apartarme, la atracción que sentía por él me empujaba con la misma fuerza que un agujero negro, absorbiendo toda mi fe para convertirla en algo mundano que me calentaba el alma y me planteaba un tal vez por el que sentía pavor.

¿Cómo podía conciliar esos sentimientos con mi vida en Nuevo Amanecer?

Era imposible, no podía volver a verlo sin sucumbir, así que lo más inteligente era que me apartara de él.

Cuando llegué a casa, mis padres ya dormían, era desolador caminar por las calles de la comunidad. Aunque nos afanamos en limpiarlas, ver las propiedades destrozadas, los árboles partidos y los cultivos echados a perder hacía que te plantearas cuál era la voluntad de Dios en todo ello.

¿Y si quiso hacerme sentir su ira porque era el hijo del pastor y quien predicaba su palabra en la iglesia?

No podía hacer eso mientras me dejaba arrastrar al otro lado, no estaba siendo consecuente y quizá por ello todo estaba saliendo mal.

Tampoco esa noche había expiado mis pecados en el río, al contrario, lo había usado para dar y recibir aquello que me era vetado.

«No eres digno, no eres digno», las palabras llegaban a mí mientras rezaba y pedía perdón por no ser lo suficientemente fuerte.

Al día siguiente, me dije que empezaría de cero, me empleé a fondo en los trabajos de reconstrucción de nuestra comunidad. Todos se implicaron muchísimo, trabajando codo a codo para reparar los daños causados por el tornado.

Aunque no pertenecíamos a Saint Valentine Falls, la alcaldesa, la señora Carmichael, nos hizo una visita para ofrecer su ayuda a media mañana.

Llamó a la puerta de mi casa y madre vino a buscarme mientras estaba subido al tejado de los Adams.

—Jim, baja, por favor, te necesito. —Jeremiah y el padre de Mary Kate estaban conmigo.

—Ve, hijo —me dijo mi futuro suegro—, nosotros nos ocupamos hasta que vuelvas.

Bajé todo lo rápido que pude por la escalera y le pregunté a mi madre a qué venía tanto alboroto.

—¿Es que no has visto el coche?

El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué coche? —pregunté con el temor de que respondiera que el de Mount. No lo había visto porque estaba trabajando al otro lado de la calle principal y el sonido de las herramientas debió opacar al del motor.

—La alcaldesa de Saint Valentine se ha presentado aquí con un hombre trajeado y ha pedido hablar con tu padre. Ya sabes que no se expresa bien y yo no puedo…

—Lo entiendo, madre. —No estaba bien visto que una mujer hiciera de interlocutora—. Vayamos.

La señora Carmichael estaba aguardando fuera, su expresión era neutra, podía parecer apenada, pero era un sentimiento que no le llegaba a la mirada.

—Buenos días —dijo con voz firme pero amable—. Jim, ¿verdad? —Asentí—. El señor Pimentel y yo hemos venido a ver si necesitan ayuda. Sabemos que han pasado por un momento

difícil y que el tornado y la tormenta eléctrica fueron muy duros con Nuevo Amanecer.

—Así ha sido, pasen, por favor —les ofrecí, abriéndoles la puerta.

Aunque los terrenos en los que estábamos asentados pertenecían mayoritariamente a otra población, tres casas y la iglesia pertenecían a Saint Valentine, de hecho, nos pillaba un par de millas más cerca que Saint Andrew.

—Disculpen, mi padre sufrió un ictus y no está todo lo bien que debería.

—No sabía nada, lo lamento muchísimo —musitó la alcaldesa.

—Por fortuna, se está reponiendo, aunque el camino es largo.

Entramos al salón, donde permanecía padre sentado en una butaca ojeando el evangelio para marcar los pasajes del sermón.

Ese día abría una misa especial para infundir ánimo a la comunidad.

Mi padre alzó la cabeza y miró con el ceño fruncido a los dos extraños que invadían su espacio vital.

—Iré a preparar unas infusiones —se ofreció mi madre.

—Tomen asiento, por favor.

Los invité.

—Estamos bien así, gracias —aseveró la alcaldesa.

Se acercó a mi padre con cara afable. No era la primera vez que mi padre hablaba con ella, aunque nunca había entrado en nuestra casa, siempre fue padre quien bajó a Saint Valentine.

—Buenos días, pastor Brock. En primer lugar, gracias por dejarnos pasar, no sabía nada de su delicado estado de salud, si no, me habría personado antes, su hijo me ha dicho que se está recuperando y eso me alegra profundamente. El señor Pimentel y yo hemos venido para ofrecerles nuestro soporte en un momento tan complicado.

Mi padre negó en rotundo.

—No... necesitamos... ayuda —balbució con dificultad, su voz se arrastraba por las secuelas de la enfermedad—. Nosotros... nos... arreglamos.

La señora Carmichael no se dejó intimidar, estaba demasiado acostumbrada a lidiar con hombres difíciles.

—Entiendo su posición, pero estamos aquí para ser buenos vecinos —carraspeó—. «Ayúdense mutuamente a llevar sus cargas, y así cumplirán la ley de Cristo. En momentos de tribulación, es nuestro deber como seres humanos y como cristianos ofrecer y aceptar ayuda. No es un signo de debilidad, sino de fortaleza y amor hacia el prójimo», Gálatas 6:2. Aceptar ayuda es permitir que otros cumplan con su deber cristiano de consolar y apoyar, puede que su Dios sea distinto al mío, pero creo que en algunos conceptos no distan demasiado.

Padre la miró con reticencia.

—Pue…de que en ciertas cosas… sí que tengamos un sentir parecido…, pe-pero entienda que… nues-tros pilares… distan mucho de los suyos —le costó terminar la frase.

—Aceptar ayuda no es solo un acto de humildad, sino también de sabiduría y amor.

Mi madre nos interrumpió sirviendo las infusiones.

—Dejen que les presente a Ricardo Pimentel, su empresa se dedica a los bienes raíces. Ellos echan una mano a aquellos que lo han perdido todo, pagan un precio justo por propiedades que han sufrido las inclemencias del tiempo.

El tal señor Pimentel extendió una tarjeta por encima de la mesa hacia mi padre, este ni la miró.

—Pastor Brock, estoy dispuesto a comprar las tierras donde se afinca Nuevo Amanecer. Con

el dinero, podrían buscar un lugar mejor para alzar su comunidad de nuevo. Quizá un sitio menos propenso a sufrir tornados y en los que no se echen a perder sus cosechas.

Mi padre se sobresaltó, su rostro enrojeció de ira.

—¡No... venderemos! —exclamó, con su voz temblando de furia. Dio un golpe con el puño que hizo temblar todas las tazas—. ¡Fuera!

—No se ponga así, pastor, como le he dicho, solo queremos ayudar —intercedió la señora Carmichael.

La tensión era palpable.

Mi padre comenzó a respirar con dificultad, y supe que estaba teniendo una pequeña crisis.

—Por favor, váyanse —les pedí, tratando de mantener la calma—. Ya han escuchado a mi padre, la comunidad no va a vender y no puede sufrir sobresaltos.

Ricardo me miró con comprensión.

—Lo lamento, no pretendíamos alterarlo, solo darle una posible vía de solución —dijo, recuperando la tarjeta.

Hizo un gesto con la cabeza a la alcaldesa.

—Nos vamos, pastor, le deseo una pronta recuperación y que pueda reestablecer lo perdido, aunque en vistas de cómo ha quedado todo, no creo que sea sencillo, pero, por supuesto, seguro que su Dios les ayuda.

Mi padre resopló por debajo de la nariz.

—Los acompaño a la puerta —me ofrecí, llevándolos hasta ella antes de que empeoraran las cosas.

Una vez en la entrada, el señor Pimentel volvió a extraer la tarjeta.

—Entiendo que, dado el estado de salud de su padre y el afecto que puede tenerle a este lugar, su capacidad cognitiva y racional puede verse afectada. Seguro que usted podrá darle una vuelta mucho más cabal a nuestra oferta y que se replantee si es lo mejor seguir aquí.

»Si cambian de opinión, aquí está mi contacto. Mi empresa es muy generosa y le aseguro que no conseguirán una oferta mejor, con lo que estamos dispuestos a pagar, podrían construir tres veces Nuevo Amanecer en un lugar menos peligroso.

—Es una gran ocasión, Jim, hazlo recapacitar, si sucediera otro tornado, no lo podríais resistir, es todo por vuestro bien.

Entrecerré los ojos.

¿Tanto le molestaba nuestra presencia a la alcaldesa? Porque estaba claro que aquel interés no era fortuito.

Cogí la tarjeta porque tenía ganas de que se fueran y poder calmar a mi padre, no porque tuviera intención alguna de plantearme nada.

Después se marcharon.

Regresé al salón, padre estaba visiblemente alterado y mi madre intentaba tranquilizarlo sin demasiado éxito.

—E-esa g…e…n…t…e ssson ¡usu-usu-usu-reros!

—Tranquilo. Todo está bien. —Puse mi mano sobre la suya, que estaba sacudiéndose en temblores.

Él me contempló con los ojos inyectados en sangre.

—¡No… los… quiero aquí!

—No volverán —aseveré.

—Toma un poco de la infusión del doctor, te hará bien.

Mi madre alzó la taza para dirigirla hacia sus labios, pero él respondió dándole un manotazo que la propulsó al suelo, llenando la ropa de mi madre de líquido caliente.

Ella emitió un grito ahogado.

Los ataques de violencia gratuita eran más habituales de lo que a todos nos gustaría.

—¡Padre! —exclamé, y él alzó el bastón para silenciarme.

—¡No deb-deberíais hab…erlos dej-dej…ado entrar en esta casa! ¡Es su culpa!

Apoyó el bastón en el suelo, se puso en pie y se alejó renqueante.

Las lágrimas caían por el rostro de madre en silencio mientras se agachaba a recoger la taza de porcelana a la que se le había desprendido el asa.

Sentí una rabia sin precedentes, ella no merecía que la tratara así, era una esposa abnegada que lo único que hacía era preocuparse por él.

Me agaché y cubrí sus manos con las mías.

—Deje, ya me ocupo yo de limpiarlo. —Ella me miró horrorizada.

—¡No! No puedes.

La limpieza del hogar, así como mantener la ropa en buen estado o el cuidado de los niños eran tarea del sexo femenino.

Los hombres solo construían, trabajaban, debatían, pero jamás se implicaban en tareas femeninas.

En el rancho, Mount hacía todas esas cosas y nunca lo vi protestar por ello, de hecho, solía decir que le gustaba cocinar y que sus padres siempre se encargaron de que los tres recibieran la misma educación, todos colaboraban por igual.

—Ve con tu padre, por favor, te necesita más que nunca.

Apreté los puños.

—Pero…

—No hay peros. Estoy bien, tiene razón, no debí dejarlos entrar en nuestra casa.

—Sí hay peros, madre, no debió golpear la taza. En la comunidad despreciamos la violencia.

—Estaba fuera de sus cabales, actuó así por la enfermedad, es un buen hombre, Jim, merece nuestro respeto y nuestra comprensión. Dios nos está poniendo unas pruebas muy duras, sé paciente con él, te lo ruego. Ve y haz que se tome la infusión, coge esa de ahí. —Señaló otra de las tazas de la mesa.

Le di un apretón en la mano y me levanté sintiéndome mal mientras ella recogía.

Recorrí la distancia que me separaba de la pequeña habitación que mi padre tenía designada como despacho. En realidad, era una despensa que reacondicionó.

La iluminación procedía de una ventana lateral que quedaba al lado de la estantería.

De manera ajustada, cabían una mesa y un par de sillas, pero era el lugar que empleaba para preparar los sermones, su pequeño rincón.

Cuando entré, él estaba de pie, con la mano apoyada en el cristal, observando la destrucción que asomaba a través de él.

Estaba algo encorvado, y el bastón seguía moviéndose descontrolado fruto de los nervios.

Dejé la taza en la mesa.

—Padre… —musité. Él se giró con una mirada de derrota que no había visto antes.

—No… pod-emos tirar por los su-su-elos, el esfffuerzo de tantos años.

Asentí.

—Lo comprendo, lo cual no justifica el modo en que trató a madre.

Le falló una pierna al girar. Tuve suerte que la distancia fuera corta y solo se golpeara contra

la mesa antes de que lo pudiera alcanzar.

—Siéntese.

Lo ayudé y él se dejó caer con pesadumbre.

—Gr-gracias.

Me dolía verlo así.

—Prep-preparemos la misa de la tarde.

No era buena idea contradecirlo en ese momento, lo que necesitaba era calma y no que lo increpara más, así que me senté en la silla vacía, empujé la infusión en su dirección y cogí el evangelio de la estantería.

—Tómesela, le hará bien.

—Eres un bu-buen hijo, Jim, y se-serás un gran pastor. —pronunció más calmado—. Es-esa es mi volun-tad y mi dessseo para ti, seeerás mi sucesor —sentenció.

Lo que a otros les hubiera llenado de alegría, para mí fue una losa a la que no me podía negar.

Abrí el libro por la parte que me indicó mi padre y rogué por dar marcha atrás y no haber salido nunca del sótano Wallace.

CAPÍTULO 33





—Oye, siento que lo tuyo con míster Morirás calcinado en el infierno si sigues comiendo rabo no haya salido bien —me dijo Elías por lo bajini mientras se llevaba una patata frita a la boca—, pero tienes que superarlo. ¿Desde cuándo no estás con un tío que te ponga las cuencas del revés?

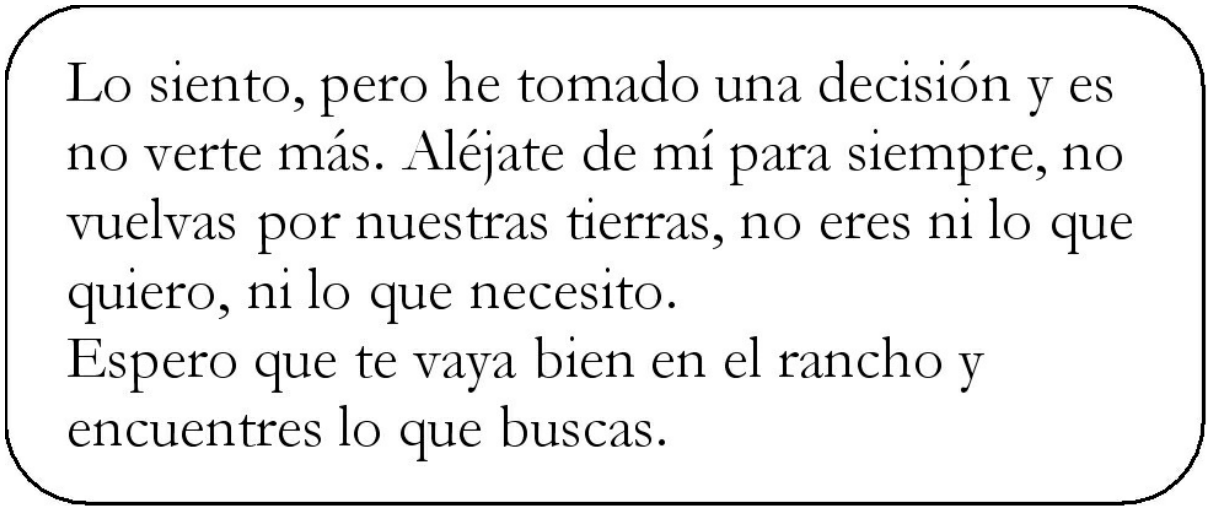
—Déjalo, Elías…

—No puedo dejarlo cuando vas con esa cara de palo a nuestra salida de primos.

No había vuelto a hablar con Jim.

La noche siguiente de nuestro encuentro en el río me escribió el primer y último mensaje de texto que tal vez escribiría en su vida.

Jimy



¿Respondí?

Por supuesto que sí, pero borré el mensaje después de teclearlo, quizá cien o doscientas veces, las mismas que lo leí. Tampoco estaba seguro de que hubiera quemado el móvil o arrojado al río y así ahogar la tentación para siempre.

¿Le hice caso de no plantar los pies en Nuevo Amanecer?

Tampoco. Desoí su mandato y me personé en el río tres noches seguidas sin obtener nada más que no fuera la picadura de algunos mosquitos y más sueño del que merecía.

¡Quizá había dejado de tener sueños impuros!

El cuarto día lo vi llegar, no venía solo, estaba con otro tío que no dejaba de sonreírle y susurrarle cosas al oído.

Apreté los puños al verlos desnudarse y meterse en el agua helada sin tapujos, no me pareció que estuvieran expiando pecado alguno, más bien parecía una quedada de colegas en la que su amiguito no dejaba de arrimarse a su oreja para después reír.

Se lo comía con los ojos y a Jim no parecía importarle, al contrario, permanecía con los párpados cerrados mientras el otro seguía.

El viento soplaba con fuerza, levantando remolinos de polvo que se enredaban alrededor de mis botas. Me quedé allí, inmóvil, sin poder apartar la mirada, como un puñetero espía desesperado.

Cada risa, cada susurro, cada mirada cómplice entre ellos era como una daga que se clavaba en mi corazón. Sentí una mezcla de rabia, celos y una profunda tristeza que me consumía por dentro.

Tuve ganas de salir de mi escondite y preguntarle qué mierdas hacía. Si ese era el responsable por el que ya no quisiera verme.

Era guapo, no podía negarlo. Con el pelo castaño claro y un cuerpo espigado, delgado, algo más alto que Jim.

¿Lo llevaría con él a su rincón secreto?

Sentí la bilis ascendiendo por mi garganta y cerrándomela por completo. Si en mi lugar

hubiera estado River, ya se habría enzarzado a hostias con el nuevo.

El nuevo…

¿Y si le había abierto la puerta a ese tío?

Quizá era lo que Jim buscaba, un igual de su comunidad con el que tener su perfecta vida de amaneciense, al lado de su mujer, y venir aquí de noche, con él, para gozar de lo que yo nunca más tendría.

—Jeremiah —lo escuché por encima del sonido del agua con tono de advertencia.

—¿Qué? Sabes que lo vamos a disfrutar, nadie lo va a saber y después ya vendremos a expiar.

¿Jeremiah? Ese no era el tipo con el que había retomado hacía poco su amistad. ¡Me había hablado de él! Incluso lo animé a que la recuperara, quizá fue eso lo que los distanció, que su amigo quería algo más y yo los había acercado.

¡Menudo idiota!

No quise escuchar más.

Me quedaba demasiado claro lo que acababa de ver.

Me di media vuelta y tropecé con una raíz.

—¿Has oído eso? —cuestionó Jim.

—¿El qué?

—Un ruido.

—Estamos en mitad del bosque rodeados de animales, lo más normal es que haya ruidos, aunque si lo prefieres, podemos ir a otro sitio.

Me quedé muy quieto, con el corazón en la garganta.

—Puede que sea lo mejor, ven conmigo.

¿Cómo había podido ser tan idiota?

Me sentía mareado, dolido y traicionado. Daba igual que tuviera o no motivos para ello, daba igual que Jim nunca me prometiera nada o que no tuviéramos una relación. Me había enamorado como un niñato, lo tenía clavado en el corazón y dudaba que pudiera sacármelo con facilidad.

No miré atrás, pasaba de ver cómo se metían en el mismo sitio en que estuvimos Jim y yo.

Notaba cada paso más pesado que el anterior. Los recuerdos de nuestras noches juntos, de sus caricias y susurros, de sus gemidos estremecidos, se mezclaban con la imagen de él y Jeremiah en el río. La ira se transformó en una sensación de traición que me quemaba por dentro.

La duda y la inseguridad se apoderaron de mí y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí completamente perdido.

Al llegar al rancho, me desplomé en el porche, mirando el horizonte, me quedé allí desmoronándome y rompiéndome por dentro.

No me moví hasta que el sol comenzaba a salir, tiñendo la oscuridad de tonos melocotón.

—Mount. —Elías chasqueó los dedos frente a mis ojos.

—¿Qué?

—Que te lo vas a perder… Mira.

Jane golpeaba el suelo con el pie, desesperada porque le dieran ya su comida.

Travis nos había preguntado lo que queríamos para introducirlo en una máquina, según estaba el pedido de cada uno, el chico llamaba por altavoz a la persona que tenía que recogerlo, y la

única que faltaba era mi prima Jane, que pateaba el suelo con impaciencia mientras los demás ya estábamos en la mesa.

—Allá va —dijo Travis, alzando el móvil para grabar a su hermana.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó River.

—Mira y aprende, chaval —contestó Trav—. Va a ser épico.

—Rosa Mel Ano, señorita Rosa Mel Ano, por favor recoja el pedido en el mostrador.

¿Rosa Mel Ano? Casi escupí el trago que le había dado a mi cerveza.

Jane miró a un lado y a otro sin entender qué hacían buscando a una tal Rosa, cuando en principio solo quedaba ella. Tampoco es que fuera un local gigantesco.

Mis primos ya se estaban descojonando. Solo a Travis se le podía ocurrir cambiarle el nombre a Jane por una gilipollez así.

El chico del mostrador miraba con fijeza a mi prima, sujetando la bandeja con movimientos oscilantes, en plan «sí, es tuya, ven aquí».

Pero ella no daba un paso al frente, obviando que Travis la estaba señalando y le asentía al chaval.

—Disculpe, he dicho su nombre, es su pedido, ¿tiene algún tipo de problema auditivo? —vocalizó como si estuviese hablando con una sorda. A Jake le salió la bebida por la nariz cuando la oyó responder:

—Yo no soy Rosa Mel Ano.

En cuanto lo pronunció todo junto, se dio cuenta de lo que estaba diciendo.

¿Has visto un volcán estallando sin avisar?

Pues esa era mi prima Jane.

Juro que vi el momento exacto en que empezaron a caer las rocas y la ceniza. Su rostro enrojeció. Estiró los brazos y, en lugar de coger la bandeja, agarró los botes de kétchup y mayonesa como si fueran dos revólveres, dejando ojiplático al chico del mostrador.

—Un momento, tengo que matar a alguien.

El chico ni parpadeó cuando ella contraatacó como uno de los toros de rodeo que montaba mi hermano River.

—¡Rosa Mel Ano! ¡Te vas a enterar, caraculo!

Apretó los botes y un par de chorrazos enormes salieron despedidos en dirección a Travis.

Benditos reflejos.

Mi primo los esquivó y le cayeron a la pareja de atrás.

—Señora Mel Ano, por favor, ¡compórtese! —exclamó el camarero.

Pero Jane ya no atendía a razones.

Travis saltó hacia atrás para meterse entre la parejita, que no entendía lo que estaba pasando.

Mi primo le robó una patata a la chica y la pasó por la mancha de salsa de su mejilla.

—Mmm, estás buenísima… —coqueteó. Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¡Ey, tío, ¿de qué vas?!

Al acompañante de la mujer no le hizo ni pizca de gracia el tonteo.

—Te estoy haciendo un favor, las mujeres son para comer, disfrutar e ir a por la siguiente a la menor oportunidad, te lo digo por experiencia, no dejes que esta te ponga un anillo o te arrepentirás.

—Aquí el único que va a arrepentirse eres tú —contraatacó Jane, saliéndole por la derecha para espachurrar los botes y acertar de lleno en su cara y su camiseta.

Travis agarró los nachos con queso de la pareja y los convirtió en una catapulta infernal.

—¡Chúpame el ano, Wallace!

Lo siguiente que recibió fue un puñetazo por la derecha y un bolsazo por la izquierda.

Veinte minutos más tarde, estábamos fuera del establecimiento, con más de un golpe, mucha necesidad de hielo y bastante quitamanchas.

—¿Alguna vez podríamos tener una noche de primos que no incluya puñetazos? —preguntó Sunny.

—Somos Wallace, nos encanta golpearnos —se carcajeó Luke, con un ojo morado, mientras River movía el puño relajándolo.

Éramos como un puto cuadro de arte abstracto. Menudas pintas.

—Dudo que a Abigail le haga la misma gracia que a ti —apostilló mi hermana, refiriéndose a la mujer de Luke—. Este es otro sitio al que van a prohibirnos la entrada y menos mal que el tipo que venía a detenernos conocía a Jane, que si no…

—Tampoco es que matara, las patatas estaban blandas y la carne de las hamburguesas tenía que ser de mucha confianza porque sabía rancia. Creo que os he salvado de una salmonela asegurada.

—No, si encima te tendremos que dar las gracias, Trav. Para que lo sepas, por tu culpa, me he quedado sin cenar y tenía un hambre de la hostia —se quejó mi prima—. Casi termino en el calabozo por tu culpa, «Sheriff de Saint Valentine Falls detenida por darles salsa a los comensales de un restaurante de comida rápida». Con las ganas que me tiene Carmichael.

—No exageres, hermanita… Eres un mal necesario en el pueblo, ¿quién va a meterse con el diablo? —la chinchó Travis.

—Un grano en el culo como tú.

—No me extraña que sigas soltera a los treinta y dos.

—Le dijo la sartén al cazo.

—Por lo menos, yo me casé, tú solo conseguiste un bombo a los dieciséis.

—Deja que piense… Yo tengo un hijo maravilloso y tu una exmujer que te desplumó, hasta en eso he salido ganando, supéralo, Trav.

—Ahí lleva razón —admitió Jake, su hermano mayor.

—Tú calla, no todos hemos nacido para tener una vida perfecta con la hija de los Wyatt.

Miré a unos y a otros con cariño. Lo cierto era que aunque me hubiera llevado un buen par de golpes en las costillas, también me había reído de la hostia.

Desgraciado en amor, afortunado en familia.

—Y, ahora, ¿dónde vamos a cenar? —preguntó Jane desmayada—. Dudo que nos sirvan algo a estas horas.

—Travis es quien la ha liado, así que… —Ese fue River.

—Lo pillo, yo cocino, pero no podemos ir a mi restaurante. ¿Vamos a tu casa, Calamidad? Al fin y al cabo, es la de todos.

Jane vivía en la casa familiar, sus padres y hermanos decidieron que era lo mejor, que ella criara ahí a Levi y mis tíos se mudaran. Eso sí, cada semana comían juntos.

—Si te ves capaz de hacernos algo con un par de yogures a punto de caducar y tres latas de sopa de tomate en conserva, para los nueve, adelante.

—Soy chef, no Jesucristo, lo de multiplicar los panes y los peces no se me da bien. Es un puto milagro que tu hijo siga vivo.

—Pues, entonces, ¡vayamos al rancho! —sugirió Sun—. Otra cosa no, pero comida hay a

rabiar, ayer hicimos la compra de la semana.

—Vale, pero paramos en el 24h a por bebida, esta noche tengo ganas de pillar un buen pedal —comentó Brandon.

—¿Y eso? —me interesé. A ver, a todos nos gustaba de vez en cuando pillar una buena cogorza, pero al día siguiente él y Luke tenían que seguir currando en la empresa de reformas.

—Dina está embarazada. Lleva dos meses que no le baja la regla y hoy se ha hecho un test en la farmacia. Voy a ser padre en abril.

No nos dio tiempo a darle la enhorabuena porque su trillizo espetó:

—¡Abigail también!

Nuestras caras estupefactas se giraron hacia Luke.

—¿Tu mujer también está embarazada? —asintió con fervor—. De dos faltas, como Dina, no queríamos decir nada hasta que pasaran los tres meses de seguridad.

—¿No me digáis que también follásteis en la misma cama? Si ya es raro que dos trillizos se casen con dos hermanas, más lo es que las preñen a la vez. Dais un poquito de *cringe* —asimiló Trav.

—Tu vida sí que da *cringe* —protestó Luke, hundiéndole el codo en el estómago.

—¡Enhorabuena, chavales! ¡Voy a ser tío! Y no, Derek no está embarazado también.

Todos nos echamos a reír cuando Elías se lanzó a los brazos de su tríada particular, quienes recibían las felicitaciones de todos.

—Entonces, ¿qué?, ¿vamos al rancho a celebrarlo? —cuestioné animado por las buenas noticias.

—Al rancho —sentenció River, pasando su brazo por mi espalda.

CAPÍTULO 34





El verano había pasado como un suspiro, dejando tras de sí un rastro de destrucción y trabajo duro.

Di gracias a que los días fueran más largos porque las noches eran terribles, pero eso era otra historia, una en la que prefería no pensar.

Octubre trajo consigo una brisa fresca que arrastraba la promesa de un nuevo comienzo, las hojas verdes se tiñeron de naranjas, ocres y amarillos anunciando el cambio de estación.

El tornado arrasó no solo con nuestros cultivos, también derribó árboles frutales y dañó la mayoría de las casas. Los tejados volaron como hojas al viento, y las paredes eran escombros.

Dimos gracias a que las temperaturas eran suaves y no invernales.

La iglesia acogió a quienes recibieron los peores golpes, igual que hizo con nosotros en su momento. A pesar de todo, la comunidad estaba más unida que nunca.

Como decía el Evangelio de Nuevo Amanecer: «Dios nos prueba con vicisitudes que fortalecen nuestros lazos y nos recuerda que, en la adversidad, encontramos la verdadera unión».

Así fue, cada día, hombres, mujeres y niños se unían codo a codo, reconstruyendo lo destruido, compartiendo lo poco que nos quedaba. No había quejas, solo un sentido de propósito y determinación.

No descansar me permitía mantener la mente en blanco y apartar a Mount lo suficientemente lejos como para que no doliera tanto y así poder respirar.

Los primeros días fueron los más duros, estaba en todas partes, hiciera lo que hiciese, cada pensamiento me llevaba a él, y si pensaba en el río, la cosa empeoraba, así que los primeros días ni siquiera pude ir a expiar por miedo a encontrarlo o a salir huyendo en dirección al rancho.

Todo mi cuerpo parecía extrañarlo hasta unos límites que catalogaría de insoportables, si mis circunstancias no fueran las que eran, estaba seguro de que habría caído, así que, en parte, di gracias a Dios por lo ocurrido.

Quizá mi padre tuviera razón y aquella destrucción tuviera un fin, por mucho que la mayoría no lo entendiera.

Dios deseaba con todas sus fuerzas que volviera al redil y juro que yo lo estaba intentando con todo mi fervor, aunque me ahogara, aunque hubiera días que no pudiera con el dolor de su ausencia. Descubrí que no verlo era lo mejor, tal vez la distancia fuera el olvido, rezaba cada noche para que así fuera, para que el señor me recondujera al buen camino y a Mary Kate, que tuvo una conducta ejemplar y devota.

Jeremiah se convirtió en mi mano derecha. Cuando al cuarto día desde el mensaje que le mandé a Mount me dijo de ir al río, no como castigo, sino para aliviar el dolor en el cuerpo, por un momento dudé.

Al principio le dije que no, temí que Mount apareciese, pero él me insistió y me preguntó si había algún motivo por el que no quisiera ir con él. No supe qué responder, al final accedí, quizá fuera lo mejor.

Estaba tan paranoico que apenas podía abrir los ojos temiendo que saliera de entre la vegetación de un momento a otro, Jeremiah no paraba de hablar y yo estaba tan rayado que incluso creí escuchar un sonido provocado por Mount. No era él, se trataba de un animal, todo estaba en mi cabeza.

Mientras estábamos en el río, Jeremiah me propuso salir a divertirnos, a beber, no en Saint Valentine, decía que había un local en Saint Andrew, uno donde chicos y chicas bailaban con ropa escasa y servían chupitos de un modo muy especial. Decía que él había ido en alguna ocasión y era uno de sus pecados a expiar.

—Jeremiah —le dije con tono de advertencia mientras él se pegaba a mi oído por si a alguien le daba por venir.

—¿Qué? Sabes que lo vamos a disfrutar, nadie lo va a saber y después ya vendremos a expiar.

Después de soltar eso, vino el ruido, mi paranoia y preferí cambiar de ubicación porque no me sentía cómodo. Nos marchamos un poco más arriba, donde la corriente era algo más fuerte y había unos saltos de agua en los que poder poner la espalda y que te masajearan.

No fuimos a ninguna parte, prefería no hacerlo, había tomado una determinación que implicaba poner todo mi esfuerzo en regresar al camino.

Mi padre y yo estábamos más unidos que nunca. Sus episodios de ira se habían sofocado bastante.

Que siguiera sus pasos le dio una ilusión renovada, además, Jeremiah pasaba mucho tiempo en casa, padre parecía ilusionado en que hubiésemos retomado nuestra amistad.

Había noches que se quedaba a cenar, se ofrecía a darle él mismo los masajes para que tuviera tiempo de avanzar en mi cortejo con Mary Kate y todo parecía comenzar a encajar bien.

La voz le seguía fallando, a veces sonaba demasiado temblorosa, otras, sin embargo, con

autoridad y fe. Le gustaba decir que Dios nos dio esta prueba para recordarnos que éramos más fuertes juntos, para unirnos como congregación. Desproveernos de lo material era el camino para encontrar en nuestros corazones la fuerza del rebaño.

En apariencia, todo estaba mejor, salvo cuando llegaba la noche y la oscuridad de mi habitación me devolvía a él.

Cuando todo había terminado y el silencio me envolvía, mis pensamientos regresaban a Mount, lo extrañaba con una intensidad que a veces me asustaba, sin embargo, sabía que estaba haciendo lo correcto, que si continuaba viéndolo, solo traería dolor y deshonra a mi familia.

«Ojalá mi corazón pudiera entenderlo».

Rezaba a Dios con todas mis fuerzas para que me llevara por el sendero correcto, y este implicaba a Mary Kate. Tenía que ser fuerte, no solo por mí, sino por todos los que me veían como el futuro de la comunidad.

Me miraban con una actitud renovada, y para muchos, en unos años, sería el nuevo pastor, su líder, y eso era una gran responsabilidad. No podía permitirme flaquear.

Con cada amanecer, me levantaba con una nueva determinación. Trabajaba duro, ayudaba a mis vecinos y trataba de mantener mi mente ocupada.

—Oye, ¿cuándo te vas a casar? —me preguntó Jeremiah mientras pastoreábamos las ovejas.

—Creo que lo voy a tener que atrasar, empleé casi todo el dinero ahorrado en la reconstrucción de la comunidad, he vuelto a la casilla de partida.

—¿No será que tu prometida no te gusta lo suficiente? Podríais vivir con tus padres hasta que la cosa mejore. —Lo miré ceñudo.

—¿Qué dices?

—Bueno, Mary Kate es preciosa, y si te gustara muchísimo, no seríais los primeros que se casan y viven en la propiedad familiar. Otra cosa distinta es que no te apetezca, no a todos les gustan tan rellenas y ella ha cogido bastante peso este último año. Tanto queso y mantequilla se le han acumulado en las caderas.

—Hablar del físico de alguien es despreciable.

—No me malinterpretes, a mí me gusta que tenga carne, como yo soy tan delgado, prefiero lo grande —me miró—. De hecho, si tu familia no se hubiera adelantado a la mía, quizá hoy sería mi prometida. Disculpa si ha sonado a que me disgustaba su físico, al contrario. Y a muchos de aquí les pasa lo mismo, solo has de ver sus miradas ante unos pechos grandes —rio por lo bajito —. Todos sabemos que lo importante está en el corazón y, con unos senos así, lo debe tener enorme. —Lo miré mal—. Perdón, la debe tener enorme, me refería a la bondad de su alma, lo cual no quiere decir que a todo el mundo deba excitarle un volumen como el suyo. Eso es un hecho, como que hay a otros a quienes no les gustan los palillos. Si no te pone tu prometida, es un problema a la hora de tener hijos.

—Mary Kate es preciosa, una mujer íntegra y maravillosa. Lo mejor de ella, como has dicho, está dentro y no en el volumen de su cuerpo.

—Ya, pero te pone cero. ¡Venga ya, a mí me lo puedes decir! Lo veo en tus ojos cuando la miras, no hay deseo, ni fuego, por mucho que a ella se le sonrojen las mejillas.

Callé arrancando unas briznas de hierba. Una cosa era querer casarme con ella y otra que Jeremiah, pese a ser un bocazas algo soez, se equivocara.

—El deseo se prenderá con el matrimonio.

Mi amigo soltó una carcajada.

—¿De dónde has sacado eso? ¿Es un pasaje del evangelio?

—Me lo dijo mi padre.

—Pues se equivoca, lamento decírtelo, querido Jim, que tu entrepierna se ponga dura solo depende de si la persona que tienes delante logra prender la llama. Si no hay rigidez, no hay semilla, y sin semilla, no hay bebés. Aunque eso ya lo sabes, ¿no? —Me dio con el codo.

—Los habrá.

—Lo que tú digas.

—No sabía que te habrías casado con Mary Kate —dije, cambiando de tema. Él se encogió de hombros.

—Seamos francos, aquí no hay mucho donde escoger y era la única que estaba en edad para prometer. Tus hermanas ya están pilladas, así que era ella o ninguna. Tranquilo, no me has arrebatado al amor de mi vida.

—¿Y la hija de los Connor?

—Jocelyn tiene dieciocho y perdona que no sea tan perfecto como tú, pero a mí sí me importa su aspecto, y el suyo es el de un escuerzo.

Estaba mal reír, pero lo hice porque era cierto. Jeremiah me secundó.

—Fíjate, si el hijo del pastor no es tan alma pura como pretende.

—¡Cállate!

Él volvió a sonreír.

—¿Y qué harás?

—No sé —se encogió de hombros—. Mi hermana dice que hay chicas en su comunidad, pero a mí no me apetece mudarme, estoy bien aquí en Nuevo Amanecer, contigo… —susurró. Lo miré a los ojos y le sonreí. A mí tampoco me apetecía perderlo. Era el único con quien podía tener una conversación más o menos sincera.

—Yo no puedo casarme contigo ni darte hijos, además, estoy prometido a Mary Kate. —En sus ojos vi un brillo distinto. Entonces me di cuenta de lo que había soltado y lo que implicaba —. Era broma, lo siento, no quise sugerir que tú y yo, que fuéramos, que…

—Shhh, relájate, sé que era una broma, nosotros somos distintos, por muy hijo del líder que seas, conmigo puedes ser solo Jim y me gusta que lo seas. —Su dedo acarició con suavidad el mío.

Me puse rígido. Tragué con fuerza porque en una ocasión Mount me dijo algo parecido.

—Ho-hola —saludó una voz que conocía demasiado bien. Aparté la mano de inmediato.

—Hola, Mary Kate —me puse en pie. Ella me miró de reojo y emitió una sonrisilla para después apartar la mirada.

Su madre estaba a una distancia prudencial.

—Necesito hablar con vosotros.

—Claro —me ofrecí—, ¿qué ocurre?

—Mi padre está enfermo, no se siente bien, él y madre acuden cada año al festival de la calabaza de la hacienda Wyatt, ya sabéis que se vende muchísimo allí, todo el mundo está dispuesto a comprar productos artesanos, pero con padre así no podremos ir, y con lo mal que vamos ya este año…

—Tiene que haber una solución —dije.

—La hay, podría ir con los dos, en el carruaje. No estaría bien visto que fuera sola contigo, pero si nos acompaña Jeremiah… Madre no puede dejar solo a padre.

—¡Yo me apunto! —dijo mi amigo—. He oído maravillas de ese festival.

—Iríamos a trabajar —le comenté con tono de advertencia.

—Claro, eso también me gusta, cuenta conmigo, Mary Kate.

—Lo hablaré con padre.

—Seguro que entre los dos lo convencemos. —Noté el brazo de Jeremiah envolverme el cuello—. Somos muy persuasivos, además, seguro que encontramos algún momento tranquilo para que deis un paseo.

Él guiñó un ojo y Mary Kate se sonrojó más todavía.

—G-gracias, de-después me paso con madre por tu casa y os visitamos, así me dices lo que has decidido.

—Por supuesto.

Mary Kate se alejó y Jeremiah rio.

—Madre mía, ¡lo vamos a pasar de miedo!

—Ya te he dicho que…

—Sé lo que me has dicho y creo que es un buen momento para que te des cuenta de si eres capaz de prender la llama, querido amigo, está claro que por su parte hay un incendio devorándola bajo esas faldas.

—¡Jeremiah! —Él hizo rodar los ojos.

—Luego vamos al río y expío. Perdón por haber hablado así de tu prometida, pero es que te come con la mirada.

—No tienes remedio… Volvamos con el rebaño antes de que las ovejas se pierdan.

CAPÍTULO 35



El festival de la calabaza en la hacienda Wyatt era uno de los eventos más esperados del año. Lo que comenzó como una pequeña reunión entre granjeros amigos se había convertido en una fiesta a gran escala, atrayendo a todos los habitantes de Saint Valentine Falls y a los de algunos pueblos vecinos.

Cada año, los Wyatt se superaban a sí mismos para dar la bienvenida al otoño, y ese año no era la excepción.

Al llegar a la hacienda, lo primero que noté fue que la decoración estaba mucho más trabajada que el año anterior.

La entrada estaba adornada con arcos de heno y calabazas de todos los tamaños y colores. Guirnaldas de hojas otoñales y luces cálidas colgaban de los árboles, creando un ambiente acogedor y festivo.

Los colores naranjas, rojos y dorados dominaban el paisaje, reflejando la esencia de la época en cada rincón.

El aire estaba lleno de risas y conversaciones animadas, junto con el delicioso aroma a Pumpkin Spyce Latte del puestecito de Patty Sheldon, o sus fantásticos *cupcakes* de moniato asado y castañas.

Los niños corrían de un lado a otro, emocionados por las actividades propuestas, deseosos de participar en los juegos y multitud de talleres pensados para ellos.

Había un laberinto de balas de heno, un concurso de comer la mazorca de maíz más rápido, una carrera de sacos, la pesca del pato en una especie de bañera enorme de hierro y, por supuesto, el concurso de bateo de calabazas, donde las familias competían por el título del mayor pulverizador de calabazas.

Ese año, mis primos hicieron un tobogán de acero soportado por pacas de paja, era divertido ver escalar a grandes y pequeños para deslizarse por él y terminar hundidos en un montón dorado.

Los artesanos locales, granjeros y ganaderos habían montado varios puestos alrededor del granero principal. Cada uno de ellos estaba decorado con esmero, mostrando los productos con orgullo.

Había miel casera, mermeladas, panes recién horneados y una variedad de quesos artesanales.

Los granjeros vendían sus mejores productos: calabazas, manzanas, maíz y otros frutos de la cosecha.

Los artesanos ofrecían desde velas perfumadas hasta mantas tejidas a mano, perfectas para las noches frías de invierno.

El aroma de la comida llenaba el aire. Había puestos por todas partes, ofreciendo delicias como pastel de calabaza, sidra de manzana caliente, mazorcas de maíz asadas y churros recién hechos.

La música en vivo, con bandas locales tocando canciones tradicionales y modernas, añadía un toque especial al ambiente.

La gente bailaba y cantaba, disfrutando de la compañía y la alegría del festival.

Me había ofrecido a echar una mano junto con todos mis primos, iríamos rotando en las actividades de los niños.

River se encargaba del toro mecánico, Sunny de montar a los pequeños en los caballos más dóciles de los Wyatt. Elías les enseñaba a dar el biberón a los terneros. Jake estaba sentado en el estanque de las tartas, si alguien acertaba en la diana, caería al agua sin remedio.

Jane estaba en la zona de tiro con arco, enseñando a pequeños y no tan pequeños el manejo del arma. Ella y Travis eran unos expertos, solo que esa vez a su hermano le tocó ser juez en el concurso de los revienta calabazas, junto al señor Wyatt y Dax.

Derek tocaba con el grupo que tenía.

Abigail y Dina acompañaban a su hermana Patty en el puesto de los dulces y los cafés, mientras sus maridos, mis primos Brandon y Luke, estaban divididos.

Uno controlaba el buen uso del tobogán y el otro estaba de árbitro en las carreras de sacos.

Yo debería estar en el laberinto, que era bastante grande, pero por el momento no estaba abierto y me apetecía dar una vuelta por los puestos.

Mientras caminaba entre la multitud, saludando a amigos y conocidos, mi mirada se detuvo en un lugar muy concreto.

Reconocería esa cara, ese tocado, esas trenzas y los portadores de los dos sombreros que la acompañaban en cualquier lugar del mundo.

Mary Kate y Jeremiah estaban atendiendo a los primeros interesados en el queso de Nuevo Amanecer, mientras Jim estaba colocando más producto, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

Desde nuestra última conversación, por llamarla de alguna manera, había evitado cualquier contacto conmigo, y si era sincero, yo tampoco había querido aparecer por el río.

Verlo tan cerca y a la vez tan distante, me llenó de una mezcla de tristeza y anhelo. Puede que debiera haber seguido como hasta entonces, apartado de su camino, pero me fue imposible hacerlo.

Caminé hacia allí con disimulo, y cuando estuve lo suficientemente cerca, provoqué a uno de los chicos que jugaban con el hijo de mi prima Jane a que me hiciera un pase largo y fuerte con el balón de fútbol.

Bastó un «mío» para llamar su atención y que Levi le hiciera un gesto para que me lo pasara.

El lanzamiento me llevó directo al punto en el que Jim estaba agachado, di un salto con toda la intención de que terminara en tropiezo y sentí el impacto donde menos lo esperaba.

—¡Uy, lo siento! —exclamé, notando su cara en mi paquete.

Cuando caí, Jim giraba el rostro y lo hundía en todas mis partes blandas.

Eso sí que no lo había previsto, aunque no me desagradaba.

Él se cayó de culo sin dar crédito a lo ocurrido.

Agité el balón con cara de disculpa.

—Perdona, no te vi. —«Más bien te he calculado con exactitud para hundir la flota en toda tu jeta»—. Estaba jugando con los chicos, y ya sabes cómo son estos adolescentes con los pases largos, no miden sus fuerzas.

Le lancé el balón de vuelta a Levi gritando un: «¡Buen pase, seguid entrenando, pero tened cuidado y no los hagáis tan largos la próxima vez. Seguid vosotros!».

Jim se había puesto blanco y después el color rojo que tan bien conocía empezó a ascender por sus mejillas. Se puso de pie sin agarrar la mano que le ofrecía para acto seguido sacudirse el culo de polvo.

Me llevé la mano al sombrero para saludarlo.

—Hola, Jim.

—Hola, Mount —sonaba molesto, o más bien cabreado.

Los clientes se habían marchado con su compra, así que tanto Mary Kate como Jeremiah tenían la vista puesta en nosotros.

—Hola —los saludé—. Perdonad la intromisión. Menuda pinta tiene ese queso, huele que alimenta.

—Puede probar si lo desea, señor Wallace —me ofreció su prometida con afabilidad.

Alargó en mi dirección un pequeño plato, tomé un trozo para no ser descortés y lo llevé a la boca.

—Muy rico, se nota que está hecho con amor.

Ella sonrió vergonzosa y apartó la vista de inmediato.

—¿Nos conocemos? —preguntó entonces Jeremiah.

«Yo a ti sí, aunque no creo que tú me conozcas a mí».

No pude responder porque Jim lo hizo por mí.

—Es mi exjefe, Mount Wallace —su voz solo podía calificarse de parca.

Su amigo extendió la mano con los ojos brillantes y una sonrisa desenfadada.

—Soy Jeremiah, el mejor amigo de Jim, he oído hablar mucho de…

—¿Por qué no vas al carro a buscar más queso? —nos interrumpió el susodicho.

—Tenemos suficiente, ¿no crees?

—Bueno, aquí la gente arrasa con los productos artesanos, así que yo le haría caso a «tu

amigo» —recalqué las palabras. Él me miró enfrentando mis ojos, no se parecía demasiado a la manera de mirar de los demás amanecienses.

—Claro, voy a por más. Un placer, señor Wallace.

Jeremiah se alejó hacia la zona de los vehículos, mientras la prometida de Jim alzaba su expresivo rostro hacia los tenues rayos de sol que daban paso a la tarde.

—Esto cada año es más increíble —murmuró.

—Sí, se han pasado el juego. La cena va a ser estupenda y el baile de después ni te cuento, imagino que os quedaréis. —Ella miró a Jim de soslayo.

—No creo, solo hemos venido a vender —respondió parco.

La decepción iluminó los bonitos ojos de Mary Kate, que desvió la mirada hacia abajo.

—¿Y tú no quieres quedarte? —pregunté en su dirección. Ella abrió y cerró la boca de inmediato.

—Mary Kate sabe que es mejor volver cuanto antes.

—Ya, dicen que cenar y bailar va fatal para la fe. —A ella se le escapó una risita que trató de disimular con un carraspeo abochornado—. Oye, ¿tienes un minuto para que hablemos? —me dirigí a él.

Jim evitó mi mirada, concentrándose en organizar algunos productos en el puesto. Sentí un nudo en el estómago, pero sabía que no podía dejar las cosas así.

—Es que tengo que trabajar, estoy ocupado.

Jim levantó la vista, sus ojos estaban llenos de una mezcla de emociones.

—Solo será un minuto —insistí, sintiendo la tensión aumentar.

Mary Kate intervino, con voz suave.

—Ahora no hay gente y Jeremiah estará al caer, ve con el señor Wallace, yo me encargo.

Estaba en un aprieto, así que no tuvo más remedio que asentir y acceder.

Caminamos hasta un lugar más apartado, no quería que se sintiera incómodo por estar los dos a solas.

—¿Qué quieres, Mount? —preguntó, metiendo las manos en los bolsillos. Su voz estaba llena de frustración.

—Quería saber cómo estás —respondí, sintiendo la distancia entre nosotros. —No hemos hablado desde..., ya sabes, si es que a eso se le puede llamar conversación.

—Era lo mejor, dadas las circunstancias. Estoy bien —aseguró, aunque su tono decía lo contrario.

—¿Tu padre?

—Recuperándose, cada día un poco mejor.

—Me alegro. Elías me dijo que estabas haciendo algunas de sus funciones y que se rumoreaba que serás el nuevo pastor, ¿eso te gusta?

—Eso es lo que se espera de mí.

—Menuda respuesta.

—¡¿Qué quieras que te diga, Mount?! —preguntó alterado—. ¡¿Que ser alguien como mi padre es lo que más deseo en la vida?! —Su mirada estaba cargada de ira y anhelo.

—Estaría bien, sí, si eso es lo que de verdad te llena. —Él soltó una risa desganada.

—No todos tenemos la misma suerte que tú, pero estoy trabajando en apreciar lo que tengo y el futuro que me aguarda.

—Si eso te acongoja, puedes hablar conmigo, que no quieras que estemos juntos no significa que no podamos ser…

—Ni se te ocurra decir esa palabra.

—¿Amigos? —Su rictus ganó gravedad—. No veo que tengas problema alguno en serlo de Jeremiah.

—Eso es distinto.

—¿Porque él lleva un gorro de paja y yo no?

Si buscaba una sonrisa de su parte, no la conseguí.

Veía tantas palabras en sus ojos que no llegaban a su boca que solo tenía ganas de hostigarlo, de llevarlo hasta el borde del precipicio para que confesara. No estaba muy seguro de qué estaba dispuesto a oír.

Si me decía que prefería a su nuevo amigo que a mí, quizá no lo superara, o puede que, en el fondo, era exactamente lo que necesitaba escuchar. Que pasaba de mi culo, que era absurdo que le guardara un espacio en mi corazón porque él ya había pasado página y no me había elegido a mí, sino a él. Eso habría sido lo más fácil.

—¿Te hace feliz? —quise saber.

—¿Quién? ¿Mary Kate? —ni siquiera la había mencionado porque para mí estaba fuera de la ecuación, solo hacía falta mirarlos.

—No, tu amigo —contesté no queriendo ir a degüello—, Jeremiah.

Su nombre se me atragantó un poco y se me hizo bola.

Jim me miró como si me hubieran crecido un par de cuernos en la cabeza.

—Imagino que es una manera de llamarlo. Haber recuperado nuestra amistad me hace feliz, sí.

Esa no era la respuesta que buscaba. Seguro que no le apetecía hablar conmigo de su relación.

Debatí si decírselo o no, si exponer mis sentimientos de forma tan abierta que captara mis celos.

Decidí que esa parte era mejor dejarla al margen y ahondar en lo que había más allá de ellos, el verdadero motivo que me llevó a abalanzarme hacia él en un falso lanzamiento provocado.

Quería que supiera cómo me afectaba que no formara parte de mi vida.

Exponerlo sin ningún tipo de coraza me haría más vulnerable a sus ojos, sin embargo, no me importaba, venía de una familia en la que me enseñaron a expresar lo que te ocurría en todo momento, los demás no estaban obligados a saber qué pasaba por tu mente o tu pecho.

—Te echo de menos, Jim. —Dejó de respirar para mirarme congelado—. No espero que tú sientas lo mismo, es solo que… quería que lo supieras. Llámame imbécil, pero sigo esperando que el sonido de tu bicicleta me sorprenda una mañana y al abrir la puerta estés ahí.

»Me gustaría volver a compartir nuestros silencios montados a caballo. Tu ropa de ranchero está esperándote en el interior del armario.

»También extraño tus sonrisas modestas que preceden a las caras de bochorno provocadas por mis salidas de tiesto. Sigo teniendo el frigorífico cargado de esas aborrecibles cervezas de raíz por si una tarde se te ocurre venir. Y ya sabes que la detesto.

»Y no voy a atribuirme todo el mérito de ser el único que nota tu ausencia, los animales también lo hacen y el resto de trabajadores. No te lo dije, pero me costó mucho que Swiper comiera con normalidad después de que dejaras de trabajar con nosotros.

Vi que mis palabras lo afectaban, que sus ojos se cargaban de emoción contenida. Bajó la mirada y la clavó en las punteras de mis botas.

—Mount…

—No pretendía hacerte sentir mal. —Alzó la barbilla. El pelo le había crecido en los últimos

meses y los mechones oscuros cubrían su nuca.

—¿Y qué quieres?

«A ti».

—Te lo he dicho.

Con otras palabras, pero la verdad estaba ahí, si es que quería interpretarla.

—¿Que seamos amigos? —inquirió—. ¿Que me pase para tomarnos unas cervezas como si nada? —bufó—. Sabes que es imposible.

—¿Por qué? ¿Por Jeremiah? —lo dije con la boca pequeña. Él me contempló extrañado.

—No, él no tiene nada que ver. Mi familia no quiere que vuelva, lo sabes, además, con mi padre así, todo se ha vuelto más difícil y todavía hay mucho que hacer en la comunidad.

—¿Te refieres a esa que lo está pasando francamente mal? Disculpa que sea tan franco, pero que vuestra economía apenas se sostiene y que un tipo quiso compraros las tierras es *vox populi*. —Jim apretó los puños.

—Las noticias vuelan…

—Ya sabes cómo va, en los pueblos pequeños es raro que la información no se termine filtrando.

—No vamos a vender.

—Me parece estupendo, pero entonces necesitaréis más dinero que el que os puedan dar cuatro ovejas o varios kilos de queso, o este invierno va a ser muy jodido. No te ofendas, pero dudo que Santa Claus venga con un saco de dinero bajo el brazo. —Se le veía afectado—. Quiero volver a ofrecerte mi ayuda. Aunque me dieras calabazas, no significa que no te quiera trabajando en el rancho, eres bueno, jodidamente bueno, y me preocupo por ti. Para mí siempre has sido mucho más que sexo, Jim.

—No digas eso. —Cerró los ojos como si le costara asimilar mis palabras.

—No miento, tu puesto sigue estando libre y seguirá así hasta que desees volver. No sé si te gusta la idea de ser el nuevo pastor de Nuevo Amanecer, pero sí sé cómo te brillaban los ojos en la pradera.

—¿Por qué me haces esto?

—¿El qué?

No respondió. Me miró de una forma tan intensa que me abrasó por dentro, después pasó por mi lado levantando una nube de polvo a cada pisada.

—Tengo que volver.

Fue su despedida. No estaba seguro de si se refería al rancho o al puesto de quesos, me temía que era más lo segundo que lo primero.

—Voy a esperarte, Jim.

«Toda la vida si hace falta».

No se dio la vuelta, siguió su camino entremezclándose con la gente.

«¡Mierda!».

Le di una patada una piedra y casi le aticé al reverendo de nuestra parroquia.

—¡Mount Wallace!

—¡Lo lamento, señor! —Él negó.

—¿Puede saberse por qué no estás en tu puesto? —me preguntó con expresión enjuta—. ¡Vamos, muchacho! Que la cola que se ha formado para entrar al laberinto da la vuelta a la finca.

—Perdone, estaba haciendo tiempo y se me fue el santo al cielo.

—Pues ya te acompaño yo, no vaya a ser que se te suba de nuevo.

CAPÍTULO 36





—Por fin apareció el guardián del laberinto de la paja —masculló mi primo, ubicándose a mi lado mientras yo abría la cinta que daba paso a la atracción.

—¿Tú no estabas dándoles de mamar a los terneros? —respondí, contemplándolo con el ceño arrugado.

—Al único que le doy de mamar es a Derek, a los terneros les dimos biberón y los pobres están todos llenos; si les damos un poco más, se convierten en bolas de carne rellenas de *mozzarella*. —Me eché a reír. Elías y sus ocurrencias—. ¿Te has dado cuenta de cuántos niños hay? O los están clonando como a la oveja Dolly, o ha subido la natalidad.

—Creo que son fruto del gran apagón del último tornado.

Hace unos años sufrimos otro por el que no lamentamos daños en las viviendas o las granjas, pero sí que se cargó antenas, receptores móviles y cableado que nos tuvo sin televisión y teléfonos. Tardaron un mes en subsanar el problema y debió ser de lo más productivo.

—Tiene sentido, por cierto, ¿tú dónde te habías metido? Casi colgamos un cartel de se busca.

—¿Sabías que Jim iba a estar con su prometida y… «su amigo»? —recalqué el pronombre de posesividad que precedía a la palabra.

Mi primo estiró el cuello a más no poder.

—No jodas que se ha traído al del río.

Él era el único que estaba al corriente de todo lo sucedido, necesitaba hablar con alguien, vomitarlo todo y, aunque sabía que con Elías las pullitas estaban aseguradas, se convertía en una tumba cuando le pedías que no le contara nada a nadie.

—Pues te digo una cosa, no está mal, pero tú eres mucho más guapo y estás más hecho.

—Ahora me va a entrar complejo de chuletón añejo. —Mi primo rio—. Deja de estirar el cuello, que al final nos pilla.

—Entonces…, ¿te has perdido un ratito con Jim? —agitó las cejas.

—Borra esa expresión porque no es lo que piensas, ya me conoces, no soy de los que se conforman con un mensaje en el teléfono, teníamos que hablar las cosas.

—¿Y?

—Nada, he hecho el penas, para variar.

—Querido primo, si aceptas un consejo, tienes que dejar de ir detrás de él, ya has quemado ese cartucho y no ha funcionado. Yo pasaría de su culo, pero si no puedes, toca pasar a la ofensiva silenciosa.

—¿Qué ofensiva silenciosa?

—Bueno, tú te mordías los muñones al pensar en Jim y Jeremiah, ¿qué tal si le damos de su propia medicina a tu ex?

—No es mi ex.

—Es tu ex, exrollo, extrabajador, llámalo como quieras. La cosa es que reaccione un poquito.

—¿Y con quién propones que lo haga? No hay demasiado material por aquí para que me crea…

—Bueno, quizá no en el pueblo, pero yo juraría que ese tío de ahí, el que está a puntito de tumbar a Jake con la tarta de calabaza, apunta maneras… En cuanto te has plantado a custodiar el laberinto, no te ha quitado el ojo de encima, creo que trabaja en la granja de los McCorner en Saint Andrew.

—¿Y tú cómo sabes eso?

El susodicho se giró un momento para echarme un vistazo. Elías tenía razón, no era Jim, pero tampoco estaba mal.

—Ripley atiende a su ganado, estuve allí el otro día y me fijé, una cosa es que esté con Derek y otra que no pueda mirar a bombones como ese.

El tipo lanzó el pastel, dio en la diana y mi primo se hundió en el tanque sin poder evitarlo.

—Menuda potencia y menuda puntería, como todo lo haga igual, te rellena como al pavo de Acción de Gracias.

—¡Cierra la bocaza, Elías!

Mi primo salió escupiendo agua.

—¿Por qué no vas a llevarle una toalla a Jake? Yo me ocupo de custodiar a los aficionados de los líos y la paja. —Hice rodar los ojos.

No me acerqué porque me apeteciera, lo que me movió fue ver a Jim y a Jeremiah riendo cómplices mientras yo me afanaba en intentar recuperar una relación sin futuro.

Para empezar, no lo había sido nunca, era absurdo apostar por algo unilateral. No pondría celoso a Brock si coqueteaba con el ranchero rubio que estaba frente a mí, pero por lo menos igual conseguía despejarme un poco para que mi vida fuera menos vacía y agónica.

Mi primo se volvió a subir a la plataforma y yo le lancé la toalla.

El lanzador no se había movido porque estaba escogiendo su premio, así que aproveché para

felicitarlo.

—Buena puntería.

Él se giró en mi dirección y me sonrió abiertamente. Tenía unos bonitos ojos color miel, facciones marcadas, el pelo un tono más oscuro que el mío y era un poco más bajo. En conjunto estaba bueno y me miraba con una expresión que catalogaría de invitante.

—Gracias, cuestión de suerte.

—Un tiro así no es suerte.

—Bueno, se me da bien lanzar cosas, hace muchos años era el pitcher en el instituto, algo me queda. —Tenía un acento que no era de la región, por eso no me sonaba nada.

—¿Béisbol?

—Sí, ¿y tú?, ¿has jugado? Tienes pinta de bateador…

—A mí me va más la monta. —Él alzó las cejas y sus pupilas se dilataron.

—Ya veo, de eso también tienes pinta. Los sementales me encantan. Soy Tyron, por cierto.

—Mount…

—Mmm, Mount el montador de sementales, muy propio. ¿Te apetece que demos una vuelta, o estás ocupado?

Miré de soslayo a Elías, quién alzó el pulgar y me hizo una señal para que me fuera. Seguro que nos había estado leyendo los labios, siempre se le dio de puta madre, a veces nos preguntábamos cómo se podía enterar de tantos secretos, hasta que una vez lo pillamos, estaba hecho todo un experto.

—Por qué no.

Paseamos por toda la feria. Tyron era simpático, abierto, no le importaba mostrar que estaba interesado en algo más que dar un paseo y era originario de Oregón.

Llevaba todo el verano trabajando en la granja de los McCorner a destajo, tenían fama de ser bastante explotadores, y cuando salía, no venía a Saint Valentine, aunque me dijo que eso iba a cambiar a partir de entonces.

Tomamos unas cervezas, participamos en la carrera de sacos, porque dijo que podría ser divertido, y cuando caímos y rodamos, no me aparté cuando me dio un pico.

No estuvo mal, y cuando alcé los ojos, me encontré con la mirada turbulenta de Jim, su puestecito quedaba a solo unos metros y tenía cara de pocos amigos.

«¡Que te jodan, Jimy!».

—Tú vas directo y sin frenos —murmuré al ponernos en pie.

—Cuando me gusta algo, voy a por ello, y tú me gustaste desde que te vi aparecer.

Parpadeé con fuerza.

—No te asustes, Montador, no busco nada serio, solo diversión.

—Me alegro, porque ahora mismo no atravieso mi mejor momento, y no puedo ofrecerte más que eso.

—A mí me basta. ¿Te gustan las mazorcas?

—¿Me estás invitando a la tuya? —Tyron rio.

—Esa igual te la dejo probar más tarde, ahora preferiría una a la que no le importe que la llene de dentelladas, tengo un poco de hambre y me llega su aroma dulce hasta aquí.

—Pues entonces vayamos.

Devolvimos los sacos, y cuando pasé por delante de Jim, ni siquiera lo miré.

Media hora después, Tyron me acompañaba al laberinto, estaba anocheciendo y apenas había estado quince minutos en mi puesto, Elías hizo su trabajo y el mío.

—¡Dichosos los ojos! —proclamó al vernos aparecer.

Los dos le sonreímos.

—Tyron, te presento a Elías, mi primo.

—Me suenas…

—Soy el ayudante del veterinario, estuve el otro día en el parto del ternero que se complicó en tu granja. —Tyron chasqueó los dedos.

—¡Es cierto! ¡Ahora caigo! ¡Gran trabajo!

—No estuvo mal —admitió mi primo un pelín avergonzado.

—Tu primo es un fenómeno, gracias a él todo fue de maravilla.

—Al final me voy a sonrojar.

—Mejor ve a descansar. Lleva todo el día sin parar y encima me ha reemplazado para que le llevara una toalla a Jake.

—Más bien para que te pudiera conocer —intercedió, agitando las cejas mientras yo resoplaba.

—En sus ratos libres, juega a ser el dios del amor, como si con Cupido no nos bastara.

—Pues entonces te debo una. —Tyron se tocó el ala del sombrero y los dos chocaron el puño.

—Ahora que me das fiesta, voy a ver a mi chico, que por fin le han dado descanso, es el que toca el ukelele en la banda, es profe de música en el instituto y se le dan bien casi todos los instrumentos.

—Sobre todo, los de viento —apostillé granjeándome una risa cómplice de Tyron.

Elías se marchó y volvimos a quedarnos solos.

Me senté en uno de los fardos de paja, no lo había hecho en todo el día y mi cuerpo exigía que descansara un poco los pies.

—¿Vas a quedarte a cenar y al baile? —le pregunté.

—Puede, no sé, he venido con mis colegas del curro y solo tenemos un coche, así que si no se quedan ellos, lo tengo difícil para volver.

—Yo te puedo llevar si quieres quedarte.

—¿Me estás invitando?

—¿A ti qué te parece?

—Que acepto.

Con algunos las cosas eran excesivamente difíciles y con otros muy fáciles. ¿Qué necesidad tenía de que me despreciaran y complicarme la vida?

Me lo estaba pasando bien.

Puede que Tyron no fuera el hombre de mi futuro, pero tenía la suficiente chispa como para que me interesara seguir conociéndolo en el presente.

Consiguió que dejara de pensar en Jim un buen rato, y eso que estábamos compartiendo espacio.

Era ingenioso, parlanchín, teníamos muchos intereses en común asociados a la vida del rancho y físicamente tenía un polvo, o unos cuantos.

—¿Te parece si voy a buscar a mis colegas, que los tengo abandonados, y vengo a recogerte para cenar?

—Me parece.

—Muy bien, pues nos vemos, Mount el montador de sementales. —Me guiñó un ojo y se perdió entre la gente, dejándome con una sonrisa en los labios.

CAPÍTULO 37





No había podido dejar de pensar en la conversación que mantuve con Mount, sus palabras resonaron en mi cabeza como si las hubiera repetido cien veces, habían perforado algo dentro de mí, algo que no sabía cómo manejar. Mount Wallace era más de lo que podía soportar. Me había dicho tantas cosas bonitas, y todas me removieron por dentro, como si con cada palabra, cada gesto, se me clavara más hondo.

Estaba atrapado en esa maldita encrucijada entre lo que debía hacer y lo que quería. Y cuando me preguntó si era feliz, si realmente lo era, sentí que el aire se me escapaba.

Era lógico que él no lo comprendiera, su vida era opuesta a la mía, por eso no lo entendía, ni lo que suponía vivir así, con el peso de las expectativas, con la culpa constante de sentir algo que estaba prohibido.

«Voy a esperarte, Jim», fue lo último que me dijo mientras me alejaba hundiéndome más todavía en mi miseria.

Aquella frase me martilleó por dentro, más fuerte a cada paso que di de vuelta al puesto donde Mary Kate y Jeremiah me esperaban.

—¿Qué quería hablar contigo el señor Wallace? —preguntó Jeremiah en cuanto llegué.

Intenté mantener mi compostura, como si todo fuera normal, como si no tuviera un caos

arremolinándose dentro de mí.

—Solo se interesó por mi padre y Nuevo Amanecer —mentí, mirando el queso en lugar de sus ojos—. Como sabe que las cosas no van bien, volvió a ofrecerme trabajo en el rancho.

Mary Kate me miró de soslayo y asintió lentamente, como si considerara la oferta.

—Teniendo en cuenta la situación en la que nos encontramos, no lo veo mal —dijo, con prudencia—. Nos vendría bien el dinero, ya sabes que sin recursos no podremos casarnos ni construir nuestra casa.

Ese comentario me golpeó más de lo que debería. El matrimonio. La casa. La vida que se suponía que debía desear con ella. Pero, en mi cabeza, todo seguía girando en torno a Mount, a sus palabras, a la oferta que había dejado flotando en el aire.

—Ya buscaréis la manera de conseguir el dinero —dijo Jeremiah, serio—. Además, siempre podéis vivir en la casa Brock, no seríais los primeros. Jim no puede dejar la comunidad ahora, no cuando el pastor sigue delicado y se espera tanto de él.

—Jeremiah tiene razón.

—Por supuesto —musitó ella resignada, mientras venían más clientes que atender.

Intenté volcarme en el trabajo, sin embargo, mis ojos lo buscaban continuamente. Fruncí el ceño al verlo paseando como si tal cosa con un vaquero desconocido que no dejaba de hacerle ojitos y mirarlo como si se lo quisiera comer.

Por su parte, Mount parecía muy cómodo, incluso participaron en la carrera de sacos por parejas, que se desarrollaba frente a nuestro puesto, y cuando tropezaron cayendo al suelo, creí morir al ver que se besaban.

Fue mucho peor que la devastación del tornado, sentí como si todo a mi alrededor se desmoronara. El pedido que tenía entre las manos se me cayó, los quesos rodaron por el suelo. Mary Kate me miró preocupada, pero yo no podía respirar, el aire simplemente no me entraba.

—¿Estás bien? —me preguntó alarmada.

No, no estaba bien. Lo último que quería era seguir viendo cómo Mount se ponía en pie y se alejaba con ese hombre. Con qué facilidad me olvidaba.

Tiré de las riendas de mi autocontrol, pero mi corazón no frenaba.

—No me siento bien —admití.

Mi prometida me tomó del brazo.

—Jeremiah, encárgate del puesto, por favor. Voy a llevar a Jim a que le dé el aire, últimamente lleva un ritmo frenético y necesita descansar un rato. Vamos a buscar un poco de agua.

No quería estar a solas con ella, solo deseaba que el mundo desapareciera, que hubiera un meteorito que arrasara con todo y con todos, excepto con él.

Ese pensamiento era despreciable. Lo lamenté al instante y no tuve fuerzas para negarme a Mary Kate.

Nos alejamos del bullicio del festival, casi al mismo rincón en el que estuve hablando con Mount, Mary Kate fue en busca de una botella y me la trajo.

—Gracias.

—No hay de qué, apóyate ahí. —Era una calabaza gigante, de las muchas que había distribuidas por todas partes.

Le hice caso. Esa no era de verdad, era una especie de banco con forma de hortaliza. Ella se acomodó a mi lado y aguardó hasta que mi respiración se normalizó.

Me miró de soslayo, evitando la confrontación ocular.

—¿Mejor?

—Sí, gracias. —Ella asintió.

—Disculpa si antes te sentiste presionado por lo que dije del dinero, no era mi intención parecer una interesada o que no estaría dispuesta a vivir con tus padres.

—Tranquila, Mary Kate, sé que tú no eres así.

Nos estábamos saltando las normas al estar en un rincón sin escolta.

La vi mirar a un lado y a otro mordiéndose el labio.

—Si te sientes incómoda porque estemos a solas, podemos…

—¡No! —Su voz sonó algo aguda—. E-estoy bien, es solo que… Sé que dijimos que hasta la boda era mejor conservar las formas, pero, en vistas de que se va a atrasar, yo… —Ella miró mi boca—. Sé que está mal, pero me muero de ganas de que me beses, aunque no debamos. —Se ruborizó, nerviosa—. ¿A ti no te pasa? —cuestionó con la boca pequeña, agarrando el delantal blanco agitada.

¿Qué iba a decirle? ¿Que no?

La miré y sentí su cercanía, Mary Kate estaba bastante sofocada, sus pupilas dilatadas.

Y antes de que pudiera detenerla, se arrojó a mis brazos, me besó con toda la pasión que tenía acumulada.

Su lengua era torpe pero entusiasta, separé los labios buscando como siempre aquella chispa. Necesitaba que se encendiera, quizá era porque no ponía suficiente intensidad. Lo di todo, incluso subí una mano y amasé un pecho.

No era desagradable, solo algo blando, grande, y mi contacto la hacía jadear.

«¡Mierda! ¡Estaba jadeando!».

Aparté la mano y los labios.

—Lo siento —me disculpé. Sus mejillas estaban rojas como manzanas, los labios inflamados y algo arañados por mi barba. Le brillaban los ojos y sonreía.

—No-no pasa nada, ya estaba dudando de si te gustaba.

Me aparté de ella rápidamente, avergonzado y frustrado, sabiendo que nunca podría ser el hombre que ella quería que fuera.

—Cualquier hombre se sentiría orgulloso de que fueras su mujer. —Eso era cierto, salvo que yo no la amaba y dudaba de que eso fuera a suceder, porque cuando estaba entre mis brazos, no había excitación, ni el pulso se me aceleraba como con Mount.

Volvimos al puesto en silencio, y pasé el resto de la tarde trabajando, evitando su mirada. No podía sacarme de la cabeza a mi exjefe, ni el beso con Mary Kate. ¿Cómo podía seguir adelante cuando todo lo que quería estaba fuera de mi alcance?

Cuando la tarde terminó y nos pusimos a recoger, el señor Wyatt vino a vernos e insistió en que nos quedáramos a la cena, que merecíamos llevarnos algo a la boca y descansar.

—Es que tenemos que regresar —me disculpé.

—Venga ya, muchacho, sois jóvenes, llenad el estómago y escuchar un poco de música no es ningún mal, las mesas ya están listas y la comida cocinada, hay carne asada, patatas con crema agria, mazorcas, boniatos y tartas de calabaza y castaña. Además de cerveza, ponche de huevo, licor de canela y refrescos de todo tipo. Podéis marcharos en cuanto vuestros estómagos estén saciados, no despreciéis el trabajo de aquellos que han trabajado para alimentaros.

—No podemos hacer eso, ¿verdad que no, Jim? —nos interrumpió Jeremiah.

—Entonces os esperamos, las mesas están dispuestas justo detrás del laberinto.

Yo solo quería huir, perder de vista a Mount, evitar cualquier posibilidad de cruzarme con él

de nuevo. Pero Jeremiah y Mary Kate, a quien le brillaban los ojos al escuchar a mi amigo, parecían haberse aliado contra mí.

—Si nos quedamos, llegaremos tarde a Nuevo Amanecer —protesté.

—¡Oh, venga ya! Ya has oído al señor Wyatt, estaría fatal que despreciáramos el trabajo de los demás, un poco de distracción no nos hará mal, y si estás preocupado por lo que puedan decir, tengo la solución perfecta.

Mi prometida lo miró esperanzada.

—¿Cuál?

Jeremiah se inclinó ligeramente hacia nosotros, asegurándose de que nadie más lo oyera.

—Podemos decir que tuvimos un problema con el carromato —explicó con esa seguridad suya—. No es algo raro que las ruedas hayan podido sufrir un altercado, decimos que se nos salió una y tuvimos que repararla. O incluso podemos decir que no teníamos herramientas y debimos volver a la hacienda en busca de ayuda. Sabes tan bien como yo que, si los tres decimos lo mismo, lo creerán sin problemas.

—¿Y si preguntan más? —le dije con escepticismo—. ¿Y si alguien nota que volvemos tarde y empieza a hacer preguntas?

Antes de que pudiera continuar, Mary Kate intervino, pero sin interrumpirme, manteniendo su tono calmado y sumiso, como era costumbre en la comunidad.

—No creo que sea un problema, Jim... —dijo suavemente, mirando al suelo con modestia—. Después del tornado, cualquier retraso parece normal. Además, solo queremos estar un poco más aquí..., si tú lo consideras apropiado, claro.

Su tono era casi tímido, pero lo que decía tenía lógica. Jeremiah, viendo que Mary Kate estaba de acuerdo, remató la conversación.

—Vamos, Jim, será solo un rato. Nadie en Nuevo Amanecer nos pedirá explicaciones si llegamos un poco más tarde. Están demasiado ocupados con los preparativos de invierno. Además, podemos asegurar que revisamos bien el carromato para que no vuelva a ocurrir.

Suspiré, viendo que ya había pocas salidas. Si me oponía, parecería un aguafiestas y sabía que, en el fondo, ellos dos tenían más ganas de quedarse que yo.

—De acuerdo —dije finalmente, asintiendo—, pero si nos preguntan demasiado, seremos tú y yo, Jeremiah, los que daremos más detalles. No quiero problemas para Mary Kate cuando lleguemos.

Mi prometida, sin mirar directamente a los ojos, sonrió brevemente, agradecida pero comedida.

—Gracias, Jim. Prometo que no te causaremos molestias —susurró.

CAPÍTULO 38



Todo estaba decorado con muy buen gusto.

Dispusieron un montón de mesas circulares con capacidad para un máximo de ocho personas, con fardos de paja como asientos y un montón de guirnaldas de luces para iluminar, además de las velas artesanas que desprendían un delicioso aroma a otoño.

El grupo seguía tocando para amenizar la velada, ocupábamos un par de mesas entre mis primos, sus parejas, mis hermanos y mi nuevo amigo del puesto de lanzamiento de tartas, Tyron.

Elías siempre tenía una broma a mano, y entre él y Travis se las arreglaban para que Tyron no parara de reír. Yo lo hacía con ellos, aunque, para ser sincero, no dejaba de observar de reojo la mesa donde estaban Jim, Jeremiah y Mary Kate.

Me sorprendió ver que se instalaban en una de las mesas más pequeñas y alejadas. Pensaba que se irían nada más terminar las ventas, pero me equivoqué.

Jim estaba inquieto. Lo veía mover la comida en el plato más de lo que realmente comía, mientras Jeremiah y Mary Kate charlaban entre ellos. No fui el único que notó el mal estado del hijo del pastor. Elías, que estaba a mi derecha, con una visión panorámica envidiable, se acercó a mi oreja.

—Oye, al final va a resultar que no iba tan desencaminado, Jim no te quita los ojos de encima

y parece bastante incómodo; o está a dieta para la boda, o le has cortado las ganas de comer.

—Quizá se le esté clavando una paja.

—Más bien parece necesitar que se la hagan, aunque con tremendo ejemplar a tu lado, yo seguiría pasando del beato y me iría con ese ranchero descarado.

—Es lo que pienso hacer.

Elías palmeó mi brazo y los dos seguimos disfrutando de la velada.

Me había propuesto que Jim Brock dejara de existir para mi salud mental, a partir de entonces iba a ser así, por mucho que le hubiera dicho que lo iba a esperar, tampoco es que fuera idiota.

Ya estaba bien de llorarlo por las esquinas mientras él se lo pasaba bien jugando en el río con su amigo, tampoco es que lo pudiera obligar a querer estar conmigo.

Todo lo que le había tenido que decir ya se lo había dicho y había escogido, pues genial, yo también elegía divertirme y pasar página.

Seguimos con la cena. Tyron coqueteaba abiertamente conmigo y sin tapujos, sus insinuaciones me hacían pensar que esa noche mi cama no estaría fría.

El ambiente del festival se animaba cada vez más, y la comida iba acompañada de canciones tradicionales y alguna que otra más moderna.

Reconocí de inmediato *Watermelon Crawl*, de Tracy Byrd.

Miramos hacia los músicos, mi primo Jake estaba al lado de Derek, agarraba el micro y pronunciaba un: «¡Vamos a animar esto como se merece, Wallace!».

Travis, Elías y yo teníamos una coreografía con esa canción, una absurda y algo subidita de tono que empleábamos en La Guarida cuando queríamos echarnos unas risas y llevábamos unas cervezas de más.

Miré a mis primos de soslayo, que estaban tan achispados como yo.

La gente gritó y silbó coreando nuestro apellido, para que saliéramos a la zona completamente despejada que quedaba en el centro, pensada para el baile de después.

—¿Vas a bailarme? —preguntó Tyron socarrón.

—¡Por supuesto que te va a bailar! Necesitas ver cómo se mueve ese culito para decidir si mi primo es lo que buscas —le confirmó Elías, tirando de mí y de Trav.

Su hermano rodó los ojos, fingiendo fastidio, pero en el fondo estaba tan entusiasmado como él.

Me vi arrastrado entre risas y empujones.

—¡Vamos, Wallace! —boceó mi hermana coreada por un chiflido de mi prima Jane y otro de Levi.

Comenzamos a movernos al ritmo de los acordes, los pasos estaban perfectamente sincronizados entre nosotros tres. Los primeros movimientos fueron suaves, pero conforme la música se aceleraba, se volvieron más elaborados y la energía subió de nivel.

Elías, siempre el más *showman*, hizo un giro exagerado, levantando las cejas y lanzando una mirada coqueta a la multitud, lo que arrancó risas y alguna que otra exclamación sorprendida cuando se quitó el sombrero para ponérselo al director de la oficina de correos, el bonachón marido de nuestra alcaldesa, quien no tuvo problema con seguirle el rollo bajo la atenta mirada de su mujer, granjeándose la risa de más de uno.

Travis, por su parte, no se quedó atrás y empezó a añadir sus propias improvisaciones, con movimientos de cadera que hicieron sonrojar a las mujeres sentadas más cerca. Sobre todo, cuando le cogió los hombros a una y comenzó a trazar ondas con la cadera.

Yo me dejé llevar por la música, recordando lo divertido que era hacer eso.

Me moví al ritmo con precisión, sin dejar de disfrutar, guiñando el ojo de vez en cuando a Tyron, quien no lo dudó y saltó al ruedo. Aunque no se sabía la coreografía, agarró la servilleta para trazar movimientos circulares en el aire y animar al público a que lo siguiera, con un entusiasmo que encajaba perfectamente con el ambiente festivo.

Todos aplaudían, reían y festejaban la nueva incorporación.

Sentía las miradas sobre nosotros, especialmente de algunas chicas que se tapaban la cara para ocultar sus sonrisas y risitas, probablemente sonrojadas por lo provocativo que estaba siendo todo.

Aunque no quisiera, mi atención volvía siempre a Jim.

Cuando finalmente levanté la vista, lo vi allí, sentado en su mesa, con los ojos incendiarios puestos en mí, como si estuviera viendo algo que no podía procesar y hubiera decidido abrasarlo. Mi corazón se puso a latir como un loco.

Desplacé la mirada hasta Jeremiah, a su lado, quien sonreía divertido y no parecía importarle el numerito. Mary Kate estiraba el cuello más de lo que seguramente permitía el decoro de Nuevo Amanecer y su pie se movía al ritmo de la música.

La canción terminó con mi trasero encajado en el regazo de Etna, la mujer de la tienda de botas y sombreros del pueblo, quien palmoteaba mi trasero con efusividad.

No me había reído tanto en mucho tiempo.

Una ovación de aplausos y silbidos, sumados a un «Señoras y señores, ¡los tíos más *sexies* de Saint Valentine Falls!», proclamado por Jake, nos acogieron para regresar a nuestros asientos.

—Menuda manera de moverte, Mount —susurró Tyron en mi oreja, mientras llevaba su mano a mi cintura para acercarme a su cuerpo—. Como todo lo hagas igual…

—Lo demás se me da mejor. —Él me tiró un mordisco al cuello seguido de un guiño que no desprecié.

—Deseando estoy.

Antes de llegar, nos separamos, y justo cuando iba a sentarme, un pequeño tropezó conmigo desconsolado.

Estaba llorando a lágrima viva. Lo había visto en el laberinto, el poco tiempo que estuve. Me fijé en él porque fue uno de los últimos en entrar y llevaba un gorro con una estrella de *sheriff*.

—Ey, peque, ¿qué pasa? ¿Tan mal he bailado?

—No es eso —dijo su madre, buscando la mano del niño—. Disculpa. Billy ha perdido el patito de goma que ganó en la caza de patos y no lo encontramos por ningún sitio, está tan disgustado que no mira ni por donde va.

—E-era, mu-muy bo-bonito, co-con un sombrero marrón, gafas de sol y pañuelo a juego. E-era mi-mi amigo y lo he perdido, lo-lo tengo que en-encontrar —hipó.

—Cariño, ya te compraré uno.

—¡No! Qu-quiero mi pato.

—Vaaale —alargué la a intencionadamente—. ¿Lo llevabas en el laberinto? —Billy asintió, sorbiendo por la nariz.

—En la mano.

—Pues entonces quizá es que se perdió allí con tanto lío y no ha sabido salir, ¿quieres que vaya a echar un vistazo?

—No quiero molestarte —se disculpó la madre.

—No es una molestia, será un instante, id a cenar tranquilos que yo ahora mismo vuelvo. —Froté la cabeza del pequeño y les dije a Elías y a Tyron que regresaba en un momento.

Si no daba con el amigo de Billy, me las ingeniaría para hablar con el señor Wyatt, conociéndolo, seguro que tenía alguno de sobra.

Me dirigí a la entrada del laberinto, con la música sonando de fondo y la suave brisa agitando las hebras doradas.

Tenía un plano del recorrido en el bolsillo trasero del pantalón, así me aseguraba no pasar por el mismo lugar. Si el muñeco estaba, no me costaría dar con él.

Llevaba recorrida la mitad del laberinto cuando escuché unas pisadas. Quizá mi primo me había oído y se sumaba a la búsqueda, o puede que fuera Tyron haciéndola mucho más interesante.

En una esquina vi un destello amarillo y sonreí.

—¡Bingo! ¡Ahí estabas, colega! —Si no era el de Billy, era su gemelo, seguro que no notaba la diferencia.

Me alcé sonriente. Las gafas se le habían torcido y el sombrero descansaba a su lado, nada que no se pudiera solucionar.

Le ajusté las prendas, y al levantar la mirada, volví a quedarme sin aire, porque Jim Brock estaba allí plantado, con esa presencia intimidante y su ceño adusto que tan bien conocía. Sus manos estaban apretadas en puños. No había forma de que estuviera allí por casualidad.

—El laberinto está cerrado y es trampa empezarlo por la salida en lugar de por la entrada. —No se movió ni dijo nada, para variar, así que yo lo hice por él—. ¿Qué haces aquí, Jim? —le solté, más brusco de lo que pretendía.

—Vi lo que hiciste —dijo al fin, con la voz tensa. No había rastro de su habitual calma, de esa contención que siempre llevaba encima como un escudo.

—¿Qué con exactitud? —inquirí, cruzándome de brazos. Sabía que eso iba a ir mal, pero no podía evitarlo.

—Con ese chico... Te vi —murmuró mientras yo seguía avanzando.

—¿El del patito? —Le enseñé el muñeco entre mis dedos.

—El de la carrera de sacos, con el que estabas cenando y bailando.

Me reí sin gracia.

—Ah, eso. ¿Y? ¿Te molesta? Pensé que habías dejado claro que lo nuestro no podía ser.

—Y tú dijiste que me esperarías, se te ha pasado rápido.

Su mandíbula se apretó con fuerza. Podía ver cómo luchaba por mantener el control, cómo las emociones se agolpaban en sus ojos, pero no las soltaba. Eso siempre había sido su maldito problema. Nunca decía lo que realmente sentía.

—Ya, bueno, a veces cambio de opinión. —Sus labios formaron una fina línea—. Me dijiste que no querías lo que te ofrecía, así que no me culpes por buscarme la vida e intentar seguir mi camino. Si no te gusta Tyron, lo siento, no tienes derecho a opinar sobre lo que hago y mucho menos teniendo en cuenta a tu nuevo amante.

Jim se había quitado el sombrero y se estaba pasando una mano por el cabello mientras soltaba la última frase, paró de inmediato.

Parecía más perdido que nunca. Su pecho subía y bajaba con respiraciones entrecortadas, y sus pupilas no dejaban de moverse entre la salida del laberinto, y yo como si estuviera buscando una forma de escapar de lo que estaba a punto de suceder.

Entonces agitó la cabeza.

—¿De qué demonios hablas? ¡Jeremiah y yo no somos amantes!

—No hace falta que lo niegues, si te preocupa que lo diga, puedes estar tranquilo. Os vi en el

río, la maldita semana que me dejaste por mensaje, os vi y os oí. Fui cada maldita noche hasta que te vi aparecer con él.

—¿Nos viste oculto entre las plantas?

—Sí —reconocí—, así de desesperado estaba por ti.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver que nos vieras?

—¡Joder! Pues que estabais desnudos, él se pegaba a ti y te hablaba de no sé qué mierdas que quería que hicieras para después expiar juntos. Dos y dos suman cuatro.

Una risa sin humor curvó su boca.

—¡Fuiste tú! —Abrió mucho los ojos como si de repente se diera cuenta de algo—. ¡El ruido! No me estaba volviendo loco. Eras tú, ¿verdad?

—¿Y qué si lo era?

—Que te equivocaste de lleno en tu juicio. Jeremiah quería ir a Saint Patrick, a un bar un tanto peculiar, fue a eso a lo que me negué, bastantes pecados acumulaba ya como para sumar uno más. No tengo nada con él, na-da, te dije que era mi amigo y eso es lo que es. —¿Era eso cierto? ¿Estaba viendo fantasmas donde no los había?

—¡¿Y por qué demonios estabais allí desnudos y juntos?!

—Porqué él tampoco es un santo y tiene cosas que expiar, no puedo hablar de ello, eso pertenece a su intimidad. —Tragó saliva, con la voz rota—. Ya sabes para lo que yo fui, te lo conté. —No sé quién se acercó a quién, solo que apenas nos distanciaban dos pasos—. Lo hacía y lo sigo haciendo porque... porque lo que hicimos, lo que siento por ti cuando estás cerca, no puedo decírselo a nadie. Ni siquiera a mí mismo.

La revelación hizo que se me acelerara el pulso. ¡Malditos fueran todos sus huesos!

Metí al pato en el bolsillo de la camisa y avancé hasta agarrarlo de la suya y encastrarlo contra los fardos amontonados.

Estábamos tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo. Su respiración chocaba contra la mía, rápida, tensa. Y entonces, en ese silencio cargado de electricidad, me di cuenta de que no era solo yo quien estaba al borde de un precipicio. Jim también lo estaba, aunque él nunca admitiría la profundidad de sus emociones.

—No sé cómo dejar de sentir esto —soltó, de forma abrupta. Y esas palabras me golpearon como un puñetazo en el pecho—. Por eso necesito no verte, porque incluso cuando no estás, sigues apareciendo, y da igual lo cansado que llegue, me esperas ahí, en mis pensamientos, cada vez que mi cuerpo toca el colchón y estoy a solas en mi cuarto. Vuelves a mí una y otra vez, una y otra vez.

Lo miré a los ojos, y por primera vez, vi el miedo real en ellos. No el miedo a lo que su comunidad pensara, ni a lo que su familia pudiera decir, sino el miedo a lo que él mismo no podía controlar. La atracción entre nosotros había sido como una fuerza imparable desde el principio, algo que ninguno de los dos podía detener, por mucho que lo intentáramos.

—Por eso me aparto —prosiguió—. Mount, no es que quiera, es que no tengo otra opción para arrancarte de mi piel.

—Claro que la tienes, siempre la has tenido —susurré, casi sin darme cuenta de lo que estaba diciendo—. No te apartes, Jimy, vive esto conmigo. —Mis labios estaban casi pegados a los suyos.

Jim cerró los ojos por un segundo, como si estuviera reuniendo el coraje para tomar una decisión que lo aterraba. Pero cuando volvió a abrirlos, su mirada estaba clavada en la mía, intensa y cargada de todo lo que no se atrevía a decir.

—Bésame. Hazlo una vez más, por favor.

Era una petición agónica la que me hacía, y yo, como un imbécil, caí en picado contra su boca.

El estallido fue tan brutal que temí correrme con el roce de su lengua. No fue un beso dulce o bonito, era necesidad descarnada recubierta por una capa de rabia acumulada. Era demasiado intenso como para que fuera romántico.

Mis manos y las suyas estaban por todas partes y nuestras erecciones se frotaban con hambruna y dolor acumulado.

Nos separamos apenas un instante, jadeantes, con nuestras frentes apoyadas una contra la otra.

—No sé qué hacer... —murmuró, casi como una súplica. Mientras, mi mano desabrochaba su pantalón, se colaba por su bragueta, se introducía bajo el calzoncillo y palpaba la carne caliente.

—Deja de pensar —le respondí, llevando una mano a su rostro—. Solo siente.

Mi mano comenzó a moverse y él a jadear.

Dios, cómo extrañaba ese sonido. Tenía la punta del glande húmeda y la polla hinchada.

—Mount…

—Sí, cariño, estoy aquí, como siempre.

Busqué su boca otra vez para sentir sus gruñidos en mí.

Me cogió la cara con fuerza, besándome con apremio, mientras mi palma aumentaba el ritmo.

Jim parecía enfebrecido, descontrolado, no podía dejar de temblar entre mis brazos.

Bajó las manos hasta mi culo para sobármelo, notaba la urgencia de su cuerpo, estaba al límite.

—Dime que lo harás, dime que lo dejarás todo y te vendrás conmigo. Sé que seremos felices, puedo hacerte feliz, abandona ese pequeño reducto de predicadores y estrechos de miras, hazlo por mí, por un futuro juntos.

Jim dejó de besarme trémulo. Sus ojos estaban conteniendo el orgasmo que amenazaba con estallar de un momento a otro.

Abrió y cerró la boca de manera violenta, negó con la cabeza soltándome para agarrarse a las briznas doradas. Sus ojos estaban llenos de algo más que deseo: miedo, confusión, culpa. Todo a la vez.

—No, no, no… puedo.

Su voz era apenas un susurro, pero la desesperación era clara en cada palabra. Yo meneé la mano con fuerza y frustración, quería demostrarle que solo yo conseguía lo que tanto anhelaba. Jadeó al mismo tiempo que todo su cuerpo se contraía y su simiente se derramaba en mí, paré de inmediato, saqué la mano húmeda y pegajosa sin delicadeza alguna.

Mi corazón todavía palpitaba fuerte, y el calor de su piel en la mía hacía que todo lo demás pareciera lejano. Sus palabras me trajeron de vuelta a la realidad, ni siquiera ahora lo nuestro era una posibilidad.

Solté una risa sin humor.

—¡Soy un maldito memo! Contigo siempre será así, siempre será un quiero y no puedo y darás marcha atrás.

—Yo… Yo…

—Tú nada. Se acabó. Buena suerte, Brock, que Dios y tu fe te den todo el amor que necesitas. Y límpiate la corrida del pantalón antes de volver a la mesa con Mary Kate, dudo que le guste el aroma a traición.

Me di la vuelta llevándome conmigo el dolor de la frustración.

CAPÍTULO 39



Un año y siete meses antes.

Llevaba días sintiendo que el invierno no iba a terminar nunca. Las mañanas heladas y los atardeceres grises se alargaban más de la cuenta, pero al menos había tenido a Tyron como compañía esos últimos cuatro meses.

No me fui con él aquella noche, le di una excusa porque nunca me ha gustado follar por venganza y sentía que habría sido así.

Quedamos unas cuantas veces después de eso. Era un tío divertido, guapo, y cuando la necesidad nos apremió, terminamos follando como posesos.

A veces venía al rancho a ayudarme cuando libraba, otras simplemente se quedaba a cenar y, si las cosas se animaban, se quedaba también toda la noche.

Los dos teníamos claro que ante todo era sexo y amistad, una nueva que, con el tiempo, podría volverse más profunda, si es que no decidía regresar a Oregón.

Una de las veces que se quedó a dormir nos sinceramos. Acabábamos de echar un polvo y él me miró a los ojos.

—Hay alguien, ¿verdad?

Me preguntó con la pierna enredada en mi cuerpo.

—Sí. Me gustaría decir que no, que he conseguido pasar página, pero ahí sigue, incrustado en mi pecho, lo siento.

—No pasa nada, ya sabes que lo que hay entre nosotros es lo que es.

—¿Entonces?

—No sé, a veces pones esa cara de melancolía, sobre todo, cuando terminamos, como si algo te doliera tanto que no lo puedes soportar.

—Siento poner esa cara cuando terminamos de follar.

—No me importa ser tu válvula de escape. Yo también pasé por un desengaño, por eso, en parte, me largué de Oregón.

—¿Y cómo lo superaste?

—Los desengaños no se superan, se quedan ahí, para recordarnos que somos capaces de seguir adelante pese a ellos. Forman parte de quienes somos, de nuestra historia y, aunque duelan, siempre vienen con alguna enseñanza, tanto para bien como para mal. Con el tiempo se convierten en esa pequeña fractura que te hiciste hace mucho y que molesta cuando el tiempo va a cambiar, pero es soportable, te lo aseguro.

—Eso espero.

—Yo te voy a aliviar.

Descendió por mi cuerpo por segunda vez.

En febrero, todo parecía más pesado, salvo porque el pueblo bullía por la llegada de la festividad de San Valentín.

Sunny se instaló en el rancho tras terminar su máster, y con su ayuda, sumada a la de Ty, no había necesitado contratar a nadie más.

Estaba entrenando a los nuevos caballos en el corral. Era mi escape, perderme en el trabajo, concentrarme en el animal frente a mí y olvidar todo lo demás. O al menos intentarlo. Estaba ajustando las riendas cuando escuché la voz de Elías a mis espaldas.

—¿Cuánto tiempo llevas sin bajar al pueblo, Mount? —dijo con ese tono burlón suyo que siempre dejaba entrever algo más.

Me giré, medio sonriendo, medio suspirando.

—Unos días, supongo. He estado ocupado con los caballos nuevos y con los preparativos para el festival. Ya sabes que mis padres llegarán pronto, así que quiero tener todo listo.

Elías, vestido con sus *jeans* ajustados y su habitual chaqueta de ante marrón forrada de borreguito, cruzó los brazos, inclinándose contra la cerca del corral.

—Ajá, ocupado. ¿Es por eso que no te has enterado de que Cole Carter ha vuelto? —dijo, levantando una ceja con picardía.

Me detuve en seco con las riendas en la mano.

Cole Carter era el exvecino de mis primos y, según todo el pueblo, el chico de oro. No había nadie que no lo adorara. Guapo, atlético, con ese aire de estrella que lo hacía brillar desde el instituto, tanto era así que lo apodaban en SuspiraCole por cómo las chicas se comportaban al verlo. Trav y él eran uña y carne hasta que se marchó a Nueva York con una beca. No solo se había graduado, sino que se había convertido en el *quarterback* de los Giants.

No volvió a poner un pie en el pueblo desde hacía quince años, tampoco sus padres, aunque los Carter seguían siendo propietarios de la casa frente a la de mis primos.

Y resultaba que había vuelto.

—¿Cole? ¿El mismo Cole Ciclón Carter que nos hizo ganar el campeonato? —pregunté,

aunque sabía que Elías no se equivocaba con esos chismes.

Mi primo sonrió ampliamente, asintiendo.

—El mismísimo. Se lesionó hace unos meses y parece que ha venido a pasar un tiempo aquí mientras se recupera. Ha llegado con Tara, su preciosa fisioterapeuta, y se rumorea que Travis no ha perdido el tiempo y se la ha zumbado en el despacho del restaurante. Los gritos se oían por todo el hotel.

Solté una carcajada, sacudiendo la cabeza.

—No sé por qué no me extraña —respondí, riendo entre dientes.

Travis era el típico que no dejaba pasar una oportunidad si la chica estaba buena y tenía ganas de pasar una «Noche Buena», sin su correspondiente Navidad.

Su separación fue lo suficiente traumática como para no querer liarse en serio con nadie más.

—Tú te ríes, pero todo el pueblo está revuelto con la vuelta de Cole. No puedes desaparecer tanto tiempo, Mount. —Elías me lanzó una mirada divertida—. Además, ¿qué pasa con Tyron? No me digas que estás más en casa porque ahora tenéis planes serios.

Sacudí la cabeza, sabiendo que me lanzaba otra pulla.

—Con Tyron está todo bien, pero es solo lo que es: una amistad con derecho a roce, nada más.

—¿Roce? Este par cualquier día tiran el rancho abajo —se sumó Sunny, que pasaba por detrás para ir a los establos—. ¿Te ha contado que el otro día los pillé en la encimera preparándome unas salchichas con huevo para desayunar? Solo espero que después la limpiaran a conciencia.

—¡Pírate ya! —espeté mientras ellas se alejaba con una sonrisa en los labios.

Me había planteado alquilarme algo en el pueblo. Vivir allí estaba genial, pero apreciaba un poco de intimidad, sobre todo, después del incidente que mi hermana comentaba.

Tuvo que entrarle la sed justo cuando Tyron y yo entrábamos en faena. No era culpa mía que se hubiera despertado antes de tiempo.

Elías se rio, inclinándose más en la cerca, observándome.

—Me hubiera encantado ver eso.

—No lo pongo en duda. —Derek y mi primo ya estaban viviendo juntos y se les veía tan felices que a veces me corroía la envidia. ¿Por qué yo no podía tener algo como lo suyo?

Cambié de tema.

—¿Qué más me cuentas? ¿Algún otro cotilleo suculento?

—Mi hermana está de uñas, Cole tuvo un problema con las tuberías y no sé qué más que ha hecho inhabitable su vivienda. El hotel estaba completo por lo de las fiestas, así que no le ha quedado más remedio que acogerlo en casa, con la manía que le tiene. Si te la cruzas, mejor que no la increpes, porque es capaz de alojarte una bala en el trasero.

—Mientras sea ahí que ya tengo el agujero hecho.

Los dos reímos.

—¿Y tú qué me cuentas?, además de que tuviste que desincrustar la barra de desayunos.

—Pues que estoy preparándome para la vuelta de mis padres, ya sabes que adoran las fiestas del pueblo y no se pierden unas. Quiero dejar todo listo. Odio las sorpresas de última hora.

Suspiré, mirando el corral, los caballos, y pensando en todo lo que todavía tenía que hacer antes de su llegada.

—Por cierto, ¿tú no sabrás si se alquila algo en el pueblo?

—¿Quieres mudarte con Tyron?

—Ya te he dicho que solo amigos con beneficios, nada más. Pero sí, me gustaría tener algo

más de privacidad, aunque vivir aquí está bien, pienso que también me ayudaría a desconectar un poco, no me veo viviendo con mis hermanos y sus parejas cuando estos decidan tenerlas, y yo con una habitación me apaño.

—Después me pasaré por la inmobiliaria a preguntar. Por cierto, ¿sigues sin querer saber nada de Jim?

Elías seguía apoyado en la cerca, mirando cómo adiestraba a los caballos, pero su tono se hizo más serio de repente.

—¿Es su padre? ¿Está bien?

—Fui a Nuevo Amanecer hace unos días, y las cosas no están nada bien por allá —dijo, bajando la voz.

Me detuve, soltando las riendas del caballo que estaba entrenando, y me giré hacia él. La preocupación en su rostro era palpable.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, con el ceño fruncido.

—El invierno ha sido brutal, más de lo que esperaban. Ya sabes cómo son, viven prácticamente de lo que cosechan y crían. Pues bien, este año... el frío les ha quitado lo poco que les quedaba después del tornado. Pero eso no es todo. —Hizo una pausa, como si estuviera midiendo sus palabras antes de continuar—. Las ovejas de Jim... Casi todas murieron. Sufrieron una enfermedad. Creen que fue enterotoxemia, causada por una toxina que liberaron las bacterias en su estómago al comer algo que no debían.

—No lo entiendo, a Jim se le dan genial esos animales, ¿cómo pudo ocurrir?

—Se ha estado ocupando de demasiadas cosas, el pasto se congeló y tuvieron que tirar de pienso. No está seguro de si fue culpa suya o no, la cuestión es que probablemente comieron pienso con demasiado grano o alfalfa que no estaba adecuadamente equilibrado para sus necesidades, o simplemente fue que no estaban acostumbradas a consumir en grandes cantidades. Ya sabes que el exceso de carbohidratos en el intestino permite que las bacterias liberen toxinas, causando la enfermedad.

La noticia me cayó como un balde de agua fría. Sabía que Jim tenía una enorme responsabilidad con ese rebaño. Las ovejas eran una de las pocas fuentes de ingresos de la comunidad, y si las habían perdido..., la situación debía ser desesperante.

—¿Cómo es que Jim no me ha dicho nada? Podría haberme pedido ayuda. ¡Sabes que tengo los recursos para echarles una mano! De hecho, aunque termináramos un poco mal, le dije que estaba dispuesto a ayudarlos o darle trabajo.

Elías se encogió de hombros, sin dejar de mirarme con una mezcla de empatía y resignación.

—Imagino que, después de lo ocurrido en el laberinto, prefirió desaparecer de tu vida. Además, Jim es terco como una mula. No va a pedir ayuda, ni aunque lo necesite desesperadamente, ya sabes que su padre lo tiene cogido por las pelotas.

Recordé la última vez que hablé con Jim en ese maldito laberinto. La tensión, las palabras no dichas, la manera en que nos habíamos mirado... y cómo todo había terminado dejándolo allí, con los pantalones manchados y yo lleno de mala leche.

Desde entonces, lo había evitado tanto como él a mí. No sabía nada de su vida, ni de cómo le iban las cosas, le pedí a Elías que, si visitaba la comunidad, ni me lo mentara. Quise dejarlo atrás, concentrarme en mi nueva vida y mis propios asuntos, pero escuchar que estaba pasando por algo así me removió por dentro.

No era una mala persona y era incapaz de no ofrecer mi ayuda por mal que hubieran terminado las cosas entre nosotros.

—Escuché cómo el pastor le decía a Ripley que, si no venden los terrenos, no creen que puedan llegar a primavera. Lo que no mató el invierno, o el tornado, lo remató la enfermedad de las ovejas. La situación es insostenible, no sé cómo se las arreglarán.

Me quedé en silencio por un momento, digiriendo lo que me acababa de contar. Mi mente volvía una y otra vez a Jim, a la imagen de él enfrentando todo eso solo, sin pedirme ayuda.

La terquedad de Nuevo Amanecer siempre había sido legendaria, pero eso... eso iba más allá de lo que podía comprender. Sabía que no pediría nada, ni a mí ni a nadie. A veces, esa comunidad parecía más dispuesta a hundirse que a aceptar un poco de apoyo del exterior, ¿dónde quedaba lo que predicaba su evangelio?

—¿Y tú crees que, si yo me presento allí, Jim...?

—No lo sé —respondió Elías, interrumpiéndome—. Lo que sí sé es que tiene demasiada responsabilidad sobre sus hombros. No me sorprendería que esté a punto de estallar, pero nunca lo admitirá. Solo creía que merecías saberlo.

Sentí una oleada de frustración mezclada con algo más profundo, algo que no quería admitir en voz alta. Una cosa era terminar como el culo y otra estar dispuesto a dejar que Jim se hundiera sin hacer nada.

La respuesta rápida que me dio mi orgullo fue un rotundo «sí, tendrías que dejar que se hunda y se dé de bruces con su propia realidad». Pero el silencio que le siguió me dijo lo contrario, que era incapaz de quedarme de brazos cruzados y dejar de verlo para siempre porque se tuviera que mudar.

Esa posibilidad dolía como nada en el mundo.

—Maldita sea —murmuré—. Debería haber hecho algo antes.

Elías me miró, con esa sabiduría que a veces mostraba entre sus chistes y burlas.

—Tal vez aún puedas hacer algo. Pero es tu decisión, Mount. Jim no va a venir a buscarte, no después de lo que pasó. Si piensas ayudarle, vas a tener que ser tú quien dé el primer paso.

Me quedé mirando los caballos, intentando despejar mi mente. La verdad era que, aunque quisiera, no sabía si podría ayudar a Jim sin volver a caer en lo que nos había destruido antes.

Quizá era mejor dejar las cosas como estaban. Pero una parte de mí, una parte más profunda, no paraba de preguntarse cómo se encontraría, cómo estaría enfrentando todo eso sin ayuda, sin apoyo.

Al final, suspiré, mirando a Elías.

—Lo pensaré. Pero no prometo nada.

CAPÍTULO 40





El invierno había sido cruel. Nos golpeó con una fuerza que no esperábamos, llevándose no solo nuestras cosechas, sino también casi todo lo que quedaba de nuestro rebaño. Las ovejas enfermaron por culpa de un error, una torpeza que jamás debió ocurrir, y todo parecía desmoronarse a nuestro alrededor. Cada vez que veía el campo vacío, sin su balido, sentía un peso en el pecho, como si fuera todo responsabilidad mía.

En mis noches más oscuras, no podía evitar pensar que todo eso era un castigo. Una condena por lo que había hecho con Mount, por lo que habíamos compartido, por los pensamientos que no lograba desterrar. Había roto las reglas de Dios, de mi comunidad, y estaba pagando el precio.

«Es una prueba, Jim —me repetía mi padre cada vez que lo veía—. Dios pone estas dificultades para fortalecer nuestro espíritu, para probarnos como hombres y como comunidad. Tú, hijo, serás el líder cuando yo ya no esté. Debes estar preparado para soportar lo que Él te pida».

Lo escuchaba, pero sentía que esas palabras solo me hundían más. No tenía el espíritu para liderar a nadie. Apenas podía enfrentarme a mí mismo.

Mary Kate seguía a mi lado, me observaba con sus ojos llenos de expectativas, pero yo no sentía nada, estaba vacío, me asqueaba lo que iba a hacerle, a hacernos.

Cada vez que intentaba convencerme de que podía amar a esa mujer, de que podía ser feliz con ella, la culpa me aplastaba. Y, sin embargo, todo avanzaba. Como si el destino ya estuviera escrito y no tuviera más remedio que seguir adelante. Mi matrimonio, la comunidad, la responsabilidad de Nuevo Amanecer... Pero no era lo que yo deseaba.

Estaba con Jeremiah cuando Enzo y Bradley Wallace, los padres de Mount, aparecieron en su vehículo.

Mis pulmones se cerraron por completo al verlos. Hacía meses que no hablaba con Mount, desde aquella maldita tarde en el laberinto. Lo había visto con ese otro hombre, Tyron, en el pueblo, besándose, y aunque intentaba decirme que no me importaba, que no debía hacerlo, algo en mi interior ardía.

Aparcaron delante de la iglesia, mi padre estaba allí, apoyado en su bastón, hablando con unos hermanos cuando ellos aparecieron.

Se quitaron el sombrero, se dirigieron a mi padre y este empezó a gritar enfurecido.

Su habla estaba recuperada al 90 %, y gracias a ello había podido librarme de dar las misas.

—¡No necesitamos a los Wallace ni a su dinero! —Lo escuché vociferar. Su desprecio hacia ellos era palpable—. No vamos a vender nuestras tierras a nadie, ni a ese hombre que no deja de venir, ni a ustedes.

Miré de reojo a Jeremiah.

—Creo que los Wallace van a salir rodando por donde han venido.

Sabía lo que mi padre pensaba sobre ellos, no quería que volviéramos a tener relación con el rancho, tampoco vender las tierras, pero la verdad era que ya no podíamos aguantar más, estábamos pasando hambre y no teníamos medios para hacer frente a tantas desgracias. Él lo sabía tan bien como yo aunque intentara hacerse el fuerte. Si no hacíamos algo pronto, Nuevo Amanecer se derrumbaría y no nos quedaría otro remedio que aceptar lo que nos dieran perdiendo la capacidad de negociación.

Enzo y Bradley tenían la compostura tranquila que siempre los había caracterizado. Parecía que no había nada en el mundo que pudiera hacerlos perder los nervios, ni siquiera la mirada de odio de padre.

—Solo queremos darle una solución, pastor Brock, hemos venido en son de paz y en calidad de buenos vecinos.

Los hermanos que acompañaban a mi padre se dispersaron y yo llegué sacando la lengua fuera.

—Señores Wallace —los saludé.

Ellos se giraron en mi dirección y me premiaron con una sonrisa.

—Jim, hijo, qué bien verte. —Fue Bradley quien me dio la bienvenida.

—Lamentamos mucho lo que les pasó a tus ovejas, Elías nos ha dicho que fue una desgracia, nada más saber las vicisitudes que estáis pasando desde el tornado, hemos querido venir a echar una mano.

—Les he dicho que no queremos oír nada, que se pueden largar por donde han venido.

—¡Padre! Por favor, siempre hemos sido hospitalarios, dudo que Dios aprobara que echáramos a los Wallace sin dejarlos hablar.

Si de algo me había servido el tiempo pasado estudiando el evangelio era que tenía más argumentos con los que rebatir sus decisiones.

Él me miró malhumorado, pero aceptó, extendiendo una mano para hacerlos entrar con nosotros a la casa de Dios.

Fuimos a la pequeña sala de la iglesia que quedaba en un costado, y tras unos segundos de incomodidad, Enzo fue directo al grano.

—Sabemos que han pasado por momentos difíciles este invierno —comenzó, con una voz suave pero firme—. Bradley y yo queríamos ofrecerles una salida que creemos que podría beneficiar a ambas partes.

—No queremos nada que venga de los Wallace o de los habitantes de Saint Valentine Falls, lo único que quieren es dejarnos sin los terrenos y que nos larguemos, al parecer, les incomodamos —interrumpió mi padre, con su mandíbula apretada—. Esta comunidad no se rinde. No venderemos nuestras tierras. Lo hemos dicho antes, y lo decimos ahora.

Los Wallace se miraron entre sí, con esa calma imperturbable. Estaban acostumbrados a lidiar con gente difícil, pero mi padre no era solo terco, era orgulloso. Yo sabía que estábamos en la cuerda floja, y su obstinación solo empeoraba las cosas.

—Padre, por favor —dije, interceciendo antes de que todo se echara a perder—. No puede simplemente rechazar lo que no ha escuchado. Ellos solo quieren hablar. Oiremos lo que tengan que decir, si no es por usted, que sea por el bien de la comunidad.

Supe que esas palabras le dolían. Mi padre tenía el deber de ser el guía espiritual y el protector de nuestra gente. No podía ignorar algo que podría significar la supervivencia de los amanecienses.

Con un resoplido frustrado, se recostó en su silla, haciendo un gesto para que los Wallace continuaran.

—Gracias, Jim —dijo Bradley, mirándome con empatía antes de dirigirse a mi padre de nuevo—. No estamos aquí para comprar sus tierras. Lo que ofrecemos es una colaboración. Sabemos que la situación ha sido difícil para ustedes, y estamos dispuestos a enviar algunos de nuestros trabajadores y a nuestro propio hijo para ayudarles a reestablecer lo que han perdido. No sé si lo sabe, pero es todo un experto y nos ha ayudado muchísimo a incrementar el rendimiento en el rancho.

Mi padre frunció el ceño, desconfiado.

—¿Y cuál es el precio de esta «colaboración»? —preguntó, con un tono más duro de lo necesario.

—Su hijo tendrá que volver a su puesto laboral, con nosotros, durante un periodo de dos años —respondió Bradley con tono claro y seguro—. Esas horas invertidas es el tiempo que estimamos que nuestros trabajadores y nuestro propio hijo tardarán en volver productivo Nuevo Amanecer. No me malinterprete, no pretendemos estar aquí dos años, como enviaremos a más de una persona y cada una de ellas estará varias horas…

—Le he comprendido, señor Wallace, puede que me diera un ictus, pero no soy tonto.

—No pretendía que pareciera eso, solo quería aclararle que es un trato justo, además de que le pagaremos a su hijo por sus servicios la mitad de lo que ganaba antes, para que sea justo. Les proporcionaremos los recursos necesarios que los ayudarán a recuperar su ganado, sus cultivos y prepararse para el próximo invierno.

Sentí un nudo en el estómago. Volver al rancho. Volver a estar cerca de Mount.

La idea me asfixiaba y, al mismo tiempo, despertaba algo en mí que no sabía si quería enfrentar. No entendía por qué mi presencia era tan importante para los Wallace.

—¿Por qué quieren que sea Jim quien trabaje para ustedes? —Mi padre miró a Bradley, con los ojos entrecerrados—. Podría ser cualquier otro de la comunidad.

Brad lo miró directamente, sin titubear.

—Su hijo demostró que es un hombre listo y eficiente, conoce el rancho como nadie, así que no tenemos que perder tiempo en volver a instruir a otra persona. Estará conmigo en que el futuro líder de Nuevo Amanecer tiene que dar ejemplo. Si Jim va a dirigir esta comunidad, como hemos oído, estaría bien que fuera quien tomara la iniciativa de enfrentar estos tiempos difíciles. Estar al mando implica ser una persona a la que los demás quieran seguir, y yo querría seguir a la persona que ha levantado la comunidad en su momento más bajo, piénselo.

—Nosotros no somos el enemigo, señor Brock, queremos ayudar, pero tanto él como usted necesitan estar dispuestos a trabajar con nosotros, bajo nuestras reglas, es decir, que si decimos que Jim tiene que ir a una feria de ganado porque lo necesitamos allí, deberá hacerlo.

Las palabras de Enzo me golpearon, porque me había quedado con muchísimas ganas de ir a la feria, y ellos lo sabían. Me estaban dando la oportunidad de hacer todo aquello que deseaba antes de convertirme en lo que mi comunidad anhelaba.

Todos daban por hecho que sería el próximo en guiar a nuestra gente, y a mí, esa carga me parecía más pesada que nunca.

Por primera vez, mi padre no se cerró en banda, me miró, después a ellos y terminó chasqueando la lengua.

—Necesito meditarlo y hablarlo con mi hijo.

—Por supuesto, aguardaremos su respuesta, nos iremos en cuanto terminen las fiestas, así que es el plazo que le damos para tomar una determinación al respecto. Gracias por habernos atendido, pastor Brock. Jim —musitó Bradley, extendiendo la mano para estrechárnosla.

Enzo lo imitó y ambos se dispusieron a abandonar la sala.

—Yo los acompaño, padre. —Él asintió.

Me acerqué hasta la puerta para despedirlos, dándoles las gracias porque nos hubieran querido tender una mano. Enzo me miró a los ojos.

—No tienes que dárnoslas a nosotros, hijo, solo somos los mensajeros, el verdadero emisario es Mount.

—¿Mount? —pregunté con el aliento entrecortado.

—Elías habló con él —me aclaró— y le contó la mala situación que estabais pasando, esperó a que viniéramos para explicarnos lo que había pensado, todo esto ha sido idea suya y por supuesto cuenta con nuestro beneplácito. Creyó que tu padre lo vería más serio si éramos nosotros quienes veníamos a hacer la oferta.

El corazón me dio un vuelco.

—Hijo, sé que te cuesta porque te has criado aquí, pero… Hay gente buena en el mundo que se preocupa por ti más allá de tu comunidad —me aclaró Bradley—, Mount es una de esas personas y podrás contar con él siempre que quieras. Intenta convencer a tu padre, un poco de aire fresco le sentará bien a tu cabeza, han sido demasiadas cosas en poco tiempo para alguien tan joven, te vendrá genial respirar.

Palmeó mi hombro.

—Todos te apreciamos en el rancho —admitió Enzo.

—Yo también los aprecio, señor Wallace.

—Lo sabemos —sonrió Bradley.

Ambos se pusieron sus sombreros y descendieron los escalones para meterse en el vehículo, bajo la atenta mirada de Jeremiah, que seguía ahí fuera.

—¿Qué querían? —preguntó, viniendo a mi lado

—Ayudar.

Suspiré viéndolos irse.
Sabía que, si no aceptábamos, lo perderíamos todo, y si lo hacía…
Si lo hacía, si aceptaba volver a los Wallace, quizá me perdería para siempre.

CAPÍTULO 41



¡Menuda semana de locos!

Era lo que me venía a la cabeza teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido solo el primer día de feria.

El bullicio en el que se sumía Saint Valentine Falls siempre me ponía de buen humor, desde los puestos de comida hasta las carreras y juegos, era uno de los eventos más esperados en el calendario del pueblo. Pero, ese año, todo parecía sacado de una película de ciencia ficción. Había demasiados dramas cruzados, y aunque intentaba mantenerme al margen, la vida siempre encontraba la manera de arrastrarme al centro del caos.

Como digo, todo empezó con una explosión. La verdad sobre la identidad del padre de Levi había salido a la luz, y aquello cayó como una bomba en medio del festival.

No estaba del todo al tanto de lo que había pasado, porque me pilló paseando con Tyron, pero según me contó Elías, el origen de todos los males fue la llegada de Bethany, la hija de la alcaldesa y ex de Travis.

Era reportera en una televisión y vino con su cámara para hacer un reportaje de la feria. Nada raro hasta ahí. Pero, claro, con aquella zorra nunca nada era tan simple.

Se vio acorralada tras un incidente con unas cartas, y al verse señalada con el dedo, se le

ocurrió echar balones fuera y revelar quién era el verdadero padre de Levi delante de todo el pueblo.

La voz se corrió como la pólvora, y la tensión en el aire se podía cortar con un cuchillo.

Jane hizo honor a su sobrenombre de Calamidad y se enzarzó en una pelea con su excuñada. Mi prima la arrastró hasta la pocilga de los cerdos alegando que era su lugar, y antes de que nadie pudiera detener a Travis, mi primo se lio a guantazos con la estrella de la velada, el verdadero padre de Levi: Cole Carter.

Los golpes iban y venían, y en medio de la confusión, me vi enzarzado con un tipo que me soltó un buen derechazo que casi me hizo perder el equilibrio.

¡Ni siquiera iba conmigo! Aunque eso no importaba, ¿a quién no le gusta darse de puñetazos el primer día de feria?

Levi salió a la carrera porque lo presenció todo, no lo encontrábamos, por lo que después tuvimos que ir en su búsqueda hasta que dimos con él en uno de sus lugares favoritos, el estanque de la hacienda Wyatt.

Estaba tan cabreado que no quería ver a su madre, tampoco Cole soportaba la presencia de Jane. Se fueron juntos dejando a mi prima atrás, queriendo recuperar el tiempo perdido porque ninguno de los dos sabía de su parentesco, por el miedo que tuvo Jane a perder a su hijo y que Cole le reclamara su custodia.

Si Carter y mi prima habían empezado a tener algo esos días, se esfumó al igual que mi no relación con Jim.

Por supuesto que aquello no fue lo peor.

Jane se vio envuelta en un secuestro por parte de unos cuatreros en la propiedad Wyatt y Travis se llevó un tiro cuando fueron a rescatarla.

Menos mal que solo fue un rasguño y no le impidió participar en el concurso de tiro con arco del último día.

Además, ayudó a que Levi temiera por su madre y limaron asperezas. Como dirían mis padres, no hay mal que por bien no venga.

Ese era el último día, Jane y Travis participaban en la carrera estrella de monta a caballo con tiro con arco, la expectación era máxima y nadie se lo quería perder, tampoco yo, aunque cambié de parecer cuando alguien me tocó el hombro y al darme la vuelta me di cuenta de que era Jim.

—Hola, Mount.

—Hola —musité incrédulo de que estuviera aquí.

—¿Podemos hablar en algún lugar menos ruidoso? —me dijo con un tono bajo, casi suplicante.

Sabía el motivo por el cual estaba allí, venía a darme la respuesta a la petición de mis padres y yo me moría por saber qué había decidido.

Asentí sin pensarlo demasiado. Nos alejamos en silencio del bullicio de la feria, de los gritos y risas, caminando en dirección a la plaza del pueblo. Apenas había gente allí, solo las calles adoquinadas y la vieja fuente de Cupido, con el agua burbujeando suavemente en el centro.

Nos sentamos en su borde con el murmullo suave a nuestras espaldas y el aire frío de febrero envolviéndonos. Había algo solemne en aquel momento, en la forma en que el mundo parecía haber desaparecido, dejándonos a nosotros, en un rincón del pueblo, aislados del ruido y el caos.

—Quería agradecerte lo que hiciste… Por enviar a tus padres a ofrecernos ayuda, me dijeron que fue idea tuya… —empezó Jim, su voz ronca era música para mis oídos. Su mirada estaba fija en el agua de la fuente, evitando la mía.

—Te dije que podías contar conmigo y que siempre tendrías tu puesto en el rancho. Soy un hombre de palabra, Jim, y me molesta profundamente que opines lo contrario.

—Yo no…

—Déjame terminar. Que lo nuestro no funcionara no es motivo suficiente como para que, en caso de necesidad, te dejase en la estacada, tú no lo hiciste con el tornado —recalqué.

—¿Me lo recordarás toda la vida?

—Siempre que te haga falta comprender que hiciste más que nadie en aquel instante.

Jim hundió los dedos en el agua fría, se quitó el sombrero y los pasó por su pelo todavía más largo que los meses anteriores.

Tenía cara de agotado y de no haber tenido demasiado tiempo para él.

—Siento lo que ocurrió en el laberinto —musitó.

No sabía qué decir. Escuchar aquella reflexión era un golpe directo al pecho.

¿Lo sentía? ¿El qué con exactitud? ¿Encararse a mí? ¿Pedirme que lo besara? ¿La paja? ¿El no ceder cuando estaba claro que le abría la posibilidad a venirse conmigo? ¿El quedarse en Nuevo Amanecer? ¿El no atreverse a anteponer sus deseos a los de los demás? Demasiadas preguntas y dudaba que fuera a responderlas todas, o que yo estuviera preparado para afrontar la respuesta, pese al tiempo transcurrido.

—No tienes que disculparte, Jim, apenas me acuerdo de lo que sucedió —mentí—. Lo pasado pasado está. Quiero que te quede claro que siempre he querido ayudarte, que descubrieras tu lugar en el mundo, mostrártelo para que decidieras si lo que los demás esperaban de ti era lo mismo que tú deseas. Y no voy a mentirte, me atrajiste desde que te eché el lazo en el rancho, no me culpes por ello, tengo ojos en la cara y tú estás muy bueno. —Conseguí una sonrisa leve en sus labios—. Sea como sea, aunque no me escogieras, no quería que las cosas te fueran mal, ni llegaras a este punto de necesidad. Me duele que no vinieras a mí a pedirme ayuda porque pensaras que no era capaz de lidiar con ello, que no sabría separar las cosas —murmuré, sin saber si mis palabras eran suficientes.

Jim respiró hondo, su pecho subía y bajaba con el esfuerzo de encontrar qué decir.

—Tenía miedo, Mount, contigo siempre lo tengo. Hay algo en ti que me empuja a hacer cosas, a querer cosas que no debo, y siento si no he tomado las decisiones que esperabas, quizá no sea el hombre que tú hubieras querido, nunca lo fui…

«Siempre has sido todo lo que quiero».

Podría haber rebatido sus palabras, pero eso solo lo hubiera alejado de mí.

Levantó la vista hacia mí con una tristeza que no había visto en mucho tiempo.

—No puedo ser el hombre que quieres como compañero sentimental, lo siento, aunque, si me lo permites, estoy dispuesto a que seamos amigos. Amigos de verdad. Que nos respetemos, que nos demos nuestro espacio, necesito tenerlo para que esto funcione. Yo no me meteré en lo que hagas con Tyron, o con quien te dé la gana, y tú…

—Yo no te tiraré la caña ni te diré que jamás serás feliz en tu comunidad o casado con una mujer. ¿Eso es lo que te preocupa? —Movió la cabeza arriba y abajo, con suavidad—. Lo intentaré. Me costará, porque ya conoces mi humor, pero te prometo que mantendré mis manos, mi boca y mi cuerpo alejados de ti.

»Si aceptas trabajar en el rancho, no habrá otra cosa entre nosotros que no sea una buena relación laboral y de amistad. ¿Aceptas?

¿Iba a conformarme con eso? Tendría que hacerlo. Mi intención de que Jim volviera al rancho era altruista y presionarlo solo le hacía más daño, a él y a mí.

Extendí la mano y él la envolvió con la suya, la misma que había estado en el agua y estaba helada como un témpano. Sentí un calambrazo que me atravesó todo el cuerpo.

—Debo seguir con Mary Kate, con la congregación y el camino que mis padres y Dios han marcado para mí. Es lo que debo hacer, lo que es correcto, aunque me cueste. No quiero perderte, aunque no pueda darte lo que necesitas.

—Yo tampoco quiero perderte, no obstante, deber no es querer. —Fui incapaz de no pronunciar aquellas palabras. Él me miró con intensidad.

—Lo sé.

Cada una de sus reflexiones era una puñalada a lo que sentía por dentro. Un dolor fresco y agudo.

Me detuve, buscando las palabras que no llegaban.

—Voy a respetar tus decisiones. Siempre lo haré, pero no voy a mentirte, me cuesta mucho ver cómo vas de cabeza al precipicio y no echar el lazo para detenerte. No obstante, es tu vida y voy a respetarlo.

—Te lo agradezco. —Jim me miró con una mezcla de esperanza y desesperación—. Voy a volver al rancho, contigo.

—Y yo que vuelvas. —Nos sonreímos.

El viento sopló con fuerza y su sombrero cayó a la fuente.

—¡Tu sombrero!

Jim se levantó, colocó una rodilla en el borde y se estiró para alcanzarlo, apenas lo rozaba con la yema del dedo, intentó alargarse todo lo que pudo. La mano apoyada en la piedra se le resbaló con el esfuerzo.

Todo fue muy rápido, lo vi cayendo al agua, yo le cogí la mano para que no lo hiciera, pero lo único que conseguí fue que me arrastrara con él al interior de la fuente.

Nos hundimos los dos, salpicando todo alrededor, y lo siguiente que supe fue que Jim y yo estábamos empapados escupiendo agua congelada y mirándonos con incredulidad.

—¡Joder! —espeté.

Jim rio, con una risa profunda y sonora que arrugó las comisuras de sus ojos.

—¡¿De qué te ríes?!

El ridículo de la situación nos ganó, y ambos empezamos a reírnos. Una risa que era tan necesaria, tan liberadora, que por un instante todo lo demás —las tensiones, los sentimientos no resueltos— desapareció.

Me puse en pie mientras él seguía doblado de la risa, lo salpiqué juguetón sin importarme la gélida temperatura del exterior, ni la del interior.

Jim no dejaba de reírse, hasta que se cansó de que le arrojara agua a la cara y se puso a imitarme.

Terminamos más calados que nunca, pero con el corazón caliente.

Nos miramos en silencio, entendiendo que, aunque las palabras decían una cosa, lo que ambos sentíamos era un caos imposible de resolver.

Había una brecha entre nosotros que nada de lo que dijéramos podría cerrar, y lo sabíamos. Sin embargo, en ese momento, estábamos dispuestos a intentar lo que fuera para que funcionara, aunque por dentro supiéramos que sería un reto constante.

Nos quedamos allí un rato, empapados, riendo como dos adolescentes, con el agua de la fuente de Cupido goteando sobre nosotros, sin más preocupación que el ahora, lo que vendría después mejor no planteárselo.

CAPÍTULO 42





Nos enfrentamos a los siguientes meses con un montón de cambios y desafíos.

Y no me refería a mi nueva relación con Mount, quien estaba cumpliendo su palabra y adaptando su forma de ser a nuestra nueva condición de «amigos», me refería a cómo él y su cuadrilla habían ayudado a Nuevo Amanecer.

Mount y sus hombres llegaron al día siguiente, dispuestos a ayudar en todo lo posible. Lo primero que hicieron fue una toma de contacto, revisaron el terreno, lo que nos quedaba, hablaron con los propietarios de los cultivos, del poco ganado que teníamos y aseguraron que vendrían al día siguiente con una propuesta estudiada con las mejores opciones, teniendo en cuenta los valores de la congregación y que nuestra comunidad despreciaba la tecnología para mantener firmes nuestras tradiciones.

—No van a aceptar nada que comprometa nuestros principios —le dije mientras él trabajaba concienzudamente sobre la mesa de la cocina.

Tenía un portátil abierto y había un montón de imágenes y palabras escritas en la pantalla. Sus dedos se movían ágiles y rápidos mientras yo lo observaba todo por encima de su hombro, enfundado en unos vaqueros y esa camisa de cuadros azules que tanto me gustaba.

Olía a esta casa, a Wallace.

Llevé la cerveza de raíz a mis labios pensando en lo mucho que había extrañado todo eso.

—Hombre de poca fe —farfulló—, eso ya lo sé, ven, siéntate aquí, a mi lado —palmeó la silla —, y te cuento lo que he pensado.

Mientras ocupaba el asiento de madera y lo escuchaba parlotear, moviendo esa cosa que él llamaba ratón y haciendo clic sin parar, para que pasaran una especie de folios de ordenador, yo no podía dejar de mirarlo obnubilado.

No solo porque su forma de hacer las cosas y manejar ese aparato me pareciera mágico, sino por la pasión que ponía en cada frase, en cada propuesta. Así era él, alguien que vivía la vida con entusiasmo, que no pasaba de puntillas, sino con pisadas fuertes y enérgicas, repartiendo felicidad a los que tenían el privilegio de formar parte de su vida.

Me descubrí embebiéndome en lo que me explicaba, haciendo un montón de preguntas y contagiándome de aquel espíritu brillante capaz de hacer salir el sol en la mañana más oscura.

—¿Qué? ¿Te estás riendo de mis propuestas? —me preguntó.

Ni siquiera me había dado cuenta de que tenía una sonrisa amplia y había dejado de beber.

—Al contrario, me parecen fantásticas.

—¿En serio? —Alzó las cejas.

—No he podido sacarte ni una sola pega, y mira que lo he intentado. ¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—¿Cómo se te ocurren todas estas cosas?

—Me gustaría decirte que soy un genio para que sigas mirándome con esa expresión de que se te acaba de aparecer un puto superhéroe, pero lo cierto es que todo lo que te he explicado es más viejo que tú y que yo juntos. Antes, estas cosas se hacían por intuición, sin una explicación científica, lo que suele llamarse prueba-error, así aprendieron en la antigüedad. Simplemente, los avances nos han permitido averiguar los porqués.

—Pues a mí me parece alucinante que sepas tantas cosas y las tengas ahí metidas —señalé su pelo rubio, que no llevaba el sombrero puesto, mientras él alzaba la comisura de su boca.

—No te dejes engañar por su cara bonita y esa sonrisa cegadora, todo eso que te cuenta ha salido de mi bolsillo, que soy yo quien le ha pagado la carrera y ha cambiado todo ese serrín que almacenaba por conocimiento.

River acababa de entrar a la cocina en compañía de Jerry, su mejor amigo y preparador.

—Deja a los chicos, cabezón, y reconócele el mérito que le corresponde a tu hermano, algunos sirven para estudiar, porque tienen cabeza, como él y nuestro Rayito de Sol —comentó, haciendo alusión a Sunny—.Y otros para que unos toros tercos y salvajes se la quieran patear. Tú eres del segundo grupo, no te tienes por qué enfadar.

River le lanzó un gruñido a su amigo.

—Tú calla que a ti también te pago yo.

—¿Vendréis con nosotros a La Guarida? —le preguntó Jerry a Mount—. Es nuestra última noche, mañana nos largamos a un rodeo en Tennessee que nos ha conseguido el nuevo patrocinador.

—Tengo demasiado que hacer, chicos, mañana es la reunión con el pastor Brock y no puede pillarme en ningún renuncio.

—Yo tampoco puedo, debo volver a casa.

—¡Yo sí puedo y me apunto! ¿Pagas tú los tequilas, hermanito? —La voz de Sun sonó colándose por la puerta. Estaba vestida como no lo haría ninguna chica de Nuevo Amanecer. Con un top escotado de manga larga, vaqueros que se le pegaban como una segunda piel,

ensalzando sus curvas, sombrero y botas altas.

Aparté la mirada por si la consideraban poco apropiada.

—Muy bien, nos llevamos a Rayito de Sol, mucho mejor que dos tíos tan feos y muermos como vosotros —se carcajeó Jerry—. Larguémonos y dejemos a la chavalería en paz.

Sunny dio un salto y montó sobre su espalda, sin que Mount o River intervinieran, se escucharon las risas de ella mientras avanzaban por el pasillo hasta la salida.

En cuanto se fueron y nos quedamos a solas, miré a Mount, quien me observaba curioso.

—¿Demasiado poco apropiados para ti? —cuestionó como si en parte me hubiera leído mis pensamientos.

—Me gusta que sean así. También me gustan tus padres.

No mentía, era cierto. Sus hermanos eran muy distintos a él, pero buena gente.

—A mí también, sobre todo, cuando no están y así puedo trabajar en silencio y concentrado. ¡Venga, sigamos!

Lo hicimos hasta estar seguros de que era imposible que tumbaran su propuesta.

Al día siguiente nos reunimos con el consejo, los miembros más influyentes de Nuevo Amanecer.

Yo estaba allí, sentado junto a mi padre, observando cómo Mount entraba a la iglesia, sin el sombrero, una camisa lisa en color negro y un vaquero oscuro. Estaba guapo a rabiar, con una mezcla de respeto y determinación copando su mirada.

El corazón me palpitó con fuerza, podía decirme una y mil veces que debería erradicar aquel ritmo desaforado de mi organismo, sin embargo, era incapaz. Estaba ahí, acelerando cada una de mis pulsaciones.

«Contención, querido Jim, contención».

Mount comenzó hablando con voz calmada.

—Agradezco que me hayan permitido estar aquí hoy. Sé que nuestra forma de vivir es diferente, pero compartimos el mismo amor por la tierra y por nuestras familias. He estado observando sus campos y creo que podemos trabajar juntos para reestablecer los cultivos sin necesidad de utilizar tecnología que vaya en contra de sus creencias. —Era un buen arranque.

Padre lo miró con cautela.

—Estamos dispuestos a escuchar, Mount Wallace. Pero debes entender que no aceptaremos nada que comprometa nuestros valores.

—Jamás pretendería algo así, señor. Lo entiendo perfectamente, por eso he estudiado esta propuesta con muchísimo mimo. Creo que deberíamos implementar técnicas de agricultura regenerativa y rotación de cultivos. Estas prácticas son antiguas y respetuosas con la tierra. Por ejemplo, podemos plantar leguminosas como trébol y alfalfa para enriquecer el suelo con nitrógeno de forma natural. Al rotar los cultivos, evitaremos el agotamiento de nutrientes y reduciremos las plagas sin necesidad de pesticidas.

Uno de los ancianos, el hermano Samuel, intervino.

—Eso suena bien, pero requiere tiempo y manos que ahora mismo escasean.

Mount sonrió levemente. Me hubiera encantado comerle esa sonrisa. Me removí inquieto ante el pensamiento.

—Mis hombres y yo estamos dispuestos a trabajar junto a ustedes. No venimos a imponer nada, sino a colaborar. También propongo la construcción de sistemas de compostaje para crear abono orgánico. Podemos utilizar los residuos de cosechas anteriores y el estiércol de los animales que aún tienen.

El consejo murmuró entre sí. Mi padre me miró, buscando mi opinión. Sentí que era mi momento para apoyar la propuesta.

—Padre, hermanos, creo que lo que el señor Wallace propone es sensato. —Me dirigí a él de usted porque era lo que se esperaba de mí—. No va en contra de nuestras creencias y puede ser la solución que necesitamos para recuperar nuestras tierras. Ayer tuvo a bien explicármelo todo con detalle, y por muchas preguntas que hice, no encontré nada que fuera en detrimento del evangelio.

Hubo otro murmullo generalizado. Mi padre asintió lentamente.

—Confío en que mi hijo habrá hecho bien su trabajo, por mi parte, no necesito escuchar más. ¿Alguna pregunta? —Que dijera eso me llenó de orgullo, miré de soslayo a Mount para tranquilizarlo. Nadie intervino—. Muy bien, pues entonces votemos a mano alzada. ¿Votos a favor de la propuesta del señor Wallace? —Todos la levantaron excepto Jeremiah, quien acudía en representación de su padre.

Lo miré extrañado. Y cuando nadie lo observaba, este me dedicó una sonrisa desafiante.

—La mayoría acepta la propuesta, así que, señor Wallace, queda aprobada. Trabajaremos juntos en esto.

Mount inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Gracias, reverendo. Estoy seguro de que, unidos, lograremos que Nuevo Amanecer prospere y se haga más fuerte.

—Dios te oiga, Mount Wallace.

Él inclinó la cabeza y regresó a su coche. Quedamos en que nos veríamos después en el rancho para hablar de cómo enfrentar el trabajo de los próximos días.

Mi padre se quedó en el despacho hablando con algunos miembros y yo salí con Jeremiah.

Tiré de él para ir hacia la parte trasera de la parroquia y que habláramos.

—¿Por qué no has levantado la mano con la propuesta?

—No me digas que estaba obligado a hacerlo.

—No, es solo que quiero entenderlo. No tenías preguntas, ni hiciste alegaciones.

—¡Oh, venga ya! Solo lo hice para divertirme un rato, la unanimidad es muy aburrida.

—¿Me tomas el pelo?

—No —se cruzó de brazos y yo resoplé.

—¡Todo lo que somos estaba en juego como para que tú te pongas a jugar!

—Lo siento, si hubiera visto que la decisión peligraba, no lo habría hecho. Además, tampoco ha dicho nada que no sepamos hacer… Me ha extrañado que tu padre aceptara a la primera.

—Ha sido todo el consejo quien ha aceptado, y te recuerdo que era eso o vender las tierras.

—Pues qué quieres que te diga, yo estoy un poco harto de este sitio, frío en invierno, calor en verano, tornados… Podríamos ir a otro lugar más cálido y con playa.

—¿No te gustan estas tierras?

—Solo digo que hay otros lugares y no veo tan mal la opción de empezar de cero en un sitio más agradable, además, lo haríamos con dinero.

—Nadie quiere irse de aquí, Jeremiah.

—Bueno, quizá sea porque el líder de ahora está muy enraizado, pero si tuviéramos otro más joven e innovador, podrían soplar vientos de cambio.

—A mí también me gusta esto.

—Solo era una opción, no hace falta que te mosquees. ¿Quieres que vayamos a dar una vuelta con Mary Kate y así sigues con el cortejo?

—No puedo, tengo que ir al rancho con Mount.

—¿Otra vez?

—Tenemos que ver cómo afrontamos los días que vienen para organizarnos.

—Por supuesto. ¿Vamos tú y yo al río después?

—Ya veremos… Con todo lo que hago, solo me apetece cenar y meterme en la cama.

—¿Estás seguro de que se te han agotado los pecados que expiar? —Tensé el gesto.

—Tengo que irme, Jeremiah.

—Otra vez será. Que te vaya bien con tu jefe…

Obvié el soniquete que empleó y fui en busca de la bicicleta.

Al llegar al rancho, Mount me esperaba en el porche, viendo el atardecer con una cerveza helada en la mano.

—Has tardado —murmuró con ojos brillantes y la silueta contrastando con la madera de la casa.

—Tenía algunas cosas que hablar con Jeremiah.

—¿Todo bien?

«¿Estando aquí y contigo? ¿Bromeas?».

—Todo bien.

—Pues brindemos, por un nuevo comienzo.

Entrechocamos los botellines y bebimos. Si la felicidad pudiera ser descrita, sería ver un atardecer en compañía de Mount Wallace y una cerveza de raíz helada.

CAPÍTULO 43





Los hombres de Mount se integraron a nuestra rutina diaria. Aprendimos de ellos, y ellos de nosotros. A pesar de nuestras diferencias, se formó un ambiente de camaradería. Las técnicas de rotación y compostaje dieron resultados visibles en pocas semanas. El suelo recobró vitalidad, y las semillas germinaron con fuerza.

Mi padre parecía feliz por cómo se desarrollaban las cosas y menos receloso.

Sin embargo, aún enfrentábamos el problema de la falta de ovejas. Necesitábamos recaudar dinero para comprar ganado en la próxima feria. Fue entonces cuando Mount pidió audiencia para presentar otra idea al consejo.

—Sé que necesitan fondos para adquirir nuevas ovejas. Es importante que tengamos suficientes para poder vender los productos derivados y el consumo de su carne.

—Para eso necesitamos dinero y por ahora no hay suficiente —intervino el hermano Samuel, pasando su mano por la espesa barba blanca.

—Soy consciente de ello, por eso estuve pensando en una forma de recaudar dinero que involucre a toda la comunidad y a nuestros vecinos, tanto de Saint Valentine Falls como de los demás pueblos aledaños.

—¿Una feria? —intervino Jeremiah.

—¡No queremos ferias! —espetó padre.

—Tranquilos, no hay necesidad de realizar algo tan mundano. —Casi sonreí al escuchar aquella palabra en sus labios, sobre todo, teniendo en cuenta que a Mount le encantaban.

—¿De qué se trata? Te escuchamos —aceptó mi padre.

—Propongo que compartan sus conocimientos y habilidades tradicionales a cambio de donaciones. Sé que ustedes son expertos en carpintería, tejido, forja y otras artesanías. Podríamos ofrecer talleres abiertos a personas interesadas, donde ellos puedan aprender estas habilidades a cambio de una contribución voluntaria. Hay muchos chicos que están perdidos y no quieren estudiar una carrera universitaria, que su futuro está en esta tierra y estaría bien que aprendieran un oficio. También hay personas adultas que ya sea por curiosidad, porque se han cansado de su puesto de trabajo o que lo han perdido también pueden interesarse.

El hermano Samuel frunció el ceño.

—¿Quiere que abramos nuestras puertas a los forasteros y les enseñemos nuestros oficios?

Mount levantó las manos en un gesto conciliador.

—Entiendo que puede parecerles extraño, pero piensen en ello como un intercambio cultural. No están vendiendo su forma de vida, sino compartiendo conocimientos ancestrales que muchos valoran y desean aprender. Además, esto no compromete sus creencias ni prácticas. Solo compartirían lo que ya hacen diariamente.

—Eso solo traerá problemas —masculló Jeremiah—. No me parece buena idea, los foráneos son poco respetuosos con nuestras costumbres y nuestras mujeres no estarían a salvo.

Algunos asintieron. Mi padre meditó por un momento y luego me miró.

—Jim, ¿qué opinas?

Tomé la palabra con cautela.

—Creo que es una idea que vale la pena considerar. Podemos establecer normas claras sobre lo que estamos dispuestos a compartir y cómo se llevarán a cabo los talleres. Además, podría fortalecer los lazos con nuestros vecinos y mostrarles el valor de nuestra forma de vida, quizá incluso consigamos con ello una fórmula para acercar la palabra de Dios y predicar el evangelio consiguiendo que nuevas familias se interesen por la forma de vida de nuestra bien amada comunidad.

El pastor Brock asintió lentamente. Lo conocía lo bastante bien como para saber que había dado en la tecla adecuada.

—Es cierto que siempre hemos mantenido cierta distancia con los de fuera, pero tal vez sea momento de tender puentes y, como dice mi hijo, intentar que nos vean como una posibilidad de futuro. Con los últimos matrimonios, algunos de los más jóvenes se han ido y nos hemos quedado un poco renqueantes. No nos iría mal atraer a más familias con hijos en edad casadera, o jóvenes.

—¿En serio piensa eso, pastor? —inquirió Jeremiah.

No entendía por qué últimamente siempre lo entorpecía todo, parecía que cada idea que aportara Mount lo fastidiaba. Cuando hicimos la última reunión del consejo, también se opuso a su propuesta, y aunque después me dijo que se trataba de una broma, no lo creí.

Carraspeé con suavidad.

—Tú deberías ser el primero en estar de acuerdo —lo pinché—. Como hablamos, si no estás prometido es por falta de mujeres en edad casadera, seguro que estás deseoso de encontrar una con quien empezar una vida en común cuanto antes.

Jeremiah me observó desafiante.

—Dudo que una forastera esté lista en tan poco tiempo, y quizá cueste bastante evangelizarla. No todos somos tan afortunados como tú, que queda poco más de un año y algunos meses para que tu prometida se convierta en tu mujer. —Me puse tenso al instante y fui incapaz de no desviar la mirada hacia Mount, cuyos labios estaban apretados en una fina línea —. No creo que abrir las puertas de la comunidad sea la solución para que yo encuentre esposa, más bien le abriremos la puerta al maligno y a la tentación.

Hubo un suspiro contenido y vi a Mount negar.

Alcé de nuevo mi voz interrumpiendo a padre, que iba a hablar.

—Lamento contradecir al hermano Jeremiah. Pienso que hemos demostrado durante todo este tiempo la fortaleza de espíritu de esta comunidad. Confío en todos mis hermanos y hermanas para no salirse del camino y tener las herramientas suficientes para ensalzar la palabra de Dios. Hemos pasado por mucho y creo que todos estamos deseosos de que este lugar, que con tanto esfuerzo alzaron los hermanos primigenios, pueda seguir albergando unas familias creyentes y un futuro prometedor. Pero no lo lograremos sin los recursos suficientes.

Miré a los ojos a Jeremiah, quien sostuvo mi mirada más del tiempo estipulado como correcto, fui yo quien la aparté oteando a mi padre, quien estaba en modo reflexivo.

Otro de los ancianos, el hermano Caleb, rompió el murmullo colectivo.

—A mí no me entusiasma que vengan foráneos, pero tampoco me parece mal si se trata solo de una etapa que nos garantice una entrada de dinero para reponer lo perdido y la posibilidad de albergar más almas comprometidas, quiero recordaros que mi familia fue una de las últimas en llegar y estoy muy agradecido de que se nos abrieran las puertas. —Algunos asintieron.

»Podemos controlar el acceso y asegurarnos de que se respete nuestra comunidad, que las mujeres estén vigiladas en todo momento. Si esto nos ayuda a recuperar las ovejas y asegurar un futuro en esta tierra, creo que deberíamos intentarlo.

Mount sonrió, aliviado.

—Puedo encargarme de coordinarlo todo, y estoy seguro de que a mi hermana le encantará echar una mano.

—¡Nada de mujeres organizando! —espetó mi padre.

—Era solo una sugerencia —respondió rápido.

—¿Y qué hay de nuestro trabajo? —preguntó el hermano Samuel.

—Podemos organizar los talleres en horarios que no interfieran con sus labores diarias.

El pastor Brock se puso de pie.

—Bien, creo que queda clara la propuesta del señor Wallace, votemos, los que estén a favor que alcen la mano.

Esa vez estuvo mucho más reñido, aunque salimos vencedores, solo ganamos por un voto.

—Daremos una nueva oportunidad a Mount Wallace para que todo se lleve a cabo con respeto y orden.

No fui en busca de Jeremiah como la otra vez, su actitud me enfadó y decidí pasar de él, volcarme en el trabajo de la comunidad y del rancho.

Los días siguientes fueron intensos. Se corrió la voz sobre los talleres y la respuesta fue abrumadora.

Muchas personas estaban interesadas en aprender oficios tradicionales: carpintería sin herramientas eléctricas, tejido en telares manuales, elaboración de queso y pan artesanal, entre otros.

Los primeros fueron un rotundo éxito. Los miembros de la comunidad más cerrados se mostraron reticentes al principio, pero al ver el interés genuino de los participantes y el respeto con el que se acercaban, comenzaron a abrirse más. Las donaciones superaron nuestras expectativas. Además del dinero, algunos vecinos nos ofrecieron intercambios de productos y servicios que nos fueron de gran ayuda.

A principios de julio, teníamos lo suficiente como para asistir a la feria de ganado que tendría lugar a fin de mes y adquirir las ovejas.

Cuando mi padre me dijo que lo teníamos, no pude esperar ni contener la emoción, salí de casa, cogí la bici y me fui en busca de Mount.

Me daba igual tener que pedalear una mayor distancia porque ya no vivía en el rancho.

Se había mudado a una pequeña casa en la última calle del pueblo hacía unos meses, sabía por boca de él que era minúscula, no había entrado dentro, pero sí la veía las veces que bajaba a Saint Valentine.

Como la gran mayoría, era rosa por fuera, con un tejado rojo cereza del que sobresalía una chimenea negra, tenía un pequeño porche y algo de jardín. Lo más importante era que le daba la privacidad que Mount necesitaba.

Llamé a su puerta, tardó un poco en abrir, tenía el pelo húmedo y vestía una camiseta de manga corta, unos bermudas e iba descalzo, debía haber salido de la ducha hacía poco, algunas gotas de humedad salpicaban el tejido blanco y una se desprendía por su cuello.

Me dio ganas de pasar los dedos, o puede que la lengua, para capturarla.

Sacudí de inmediato el pensamiento.

Me recibió con una sonrisa satisfecha.

—¡Hola! ¿Pasa algo? ¿Qué haces aquí a estas horas? —Era tarde, pero no me importaba.

—¡Tenemos el dinero! —exclamé con ganas de lanzarme a sus brazos y apretarlo contra mí. Hacía tanto que no lo sentía de un modo tan estrecho…

—Sabía que funcionaría. Solo necesitábamos dar el primer paso. ¡Bien hecho, Jim! —Me ofreció el puño y yo lo choqué.

Lo miré, agradecido, estaba tan contento, tan feliz, que me moría de ganas por rodear su cintura y celebrarlo con un beso.

Pensar en su lengua devastando a la mía me hacía salivar. Mount se había dejado una barba de dos días que le sentaba fenomenal.

—No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por nosotros. Por mí —me corregí, tragando con dificultad.

Llevaba meses trabajando con ese hombre codo con codo, evitando cada impulso que rogaba por terminar enredado en él, y estaba extenuado.

Mount negó con la cabeza.

—No tienes que agradecerme nada. Solo hice lo que creí correcto. Además, eres mi amigo, haría cualquier cosa por ti. Ya te lo he dicho en más de una ocasión, eres de la familia Wallace, Jimy.

¡Mierda! Justo en ese momento, que sentía mis defensas desfallecer, tenía que llamarme así.

Le tenía tantas ganas, había sido tan brutal mi contención, que en lo único que podía pensar era en que quería que hiciese conmigo ese algo que nos quedaba pendiente y que últimamente no podía quitarme de la cabeza.

—Mount, ¿vamos a salir a cenar? Si no salimos ya, dudo que encontremos mesa.

Escuchar aquella pregunta, pronunciada por una voz profunda y masculina, fue como si me

cayera en el abrevadero de los caballos.

—Pe-perdona, no sabía que estabas ocupado.

—Tranquilo, solo es…

—Déjalo —«¿Tyron? ¿Andy? ¿Un tío de vacaciones con el que te has liado en La Guarida?». No quería saberlo. Me llené de una rabia iracunda. Metí las manos en los bolsillos para que no notara como se me crispaban.

—¿Nos vemos mañana en el rancho? —me preguntó.

—Por supuesto.

—Gracias por venir a contarme lo del dinero y hacerme partícipe de ello, en lugar de esperar a mañana. —Negué.

Me sentía tan estúpido, tan muerto de la vergüenza, que solo tenía ganas de ahogarme en el maldito río por haber pensado que podría…

¡¿En qué narices estaba pensando?! ¡Mount estaba cumpliendo nuestro acuerdo! Y yo solo quería que se lo saltara.

—Que lo pases bien —concluí, alejándome de mi mayor tentación.

CAPÍTULO 44





Un caos controlado era en lo que se había convertido mi vida desde el regreso de Jim al rancho y todo lo que había implicado ayudar a la comunidad de Nuevo Amanecer.

A pesar de que Jim y yo acordamos mantener las distancias y convertirnos en solo amigos, debo confesar que la contención nunca fue mi punto fuerte.

¿En qué estaría yo pensando?

Mantener a raya mis sentimientos me costó más que atrapar un cerdo enjabonado en las fiestas del pueblo.

En más de una ocasión, había tenido que distraerme con relaciones esporádicas. Nada serio, solo lo suficiente como para recordar que había vida más allá de Jim Brock.

Cada vez que lo veía aparecer montado en su bici, cada vez que nuestras miradas se cruzaban con la cerveza de la tarde y sus labios se apoyaban en el botellín, esa idea de «superarlo» se hacía polvo.

Especialmente en las últimas semanas.

Dicen que la primavera la sangre altera, pues la mía debía ser como el día de la marmota, porque me sentía como un abejorro con ganas de polinizar.

Por no hablar de la noche en la que Jim se presentó en mi pequeña nueva morada, con esa

sonrisa nerviosa, en el vano de mi puerta, que parecía gritar cómeme. Vino a contarme que ya tenía el dinero para ir a la feria de ganado. Y lo que mi polla gritaba era que me lo feriara a él. ¡Si es que era el maldito lobo del cuento disfrazado de oveja!

Ese año no había excusa, vendría conmigo, los dos solos, sin mis padres, y ese pensamiento me tenía en un sinvivir al imaginarnos compartiendo habitación.

Su expresión y su manera de gesticular me hacían pensar en que tenía ganas de que lo besara, se había acercado mucho, tenía las pupilas dilatadas, las aletas de la nariz se desplegaban como si buscara absorber cada nota de mi olor y le palpitaba esa bonita vena del cuello que moría por lamer. No ayudaba que pusiera su mirada en mi boca lista para el ataque.

No obstante, como siempre, me controlé. No iba a mover un dedo, me juré que no lo haría nunca más, que iba a mantenerme al margen, por lo que permanecí estoico viéndolo debatirse entre lo moral y lo carnal.

¿Cómo había podido olvidar que Brian, mi viejo amigo de la universidad, estaba pasando un par de días en mi casa?

Fue escuchar su voz y Jim se desconectó por completo, como cuando vas por la carretera y se te va la cobertura en el mejor momento del *podcast* que estás escuchando.

¡Mierda! Aunque tal vez fuera lo mejor.

Al día siguiente, todo volvió a la normalidad, le presenté a Brian y creo que a Jim le quedó claro que no era un rollo. Entre nosotros solo había una amistad, nunca nos habíamos acostado y tampoco es que Brian me atrajera. Para muchos hombres, con la etiqueta de gay te daban el superpoder de que te gustaran todas las chorras del planeta y, en serio, nada que ver.

Llevábamos dos semanas que sus ojos no dejaban de repasarme y mis ganas crecían incontrolables. Uno no es de hierro, aunque intente aparentarlo, y de serlo, todo aquel montón de chispas amenazaban con derretirme sin poder hacer nada al respecto.

Al día siguiente nos íbamos a la feria de Ganado de Ozark y apenas podía con la ansiedad.

A mis primos se les ocurrió hacer una quedada solo de chicos en el rancho, que incluía a todos mis primos, mi hermano River, su amigo Jerry, Derek, Cole y Levi.

Las chicas quedaron en casa de Jane, como mi prima dijo, si no querían sopa de tomate para cenar, que ellas trajeran la comida, que ella ponía la casa y la bebida.

Una noche de chicos Wallace significaba carne a la barbacoa, patatas asadas y alcohol suficiente como para terminar con un coma etílico.

Los chicos habían empezado a llegar para prepararlo todo y decidí invitar a Jim a que se quedara, por mucho que intuyera su respuesta.

—Mañana nos vamos temprano a la feria de ganado, lo más cómodo sería que te quedaras a cenar y dormir aquí, es tontería que vengas de madrugada de Nuevo Amanecer —le dije mientras él aparecía en la cocina, recién duchado, con la barba salpicada con pequeñas motas de agua y oliendo a mi jabón.

—Te lo agradezco, pero no he avisado y ya sabes cómo se toma mi padre estas cosas.

—¡¿Vas a quedarte, Jimbo?! —preguntó Jerry, abriendo la puerta con el pie, cargado de cervezas.

—Qué va, lo siento.

—Pues no sabes lo que te pierdes —lo secundó River—, tenemos costillas y chuletones a reventar, Travis es un genio en su restaurante, pero yo soy el mejor a la parrilla.

—¡Menos lobos, toroperucita! —lo picó Trav, que portaba una caja de patatas recién cogidas.

—Vigila no sople tu casa de maderita y te veas viviendo debajo de un puente con esa

fisioterapeuta que te la pone morcillona. —Travis le hizo una peineta a River mientras avanzaban.

—Gracias por la invitación —prosiguió Jim en un murmullo. Se veía a la legua que tenía ganas de quedarse—. Pero me tengo que ir.

—De nada, ya sabes que el rancho siempre está abierto para ti, si lo piensas mejor, aquí estaremos, si no, mañana te paso a recoger yo por Nuevo Amanecer.

Era absurdo que viniera en bicicleta cuando los amanecienses ya no apretaban los dientes al verme.

En cuanto Jimy se marchó, nos pusimos a preparar la barbacoa en la parte trasera de la casa.

Esa tarde había una brisa fresca que prometía una noche de lo más agradable en el exterior.

El ambiente estaba relajado, y las bromas empezaron a volar al igual que las cervezas.

Jerry había puesto una carretilla hasta arriba de hielo donde había enterradas muchas de ellas, además de Aquarius para Levi.

Travis y Luke se burlaban de River y de mí por ser los únicos Wallace que no teníamos pareja oficial.

—Oye, que puede que nosotros no estemos pillados como tú por la fisio de Cole, pero te garantizo que lo hacemos más que Luke y Brandon juntos —respondió mi hermano, dándole la vuelta a la carne.

—¡Eh!, ¿y por qué te metes con nosotros? —espetó Luke.

—Porque todo el mundo sabe que, cuando las mujeres paren, cierran el chiringuito por vacaciones durante una temporada larga. Sus tetas pasan a ser coto de caza de vuestros hijos, y si se las tocáis, lo más probable es que os llevéis un palmotazo. Donde se come ya no se juega… —Ambos pusieron cara de circunstancia—. ¡¿Veis como no me equivoco?! Por eso no quiero tener una fija, me hincho a montar en los rodeos, tenga cuernos o no.

—Y tampoco es que a Mystic River le importe ponerlos… —farfulló Jerry.

—Prefiero no liarme con casadas, pero si no llevan alianza…, ¿cómo voy a hacer para adivinarlo? Y me han dicho que mi hermanito tampoco ha estado quieto. —Me miró cómplice—. Él es más de mortero y yo de monedero.

Me guiñó un ojo.

—¿Tú das o recibes? —se interesó Travis, colocando la mesa.

La pregunta no era con ánimo de ofender, estaba seguro, es que con mi familia todo giraba siempre en torno al sexo y las pullas.

—Dime que no acabas de preguntarle eso —lo riñó Elías, quien disponía los cubiertos.

—No os ofendáis —se sumó Jake—, es curiosidad.

—Exacto. ¿Cómo funciona? ¿Elegís un rol y ya? ¿O depende de cómo os levantéis decidís abrir o cerrar orificio?

Travis era el peor de todos sin duda alguna.

—A ti sí que te van a abrir el orificio un día, pero ¡con una bala! —espeté.

—Ya lo intentaron, ¿recuerdas? —señaló su rasguño de guerra.

—¿Podríamos preguntarle a Susy Sue si es más de mortero o de monedero? —gruñó Elías, chinchando a su hermano mayor por haber intervenido.

—Mi mujer te dirá que mortero, porque se pasa el día en la cocina, pero ya te digo yo que es una monedero total.

Todos nos pusimos a reír porque en los comentarios no había maldad. Aunque si las chicas se enteraran, más de uno dormiría en la bañera.

—Pues a Tara le va el vicio y no cierra ningún orificio.

Travis y River chocaron el puño y yo hice rodar los ojos.

—¿Os importa si cambiamos de tema? No me interesa lo más mínimo por dónde la metéis o la sacáis.

—¡Eso! ¡Que nadie diga nada de mi madre! —exclamó Levi con la mirada puesta en Cole.

—¿Votos a favor del cambio de tema? —No me esperé a ver si alguien alzaba la mano o no —. Se aprueba la moción.

—Luke, Brandon, ¿qué tal van esos bebés? —se interesó Derek, dedicándome una mirada cómplice.

Los dos hermanos, que se estaban encargando de las patatas, se contemplaron entre ellos. Aunque fueran trillizos con Elías, Luke y Brandon siempre habían estado más unidos que con él.

—A Brandon le estucó la cara su hija —lo acusó Luke.

—¡Cállate que a ti el tuyo te hizo una lluvia dorada en toda la bocaza! —Alzó la cerveza y la volcó en su boca para que viéramos un chorro entrar en ella.

—¡Puaj! —espetó Levi.

Todos pusimos caras de repulsión excepto Jake, que reía abiertamente. Cole lo miraba espantado pensando en lo que le vendría teniendo en cuenta que Jane estaba embarazada.

—Primerizos… —farfulló mi primo mayor.

—Esas cosas diminutas deberían ir con libro de instrucciones —se quejó Luke—. ¿Cómo iba a saber que cuando un bebé iza bandera es porque va a hacer pis?

—¿Y qué pensabas?, ¿que tenía una erección espontánea? —cuestionó Elías. Por la cara que puso mi primo, era eso. Todos reímos.

—¡¿Qué?! No me mires así. Los Wallace siempre hemos sido muy precoces.

—¿Y a ti qué te pasó? —me interesé mirando a Brandon.

—Lluvia de Nutella. No sabía que tenía descomposición. Dina estaba en la ducha y no me avisó. Decicí cambiarle el pañal y fui atacado por un improvisado estallido marrón. Todavía no doy crédito a que un culo tan pequeño pueda soltar aquel mejunje pestilente a la velocidad de una AK-47.

—No sé si prefiero volver al tema de los orificios —protestó Levi con cara de arcada.

Todos nos echamos a reír.

Era un ambiente distendido, entre carcajadas, bromas y anécdotas varias. Una hora después, teníamos la mesa dispuesta y ya habían caído varias cervezas, además de una bandeja de carne.

Travis pinchó varias veces la chuleta que había plantado en su plato.

—¿Te estás sacando un curso de anatomía forense? —le preguntó mi hermano.

—Creo que esta vaca ha muerto dos veces. ¿Qué le has hecho a esta pobre? ¿La dejaste asolearse antes de matarla?

—Solo quería que estuviera dorada por fuera y jugosa por dentro. Se llama experiencia, Travis. Si necesitas lecciones de parrilla, ya sabes dónde encontrarme.

—Experiencia dice…, el que sigue soltero y sin ganado propio. Más experiencia tienen mis gatos en la clínica —lo atacó Elías, cortando una porción de patata para llevársela a los labios.

River rio por lo bajo.

—Puedes tener experiencia cuidando a ovejas y gatos, pero nunca te ha tocado lidiar con un toro en pleno rodeo. Ahí, te cagarías encima, igual que Travis.

—Habla por Trav, que yo ya tengo mi propio rodeo en la cama. No todo el mundo es apto para lidiar con animales grandes y torpes como los tuyos, Riv. Algunos, simplemente, los preferimos grandes y hábiles con la flauta.

Elías y yo chocamos el puño, mientras Derek enrojecía.

—Hablando de lidiar con cosas difíciles… —Cole señaló a su mejor amigo—. ¿Cómo vas con Tara, Trav? ¿Todavía te anda ajustando más que una tuerca floja?

Mi primo lo miró con una sonrisa pícara.

—Qué puedo decir… Tener una fisioterapeuta en casa tiene sus ventajas. Me encanta cuando me ayuda a estirarme en el despacho…, en más de un sentido.

—Espera, espera, ¿le pagas por sesión, o ya es una suscripción anual? —se interesó Luke—, porque yo tengo una vértebra mal.

—Lo que a ti te pasa se llama falta de lubricidad, pídele a Abigail que le deje el niño una noche a Dina y verás cómo se te pasa. Además, lo que mi Tara me hace no te lo hará a ti en tu puta vida, a no ser que te apetezca llevar dentadura postiza —hizo crujir sus dedos.

—¿Ha dicho mi Tara? —preguntó Jerry con los ojos saliéndose de las órbitas.

—¡Doy fe! ¡Lo ha dicho! ¡Está pillado hasta las trancas! Bueno, la tranca lo que más, pero auguro una boda doble cuando mi hermana decida que quiere dejar de vivir en pecado y casarse con Carter.

Todos sabíamos que la boda entre Jane y Cole era cuestión de tiempo, mi prima decía que no quería casarse con aspecto de haberse comido una sandía.

—Tú escucha y aprende de tus tíos. —Jerry le alborotó el pelo a Levi.

—Mejor que se centre en el fútbol y se deje de mujeres —añadió su padre, fingiendo que le lanzaba un balón y su hijo lo atrapaba al vuelo.

—¡Sí, entrenador! —proclamó él, que lo contemplaba con adoración.

River le lanzó a Pancho un trozo de asado por debajo de la mesa y yo me ocupé de que Rosie también obtuviera su recompensa. Cuando alcé la cabeza, me topé con un par de piernas inesperadas. Era Jim, que había vuelto con una sonrisa ladeada y un macuto en su hombro.

CAPÍTULO 45





—¿Aún hay sitio para uno más? —preguntó comedido.

—¡Claro que sí, Jimbo! ¡Píllate una silla de la cocina y aparca tu culo con nosotros! Mount, hazle sitio a tu segundo, que va a probar lo que es carne de verdad —lo azuzó River mientras me hacía a un lado.

«¿Carne de verdad?», la imagen que vino a mi mente era muy poco apropiada.

Con una sonrisa en los labios, mi hermano le llenaba un plato y Jerry le acercaba una cerveza.

—Solo bebe de raíz —anoté.

—No creo que me pase nada por tomarme una de estas.

Alcé las cejas incrédulo.

—¡Di que sí, hombre de gris! —farfulló Jerry animado—. ¿Por qué se empeña tu comunidad en vestiros de color nubarrón?

—No le hagas caso —musité.

A Jerry le encantaba meterse con cualquiera.

—La verdad es que tiene un poco de razón. Imagino que lo eligieron por austero.

—Si quieres, puedes ir a por tu ropa de rancho, tienes limpia en el armario de tu habitación, así no te manchas esta.

A mí no me molestaba que fuera vestido de amaneciense, pero era cierto que esa ropa ejercía

en él una especie de síndrome de Clark Kent, en cuanto se quitaba el traje y sombrero de paja, se convertía en Superman.

—Será lo mejor, ahora vuelvo.

Elías me miró entrecerrando los ojos, y yo negué con la cabeza. Esperaba que tanto alcohol no le pasara factura y soltara alguna fresca que nos implicara a Jim y a mí.

No lo hizo.

Mi amigo bajó pasados unos minutos. Algunos de los Wallace no se cortaron un pelo y le lanzaron varios silbidos de admiración, lo que le hizo sonreír. Si le hubieran hecho eso el primer día que llegó al rancho, hubiera huido por piernas.

Jim ya no era ese hombre al que le eché el lazo cuando iba a arrollarlo Hurricane. No parecía el mismo.

—¿Cómo lo has hecho para venir?

Él se encogió de hombros.

—Lo importante es que estoy aquí, ¿no? —¿Habría discutido con el pastor? Esperaba que no, en el fondo, Jim adoraba a su padre.

—Sí, eso es lo importante.

—Vamos, Brock, ¡pincha mi chuleta y juzga tú mismo si no es la mejor del mundo! —lo incitó mi hermano.

Por supuesto que Jim obedeció y cerró los ojos mientras masticaba. No pude apartar la mirada de aquel gesto tan placentero, simplemente, porque me recordó a la cara que puso cuando le hice una mamada.

«¡Dios!».

—La mejor que he probado nunca —sentenció.

—¡Os lo dije, Wallace, soy el puto amo de la parrilla!

—Nadie supera a tío Enzo —masculló Brandon, alzando su cuchillo.

—¿Y yo qué, traidor? —refunfuñó Travis.

—Lo siento, hermanito, los Wallace rancheros te superan en chuleta, te llevas el bronce, aunque a trucha de río no te gana nadie.

Vi que Jim sonreía y se llevaba la cerveza a los labios mientras daba un trago largo. Me gustaba tanto verlo así, formando parte de nosotros, que dolía. Me contempló con las comisuras alzadas y yo solo pude devolverle la sonrisa.

La conversación continuó entre risas, burlas y el incesante chisporroteo de la carne. Las bromas hacían más ligera la reunión, como siempre pasaba cuando estábamos juntos.

Era un hombre de familia, me gustaban ese tipo de cosas y no me imaginaba en otro lugar del mundo que no fuera ahí.

Sacaron los licores y fueron cayendo rondas de chupitos, una tras otra, una tras otra.

A Levi solo le permitieron tomar uno y el pobre no dejó de toser un buen rato, jurando y perjurando que nunca tomaría alcohol.

Menos mal que no le había gustado, porque las pelotas de su padre corrían peligro si aparecía por casa con su hijo menor de edad borracho como una cuba.

Jim tenía las mejillas sonrojadas y la mirada vidriosa, nunca lo había visto beber tanto y estaba seguro de que andaba tan achispado como nosotros.

River se levantó con una sonrisa traviesa.

—Chicos, ha llegado el momento que todos estabais esperando —anunció, poniendo un énfasis dramático.

—¿Has contratado bailarinas exóticas de las que te hacen el helicóptero con las tetas? —La voz de Jerry indicaba que estaba bastante perjudicado.

—Lo que vais a hacer es mucho mejor que ver rebotar un par de domingas. —Hizo rebotar las manos sobre la mesa de madera en un redoble que nos dejó expectantes—. ¡Tenemos batalla Wallace en el granero!

Solté una carcajada y Elías me secundó. ¡No podía ser!

Jerry, Levi, Jim y Derek nos miraron con confusión.

—¿Qué es eso de la batalla Wallace? —La voz de Jim me llegó en formato cálido susurro en el cuello.

Se me puso la piel de gallina y me giré un poco para responder.

—Ahora lo verás —contesté críptico.

Pese a las protestas de Jerry sobre su preferencia de rebote de domingas, nadie se quejó.

Seguimos a mi hermano hasta el granero, algunos trazando curvas en lugar de rectas. Riendo como adolescentes.

Jim, por su parte, parecía desconcertado, aunque más alegre que nunca.

—Tíos, tengo una edad que como llegue a casa con un ojo morado, Susy Sue me deja durmiendo en la bañera.

—Tu mujer te pondría un filete crudo en el moretón y te arroparía sobre tu colchón. No te preocupes, he tenido en cuenta que algunos siempre seréis flores de invernadero y os falta tanta sangre como adrenalina en las venas. Mirad —apuntó River.

En el suelo del granero había un despliegue de almohadas de todos los tamaños, colores y texturas.

Los Wallace teníamos una larga y absurda tradición familiar de hacer guerras a cojinazo limpio, como mínimo una al año, y esa noche no iba a ser la excepción.

Era mejor eso que darse de puñetazos.

Al principio, Jim se quedó parado al ver tantos almohadones, observó cómo, tras el grito de guerra de «A la carga», que proferimos todos a la vez después de mirarnos cómplices, nos lanzamos a por nuestras armas en un duelo de golpes que no tenían nada de suaves.

Un cojinazo a traición, proporcionado por parte de Elías, a su cabeza, propició que se decidiera a atrapar un robusto almohadón y unirse a la batalla.

—Cuidado, Brock, ¡por la derecha! —espetó Derek, avisándolo del ataque gratuito de Levi.

El caos fue total. Algunos subieron al altillo del granero para lanzarse al montón de paja que había abajo. Las risas tronaban por todo el lugar, y las plumas volaban por los aires.

En el fragor de la batalla, algunos nos quitamos la camiseta muertos de calor, y por fin el destino me llevó al enfrentamiento que venía deseando desde el inicio, un cuerpo a cuerpo con Jim, o mejor dicho, un almohada contra almohada.

El pelo largo se le arremolinaba en la nuca fruto del sudor. Tenía una sonrisa vengativa en la boca que me dejó noqueado.

Lo miré con una intensidad que me golpeó de lleno, porque no era más que el reflejo de lo que había en sus ojos. Ambos nos quedamos quietos por un segundo, como si el tiempo se hubiera detenido y solo fuéramos capaces de mover los ojos. Pero entonces Jerry lo animó a golpearme y Jim se lanzó contra mí

—Voy a pulverizarte, Wallace —rugió, cargando en ofensiva.

Esquivé uno, pero me llevé el siguiente. Los almohadazos que nos dimos estaban cargados de algo más que de juego.

Había tensión en el aire, una electricidad que volvía errática nuestra respiración.

Él golpeaba más duro, pero yo tenía experiencia y era más rápido, lo cual jugaba a mi favor.

Tras un cojinazo violento que lo alcanzó en el rostro, subí al altillo del granero con él pisándome los talones. Llegué al borde del agujero y lo miré con una sonrisa en los labios.

—*Sayonara*, Jimy. —Le tiré la masa mullida contra la cara y me dejé caer de espaldas.

No contaba que acto seguido se lanzaría al vacío detrás de mí, ni que mi cuerpo se vería hundido en paja cubierto por un placaje obsceno que me arrancó todo el oxígeno de los pulmones.

—¿Decías, Mount?

Su boca estaba demasiado cerca de la mía, su aliento cálido olía a licor de hierbas y anhelo. Y eso que se me clavaba no podía ser su móvil porque el que le regalé no lo utilizaba.

Corcoveé bajo su cuerpo, con la respiración revuelta y unas ganas de besarlo que me moría.

Por un segundo, sentí que el mundo podía romperse en mil pedazos si uno de los dos daba un paso en la dirección equivocada.

Los demás seguían riendo, pero nosotros estábamos en nuestro propio universo, un lugar donde la distancia entre él y yo era tan fina que apenas podía respirar.

Jim me agarró las muñecas por encima de mi cabeza, en un gesto salvaje y dominante, con el pelo negro acariciando los laterales de mi cara. Mi pecho desnudo se pegaba a su camisa húmeda por el sudor.

Quería morderlo, lamerlo, follarlo, demostrarle todo aquello que se negaba a aceptar y que brillaba en el fondo de su mirada con tanta ansia como en la mía.

—¡Montaña humana! —bramó Carter.

En un visto y no visto, tenía a once tíos encima, distribuidos por todas las zonas posibles de mi cuerpo y dos perros chupándome la cara.

No era ese tipo de beso el que buscaba.

Terminamos todos tumbados sobre el cúmulo de paja, agotados, achispados y cubiertos de briznas doradas salpimentadas con plumas y un montón de carcajadas, con el dedo meñique de Jim enredado en el mío sin que ninguno de los dos quisiera moverse o decir nada.

Permanecimos así hasta que Cole dijo que se hacía tarde, y Jake y los chicos que tenían que volver a casa.

Creía que River y Jerry saldrían, pero decidieron quedarse en casa.

Mi hermano dormiría en su cuarto, y su amigo estaba de okupa en la habitación de mis padres. Sunny volvería de casa de Jane para meterse en su cama, así que solo quedaba mi habitación. El sofá era territorio perruno y dudaba que, aunque Rosie y Pancho le cayeran bien, Jim quisiera tumbarse rodeado de pelo y babas.

—Puedes dormir en mi cuarto, la cama es grande y no sería la primera vez que durmiéramos juntos —le propuse—. No me fío de mandarte al refugio antitornados y que mañana no pueda abrir la trampilla.

Jim me contempló con la vista turbia, pensé que diría algo así como que prefería dormir al raso, pero no lo hizo.

—Está bien…

Mi corazón se aceleró, no añadí nada más por miedo a que se echara para atrás.

Nos dimos una ducha, primero yo, después él, necesitábamos quitarnos el sudor y rebajar un poco el alcohol.

Cuando se presentó en mi cuarto, no daba crédito.

—¿Qué coño llevas puesto, Brock? ¿O debería llamarte Caroline Ingalls? —Él se miró de cuello para abajo.

—Así dormimos en Nuevo Amanecer.

¡Un camisón, un puto camisón!

No podía dejar de reír, su aspecto era de chiste, porque Jim era un armario empotrado y esa cosa no le pegaba nada.

Yo solo llevaba el bóxer por respeto a él.

—Deja de partirte el culo y hazme sitio.

—Claro que sí, lobo feroz, pero antes vomita a la abuelita y devuélvele su camisón. Por cierto, ¿has dicho partirte el culo? ¿Eso está permitido en tu comunidad? —Jim gruñó y me miró mal. Le hice hueco—. ¿Por qué lleváis esa mierda para dormir?

—Es tradición. A mí no me parece mal, supongo que estoy acostumbrado.

—A mí me parece la hostia de incómodo, desnudo se duerme mejor. Deja que te pregunte una cosa. ¿La noche de bodas también vais vestidos así? —Sus cejas se fruncieron e incluso había un punto de divertida hostilidad en su mirada.

—Siempre dormimos así.

—No jodas, bueno, os lo quitaréis para follar…

—No. —Eso sí que me sorprendió.

—¿No? Vale, ya lo pillo, es vuestro control de natalidad, porque con eso puesto, por bueno que estés, es el antimorbo total.

—Los amanecienses no se quitan la ropa para el acto de la concepción, solo se levantan la parte de abajo y… Bueno, unen sus instrumentos de procreación.

No podía dejar de reírme, me dolía la tripa.

—Instrumentos de procreación. Madre mía, no puede sonar peor. Parece que en lugar de follar vaya a tocar la Filarmónica de Londres. Es muy triste, aunque no pueda dejar de reírme, menuda mierda de sexo. ¿Y a ellas les gusta eso? Me-me refiero a, bueno, soy gay, pero no imbécil, ¿qué hay del placer femenino? ¿Podéis tocarles el clítoris o practicar sexo oral para prepararlas?

Se notaba que lo estaba abochornando. Me daba igual, sentía muchísima curiosidad.

—No.

—¿No de no?

—Sí, no de no.

—¡Joder! Ahora entiendo por qué los tíos de Nuevo Amanecer estuviesen tan preocupados, si una de vuestras mujeres cae en manos de un tío que las folle bien, ya podéis temer por el rebaño.

—¿Podemos dejar de hablar de esto y dormir?

Miré hacia abajo, donde cierta parte de la anatomía de Jim crecía bajo sus manos, que trataban de ocultarlo.

—Sí, será lo mejor, además, mañana tenemos que madrugar un montón. —Me acerqué a su oreja—. Dulces sueños, Jimy Ingall.

—Que te ahoguen las pesadillas y te persigan los camisones, Wallace.

Le di la espalda y me dormí con una sonrisa en los labios, era lo mejor si no quería cometer una tontería.

CAPÍTULO 46





La feria de la Ozark Empire Fair estaba en pleno apogeo. El aire olía a maíz tostado, algodón de azúcar, y una mezcla de hierba y ganado, creando una atmósfera que me resultaba casi irreal. Nunca había estado en un sitio así. Montañas rusas y carritos de comida se alineaban junto a enormes pabellones llenos de animales, mientras las voces de los subastadores resonaban en el ambiente, hablando a un ritmo frenético, como si estuvieran compitiendo con el caos alrededor.

Era... liberador. Fuera de Nuevo Amanecer, lejos de las reglas, las miradas y el constante recordatorio de lo que se esperaba de mí. Allí, con Mount, podía respirar.

Mount caminaba a mi lado, relajado pero concentrado, mostrándome cada detalle como si fuera un guía experto, de hecho, lo era, había venido con sus padres en más de una ocasión, desde pequeño.

Me explicó cómo funcionaban las subastas, su voz bajó de tono para que nadie más escuchara, lo que parecía un manual no escrito de los secretos del mercado ganadero.

—Lo importante es mantener la calma cuando quieras algo de verdad, Jim. No muestres interés hasta el último momento, lo que viene a ser la famosa cara de póker. Tienes que esperar a que el precio esté bajo, y asegúrate de ser el último en levantar la mano.

Lo observé en acción, tan seguro, tan en su elemento, como si el estrés de las últimas semanas

no le hubiera afectado.

Participamos en una subasta de ovejas, y aunque mi corazón latía con fuerza, Mount se mantenía imperturbable. El subastador cantaba los números como si estuviera rezando, y cuando llegó el momento, me hizo un gesto, un roce en la mano sutil pero efectivo, para que alzara la mía. Casi no lo hice porque me quedé sin aire al sentirlo.

Supongo que tenía algo que ver despertarme haciéndole la cucharita con el camisón enroscado en mi cintura y profundamente empalmado. Menos mal que me desperté antes y pude disimular.

—Hazlo —musitó su aliento cálido en mi oído. Me gustó que me dejara a mí y ver sus ojos brillar cuando alcé la mano con determinación y me hice con el lote de ovejas que nos acercaba un poco más a la recuperación de Nuevo Amanecer.

La emoción me recorrió de pies a cabeza. No solo por el logro, sino porque estar allí con Mount me hacía sentir... distinto. Libre. No podía evitarlo, cuanto más tiempo pasaba lejos de todo lo que conocía, más notaba lo diferente que me sentía al lado de él. Y por más que intentaba resistirme, la batalla se volvía más difícil. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, algo dentro de mí se estremecía. Como si una parte de mí estuviera rindiéndose, lenta pero inexorablemente.

Mientras caminábamos por los pabellones, entre animales y gente que se reía y gritaba, Mount me soltó un comentario sobre cómo la familia Wallace siempre se sentía como en casa en sitios así. No pude evitar sonreír y decirle lo que realmente pensaba.

—Tu familia es increíble. Cuando estoy con ellos, como anoche, no soy un apestado, ni alguien que está en un lugar que no le corresponde.

Mount se detuvo, me miró de reojo, con esa expresión cómplice que siempre me desconcertaba.

—Es que no eres un apestado, Jim. Nunca lo has sido. Es solo que... no te han dado la oportunidad de verlo, de sentirte uno más fuera de tu comunidad. Entiendo que haya personas que ese estilo de vida pueda gustarles, pero también es respetable que no todos deseemos una vida de austeridad, castidad, represión y control.

Hubo un silencio que se sintió lleno de palabras no dichas. Porque era justamente como lo sentía yo, y cada vez, al compararlo con la libertad que se respiraba en el rancho, me gustaba menos, sentía que me faltaba el aire en Nuevo Amanecer.

Era tan fácil estar con Mount, como si todo encajara cuando estaba a su lado, como si pudiera hacer, decir o vivir cualquier cosa que se me pasara por la cabeza, pero al mismo tiempo, sabía que había una barrera que no me atrevía a cruzar, aunque todo mi ser lo deseara, porque si volvía a saltarla, no estaba seguro de poder volver atrás.

Pasamos el resto de la tarde explorando la feria, riendo por una anécdota tonta cuando una de las ovejas escapó momentáneamente y nos hizo correr tras ella entre las risas de los demás. Todo parecía más ligero cuando Mount estaba cerca.

Ya era tarde cuando decidimos alejarnos un poco del bullicio y dar un paseo. La feria comenzaba a calmarse, las luces brillaban más intensamente a medida que caía la noche, las atracciones se llenaban de críos ansiosos por montarse y había largas colas en los puestos de comida.

Caminamos por las calles cercanas, nos comimos un par de perritos calientes en un puesto callejero, porque yo no había hecho nunca nada de eso y sentía curiosidad. Al primer bocado, emití un sonido de puro placer cuando aquella especie de salchicha picante estalló rellena de queso en mi boca, pringada por salsas que nos tenían prohibidas al ser ultraprocesadas, y cebolla

crujiente.

Mount rio cuando le dije que era mi plato favorito del universo, y cuando me limpió cuidadosamente la barba porque las salsas se habían escurrido por ella…

—Me encanta verte así.

—¿Pringoso?

—Como un niño a la mañana siguiente de que Santa Claus haya dejado sus regalos bajo el árbol. —Fruncí el ceño y su mirada se puso un poco triste—. No me lo digas, nunca has vivido una Navidad con regalos bajo el árbol, ¿verdad? —Negué un poco avergonzado—. Lo solucionaremos.

Quería que siguiera tocándome, quería fundirme en sus brazos, quería aquella boca reclamando mi lengua con el sabor de la cena perfumando un beso profundo y caliente. Quería, quería, quería…

Seguimos paseando por las calles cercanas y un cartel luminoso llamó mi atención.

—No puede ser —proclamé.

—¿El qué?

—¡Mira! —señalé el cartel y, automáticamente, él rio.

—*Brokeback Mountain* —leyó en voz alta.

Siempre sería nuestra película, la que Mount me había llevado a ver en aquel autocine para mi cumpleaños el año anterior y que terminó con nuestro primer beso. Mi corazón dio un vuelco.

—Creo que es una señal.

Mount arqueó una ceja, divertido.

—¿Una señal?

—¿Podemos entrar a verla? No vi cómo terminaba y me gustaría.

—¿Seguro? La última vez que lo intentamos, acabó con una parada técnica en la carretera y…, bueno, ya sabes cómo terminó eso.

Claro que lo recordaba. Cómo iba a olvidar mi primer beso con él, bajo las estrellas, en medio de la nada. Pero también recordaba que no habíamos terminado de ver la película y, por alguna razón, esa noche, sentía que necesitaba hacerlo. Como si al terminarla pudiera cerrar un ciclo.

—Sí —le respondí, tratando de no sonar nervioso—. Quiero verla, y esta vez hasta el final.

Mount me miró por un largo segundo antes de asentir con una media sonrisa.

—Como quieras, este fin de semana es nuestro, Jim. Podemos hacer lo que te dé la gana.

Entramos en el pequeño cine, donde el mundo parecía desaparecer a nuestro alrededor, apenas había gente y la peli había empezado hacía veinte minutos, menos mal que no nos habíamos perdido lo mejor.

Teníamos un bol gigante de palomitas de caramelo y un par de refrescos enormes.

Esa vez anhelaba la escena que sabía que transcurriría en la tienda de campaña y no cubrí mi entrepierna excitada cuando ocurrió.

Quería que Mount la mirara, quería que el punto en el que nuestros brazos se tocaban a través del reposabrazos siguiera emitiendo calor, piel contra piel. Que su mano descendiera y me tocara como solo él sabía hacer.

Extrañaba muchísimo el placer que me hacía sentir, la falta de oxígeno, la aceleración, el sabor de su lengua húmeda después de haber recibido mi estallido.

Calor. Mucho calor.

No se movió, yo tampoco lo hice, y aunque me costó, pasando la escena tórrida, intenté centrarme en la película.

Sentí la congoja de los protagonistas como propia, obligados a vivir una vida que no querían por las apariencias, renunciando a lo que deseaban de verdad, a la persona que amaban, hasta que uno de ellos decidió dar un paso adelante y, pese a tener sus vidas, encontraron un punto intermedio en el que vivir su historia de amor.

Se me encogieron las tripas cuando la mujer los pilló, pero calló. ¿Mary Kate haría lo mismo? Miré de reojo a Mount, quien enfrentaba mis ojos con los suyos, sin decir nada, diciéndolo todo.

Volví de nuevo a la pantalla. ¿Cuántos años iban a vivir así? ¿Con una vida paralela?

—¿Te gusta? —musitó en mi oreja, con la calidez de su aliento hundiéndose en mi piel.

—No estoy seguro…

Era cierto, aquella película me desestabilizaba emocionalmente, y cuando aquel coche… Él en la carretera…

—¡No, no, no, no! —Alguien chistó silencio. Y noté cómo las mejillas se me empaparon, cómo la congoja se acumulaba en forma de lágrimas y caían sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

La mano de Mount buscó mi rostro, su pulgar enjugó la humedad, mientras mi pecho subía y bajaba emocionalmente exhausto.

—Dime que… Dime que…

—Shhh, es una película, todo está bien, Jimy.

No, nada estaba bien, ellos podíamos haber sido nosotros y yo no estaba seguro de poder sobrellevar algo así.

Salí del cine hecho una mierda, la brisa caliente me golpeó la cara. Estaba desorientado, con el corazón apretado y la mente hecha un nudo.

La película... había sido como verme en un espejo, y no pude evitar ver en los protagonistas un reflejo de mí mismo.

Dos hombres atrapados en una sociedad que no les permitía ser quienes eran, condenados a vivir a medias, a fingir, a ocultarse. Y en el fondo de mi corazón, me aterraba pensar que esa podría ser mi historia.

Mount caminaba en silencio a mi lado, sus manos metidas en los bolsillos, la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante. No había dicho nada desde que salimos de la sala, pero podía sentir que estaba esperando a que yo hablara primero. No sabía cómo arrancar o qué decir, si lo hacía, podía echarme a llorar en cualquier instante.

—Si lo sé, no acepto tu invitación a ver la peli.

Finalmente, me armé de valor y rompí el silencio.

—¿Por qué me llevaste a verla en el autocine aquella vez?

Detuve mis pasos y Mount lanzó un suspiro. Miró al cielo plagado de estrellas y después a mí.

—Porque quería que entendieras algo, Jimy. Y no me refiero a lo que sentía por ti, sino lo que la vida puede llegar a ser si te pasas el tiempo escondiéndote, reprimiendo lo que de verdad eres. Esa película... me marcó en su momento, mis padres nos la hacían ver a mis hermanos y a mí cada vez que uno cumplía los catorce y tenía capacidad de entender. No quería que te convirtieras en alguien que, al final de su vida, mira atrás y se da cuenta de todo lo que ha perdido por miedo.

Me quedé en silencio, asimilando sus palabras. Me dolían porque sabía que tenían razón. Había pasado tanto tiempo luchando contra lo que sentía, convenciéndome de que podía ser el hombre que todos esperaban que fuera, que tal vez ya había perdido mucho.

—Desde el primer momento supe que eras diferente. No solo porque me gustaras, esa lucha interna, ese querer complacer a todo el mundo menos a ti mismo. Pensé que, si veías esa película, si entendías lo que puede pasar cuando vives lo que los demás desean para ti, en lugar de lo que tú quieres para ti mismo, tal vez... tal vez te dieras una oportunidad.

Las lágrimas volvieron a mis ojos, y esa vez no hice nada por detenerlas. Todo el caos que llevaba dentro se desbordaba, y lo peor era que no sabía cómo ordenar lo que sentía.

Sus brazos me rodearon y me permití llorar abrazado a él, con su calor, su aroma y su comprensión fundiéndose en cada poro de mi piel.

Adoré volver a apretarme contra su cuerpo, a que mi latido se uniera con fuerza al suyo.

Dios, ¡lo quería tanto! ¡Tanto! Que pensar en ello dolía.

—La vida es complicada, Jim, pero no tienes que pasar por todo esto solo. Y, sobre todo, no tienes que ser alguien que no eres solo para encajar en un lugar que no te acepta por completo.

Me separé un poco de él para mirar aquellos preciosos ojos azules cargados de comprensión y apoyo.

Mount siempre había estado ahí para mí, y sabía que, ocurriera lo que ocurriese, lo estaría.

Respiré hondo, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—No sé si puedo ser ese hombre, Mount. El que no se esconde. El que no tiene miedo. El que aparca a su familia y se deshace de todo lo que le importa para ser un egoísta.

—Quererte a ti mismo, respetarte a ti mismo, honrarte a ti mismo, no es un acto de egoísmo, sino uno de amor profundo por quién eres. Y no importa si todavía no te ves capaz de dar un paso al frente. Ya eres más valiente de lo que crees, solo que aún no lo has visto, pero es de valientes admitir que te sientes diferente, que lo que estás viviendo quizá no esté en consonancia con lo que anhelas.

Nos quedamos en silencio unos minutos, las luces del cine detrás de nosotros y la noche extendiéndose alrededor, mientras yo luchaba con mis sentimientos. Había tanto en juego, tantas vidas entrelazadas en esa batalla interna que llevaba dentro.

Por primera vez, me permití pensar que tal vez, solo tal vez, podía haber una salida.

CAPÍTULO 47





Llegamos al hotel en silencio, el eco de nuestras pisadas resonando por el vestíbulo mientras nuestras mentes procesaban lo que acabábamos de ver y decir. No intercambiamos palabras, no hacía falta. Ambos estábamos atrapados en ese torbellino emocional que la película había desatado, pero también en las verdades que habíamos compartido.

Subimos a nuestras habitaciones, reconozco que no esperaba que las tuviéramos separadas, y cuando Mount me entregó la llave, algo en mi interior se revolvió. No pude evitar sentir una punzada en el pecho, como si algo que había esperado —sin siquiera darme cuenta— se desmoronara en ese momento.

Cerré la puerta detrás de mí y me apoyé contra ella, respirando hondo. Mi mente no dejaba de girar en torno a él, a lo que habíamos hablado, a lo que había sentido durante toda la noche. Cada palabra de Mount se repetía en mi cabeza.

«Solo tienes que decidir qué es lo que quieres».

Pero ¿cómo podía decidir algo tan complicado? ¿Cómo podía permitirme sentir lo que sentía por él cuando cada fibra de mi ser me gritaba que era incorrecto?

Después de darme una ducha y quedarme en calzoncillos, pasaba de volver a ponerme el camisón, me tumbé en la cama, mirando al techo, incapaz de que el sueño me alcanzara, ¿le

pasaría a él lo mismo?

Sabía que tenía que descansar, que a la mañana siguiente nos esperaba otro día de feria, y, sin embargo, cuanto más trataba de hacerlo, más clara se hacía una cosa: estaba perdiendo la batalla. No podía seguir ocultando lo que sentía. No con él tan cerca, al otro lado de la pared, no después de lo que había pasado esa noche. Cada vez que cerraba los ojos, veía su rostro, sus palabras, y sentía ese nudo en mi estómago apretándose más y más.

Mount no vendría, lo sabía, porque él dio demasiados pasos en mi dirección para terminar estrellándose contra el muro de mis miedos, así que si deseaba algo, tendría que ser yo.

Me levanté de la cama con un convencimiento que flaqueaba a cada paso.

Salí al pasillo sin cubrirme, con el corazón en un puño, la llave en la mano y los pies descalzos.

Golpeé su puerta antes de que mi propia cobardía me hiciera echarme atrás. Contemplé con la respiración contenida cómo la puerta cedía en apenas unos segundos.

Mount estaba allí, de pie, con la toalla anudada a la cintura y el pelo todavía húmedo.

Me miró de arriba abajo con una ceja alzada.

—¿Dónde has dejado a la abuelita, cazador?

Oh, sí, me sentía el puto cazador, quizá fusionado con el lobo, los dos al mismo tiempo. Y tenía ganas de verlo mejor, oírlo mejor y comerlo mejor.

—Ha muerto —sentencié, agarrándolo del cuello para hundir mi lengua en su boca.

Cerré la puerta de una patada, con el gemido de Mount vibrando en el cielo de mi boca.

No quería hablar, solo sentir, tocar, disfrutar, ser…

Por una vez en mucho tiempo, no quería huir, no quería esconderme, necesitaba estar ahí plenamente.

Sonaba música de fondo, no tenía ni idea de qué canción era, pero describía a la perfección todo lo que me pasaba por la cabeza y el corazón. Si le hubiera preguntado a Mount, en lugar de tratar de alcanzar su campanilla, habría sabido que era *I Don't Want to Miss a Thing*, de Aerosmith.

Temblé ligeramente al llevar mis dedos a la toalla y desprenderla de su cuerpo. Llevé las manos atrás y amasé sus nalgas desnudas con posesividad, notando su erección presionando la mía. Jadeé al pensar que solo las separaba la fina tela del calzoncillo.

Mount se distanció lo justo para poder hablar.

—Sabes que no hay vuelta atrás después de esto —murmuró. Su voz temblaba ligeramente mientras alzaba la mano para acariciar mi rostro—. Aunque quisiera, no podría detenerme, y esta vez cuento con un arsenal de condones y lubricante en la mesilla.

—Pensaste que tú y que yo…

—Tenía toda mi fe puesta en ello. —Su confesión me hizo ladear una sonrisa, siempre había sido tan transparente conmigo.

—Esta noche no quiero irme, Mount, no hay otro lugar en el mundo en el que quiera estar —respondí, con el corazón acelerado, deseoso de lo que vendría. Por fin podría dejar de fingir, dejar de reprimir lo que ambos sabíamos que siempre estuvo ahí—. Quiero esto. —Presioné su cuerpo contra el mío para que notara lo duro que estaba—. Te quiero a ti.

Sus pupilas absorbieron casi todo el azul del ojo.

Y fue él quien tiró de mis calzoncillos hacia abajo, para después volver a mi boca. Fuera barreras, solo residía entre nosotros una desesperación incendiaria por arder.

En el momento en que nuestros labios se encontraron de nuevo, todo lo demás se desvaneció.

No había culpa, no había miedo.

Mount respondió como si él también hubiera estado esperando eso por más tiempo del que estaba dispuesto a admitir.

Sus manos se deslizaron por mi espalda, haciéndome olvidar cualquier duda que aún rondara en mi mente. La calidez de su cuerpo, el peso de su deseo, me hicieron tambalear, y sin pensarlo, lo rodeé con mis brazos, aferrándome a él como si fuera lo único que me anclaba al suelo.

El tiempo dejó de existir mientras explorábamos lo prohibido, lo negado.

Nos movimos por la habitación, sin pensar, dejando que los impulsos nos guiaran. En algún momento, tropezamos con la cama y caímos sobre ella, todavía entrelazados. Mi corazón latía con fuerza, y por primera vez en meses, me permití sentir sin las cadenas de la culpa o la obligación.

Ahí estaban sus manos recorriendo mi pecho, tirando de mis pezones, su respiración entrecortada contra mi cuello, y un estremecimiento placentero que tensaba mi erección hasta su punto más álgido.

—Quiero saborearte —admití sin vergüenza.

—Voy a ponerme el condón.

Alargó el brazo hacia el cajón y yo le agarré la muñeca.

—Sigo sin haber hecho este tipo de cosas con otra persona que no seas tú, y sé que hace una semana fuiste a hacerte la revisión al médico.

Lo sabía porque no estuvo en el rancho y le pregunté dónde había ido a Sun.

—Estoy limpio —confesó.

—Entonces no quiero condón. Quiero sentirte, quiero saborearte igual que hiciste tú, lo quiero todo de ti. —Mount asintió.

Su espalda tocaba el colchón y yo me coloqué encima de él, tomando el control. Besé cada porción suave y trabajada, mientras sus dedos se enredaban en mi pelo y los sonidos escapaban de su garganta indicándome que lo estaba haciendo bien.

—Me vuelves loco, cariño.

«Cariño». ¡Cómo había echado de menos ese apelativo! Al igual que me llamara Jimy, con la voz ronca y llena de lujuria.

Fui bajando enfebrecido, hasta tener de frente a la joya de la corona. No pude contenerme, separé sus piernas, hice que las flexionara y pasé mi lengua por los testículos, acostumbrándome a su textura. Los saboreé con deleite, como Mount hizo conmigo, metiéndolos en mi boca, empapándolos en saliva.

Una cosa era que no tuviera mucha experiencia y otra que no recordara las cosas que Mount me hizo, las tenía grabadas a fuego en mi memoria.

Lo lamí sin prisa, gozando de cada pasada ascendente por el tallo, hasta toparme con la punta roma y húmeda.

—¡Dios! —exclamó Mount.

Era de retentiva fácil y su sabor era adictivo.

¿Debería sentir repulsión?

Seguramente, si fuera el hijo del pastor Brock, sí, pero este Jim solo sentía devoción por aquel hombre y su piel.

—Mírame a los ojos, Jimy. —Su voz sonaba ronca—. Quiero verte cuando entre en ti.

Obedecí, clavé mi mirada en la suya mientras hundía su miembro al máximo, notándolo copar todo el espacio que guardaba para él.

Lo tenía dentro, tenía su polla dentro, corregí el pensamiento.

Casi me corrí al paladear la palabra y a él juntos.

«¡Joder! ¡A la mierda!».

Las palabras se amontonaban junto a las sensaciones. Porque ese nuevo Jim no necesitaba contención, solo fluir desesperadamente.

Las caderas de Mount empujaron contra mi cara, mientras yo lo hundía más.

Sus dedos enredados en mis mechones con fiereza, mientras yo seguía mamando hasta el final.

—Cariño, para —murmuró—, no quiero correrme así, no esta vez.

Me aparté de mi nuevo manjar favorito y fui subiendo con pereza.

—Ven aquí —me acercó a su boca para besarme lento hasta que gemí—. Necesito saber qué quieres.

—A ti —volví a decir, ganándome una de sus sonrisas.

—Eso ya me lo has dicho. —Sus nudillos frotaron mi mandíbula—. Lo que necesito saber es qué quieres, qué esperas de esta noche. A mí me gusta dar y recibir, soy versátil, y aunque no tengas demasiada experiencia, necesito saber qué intuyes que te puede llegar a gustar.

—Todo —me sorprendí respondiendo. Había imaginado ese instante cientos de veces y era cierto, me excitaban las dos cosas, quería las dos cosas—. ¿Puedo pedir un completo? —Su risa volvió a sonar de manera dulce y comprensiva.

—Puedes pedir mi vida entera si es lo que eliges, ven aquí, grandullón.

Volvimos a besarnos con ansia, a mordernos, a lamernos y le cedí las riendas, quería que él tuviera el control.

—¿Po-podemos hacer lo de la peli? —pregunté prudente en su oído—. ¿Lo de la tienda?

—Me gustan los juegos de rol. ¿Quién quieres ser de los dos?

—Jack —confesé un pelín sonrojado por ser yo quien lo recibiera primero.

—Bien.

No hubo tono de burla en su voz, solo una cálida aceptación.

—Date la vuelta y ponte a cuatro, voy a hacer que tu rendición valga la pena.

No lo ponía en duda.

Solo adoptar la postura, sentir los pies y las palmas hundiéndose bajo mi peso, el roce de la sábana contra mi miembro henchido, mi polla henchida, repetí para mis adentros, ya me excitó.

Mount abrió el cajón y dejó un bote pegado a mi rodilla, aunque no lo empleó de inmediato.

Primero pasó las manos por mis músculos, separó mis piernas con indecencia y mordisqueó mis nalgas, lo cual me hizo gruñir de anticipación.

Los besos y caricias tensaron mi columna, mandando descargas a cada una de mis terminaciones nerviosas.

Hundió la boca entre mis glúteos y saboreó la zona oculta entre ellos. Casi enloquecí cuando lo hizo.

—Tócate.

Clavé un codo en la cama para estar más cómodo.

Mount abrió el bote y puso una generosa cantidad de gel en la palma de la mano con la que iba a acariciarme.

—Ahora, hazlo así.

La moví arriba y abajo, presionando mi grosor, adecuando el ritmo a mi propia necesidad mientras él dejaba caer otro chorro entre mis nalgas para prepararme.

La combinación hizo que mi respiración se hiciera superficial mientras él jugaba con el acceso cerrado.

—Relájate, te prometo que va a ser muy placentero para ambos.

No es que estuviera tenso por miedo, es que quería ser perfecto para él y me daba terror no estar a la altura y no ser lo esperado.

Intenté hacer caso y no pensar, solo sentir, mientras su otra mano recorría mi espalda.

—Así, lo estás haciendo muy bien, estás tan apretado, que en cuanto te la meta, creo que me voy a correr —musitó hundiendo parte del dedo.

Gemí con fuerza, me enardecía que me dijera ese tipo de cosas, que me tocara.

Aumenté el ritmo de mi autoplacer.

Mount rotaba y profundizaba el movimiento en mi interior, adaptándome a él.

—Mira, aquí justo, ¿lo sientes? —Todo mi cuerpo se tensó.

—Sí.

—Es tu punto P, el puto punto del placer, por eso me encanta que me den por el culo.

—C-creo que a mí también. —Una risa ronca escapó de su garganta.

—Sí, cariño, a ti también. Voy a hacer que te mueras del gusto.

Siguió vertiendo lubricante, penetrando mi interior hasta encajar el dedo entero, y cuando pudo moverlo con holgura, fue a por el segundo, dilatándome hasta que tuve la necesidad de morder la almohada y que esta engullera mis jadeos.

—Mírate, ya casi estás listo para mí. Te tengo, Jim.

—Hazlo, por favor —susurré, y entonces sacó los dedos, me abrió los cachetes y se metió de un empellón, lúbrico y salvaje.

Los sonidos que escaparon de mi garganta a partir de aquel instante solo podrían catalogarse como primitivos.

La palabra placer tomó una nueva dimensión, una en la que Mount Wallace se movía entre mis piernas, indómito, feroz, tomando lo que era suyo por derecho, por concesión, igual que hacía cuando montaba a lomos de su caballo.

—Me encanta follarte, Jimy.

«Y a mí que me folles», habría querido decir si me lo hubieran permitido mis cuerdas vocales.

No podía hacer otra cosa que gemir, mientras él se hundía en mí, mientras su palma abierta me golpeaba infame y la mano libre se clavaba en mi cadera.

Estaba al borde del colapso, me pajeaba caótico, la piel estallaba bajo sus golpes, que picaban sin ser crueles, nuestra carne resonaba en el cuarto.

Aparté los dientes de la superficie mullida.

—Voy a correrme, voy a correrme —conseguí balbucir.

—Hazlo, córrete para mí.

Grité tan fuerte que las paredes podrían haberse venido abajo, mientras manchaba las sábanas. Mount seguía tomándome implacable, incrustándose, llevando su mano a mi polla para palpar los restos de mi corrida.

Sus empellones eran cada vez más bestias, me cortaban el aire, me hacían rodar la cabeza.

—Sí, Jimy, sí, estoy muy cerca. Me encanta tocarte —confesó, moviendo la mano ungida en los restos acumulados.

Temblé. La saliva cayó desde arriba mezclándose con el lubricante y, tras varios empellones más, llegó lo que estaba esperando, su simiente inundándome por dentro, llenándome de su esencia, marcándome como suyo.

Eso es lo que era y siempre fui, suyo desde el principio.

Salió de mi interior una vez se vació. Besó la piel enrojecida de mi nalga y me instó a que nos tumbáramos, regalándome multitud de besos dulces que me supieron a gloria.

Nos abrazamos, era incapaz de soltarlo, no quería, no podía, ojalá poder estar así de por vida.

No sé qué se suponía que iba a sentir, pero desde luego no un estado de tanta alegría, tanta paz conmigo mismo, ni tantas ganas de repetir. Porque sí, quería repetir y no creía que una vez más fuera suficiente.

—¿Te ha gustado?

Su voz era suave, como chocolate caliente.

—Demasiado.

¿Qué iba a decir?

—A mí también, estaba convencido de que sería así contigo. —Alcé la mirada oscura, en la suya vi afecto y ese brillo que tanto me gustaba.

—¿Torpe? —inquirí dubitativo.

—Especial, mágico, adictivo. —Tras cada palabra, me dio un beso—. Solo puedo pensar en follarte una y otra vez, en que te corras en todas partes. Dios, ¡te quiero en todas partes!

«Y yo». Lo miré temeroso.

—¿Qué voy a hacer, Mount?

Soltó un suspiro profundo.

—Lo que tú desees, los límites siempre los marcarás tú, sabes que yo soy libre. —Y tenía razón, yo era el preso de mi propia existencia—. Es mejor que hoy no pienses, has disfrutado, ha estado de puta madre, déjanos este fin de semana, sea lo que sea que decidas, lo aceptaré.

Asentí y volví a buscar sus labios.

No quería pensar, solo deseaba hundirme de nuevo en él.

CAPÍTULO 48





El aire de Nuevo Amanecer parecía más pesado de lo normal mientras caminaba hacia la casa. Cuatro días después del mejor fin de semana de mi vida, volver era como ingresar en una prisión invisible en la que el uniforme era mi ropa gris.

La feria había sido un éxito. Obtuvimos las ovejas, Mount se hizo con unas cuantas vacas nuevas y un par de toros que mejorarían el rebaño y pasamos el resto de la tarde encerrados en el hotel descubriendo nuevas formas de darnos placer.

Estaba esperando que trajeran el rebaño nuevo, así lo acordamos, y tenía que decirle a padre que pasado mañana volvía a irme con Mount, esa vez a la feria de Sedalia, uno de los eventos agrícolas más grandes del estado. En lo único que podía pensar era en estar juntos de nuevo, alejados de todo y de todos, siendo únicamente nosotros.

En el rancho actuábamos como siempre, no podía arriesgarme a que uno de sus hombres nos pillara, por eso y porque ya lo había probado, tenía tanta necesidad de estar a solas con él.

Necesitaba comerle la boca hasta tenerla hinchada, sentirlo desnudo contra mi piel, hundiéndose en mi interior, llenándome por completo y no dormir en camisón, solo con el abrigo de sus brazos, para que me despertaran sus labios en mi erección.

No iba a ser fácil convencer a mi padre. Sin embargo, tenía que hacerlo. El trato era claro, y

yo debía cumplirlo a rajatabla.

En vistas de que ningún camión se acercaba, aproveché para entrar de nuevo en casa y dirigirme a la cocina, no quería esperar más tiempo.

Padre estaba sentado con el evangelio abierto sobre la mesa, preparando el sermón del día siguiente. Mi madre junto al fogón, cocinando en silencio, con la mirada baja, como siempre que él estaba presente.

—Padre, madre —comencé, deteniéndome en el umbral—. Necesito que hablemos un instante. Pasado mañana debo acompañar a Mount a la Missouri State Fair, serán tres días esta vez.

Mi padre levantó la vista lentamente, frunciendo el ceño con desaprobación.

—¿Otra vez? ¡Apenas hace cuatro días que has vuelto y ya te quieres ir con ese… Wallace! —Estaba seguro de que se había mordido la lengua—. ¿Acaso te has olvidado de tus deberes aquí, Jim? Tu lugar está en esta comunidad, no viajando de un lado a otro con ese degenerado. —Ahí estaba.

Tomé aire, preparándome para lo que venía. Sabía que no sería fácil, pero debía mantenerme firme.

—Padre, con todo respeto —dije, eligiendo mis palabras con cuidado—. Mount Wallace ha sido y sigue siendo un hombre muy respetuoso conmigo. Si debo ir es porque cerró un trato con él delante del consejo y con sus padres. Los Wallace aportaron sus hombres, nos ayudaron con los cultivos, y su idea de los talleres logró que pudiéramos restituir el ganado.

»No podemos romper el compromiso, nuestra palabra es una de nuestras virtudes más sagradas. Usted mismo nos lo ha enseñado desde que éramos niños. Los Wallace han cumplido su parte por completo. Es mi turno, me toca devolver lo que nos ha sido dado a través del trabajo que prometimos. Si no cumplo, ¿qué clase de hombre sería?

Mi padre me observó con esa mirada severa, llena de autoridad, pero también con una pizca de duda. Sabía que estaba en lo cierto, y eso lo molestaba más de lo que quería admitir.

—No lo entiendes, Jim —dijo finalmente, cerrando su libro con un golpe seco—. Esta comunidad es tu deber y es aquí donde te necesitamos. En ese hombre habita el pecado y no es bueno que estés cerca del maligno tanto tiempo.

—Ser un buen líder implica luchar en las peores batallas, enfrentarse al mal sin que a uno le tiemble el pulso y tomar buenas decisiones.

—¿Y piensas que lo es irse otra vez?

Mi madre, que hasta ese momento había permanecido en silencio, levantó la mirada con una tímida osadía.

—Quizá Jim no se equivoque —murmuró en voz baja—. Mount Wallace ha sido de gran ayuda para nosotros, sería lo correcto cumplir con lo prometido.

Mi padre se giró hacia ella con los ojos llenos de ira.

—¡¿A ti quién te ha preguntado, mujer?! Tu opinión no tiene cabida aquí. No estás hecha para pensar, solo para escuchar y obedecer. No te corresponde decidir qué es lo mejor para nuestro hijo ni para esta comunidad.

Ella bajó la mirada de inmediato y le pidió perdón.

¡Perdón! Se me cortó el aire. ¿Cómo no me había dado cuenta hasta entonces de lo anulada que la tenía? O quizá sí lo vi, pero estaba tan acostumbrado que no era consciente de que nadie podía sentirse bien con un trato así.

La rabia me recorrió el cuerpo. Ya no podía soportar aquel tipo de injusticias, ni la

humillación constante que ella recibía por el simple hecho de ser mujer. La revelación me dejó sin aire.

Me planté frente a mi padre con más firmeza de la que jamás había mostrado.

—Padre, con el debido respeto, está equivocado. Madre solo ha dicho la verdad, que Mount Wallace nos ha ayudado y que debo cumplir. Este trato no es solo mío. Usted fue quien lo aprobó, delante del consejo se comprometió a hacerlo, si ahora no cumplimos, le estaremos fallando tanto a Dios como a Nuevo Amanecer. Solo son tres días, no voy a desaparecer.

El silencio que siguió fue pesado, casi insoportable. Mi padre me miraba con una mezcla de enojo y sorpresa. No estaba acostumbrado a que lo enfrentara de esa manera.

—No me des lecciones de virtudes, Jim —respondió con los dientes apretados—. Esta congregación ha sobrevivido mucho tiempo antes de que llegaras con tus ideas modernas y tus aliados del mundo exterior. No necesitamos a los Wallace para seguir adelante.

—Tal vez no, pero si no cumplimos el trato —insistí—, ¿qué mensaje enviamos al resto del rebaño? ¿Qué tipo de líder sería usted si rompiéramos nuestra palabra?

Padre me miró con frialdad. Sabía que había tocado un punto delicado. Ser un hombre de palabra era lo que más valoraba, y aunque le costara admitirlo, no podía contradecirme.

—Muy bien, Jim —dijo en voz baja—. Acompaña a Mount Wallace si es lo que debes hacer. Pero no olvides que tu lugar está aquí, que aquí perteneces y te debes a él.

—Lo sé, padre. Voy fuera, no vaya a ser que traigan las ovejas.

Miré de soslayo a mi madre, que me observaba con una pequeña sonrisa en los labios, casi parecía orgullosa, aunque no estaba muy seguro de si era eso lo que estaba viendo.

El bochorno me golpeó al salir de casa, no obstante, volvía a poder respirar nuevamente.

Avancé un par de pasos en dirección a la entrada del pueblo cuando me encontré con Jeremiah, que me miraba con una expresión dura, casi acusadora.

—Dichosos los ojos. ¿Dónde has estado estos días, Jim? —preguntó sin rodeos—. Apenas te he visto, y no has venido conmigo al río como solías hacerlo, ¿tus pecados se han evaporado? —cuestionó con saña.

Intenté evitar su mirada. No sabía cómo responderle, especialmente después de lo que había pasado con Mount. Me sentía fuera de lugar, como si ya no encajara ni ahí ni en ningún otro sitio.

—He estado ocupado, Jeremiah —murmuré—. La feria, las ovejas… Ya sabes.

Pero él no iba a dejarlo pasar tan fácilmente.

—Exacto, ya sé —dijo, entrecerrando los ojos—. Y lo que sé es que estás raro desde que volviste, como si te hubiera pasado algo. ¿No tendrá que ver con el desviado de Wallace? ¿Te ha tentado con el maligno? —preguntó, bajando la voz.

Su comentario fue como un golpe en el estómago. Me hirió más de lo que esperaba, y no pude evitar que la rabia subiera a la superficie.

—No lo llames así —le respondí con dureza—. No vuelvas a faltarle al respeto, nos ha ayudado mucho, ¿entendido?

Jeremiah me miró casi herido por mi reacción, no estaba acostumbrado a que le hablara de esa manera.

—¿Por qué lo defiendes tanto, Jim? —preguntó, desconcertado—. ¿Qué demonios está pasando contigo? Pensaba que éramos amigos e intuyo que algo está sucediendo si te ofendes porque diga la verdad. ¿Cómo se llaman aquellos que incumplen el evangelio y se acuestan con personas de su mismo sexo? Dilo, Jim.

No podía hacerlo. Estaba hirviendo por dentro.

Hubo un pitido largo que me hizo girar la cabeza, era el camión con las ovejas.

—Disculpa, ha llegado el ganado —murmuré, dejándolo con la pregunta en la boca y sin responder.

CAPÍTULO 49



—Mantén los ojos cerrados, ¿vale? —le dije a Jim, mis manos le cubrían la vista mientras lo guiaba a través del aeropuerto. Lo sentía tenso bajo mis manos, nervioso y confundido, pero al mismo tiempo expectante.

—Mount, ¿qué demonios estás haciendo? —murmuró, su voz sonó con un toque de desesperación—. No entiendo nada de lo que está pasando. ¿Dónde estamos?

No pude evitar reírme ante su nerviosismo. Jim, siempre tan en control de todo en Nuevo Amanecer, estaba completamente fuera de su elemento. Eso lo hacía aún más encantador. Finalmente, después de cruzar las puertas de vidrio, me detuve y lentamente aparté mis manos de sus ojos.

—Ya puedes mirar —ronroneé agitado, deseoso de ver su expresión.

Jim abrió los ojos y se quedó completamente congelado. Sus pupilas se dilataron, y su boca se abrió en una mezcla de sorpresa y asombro. Estábamos en el aeropuerto de Kansas City, y a nuestro alrededor la gente iba y venía, arrastrando maletas y hablando en sus teléfonos. Los anuncios resonaban por los altavoces, y los carteles de vuelos iluminaban la terminal. La escena era un caos controlado, algo que probablemente Jim nunca había visto en su vida.

—¿Qué es todo esto? —preguntó, aturdido, girando sobre sus talones mientras miraba a su

alrededor como si estuviera en otro planeta—. ¿Qué está pasando aquí? Nunca… Nunca he visto algo así.

Me reí con más fuerza. Verlo era un espectáculo sin igual.

—Bienvenido al aeropuerto, Jim. —Le apreté la mano con suavidad—. No es tan raro, ¿o sí?

Él me miró con incredulidad y luego volvió su vista hacia los enormes ventanales que mostraban los aviones en la pista, preparándose para despegar.

—¿Estamos…? ¿Estamos en un aeropuerto? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Es tan lejos la feria como para subirse a uno de esos cacharros con alas?

Puse una mano en su hombro, mi sonrisa se ampliaba mientras me inclinaba un poco más cerca de él.

—No, Jim —le dije con suavidad—. No vamos a ninguna feria.

Él me miró aún más confundido, y fue entonces cuando decidí soltar la bomba.

—Este es tu regalo de cumpleaños atrasado, solo quería unos días más para ti y para mí, y sabía que si no te daba una buena excusa, no querrías ni podrías venir.

Los ojos de Jim se agrandaron más de lo que jamás había visto, y durante un momento pensé que iba a colapsar de la sorpresa.

—¿Qué? —susurró, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando—. ¿Regalo de cumpleaños?

Asentí, sin poder borrar la sonrisa de mi rostro.

—Sí. Vamos a hacer algo que nunca has hecho antes. Vamos a tomar un avión, Jim. Nos vamos de viaje. Solo tú y yo, a un lugar maravilloso al que no has ido nunca.

Lo miré mientras procesaba lo que le acababa de decir. Vi la mezcla de emociones en su rostro: asombro, miedo, éxtasis y, sobre todo, una profunda gratitud que no necesitaba ser expresada en palabras.

—Nunca… —Jim murmuró, mirando los aviones con una mezcla de pavor y emoción—. Nunca he subido a uno de esos. Sabía que existían porque los he visto cruzar el cielo, pero… ¿cómo va a levantarse todo eso?

Se le atascaban las palabras.

—Se levanta, tenlo por seguro, y te lleva a lugares increíbles que no podrías haber soñado. ¿Te gusta la idea?

—No lo sé —dijo, rascándose la nuca nerviosamente—. Pero, que me aspen, ¡volaré!

No pude evitar soltar una carcajada. Jim estaba totalmente fuera de su zona de confort, pero lo asumía dispuesto a lanzarse.

El proceso de abordar el avión fue igual de desconcertante para él. Cada anuncio, cada paso de seguridad, lo hacía arquear una ceja más alto. Cuando finalmente nos sentamos en nuestros asientos, Jimy se mantuvo tenso, mirando cada movimiento del personal de vuelo como si fuera a abrirse el techo y salir despedido en cualquier segundo.

—Primera vez en un avión, ¿eh? —comenté, divertido, como si nos acabáramos de conocer.

—¿Cómo lo adivinó? —respondió mientras se retorcía en su asiento—. Esto es más extraño de lo que imaginé —giró el rostro hacia la ventanilla para mirar cómo cargaban las maletas.

—Tranquilo, yo estoy aquí, contigo —susurré, y él volvió a contemplarme un poco aterrado, pero sonriente.

Cuando el avión empezó a moverse por la pista, noté que su mano se aferraba al apoyabrazos con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

—Relájate. No es tan malo como parece, es como montar en caballo la primera vez, ¿lo

recuerdas?

—Recuerdo que me empalmé.

Reí ronco.

—Mmm, sí, yo eso también lo recuerdo, siempre te la he puesto dura, ¿eh, Jimy? Aunque te opusieras...

La sensación de la aceleración y el rugido de los motores lo hizo estremecerse. Puse mi mano sobre la suya para calmarlo.

El avión despegó y empezó a inclinarse hacia el cielo, su pecho subía y bajaba con dificultad, necesitaba no pensar.

—Mírame. —Lo hizo, y yo me incliné y lo besé.

Fue un beso suave, casi un susurro, pero suficiente para distraerlo del vértigo que estaba sintiendo.

Nos encontrábamos en la última fila y en los asientos del otro lado no había nadie. Por lo que no dudó en separar los labios y enredar su lengua en la mía cuando ahondé el beso.

—¿Mejor? —le pregunté, aún cerca de su rostro.

—Mucho mejor —susurró, esbozando una sonrisa sonrojada.

El vuelo fue una experiencia completamente nueva para ambos. Aunque había volado más veces que él, nunca lo hice con alguien que significara tanto para mí. Cada vez que el avión temblaba o se inclinaba, sentía la mano de Jim apretarse contra la mía, buscando consuelo. Y yo se lo daba.

Perdí la cuenta de los besos que nos dimos hasta que se quedó dormido la última hora del trayecto.

Cuando aterrizamos, Jim respiró hondo, como si acabara de sobrevivir a una batalla.

Me reí caminando hacia la salida del aeropuerto, de hecho, no había dejado de hacerlo desde que lo recogí de madrugada.

Un chófer uniformado nos esperaba con un cartel que decía: «Sres. Wallace».

Si le importó que nos uniera bajo mi apellido, no dijo nada.

—¿Qué es esto? —preguntó Jim, mirando el cartel y luego a mí.

—Digamos que vamos a hacerlo a lo grande. —Le guiñé un ojo—. Nada de ferias ni mercados de ganado. Te prometí algo especial, y lo vamos a tener.

Tras veinte minutos, llegamos a Villa Sha. Un lujoso establecimiento exclusivo que contaba tan solo con seis *suites*, todas ellas con vistas al mar y salida directa a la piscina, delante de la famosa Isla Mujeres, en Cancún.

La brisa salada acariciaba nuestras caras mientras el sol nos saludaba desde lo alto.

Jim miraba todo con los ojos llenos de asombro, como un niño admirando el mundo por primera vez.

—Mount, esto es… es… —No pudo terminar la frase. Estaba sin palabras.

—Lo sé, cariño, lo sé. Bienvenido a nuestro pequeño paraíso —dije, envolviendo mis brazos en su tripa mientras contemplábamos el mar juntos.

Nos hospedábamos en la *suite* Breeze, una preciosa habitación con una cama tamaño *king size* con dosel de cuento. El mobiliario era de madera, color crema, fundiéndose perfectamente con la naturaleza.

En mitad de la estancia, nos aguardaba un lujoso baño con bañera redonda llena de agua flagrante y salpicada con pétalos de rosa.

Con las puertas de la terraza abiertas, podíamos ver el mar de fondo.

—¿Playa o bañera? —pregunté en su oído mientras cogíamos las copas de champán helado, cortesía del *room service.* Jim seguía anonadado.

—¿Por qué me has traído aquí? —Su voz sonaba más gruesa que de costumbre, tomada por la emoción.

—Me dijiste que nunca habías visto el mar y que te hacía ilusión. —Jim tembló entre mis brazos—. ¡Te he traído aquí porque quiero estar contigo! Porque sé que en Saint Valentine es casi imposible, aquí podemos volver a ser solo tú y yo, ¿no te apetece?

—¡Claro que me apetece, es solo que…! —Le di la vuelta sabiendo que empezaban a devorarlo las dudas.

—Cariño, no pienses, no ahora. —Di un trago a la copa, agarré su barbilla y busqué su boca para verter el contenido afrutado y chispeante mientras nos besábamos con intensidad.

—Bañera —jadeó encendido.

Casi nos arrancamos la ropa antes de sumergirnos en el agua tibia y perfumada.

Jim copaba todos mis sentidos, lo quería, lo amaba, lo ansiaba y hubiera hecho cualquier cosa para volver a estar juntos, sin la presión que le suponía estar cerca de su casa, de su familia.

Mis piernas envolvieron su cintura mientras frotaba una pastilla de jabón de coco y masajeaba su pecho velludo.

Nuestras erecciones se frotaron sin tregua, hasta el límite, a la par que nuestras manos se llenaban de espuma y acariciaban todo aquello que tocaban.

Nos metimos por completo en el agua para quitar los restos de jabón y Jim me pidió que me sentara en el borde con la mirada entornada.

Mi silueta quedaba recortada con el paisaje de fondo y las cortinas se movían onduladas. Se puso entre mis muslos, separó mis piernas y hundió su boca en mí.

Jadeé con fuerza.

La chupaba de una manera tan enérgica, tan profunda, que apenas duré unos instantes. Estallé en su garganta agarrado a la fría porcelana y él me sonrió complacido. Lo arrastré fuera del agua buscando mi sabor en su boca a golpe de beso.

Salimos a la terraza y él no daba crédito.

—¿Qué haces?

—Shhh.

—Podrían vernos.

—No lo harán. —Algunas plantas nos daban cierta intimidad—. Y si lo hicieran… Aquí a nadie le importa con quién te acuestas o si te gustan las pollas.

Cogí un cojín y me hinqué de rodillas en el suelo, para proporcionarle el mismo placer que él a mí.

Mamé su polla gruesa, aferrándome a su poderoso trasero, mientras el sol calentaba su pecho húmedo y la brisa salada inundaba sus fosas nasales.

Las palmas callosas de Jim buscaron mi cabeza. Sin pudor alguno, me folló la boca con brutalidad, sabía que me gustaba su rudeza, quedarme sin aire fruto de su tamaño tan bestia.

Sabía cómo hundirme en él, adoraba su sabor, su aroma, su textura, todo en él.

—No aguanto, no aguanto… —farfulló.

Hubiera querido decirle que no quería que lo hiciera, que me moría por degustarlo, pero tenía la boca llena. Tampoco es que me hiciese falta, en un par de empellones, con un rugido sordo, se vació en mi esófago.

Me alcé con una sonrisa en los labios, enrojecidos y algo magullados.

—Esto es vida —admití, desvergonzado, pasando la lengua por ellos, y él rio—. ¿Playa o cama?

—No tengo bañador.

—De eso ya me he ocupado yo, te compré uno de esos apretados que marcan el rabo, además de un par de esas ridículas camisas floreadas a juego para que nadie dude sobre lo que están viendo.

Lo vi contener el aliento.

—¿En serio? —preguntó risueño—. Voy a parecer…

—Un gay de vacaciones con su novio al que vuelve loco.

Casi parecía que le había quitado diez años de encima. No protestó, se le veía aliviado.

—Aquí no hay nadie de Nuevo Amanecer. No eres el hijo del pastor, solo mi Jimy, podemos ser lo que queramos.

—Lo sé.

—Vamos a hincharnos a comer, beber, tomar el sol, hacer un par de excursiones y follar como condenados.

—Me gusta cómo suena.

—Suerte, porque a mí también.

—Playa —asumió—. Quiero saber qué se siente cuando hundes los pies en la arena y las olas te los lamen.

—Eso es genial, hasta que se te meta por el ojete y las pelotas y te empiece a picar. —Él frunció el ceño—. Tranquilo, nada que una buena ducha no pueda solucionar.

Fui a por los bañadores y le entregué el suyo. Sonrió al ver que no le había mentido.

—Esto apenas va a taparme nada.

—Justo lo que yo quería, debajo de esto no vas a poder esconderte, Jimy, ni sobre lo que hay en la despensa, ni cuanto te gusta que te la meta. ¿Vamos?

—Vamos —murmuró tomándome de la mano para salir al exterior.

CAPÍTULO 50





No daba crédito a que Mount hubiera sido capaz de llevarme hasta allí. Cuando mis pies tocaron la arena por primera vez, no pude evitar detenerme. No se parecía en nada a la textura de la de Missouri, volátil y polvorienta. Esta se te pegaba y te hacía cosquillas en las plantas.

—¿Qué pasa? —preguntó Mount al ver que no avanzaba.

—Esta textura es extraña… —murmuré, agachándome para tomar un puñado y dejarlo deslizar entre los dedos.

—Te lo dije, y aún no has visto nada, vamos al agua.

Avanzamos con la brisa marina acariciando nuestros rostros. Ese nuevo olor, profundo, fresco, salado y el sonido de las olas, iban a convertirse en algo que atesorar. Llegamos a la orilla, y cuando el agua tibia del Caribe lamió mis pies, sentí una mezcla de emoción y miedo.

—No puedo creer que esto sea real, Mount, jamás he visto agua de este color, aunque se asemeja un poco a tus ojos —le dije con una risa nerviosa mientras el océano turquesa nos engullía.

Me giré hacia él, sus ojos hablaban de adoración mientras una expresión divertida le arrugaba las comisuras.

—El agua solo es agua —murmuró, hundiendo la mano para mostrarme que se volvía transparente—. La única diferencia es que en esta hay mucha sal.

—¿Y por qué tiene ese color?

Cuando estaba con él, me invadían muchas preguntas.

—Porque no hay casi sedimentos ni algas. La luz del sol rebota en la arena blanca del fondo y, al ser tan poco profundo, se ve ese color especial, como si el mar reflejara el cielo.

«Tú eres mi puñetero cielo», pensé para mis adentros, incapaz de pronunciarlo en voz alta.

—Entra, no te va a comer —me dijo burlón. Me dio un pequeño empujón, riendo—. A no ser que nos topemos con un tiburón.

—¡¿Un tiburón?! —No los había visto, pero en la escuela nos hablaron de ellos.

—No te preocupes, deberías temer más mis mordiscos que los suyos, la carne humana no les gusta, y si atacan es porque suelen confundirte con una foca o una tortuga marina, y tú, cariño, eres más un oso pardo —me guiñó el ojo.

Mount empezó a salpicarme juguetón y, antes de darme cuenta, ya estaba corriendo entre las olas como un crío. Él se alejaba y yo lo perseguía hasta que se zambulló en aquello de color único e hice lo mismo.

Cuando emergí, noté un leve picor en los ojos y aquel sabor tan particular. Reí sin reservas y me abalancé contra Mount para darle mi primer beso salado. Sus piernas envolvieron mi cintura y seguimos, incapaces de despegarnos. Por primera vez, no me daba pudor comportarme como me nacía, con una libertad y una ligereza que antes no estaban.

—¡Esto es increíble! —grité, riéndome como si no tuviera preocupaciones en el mundo—. Tú eres increíble. —Sus labios se estiraron en una sonrisa franca.

—Los dos lo somos —murmuró, pasándome las manos por el pelo. Cada vez que lo contemplaba, me sentía más conectado a él, como si todo lo que habíamos vivido nos hubiese llevado a ese momento, a ese lugar—. Venga, nademos, voy a enseñarte a hacer la estrellita de mar.

—¿Qué es eso?

—Mira y aprende. —Se puso a flotar como un madero, sin ningún tipo de esfuerzo—. Tu turno.

—Imposible, yo peso demasiado, me hundiré, soy muy denso. —Rio flojito.

—Aquí nada es imposible, la sal ayuda a que flotes. Si no lo intentas, nunca sabrás qué se siente, y si te hundes, yo siempre estaré ahí para sostenerte.

No estaba seguro de si hablaba de hacer la estrella o de nosotros. Aun así, lo hice y, aunque al principio me costó, seguí sus indicaciones y logré flotar a su lado. Con Mount siempre era así, no había límites, solo un lugar seguro en el que ser yo mismo.

Almorzamos en un pequeño restaurante en la playa, y por la tarde nos subimos a una lancha para hacer *snorkel* en grupo, en Isla Mujeres.

Según nos dijo nuestro guía, era la segunda barrera de arrecifes más grande del mundo,

albergaba infinidad de especies marinas, algunas incluso en peligro de extinción y que solo vivían allí.

—¿Hay tiburones? —le pregunté al guía.

—Bueno, en el caribe mexicano suelen haber rojos, ballena, toro, curro, el poroso y limón. —Algunas personas del grupo lo miraban con entusiasmo. ¿Estaban locos, o qué?

—Los toros se nos dan bien —comentó Mount divertido, como si no corriéramos peligro de ser masticados.

—Me alegra oír eso, a principios de julio y finales de agosto tenemos el privilegio de recibir la visita de algunos tiburones blancos, sobre todo, en la zona de Isla Guadalupe y la baja California.

Noté cómo iba perdiendo el color.

—No se preocupe, señor, los que más abundan son los ballena, y usted no entra en su dieta, son vegetarianos.

—No como yo, que me encantaría morderte la entrepierna —susurró Mount en mi oreja.

Estaba demasiado nervioso para darle réplica.

—¿Estás convencido de que esto es seguro?

—¿Y qué lo es en la vida, Jim? Hay que estar dispuesto a tomar riesgos para gozar del mundo que nos rodea, si nos limitamos a refugiarnos en lo conocido, nos perdemos aquello que ni siquiera nos planteábamos que existiera. Además, si uno de esos aparece, lo convierto en ceviche y te lo sirvo para la cena.

El instructor nos animó a lanzarnos al agua y Mount fue el primero. Solté una exhalación pesada antes de ajustar mis gafas y poner el tubo como nos mostró Alonso.

Mount me hizo señas para que me lanzara, miré de refilón para asegurarme de que no veía ninguna aleta.

¡Qué diablos! Si él estaba en el agua, tomaría el riesgo, todo junto a Mount merecía la pena.

Me costó habituarme a respirar a través de aquel trozo de plástico. Me entró agua en un par de ocasiones hasta que le pillé el tranquillo, pero cuando lo hice...

Dios mío, Mount y el guía tenían razón, ¡era impresionante!

Aluciné con todo aquel despliegue de peces de colores, tortugas y flora marina.

Creo que fui el último en salir del agua, y cuando pisamos tierra firme, le pregunté a Mount si podíamos volver mañana.

—Tengo otros planes, Jimy, aunque si quieres que los cancele para volver…

Negué.

—Lo que hayas decidido seguro que será tan impresionante como esto. Gracias por traerme aquí. No sé cómo agradecértelo —le dije con sinceridad.

—Eso espero, aunque no tienes que agradecerme nada, a mí, verte feliz me basta.

La cena en el hotel fue perfecta. Apenas éramos unas doce personas, más el personal. A la luz de las velas, con el sonido marino como telón de fondo.

Los momentos entre nosotros hablaban más que las palabras. Cada mirada, cada sonrisa compartida, estaba cargada de algo más profundo, algo que ambos sabíamos que estaba ahí,

incontenible, pero que no siempre podíamos expresar.

Unos mariachis tocaron música en directo acercándose a la mesa.

—¿Quieres bailar? —me preguntó Mount, tendiéndome la mano con los ojos brillándole como nunca.

—Yo nunca…

—Shhh, solo dime si quieres o no. Olvida las limitaciones.

Tragué con fuerza. Otra pareja lo estaba haciendo. Pensé unos segundos un poco confundido y avergonzado. ¿Qué pensarían los que nos vieran?

—Ey, el mundo puede arder, lo único que importa es el ahora. Si quieres que bailemos…

—Q-quiero —afirmé, tomando la mano extendida. Tenía razón, todo podía arder que él era lo único que importaba.

No sabía qué decía la letra. Mount parecía conocerla porque la canturreaba en mi oreja, en español y su voz sonaba jodidamente *sexy* en esa lengua.

Si nos dejan,
nos vamos a querer toda la vida.
Si nos dejan,
nos vamos a vivir a un mundo nuevo.

Recordé que a veces se le escapaba hablar con su padre Enzo en esa lengua, en mi presencia, él les hablaba en español a sus hijos, aunque intentaba que no ocurriera delante de mí, para que lo pudiera entender.

Yo creo que podemos ver el nuevo amanecer,
de un nuevo día,
Yo pienso que tú y yo,
podemos ser felices, todavía.

Me balanceé aferrándome a su cuerpo, pensando en cómo era posible que encajáramos a la perfección. Cerré los ojos dejándome llevar.

Si nos dejan,
buscamos un rincón cerca del cielo.
Si nos dejan,
haremos con las nubes terciopelo.

Hundí mi nariz en su cuello, con las manos abarcando su cintura más estrecha que la mía y sus dedos largos enredándose en los mechones de mi cuello.

Y, ahí, juntitos los dos, cerquita de Dios,
será lo que soñamos.
Si nos dejan, te llevo de la mano, corazón,
y ahí nos vamos.

Me dejé envolver por su magia, por el sentimiento que nos acogía y nos fundía sin tener en cuenta mi torpeza como bailarín.

—Te quiero.

La declaración llegó a mí como un murmullo silenciado por los aplausos de los otros comensales. Ni siquiera estaba seguro de haberlo escuchado o que fuera fruto de mi imaginación, o de mi propio corazón, que ya no estaba dispuesto a callar.

Me separé de Mount con el pulso acelerado, lo miré a los ojos y él, tras darme un dulce beso, se acercó a los músicos para felicitarlos y darles una propina.

—¿Cómo se llama esa canción? —quise saber.

—*Si nos dejan*, de José Alfredo Jiménez. Es uno de los temas favoritos de mis padres, sobre todo, si la canta Luis Miguel.

—¿Y qué dice? Sonaba romántica.

—Quizá esta noche te la traduzca entre las sábanas —respondió pícaro.

—¿Y por qué no ahora?

—¿Y el postre?

—Prefiero tomar una ración de tu cuerpo, si no te importa.

—Larguémonos.

A la mañana siguiente, hicimos una ruta por varios cenotes. Fue una sorpresa maravillosa. Era como mirar al corazón mismo de la tierra, un portal hacia otro mundo. El agua era tan cristalina que contemplabas el último rincón del fondo. Los rayos del sol se filtraban desde arriba, creando reflejos dorados en las paredes de piedra caliza, sumergirse en ellos era un alivio para el asfixiante calor.

El guía nos explicó que para los pueblos indígenas mayas eran considerados lugares sagrados y portales al inframundo, conocidos como Xibalbá. Creían que los cenotes eran la morada de los dioses de la lluvia, los Chaac, y que las aguas profundas conectaban el mundo terrenal con el espiritual. Era curioso entender cómo había creencias tan distintas a la mía.

Saltamos desde las rocas hacia las aguas profundas, otra experiencia que podría catalogar de emocionante.

Reíamos como niños, y en algún momento, cuando ambos salimos del agua, me di cuenta de que todo parecía más fácil con Mount. Disfrutar de lo que teníamos sin la presión de ser alguien que no quería ser, del cual cada día que pasaba me sentía más lejos.

Por la tarde, paseamos por Playa del Carmen, probamos la leche de coco en un puesto callejero, como si fuéramos una pareja más, una de esas que pasan desapercibidas, pero que están totalmente conectadas.

Nada de lo que decía Mount era banal. Me escuchaba, reía conmigo, y en su manera de hablar siempre había una pequeña enseñanza sobre cómo podría llegar a ser mi vida si lo escogía, o por lo menos yo me lo tomaba así.

Apenas pegamos ojo la última noche, no podía hacerlo, no quería malgastar un solo segundo. Me pasé cada instante que nos mantuvimos despiertos diciéndole lo que sentía a base de miradas,

caricias, besos y orgasmos.

Estaba convencido de que no hacían falta palabras para decir te quiero, porque estar a su lado lo decía todo.

CAPÍTULO 51



Dos meses y medio antes.

El tiempo había volado en ese último año, parecía que fuera ayer cuando cogimos nuestro primer avión para hacer aquel inolvidable viaje a Cancún, aquel al que siguieron otras escapadas inolvidables con la excusa de que necesitaba que mi mano derecha me acompañara a más ferias de las que había ido en toda mi vida juntas.

Disfrutamos a lo grande, me gustaba aquel Jim al que le brillaban los ojos como carbones encendidos cada vez que nos embarcábamos en una nueva aventura. El mismo con el que trabajaba a diario, con el que compartía risas cómplices, besos robados, silencios cómodos, cervezas al atardecer, sexo desenfrenado y del cual estaba sencilla y profundamente enamorado.

Aspiraba a compartir mi vida con él, soñaba con el día en que se decidiera a abandonar Nuevo Amanecer.

Estuvo a punto de hacerlo, en el mes de mayo, pero su padre sufrió una recaída que lo dejó muy débil y las cosas se torcieron de nuevo.

—*No puedo hacerlo ahora* —me dijo con la boca pequeña y el corazón encogido.

—*Lo entiendo* —murmuré, consolándolo con un cálido abrazo.

Jim sabía lo que había, ya no podía decírselo más alto ni más claro, la pelota siempre estuvo en su tejado, desde el principio, y a falta de setenta y cinco días para su boda con Mary Kate, lo estaba más que nunca.

Miré el horizonte a lomos de Cinamom y clavé las botas en sus flancos para regresar al establo.

Tenía el tiempo justo para darme una ducha y ponerme aquel ridículo disfraz de animadora con el cual todos íbamos a disfrazarnos.

Era la despedida de soltero de un novio que no tenía ni idea de que se casaba a la mañana siguiente.

Cole Ciclón Carter y mi prima Jane se darían el sí quiero en nuestro rancho. Solo que quizá a la *sheriff* se le había olvidado contárselo a su futuro marido, tampoco es que se lo hubiera pedido, pero así era mi prima.

Galopé con intensidad y sonreí al pensar en lo particular que era mi familia, y en lo bien que encajaba Jimy en ella.

Ese año tuvo sus primeras Navidades Wallace, incluso puse un calcetín con su nombre en la chimenea para que mi madre lo llenara de dulces.

Como todos los demás, lo aguardaba un pequeño detalle bajo el árbol, nada demasiado ostentoso, porque, si no, mis hermanos sospecharían que lo nuestro iba más allá de una amistad.

Desayunamos unas riquísimas tazas de chocolate caliente, que mi madre preparaba llenas de nubes blanditas, nata y *sparkles* de colores, además de aderezarla con una ramita de canela y últimamente un chorrito de alcohol al gusto.

Las acompañábamos con *gingerbread man* que hacía mi hermana.

Los ojos de Jim brillaron cuando vio su calcetín repleto de bastones de caramelo y chocolatinas, vi la emoción del pequeño Jimy cuando mi madre pronunció su nombre agitando un paquete envuelto en papel navideño con un enorme lazo rojo. Al encontrarse con el pañuelo de cuadros rojos y negros, soltó una carcajada sonora y buscó mis ojos.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? —pregunté.

—No es eso… Me encanta —dijo algo sonrojado.

Se levantó para otro de los regalos dispuestos bajo el árbol mirando a Papá Enzo con complicidad y me lanzó uno.

—¿Para mí?

—No iba a presentarme de vacío. He traído uno para cada uno —comentó avergonzado—. Los traje ayer, vine antes y se los di a Enzo, me prometió que los pondría bajo el árbol para sorprenderos.

—Un momento. ¿Mi padre es Santa Claus? —preguntó River alucinado, para después otear a mis progenitores de manera acusatoria—. ¿En cuántas cosas más me habéis mentido estos años?

—¡Cállate, Riv! —espetó Sunny mientras me alentaba nerviosa a que abriera el paquete de Jim.

Lo desenvolví con dedos temblorosos, y cuando vi el mismo pañuelo que yo le había regalado en el interior, también solté una carcajada.

Mis padres aplaudieron y mi madre soltó una risita melodiosa. River puso una mueca como si se hubiera tragado un matojo de pelo.

—Pasáis tanto tiempo juntos que coincidís en los regalos —murmuró—. ¿Qué será lo próximo? ¿Usar los mismos calzoncillos? Haceros unas pajas.

Si él supiera que eso ya lo hacíamos…

—¡River! —lo riñó mi madre—. Discúlpate con Jim de inmediato.

—Después soy yo el que tiene un sentido del humor lóbrego. Era una bromita, Jim, no te ofendas.

Habíamos sido muy cuidadosos, jamás nos exponíamos demasiado. Si alguien se enteraba de lo nuestro, en especial cualquier persona de su congregación, antes de que Jim estuviera listo para dar el paso, podría ser funesto para mí.

Su marcha debía ser voluntaria, no quería que a la menor oportunidad me echara en cara que lo expulsaron por mi culpa.

Metí a Cinamom en el establo y fui a desensillarla. Jim estaba allí y se ofreció a echarme una mano para que pudiera ir a ducharme.

Lo agarré de la camisa, lo metí conmigo en el casillero y lo besé en los labios.

—No te haces una idea de cuánto te he echado de menos en la pradera —gruñí en su boca.

—No más que yo, pero Papá Brad quería que lo ayudara con el cercado.

Escucharlo llamar así a mi padre me erizaba el vello de la nuca.

—Y yo quiero que me ayudes con esto…

Llevé su mano a mi entrepierna, que ya estaba dura y dispuesta.

—Esta noche voy a follarte. Les dije a mis padres que sí o sí tenía que ir a la cena de Cole, podremos escaparnos un rato y que te dé el postre.

—Eso no lo dudes, cariño, hoy quiero tu polla en mi culo y que me des tan duro que te sienta a cada paso que dé.

—No me digas esas cosas que me empalmo…

—Pues verás cuando me veas con la falda corta y moviendo los pompones, si de tío estoy bueno, de *fucking* animadora soy irresistible. —Volvió a morderme la boca—. Voy a darme una ducha de agua fría para que se me baje la erección, gracias por ocuparte de Cin.

Cubrí mi entrepierna con el sombrero y salí antes de que pasara de todo y me lo tirara allí.

El rancho estaba lleno de gente, por lo que no habíamos tenido intimidad.

Mis padres habían venido por la boda, también mi hermana, quien se personó con su nueva amiga íntima, Lucía, apenas podían parar de comerse la boca. Sí, lo que suena es pura envidia.

Resulta que teníamos una escritora española en la propiedad y Luce era su editora. Ella y Sun se conocieron a través de un anuncio de intercambio de casas que mi hermana puso para conocer

mundo. Y terminó en Barcelona, con la mejor amiga de Lola como vecina de enfrente.

Todos pensábamos que River estaría todo el verano de rodeos, pero no fue así, se accidentó en la copa del mundo y volvió de improvisto, con un humor de perros, para toparse con una extraña, desnuda y desafinada, que se daba un baño en el abrevadero.

No empezaron con buen pie. Cada vez que se acercaba a la escritora, parecía que le hubiera picado un puercoespín en las pelotas, y eso que era encantadora, aunque últimamente, juraría que la miraba de una forma diferente, como si quisiera hincarle el diente.

No tenía nada que ver que lo pillara cascándosela en la cocina mientras la miraba en uno de sus bailes de conexión con la naturaleza.

Media hora después, todos estábamos listos, las chicas vestidas de vaqueras *sexies* y nosotros de animadoras a la caza de la jefa. Todos menos Jim, que vestía de amaneciense, por si se cruzaba con algún conocido, aunque no cenaríamos en Saint Valentine, sino en Saint Patrick, para terminar después en La Guarida y encontrarnos allí con las chicas.

Nos presentamos con mis primos en casa de Cole, para vestirlo de animadora mayor, con todos mis primos, mis padres, Derek y Jerry.

Aunque lo mejor de todo fue cuando llegó mi prima Jane para leerle los derechos en el coche patrulla y Carter se enteró de que se casaba.

Fue muy emotivo, al más puro estilo Wallace.

Jimy me rozó el dedo con disimulo y yo le sonreí ensimismado.

—Tú sigue mirando así al rey de la testosterona, que llegas a La Guarida sin bragas, Montana —murmuró Elías en mi oreja.

Todos nos habíamos puesto apelativos de mujer.

—Dios te oiga, Eliana —respondí, agitando las pestañas postizas que me pegó Lucía. Tenía una mano estupenda para el maquillaje.

Mi primo bufó.

Si al principio estaba de acuerdo en que me liara con Jim, cada vez le hacía menos gracia, todo porque decía que no se podía estar en misa y repicando. Que tenía que decidirse de una maldita vez o me haría daño.

Entendía su preocupación, pero yo estaba convencido de que él me acabaría eligiendo, solo necesitaba el momento oportuno para que todos sufrieran lo menos posible.

CAPÍTULO 52



Siempre hacía lo que me decían, siempre, desde pequeña, aunque aborreciera el gris, la cofia que siempre debía tapar mi pelo, o aquel par de trenzas que me daban dolor de cabeza.

Odiaba murmurar cuando a veces sentía la necesidad de gritar alto, muy alto, sin embargo, me enseñaron a no alzar la voz por encima de la de un hombre para no molestar.

No debía responder, ni mirar a los ojos, ni desear aquello que no me era dado. La curiosidad era pecado, no debía hacer preguntas poco adecuadas. Me criaron para ser una buena hija, esposa, madre y amaneciense.

Siempre hacía lo que me decían, siempre, hasta ese día.

No esperaba que mi mundo se viniera abajo por una simple visita al rancho Wallace. Mi padre no había podido acompañarme, así que en su lugar vino Jeremiah, el hermano de mi mejor

amiga, el mejor amigo de mi prometido. Papá lo consideraba mi protector, siempre atento y dispuesto a ayudar a los vecinos.

Llevó el carruaje hasta el interior de la propiedad, me ayudó a descender y llamamos a la puerta.

Teníamos que llevarles los quesos, la mantequilla y los centros de flores frescas que nos encargaron para el enlace de la *sheriff* de Saint Valentine Falls. Los dedos todavía me olían, me había pasado toda la mañana realizándolos.

Nunca había estado en aquella propiedad, pero desprendía una vitalidad familiar.

La hermana pequeña de Mount nos abrió, Sunny Wallace era muy guapa, con unas bonitas mejillas sonrojadas y un aire dicharachero que me hizo contener el aliento.

—¡Hola, Mary Kate! —me saludó como si me conociera de toda la vida.

—Hola —respondí con prudencia.

—Vienes a traer todo lo que Mount le encargó a Jim, ¿verdad?

—Sí, Jeremiah me acompaña para descargar.

—¡Genial! Yo me ocupo de indicarle dónde debe dejarlo todo y aviso a uno de los hombres para que le echen una mano. Seguro que te apetece ir a saludar a tu prometido, está allí, en los establos. Mount acaba de llegar del prado, conociéndolos, estarán desensillando a Cinamom.

—G-gracias —miré de reojo a Jeremiah, quien me sonrió displicente.

—Ve, yo me encargo.

—¿Seguro?

—Claro, conociéndolo, le encantará la sorpresa y tener cinco minutos contigo, a solas, son algo que atesorar. ¡Vamos!

Sentí la anticipación hirviendo en mí. Hacía demasiado que no estábamos solos, que no me tocaba como aquella vez que cubrió mi pecho con su mano.

Quedaba muy poco para que nos casáramos y me moría de ganas porque mi vida cambiara, aunque fuera solo un poco, necesitaba salir de casa de mis padres y que Jim me hiciera su mujer. Era un buen hombre y sería un marido estupendo.

Al llegar a los establos, noté que todo estaba más tranquilo de lo que imaginaba. Los caballos resoplaban suavemente en sus puestos, y el aire olía a heno fresco y cuero. Avancé con el corazón acelerado, pensando en cómo actuaría cuando me viera, si me besaría arrebatado sin importarle que Mount estuviera.

¡Menuda tontería! ¡Claro que le importaría!

Oí voces de hombres, y reconocí la suya.

Me acerqué con sigilo y prudencia, imaginé que si estaba con su jefe, querría que diera buena imagen, así que solo asomé un poco la cabeza y entonces los vi.

El aliento se me cortó de golpe.

Se estaban besando, no como lo hizo conmigo, gruñían, sus lenguas se agitaban como si quisieran devorarse el uno al otro, y no era Mount el que atacaba. El señor Wallace estaba inmovilizado contra la pared y mi prometido lo tenía acorralado.

—No te haces una idea de cuánto te he echado de menos en la pradera —dijo Mount.

—No más que yo, pero Papá Brad quería que lo ayudara con el cercado.

—Y yo quiero que me ayudes con esto… —El señor Wallace agarró la mano de mi prometido y la llevó a su entrepierna, ahogué un grito.

—Esta noche voy a follarte. Les dije a mis padres que sí o sí tenía que ir a la cena de Cole, podremos escaparnos un rato y que te dé el postre.

Abrí mucho los ojos al escuchar a Jim.

—Eso no lo dudes, cariño, hoy quiero tu polla en mi culo y que me des tan duro que te sienta a cada paso que dé.

—No me digas esas cosas que me empalmo…

No podía quedarme más tiempo ahí, escuchando y viendo aquellas barbaridades.

¡No podía! Caminé de espaldas, con un nudo en el pecho que no me dejaba respirar, salí corriendo sin saber qué decir, qué hacer o a donde ir.

Sunny estaba en la entrada de la casa, haciéndoles carantoñas a los perros. Me llamó.

—¡Mary Kate, ven aquí!

¿Qué hacía? Solo me apetecía llorar y echar a correr, pero si hacía eso, todos sabrían lo que había visto en el establo, tenía ganas de vomitar.

Avancé hacia ella por inercia.

—¿Estás bien?

—S-sí —susurré—. Un poco mareada, es todo.

—A veces el aroma a caballo es un poco intenso. Perdona que antes no te dijera nada, las chicas vamos de cena al restaurante de mi primo Trav, él no estará porque se va a la despedida de los chicos, pero ha dejado a su segundo al mando y han cerrado la sala solo para nosotras, ¿por qué no te apuntas? Jim va a ir con los chicos y tú no puedes quedarte en casa.

La cabeza me dio vueltas.

—No es buena idea.

—¿Por qué no?

—Porque una buena amaneciense no se va de cena —respondió Jeremiah aproximándose—. Ya lo hemos descargado todo. ¿Has visto a Jim? —preguntó dirigiéndose a mí.

—S-sí —farfullé.

—Voy a saludarlo yo también.

—¡No! ¡Espera! Es mejor que nos marchemos.

—¿Por qué?

—¡Hola! Jeremiah, Mary Kate —nos saludó Mount, pasando por nuestro lado.

Ni siquiera pude mirarlo a los ojos, las náuseas volvieron.

—Señor Wallace —murmuramos los dos.

—Imagino que habéis traído lo que le encargué a Jim, gracias por vuestra colaboración, no lo habríamos conseguido sin vosotros, solo a mi prima se le ocurre casarse de hoy para mañana. Lamento las molestias.

—No ha sido molestia alguna —zanjó Jeremiah.

—Voy a darme una ducha, este calor me está matando, si queréis tomar algo fresco, mi

hermana os lo pondrá.

—No, gracias, nos vamos —lo corté sin saber cómo era capaz de hablar.

—Pues encantado de veros por aquí, si os apetece pasaros mañana, será divertido.

—Seguro que sí —dijo Jeremiah.

—¿Podemos irnos? —volví a repetir acuciante—. Tengo cosas que hacer en casa.

—Por supuesto. Gracias por todo, señorita Wallace. —Sunny asintió.

—Si te lo piensas mejor… —musitó en mi dirección—, ya sabes dónde encontrarnos.

En cuanto me monté en el carro, le pedí a Jeremiah que azotara las riendas para llegar lo antes posible.

—¿Qué demonios te pasa?

—¡Por favor! Necesito salir de aquí, ¡sal del rancho! —Jamás le había hablado así.

El cuello alto del vestido me constreñía como una maldita cárcel. Los ojos me escocían y, sin poder evitarlo, empecé a llorar con agonía.

Jeremiah paró el carro, lo hizo a un lado y se giró hacia mí. Apenas habíamos salido de la propiedad por el camino principal, quedábamos ocultos en la primera curva.

—¿Mary Kate? —preguntó preocupado—. ¿Qué ocurre?

Intenté evitarlo, no quería hablar con nadie, mucho menos con el mejor amigo de mi prometido, pero Jeremiah era persistente, no iba a dejarlo estar.

—¿Ha pasado algo con Jim? —insistió, en un tono más suave.

Las palabras me hirieron como un puñal, y, sin poder evitarlo, rompí a llorar con más fuerza. Me abrazó, pese a estar prohibido, y yo me dejé llevar por mi propia vulnerabilidad cediendo al llanto descontrolado.

Su mano daba largas pasadas por mi espalda.

—Shhh, tranquila, soy yo, conmigo puedes desahogarte, no sufras.

Le empapé la camisa y seguí así un buen rato, hasta que fui capaz de controlar el dolor que me partía el alma.

¿Qué había hecho? ¿Qué había de malo en mí para que Jim eligiera el camino de la perdición que suponía estar con un hombre? ¡Era horrible!

—Mary Kate… —volvió a murmurar con voz grave.

—Lo-lo siento —dije apartándome, sorbiendo por la nariz—. No sé qué me ha pasado.

—¿Se trata de Mount y de Jim, verdad? Los has pillado.

Lo miré con horror. ¿Cómo se había enterado? ¿Acaso se lo había contado mi prometido?

—¿Lo sabías? —susurré, apenas creyendo mis propias palabras.

Jeremiah presionó los labios y se acercó, aunque no de la manera que esperaba.

—No, pero tú me acabas de confirmar lo que sospechaba. Tanto viaje no era normal. Se ha cumplido el temor que tenía el pastor, que Jim no fuera lo suficientemente fuerte y cayera en las garras del maligno. No es tu culpa, Mary Kate, no lo veas como una traición. A veces…, los hombres ceden a sus bajos instintos. A veces se dejan llevar por las tentaciones de la carne, especialmente cuando alguien con más… experiencia se aprovecha de ellos.

Sus palabras me hicieron sentir peor, como si un peso insoportable cayera sobre mí. Jeremiah

hablaba con suavidad, pero su tono me hacía sentir aún más rota. Me dijo que no debía culpar a Jim, que lo que él necesitaba era perdón, comprensión, que todo eso era una prueba para ambos.

—En tu corazón puro está la bondad que Jim anhela. Él no te haría daño si no estuviera confundido, asustado. Debes disculparlo. Ayúdalo a encontrar el camino de vuelta.

—¿Cómo?

—Seguro que hallarás la manera. Dios os está poniendo a prueba, y tú, querida, debes hacerlo volver. —Me enjugó las lágrimas—. No hables de esto con nadie, no sería bueno, ni para ti, ni para Jim. Algunos podrían culparte de no ser lo suficiente mujer como para retenerlo y los dos sabemos que eso no es cierto.

Lo miré a los ojos, algo dentro de mí se había quebrado. No podía articular una respuesta.

¿De verdad que todo esto era mi culpa o una prueba divina?

Jeremiah me acercó hasta la puerta de casa, me dijo que reflexionara, que él se ocupaba del carro y los caballos.

La cena pasó frente a mí sin que escuchara las palabras de mi familia, solo retumbaba en mi cabeza lo que había visto y oído en el rancho. Apenas toqué el plato, dije que no me sentía bien, mi madre insistió en que necesitaba alimentarme.

—Déjala, mujer, está lo suficientemente rolliza como para que no le pase nada si no come en un mes, quizá Jim agradezca que haga un poco de limpieza antes del enlace, tiene demasiada grasa por todas partes —contraatacó mi padre.

Agaché la cabeza y salí arrastrando los pies, sabía que cada mes que pasaba cogía peso, pero es que me podía el ansia de comer. La comida saciaba un vacío que nada más podía colmar. Solo me sentía bien abriendo la boca y llenando mi estómago.

¿Y si era eso lo que ocurría? ¿Y si a Jim no le gustaba que hubiera engordado?

Escuché cómo mis padres discutían, bueno, más bien mi padre, y después la casa quedaba en silencio.

Dormían y mi corazón seguía rompiéndose, trozo a trozo, fragmento a fragmento, sin que nadie lo escuchara.

No podía más. Me sentía traicionada, rota e incapaz de recomponerme.

Sin pensar, sin saber qué buscaba exactamente, o si encontraría las respuestas, me vestí.

Salí de casa, cogí la bicicleta de mi padre y me puse a pedalear rumbo a Saint Valentin Falls, puede que ir al restaurante de Travis no fuera tan mala idea después de todo.

CAPÍTULO 53





Estampé la boca contra la suya, le di la vuelta, le levanté esa ridícula faldita e hice a un lado los calzoncillos con fiereza, me llené la polla de lubricante y lo penetré con desesperación.

—Joder, Jim —susurró Mount agónico.

—Tócate —musité imperativo, follándomelo en los baños de La Guarida.

Tras la cena, vino la partida de bolos, una en la que terminamos a puñetazo limpio y todavía no sabía muy bien por qué. Vi una bola lanzada por River, que cruzaba hacia la pista contraria y terminó siendo un sonoro *strike* en la nuestra. —No estábamos en el mismo equipo—. Al acierto lo precedieron unas cuantas voces y después se lio.

La riña duró lo mismo que una tormenta de verano, tal como vino se fue, y reconozco que lo de descargar los puños fue bastante liberador.

Derek condujo, era de los pocos que no habían bebido lo suficiente como para causar un accidente. Elías iba de copiloto y Mount y yo íbamos detrás.

El muy capullo no dejaba de susurrarme guarradas al oído mientras me enseñaba los muslos.

Cuando llegamos al bar, estaba tan caliente que ni lo dudé.

Me lo llevé directo al baño, le comí la boca con ansia y le dije que habíamos tenido suficientes preliminares a lo largo del día como para no cumplir mi promesa del establo.

Mount llevó una mano a su entrepierna mientras yo lo seguía embistiendo como un animal, era mi tabla de salvación, mi puñetera tabla de salvación, una que no podía soltar, porque, si lo hacía, temía ahogarme en el mar de la congregación. En sus prohibiciones, en sus normas rígidas.

Empujé en el canal estrecho, hundiendo mis manos en su culo desnudo, sintiendo la vibración que ejercía la palma de su mano ávida de liberación.

—Dios… —siseó.

—Espera…

Salí de su interior, me senté sobre la tapa del váter cerrada e hice que se quitara los calzoncillos para sentarse encima de mi polla. Él la agarró, presentó mi glande en su trasero a la par que yo me desabrochaba la camisa y la sacaba del interior de mis pantalones.

Se dejó caer por mi erección poniendo sus manos en mi pecho desnudo, al mismo tiempo que yo cogía su cara para seguir besándolo.

Jadeé en cuanto lo sentí encajado y moviéndose contra mí.

Me gustaba follar así, frente a frente, teniendo acceso a su boca y esa mirada que me volvía loco.

Las palmas de mis manos volaron a su cintura, lo ayudé a subir y bajar como a él le gustaba, duro, hasta el fondo.

Con el sonido de nuestra carne haciendo los coros.

Lamí la palma de su mano, escupí en su polla y él jadeó al devolverla a su lugar, moviendo la piel arriba y abajo.

No podía dejar de mirarlo, de sentirme afortunado por tenerlo en mi vida, por hacerme sentir tan lleno, querido, valorado y respetado.

Sus dedos libres retorcieron uno de mis pezones.

—Te quiero —jadeé a bote pronto.

Puede que aquel no fuera el lugar más romántico del universo, pero no podía seguir callando lo que cada célula de mi cuerpo gritaba a voces.

—Si lo sé, me visto antes de animadora. Yo también te quiero, tonto, aunque eso ya lo sabes.

Por supuesto que lo sabía, solo necesitaba ser yo quien lo verbalizara, que escuchara las palabras saliendo de mis labios.

Lo besé con pura posesión, con una sensación de triunfo infinita enroscándose en mi columna.

Él siguió rebotando sobre mis piernas, llenando el baño de sonidos sordos, gruñidos entrecortados y carne palpitante.

No abandoné su mirada en ningún instante, mi erección era engullida por su calor tenso. Presionó los músculos del esfínter para aumentar mi placer. Me ponía a cien cuando hacía eso.

—Me voy a correr —anuncié.

—Hazlo, te quiero dentro, te quiero en todas partes de mi cuerpo, te quiero en mi vida para

siempre.

—Yo también —confesé con el primer chorro alcanzando su interior.

Siguió montándome hasta que ya no pudo más, apuntó la polla contra mi vientre expuesto y me llenó el torso con su cremosidad espesa.

Mount tembló cuando las últimas gotas mancharon mi ombligo y frotó la polla en él.

Cerré los ojos un instante aspirando el aroma a sexo, seguía encajado en su trasero y sus manos extendían los restos de corrida por mi piel sedienta.

—Me encanta darte cremita, grandullón —jadeó en mi oreja—. Que lleves mi corrida encima, debajo de esa camisa triste y fría, recordándote que siempre estaré en ti.

—Y a mí que tu culo te recuerde mañana quién se enterró en ti.

Mount rio ronco.

—Con el ímpetu que le has puesto, ten por seguro que va a ser así y no descarto repetir.

—Quien no lo descarta soy yo, solo de pensarlo vuelvo a empalmarme.

—Me encanta que tu periodo refractario sea tan corto.

—Y a mí tu polla larga —dije jocoso.

—Me encanta cuando la llamas polla, te pega tanto…

Agarré su barbilla y volví a besarlo.

—Te quiero.

Pasó las manos por mis mejillas y sus pupilas se enredaron en las mías.

—Yo también te quiero.

—No sabes las ganas que tenía de decírtelo.

—Y yo de oírtelo decir.

—Me hago una idea, perdona por haber tardado tanto, no es que no lo sintiera, llevo mucho tiempo sabiéndolo, es solo que mi circunstancia no es la más fácil del mundo.

—Lo sé, por eso he respetado tus tiempos, no quiero nada de ti que no quieras darme.

—Quiero dártelo todo. Sé que está siendo muy duro, que pensabas que rompería con Nuevo Amanecer antes, pero…

—Entiendo que las circunstancias no han sido las ideales, pero tengo fe en ti, sé que harás lo correcto, te esperaré todo lo que haga falta, Jim.

—No te merezco —exhalé, apoyando mi frente en la suya.

—Me mereces, a mí y a todo lo bueno que te pase. Quiero que seamos felices, juntos, solos, tú y yo.

—Suena demasiado bien.

—Ya falta poco, cariño.

Volvimos a hacerlo, los demás estaban demasiado preocupados divirtiéndose como para notar nuestra ausencia.

Era muy tarde cuando rechacé la proposición de Mount de quedarme en su casa a dormir, aunque me moría de ganas.

—Muy pronto pasaré cada noche enredado en tus sábanas.

—¿En camisón?

—Pienso quemarlos todos cuando me vaya de la comunidad.

Mount rio.

—Me gusta cómo suena eso, tú y yo desnudos en mi cama.

—No me digas más cosas o al final no me voy.

—Pues no te vayas, mándalo todo a la mierda ya.

Estuve a punto de aceptar.

—Buenas noches, nos vemos mañana en la boda.

—Vale, pero que sepas que voy a luchar por ese ramo de novia.

Me eché a reír y le di un último beso.

Derek me estaba esperando en el coche para acercarme en un momento.

A quien no esperaba encontrarme era a Elías mirándome con fijeza.

El motor arrancó y nos pusimos en marcha.

Al llegar a la última curva que daba a Nuevo Amanecer, les dije que podían dejarme allí.

Les di las gracias, bajé del coche y escuché una segunda puerta, era la de Elías, que bajaba cortándome el paso.

—¿Tienes un minuto?

—¿Pasa algo?

—No te robaré mucho tiempo.

Lo había visto extraño en el viaje, poco hablador para lo que él era, pero lo achaqué a la bebida.

Nos apartamos unos pasos.

—¿Qué ocurre?

—Mira, puedo hacerme el sueco todo lo que me dé la gana, pero en vistas de que mi primo parece agilipollado por tu rabo, te voy a decir unas cuantas verdades que creo que necesitas escuchar. —Fui a abrir la boca, pero la cerré—. Ni se te ocurra intentar decirme que entre vosotros no hay nada, porque solo había que fijarse un poco para darse cuenta de que cuando saliste del baño su tanque de semen marcaba completo.

»Podéis follar hasta reventar y a mí me parecerá bien, pero creo que Mount quiere algo más que un semental que va de hetero, y eso me preocupa. Haz lo que consideres, que ya tienes pelos en los huevos como para que yo vaya dándote consejos, pero que no paras de buscar a mi primo para que te meta la polla y te folle hasta que te tiemblen las piernas lo sabemos tú, yo y hasta la señora Etna de la tienda de sombreros.

»Bueno, ella quizá no, pero tiempo al tiempo. Si tu intención es solo esa, déjalo, porque lo conozco y está enamorado hasta el tuétano.

—Yo también —confesé ahogado.

—Pues entonces haz el favor de comportarte como un hombre, abandonar toda esta mierda y echarle el lazo de una maldita vez, porque tu cuerda no es infinita, y como se parta debido a tu cobardía por no echarle cojones y renunciar a esa falacia de compromiso con Mary Kate, ya no lo vas a recuperar.

—No quiero perderlo.

—Pues entonces ya sabes qué te toca hacer. Buenas noches.

Elías se alejó dejándome en mitad del camino, con el alma temblando y sabiendo que tenía razón en todo lo que me dijo.

Cuando entré en casa, no esperaba encontrarme con mi padre levantado.

Me miró con ojos exorbitados y pensé que me había pillado, aunque eso fuera imposible.

Alzó la nariz y arrugó el gesto.

—Hueles a pecado, el maligno ha entrado en ti, Jim Brock, me has decepcionado, lo siento, lo huelo…

Me quedé rígido. No sabía qué decir.

Es ahora o nunca, me dije.

—Padre, yo no creo que deba seguir…

Entonces lo vi hacer una mueca extraña y se desplomó antes de que pudiera terminar la frase.

—¡Padre! ¡Padreee!

CAPÍTULO 54





Mi padre sufrió una recaída.

Como es lógico, no pude ir a la boda al día siguiente, estaba muy débil y la culpa de que hubiera sido por mí, por el estado en el que llegué, me engulló las entrañas.

Mi madre no se despegaba de padre, fue ella quien fue a por el doctor después de que la despertara.

Jeremiah vino a primera hora de la mañana. La noticia había corrido como la pólvora y se presentó en cuanto se enteró.

—¿Cómo está?

—Grave —murmuré sentado en una silla, hundido, con la frente apoyada en mis manos.

—¿Qué ha dicho el doctor? —Levanté un poco la cabeza.

—Ya sabes… Que es la voluntad de Dios, que sigamos con el tratamiento… No sé si realmente sabe lo que le pasa.

—¡¿Cómo no lo va a saber?! ¡Es el médico!

—Ya no sé qué pensar, cuando mejora, recae, y esta vez ha sido… Pensaba que se moría.

—Pero no lo ha hecho, su fe lo sostiene, y como ha dicho el doctor, Dios todavía lo quiere aquí, entre nosotros. —Asentí.

—Gracias por tu aliento.

—El tuyo es terrible —se llevó un dedo a la nariz—, además de un aspecto horroroso, hueles a… ¿A qué demonios hueles?

No me había lavado desde que estuve en La Guarida, así que tenía una ligera idea del aroma que captaba.

—Anoche salí y no me ha dado tiempo a bañarme —me excusé.

—Pues coge algo de ropa y vayamos al río, no puedes atufar a la comunidad.

Tenía razón. Fui a por algo que ponerme y lo acompañé.

Nos desnudamos en el claro y Jeremiah me miró extrañado.

—¿Qué es esa cosa blanca que te ha salido por el pecho y la tripa? ¿Un eccema? ¿Y ese morado? ¿Has hecho que te mire el médico? Tiene pinta de enfermedad rara…

—No es nada, me golpeé con una puerta ayer, en el establo, y tengo la piel algo seca, he cogido uno de los jabones hidratantes de mi madre, que van muy bien.

—En el establo, ¿eh?

—Sí, ya sabes, los caballos…

Me metí en el agua fresca dándole la espalda y me froté con la pastilla, sabía que lo que tenía en el torso no era piel muerta y que el tono púrpura era fruto de la golpiza de la bolera. Jake pegaba con fuerza.

—Oye, Mary Kate está preocupada, tal vez deberías poner un poco más de empeño en el cortejo, no creo que te guste que se vaya de la lengua.

—¿Cómo? —me giré hacia él.

—Ayer fuimos a llevar las cosas para la boda, al rancho. La señorita Wallace nos abrió la puerta y le dijo que se acercara al establo, que estabas con su hermano, quizá fue entonces cuando te golpeaste… —Me señaló—. Ya sabes. —Dejé de frotarme de inmediato. El corazón me dio un vuelco. ¿Mary Kate? ¿El establo? Yo no la vi, lo que no significaba que ella no me viera a mí.

No quería preguntar, no quería imaginar, no quería mirar a los ojos de Jeremiah porque intuía lo que iba a encontrar

—No le des más vueltas, te estás poniendo blanco. Sí, os vio, pero creo que pude calmarla. Intenté explicarle que la carne es débil, que los hombres somos propensos a caer y en ese lugar el maligno pesa más que en cualquier parte. Que tendría que esforzarse para sacarte del camino de la perdición, que sobre ella recaía el peso de que te pudiera reconducir. No sé si fui lo suficientemente convincente, espero que sí.

Mis tripas se anudaron, la respiración comenzó a fallarme y volverse errática. No podía pensar. Mary Kate se había enterado de la peor manera posible.

—¿Por qué hiciste eso? —Jeremiah se acercó a mí y pasó las manos por mi pecho, enjabonándome con los restos de espuma.

—Porque tendrías que ver lo destrozada que estaba, necesitaba que alguien le diera una solución, además, eres mi mejor amigo, haría cualquier cosa por ti, incluso guardar tu peor secreto. Hace tiempo que sé lo que os hacéis, me hubiera gustado que me lo contaras, pero creo que nunca llegaste a confiar lo suficiente como para hacerlo. Os vi en el río, entregándoos a la lujuria, mientras él llevaba tu miembro a su boca y…

—¡Calla!

Lo aparté las manos y me zambullí.

Al salir, lo miré inquisidor, temblaba de la furia.

—¿Por qué no me dijiste nada? ¡¿Por qué no me acusaste ante el consejo?!

—¿Para qué? ¿Para que te expulsaran? ¿Para que suspendieran a tu padre del cargo y que tu madre muriera de vergüenza por no haber sabido criar a su hijo bien? ¿Para causar sufrimiento a tu familia y a Mary Kate? No soy de ese tipo de personas. Te aprecio, Jim, y creo en ti como líder, aunque no de este Nuevo Amanecer. Como tú dices, tu padre cada vez está peor, te has convertido en un referente del cambio para esta comunidad y puede seguir siendo así, yo apoyaré cada decisión que tomes, no somos tan distintos, Jim.

Se acercó a mí de nuevo y me cogió del cuello.

—Piénsalo. Los dos deseamos cosas que están prohibidas, los dos tenemos una visión que puede impulsar este lugar hacia otro camino, con unos valores distintos, quizá en unas nuevas tierras, alejados de esta realidad.

—¿De qué hablas?

—Pues de que un pajarito me ha dicho que cuando volviste de la primera feria había arena en tus zapatos y no de la polvorienta.

—¡¿Cómo sabes…?! —Su índice se desplazó por mis labios.

—Sé muchas cosas y siempre me las guardo para cubrir tus espaldas. ¿Has visto lo buen amigo que soy? Podemos hacer algo grande juntos, estarás conmigo en que este lugar apesta a rancio.

—No quiero seguir en la comunidad, quiero a Mount. Lo nuestro va en serio y ya tenía decidido irme, solo que todavía no lo he hecho oficial, quería esperar a que padre mejorara.

Jeremiah soltó una carcajada.

—¿Que tienes algo serio con Mount Wallace? No me hagas reír. ¿Sabes con cuántos hombres se ha acostado? Ni siquiera él lo sabe, a veces folla incluso borracho y no recuerda los tíos con los que está.

—¿Tú qué sabrás?

—Hace un tiempo nos acostamos, solo que no me recuerda, iba demasiado pedo.

—¡Mientes!

—No tengo por qué, ya te he dicho que siempre fui distinto y a él le gustan demasiado las pollas, hace esa cosa con la lengua que…

Lo empujé con violencia.

—¡Calla si no quieres que te parta la boca!

—¡Qué violento! Tranquilo, a mí ese tío no me interesa lo más mínimo y tú deberías tomar

ejemplo y hacer lo mismo. Los hombres son un mero entretenimiento para Mount.

—Yo no lo soy.

Hervía de la rabia al imaginarlos juntos.

—¿Quieres creerte especial? Allá tú, pero te advierto que, cuando se canse de ti, te dejará, como a todos los demás, si te tiene ahí es porque eres su juguete nuevo, porque sabe que en el fondo no le perteneces y le pone lo de arrebatarte de tu mundo, despojarte de todo y de todos, que le pertenezcas, que seas suyo, y cuando lo logre al cien por cien, acabarás en el baúl de los recuerdos.

Negué, no quería ni plantearme la posibilidad.

—Te equivocas. No lo conoces, no como yo.

—Puede, pero en lo que sí que no me equivoco es en que si le dices a tu padre que dejas Nuevo Amanecer porque eres un desviado, terminarás de rematarlo. A Mary Kate la hundirás más de lo que ya está, la habrás marcado como la mujer que fue incapaz de apartar al maligno de su prometido empujándola al ostracismo. El corazón del pastor fallará y tu madre lo seguirá, los dos lo sabemos. —No quería escucharlo, no quería oír lo que estaba diciendo, pero todo lo que salía por su boca tenía sentido—. Haz las cosas bien, Jim. Tu prometida no sabe que te iba a contar lo que vio y va a seguir siendo así. Te cubriré las espaldas, como hasta ahora, podrás seguir dándole por el culo a tu jefe, si es lo que deseas, hasta que te cases. Y no me opondré a que sigáis intimando tras el enlace, aunque no sería lo más aconsejable. Si necesitas alivio de ese tipo, podríamos darle otra solución. —Su mano descendió a mi entrepierna.

—¡¿Te has vuelto loco?! —le di un manotazo.

—Solo te ofrezco mi comprensión en esa parte tan íntima de ti, en ese impulso ingobernable. Estoy de tu parte, siempre lo he estado. En nuestro Nuevo Amanecer, podremos darle un sentido distinto a todo, lo llamaremos El Despertar, como si Dios se nos hubiera aparecido en el río para ofrecernos una revelación. ¿Te gusta?

Me sentía mareado.

Salí del agua y Jeremiah me siguió.

Respiraba con esfuerzo cuando lo noté abrazarme por la espalda.

—No te agobies, tienes mucho que pensar y poco tiempo, pero sé que elegirás bien y que no querrás cargar con el dolor que causaría una decisión poco acertada. —Pasó las manos por encima de mi corazón y lo empujé.

—No me toques —alcé el puño, dándome la vuelta.

—Violencia, te estás volviendo alguien muy interesante, también podemos explorar ese camino, si es lo que te apetece, estoy abierto a un mundo de posibilidades a tu lado.

—¡Lo que me apetece es que te largues antes de que te rompa los dientes! —Cogí la ropa agobiado, dispuesto a vestirme de una vez.

—No me veas como tu enemigo, Jim, siempre he sido tu aliado, tu amigo, y ahora te doy la posibilidad de emprender una nueva visión de futuro. Aunque ahora te cueste pensar más allá de Mount Wallace, sabes que cuando lo pienses bien, es mejor lo que yo te ofrezco, tanto para ti como para tu familia, Mary Kate y nuestra comunidad, no te cierres al futuro.

Me vestí y salí a toda prisa del bosque.

CAPÍTULO 55



La luz suave del atardecer se filtraba a través de las rendijas del establo, bañándolo en tonos dorados. Me apoyé contra una de las vigas mientras acariciaba la crin de Hurricane, intentando controlar el remolino de pensamientos en mi cabeza.

Jim estaba al caer, habíamos quedado en que en cuanto terminara de hacer unas modificaciones que River le pidió en su zona de entrenamiento, vendría.

Se perdió la boda de Jane. Al ver que no aparecía, pensé que sus padres se habían enfadado por la hora a la que llegó, también me planteé si la charla que mantuvo con Elías tuvo algo que ver.

Si yo no lo quise presionar, mi primo no se anduvo con rodeos; si fuera al revés, quizá yo habría actuado igual.

Me planteé ir a Nuevo Amanecer, pero lo descarté, estaba seguro de que, si hubiera sido algo grave, Jim se las hubiera ingeniado para hacerme llegar el mensaje.

Desconecté y disfruté.

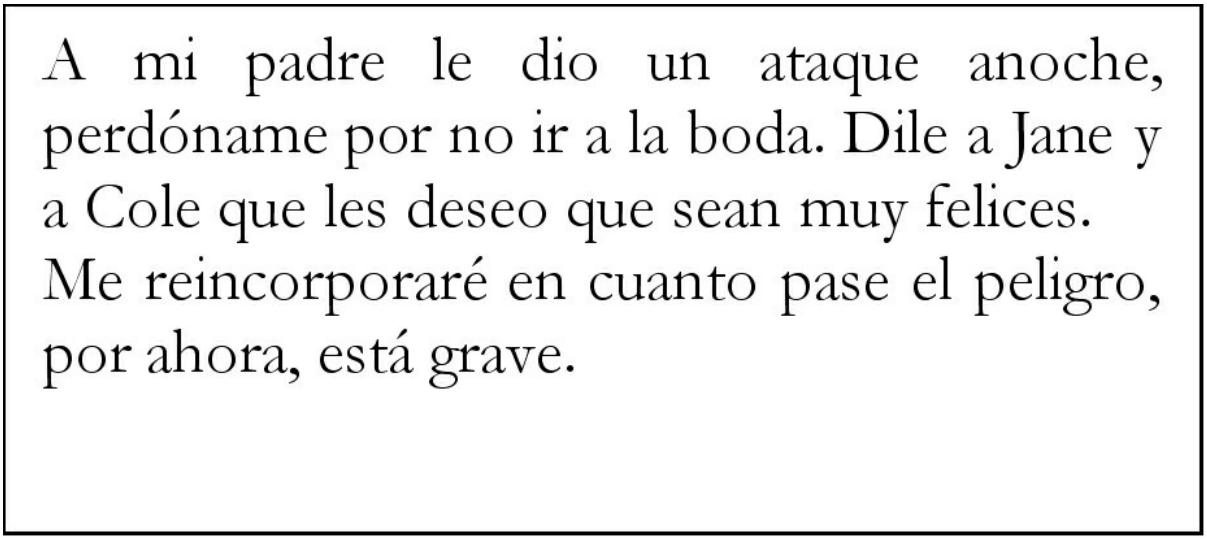
Hasta que no terminó la fiesta, no cogí el teléfono, Jane nos lo había prohibido, quería que estuviéramos al cien por cien y me pareció bien. Además, era el encargado del rodeo de solteras y fue muy divertido ver a Lola montar el toro mecánico y llevarse como premio gordo de la noche a mi hermano River.

Estaba cantado que esos dos terminarían follando y me alegraba por ellos.

No fue hasta que me devolvieron el teléfono que vi el mensaje.

El corazón se me aceleró al leer el emisor.

Jim



Ni siquiera lo pensé, fui a por el coche y conduje hasta Nuevo Amanecer, no eran horas de ir a ninguna parte, y mucho menos teniendo en cuenta que su padre estaba enfermo, pero no podía dejar a Jim en esas circunstancias. No cuando seguramente lo estaría pasando tan mal.

Le mandé un mensaje desde el coche, no respondió. No podía llamarlo, por lo que salí y me acerqué a la casa por detrás, estaba envuelta en un silencio fantasmagórico.

Vi una luz tenue, quizá estuviera de suerte y Jim no hubiera podido dormir.

Me asomé a la ventana y vi la silueta masculina, cabizbaja, apoyando la cabeza entre las manos, como le había visto hacer cientos de veces.

Llamé con suavidad al cristal y él levantó la cabeza abruptamente.

Vino a la puerta en pocas zancadas y la abrió.

Parecía agotado y desencajado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó en un murmullo, mirando a un lado y a otro.

—¿A ti qué te parece? Necesitaba saber que estabas bien, quería darte mi soporte.

—Podrían verte. —Su expresión atemorizada me dolió.

—He aparcado el coche en la última curva.

Tiró de mí, me hizo entrar en la casa y apoyó el dedo en mis labios. Cerró la puerta con sigilo y me besó apasionadamente, de un modo rudo y urgente. Sabía a cruda desesperación.

Le correspondí, entregándole mi consuelo, y cuando la cosa se puso intensa, frené.

—Jim… —murmuré, repartiendo besos por su cara—. No podemos hacerlo aquí.

—Lo sé —respondió sofocado—. Lo siento.

—No pasa nada.

—Es solo que necesito olvidar.

Me aparté un poco y le di un beso suave.

—¿Cómo está?

—Mal, ayer estaba esperándome cuando volví y… Tendrías que haberlo visto… No sé, creo que te olió en mí, le dio un ataque y…

—Ya está, Jimy. —Pasé las manos por su cara.

—Necesito más tiempo, Mount. Ahora mismo no puedo…

—Solo he venido a darte mi soporte, no para exigirte nada, tómate los días que necesites, cuida de él, yo estaré en el rancho, esperándote. —Él asintió.

—Te quiero tanto.

—Y yo a ti, eres mi vida, ¿me oyes?

—¿Jim? —preguntó una voz de mujer que sonó algo alejada—. He oído voces, ¿estás ahí? ¿Con quién hablas?

—Es mi madre, tienes que irte —farfulló, abriendo la puerta con sigilo.

—Co-con Jeremiah, ha venido a preguntar cómo seguía padre, pero ya se marcha.

—Es muy tarde…

—Lo sabemos, madre, ya se va.

Nos dimos un último beso y murmuré en su oído que lo amaba y que lo esperaría.

Nos estuvimos mensajeando al día siguiente, solo un par de veces, en las que me dijo que su padre seguía respirando.

Había vuelto, no es que el pastor se hubiera recuperado, más bien que Jim necesitaba despejarse.

Noté la tensión en su cara, la duda en sus ojos, y aunque intentaba no mostrar la incertidumbre que lo carcomía, estaba ahí, en sus iris oscuros.

Lo escuché antes de verlo. Sus pasos sobre la paja resonaban más fuerte de lo normal, como si cargara con todo el peso del mundo. Cuando entró, nuestras miradas se cruzaron, y sentí una punzada en el pecho. Estaba destrozado, y eso me destrozaba a mí también.

—Hola… —me saludó en voz baja.

—¿Has terminado con lo que te pidió mi hermano?

—Hace un rato, perdona por no venir antes, necesitaba pensar.

Di un paso hacia él, pero Jim alzó la mano, pidiendo que lo dejara hablar.

—Necesito que sepas que te amo.

—Lo sé, y yo a ti.

—Te amo más de lo que nunca imaginé y me da igual si yo no he estado con nadie más que contigo y tú con cien.

—¿Quieres estar con más personas? —Él abrió los ojos horrorizado.

—No, no se trata de eso.

—¿Entonces?

—Es que ahora mismo no puedo dar el paso que necesitas. No puedo tirarlo todo por la borda. Mi familia… Mi padre… Está tan mal, Mount. Si hago esto, si los abandono, lo mataré. Y no podría cargar con ello si él…

Cada palabra era como un golpe, pero lo entendía. Me acerqué todavía más, hasta que nuestras respiraciones se mezclaron, podía percibir su malestar en cada poro de mi piel, atravesándome, entrando en mí hasta el torrente sanguíneo.

—No quiero que destruyas tu vida, Jim.

Se mordió el labio, sus ojos estaban algo rojos y brillantes, llenos de lágrimas que luchaba por contener.

—Sé que esto es complicado, pero amarte es la única cosa en mi vida que no lo es. Te juro que encontraré la manera… Solo necesito más tiempo. Por favor, aguanta un poco más. No quiero que terminemos como Jack y Ennis. —Su voz tembló al mencionar a los protas de nuestra película, nuestra maldita película—. No quiero ese final para nosotros, Mount. No quiero que te vayas, que acabemos distantes, rotos. No quiero mirarte desde lejos y pensar en lo que pudimos haber sido. Quiero que me des tiempo. Te lo suplico. Eres ese lugar al que siempre quiero regresar, incluso cuando no sé cómo llegar, mi refugio, el único lugar donde puedo ser yo sin miedo

El temor en su voz, la desesperación en su mirada, me dejó sin aire.

Puse una mano en su nuca, acercándolo más a mí, y lo besé. Fue un beso cargado de todo lo que me recorría cada vez que estábamos juntos, el dolor, el amor, la angustia, la pasión contenida y la promesa de un futuro incierto. Queríamos fundirnos en ese momento, desaparecer del mundo por unos segundos.

—Hoy soy yo quien te necesito dentro, ahora, por favor —suplicó.

Se desabrochó el pantalón con prisa, después el mío.

—No tengo lubricante aquí.

—Da igual, Mount.

—Puede ser incómodo.

—Contigo nada lo es, te necesito ahora.

Vi en su mirada que lo que me pedía era algo más que sexo, era la certeza de que estábamos

juntos en esto, y lo entendía.

Lo giré, lo apoyé contra la pared, con las manos contra la madera presioné sus lumbares para que me diera el ángulo correcto.

Le separé las nalgas, empapé mis dedos en saliva y lo estimulé por detrás, para que fuera lo más cómodo posible, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Tócate. —Negó.

—Quiero que sea así, deja que lo hagamos a mi manera. Métemela ya.

—Todavía no estás…

—¡Hazlo! —exclamó con urgencia.

Quizá se tratara de alguna fantasía erótica de sumisión, aunque parecía ir más allá de eso.

Volví a escupir entre sus cachetes varias veces, coloqué la punta roma de mi erección en su entrada y lo penetré de una.

Su gruñido reverberó con fuerza.

—Soy un bruto.

—Está bien, así es como lo quería, sigue, no te detengas, fóllame duro. Quiero inmortalizar dónde estuviste cada vez que me siente.

Sabía lo que era tener esa necesidad, una desesperada que te recordara a cada instante la certeza de lo imposible.

Jim no estaba pasando un buen momento, y si era eso lo que le urgía, se lo iba a dar.

Lo tomé con vigor, dejando caer saliva cada poco tiempo para hacer más fácil la penetración. Él se empujaba contra mí aumentando la intensidad.

Era una puta locura. Creí escuchar un crujido y giré la cabeza en dirección al exterior.

No había nadie, seguramente había sido alguno de los animales. Las chicas bajaron al pueblo, los hombres terminaron su jornada, mis padres con mis tíos y Jerry y River terminando el entrenamiento.

Volví a centrarme en el hombre que amaba por encima de todas las cosas.

En la visión de su espalda ancha, la redondez de su culo, que me estrechaba en su interior, sus jadeos *sexies*, la forma en que se tensaba en cada envite. Deseaba eso, lo deseaba a él y le daría todo el tiempo que precisara.

—Te quiero, Mount, no dudes nunca de a quién pertenezco —jadeó.

Me bastó su reflexión para que lo inundara por dentro.

¡Dios!

Salí con la polla goteando, le di la vuelta y lo besé.

—Nadie va a impedir que seamos felices, ¿me oyes? —pregunté, tirándole del pelo.

No asintió, solo me miró con aquella oscuridad que parecía absorber todo a su paso.

Me arrodillé para tomarlo en mi boca y demostrarle que no iba de farol.

—Tú y yo para siempre, Jim.

Prometí antes de llevarlo al fondo de mi garganta y que él cerrara el telón de su mirada.

CAPÍTULO 56





48 h antes de la boda.

El tiempo se agotaba, la promesa que le hice a Mount de dejarlo todo estaba a punto de expirar y yo seguía atrapado en el tornado devastador que arrastraba mi vida sin opción a meterme en un refugio. El peso de mi traición tanto al hombre que amaba como a mí mismo me estaba consumiendo.

Mi hermano trajo a casa unas sencillas alianzas de oro, que era el regalo de mi familia para Mary Kate y para mí. A partir de pasado mañana las llevaríamos en nuestros dedos como símbolo de nuestra condena.

Cada mirada a la cajita de los anillos me recordaba lo lejos que estaba de lo que realmente deseaba y lo que jamás volvería a tener.

Necesitaba un maldito milagro, un puto meteorito que nos impulsara fuera de la tierra a Mount y a mí. Era la única posibilidad que barajaba.

Mi padre seguía en cama, débil y quebradizo como una hoja en otoño, con cada día que pasaba, se desvanecía un poco más.

A veces me despertaba tras soñar que mi madre me levantaba con la noticia de que padre no había abierto los ojos, y me avergonzaba reconocer que me sentía aliviado.

¡Qué horrible sonaba desear el fallecimiento de mi progenitor como vía de escape! Lo cierto era que prefería que abandonara este mundo porque Dios lo hubiera reclamado, no porque mis actos lo hubiesen provocado.

Cada vez me ocurría con mayor frecuencia, lo que me llevaba a un estado de mala conciencia el resto del día.

¿Qué tipo de hijo podría querer que su padre muriera?

«Uno muy desesperado», me respondí a mí mismo. Uno que sabía que iban a sesgarle el futuro por completo, porque si me casaba con Mary Kate, no podría continuar con Mount, no podía hacerle eso, y el imaginar una vida sin él me rompía por dentro.

La boda seguía su curso, el cerco se estrechaba y el yugo de las imposiciones me asfixiaba con más fuerza.

Los preparativos eran sencillos, austeros, como dictaba la tradición. Cada pequeño detalle me recordaba el mundo del que no podía escapar, las flores silvestres que adornarían los bancos de la iglesia, las mesas de madera con manteles tejidos por nuestras mujeres y la comida guisada por ellas.

No habría grandes centros de mesa, ni música, solo el sonido de los rezos y las manos trabajadoras de la comunidad preparándolo todo con modestia.

Había llegado al final de un camino que nunca quise recorrer.

—Jim, hijo, Elías Wallace está aquí, dice que habíais quedado para hacerle una revisión al rebaño.

No era cierto, aunque podía imaginarme lo que venía a decirme el primo de Mount, que era un mierda y que me alejara lo máximo posible de toda su familia.

Ese era mi día de descanso, por eso no estaba en el rancho.

Solté la mano de mi padre, a la que había estado aferrado hasta entonces, y me puse en pie.

Había perdido mucho peso, se le notaban todos los tendones y los huesos, unas ojeras profundas enmarcaban aquellos ojos que inspiraron auténtica devoción.

Mi madre apenas se separaba de él, lo aseaba, lo atendía y aprovechaba los momentos de poca lucidez para darle las infusiones que le mandó el médico y la poca papilla que ingería.

—Ve, hijo, yo le hago compañía.

La miré y sentí lástima por su vida. Nunca había hablado con ella sobre si era feliz, sobre si había tenido aspiraciones más allá de ser la mujer abnegada y madre responsable de los hijos del pastor. ¿Habría tenido sueños, ilusiones?

¿Amaba a mi padre con la misma intensidad que yo a Mount?

—La quiero mucho, madre —murmuré, dándome cuenta de lo poco que se lo decía. Ella enrojeció.

—¿A qué viene esto?

—A que, aunque crea que nadie la ve, yo sí lo hago. Valoro todo lo que ha hecho por nosotros, su devoción hacia esta familia, su esfuerzo. —Ella negó y miró al suelo, como se esperaba, yo le alcé la barbilla y ella me observó sorprendida por el gesto.

—Solo he cumplido con mi obligación. —Negué.

—Puede que usted lo vea así, pero siempre se ha impuesto a padre por nosotros en la medida de lo posible y quiero que sepa que se lo agradezco.

—¿Todo esto es porque te casas pasado mañana? Lo harás bien, Jim, has tenido tus momentos de debilidad, como todos, sin embargo, eres un buen hombre, y cuando el creador reclame a tu padre, serás un buen líder. Mary Kate tiene mucha suerte.

—¿Usted cree?

—No lo creo, lo sé, estás haciendo lo correcto y tu padre se siente profundamente orgulloso de ti, de que sigas su camino.

«Ojalá yo pensara lo mismo».

—Anda, baja, que te están esperando donde el ganado.

Elías estaba allí, de pie, aguardando con el rostro torcido. No disimulaba su malestar, estaba cabreado y no podía culparlo por ello.

—Hola, si has venido a reprocharme lo que estoy haciendo con mi vida, ahórratelo. Llevo varias semanas haciéndolo yo mismo.

—¿En serio? Pues se te da de puta pena, que yo sepa, en cuarenta y ocho horas estarás casado con una mujer, y no será mi primo vestido de animadora.

—¿Puedes bajar la voz? —pregunté agobiado.

—El miedo a que descubran quién eres no va a llevarte a ningún lado, solo a una profunda infelicidad y con ella arrastrarás a Mary Kate. Estará casada con un tío incapaz de amarla, de desearla, incluso es probable que no puedas ni follarla. ¿Crees que es justo para ella?

—No, no lo es, ni para ella ni para nadie.

—¿Entonces?

—Solo trato de hacer lo correcto.

—¿Lo correcto para quién? Siento ser yo quien te diga que, en algunas ocasiones, la decisión correcta es la menos acertada, y diría que nos enfrentamos a una de esas veces. —Solté una exhalación—. Quedan dos días para hundir tu vida, la de mi primo y la de tu futura mujer, ¿no te parece que ya basta?

Sabía perfectamente lo que estaba haciendo, o más bien lo que no estaba haciendo. Pero escuchar a Elías decirlo en voz alta me dolía como nada.

—No es tan fácil, mi padre está muy mal. Si me voy, si abandono a Mary Kate, si proclamo a los cuatro vientos que soy gay, lo acabaré de rematar. No me queda otra que tragar.

Elías se echó a reír, pero no era una risa feliz. Era amarga, rota.

—¿Eso es lo que te dices a ti mismo? ¿Que no te queda otra? ¿Y Mount? ¿Dónde queda él en toda esta historia? ¿O ya lo has dejado fuera? ¿Su opinión no cuenta? Claro que no, nunca ha contado, porque has jugado con su ilusión, su esperanza, su fe en ti, en que cumplieras tu palabra. Pero yo no soy tan buena persona como él ni estoy enamorado de ti hasta las trancas.

Me quedé callado, porque no tenía respuesta. No una que pudiera decirle sin romperme.

—¿Te acuerdas de lo que te dije la última vez que hablamos? —continuó, acercándose—. Te dije que esto no acabaría bien si no lo hacías saltar todo por los aires. Que si no tenías intención de dejar toda esta mierda, lo dejaras a él. ¿Lo hiciste? No, me ignoraste y seguiste vendiéndole la ilusión de un felices para siempre. Vas a casarte con una mujer a la que no amas, mientras él se pudre esperando algo que no va a suceder. Eres un egoísta de mierda, Jim Brock.

—¡Estoy enamorado de Mount! —grité, las palabras salieron de mí antes de poder detenerlas —. Estoy profundamente enamorado de él. ¡Te juro que lo he intentado, he ido en contra de todo lo que creo, o creía, pero no puedo, joder!

Elías se quedó en silencio por un momento, y luego se acercó más, con la mirada encendida de furia.

—¿Todo esto es solo por tu padre? ¿O hay alguien más? —preguntó, su tono era ahora más frío—. ¿Jeremiah?

—¡No! —espeté.

—Mi primo me dijo que él…

—Se acostó con Jeremiah, lo sé. —Elías arrugó el ceño.

—¿Mount se tiró a Jeremiah?

—Una noche, hace tiempo, iba borracho.

—Como si se tiró a la banda municipal de Saint Valentine Falls, no me refería a eso, sino a tú y Jeremiah. Todos hemos visto cómo te mira y puede que tú hayas contemplado la posibilidad cómoda de convertirlo en tu monaguillo para bendecirlo con tu polla.

—No hay un yo y él —respondí amenazante.

—Vale —alzó las manos.

—Mary Kate también me preocupa, si ella decidiera quedarse, su futuro aquí será una mierda, pero lo que más me condiciona es que mi padre se muera por mi culpa y que lo repudien como pastor por no haber sabido encauzar mi camino, soy un fracaso para el líder.

—Lo más importante es que no lo seas para ti. Mira, Jim, no puedo garantizarte que no echen a tu padre, pero creo que con todos los méritos que ha hecho por esta comunidad durante tantos años, no sería de buen amaneciense apartarlo por un hijo díscolo. Ahora bien, si tanto te preocupa su salud, ¿por qué no lo has llevado a un médico? Todo lo que hacéis aquí, lo de curar con plantas y oraciones, está muy bien para un catarro o una almorrana, pero no creo que ayude demasiado cuando se trata de algo serio como lo suyo. A la vista está que cada vez va a peor.

»¿Quién te asegura que vuestro doctor haya dado con el diagnóstico correcto? Si hasta los médicos que están en los hospitales con maquinaria de última generación erran en algunos diagnósticos. ¿Cómo no lo va a hacerlo uno cuyas únicas pruebas son tactos rectales y el aroma de su aliento?

—Según las creencias de Nuevo Amanecer... —empecé a decir, pero él me interrumpió con una carcajada mordaz.

—¡A la mierda las puñeteras creencias! ¡Se trata de tu padre! —gruñó—. A estas alturas te has saltado casi todas las normas. ¿Qué más te da una más? Sobre todo, si la vida de John

depende de ello. Llama al puto médico, que venga a hacerle una mísera analítica, o que se lo lleve al jodido hospital y le haga una revisión completa. ¡Tú lo has dicho! No quieres sentirte culpable, pues haz todo lo posible para que viva, y si después le disgusta tu decisión, dos piedras. ¡¿Vas a dejarlo morir por un tío que solo sabe curar un cólico estomacal?! ¡Despierta, joder! —Chasqueó los dedos—. Si no lo matas tú, lo matará él.

Sus palabras me atravesaron como un cuchillo, y algo en mi interior cambió. Sabía que tenía razón. Ya había roto tantas reglas... ¿Qué más daba una más si podía salvar a mi padre?

—¿Y tú no podrías…?

—Yo diagnostico ovejas, no pastores de rebaños. —Asentí—. Habla con el doctor Miles, dile que vas de mi parte, que es urgente, y si te pone pegas, recuérdale que el otro día me despertó a las cuatro de la madrugada para atender el parto de la cabrona de su gata persa.

Me mostró los arañazos de todos los brazos.

—En el pueblo quizá no tenga lo necesario, pero tiene una clínica privada con maquinaria de última generación en Branson, la regenta su hija, allí podrán hacerle todas las pruebas necesarias.

—Lo haré. Gracias por tu ayuda, Elías, y por hablarme tan claro.

—No voy a mentirte, si no supiera que Mount lo va a pasar como el culo y sentirse como una puta mierda si no apuestas por él, no estaría aquí. Cágala y te faltarán piernas para correr.

Se dio la vuelta y se fue.

Regresé a casa, subí a mi habitación, saqué el móvil de las emergencias y sonreí al ver en la agenda el número del médico de Saint Valentine Falls, aparecía junto al de la *sheriff* y el de Elías. Recordé que, cuando Mount me lo dio, me dijo que lo usara si mi padre se ponía peor, quizá por eso estaba grabado.

Siempre velaba por mí, Elías tenía razón, no lo merecía, pero iba a hacer todo lo que estuviera en mi mano para que fuera así. Lucharía hasta mi último aliento.

Sin pensarlo demasiado, pulsé la tecla.

No respondió de inmediato, tuve que insistir un par de veces hasta que me lo cogió.

—¿Diga?

—¿Doctor Miles?

—¿Quién es?

—Soy Jim Brock, de Nuevo Amanecer, llamo de parte de Elías Wallace, necesito un favor y no me haga recordarle lo del parto de su gata. —Terminé con convicción.

—Habla.

Convencí a una de mis hermanas para que mi madre pasara la noche en su casa, con la excusa de que con padre no descansaba y necesitaba hacerlo para la boda.

Aguardé a que la comunidad estuviera dormida, con el corazón latiéndome en los oídos. Cargué a mi padre en brazos y lo saqué a la carretera donde el doctor me esperaba a la hora acordada.

—No es una ambulancia, pero puedes tumbarlo en el colchón de detrás.

Tenía una *pickup* bastante bien acondicionada para trasladar enfermos.

Fue una noche larga, pero, como me prometió, le metió un chute de suero para hidratarlo, le hizo varias pruebas, entre ellas escáneres, analíticas y no sé cuántas cosas más.

El médico no dejaba de fruncir el ceño.

—¿Pasa algo?

—No estoy seguro, necesito una segunda opinión y las analíticas, no quiero precipitarme en un diagnóstico que no es mi especialidad, pero…

—¿Pero?

—No sé, a mí no me parece que tu padre haya sufrido un ictus jamás. Tendremos que esperar.

—¿Cuánto?

—Lo sabremos en un plazo máximo de 24-48h —me dijo—. Por ahora, lo mejor es que descanse.

—Gracias, doctor.

—Agradéceselo a Elías. Lo más importante es que demos con la solución y poder curarlo, que no sea demasiado tarde.

»Has hecho bien en llamarme, hijo, hay veces que las decisiones más difíciles son las más acertadas. Descansad los dos y después rézale a vuestro Dios, nunca va mal un poco de ayuda extra.

Palmeó mi mano y me ayudó a abrir la puerta para que pudiera cargar a mi padre.

Cuando por fin pude meterlo en la cama, lo miré a los ojos cerrados, se le veía más plácido que en los últimos días, el pecho le subía y le bajaba con tranquilidad.

Me arrodillé junto a la cama para tomarlo de la mano, sintiendo todo el peso de las expectativas que no había podido cumplir.

—Siento no haber sido lo que esperabas, padre. Siento ser una decepción constante.

»Ni siquiera sé si puede oírme, pero necesito decirle algo, necesito hablarle desde el corazón y contarle quién soy en realidad.

»He pasado toda mi vida intentando ser el hijo perfecto, alguien que inspirara a la congregación, el hombre que usted modeló a su imagen y semejanza. Fui obediente, seguí las normas, trabajé duro e hice todo aquello que se esperaba de mí, pero le fallé.

»Nunca seré ese alguien que creyó tener. Mis pensamientos, mis sentimientos, mis emociones no son considerados los correctos para un buen amaneciense. Y lo siento, lo siento muchísimo. Lamento no poder cambiar mi forma de ser, ni tampoco amar a la persona designada por usted.

»Juro que intenté resistirme con todas mis fuerzas a ese amor que nacía en mí cada vez que veía a Mount Wallace, seguí todos los preceptos del evangelio y fracasé.

»Lo amo y lo respeto, del mismo modo que también me amo y me respeto a mí mismo, o a usted, o a mis hermanos, o a mi madre, no hay rastro del maligno y ojalá pudiera llegar a verlo.

»Su familia es maravillosa, llena de valores, y me aceptaron desde el principio.

Hice una pausa y tomé aire lleno de emoción.

—Nunca podré corresponder a Mary Kate como merece, no sería justo con ella si la hiciera pasar por el calvario de unirla a mí en matrimonio.

»Todo lo que he hecho, incluso las cosas que le romperían el corazón, han sido desde el amor más profundo, no para causarle más dolor o vergüenza. Soy distinto y no puedo seguir ocultándolo, no puedo seguir renegando de mi esencia ni siendo lo que usted desea, porque perdería uno de los principales valores que usted me inculcó, la honestidad.

»Perdóneme, perdóneme por no ser el hijo que idealizó, el hombre que esperaba y el futuro líder de Nuevo Amanecer. Comprenderé que no me entienda, incluso que no respete mi decisión, solo necesitaba sincerarme con usted y soltar ese peso que me impide dormir por las noches o respirar con normalidad.

»Perdóneme por amar a la persona equivocada, pero la correcta para mí. Ojalá se ponga bien aunque no sea para querer verme feliz. Le quiero.

Besé su mano y me puse en pie, enjugándome las lágrimas que mojaban mis mejillas y creí escuchar un sonido emergiendo de su garganta.

Quizá fue una simple alucinación, o mi ansia porque me perdonara.

Apagué la luz y salí de la habitación.

CAPÍTULO 57



En veinticuatro horas sería la mujer de Jim Brock, el futuro pastor de Nuevo Amanecer.

El pensamiento me atravesó al igual que las náuseas matinales que llevaba arrastrando desde que lo pillé en los establos con su jefe.

Corrí hasta el baño y vacié la cena en él. Mi madre lo achacaba a los nervios de la boda y no quiso llamar al médico porque pensaba que no me vendría mal bajar algo de peso y que me cupiera el vestido, ya no podía abrir más las costuras.

Pese a la poca comida que retenía, no lo estaba consiguiendo.

Siempre fui de constitución grande, y en ese último año, mis visitas a la despensa habían sido más frecuentes que nunca.

Volví a agarrarme a la taza para soportar el fuerte espasmo que me sobrevino.

Odiaba las náuseas, el nudo del estómago que se me formaba y esa sensación de estar al borde del abismo.

No tendría que haber ido a ese establo, si no lo hubiera hecho, seguiría sumida en la ignorancia, totalmente feliz.

No sé qué me pasó por la cabeza para ir a la despedida de soltera de Jane y dejarme arrastrar por aquella locura transitoria. La ira y la lujuria se desataron en mí, cuando vi a aquel bailarín, cuando se dirigió a mí cuando salí al callejón a tomar el aire después de aquel baile...

Estaba destrozada, enfadada, confusa... Nunca había actuado de una manera tan arrebatadora e irracional. Y fue ahí donde lo arruiné todo.

No lo planeé, ni siquiera lo pensé, todo fue como un torbellino del que fui incapaz de escapar.

Me dejé llevar, buscando algo que me hiciera sentir viva, apta, deseable, ser suficiente para alguien que no necesitara irse con un hombre en lugar de conmigo.

¿Tan mal lo había hecho las veces que nos besamos?

Quería que aquel desconocido apagara ese vacío que me dejó Jim.

Desde entonces, no había dejado de sentirme enferma. Nada me caía bien, y las arcadas daban fe de mi caída, del remordimiento que no me dejaba vivir.

—Mary Kate, está aquí Beth, ¿estás visible?

La voz de mi madre atravesó mi habitación desde las escaleras.

Me puse en pie todavía mareada.

—¡Sí! Dígale que entre.

Beth era la hermana de Jeremiah, mi mejor amiga, la extrañaba muchísimo desde que se mudó con su marido a la comunidad del hermano Ardolf en Arkansas, llevaba más de un año sin verla y me moría de ganas.

La puerta se abrió. Mi casa era de las pocas en las que cada habitación tenía un baño, un pequeño lujo al que mis padres no quisieron renunciar, al igual que tener otro en la planta baja.

Cuando vi su silueta, mis ojos se abrieron. Sabía que estaba embarazada, pero no su avanzado estado de gestación.

—¡Bethy! —proclamé, corriendo a sus brazos todavía en camisón—. ¡Madre mía, estás…!

—Enorme, lo sé.

—Preciosa, iba a decir… —Hice una pausa con la voz tomada por la alegría—. Preciosa.

Era cierto, tanto ella como Jeremiah siempre habían sido muy guapos, de pequeña llegué a fantasear, durante una breve temporada, que me casaba con él y así Beth y yo seríamos hermanas para siempre, aunque me duró poco, él no me gustaba como para ello.

Se apartó un poco de mí y su sonrisa se convirtió en un ceño fruncido.

—Mary Kate, ¿te encuentras bien? Estás pálida, ojerosa y tu pelo no brilla como siempre —observó con preocupación.

—S-son los nervios de la boda.

Me mordí el labio.

—¿Nervios? ¿Por? —Ajustó la puerta hasta cerrarla—. Cuando me fui, estabas muy contenta, ¿ha cambiado algo? ¿No ha ido bien el cortejo con Jim? ¿O es por la noche de bodas? Porque, si

se trata de eso, yo puedo explicarte cosas que no nos dijeron en la escuela y que seguramente tu madre obvió.

Mis mejillas se encendieron, porque había mordido la manzana del fruto prohibido.

No podía más. Necesitaba hablar con alguien. Beth siempre fue mi paño de lágrimas, la única en quien podía confiar cuando las cosas se ponían difíciles en casa, así que cogí sus manos, la llevé hasta mi cama y le hice prometerme que no diría nada de lo que le iba a contar.

A duras penas logré contener las lágrimas mientras me abría en canal.

Se lo expliqué todo, desde mis besos fallidos con Jim, su indiferencia o falta de necesidad por mis atenciones, hasta el motivo por el cual ahora sabía que era así.

Cuando llegué a la parte de los establos, Beth abrió mucho los ojos, aunque nada en comparación a cuando solté la bomba de lo que yo hice con el bailarín. Su rostro pasó de la sorpresa al rojo granate y terminó llenándose de horror cuando le dije que, desde entonces, no había dejado de tener aquel malestar matutino que me mataba.

Beth apretó mis manos y me acarició con los pulgares.

—Ay, cariño, ha tenido que ser horrible pasar por todo eso sola.

Sacó un pañuelo de su bolsa y me lo tendió.

—¿Qué voy a hacer? Jeremiah me dijo que tenía que traer de nuevo a Jim al camino, pero… no creo que pueda. Si no hubiera sido por tu hermano, no sé qué habría hecho estos días.

Sentí una arcada y tuve que ir corriendo de nuevo al váter. Mi mejor amiga vino detrás de mí, me sostuvo la frente, humedeció una toalla en cuanto dejé de soltar bilis, porque ya no me quedaba nada más en las tripas, y me la pasó por la nuca.

—Esto no es tu culpa, Mary Kate. ¿Desde cuándo no sangras? —Giré el rostro y la miré sin entender.

—¿C-cómo?

—Se te ha retirado el sangrado mensual, ¿verdad? ¿Desde cuándo?

—Ma-madre dijo que era por los nervios, que a algunas mujeres les pasa.

—Tu madre no sabe lo que hiciste con el bailarín, y la consecuencia de eso es esto.

Se acarició la incipiente tripa. Yo negué con intensidad.

—No puede ser… ¡Se-se puso protección!

—Esas cosas fallan. Creo que estás embarazada —me dijo, como si fuera la única explicación posible al malestar.

Sentí que el suelo bajo mis pies desaparecía.

—No puede ser… —repetí. Las náuseas, el cansancio, todo encajaba.

Beth me miró con seriedad.

—¿Estás más cansada de lo habitual? ¿Tienes sueño a todas horas de manera inexplicable? ¿Te duelen los pechos? —A cada pregunta, mis párpados se abrían más y más. Ella lo vio y no esperó a que respondiera porque ya sabía qué diría—. Escucha, si estás embarazada, tienes que casarte con Jim. No hay otra opción. Si no lo haces, te echarán de la comunidad y dudo que tu sueño sea ir en busca de un bailarín que se desnuda y fornica con mujeres que acaba de conocer. ¿Qué tipo de padre le darías a tu hijo? Esto es la prueba y el castigo de Dios, tanto para ti como

para tu futuro marido. Él te engañó y tú…, bueno, tú sufriste una caída que él propició, ahora va a tener que asumir ese bebé como propio.

—Jim no querrá casarse conmigo si le cuento…

—No se lo vas a contar. Como te he dicho, tu desliz fue fruto de su culpa, ante los ojos de Dios, ahí dentro está su hijo, nadie tiene por qué saberlo, los bebés se anticipan…

Ya sí que no tenía escapatoria. Me sentía atrapada, entre el peso de lo que vi y lo que hice. ¿Cómo había llegado a ese punto?

Al día siguiente tendría que casarme llena de confusión, miedo y una culpabilidad insoportable.

—¿Qué voy a hacer? —Lloré de nuevo desesperada. Beth me abrazó.

—Ahora mismo asearte, cambiarte de ropa y salir de dudas. Le diremos a tu madre que tenemos que ir a buscar algo a Saint Valentine Falls, que lo necesito para tu boda de mañana. ¿Piensas que tus padres nos dejarán bajar solas con el carruaje?

—Ya sabes que lo correcto es que nos acompañe un hombre, hace poco que tú estás casada…

—Bueno, ya que elegiste a mi hermano como confesor, podemos decirle que nos baje al pueblo y confiar que no dirá nada de lo que vamos a buscar.

—¿E-estás segura?

—¿Tenemos otra opción para salir de dudas? —Negué—. Pues haz lo que te digo, mientras, voy a por Jeremiah.

—Estoy asustada.

—Lo sé, cariño, pero lo solucionaremos, no te preocupes, para eso están los amigos, el tiempo me ha enseñado que, a veces, todo lo que nos cuentan tampoco hay por qué seguirlo al pie de la letra si sabes cómo.

Si Beth era mi amiga era por algo, siempre fue un espíritu bastante inquieto, como yo.

Me quedé en silencio, con el mundo desmoronándose a mi alrededor.

No tenía otra opción más allá de seguir su consejo.

Si era cierto que en mi tripa había un bebé, tenía que casarme o me expulsarían de la comunidad y no podría enfrentarme al mundo sola, embarazada y sin un lugar al que poder acudir.

CAPÍTULO 58





Llevaba todo el día liado, corriendo de un lado a otro, solucionando los mil problemas que aparecían en la comunidad. Los cercados se habían roto por la tromba de agua que había caído a las siete de la mañana, fue solo media hora, pero cayó con tanta fuerza que las ovejas casi se habían escapado.

El agua del pozo principal había salido turbia, lo que me tuvo hablando con los ancianos sobre si cavar otro pozo más profundo o si sería suficiente con limpiar el actual. Además, uno de los chicos, jugando, había destrozado el molino de grano, y la comunidad estaba alterada por si nos quedábamos sin harina.

No paraba, y aun así, no podía sacarme de la cabeza lo que realmente importaba: tenía que hablar con Mary Kate. Sabía que debía arreglar las cosas, decírselo y no convertirla en una infeliz. No podía casarme con ella, no cuando mi corazón y mis pensamientos pertenecían a Mount.

Tenía que enfrentarme a los problemas, no esquivarlos y cargar con ellos volviéndonos a

todos más desgraciados.

Total, si no me casaba, en el estado que estaba mi padre, tampoco se iba a enterar, ya vería cómo lo solucionaba después.

Cuando por fin tuve un momento de respiro y fui a buscarla, su padre me recibió en la puerta de su casa.

—Hoy no la busques, Jim —me dijo con voz sobria—. Da mala suerte ver a la prometida el día antes de la boda, deberás aguardar como marca la tradición. Además, ha bajado al pueblo con Beth y Jeremiah, no falta demasiado para que sea tu mujer, podrás esperar, aguarda a la ceremonia.

Me quedé ahí, mirando el suelo, como si mis botas me fueran a dar una respuesta. «Aguarda a la boda». Eso es lo que todos esperaban de mí. Pero yo sabía que no podía.

Volví a la iglesia, sintiéndome aún más atrapado en esa red de expectativas y deberes. Las mujeres de la comunidad ya estaban decorando los bancos con flores silvestres. El aroma dulce de las flores flotaba en el aire, mezclado con el nerviosismo que se sentía en cada rincón. Había un entusiasmo contenido, una especie de celebración silenciosa que no explotaría hasta el día siguiente. Escuché risas suaves, cuchicheos, y vi a las niñas corriendo, lanzándose pétalos como si ya estuvieran en plena fiesta mientras sus madres sofocaban la conducta poco apropiada.

Todo me revolvía el estómago, aquel festejo no era para mí.

Entré en la sala del consejo con el ánimo por los suelos. Era una reunión rutinaria, pero todo lo que se discutía se me hacía pesado, irrelevante. Salí cuando el sol ya empezaba a ocultarse, decidí que iría a ver a Mount. Necesitaba verlo, hablarle, pedirle que me entendiera..., suplicarle que me diera solo un poco más de tiempo, que tendría que solucionarlo en el último minuto.

Fue entonces cuando sentí el leve zumbido del teléfono contra mi cintura. Lo llevaba oculto, pegado a la piel bajo la cinturilla del pantalón. Había prometido llamarme en cuanto tuviera los resultados, el pulso se me aceleró. Lo saqué a escondidas y vi el número en la pantalla. Era él.

—¿Doctor?

—¿Dónde está tu padre? —respondió apremiante.

—En su habitación, supongo que a estas horas madre le estará dando su infusión.

—Jim, necesito que vayas y la detengas.

—¿Qué? Pero ¿qué ocurre? Me dijo que podía seguir bebiéndolas, que no le harían daño.

—Tu padre no sufrió un ictus, sino un envenenamiento, y no sé si lo que ha estado ingiriendo está en esas hierbas.

Me quedé inmóvil, mirando el teléfono como si esperara que, de alguna manera, me dijera que todo eso no era más que una pesadilla. Mis manos comenzaron a temblar, y una furia contenida, mezclada con una angustia profunda, me atravesó el pecho. Había traído al doctor en secreto para obtener respuestas, pero jamás pensé que la verdad sería tan oscura.

Miré a un lado y a otro, aparentemente no había nadie, me puse en un lateral de la iglesia.

—Tiene que tratarse de un error, no, no es posible, tiene que tratarse de un error, esas hierbas nos las dio el doctor.

—Me gustaría decirte que cabría la posibilidad de que fuese una equivocación, pero en este

caso no, lo hemos comprobado varias veces. Por los síntomas y los análisis, parece un envenenamiento por arsénico. Lo administraron en dosis pequeñas, lo cual fue debilitando su sistema nervioso central. Por eso el médico de tu comunidad pudo confundirlo con un ictus... —El doctor se detuvo antes de continuar con suavidad—. Lo siento, Jim. Es probable que alguien cercano se lo haya estado administrando.

No podía respirar.

¿Alguien había estado envenenando a mi padre y yo no me había dado cuenta? ¿Cómo iba a hacerlo si tenía la cabeza en otra parte?

«Egoísta, egoísta», gritaban mis neuronas. Cada vez que lo veía debilitándose, pensaba que era parte de su enfermedad. Nunca imaginé que alguien estaría haciéndole eso a propósito, pero ¿quién?

Padre solo ingería los alimentos que preparaba… mi madre.

No, no, no, era imposible, ella nunca…

Pensé en cómo la trataba, ¿y si se había cansado y decidió acabar con todo de una forma drástica? ¡No!

—Jim, ¿sigues ahí?

—Sí, doctor.

—Mi consejo —dijo el doctor, con una voz firme pero suave— es que lo saques de allí lo antes posible. Llévalo a un hospital, a un entorno seguro, hasta que sepamos quién le ha hecho esto. No está a salvo.

La recomendación me turbó más de lo que ya estaba. Sacarlo de Nuevo Amanecer... Era impensable, pero, al mismo tiempo, completamente necesario.

—No puedo decir que lo llevo a un hospital, no me dejarán, además, no tengo medio de transporte.

—Puedo ir yo mismo, o llamar a la *sheriff*, es un intento de homicidio, Jim, es muy serio.

El doctor hizo una pausa, dándome el tiempo de asimilar la realidad.

—Necesitamos pruebas, necesito entender quién está detrás de esto y poner a salvo a mi padre de la forma más discreta posible. Sé que él lo querría así.

—Muy bien, hagamos una cosa. Tengo una pequeña cabaña de pesca río arriba, nadie sabe que es mía porque apenas voy por falta de tiempo, pero tiene de todo y está decente. Asegúrate de que esta tarde nadie excepto tú está con él, que no beba ni coma nada, y cuando todos duerman…

—Cuando todos duerman puedo llevarlo hasta el coche de caballos de la familia de Mary Kate y trasladarlo hasta allí.

—Perfecto, yo os estaré esperando en el punto indicado, ahora te enviaré la ubicación, le daré una medicación para estabilizarlo y lo llevaré a la clínica, es crucial que lo atendamos lo antes posible.

—Está bien, doctor, haré lo que me ha dicho.

—Nos vemos esta noche.

Fui a apagar el móvil y me di cuenta de que apenas le quedaba batería, no lo había cargado

por prudencia y lo había llevado todo el día encima, después lo haría.

Lo escondí de nuevo y volví lo más deprisa que pude a casa, subí las escaleras de dos en dos y llegué en el momento en que mi madre le acercaba a padre la infusión a los labios.

—¡Madre! —Mi grito casi hizo que vertiera el contenido.

—Hijo, qué susto, ¡por Dios!

—Deje, ya lo hago yo, ¿está despierto? —pregunté.

—No, pero quería ver si estimulándolo un poco podía hacerlo beber.

—Pues vaya mejor abajo y así puede hacer la cena.

—¿Tienes hambre? —preguntó con total tranquilidad. Era imposible que fuera ella, se lo habría notado, ¿no?

—Mucha.

—Bien, se ve que los nervios de la boda no te afectan, iré entonces a la cocina.

Dejó la taza sobre la mesilla y yo intenté disimular lo mejor que pude.

—¿Hay algo que te apetezca? Mañana es un día importante.

—Cualquier cosa estará bien, madre.

—Muy bien, me siento muy orgullosa de ti, serás muy feliz.

—¿Igual que padre y usted? —La vi dudar, fue un movimiento imperceptible, pero estaba ahí. Se apretó las manos, bajó la mirada y sonrió.

—Dios es grande y misericordioso, da a todo el mundo aquello que merece.

Se alejó sin añadir nada más.

Seguí las instrucciones del doctor, vacié el contenido de la taza por la ventana y le dije a madre, tras la cena, que esa noche durmiera en mi habitación, que me apetecía pasarla rezándole a Dios junto a padre para que nos diera su bendición.

—Eres un buen hijo —musitó antes de palmear mi brazo y obedecer.

Aguardé a la hora indicada y a media noche salí de casa cargando a mi padre, para colarme de hurtadillas en la pequeña caballeriza que quedaba próxima a la salida del pueblo, donde permanecía aparcado el coche de Mary Kate.

Noté que mi padre se movía al tumbarlo, un quejido agónico, sus ojos se abrían un poco.

—Aguante, padre, le prometo que voy a salvarlo.

Fue lo último que le dije antes de azotar las riendas para que se movieran los caballos.

CAPÍTULO 59



—¿No te ha llamado?

Miré a River de reojo. Estábamos tomando una cerveza en La Guarida, con Jerry, Elías, Derek y Travis.

Los demás estaban echando una partida de billar y mi hermano y yo éramos los encargados de ir a por las pintas.

—¿Tú qué crees? —respondí.

A esas alturas, mi hermano ya sabía lo que tenía, o mejor debería decir «había tenido», con Jim.

Nos pilló hará unos meses echando un polvo en el granero. Lola había ido al pueblo con las chicas y a su regreso hizo parada para ver porno en directo.

«Nota mental: si tu cuñada es escritora, todo lo que digas o hagas puede formar parte de su nueva novela».

River la vio y, al acercarse, pues eso, que también nos vio, aunque por fortuna se la llevó.

—Lo siento, Mount, ¿quieres que vayamos a Nuevo Amanecer a partirle las piernas por ser tan gilipollas? —Negué.

—Ya he hecho el ridículo suficientes veces, no voy a volver a ir a por él, hasta yo me he dado cuenta de que he llegado al límite del patetismo. Me rebajé, fui a por Jim a la más mínima oportunidad. Incluso Elías le cantó las cuarenta ayer, ¿y de qué ha servido? No va a abandonarlos, no por mí, nunca fui un motivo suficiente.

Miles arrastró las bebidas sobre la barra de madera.

—Si no te considera suficiente, el patético es él. No conozco a nadie con un corazón tan grande y que merezca más ser amado que tú.

Le sonreí a mi hermano y acepté su abrazo.

—Gracias, Teddy Pooh —añadí, ganándome una mirada ceñuda de su parte y que se separara de mí de golpe. Así era como Lola lo llamaba cuando le quiso devolver todas las putadas que le hizo para echarla del rancho.

De poco le sirvió a mi hermano, acabó locamente enamorado de la escritora y… ¡Qué diablos! Si no conoces su historia, ella la ha escrito[1].

River palmeó la barra cuando el camarero depositó el último botellín.

—Apúntalos a la cuenta Wallace, al final de la noche nos pasamos y pagamos —murmuró mi hermano. Agarró unas cuantas y me miró—. No quiero decir más que lo siento, pero…

—Pues no lo hagas, ya está, lo terminaré olvidando, ahora solo me quiero emborrachar.

Tomé la cerveza y me la llevé a los labios.

—¿Recuerdas que yo hice lo mismo cuando Lola se marchó? Me bebí hasta el maldito abrevadero en el que ella se bañó y no solucionó nada. Tuve más jaquecas que en toda mi puta vida y mi hígado estuvo a puntito de convertirse en *foie*.

—No me voy a pasar tanto como tú, y te lo habías merecido, ella te perdonó con lo capullo que fuiste y ahora está aquí, dejó toda su vida en Barcelona cuando fuiste a buscarla y se instaló en el rancho, igual que ha pasado con Lucía y Sunny, al único que no siguen es a mí. Tenéis suerte —rezongué amargado.

—Ya aparecerá la persona que te valore, Mount.

Tensé las comisuras de los labios frente a la mirada triste de River, y agarré el resto de botellines mientras recorríamos la distancia que nos separaba de los demás.

Era un necio por pensar que al final Jim cumpliría, que no se casaría porque estaba profundamente enamorado de mí.

No me moví de casa, pensé que vendría con un regalo estúpido y llamaría a la puerta.

Lo habría hecho con un enorme ramo de flores, en el que ocultaría su apuesto rostro, para emerger con una sonrisa estúpida diciéndome algo así como «creías que al final no lo haría, ¿eh?».

Yo lo golpearía de broma, lo agarraría de la camisa, lo arrastraría al interior de mi casa y haría saltar todos los botones de esa prenda gris que nunca más volvería a ver.

Le comería la boca, el cuerpo, daríamos trompicones por toda la casa hasta aterrizar en la

cama llenos de besos. Y yo le diría que por fin la pesadilla había terminado e iba a ser el inicio de nuestra felicidad, sin tener que escondernos de nada, ni de nadie, porque nuestro único pecado era amarnos.

«¡Qué estúpido!».

Cuando sonó el timbre de casa, mi corazón se aceleró, solo que no era él, sino mi hermano River, que venía a por mí.

Y lo peor de todo es que seguía esperándole, no dejaba de mirar la puerta de La Guarida creyendo que entraría de un momento a otro, de mirar el móvil en busca de un mensaje o una llamada que no entraban. Era mejor que asumiera que no iba a ser así.

—¡Eh! ¿Nos traéis las birras, o tenemos que ir a por ellas? —vociferó Jerry por encima de la música.

—¡Eso, traedlas ya que se calientan! —se sumó Travis cuando casi estábamos a su lado.

Sonó la campanita de la puerta en el instante justo que mi hermano les daba las birras a él y a Jer. Me repetí varias veces un «no te gires».

¿Tú no te habrías girado?

Pues yo lo hice, y no, no era Jim. ¿Podía dejar de hacer el ridículo de una maldita vez?

Les di sus bebidas a Derek y Elías.

—Acaban de entrar Romeo y su nieta —se carcajeó Travis, oteando en la misma dirección en la que mis ojos apuntaron.

—¿Los conoces? Porque, joder, cómo está la nieta, a mí no me importaría cuidarla —se jactó Jer.

Todos rieron, pero no por lo que Jerry dijo, más bien por lo que creyó.

—Eres idiota… —susurró Derek.

—¿Por qué? Yo soy más de tocar la armónica que la flauta y esa parece muy bonita para pasar mi boca por ella y escuchar su sonido.

—Lo que pasa es que no es su nieta, que te fallan las neuronas… Parece que seas tú el que recibas coces en la cabeza en lugar de mi primo —se sumó Elías—. Era una broma «Romeo y Julieta – Romeo y su nieta», ¿lo pillas? —Jer bufó.

—Ese es Ander McDougall, —aclaró Travis—, tiene una de las mayores petrolíferas del país, y el bomboncito de chocolate blanco que lo acompaña es su futura mujer, *miss* Tenesse. Llevan una semana hospedados en el hotel y han venido a negociar la compra de unos terrenos por aquí cerca, según me contó la futura señora McDougall.

La chica miró en nuestra dirección y no me perdí cómo repasaba a Trav.

—¡Qué cabrón! ¡Te la has follado! —espetó Jerry, dándole con el taco en el estómago.

—Puede que le haya metido la puntita.

—Tú le has metido hasta las bolas —siguió Jer.

—Ya sabes, me gusta que los clientes salgan satisfechos cuando vienen a comer y ella me pidió la especialidad de la casa.

—¿Rabo de Wallace duro y sin guarnición? Tiene pinta de que le vaya la carne en barra.

La chica se soltó del magnate petrolífero cuando este se acomodó en uno de los asientos para

pedir e hizo un gesto disimulado con la cabeza, atusándose el pelo, para dirigirse al baño, justo después.

—Ten, primo —me pasó su taco—. El deber me llama, tengo que darle de comer.

—¿Sabes dónde te metes? —cuestioné preocupado.

—¿En una boca húmeda y apetitosa? Tranquilo, ni ella quiere abandonar al viejo millonario, ni yo colgarme de una perfecta mentirosa —dijo con resquemor.

Palmeó mi espalda para ir en pos de ella.

—No ha superado lo de Tara —exhaló Elías.

—Quizá deberíamos contarle que te la follaste —intercedió mi hermano, dando un trago a su cerveza.

—¡¿Te la tiraste?! —pregunté, mirando a Jerry sorprendido—. ¿Cuándo?

—Ya lo habían dejado, y la fisio estaba muy buena —se encogió de hombros.

—Como se entere mi cuñado, lo que vas a necesitar es un fisio muy bueno, te va a dejar diez meses postrado en una cama por fracturas múltiples, dudo que te deje intacto.

—¡Dejadme en paz y dadle a los tacos!

Elías se acercó a mí con disimulo, mientras River hacía caso y se inclinaba encima del tapete.

—¿Sin noticias? —preguntó al ver que yo volvía a sentir debilidad y miraba la pantalla del teléfono.

—Sin noticias —corroboré, apagándolo para no caer en la tentación de seguir pegado a él.

—Te juro que ayer pensé que…

—Déjalo, hiciste todo lo que pudiste y yo también. Mañana se habrá casado y yo… Yo estaré hecho una puta mierda, pero con el tiempo me repondré.

—Nos tienes a Derek y a mí para lo que necesites, no te hundas, no te merece.

¿No me merecía? Seguramente, aunque en mi interior seguía sintiendo que sí, era todo demasiado reciente.

—Venga, bebamos, ¡olvidemos y enseñémosles a estos puretas cómo se juega al billar!

CAPÍTULO 60





—Mira lo que trae el coche de caballos… —murmuró Jeremiah apoyado en la cochera—. ¿Vienes de celebrar tu última noche de soltero?

No pensaba decirle dónde había estado, necesitaba salvaguardar el paradero de mi padre.

—¿Qué quieres, Jeremiah?

—Nada, solo pensé que te gustaría que habláramos, así que me pasé por tu casa y, al ver que no abrías, me preocupé… Entré por si te habías resbalado y abierto la cabeza con la mesilla de noche, pero… ¿sabes qué? No estabas, ni tú ni tu padre. —Apreté los puños—. Creí que igual había muerto o se había agravado su enfermedad… Así que fui a casa del doctor, por si estabais allí, pero… Ups, él no tenía idea de dónde os habíais metido los dos.

—¿Fuiste a casa del médico? —bufé.

—Ya lo creo, soy tu amigo, me preocupo por ti. ¿Dónde está el pastor?

Desenganché los caballos para llevar primero uno y después el otro a sus casilleros de la pequeña cuadra.

—En un lugar seguro en el que lo puedan atender como merece —respondí sin mirarlo, sintiendo el peso de sus ojos en mi nuca mientras guiaba al último caballo hacia su lugar. La cuadra estaba en penumbra, iluminada apenas por una lámpara de aceite colgante que creaba sombras alargadas, inquietantes, como la presencia de Jeremiah.

Se acercó demasiado, apoyando una mano en el marco de la puerta de la cuadra, bloqueando mi salida.

—No puedo evitarlo, Jim —dijo con esa voz suya que pretendía ser amistosa, pero que siempre escondía un filo peligroso—. Es mi deber preocuparme. El pastor es importante para todos nosotros. ¿Dónde lo has llevado?

Me giré para enfrentarlo, pero mantenía la distancia. Sabía que si lo tocaba, aunque fuera para apartarlo, perdería el control. Jeremiah tenía una manera de retorcer las palabras, de manipular hasta la verdad más simple.

—No te incumbe.

—Pero estoy preocupado —susurró.

—Lo que le pasó a mi padre no fue un maldito ictus —dije con la mandíbula tensa—. Lo han envenenado, y lo he llevado a un doctor de verdad para que lo cure. Si no te gusta mi decisión, me importa una mierda.

Su rostro se endureció por un segundo, como si las palabras hubieran atravesado la fachada de tranquilidad que siempre mostraba. Luego esbozó una sonrisa falsa.

—Jim… No digas esas cosas, no te pega ser un malhablado, ¿qué diría tu familia? El pastor no hubiera querido que te alejaras de las creencias de la comunidad. Sabes que su fe está en la voluntad de Dios y ya lo has contradicho mucho.

—¡Acabo de decirte que lo han envenenado!

—¿Y cómo sabes eso?

—Le han hecho pruebas.

—Pruebas… —Rio sin ganas.

—¡Sí, pruebas!

Di un paso hacia él, notando el sutil cambio en su mirada.

—Los médicos fallan, igual se han equivocado.

—No lo han hecho, ha estado ingiriendo arsénico a diario, y la única persona que se me ocurre que se lo pueda haber dado —confesé con dolor— es… mi madre.

—El pastor no la trataba demasiado bien que digamos —respondió mientras daba un paso hacia mí, bajando la voz—. Todo esto puede ser una señal. Quizá lo que le pasó a tu padre era necesario para que puedas tomar esa decisión que tanto te cuesta. ¿Sabes todo lo que nosotros podríamos lograr juntos? ¿Recuerdas lo que te propuse? Sigue en pie, Nuevo Despertar cada vez está más cerca y tu madre no será juzgada por lo que le hizo, tiene derecho a empezar de cero, tanta represión no es buena para nadie, Jim.

Intentaba aproximarse aún más, sus manos buscaron tocarme como si eso fuera lo que siempre había querido. Mi estómago se revolvió de asco cuando sentí su palma en mi nuca.

—Estás loco —le susurré, apartándome bruscamente—. No quiero nada de lo que me

propones, no te quiero a ti, ni a tu maldita nueva comunidad. He terminado con todo esto. Voy a cancelar la boda, y sí, me voy a ir, pero con Mount. Y por supuesto que voy a averiguar quién está detrás del envenenamiento de mi padre, y si es mi madre…, tendrá que responder ante la justicia.

El rostro de Jeremiah cambió en un instante. Su habitual serenidad se transformó en algo frío, algo cruel.

—Lo siento, Jim —murmuró, su voz sonaba gélida—. Siento que te estés equivocando tanto cuando te había augurado un futuro próspero a mi lado. Es una lástima —chasqueó la lengua—, aunque con los últimos acontecimientos, no te necesito para esto. ¿No quieres aparecer en la boda? Muy bien, porque yo seré quien se case con Mary Kate.

Mis ojos se abrieron de par en par ante sus palabras.

—¿Tú? ¿De qué demonios estás hablando?

Jeremiah sonrió, esa sonrisa torcida y calculadora.

—Escuché una conversación de mis padres con los de tu prometida. ¿Sabes que la abuela de Mary Kate es rica como el diablo? Nunca aprobó que su hijo se uniera a nuestra comunidad, de hecho, desheredó a su familia y tu prometida no conoce a su abuela, quien dejó toda su fortuna a su única nieta en vida. Solo hay una condición, ella debe casarse con alguien fuera de la congregación y tener un hijo, así se aseguraría de que no se trataba de un matrimonio falso. Ese bebé será mi pasaporte de salida, Jim. Cuando nazca ese bebé, seré inmensamente rico.

—Mary Kate no puede estar embarazada, ella y yo nunca… A no ser que tú la violaras.

Jeremiah rio con fuerza.

—Ella se folló a un estríper en la despedida de soltera de Jane Wallace, esa misma tarde te pilló en el establo con Mount y no estabais atendiendo a los caballos, más bien jugabais a los sementales y tú le taladrabas el culo. Intenté reconducir la situación, que no te delatara. Te he estado protegiendo en estos últimos años, pero en vista de que no me valoras y que no quieres formar parte de esto, solo me dejas una opción.

—Estás loco —dije dando un paso hacia él, mis manos temblaban de rabia—. ¡Voy a decirle a Mary Kate lo que estás tramando!

Di la vuelta dispuesto a salir corriendo en busca de mi prometida, pero Jeremiah fue más rápido, lanzándose contra mí en un forcejeo.

Golpeé su cuerpo con toda mi fuerza, derribándolo hacia el suelo, jadeando de ira.

—No te atrevas a interferir —escupió. Yo alcé el puño para noquearlo, pero, antes de que pudiera hacer el siguiente movimiento, sentí algo frío en mi cuello. Un pinchazo repentino, seguido de una sensación de hormigueo que me recorría el cuerpo. Giré la cabeza y vi una sombra, una jeringuilla en la mano de alguien que se hizo borroso antes de que pudiera verle la cara.

—Tranquilo, Jim —susurró su voz burlona y cruel—. Esto no te dolerá… demasiado.

Todo comenzó a desvanecerse con el sonido de las risas de Jeremiah resonando en mis oídos.

CAPÍTULO 61



Y el día «me cago en mi puta estampa y en todo Nuevo Amanecer» había llegado.

La noche anterior no me dejaron beber lo suficiente como para tener una resaca de las gordas, así que estaba en el establo cepillando a Cinamom cuando Sunny y su novia Lucifer entraron en busca de montura.

—Hola, venimos a buscar un par de caballos para ir a dar un paseo.

—Adelante, ya sabes cómo se hace —le respondí brusco a mi hermana.

—¿Y ese humor?

—Es lo que hay, unos días malos y otros peores, Rayito de Sol.

Ella y Lucía se miraron. Casi pude escuchar cómo le chirriaron las bisagras de los párpados al abrir al máximo sus ojazos azules.

—¡Mierda! Es hoy, ¿verdad? —Clavé mi mirada en ella sin responder—. ¿Vas a dejar que se case? —preguntó.

—Es su decisión. No hay nada que no haya hecho o dicho que pueda apartarlo del camino que marca su iglesia y su pastor.

—¡El pastor es su padre!

—Exacto, y eso es mucho peor.

—Puaj, odio la religión —murmuró Lucía.

—Lo siento. —Mi hermana me abrazó por detrás—. No solo por ti, también por él y por Mary Kate, ha de ser muy triste no poder amar libremente y ceñirse a unas imposiciones que no te pertenecen.

—Un momento, ¿Mary Kate no era la chica recatada que se despendoló con el estríper de Nueva York en la despedida de tu prima? —preguntó Luce.

—Exacto, la que vino pensando que era solo una cena y se encontró con la sorpresa.

—Pues no es por malmeter, pero yo la vi muy entregada, y si la vista no me traicionó, juraría que esa noche hubo más que un baile.

Miré incrédulo a mi nueva cuñada.

—¡Imposible! Ellos no pueden tener relaciones fuera del matrimonio y menos con alguien que no es su pareja.

—Eso no ha impedido que se la metas al hijo del pastor… —carraspeó Sunny.

—Sun… —mascullé con tono de advertencia.

—¿A qué hora se casa?

—A mediodía.

—Pues si montas rápido, todavía llegas. —¿En serio mi hermana pensaba que iría? ¡Ni muerto! Bufé, aunque mi corazón se alteró a lo bestia—. ¡Venga ya! Nos hiciste cruzar el océano a Riv y a mí para ir en busca de nuestra felicidad. ¿Qué te impide ir a por la tuya? El no ya lo tienes.

—En mi país hay un dicho —comentó Lucía—, si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña. En este caso, tú eres la montaña y debes ir a por Mahoma.

—Si no tienes esa última conversación con él, no te lo perdonarás —insistió—. Dispara el último cartucho, Wallace, y ve a por lo que te pertenece.

Lo cierto era que, me gustase o no, no había podido sacarme de la cabeza que iba a casarse sin que yo le hubiera dicho lo que pensaba, que era un maldito cobarde y que no me merecía.

Sin que hubiera disparado mi último cartucho, ¿a quién iba a engañar? Seguía deseando que ese cabezota abnegado rompiera con todo por mí.

Como ya te advertí cuando nos conocimos, tenía que explicarte toda nuestra historia para que entendieras porqué iba a lomos de mi caballo, cuando se había desatado la peor tormenta de los últimos tiempos, con el cielo amenazando con ahogarnos a todos.

Llegué a Nuevo Amanecer resollante.

No había un alma en la calle, todo el mundo debía estar en la iglesia, así que iba a hacer lo que no creí que haría nunca.

Até a mi yegua en un poste y con el rostro chorreando abrí la puerta.

—¡Un momento! ¡Necesito hablar con Jim! —irrumpí.

Todos los rostros se giraron hacia mí, incluso el de las dos personas que estaban en el altar.

Ninguno de los dos era el hijo del pastor.

Mary Kate, vestida con un sencillo vestido gris claro y una corona de flores frescas sobre la cofia, abrió mucho los labios sorprendida. Su expresión no era de felicidad, el único que parecía

complacido era…

—¿Jeremiah?

—¡Fuera de este remanso de paz, pecador! —voceó alguien.

Reconocí al hermano Samuel poniéndose en pie.

—¡Lárgate, engendro del maligno! —se sumó el padre de Mary Kate—. ¡Lo has arruinado todo!

—¿Dónde está Jim? —pregunté. El labio de la novia tembló.

—Se fue.

—¿Se fue?

—Dejó una carta, abandonó la congregación con sus padres. Confesó sus pecados en ella, se declaró un desviado y el pastor un mal líder al no haber podido reconducir a su hijo. Los tres se han ido.

—¡¿Qué carta?! ¿Cómo que se han ido? Su padre estaba mal y ellos no tienen transporte, además, hasta donde yo sé, apenas tenía consciencia.

Mary Kate miró de soslayo a Jeremiah, quien permanecía estoico.

—Nosotros no sabemos cómo se ha ido, ha sido un *shock* para la comunidad descubrir lo engañados que nos tenían. Quizá le pagó a alguien para que viniera a buscarlos, tenía un teléfono.

Todos empezaron a farfullar.

«Mierda, ¡no pinta nada bien!».

—Esto no tiene ningún sentido —farfullé más para mí que para ellos.

—¡Fuera! —comenzaron a gritar, mirándome con cara de odio, incluso los hermanos y hermanas de Jim vociferaban que me marchara.

—¡Usted ha sido la ruina de nuestra familia, Wallace, váyase! —gritó su hermano mayor.

Todos me increpaban excepto Mary Kate, que parecía sobrepasada.

Algo iba mal, ¿qué se me escapaba?

Antes de que salieran en tropel a lincharme, la novia se desplomó en el altar. Su madre dio un grito y la atención se desvió formando un corro a su alrededor, como si se tratara de un Apocalipsis zombi come cerebros. Pobre Mary Kate.

Salí de la iglesia con sigilo. Necesitaba ver esa maldita carta y entender dónde demonios estaba Jim. No me creía nada de Jeremiah.

Cogí las riendas de Cinamom y me dirigí hacia su casa sacando el móvil para mandarle un mensaje de audio a Elías.

CAPÍTULO 62





Me desperté con un dolor de cabeza horrible.

Los músculos me fallaban y me sentía agarrotado. Todo estaba oscuro a mi alrededor.

Lancé un quejido.

—Jim, hijo, ¿estás bien?

—¿Madre? —Quise palpar a mi alrededor, entonces me di cuenta de que estaba atado de pies y manos.

—Sí, estoy aquí…

—¿Qué ha pasado?

—No-no estoy segura, me he despertado aquí hace un rato, sabía que eras tú por los ronquidos. No sé si también está tu padre o lo que ha ocurrido. ¿Tú lo sabes, Jim?

—Padre no está aquí, anoche lo llevé con el doctor Miles.

—No te entiendo.

Si quería saber si mi madre estaba detrás del envenenamiento de mi padre, necesitaba

escuchar su reacción ante lo que hice y lo que descubrí.

Le expliqué mi huida a Brenan, lo de las analíticas y, por supuesto, que detectamos que estaba ingiriendo arsénico.

—¡Eso es imposible! —exclamó ahogada—. Tu padre solo ha comido y bebido lo que yo le daba y te aseguro que yo no lo he envenenado, sería incapaz. Me crees, ¿verdad?

—Entiendo que padre ha sido muy injusto con usted y que la cosa ha ido a peor en los últimos tiempos.

—¡Eso no significa que quisiera matarlo! ¡Por el amor de Dios! —Escuché cómo se le rompía la voz y empezaba a llorar.

—Está bien, madre, la creo…

—Esto es un castigo divino. No debí hacerlo.

—¿Hacer qué? —sollozó todavía más fuerte.

—Madre, ¿qué hizo? No la juzgaré, si es lo que le preocupa.

—Yo… Yo… Desde que Samuel enviudó, tu padre creyó conveniente que lo siguiera ayudando con los quehaceres de su hogar, al fin y al cabo, su esposa era mi mejor amiga, cuando cayó enferma, yo era quien iba a limpiar su casa y hacerles la comida.

—Lo recuerdo.

—Él siempre se mostró muy agradecido, era atento, bondadoso, siempre me felicitaba por mis guisos, y cuando Lorelai ya no estuvo, me decía cosas que… —calló momentáneamente.

—¿Qué cosas?

—Bueno, no demasiado correctas, como que siempre se había fijado en mí, en mi abnegación, en lo buena esposa y madre que era, que su mujer nunca pudo darle hijos, que… Ojalá hubiera sido yo en lugar de ella con quien se hubiera casado. No-no le dije nada a tu padre porque entendía que era fruto del dolor, de una crisis pasajera por la pérdida, pe-pero, entonces, un día, mientras estaba preparándole la comida, me-me besó. Yo solo había besado a tu padre, nunca jamás a nadie más, lo juro.

—Siga, madre.

—Me-me gustó y, bueno…, fui débil.

—¿Se acostaron?

—Sí. Lo siento muchísimo, me avergüenzo profundamente de lo que hice. Yo sabía que estaba mal, pero era tan atento y me hacía ciertas cosas que yo jamás…

—La entiendo.

—No sé qué me pasó por la cabeza, estuvimos así medio año, hasta que comprendí que no podía seguir con ello. No era bueno para nuestra familia, le dije a Samuel que no volvería más a su casa, que no era correcto. Cayó de rodillas, lloró y suplicó que no lo dejara, me confesó que me amaba, que siempre había estado profundamente enamorado de mí y que haría cualquier cosa para no perderme. Que podíamos abandonar la comunidad e irnos a otro lugar para ser felices, que haría lo que fuera, que yo era distinta y había algunos conceptos de Nuevo Amanecer que no le gustaban y podíamos cambiarlos, quizá fundar una comunidad nueva. —¿De qué me sonaba eso?—. Por supuesto que me negué, yo nunca quise abandonar a tu padre, a nuestra familia, a

nuestras creencias, solo me dejé llevar por el placer de la carne, de aquellas cosas que... —Me hacía una idea—. En fin, le dije que era la mujer del pastor y así seguiría siendo hasta el fin de nuestros días, que me perdonara, pero ahí terminaba lo que teníamos.

—¡Ha sido él! —proclamé áspero.

—¡¿Qué?! ¡No! Samuel nunca…

—Samuel fue quien nos dio las hierbas para padre, le llevé una muestra al doctor, y estoy seguro de que, cuando las analice, encontrará el veneno. Recuerdo la muerte de su mujer, estuvo mucho tiempo enferma, de hecho, ¿no dio el mismo diagnóstico? ¿Ictus?

—¡Dios mío! ¿Piensas que quiso matar a Lorelai?

—Estoy convencido, la única manera de que un amaneciense pueda rehacer su vida junto a otro amaneciense es que ambos sean viudos. Ante su negativa de irse con él…, seguro que decidió que era buena idea envenenar a padre.

—Pe-pero… ¿cómo? Podría ser lo de las hierbas, pero estas fueron la solución al ictus.

Me puse a darle vueltas, ¿qué era lo que mi padre consumía que nadie más tomaba?

—El vino ceremonial —lo vi claro—. Samuel pudo contaminarlo en cualquiera de las reuniones del consejo, padre era el único que lo tomaba, incluso cuando yo lo sustituía, era él quien lo bebía.

Ella soltó un ruido agónico.

—Por eso cuando anoche volví y me peleé con Jeremiah, fue otra persona quien me clavó una aguja en el cuello… Están compinchados, Jeremiah me dijo lo mismo que Samuel a ti, que quería formar una comunidad nueva y ahora mismo debe estar casándose con Mary Kate.

—Todo esto es culpa mía.

—Todo esto es culpa de la represión de Nuevo Amanecer, me he dado cuenta de que no es buena para nadie. Madre, soy gay, estoy enamorado de Mount Wallace y no quiero seguir formando parte de esto, por eso estoy aquí y tenemos que encontrar la manera de salir.

CAPÍTULO 63



Caminé todo lo deprisa que pude en dirección a la casa de los Brock.

Mientras aceleraba el paso, Elías me comentaba que hacía nada había recibido una llamada del doctor, que el pastor estaba ingresado en el hospital por envenenamiento, que había quedado con Jim en que lo llamaría a mediodía para ver si había encontrado alguna prueba o descubierto si su madre estaba detrás. Le confesó que quería marcharse de Nuevo Amanecer y que no se casaría con Mary Kate. El corazón me dio un vuelco.

«Jim no iba a casarse con Mary Kate».

—Me ha dicho que me llamaba antes que a Jane, por si sabía algo de Jim, ya que fui yo quien le pedí el favor de que atendiera a John. Que estaba preocupado porque su hijo no respondía a sus llamadas y el móvil estaba apagado. Alguien ha querido matar al señor Brock y eso es tentativa de homicidio. El doctor cree que se trata de alguien de la congregación, ese hombre nunca salía de allí y ha sido envenenado lentamente.

El sudor descendía por mi espalda y sentía todos los músculos tensos.

—Estoy delante de la puerta de la familia, Mary Kate se estaba casando con Jeremiah cuando he llegado, todos parecían odiarme y han dicho que había una carta en la que Jim contaba que se iban de Nuevo Amanecer por mi culpa, tanto él como sus padres. Todo es muy sospechoso, Elías.

—Eso es mentira, Jim no ha podido escribir eso, es incoherente.

—Lo sé.

—¡Sal de esa mierda de sitio!

—No puedo, tengo que encontrarlo, ¿qué harías si se tratara de Derek? —Mi primo maldijo al otro lado de la línea.

—Por lo menos, aguarda a que llegue Jane, seguro que va de camino…

—A no ser que se encuentre atendiendo alguna emergencia. No puedo esperar, tengo que dar con él, ¿y si le han hecho algo?

—Mount, escúchame, ¡Mou…!

Colgué.

Entré con el corazón en un puño, por fortuna, las puertas en la comunidad siempre permanecían abiertas. El aire a mi alrededor parecía más denso, necesitaba encontrar esa carta que todos decían que había dejado y, por supuesto, a Jim y a su madre.

El interior parecía vacío, no se escuchaba ningún ruido, pero todo en mí gritaba que debía entrar. Caminé directo en dirección a la cocina, todo estaba pulcramente ordenado, como siempre. Justo encima de la mesa, encontré la famosa carta. La tomé en mis manos, y emití una sonrisa torcida.

¡No era su puta letra! ¡Lo sabía!

El contenido estaba claro: que se había ido con su padre y su madre, que no volverían, y que había hecho cosas terribles con... conmigo. Me ardía el estómago solo de leer esas palabras, pero sabía que no era cierto. Jim no se iría de esa forma.

Saqué mi móvil e hice lo mismo que el doctor Miles, traté de llamarlo. Nada. Apagado.

Mientras me movía por la cocina, intenté calmar el temblor de mis manos, todo estaba demasiado oscuro, las ventanas estaban cerradas y las contraventanas puestas.

Encendí una lámpara de aceite, era más rápido que ponerme a abrirlas todas. Subiría a la segunda planta.

Fui a subir el primer peldaño cuando escuché la puerta de entrada crujir detrás de mí. Me giré de inmediato.

Allí estaban: Jeremiah y el doctor Samuel.

—Vaya, parece que el invitado inesperado se ha metido donde no debía —dijo Jeremiah, con esa sonrisa burlona que tanto detestaba.

El ambiente se tensó de inmediato. Ambos avanzaron hacia mí, y el peso de la situación cayó sobre mis hombros. Jeremiah dio un paso al frente, cruzando los brazos.

—¿Qué haces aquí, Mount? Esta no es tu casa, ni tu comunidad. Quizá no escuchaste bien las peticiones de todos los amanecienses de que te largaras.

—Estoy buscando a Jim —le respondí, manteniendo mi voz firme—. Algo no cuadra, y lo

sabes.

—Jim, Jim, Jim, tu obsesión por su polla va a acabar contigo, Wallace. Todo habría salido bien si no hubieras aparecido —siseó Jeremiah—. ¡Siempre has sido un problema! Y por tu culpa habrá más muertes que las que debió haber en un principio.

Sentí el impulso de lanzarme hacia él, pero algo me detuvo. Tenía que pensar con cabeza fría. Eso no podía terminar bien si cedía a la rabia.

—¿Dónde está? Todavía no es demasiado tarde, ¿qué has hecho con él y con su madre? ¿Y Mary Kate? —lo enfrenté, mientras Samuel permanecía en silencio, observando.

Jeremiah rio, pero sus ojos no tenían nada de diversión.

—Mary Kate ha sufrido un pequeño percance, nada que un poco de reposo no pueda solucionar. ¿Verdad que sí, hermano Samuel? Pronto estaremos casados y viviendo la vida que nos corresponde a todos, lejos de este lugar apestoso. Y Jim y su madre… ya no están.

—¡Jim! —grité— ¡Jim, ¿estás aquí?! —Mi voz era un rugido sordo. Vi los ojos del doctor desplazarse hacia la trampilla que quedaba bajo la escalera. Casi todas las casas tenían el refugio antitornados, ¿cómo no se me había ocurrido que podrían estar ahí encerrados?

Corrí hacia la trampilla, dejé la lámpara a unos pasos e intenté abrirla llamándolo, creí escuchar algo, era tenue, pero estaba ahí. Jeremiah se abalanzó sobre mí, empujándome hacia atrás.

El forcejeo comenzó, intenso y rápido. Las palabras desaparecieron mientras los golpes y los empujones tomaban el control. De reojo, vi a Samuel acercarse, intentando ayudar a Jeremiah. Mi cabeza giraba, pero mi instinto me decía que no podía dejarles ganar.

Pateé el estómago de Jeremiah, yo estaba mucho más habituado a las peleas que esos dos, era un puto Wallace.

Sin embargo, este no se amedrentó, llevando su puño a mi riñón.

—¡Samuel! —espetó para que el médico lo ayudara.

Este se acercó trayendo consigo la vara de pastoreo. La blandió intentando golpear mi cabeza, la esquivé agachándome para toparme con un rodillazo en plena mandíbula que hizo rebotar mi cabeza contra la pared, aturdiéndome repentinamente.

—¡Deprisa! —lo azuzó Jeremiah mientras Samuel se precipitaba a abrir la trampilla.

Sacudí la cabeza sin calcular demasiado bien.

—¡Mount! ¡Mount!

Esa voz... Era Jim.

—¡Jim! —grité, mi corazón se aceleraba mientras buscaba la fuente del sonido.

La confusión me distrajo por un segundo, Jeremiah aprovechó ese instante de desconcierto, y antes de que pudiera reaccionar, me empujó. Sentí un golpe fuerte en la espalda.

Seguro que era el palo que blandía el médico. Caí de rodillas, el aire se me escapó de los pulmones y, en un instante, sentí cómo me empujaban escaleras abajo. Mis pies perdieron contacto con la planta principal, rodé por los peldaños sin poder frenar y choqué contra el suelo del refugio subterráneo.

Me dolía todo el cuerpo, antes de poder levantarme, Jeremiah ya estaba en la parte superior de

la escalera, mirándome con una mezcla de superioridad y maldad.

—Siempre creí que Jim era el más débil de los dos, pero ahora veo que tú tampoco tienes remedio, Mount. —Su voz era fría, calculada—. Si tan solo hubieras sido más listo... —suspiró —. Tu familia no tendría por qué haber sufrido las consecuencias. Lástima que seas tan metiche.

Intenté incorporarme, pero un mareo me detuvo. El refugio estaba oscuro, apenas iluminado por la luz que entraba desde la puerta de arriba. Y entonces, entre las sombras, lo vi. Jim estaba allí, atado, maniatado, sus ojos estaban fijos en mí con desesperación.

—¡Jim! —Intenté moverme hacia él, pero el dolor en mi costado me ralentizaba—. ¡Voy a sacarte de aquí!

Jeremiah se rio desde arriba.

—¿De verdad crees que tienes alguna oportunidad? —preguntó con tono sarcástico—. Siempre he tenido el control.

Jim luchaba por liberarse, y su madre, que estaba a su lado, también estaba amarrada, con lágrimas en los ojos.

—¡No les hagas daño, Jeremiah! —gritó la señora Brock—. Todo esto... ¿Por qué? ¿Qué has hecho?

Jeremiah rio de nuevo, pero esa vez su risa era amarga.

—¿Por qué? —repitió—. Lo hice todo por Jim y por mí. Si su hijo hubiera sido más listo, si hubiera visto lo que yo veía, todo podría haber sido diferente. Habríamos sido felices los cinco, usted, Samuel, Jim, Mary Kate y yo. Pero ya no importa. Todo lo que necesito es ese bebé y que nos casemos por fin.

Me quedé helado al escuchar aquello.

—¿El bebé? —pregunté, incrédulo.

—Sí, Mount. Ese bebé me dará lo que siempre he querido. La herencia de la abuela de Mary Kate será mía en cuanto ese niño nazca y estemos casados. Lo heredaré todo y haré lo que me dé la real gana.

Jeremiah sonrió, inclinándose hacia nosotros desde lo alto de las escaleras.

—Hice tanto por ti, Jim, pero nunca lo viste. Quemé la casa la primera vez, envenené a las ovejas y, junto a Samuel, ayudé a tu querido pastor a reunirse con su ansiado Dios, era simple, Nuevo Amanecer se arruinaría, hasta el tornado sopló a mi favor. Pero claro, ese maldito Wallace tuvo que arruinarlo todo, con sus planes para que la comunidad reflotara en lugar de aceptar el dinero.

»Ya no importa, esta mañana el consejo ha votado, después de que creyeran que os habíais ido, soy el nuevo líder y voy a vender los terrenos, ¿sabes? Han estimado que aquí debajo hay petróleo y van a darnos mucho dinero para que nos larguemos. Lástima que no puedas verlo.

—Jeremiah, ¡eres un monstruo! —voceó Jim—. Y usted también lo es, doctor.

—¿Monstruos? —repitió Jeremiah con un tono burlón—. Lo que somos es visionarios, y tú y tu madre unos desagradecidos. ¿Querías estar con Mount? Pues muy bien, ahí lo tienes, deseo concedido, que seáis felices cuando os encontréis con el creador y que las llamas del infierno os glorifiquen. Si no os mata el fuego, lo hará el humo. Acabemos con esto —dijo Jeremiah,

levantando una lámpara de aceite.

—¡No! —grité, pero mis fuerzas se desvanecían, y sentí cómo todo el aire se escapaba de mis pulmones al intentar moverme.

Jeremiah le dirigió una sonrisa cruel a su cómplice, quien asintió. Dejó caer la lámpara al suelo. El aceite se derramó, prendiendo fuego en el exterior.

—Arded en el infierno, pecadores.

Y entonces, con un golpe seco, el médico cerró la puerta del refugio sumiéndonos en la oscuridad más profunda, mientras el calor del fuego y el humo prendían sobre nuestras cabezas.

CAPÍTULO 64





El humo se filtraba lentamente por la pequeña puerta del refugio, llenando el aire con un olor acre. Teníamos que conseguir salir, las cosas no podían terminar así.

—Mount… —logré murmurar—. Por favor, necesito que me desates.

—Estoy intentando arrastrarme hacia ti, creo que me he fisurado alguna costilla en la caída. Dame un momento.

Nada me dolía tanto como el miedo de perderlo.

Lo noté acercarse, respirando con dificultad, aunque no podía verlo, su desesperación por alcanzarme estaba ahí, entre el humo, la oscuridad, el llanto de mi madre y el desaforado golpeteo de mi corazón..

—Jim… —susurró, alargando una mano.

—Estoy aquí, casi has llegado.

—No te atrevas a dejarme —musitó con esfuerzo.

El calor del fuego se intensificaba, y cuando por fin llegó a mi lado, palpó mis brazos para

intentar desatar el nudo que me mantenía inmovilizado.

—No te dejaría ni en mil vidas, Mount —le dije, con la voz rota, pero firme—, no importa lo que ocurra, mi corazón sigue latiendo porque tú estás dentro de cada latido, desde el primer día, siempre te he oído en él.

Mount sonrió débilmente, con los ojos llenos de dolor y amor.

—Me dijiste una vez que no íbamos a tener el mismo final que *Brokeback Mountain* —me recordó. Seguía manipulando la cuerda, su respiración temblaba—. No lo olvides. Tú y yo… merecemos más que eso.

Una lágrima rodó por mi mejilla. No había tiempo, no había futuro, pero en ese momento, con su mano entrelazada con la mía, sentí que lo tenía todo.

—Te quiero, Mount —confesé—. Lo siento tanto… por no haberme decidido antes, el miedo me paralizó. Nunca has querido cambiar nada en mí y, sin embargo, llegaste para cambiarlo todo.

—Yo sí que te amo, Jim, y lo importante es que nunca has dejado de intentarlo, que por fin te reconoces en ti mismo y en tus decisiones —respondió. Su voz era apenas un susurro. Por fin la cuerda cedió y pude darme la vuelta, con las manos entumecidas.

A ciegas busqué su cara, su boca, y lo besé con cada uno de mis sentimientos suspendidos en mis labios.

—Lo siento tanto —murmuró la voz de mi madre hipando.

El calor se volvía insoportable, el humo hacía que cada respiración se sintiera como una lucha, y, aun así, no podía dejar de pensar que no íbamos dejarnos vencer.

—Tiene que haber una forma de salir… —farfullé.

—¡No la hay, hijo, la única salida está envuelta en llamas, vamos a morir y lo siento! Todo esto es culpa mía. Dios me ha castigado por lo que hice y vosotros vais a pagarlo.

—Mamá, no… —dije, sacando fuerzas—. No fue tu culpa, todos nos equivocamos. Lo importante ahora es salir de aquí.

El humo se espesaba y el calor era cada vez más abrasador, pero Mount no me soltaba la mano.

—No pierda la esperanza, señora Brock —murmuró él—. La ayuda viene en camino. Solo tenemos que aguantar y pegarnos bien al suelo para no malgastar el oxígeno. Mis primos saben dónde me encuentro y estoy convencido de que no tardarán.

Ojalá estuviera en lo cierto. Flexioné mi cuerpo para aflojar la cuerda de mis tobillos y después me arrastré hacia mi madre para liberarla.

Los tres nos unimos, confiando en que Mount tuviera razón, con los dedos entrelazados y la fe puesta en un milagro llamado Familia Wallace.

Entre el rugido del fuego y el crepitar de las llamas, escuché algo. Un sonido que me hizo abrir los ojos de golpe.

Gritos. Voces. Agua.

—¡Jim! ¡Mount! —La voz de Jane Wallace resonó con fuerza desde fuera.

Mi corazón se aceleró.

«Nos han encontrado».

—¡Aquí! —gritamos entre toses y estertores.

Los gritos de auxilio se mezclaban con el sonido del agua contra las llamas.

—Os lo dije, mi familia no iba a dejarnos morir —susurró Mount. Casi podía ver su sonrisa.

—¡Están aquí! ¡Oigo sus gritos, más agua! —gritó Dax, el ayudante de Jane.

Apenas era capaz de contener el alivio que sentía.

El esfuerzo conjunto de todos los Wallace, sumado al de los habitantes de Nuevo Amanecer, para que la comunidad no se extinguiera bajo las llamas, hicieron circular los cubos de agua.

Mi hermano mayor sujetaba la manguera enchufada a la bomba y el cielo decidió darles un empujón final gracias a la tormenta.

El calor comenzaba a disiparse, y en cuestión de minutos, sentí cómo unas manos fuertes tiraban de la trampilla del refugio. La luz iluminó el lugar, y vi las caras de nuestros salvadores.

—¡Jim! —gritó Elías mientras Jane y Travis descendían al refugio para ayudarnos a salir—. Estás a salvo.

Me levantaron con delicadeza y me llevaron hacia la superficie, donde la lluvia fría me envolvió, calmando el ardor en mi piel. Lo primero que vi fue a Mount, siendo sacado también, y en ese momento, mi corazón se llenó de alivio. Estábamos vivos.

—Jeremiah y Samuel… —logré decir, con la voz quebrada—. Ellos son los responsables.

Jane asintió, secándose el agua del rostro.

—No te preocupes, yo me encargo de eso, ahora os bajarán al pueblo para atenderos.

—Gracias.

—No hay de qué, Brock, ya sabes… Para nosotros eres un Wallace.

Me alegré casi tanto de oírla decir eso como de besar los labios de Mount.

—Jim Wallace, me gusta como suena.

—A mí me gusta cómo suenas tú en mi vida.

—Estás de suerte, porque a mí también me gusta como suenas en la mía. Te quiero, Jimy.

—Te amo, Mount.

Él era la mejor persona que el destino había podido elegir para mí, cuando ni siquiera yo sabía lo que necesitaba.

Mount Wallace era todo lo que nunca imaginé que pudiera encontrar.

CAPÍTULO 65



Me sentía mareada y muy débil.

Me había desmayado en plena boda, todo lo que ocurrió desde que me levanté por la mañana, a sabiendas ya de que estaba embarazada, me pareció inverosímil.

El día amaneció gris y amenazaba tormenta.

Jeremiah vino a casa a darnos la noticia. Cuando había ido a por mi futuro marido y sus padres, se encontró con una carta escrita por Jim, de su puño y letra, anunciando que se marchaba, que estaba enamorado de Mount Wallace y que su padre renunciaba a ser líder y pastor porque no soportaba la idea de que su hijo se hubiera salido del camino, que abandonaban.

Nadie lo dudó. ¿Quién iba a dudar de él?

A mí me faltaba el aire porque sabía lo que significaba su huida. Jeremiah me dijo que no me

preocupara, que confiara en él, que se iba a ocupar de todo, y ocuparía el lugar de Jim, que no me abandonaría.

Estaba desesperada, en mi estado, con la situación que cargaba, ¿cómo iba a decir que no?

Mis padres estaban como locos, iba a convertirme en una repudiada. Si un hombre abandonaba a una mujer en Nuevo Amanecer antes del enlace, era condenada al ostracismo, directamente se la expulsaba por no estar a la altura y Jeremiah estaba dispuesto a que eso no ocurriera, por lo que mis padres aceptaron sin dudarlo.

—Es lo mejor, Mary Kate, debes sentirte agradecida de que él quiera suplir el puesto de Jim después de esta situación vergonzante —dijo mi madre.

Si supiera que un bebé crecía en mi vientre….

Hubo reunión del consejo por el escándalo y una votación precipitada en la que designaron a Jeremiah como nuevo líder y pastor, él mismo oficiaría nuestro enlace.

Estábamos a punto de pronunciar los votos cuando Mount Wallace interrumpió la ceremonia exigiendo saber dónde estaba Jim.

¿No se suponía que se había ido para estar con él?

Respondí cuando los demás no lo hicieron, había entrado empapado y con una expresión de desesperación absoluta. Yo sabía que estaban enamorados, así que, pese a lo que me habían hecho, le di la contestación que había venido a buscar.

Tras soltarlo, sentí un dolor agudo en el vientre, me faltó el aire y todo se oscureció.

No sé muy bien lo que ocurrió después.

Solo que, cuando desperté, mi madre estaba llorando a los pies de la cama.

—¿Qué pasa? —balbucí…

Entonces ella sacó el test de embarazo que dejé bajo mi almohada, porque me pasé toda la noche vertiendo lágrimas sobre él. Seguramente lo descubrió al ponerme en ella.

—Dime que no es tuyo, ¡dime que esto no es tuyo! —voceó con los ojos rojos.

—Yo… —El labio me tembló y su mano estalló contra mi cara.

—¡Cómo has podido! Y yo pensando que no te bajaba la regla por los nervios, y esos malestares matutinos... Debí imaginarlo, por eso pareces un elefante, ¿verdad? ¡¿Quién es el padre?! Porque no es Jim Brock, eso está claro, ¿es Jeremiah? ¿Por eso quería casarse? —Negué con los ojos llenos de lágrimas.

—Oh Dios mío, ¡eres una sucia casquivana! ¡¿Es un hombre casado?! ¿Es de la comunidad? —Volví a negar. Me agarró de los brazos y me sacudió como a una hoja, clavándome los dedos en la carne—. Entonces, ¡¿quién?! —rugió.

—So-solo lo vi una vez, no era del pueblo, yo… yo…

Volví a sentir otro pinchazo agudo, di un grito y noté algo caliente deslizarse por mis piernas, manchando mi vestido y las sábanas.

La puerta de la habitación se abrió, eran el doctor Samuel, Jeremiah y mi padre.

En lugar de protegerme, mi madre se puso a decir cosas terribles, que era una fulana, que estaba preñada, que ojalá abortara ese engendro del mal que llevaba entre las piernas, que ya no era su hija, que no quería verme en la vida… Entre otras lindezas.

Estaba como loca, le tiró el test de embarazo a mi padre, que me observaba incrédulo.

—Cógela, nos marchamos —dijo Jeremiah en dirección al médico.

—¡Que sea bien lejos! ¡No quiero verla nunca más en mi vida! ¡Nunca más! —Yo no podía dejar de llorar—. ¡Es una furcia y merece ser expulsada de la comunidad!

Jeremiah no respondió.

Salimos de la casa en plena tormenta, me llevaron en dirección al establo, olía a humo y a fuego.

—¿A qué huele?

—No es nada —respondió el médico—. Un rayo que ha impactado contra un árbol, estate tranquila.

Me tumbaron en el interior del carruaje.

Jeremiah me dijo que no me preocupara, que mi madre estaba nerviosa, pero que su proposición seguía en pie, que nos casaríamos. Me dio un beso en la frente y se sentó junto al hermano Samuel frente al carruaje.

Daba igual lo que me hubiera dicho. ¿Qué iba a ser de mi vida? ¿Qué iba a ser de mí?

Dudaba que mis padres me perdonaran. ¿Adónde íbamos?

La lluvia empezó a caer con mayor virulencia sobre el techo del carruaje, golpeando con fuerza mientras el viento sacudía las cortinas del interior. Íbamos muy rápido. Estaba aturdida, mareada, como si el mundo se hubiera vuelto un remolino caótico de sonidos y sombras.

Mi cuerpo apenas reaccionaba, mi mente flotaba entre el sueño y la pesadilla. Sentía algo caliente y pegajoso bajo mi vestido; sangre. Sabía lo que significaba, pero no podía pensar en eso en aquel instante.

Jeremiah gritaba fuera del carruaje, azotando las riendas, forzando a los caballos a avanzar por el lodo. Todo era confusión. Mi visión se nublaba, y apenas podía sostenerme sobre el asiento cuando el carruaje se sacudió violentamente.

¿Cuánto tiempo llevaba ahí dentro? ¿Me había vuelto a desmayar?

No estaba segura.

—¡Vamos, malditos! ¡Más rápido! —lo escuchaba gritar con desesperación.

Intenté moverme, pero mis brazos pesaban como plomo. Mis pensamientos estaban entrecortados, llenos de un miedo abrumador. ¿Cómo había llegado a ese punto? Todo mi futuro se había desmoronado en cuestión de horas. Mis padres sabían que estaba embarazada y me despreciaban, no me querían cerca, y dudaba que mi boda con Jeremiah pudiera arreglar las cosas, eran demasiado devotos. Con cada sacudida del carruaje, mi conciencia iba y venía, luchando por mantenerse a flote.

De repente, los cascos de los caballos golpearon con más fuerza contra el barro, tropezando. El carruaje se inclinó peligrosamente hacia un lado. Escuché a lo lejos sirenas, ¿era una ambulancia? No, sonaba como un coche de policía, el de la *sheriff* Wallace, pero íbamos en dirección a Saint Patrick, no hacia Saint Valentine Falls.

Entonces la escuché dando el alto.

—¡No tienes adónde ir! —gritó Jane desde la distancia, sus palabras cortaron el viento como

una sentencia—. ¡Deteneos! ¡Sé lo que habéis hecho!

¿Lo que habían hecho? ¿De qué hablaba?

Intenté aferrarme a algo, pero no había dónde sostenerse. Mi corazón palpitaba con un terror primitivo, el frío de la tormenta se colaba entre las rendijas de las ventanas y hacía que todo se sintiera aún más surrealista. Empecé a temblar.

Un sudor frío me recorrió por completo.

Intenté moverme de nuevo, sacar fuerzas de algún rincón oculto de mi cuerpo, pero estaba débil. Lo único que podía hacer era escuchar, con los ojos cerrados, cómo la situación se volvía más y más desesperada. Sabía que el final se acercaba.

El carruaje dio una última sacudida violenta cuando una rueda quedó atrapada en el barro. Los caballos se soltaron, y el vehículo se inclinó hacia un lado, casi volcándonos. Jeremiah maldijo en voz alta, su desesperación era palpable.

Fue entonces cuando lo sentí. Un tirón brusco. Jeremiah había abierto la puerta del carruaje, intentando sacarme de allí. Mi cuerpo se desplomó hacia él, incapaz de resistir.

—Vamos, Mary Kate —me dijo con un tono agitado, mientras me tiraba del brazo para sacarme—. ¡Nos iremos lejos de todo esto! Yo cuidaré de ti y de nuestro hijo.

Pero antes de que pudiera responder, un disparo al aire resonó con fuerza, y el grito de Jeremiah se convirtió en un jadeo de puro terror. Giré la cabeza con esfuerzo y vi la figura de Jane Wallace, empapada, con el agua chorreando por su sombrero, apuntándonos con el arma y su ayudante encañonando al médico.

—Suelta a la chica, Jeremiah —le ordenó con una calma inquietante—. Esto termina aquí.

Jeremiah me soltó de golpe y caí al suelo con un gemido. El barro se pegó a mi vestido, el frío caló mis huesos, pero estaba más consciente que antes. Sabía que no había escapatoria para él.

—¡No! —gritó, enloquecido, dando un paso hacia Jane—. ¡No me quitarás esto! ¡Todo lo que he hecho lo he hecho por la comunidad, por lo que merezco!

Jane no se movió, no titubeó. Solo lo observaba con una dureza que hacía que todo el aire alrededor se sintiera más frío.

—Ya no hay comunidad para ti —respondió ella—. Estás acusado de tentativa de homicidio, de momento, a cuatro personas, y el doctor a dos, que sepamos.

«¡¿Cómo?! ¿Homicidio?», las preguntas retumbaban en mi cabeza.

Vi cómo Jeremiah, fruto de la desesperación, se daba la vuelta para intentar echar a correr. Pero no había ningún futuro para él. No esa vez.

Jane disparó, no para matarlo, sino para acabar con su fuga. Jeremiah cayó de rodillas en el barro, derrotado, mientras el sonido de la tormenta se fundía con su grito de dolor.

El médico no opuso resistencia, se limitó a levantar las manos y dejar que Dax lo esposara.

—Al final —murmuró Jane, acercándose para ponerle las esposas—, la justicia siempre llega.

Después vino hasta mí.

—¿Puedes moverte?

—No, no lo sé.

—Tranquila, los refuerzos vienen de camino. ¡Mierda! ¿Estás herida? —preguntó al ver la

sangre.

—Embarazada.

Maldijo de manera audible. Me ayudó y me llevó hasta el coche patrulla para hablar por la radio.

—Dax, vienen en cinco minutos, yo me la llevo al hospital.

—¡De acuerdo, jefa! —espetó su ayudante.

—Tranquila, cariño, verás que es una falsa alarma y no pierdes al bebé. Estas cosas pasan —intentó sonar tranquilizadora, solo que yo no estaba nada tranquila.

Las sirenas se pusieron en marcha al mismo tiempo que la *sheriff* pisaba el acelerador y mi futuro se volvía tan negro como el de la tormenta que nos rodeaba.

EPÍLOGO





La Navidad había pasado a ser una fecha especial para mí, pero ese año sentía que lo era aún más. No solo por la decoración que cubría cada rincón del rancho, con luces titilantes, guirnaldas de pino y un enorme árbol adornado hasta el último detalle, sino porque todos estábamos aquí, juntos, como una gran familia. La familia Wallace nos había adoptado, a mi madre y a mí, incluso a mis hermanos. Como si siempre hubiéramos pertenecido a ese lugar, y no podía pedir nada mejor.

Mi padre falleció unas semanas después del incendio, aunque en el hospital hicieron todo lo posible por él, su sistema nervioso estaba demasiado dañado y el doctor Price nos dijo que era cuestión de días que nos dejara, que era mejor que nos despidiéramos.

Lo hicimos en uno de los pocos momentos que tuvo de lucidez.

Lo recuerdo con exactitud, porque coincidió que fue en una visita a la que fuimos mi madre y yo.

Estábamos sentados junto a su cama, en la pequeña habitación del hospital. El aire olía a

desinfectante y a medicinas, pero también había un aire de paz, como si el peso de los secretos, el dolor y la culpa que habíamos cargado durante tanto tiempo se estuviera desvaneciendo.

Mi padre, pálido y delgado, levantó lentamente la mano, invitándonos a acercarnos más. Me incliné hacia él, y mi madre tomó sus dedos con delicadeza, con los ojos llenos de lágrimas.

—Jim… —Su voz era apenas un susurro, pero en ella aún había una fuerza inquebrantable—. Me he equivocado mucho. No solo contigo, sino con todo.

Tragué saliva, intentando mantener la calma, pero la emoción era demasiado fuerte. Durante años, había anhelado ese momento, una disculpa, una señal de que me veía, de que me entendía.

—Papá… —empecé, pero él levantó una mano, deteniéndome.

—Deja que lo diga —insistió, y vi en sus ojos la determinación de un hombre que quería redimirse antes de que fuera demasiado tarde—. He sido un mal esposo… y un mal padre. Creí que estaba haciendo lo correcto, protegiéndote, protegiendo a nuestra comunidad, pero lo único que hice fue alejar a quienes más amaba.

Mi madre, que hasta entonces había estado en silencio, sollozó suavemente y apretó su mano con más fuerza.

—John —dijo, su voz temblaba por la emoción—. Todos cometemos errores, y yo tampoco fui perfecta. Tuve una aventura con Samuel, pero siempre te amé, incluso cuando no lo parecía.

El pastor asintió lentamente, sus ojos estaban llenos de lágrimas que nunca había dejado ver antes.

—Yo también te amé, Laura. A mi manera, pero lo hice, y puedo llegar a comprender los motivos por los que lo hiciste. Y a ti también, Jim. Siempre quise ser lo mejor para ti, pero no supe cómo dártelo, igual mi camino no era el acertado. Quiero que sepas que, cuando peor estaba, te escuché, creo que lo hice por primera vez y de verdad. Y soy yo quien siente no haber estado a la altura. Lo lamento, hijo.

Escucharlo hablar con tanta claridad me encogió por dentro, como si algo o alguien le estuviera permitiendo despedirse.

En ese momento, algo se rompió dentro de mí, pero no era dolor. Era una liberación, una despedida de todo el rencor y el resentimiento que había cargado durante años.

—Le perdono, padre —le dije con la voz entrecortada—. Y quiero que sepa que, pese a todo, le quiero.

Mi padre cerró los ojos por un momento, una lágrima se deslizó por su mejilla, y, por primera vez en mi vida, me sentí en paz con él.

—Gracias, hijo —susurró—. Gracias.

Pocos días después, mi padre falleció en paz, rodeado de su familia.

No era perfecto, pero en esos últimos momentos, descubrimos que nadie lo era, y que el verdadero perdón venía dado cuando se reconocía el daño y se elegía sanar juntos.

Nuevo Amanecer se disolvió junto a la tormenta.

Lo ocurrido con Jeremiah y Samuel fue un escándalo.

Algunos de los amanecienses, como los Adams y la hermana de Jeremiah, decidieron unirse a

la comunidad de Arkansas. No Mary Kate, a quien le habíamos perdido la pista después de que decidiera ir en busca del padre de su hijo.

Los terrenos no se vendieron a la petrolífera, los alcaldes de Saint Patrick y Saint Valentine no terminaron de ponerse de acuerdo y todo estaba paralizado.

La cena navideña estaba por comenzar. En la gran mesa se apilaban platos que todos habían traído: el guiso de pavo de la madre de Jane, el pan de especias de Susie Sue, la carne a la brasa de Papá Enzo y un montón de otras delicias que llenaban el aire con aromas que te envolvían como un abrazo.

—Oye, ¿sabes para cuándo han fijado el juicio de Jeremiah y Samuel? —preguntó Elías a la *sheriff*, mientras esta acunaba a su hija en brazos.

Todos se quedaron en silencio, esperando su respuesta. Ella se acomodó en su silla, pasándole la bebé a Cole, para adoptar su pose de *sheriff*, con la espalda recta y la mirada seria.

—El juicio será en Missouri en unos meses. Los abogados están recopilando pruebas para demostrar que Samuel fue quien envenenó al pastor y mató a su esposa. Además, también se le acusa de complicidad en el incendio. Jeremiah será juzgado por tentativa de homicidio —Me lanzó una mirada rápida antes de continuar—. A ti, Jim, y a tu madre, además de encubrir todo lo que hizo Samuel.

—¿Y eso significa…? —se interesó el señor Wyatt, quien había acudido con su mujer.

—Bueno, pues en resumidas cuentas, que lo tienen bastante crudo. —Hizo una pausa, mirando a los presentes—. Samuel está acusado de matar a su mujer y al pastor Brock, y ya sabéis que, en Missouri, eso podría significar cadena perpetua o incluso la pena de muerte, y que cuando hay premeditación, todo se agrava.

»A Jeremiah, como la mayor parte de cargos son tentativas, encubrimiento y complicidad en el incendio…, le caerán fácilmente entre veinte y treinta años, todo dependerá del juez y lo mal que le caiga.

—Demasiado leve me parece —murmuró Travis—. Quizá podría sufrir un accidente en la cárcel.

—¡Di que sí, hermano! —entrechocó Jake su botellín con el suyo.

Mount me cogió de la mano para pasar su pulgar con suavidad por ella.

El silencio cayó de nuevo, mientras cada uno asimilaba la gravedad de lo que decía. Mi madre, sentada cerca de mí, bajó la mirada con tristeza. Sabía que, aunque todo aquello estaba en el pasado, la herida seguía abierta para ella.

Fue entonces cuando Elías, con una sonrisa traviesa, intentó aliviar el ambiente.

—No hablemos de aquellos que tan mal nos lo han hecho pasar, es una noche para celebrar en familia, no vamos a dejar que nos la arruinen —dijo, levantando su copa—. ¡Que nadie nos quite la alegría, Wallace!

Papá Bradley asintió, su rostro estaba iluminado por la intervención de Elías, mientras que Papá Enzo se levantaba lentamente de su asiento, su imponente figura atrajo la atención de todos.

—Mi sobrino tiene razón, y este año me toca a mí bendecir la mesa antes de que toda esta comida deliciosa se enfríe, así que intentaré ser breve —carraspeó—. Quiero dar las gracias por

esta maravillosa familia que tenemos —comenzó, su voz resonaba con emoción—. Todos hemos pasado por tiempos difíciles, pero estamos aquí, juntos, y eso es lo que importa. Le doy gracias a Dios por este día, por mis hijos, por mi esposa, por mi otro marido y porque todos tienen buena salud y a alguien que les ama… —Hizo una pausa dramática y sus ojos se dirigieron hacia Travis, quien levantó una ceja, sabiendo lo que venía—. Pero, Señor, también te pido que nos traigas una buena pareja para Travis. Ya va siendo hora de que siente esa cabezota tan grande que tiene, ¿no? Además, dicen que a la tercera va la vencida y él ya lleva dos —dijo con una sonrisa divertida.

—¡Eso, dios del amor! ¡Tráele una buena chica sureña a Travis! ¡Pidámoslo todos juntos! —propuso su madre ante el bochorno amenazante que sacudía el rostro del que ya consideraba mi primo.

—¡Ni se os ocurra! ¡Ese estúpido cupido no va a traerme a nadie!

Toda la mesa estalló en risas mientras él, con las mejillas enrojecidas, seguía refunfuñando y bebiendo cerveza para superar el mal trago.

La cena continuó entre risas y conversaciones animadas. Estábamos todos juntos, y aquello que empezó pareciendo estar abocado al fracaso, había resultado el mayor acierto para todos.

A la mañana siguiente, la nieve cubría el rancho, y la casa rezumaba alegría.

Solo quedábamos los que ya éramos conocidos como «Los Wallace del rancho», los demás volvieron a sus hogares la noche anterior, para recibir los regalos de Santa.

Ya habíamos abierto algunos, y el árbol resplandecía con luces cálidas. Mis ojos se posaron en mi madre, que sonreía mientras sostenía un precioso chal de cachemir que Devie le había regalado.

—Gracias, es precioso —dijo mi madre, acariciando la suave tela—. No sé cómo has sabido exactamente lo que necesitaba, nunca he tenido nada tan bonito y caliente.

Devie sonrió, inclinándose hacia ella para darle un beso en la sien.

Madre trabajaba en el rancho, se ocupaba de las comidas, la limpieza y zurcir la ropa de los trabajadores.

En el fondo, siempre le habían gustado las labores del hogar y así se las pagaban.

Al principio le costó aceptar un sueldo por ello, pero lo terminó aprobando gracias a la insistencia de River y los padres de Mount.

Vivía allí, con Riv, Lola, Lucía y Sunny. Yo me mudé a la casita de Mount en el pueblo, para nosotros era suficiente. Adoraba dormir desnudo y despertarme cada mañana abrazado a él.

—Las madres siempre saben lo que les hace falta a los demás, querida consuegra, nos viene en el carné cuando nos lo dan.

Era nuestro turno.

Mount y yo estábamos sentados juntos en el suelo. Él me tendió un pequeño paquete envuelto. Lo miré curioso, mientras me acercaba con una sonrisa.

—Esto es para ti, seguro que este año no coincidimos —dijo con suavidad. Los dos llevábamos puesto el pañuelo de cuadros. Me guiñó un ojo cuando lo empecé a desenvolver—.

Lo he guardado durante años.

—¿Le vas a regalar tus primeros calzoncillos? Creía que tenías más clase, Mounty…

—¡Vete al carajo, Teddy Pooh!

Abrí el paquete, y allí estaba, pequeño y adorable, un patito de goma amarillo, con un sombrero y un pañuelo marrón, además de unas gafas de sol.

Recordé que los había visto en mi primer festival de la calabaza, en la hacienda Wyatt.

—Cuando nos encontramos en el laberinto —me aclaró Mount—, fui a buscar esto, se le había perdido a un niño, sin embargo, te encontré a ti.

—¿Acaba de decir que le ha regalado un pato que le robó a un niño? —preguntó River.

—¡Cállate, Riv! —lo riñó Lola—. Aquí hay madera de libro, con lo que a mí me gusta un buen BL —festejó entusiasmada—. Sigue, Mount.

—Bien, pues lo guardé en mi bolsillo, y cuando quise devolvérselo a su dueño, ya le habían dado otro. Me lo quedé como recuerdo, creí que sería nuestra última noche juntos y ha estado en mi cajón de la mesilla todo este tiempo, cada vez que lo miraba, pensaba en ti.

»En el fondo, nunca he querido que fueras un recuerdo, así que hoy te lo entrego, porque quiero que sea el primero de muchos juntos.

—Dios mío, ¡pueden ser más monos! —exclamó Sunny—. ¡Di que sí, hermanito!

Lo tomé de la cara y besé sus labios incapaz de contener la emoción.

—Es perfecto, gracias, cariño. —Esa vez el apelativo lo utilicé yo, cada vez que lo hacía me sonaba mejor.

Lola, que había estado observando, soltó una risa juguetona.

—¡Ese patito tiene sus mejores bondades ocultas! Está lleno de Patisfacción —anunció con picardía—. Si lo aprietas, vibra. ¿Lo sabíais? Se los vendió Etna al señor Wyatt, sin que él supiera que eran patos vibradores.

—¡Oh, sí! Nos lo contó cuando fuimos a por los de la despedida de Jane —aclaró Sun—. Tendríais que ver cómo ella se reía explicándonos cómo el padre de Susie Sue enrojeció al ver que todos los pequeños del pueblo les preguntaban si eran patos masajeadores.

—De clítoris seguro, eso ya os lo garantizo yo. ¿Verdad, Lola? —le preguntó River a su chica, que le dio un golpe en el brazo.

—Lo probaremos —agitó las cejas Mount.

Las carcajadas estallaron por toda la sala. Me uní a ellas, sintiéndome parte de todo, de ese lugar, de esa familia.

Aún quedaba un regalo por entregar, el mío, no estaba bajo el árbol. Lo saqué del bolsillo y se lo puse en la mano a mi chico.

Él me miró intrigado antes de abrir la cajita de terciopelo de color azul.

Dentro, había un colgante con dos herraduras de caballo entrecruzadas, una blanca y otra negra.

—La blanca eres tú —dije, mi voz temblaba un poco—, y la negra soy yo, porque has hecho que me librara de toda la oscuridad que me envolvía y has traído la buena suerte a mi vida, con tu amor y toda esta bendita familia. —Los ojos de mi chico brillaron, escuché algunos suspiros,

pero era incapaz de dejar de mirarlo—. No quiero pasar ni un solo día más sin ti, y aunque esto no sea un anillo, me gustaría que sirviera para lo mismo, para unirme a ti. —Cambié de posición hincando la rodilla en el suelo. Lo vi contener el aire—. Mount Wallace —empecé, tomándolo de la mano—, si tú me lo permites y me aceptas, me harías muy feliz si quisieras casarte conmigo —dije finalmente, con el corazón en la mano y ni un ápice de vergüenza—. Quiero echarle el lazo, de una vez por todas, a tu corazón y no soltarlo jamás en mi vida.

La sala estalló en aplausos y gritos de felicidad, incluso mi madre aplaudió emocionada y se enjugó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

Mount, sin añadir una palabra más, me abrazó con tanta fuerza que sentí que nada en el mundo podría separarnos de nuevo.

—Tú ya le echaste el lazo a mi corazón aquel día en que nos conocimos —susurró él—, y no voy a permitirte que lo sueltes de nuevo nunca. Te amo, Jim Brock, y seré muy feliz de convertirme en tu marido.

Llegaron los besos, los abrazos y las felicitaciones.

Todos se revolucionaron buscando una fecha perfecta, mientras que Lola nos insistía en que necesitaba escribir un libro basado en nuestra relación y nos pedía permiso.

—Una historia así abriría los ojos de muchas personas, ayudaría a que la gente entendiera lo importante que es ser uno mismo, vivir según sus sentimientos, sin barreras, obviando los aprendizajes arcaicos que nos son impuestos. El amor es amor y debería vivirse siempre con total libertad.

—Lo pensaremos —dijo Mount, llenándola de felicidad.

—¡Yo lo veo, eh! —se sumó Lucía—. Un libro de cantos tintados y con un Duckie vaquero de regalo, que son tendencia y lo petamos para la Navidad que viene.

—Esa es mi chica, siempre con la mente puesta en el negocio. —La besó mi cuñada.

Y yo la imité buscando los labios de mi futuro marido.

Al final, el amor era como un lazo que nunca se rompía, incluso, cuando los vientos soplaban más fuerte o los amenazaba un tornado, era capaz de resistir. Daba igual que la vida nos arrastrara por caminos difíciles, porque si seguíamos a nuestro corazón, siempre encontraríamos el camino de vuelta a casa, y el mío estaba junto a los Wallace.

Nota de la Autora:

Si quieres conocer la historia de **Mary Kate**, la encontrarás próximamente en el libro *Lujuria* (el 6º libro de mi serie Kapital Sin).

Si quieres ver si **Travis** encuentra o no por fin el amor y se cumple el deseo de todos los Wallace… En febrero volvemos a Saint Valentine Falls.

Gracias por formar parte y enamorarte de esta familia. Nos leemos en la próxima.

¡Yeeehaw!

ANEXO



Miré a los dos hombres con los que estaba sumergida en el agua.

Nunca creí posible sentirme atraída por dos hombres al mismo tiempo, adoraba a mi marido y lo deseaba muchísimo. Era mi amigo, mi confidente, la persona a la que había escogido para compartir mi vida, formar una familia y al que no cambiaría por nada del mundo, pero entonces llegó Enzo, cuando ambos estábamos hundidos, rotos, llenos de dolor, y consiguió lo que tanto nos estaba costando, devolvernos las ganas de seguir adelante con ilusión.

Trabajó más que nadie, donde nosotros no llegábamos estaba él, llenándolo todo con su luz, con aquel acento musical y ese humor capaz de arrancarnos una sonrisa en los momentos más bajos.

Era guapo, divertido, pícaro y extremadamente *sexy*.

No sé con exactitud cuándo empecé a sentirme atraída por él, tal vez fuera desde el principio, lo que sí sé es que se fue metiendo sin permiso bajo mi piel, en aquellos latidos acelerados cada vez que alzaba su camiseta para limpiarse el sudor.

Me descubrí fantaseando con él, tocándome, deseando su cuerpo moreno, imaginando cómo serían sus besos canallas, y sintiéndome un poco culpable por ello, hasta que me di cuenta de que no era solo yo.

Al principio pensé que mis ganas por intimar con Enzo me estaba haciendo ver atracción donde no la había, era imposible que Brad lo deseara, ¿o tal vez no?

Me forcé a observarlos, a estar pendiente de sus interacciones cuando estaban juntos. Fui espectadora en primera fila de su acercamiento, su complicidad y esa manera de mirarse que tanto me encendía, como si estuvieran cachondos, anhelantes y prohibidos.

Cada día que pasaba tenía más ganas de estar con ambos, mis hormonas estaban desatadas, los seguía a hurtadillas deseosa de cazarlos, así fue como me aficioné a sus baños.

En verano eran casi a diario. Se sumergían en el agua del río, jugaban desnudos y después se tumbaban para secarse al sol, con los ojos puestos el uno en el cuerpo del otro, sin tocarse con las yemas de los dedos, pero follándose con la mirada.

Supe que tenía que dar un paso al frente o terminaría destruyendo la posibilidad de ese algo que se abría paso entre nosotros.

Enzo también tonteaba conmigo, siempre que podía, venía a la cocina, se pegaba a mi cuerpo para llenarse un vaso de agua o probar el plato que estuviera guisando, acelerándome por completo.

No estaba loca, le gustábamos ambos.

Por eso, cuando se dio la ocasión, me atreví a hablar con él, le eché arrojo y descubrí lo que ya sabía, que la atracción era mutua y correspondida. Así que me ofrecí a planear la noche que cambiaría nuestras vidas.

Estaba tan nerviosa como temerosa o excitada.

La cena fue fantástica, me había esmerado mucho con los platos, el vino era fabuloso y la conversación cada vez subía más de tono, igual que las bromas o nuestras miradas.

Sentía pavor a perder a Bradley por la decisión que había tomado, sin embargo, me dije que la vida no era de los cobardes y, al terminar el postre, me puse en pie.

Ningún hombre me había visto desnuda salvo mi marido, o mi padre cuando era un bebé. Quitarme el vestido y bajarme las bragas delante de los dos había sido lo más loco, morboso y temerario que había hecho hasta el momento.

Sin embargo, no me arrepentí, la lujuria que vi en la mirada de Enzo, el bulto que apretaba su entrepierna, me animó a seguir.

Bradley no daba crédito a lo que estaba haciendo su perfecta chica sureña, por eso salí corriendo deseosa de que me siguiera, crucé los dedos y me dejé llevar, lanzándoles agua invitante, esperando que mi marido comprendiera que actuaba por nuestro bien, porque quería lo mismo que él, al hombre que acababa de seguir mis pasos y se despojaba de cada prenda hablando con él.

No podía escucharlos pero sí fijarme en el perfil poderoso del argentino. Era más robusto que mi marido, su piel tostada estaba salpicada de vello oscuro que parecía suave y su erección se alzaba orgullosa apuntando al frente. La tenía más ancha que la de Brad, venosa y muy tiesa.

Mi sexo palpitó ante la expectativa de lo que ocurriría.

Enzo provocó a Brad, después vino a la carrera como había hecho yo, tirándose de cabeza al agua para ponerse a jugar conmigo, desatado, feliz, pícaro…

Busqué a Brad, que permanecía tumbado en la manta, y lo llamé, no quería esto sin él.

—¡Vamos, cariño, ven! —grité, invitándolo con el corazón encogido. Enzo me abrazó por detrás y noté su rigidez en la parte alta de mi trasero.

—Me vuelves loco, *boluda* —susurró en mi oído mientras mi marido por fin se ponía en pie.

Tenía la adrenalina y el alcohol fluyendo por mis venas, mezclándose con la preocupación de que en lugar de entrar cogiera el caballo y se largara.

Por suerte, no lo hizo, me sentí aliviada, se desnudó por completo y, con una sonrisa tímida, se unió a nosotros.

Mi corazón aleteó durante el juego, que fue llenándonos de ganas. Con la respiración agitada, les pedí tregua. Los tres estábamos empapados, alborotados y nuestras respiraciones eran superficiales.

Estábamos muy juntos, mirándonos, con las pestañas salpicadas con diminutas gotitas de agua y la pasión contenida.

Busqué la boca de Brad, necesitaba besar a mi marido y sentir que lo que estaba haciendo era lo que ambos queríamos, lo hice con las pupilas puestas en Enzo, que tenía las aletas dilatadas. Terminé el beso y fui a por su boca. Era menos dulce que Brad, más dominante, y se enredaba en mi lengua como si le perteneciera, atando mi pelo rubio en su muñeca.

—Sabes a feria —dijo cuando me separé.

—Eso es por el postre —reí. Había hecho tarta de manzana con caramelo, una receta de mi abuela.

—Vuestro turno —murmuré expectante, oteándolos a los dos.

Enzo no se lo pensó dos veces, agarró a mi marido y lo devoró.

Mi sexo hormigueó. No sabía cómo me sentiría al ver a Brad besarse con otro hombre, ahora lo sabía, jodidamente excitada porque no era otro hombre, era Enzo y de alguna forma sentía que nos pertenecíamos.

Los oí gemir y gruñir. Se deseaban tanto… No podía estar mal lo que estábamos haciendo.

Noté un tirón, Brad apartaba un poco la boca de nuestro amante para que me sumara.

Besarme con dos personas al mismo tiempo era lujurioso. Mi marido me colocó entre los dos, anclé las piernas en su cintura y su erección se frotó enloquecida entre mis pliegues.

Resollé como una yegua en celo.

Enzo estaba justo detrás, colocó su polla de manera que se rozaba contra la de mi marido. Metió las manos entre nuestros cuerpos y se puso a pellizcarme los pezones, a retorcerlos con habilidad mordiéndome el cuello. Sentí que podía estallar solo con eso.

—Sois increíbles —murmuró contra mi piel.

Yo nos sentía del mismo modo.

—Sigamos fuera —sugirió mi marido.

Mojados y deseosos, apartamos la comida que quedaba sobre la manta.

Hicieron que me sentara sobre uno de los cojines que trajimos para estar más cómodos, apoyé la espalda en la gruesa corteza de árbol que tenía justo detrás. Se sentía rugosa contra mi piel sensible.

Con las piernas abiertas y las rodillas flexionadas, Bradley hundió su lengua en mi sexo inflamado y Enzo se colocó frente a mí, con los pies uno a cada lado de mi cuerpo, para llevar su glande sobre mis labios y frotarlo.

—¿Quieres? —preguntó.

Respondí abriendo la boca para engullirlo.

No podía dejar de mamar, sorber, lamer y jadear, todo al mismo tiempo, como una mujer orquesta.

Brad sabía cómo hacerme llegar al orgasmo con la lengua y se estaba empleando a fondo, lo que me llenaba de ansia mientras Enzo se hundía cada vez más, tomando el mando y tocando el fondo de mi garganta.

Lo agarré por las nalgas.

—Dios, ¡qué bien la chupas!

Bradley estaba logrando que se me fundieran las neuronas, estaba empapada, notaba mis fluidos descender y él los usaba para jugar con los dedos, primero por delante, después, por detrás.

No era la primera vez que tenía sexo anal, mi marido sabía cómo prepararme, por suerte, me mojaba muchísimo y solo con mi flujo bastaba para que la penetración fuera agradable.

Levanté las caderas mientras él lograba encajar la primera falange y la movía de manera circular en mi interior, sin detener el barrido al que sometía a mi clítoris.

Enzo empezó un vaivén enloquecedor, se detenía por varios segundos en el fondo de mi garganta, se mantenía ahí, quieto, llenándome por completo, y mi garganta se cerraba a la par que intentaba respirar contra su pubis.

—Eso es, respira, así, ¡Dios!

El dedo de Brad se metió por completo y ante mi gemido Enzo gruñó y sacó un poco su erección para volver a moverse suave y lento.

La saliva goteaba, cayendo sobre mis pechos.

—Cariño, eres preciosa —murmuró Bradley—, sabes tan bien… Adoro cuando te excitas así. Tironeó de mis labios inferiores.

Encajó el segundo dedo y Enzo volvió a clavarse privándome del aire. Todo me daba vueltas, era demasiado potente.

Estuvimos un buen rato llevándonos al límite hasta que los dos se apartaron de mí, dejándome con sensación de desamparo. Tenía los labios tan inflamados como los de abajo. No quería estar sin ellos. Los miré desorientada mientras se acercaban el uno al otro y se besaban.

Sus pollas se frotaron, la de Enzo cubierta por mi saliva. La lengua de Brad por mis fluidos, se enredaron saboreándome en un beso violento que me excitó.

Me acerqué a ellos de rodillas. Y acaricié sus entrepiernas, lamiendo la de mi marido, que jadeó, acariciando las pesadas pelotas de Enzo, que resolló.

Me levantaron.

—Dinos qué quieres, mi amor —murmuró Brad.

—Os quiero a los dos —confesé encendida.

—¿Dentro? —preguntó Enzo, apartándome el pelo del cuello para morderlo y succionar.

—Sí… —jadeé.

—Voy a prepararte un poco mejor, soy un poco más ancho que tu marido —susurró.

Bajó hasta mi trasero para separarlo, devorarlo y hundir sus dedos grandes, primero en mi sexo y después en el fruncido agujero.

Brad me sostenía, me besaba, amasaba mis pechos y me decía lo bien que lo estaba haciendo. Parecía orgulloso, yo también lo estaba.

Todo mi cuerpo y mi amor se abría a ellos, los sentía en todas partes, tenía muchísimas ganas de correrme.

—Estás lista, Devie —aseveró Enzo—. Tú primero, Brad.

—¿Estás segura de esto? —la voz de mi marido era ronca y caliente.

—Sí…

Me levantó a pulso y Enzo lo ayudó a meterme la polla en mi interior.

Jadeé con fuerza.

—Estás tan mojada… —Bradley mordió el lóbulo de mi oreja y avanzó conmigo un par de pasos, hasta el árbol. Allí nos aguardaba Enzo.

Sus manos grandes separaron mis nalgas, se agarró la erección y fue metiéndose en mí despacio, dejando que me habituara a tenerlos a ambos enterrados.

Fue catártico. Mis músculos se dilataron para acogerlos, el contacto era tan íntimo que apenas me entraba aire en el pecho. Noté el avance de Enzo, enterrándose, hasta que ya no hubo más que meter.

Me quedé sin oxígeno. Estaba ensartada entre los dos y solo los separaba una fina membrana. Empezaron a besarse y a moverse casi al mismo tiempo. Estaba completa, llena y muy excitada.

La noche se llenó con los sonidos de nuestros cuerpos, el entrechocar húmedo de nuestra carne, sus lenguas coreadas por mis gemidos. Apenas podía aguantar.

—Me corro, me corro —anuncié, clavando las uñas en los hombros de Brad.

—Hazlo —murmuró mi marido, apartando su boca de la de Enzo.

—Hazlo —se sumó nuestro amante.

Las embestidas se volvieron más profundas y fuertes, estaban tan compenetrados…

La mano morena de Enzo se coló para buscar mi clítoris y se puso a masturbarme mientras yo me rompía y gritaba como una loca.

No podía soportar tanto placer. Mi vagina y mi ano se contrajeron con tanta fuerza que los arrastré conmigo, me sentí inundada por la simiente de ambos, tanto la de Bradley como la de Enzo, los dos me llenaron tanto de dicha como de su esencia. Supe que después de esa experiencia no iba a poder separarme jamás de ellos.

Nos deslizamos con cuidado sobre la manta, reímos, nos besamos, nos acariciamos y acurrucamos hasta quedarnos dormidos, inundados en la paz del que ama y es correspondido.

LA AUTORA

Rose Gate es el pseudónimo tras el cual se encuentra Rosa Gallardo Tenas.
Nació en Barcelona en noviembre de 1978 bajo el signo de escorpio, el más apasionado de todo el horóscopo. A los catorce años descubrió la novela romántica gracias a una amiga de clase. *Ojos verdes*, de Karen Robards, y *Shanna*, de Kathleen Woodiwiss, fueron las dos primeras novelas que leyó y que la convirtieron en una devoradora compulsiva de este género.
Rose Gate decidió estudiar Turismo para viajar y un día escribir sobre todo aquello que veía, pero, finalmente, dejó aparcada su gran vocación.
Casada y con dos hijos, en la actualidad se dedica a su gran pasión: escribir montañas rusas con las que emocionar a sus lectores, animada por su familia y amigos.
Si quieres conocer las demás novelas de la autora, así como sus nuevas obras, no dejes de seguirla en las principales redes sociales. Está deseando leer tus comentarios.

https://www.facebook.com/ROSEGATEBOOKS
https://www.instagram.com/rosegatebooks

¿Dónde puedo comprar los libros?

Todos los libros están a la venta en Amazon, tanto en papel como en digital.

BIBLIOGRAFÍA

SERIE STEEL

1. Trece fantasías vol. 1

http://amzn.to/2phPzuz

2. Trece fantasías vol. 2

http://amzn.to/2FWjUct

3. Trece maneras de conquistar

http://amzn.to/2pb86ta

4. La conquista de Laura

http://amzn.to/2HAWGFT

5. Devórame

http://amzn.to/2FULyGK

6. Ran

http://amzn.to/2FD3sOM

7. Yo soy Libélula azul

http://amzn.to/2FwWhDF

8. Breogán, amando a una libélula

http://amzn.to/2DhLewl

9. Ojos de Dragón

https://amzn.to/2wb5kdk

10. Koi, entre el amor y el honor

https://amzn.to/2NNbtRk

SERIE KARMA

1.El Karma del Highlander

relinks.me/B07FBMJ68H

2.La magia del Highlander

relinks.me/B07L1SBM2V

3.Los Dioses del Karma

relinks.me/B092RCH8HC

SERIE SPEED

1. XÁNDER: En la noche más oscura, siempre brilla una estrella

https://relinks.me/1092888659

2. XÁNDER 2: Incluso un alma herida puede aprender a amar

https://relinks.me/1095485814

3. STORM: Si te descuidas te robará el corazón

https://relinks.me/107532971X

4. THUNDER: Descubre la verdadera fuerza del trueno y prepárate para sucumbir a él

https://relinks.me/1692776584

5. MR. STAR: Siente la ley de la pasión hasta perder el juicio.

https://relinks.me/B081K9FNRP

6. LA VANE: Soy sexy de nacimiento y cabrona por entretenimiento

https://relinks.me/B085RJMT1F

COMEDIAS ROMÁNTICO-ERÓTICAS:

Lo que pasa en Elixyr, se queda en Elixyr

relinks.me/B07NFVBT7F

Si caigo en la tentación, que parezca un accidente.

relinks.me/B081K9QNLH

No voy a caer en la tentación, ni a empujones

https://relinks.me/B08T1CFGWG

Hawk, tú siempre serás mi letra perfecta

relinks.me/B087BCXTWS

Todo Incluido

relinks.me/B0C3JC2V7Q

Jodido Cupido

relinks.me/B0CSZQHCKY

Déjate de Rodeos

relinks.me/B0D3ZT8XYD

THRILLERS-ERÓTICOS:

Mantis, perderás la cabeza

https://relinks.me/B0891LLTZH

Luxus, entre el lujo y la lujuria

https://relinks.me/B08HS5MMRC

ROMÁNTICA BASADA EN HECHOS REALES:

Viviré para siempre en tu sonrisa

relinks.me/B08XXN2Q3D

¡Sí, quiero! Pero contigo no.

https://www.azonlinks.com/B08PXJZHQC

SERIE HERMANOS MILLER:

Hermano de Hielo

relinks.me/B098GQSPYP

Hermano de Fuego

relinks.me/B098KJGTYF

Hermano de arena

relinks.me/B09F18VL6V

Hermano de viento

relinks.me/B09L9TL5KQ

SPIN OFF

En tu cuerpo o en el mío

relinks.me/B0BY3N42T5

SERIE GUARDIANES:

Los Guardianes del Baptisterio

relinks.me/B09K9QKT28

La Elección de la Única

relinks.me/B0B1P24WC4

La Gran Colonización

relinks.me/B0BCSCZP8W

SERIE ENTRE MAFIAS:

Koroleva.

relinks.me/B098GQSPYP

Capuleto

relinks.me/B09ZB778JJ

Vitale

relinks.me/B0BM3NHDC3

Kovalev

relinks.me/B0BW2RSP68

SERIE KAPITAL SIN:

Ira.

relinks.me/B0CF2TJCL8

Pereza.

relinks.me/B0CKFBHDYW

Gula.

relinks.me/B0CP2DPWQS

Avaricia

relinks.me/B0CX1X8P8X

Soberbia

relinks.me/B0D9PC18ZT

[1] El libro es: *Déjate de Rodeos*.